





BARBARA WOOD

**BAJO EL SOL
DE KENIA**



*Dedico cariñosamente este libro
a mi esposo, George*



ÍNDICE

Argumento:	6
Prólogo	9
Primera parte (1919)	17
Capítulo 1	18
Capítulo 2	27
Capítulo 3	34
Capítulo 4	45
Capítulo 5	52
Capítulo 6	63
Capítulo 7	68
Capítulo 8	76
Capítulo 9	87
Capítulo 10	102
Capítulo 11	115
Capítulo 12	126
Segunda parte (1920)	141
Capítulo 13	142
Capítulo 14	153
Capítulo 15	158
Capítulo 16	165
Capítulo 17	171
Capítulo 18	178
Capítulo 19	184
Capítulo 20	192
Tercera parte (1929)	196
Capítulo 21	197
Capítulo 22	208
Capítulo 23	220
Capítulo 24	229
Capítulo 25	236
Capítulo 26	245
Capítulo 27	256
Cuarta parte (1937)	259
Capítulo 28	260
Capítulo 29	271
Capítulo 30	280
Capítulo 31	296
Capítulo 32	305
Capítulo 33	316



Quinta parte (1944)	320
Capítulo 34	321
Capítulo 35	331
Capítulo 36	343
Capítulo 37	353
Capítulo 38	362
Capítulo 39	373
Capítulo 40	387
Capítulo 41	399
Capítulo 42	407
Sexta parte (1952)	412
Capítulo 43	413
Capítulo 44	420
Capítulo 45	435
Capítulo 46	440
Capítulo 47	449
Capítulo 48	461
Capítulo 49	470
Capítulo 50	477
Capítulo 51	483
Capítulo 52	491
Séptima parte (1963)	499
Capítulo 53	500
Capítulo 54	517
Capítulo 55	530
Octava parte (1973)	537
Capítulo 56	538
Capítulo 57	551
Capítulo 58	564
Capítulo 59	574
Capítulo 60	583
Novena parte (El presente)	592
Capítulo 61	593
Capítulo 62	602
Capítulo 63	616
Capítulo 64	624
Capítulo 65	637
Capítulo 66	640



ARGUMENTO:

En 1918 lord Valentine Treverton, como otros muchos colonos ricos, comienza a edificar un imperio cafetero en Kenia; para lograrlo, deberá pasar por encima de los derechos y de las tradiciones de los nativos. Y por ello, Treverton, arrogante y despectivo, sufrirá la maldición de Wachera, guardiana de una ancestral sabiduría. A partir de entonces, las vidas de los Treverton y de la familia de Wachera se verán inextricablemente ligadas en un torbellino de odios y amores sobre los que aletea la vieja maldición.



AGRADECIMIENTOS

Quisiera agradecer la amable ayuda que me prestaron las siguientes personas de Kenia.

En Nairobi: el profesor Godfrey Muriuki y su esposa, Margaret, ambos de la Universidad de Nairobi; Philip e Ida Karanja; Rasheeda Litt, de Universal Safari Tours; Alien y Gachiku Gicheru; doctor Igo Mann y su encantadora esposa, Erica; John Moller, que me dio explicaciones sobre la caza; Valerie y Heming Gullberg, cultivadores de café; y el personal de los Archivos Nacionales de Kenia, por allanarme el camino.

En Nyeri: Salvinder y Jaswaran Sehmi, que se hicieron buenos amigo/ nuestros; el señor Che Che, director del hotel Outspan; e Irene Mugambi, por compartir su valiosa comprensión de las mujeres kenianas.

En Nanyuki: el señor y la señora Jacobson; el señor Edmond Hoarau, director general del Mount Kenia Safari Club, por hacer que nuestra estancia allí fuese tan agradable; Jane Tatham Warter y su amiga la señora Elizabeth Ravenhill; y P. A. G. Field, Sandy, por una deliciosa tarde de conversación.

También doy las gracias a Terence y Nicole Cavaghan, por una presentación valiosísima; a Tim y Rainie Samuels; a Marvin y Sjanie Holm, que nos dieron aquella primera y crítica presentación; y, finalmente, a Bob y Sue Morgan de Survival Ministries, por acogernos en su hogar de Karen por compartir su vida y su amor con nosotros, por presentarnos a sus amigos kenianos y por acudir en ayuda nuestra en un momento de apuro.

Y a Abdul Selin, sin duda el más paciente y alegre conductor de toda el África Oriental, una especial *asante sana*



NOTA DE LA AUTORA

Kenia nació por casualidad.

En 1894 los británicos ansiaban llegar a Uganda, estratégico punto militar en la cabecera del Nilo, en el corazón de África, de modo que construyeron un ferrocarril que partía de la costa oriental y, tras un recorrido de más de novecientos kilómetros, llegaba al lago Victoria, la puerta de entrada en Uganda. Dio la casualidad de que ese ferrocarril cruzaba una región habitada por animales en estado natural y tribus belicosas, riña tierra que atraía sólo a exploradores intrépidos y misioneros. Una vez terminado el ferrocarril, al ver que su mantenimiento era muy costoso y apenas producía beneficios, el gobierno británico empezó a buscar la forma de sacarle provecho. Pronto comprendió que la respuesta consistía en fomentar la colonización de las tierras que bordeaban la vía.

Los primeros a quienes se ofreció este territorio «vacante» fueron los judíos sionistas, que a la sazón andaban en busca de una patria permanente. Pero los judíos no aceptaron la oferta, pues lo que deseaban era ir a Palestina. En vista de ello, se puso en marcha una campaña destinada a atraer inmigrantes de todo el Imperio británico. Se firmaron tratados con las tribus de la región, que poco sabían de tratados y contemplaban con cierta perplejidad lo que el hombre blanco hacía allí; luego el gobierno ofreció a bajo precio grandes extensiones de tierra «no utilizada» a quien estuviese dispuesto a instalarse en ellas y explotarlas. Las tierras altas del centro de este país, debido a su elevación, eran frescas, fértiles y exuberantes; atrajeron a muchos británicos de Inglaterra, Australia y Nueva Zelanda, gentes que buscaban un nuevo hogar, un sitio para volver a empezar y forjarse una vida nueva.

Aunque la Oficina Colonial insistía en que la región no era más que un protectorado que algún día sería devuelto a sus habitantes negros, cuando se les hubiera enseñado a administrarla, en 1905, año en que dos mil blancos compartían el país con cuatro millones de africanos, el comisario británico para el Protectorado del África Oriental declaró que éste era un «país del hombre blanco».



PRÓLOGO

— ¿Doctora Treverton?

Deborah despertó sobresaltada y vio que la azafata de la Pan Am le sonreía. Luego notó las sacudidas que indicaban que el avión iniciaba su descenso hacia Nairobi.

— ¿Sí? — dijo a la joven, procurando despertarse del todo.

— Hemos recibido un mensaje para usted. La esperarán en el aeropuerto.

Deborah contuvo la respiración.

— Gracias — dijo. Volvió a cerrar los ojos. Estaba cansada. El vuelo había sido largo, veintiséis horas casi seguidas, con un cambio de avión en Nueva York, una escala en Nigeria para reponer combustible. La estarían esperando. «¿Quién?»

Llevaba en el bolso la carta que había recibido una semana antes en el hospital y que la había pillado por sorpresa. La carta procedía de la misión de Nuestra Señora de Grace, en Kenia, y le pedía que acudiera allí porque mamá Wachera se estaba muriendo y preguntaba por ella.

— ¿Por qué vas si no quieres ir? — le había dicho Jonathan—. Tira la carta. Haz como si no la hubieses recibido.

Ella no había contestado. Había continuado en sus brazos, incapaz de decir nada. Él nunca comprendería por qué tenía que volver a África, ni por qué la perspectiva le asustaba tanto. Era a causa de aquel secreto que incluso a él le había ocultado, al hombre con quien iba a casarse.

Después de recoger su maleta y pasar por la aduana, vio que entre la multitud que aguardaba al otro lado de la puerta vigilada había un hombre que sostenía una pizarra en la que estaba escrito su nombre. DOCTORA DEBORAH TREVERTON.

Lo miró fijamente. Era un africano, un kikuyu, alto, bien vestido, y Deborah pensó que era el hombre que la misión había mandado a recibirla. Pasó por su lado y llamó a uno de los taxis que esperaban fuera, junto a la acera. Albergaba la esperanza de que esto le diese un poco más de tiempo. Tiempo para decidir si realmente quería seguir adelante, volver a la misión y presentarse ante mamá Wachera. El conductor de la misión diría que la doctora Treverton no había llegado en ese vuelo, de modo que no la esperarían. Todavía no.



—¿Quién es esta mamá Wachera? —le había preguntado Jonathan mientras los dos contemplaban cómo la niebla penetraba en la bahía de San Francisco.

Pero ella no se lo había dicho. No se había sentido capaz de decir:

—Mamá Wachera es una vieja hechicera africana que maldijo a mi familia hace muchos años.

Él se hubiese reído y la habría reñido por la seriedad de su tono.

Pero había más. Mamá Wachera era la causa de que Deborah viviese en Estados Unidos, el motivo por el cual hubiese abandonado Kenia. Estaba atada por el secreto que le ocultaba a Jonathan, el capítulo de su pasado del que nunca querría hablar, ni siquiera después de casarse.

El taxi corría velozmente bajo la oscuridad. Eran las dos de la madrugada, una madrugada negra y fría, y la luna ecuatorial asomaba entre las ramas de los espinos de copa plana. En lo alto las estrellas parecían polvo. Deborah se sumió en sus pensamientos. «Paso a paso», se recordó a sí misma. Desde el momento de recibir la carta reclamando su presencia venía moviéndose paso a paso, procurando no pensar en lo que había más allá de cada uno de esos pasos.

Lo primero que había hecho era encargarle a Jonathan que atendiera a sus pacientes. Ejercían la medicina juntos, dos cirujanos que compartían el mismo consultorio; se habían asociado profesionalmente antes de decidir asociarse matrimonialmente. Luego había cancelado la charla que tenía que pronunciar en la facultad de medicina y había buscado a otra persona para que presidiera la conferencia médica anual en Carmel. Los compromisos para el mes siguiente los había dejado como estaban, pues confiaba volver con tiempo suficiente.

Finalmente, había obtenido un visado de la embajada de Kenia -ahora era ciudadana de los Estados Unidos y ya no llevaba pasaporte keniano-, había comprado píldoras para la malaria, se había hecho vacunar contra el cólera y la fiebre amarilla y finalmente, milagrosamente, veintiocho horas antes había subido al avión en el aeropuerto de San Francisco.

—Llámame en cuanto llegues a Nairobi —le había dicho Jonathan, abrazándola fuertemente ante la puerta de salidas—. Y llámame todos los días mientras estés allí. Y vuelve pronto, Deb.

La había besado con fuerza, largamente, delante de los demás pasajeros, cosa muy impropia de él, como si quisiera darle un incentivo para volver.

El taxi siguió la carretera oscura y desierta, tomó una curva a gran velocidad y los faros iluminaron un instante un letrero que rezaba: BIENVENIDOS A NAIROBI, CIUDAD VERDE BAJO EL SOL.

Sintió una punzada que la hizo salir del aturdimiento en que la había sumido el largo viaje en avión. «He llegado a casa», pensó.



El Nairobi Hilton era una dorada columna de luz que se alzaba sobre la ciudad dormida. Cuando el taxi se detuvo ante la entrada brillantemente iluminada, el portero, un africano con levita granate y sombrero de copa del mismo color, bajó apresuradamente a abrirle la portezuela del vehículo. Al apearse, Deborah sintió el aire fresco de esa noche de febrero.

—Sea usted bienvenida, señora.

No supo qué contestarle.

De pronto se puso a recordar esa otra época. Cuando era una adolescente solía acompañar a su tía Grace cuando iba de compras a Nairobi. Deborah se quedaba en la acera mirando con ojos fascinados los taxis que se detenían ante la entrada de hoteles fabulosos. De aquellos coches se apeaban *turistas*, personas asombrosas que procedían de lejanos lugares, pertrechadas con cámaras fotográficas, enfundadas en rígidas prendas de color caqui, para ir de safari, rodeadas de montones de equipaje, riéndose, excitadas. La joven Deborah las contemplaba con admiración, con curiosidad, envidiándolas, deseando formar parte de ese mundo maravilloso. Y ahora estaba pagando al taxista y siguiendo al portero por la escalinata de mármol y cruzando la puerta de cristales bruñidos que el hombre acababa de abrirle.

Sintió lástima por aquella chica adolescente. «Qué equivocada estaba entonces».

Todos los empleados de recepción eran africanos y jóvenes, vestían elegantes uniformes de color rojo y hablaban un inglés perfecto. Todas las muchachas llevaban el pelo trenzado formando complicados peinados que hacían pensar en jaulas para pájaros. También notó lo que ellas preferían no ver: su incipiente calvicie. Al llegar a la mediana edad, aquellas chicas serían casi calvas. Era el precio que se pagaba por la alta moda keniana.

Acogieron a la doctora Treverton efusivamente. Deborah les devolvió sus sonrisas, pero habló poco, refugiándose detrás de su fachada. No quería que supiesen la verdad sobre ella, no quería que su acento británico la traicionase. Los recepcionistas vieron a una mujer esbelta de treinta años y pico, de aspecto muy norteamericano con sus tejanos y la camisa que hacía juego. Lo que ignoraban era que Deborah no tenía nada de norteamericana, que era keniana pura como ellos, que hablaba su lengua nativa con la misma facilidad, que era una mujer que, de haberlo querido, tenía derecho a hacerse llamar condesa.

Había una cesta de fruta fresca esperándola en su habitación y la cama estaba preparada; sobre la almohada encontró un bombón de menta envuelto en papel de plata. Una nota de la dirección decía: «*Lala sala ma*» (Que duerma usted bien).

Mientras el botones le señalaba el cuarto de baño, el minibar y el televisor, ella repasaba el dinero que había obtenido del cajero en el vestíbulo tratando de recordar el tipo de cambio vigente. Dio al hombre veinte chelines de propina y por su sonrisa comprendió que era demasiado.



Y luego se encontró a solas.

Se acercó a la ventana y miró al exterior. No había mucho que ver, sólo las formas oscuras de una ciudad que se había recogido hasta el día siguiente. Reinaba el silencio, no había mucho tráfico y no se veía ni un solo transeúnte. Nairobi, la ciudad a la que había dicho adiós hacía quince años.

Aquel día una Deborah furiosa y aterrorizada, con sólo dieciocho años, había jurado que nunca volvería a poner los pies en ese país y había subido al avión decidida a encontrar un nuevo hogar, un nuevo sitio bajo el sol. Durante los años siguientes había trabajado denodadamente para crearse una nueva personalidad y para dejar atrás esa África que llevaba en la sangre. Había por fin encontrado un desenlace en San Francisco: Jonathan. Allí había encontrado un lugar que podía considerar suyo, y un hombre que podía ser su refugio.

Y entonces había llegado la carta. ¿Cómo la habrían localizado las monjas? ¿Cómo habían averiguado en qué hospital trabajaba, siquiera que estaba en San Francisco? Sin duda las monjas de la misión se habían tomado muchas molestias, habían gastado mucho dinero, para dar con ella. ¿Por qué? ¿Porque aquella mujer vieja se estaba muriendo por fin?

«¿Por qué habrá pedido que me llamasen? -preguntó mentalmente a su imagen reflejada en la ventana-. Tú siempre me odiaste, mamá Wachera, siempre me tuviste manía porque era una Treverton».

«¿Qué tengo yo que ver con tus últimos momentos en este mundo?»

«Urgente -decía la carta-. Venga en seguida».

Deborah apoyó la frente en el cristal frío. Recordaba sus últimos días en Kenia y aquella cosa terrible que la hechicera le había dicho. Junto con el recuerdo volvieron el dolor y el asco de antaño, el dolor y el asco de los que creía haberse liberado ya.

Entró en el cuarto de baño y encendió la luz. Después de llenar la bañera de agua caliente y perfumarla con la espuma Nivea que el Hilton proporcionaba a sus huéspedes, se volvió para mirarse en el espejo.

Ésa era su última cara, después de tantas, y se sentía satisfecha de ella. Quince años atrás, recién llegada a Norteamérica, su piel era muy morena, llevaba el pelo corto y ensortijado debajo de las orejas y un sencillo vestido sin mangas, de algodón keniano, y sandalias. Ahora su piel era pálida, tan blanca como había conseguido que fuera tras muchos años de evitar cuidadosamente el sol, y llevaba el pelo liso como una tabla de planchar, recogido con un cierre de oro, cayéndole sobre los hombros. La camisa y los téjanos llevaban la etiqueta del diseñador, igual que las costosas zapatillas deportivas. Había trabajado mucho para parecer norteamericana, para tener aspecto de mujer blanca.

«Porque soy blanca», se recordó a sí misma.

Y entonces pensó en Christopher. «¿La reconocería?»



Después del baño, se envolvió los largos y mojados cabellos con una toalla y fue a sentarse en el borde de la cama. Se dio cuenta de que no tenía ganas de dormir; ya había dormido lo suficiente en el avión.

Tomó su maletín de mano, que no había perdido de vista desde que saliera de San Francisco. Aparte del pasaporte, el billete de vuelta y los cheques de viaje, el maletín contenía algo más precioso, y Deborah extrajo ese algo y lo colocó sobre la cama, a su lado.

Era un paquetito hecho con papel de envolver y cordel. Lo abrió y separó el contenido: un sobre con fotografías semiborradas por el paso del tiempo, unas cartas también antiguas atadas con una cinta, y un diario.

Se quedó mirándolo todo fijamente.

Era su legado, todo lo que se había llevado al huir de África, todo lo que quedaba de la otrora orgullosa -e infame- familia Treverton. No había mirado las fotos desde que las metiera en ese sobre, cerrándolo después; habían pasado quince años; las cartas no las había vuelto a leer desde aquel día espantoso en que mamá Wachera le había dicho aquellas palabras; y el diario, un volumen viejo y maltrecho, encuadernado en piel, empezado hacía sesenta y ocho años, Deborah jamás lo había leído. En la tapa, inscrito en letras doradas, el nombre de Treverton.

Un nombre que era mágico en Kenia. Deborah había reconocido la expresión en el rostro de los recepcionistas al darles su nombre: la mirada breve, sobresaltada, luego la mirada más larga, fija, la fugaz expresión de encantamiento, seguida por el inevitable parpadeo, la retirada detrás de una sonrisa de circunstancias que disimulaba el odio y el resentimiento debidos a las *otras* cosas que habían representado los Treverton. Deborah se había acostumbrado a esas miradas cuando era niña y en realidad no le sorprendió volverlas a ver.

Hubo una época en que el nombre de Treverton era venerado en Kenia. El hotel estaba cerca de una calle ancha que en otro tiempo se llamó Avenida de Lord Treverton. Ahora era la calle de Joseph Gicheru, un mártir kikuyu de la independencia. El taxi había pasado por delante del antiguo Instituto Treverton y ella había visto el nuevo rótulo que rezaba INSTITUTO MAMÁ WANJIRU.

«Es como si trataran de borrar nuestro recuerdo de la faz de la tierra».

Pero ella sabía que la «kenianización», por intensa que fuera, no lograría borrar a los Treverton de ese país. Estaban demasiado grabados en él, eran parte integrante de su alma, de su destino. La misión donde mamá Wachera agonizaba era la de Nuestra Señora de Grace, el nombre que las hermanas católicas le habían dado al recibirla de la tía de Deborah hacía ya muchos años. Pero antes se llamaba sencillamente Misión de Grace, en honor de su fundadora, Grace Treverton, famosa pionera de la salud pública en Kenia.



La doctora Grace Treverton, tan legendaria como su extravagante hermano, el conde, había fundado la misión hacía sesenta y ocho años, en las soledades de la provincia Central. Esta mujer había criado a Deborah como si hubiera sido una verdadera madre y se había ido a la tumba con formidables secretos encerrados en su corazón. Deborah sabía que la tía Grace había pasado por todo ello, había sido testigo y parte de todos los triunfos y todas las vergüenzas de los Treverton, había visto cómo Kenia subía y caía y volvía a subir.

Alargó la mano para tocar los objetos que había encima de la cama; casi le daban miedo. Las fotos: apenas recordaba quiénes eran las personas que aparecían en ellas. «Christopher cuando era joven. Pero no cuando ya era hombre. Lástima». Y las cartas: de ellas, Deborah recordaba sólo unas pocas líneas, unas líneas devastadoras. Finalmente, el diario, lo único que quedaba del legado de la tía Grace.

Nunca lo había leído. Al morir Grace, el dolor le había impedido abrirlo; luego le había vuelto la espalda a la familia y al pasado que el libro representaba y contenía.

Lo cogió y lo sostuvo entre las manos.

Se imaginó que del libro salía energía. ¡Los Treverton! En público, personas hermosas, ricas hasta rozar lo inimaginable, miembros de la nobleza, gentes alegres que jugaban al polo, líderes de la buena sociedad, la fuerza motriz del África Oriental; pero, en privado, atormentadas por secretos, por la aflicción de un pobre chico que era la desgracia de la familia, por un proceso sensacional que había merecido los titulares de la prensa de todo el mundo, por amores y lujurias prohibidos, y por secretos todavía más tenebrosos, incluso rumores de sacrificio humano y asesinato.

Y de supersticiones: mamá Wachera y su maldición.

«¿Y Christopher? Mi guapo y dulce Christopher. ¿También nosotros fuimos víctimas del destino de la familia Treverton?»

Abrió el sobre y sacó las fotografías. Había siete, la primera tomada en 1963, poco antes de la independencia de Kenia y del fin del mundo que le tocara conocer. Era una foto de grupo, tomada con una vieja Box Brownie. Había cuatro niños colocados de acuerdo con su estatura: Christopher era el más alto, ya que también era el mayor: once años. A su lado estaba Sarah, su hermana menor, de la misma edad que Deborah, que contaba ocho años y se encontraba en medio. El último era Terry Donald, diez años y ya entonces un muchachito robusto que vestía un equipo de caza de color caqui.

Las lágrimas le empañaron la vista y acercó más los ojos a las caras sonrientes. Cuatro chiquillos descalzos, sucios y felices, de pie en medio de cabras y gallinas, con cara de no tener ninguna preocupación en el mundo, inconscientes de la tempestad que se estaba fraguando a su alrededor, que destruiría su mundo. Cuatro niños: dos africanos, dos blancos, y todos ellos la mar de amigos.



«Sarah, mi mejor amiga -pensó Deborah con tristeza-. Crecimos juntas, jugábamos con muñecas juntas, descubrimos a los chicos juntas.» Sarah, negra y bella, había compartido sus sueños con Deborah. Estaban unidas como hermanas, habían hecho planes para el futuro juntas, sólo para verse separadas por la vieja hechicera. «¿Qué habrá sido de Sarah? ¿Seguirá en Kenia?»

Tomó otra foto. Era de la tía Grace, tomada en los años treinta. Al contemplar el rostro dulce y ovalado, la sonrisa, el pelo suavemente ondulado que parecía resplandecer como un halo en torno a su cabeza, le costó trabajo creer que en un tiempo hubiesen acusado a Grace Treverton de ser «hombruna». Esa mujer notable era conocida por otra cosa importante además de por haber fundado la misión: Había escrito un libro titulado *Cuando el médico es usted*. Publicado por primera vez hacía cincuenta y ocho años y revisado y puesto al día periódicamente, era uno de los manuales sanitarios más utilizados en el tercer mundo.

En la siguiente foto aparecía un hombre guapo y moreno montado en un poney para jugar al polo. Valentine, lord Treverton, su abuelo, un hombre al que ella no llegó a conocer. Incluso en esa foto pequeña y ligeramente desenfocada pudo ver lo que todo el mundo había visto en él: un hombre de un atractivo notable, que se parecía un poco a Laurence Olivier. En el dorso había algo escrito: «Julio de 1928, el día en que almorzamos con Su Alteza Real Eduardo, príncipe de Gales».

La cuarta fotografía no llevaba fecha, ni inscripción, pero Deborah sabía de quién era: lady Rose, condesa de Treverton. Parecía una instantánea. Rose miraba por encima del hombro, con cara de sorpresa. Había algo intemporal en la foto, en la sencillez del vestido blanco de gasa, en el ángulo despreocupado de su sombrilla blanca, el cabello cayéndole sobre los hombros, como una chica, pese a que en aquel entonces ya debía de contar unos treinta años. Deborah se sintió atraída por sus ojos; había una expresión absorta en ellos, una melancolía extraña que movía a preguntarse qué dolor había afligido a esta mujer.

No tuvo valor para mirar las últimas tres fotos. En la habitación ya empezaba a haber demasiados fantasmas, y algunos de ellos eran de personas que ni siquiera habían muerto. ¿Dónde estaba Sarah, por ejemplo, en ese momento? ¡Sarah, que había tenido tantos sueños, tanta ambición! Dotada de un talento artístico que llenaba a Deborah de asombro y envidia, Sarah había soñado con diseñar todo un nuevo «Kenia look» en el vestir. Había soñado con la fama y la riqueza y Deborah la había dejado, bruscamente, en ese frágil borde.

«Sarah Wachera Mathenge –pensó-. Mi hermana...»

Pensó luego en Terry Donald, un chico guapo, rubicundo, descendiente de los primeros aventureros y exploradores del Continente Negro: el último miembro de un linaje de hombres blancos nacidos en Kenia que llevaban la sabana, la jungla y la caza en los huesos.

Y finalmente, Christopher...



Deborah volvió a meter las fotos en el sobre.

«¿Seguirá Christopher en Kenia?» Quince años atrás Deborah lo había dejado sin explicarle por qué, sin siquiera decirle que se iba. Habían hecho planes para casarse; estaban enamorados. Pero ella lo había abandonado, como hiciera también con Sarah, sin volver la vista atrás.

De repente comprendió que no había vuelto a África porque una vieja moribunda reclamaba su presencia; había vuelto con la esperanza de reencontrarse a sí misma, de volver a su gente.

Lo vio todo con claridad. Jonathan estaba en San Francisco, esperándola. Pero ella sabía que había titubeado en comprometerse definitivamente con él y con la familia que pensaban fundar, antes de haber conciliado el presente con el pasado. Jonathan no sabía mucho acerca de su pasado, acerca de su búsqueda de identidad. No sabía nada de Christopher, ni de las dolorosas verdades que Deborah había descubierto acerca de él. Tampoco le había hablado a Jonathan del descubrimiento que hiciera quince años atrás, al enterarse de que mamá Wachera, la hechicera africana, era, de hecho, su abuela.

Volvió a tomar el diario de la tía Grace, sintiendo un ansia súbita de leerlo. Algo la atraía con fuerza hacia sus páginas. Tembló al pensar en las revelaciones que tal vez encontraría, pero quizá también hallaría respuestas y la clave que le permitiría tranquilizar su espíritu.

Cuando sus ojos se posaron en la primera página, en la tinta descolorida y en la fecha, 10 de febrero de 1919, Deborah pensó:

«Tal vez aquéllos fueron los mejores días, hace ya tantos años; entonces Kenia era joven e inocente; las visiones eran claras como el agua; las personas sabían adonde iban; sus corazones eran sinceros. Los hombres y las mujeres que vinieron a Kenia eran atrevidos y aventureros, no eran personas corrientes, eran personas empujadas por un espíritu pionero, por el deseo de crear una tierra nueva para ellas y para sus hijos ... forman parte de mí, por mucho que haya tratado de huir de ellas; todavía viven en mí. Pero también hay otras, las que ya estaban aquí, viviendo en una tierra antigua, ancestral, cuando llegaron los forasteros blancos. También ellas forman parte de mí...»



Primera parte

1919



CAPÍTULO 1

— ¡Socorro! ¡Necesitamos un médico! ¿Hay algún médico en el tren?

Al oír el tumulto, Grace Treverton abrió la ventanilla de su compartimiento, se asomó y vio por qué el tren se había detenido pese a no haber llegado a ninguna estación: un hombre yacía en el suelo, junto a la vía.

— ¿Qué pasa? — preguntó lady Rose al ver que su cuñada tomaba el maletín.

— Hay un hombre herido.

— ¡Válgame Dios!

Grace se detuvo antes de salir. Rose no tenía buen aspecto. Su piel había adquirido una palidez inquietante durante la última hora. Estaban a sólo unos ciento treinta kilómetros de Mombasa, el puerto de mar donde habían subido al tren, y faltaban todavía unos cuantos kilómetros para llegar a Voi, donde se detendrían para cenar.

— Deberías comer algo, Rose — dijo Grace, dirigiendo una mirada significativa a Fanny, la doncella—. Y beber algo también. Voy a ver qué le pasa a ese pobre hombre y vuelvo en seguida.

— Estoy bien — dijo Rose, jadeando un poco. Se pasó un pañuelo perfumado por la frente y se llevó las manos al abdomen.

Grace titubeó un poco más. Si algo iba mal, sobre todo si al bebé le pasaba algo, Rose no querría reconocerlo. Tras dirigir otra mirada a Fanny, una mirada que decía: «No te apartes de tu señora ni un solo instante», Grace salió apresuradamente del vagón.

El sol y el polvo del desierto la envolvieron en el acto. Después de pasar varias semanas enjaulada en el barco y después de los ciento treinta kilómetros encerrada en el diminuto compartimiento del tren, se sintió fugazmente mareada al contemplar la inmensidad del cielo africano.

Al llegar junto al herido, vio que un grupo se había congregado a su alrededor, hablando en una mezcla de inglés, hindi y suajili. Grace dijo:

— Si me permiten — y trató de abrirse paso.

— No se acerque, señorita. No es un espectáculo apropiado para una dama.

— Quizá pueda auxiliarlo — dijo ella, esquivándole—. Soy médico.



Los demás hombres la miraron con cara de sorpresa y callaron todos cuando Grace se arrodilló junto al caído.

Nunca habían visto a una mujer vestida de forma tan rara.

Grace Treverton llevaba camisa blanca y corbata negra, chaqueta sastre, también negra, una falda azul oscuro que le llegaba hasta los tobillos y, lo más curioso de todo, un sombrero de tres picos y ala ancha, de felpa aterciopelada y color negro. Esos coloniales que vivían en lugares aislados, en los bordes del Imperio británico, no reconocían el uniforme de un oficial del servicio femenino de la armada real.

La miraron con ojos atónitos mientras echaba un vistazo a las heridas del hombre sin alterarse lo más mínimo, sin que pareciera a punto de desmayarse. «El hombre estaba hecho un mar de sangre –pensaban-, ¡y esa extraña mujer parecía tan tranquila como si estuviese sirviendo el té!»

Los hombres comenzaron a murmurar. Grace no les hizo caso y siguió tratando de hacer algo por el hombre inconsciente, que era un nativo vestido de pieles y abalorios y, al parecer, habría sido víctima de un león. Mientras trabajaba con los antisépticos y las vendas que sacó del maletín, Grace oyó a los hombres que hablaban en voz baja a su alrededor y captó el sentido de sus comentarios.

Algunos estaban escandalizados al ver su comportamiento, otros lo encontraban divertido, y todos contemplaban la escena con escepticismo. Desde que ingresara en la facultad de medicina de Londres, Grace oía decir que ninguna señora como era debido querría tener nada que ver con cosas tan desagradables. ¡Su comportamiento era una verdadera indecencia! Pero los hombres que la rodeaban no podían tener ni idea de que las heridas del pobre africano no eran nada comparadas con las que Grace había tratado a bordo del buque hospital cuando la evacuación de Gallípoli.

–Tenemos que subirlo al tren –dijo finalmente Grace, viendo que ya no podía hacer nada más por el herido.

Nadie se movió. Grace alzó los ojos.

–Necesita que lo curen como Dios manda. Hay que ponerle puntos de sutura en estas heridas. Ha perdido sangre. ¡Por el amor de Dios, no se queden ahí parados!

–No hay nada que hacer –refunfuñó una voz.

–De todos modos, no sé quién es –dijo otra.

–Un masai –dijo una tercera, como si con eso explicara algo.

Grace se levantó.

–Agárrenlo entre dos y súbanlo al tren. ¡En seguida!

Los hombres se movieron sin acabar de decidirse. Unos cuantos dieron media vuelta y se alejaron. Los demás se miraron unos a otros. ¿Quién era ella para dar órdenes? Volvieron a mirarla. Pero era guapísima, y tenía aspecto de ser toda una dama.



Finalmente, dos hombres levantaron al nativo y lo depositaron en el furgón del freno. Al volverse para regresar a su compartimiento, Grace oyó unas cuantas risitas ahogadas y dos hombres la miraron sin disimular su desprecio.

Pero en el vagón otro hombre la estaba esperando, tostado por el sol y sonriente, para ayudarla a subir los escalones, lo cual era difícilísimo.

—No les haga caso —dijo el hombre, tocándose el ala del sombrero—. No están a la altura de los tiempos..., llevan diez años de retraso.

Grace le dirigió una sonrisa de gratitud y se quedó parada en la pequeña plataforma mientras el hombre volvía al vagón de segunda clase, caminando a grandes zancadas.

Al entrar en el compartimiento, Rose se estaba abanicando y miraba por la ventanilla.

Grace alargó la mano y tocó la delgada muñeca de su cuñada. El pulso era fuerte y continuado. Luego le palpó el abdomen por debajo de la gasa del vestido de verano.

Alarmada, Grace volvió a tomar asiento. El bebé había descendido hacia la pelvis.

—Rose —dijo cautamente—. ¿Cuándo ha descendido el bebé?

Lady Rose apartó la mirada de la ventanilla y parpadeó, como si hubiera estado muy lejos de allí, en la llanura, entre los espinos y los áridos matorrales.

—Mientras estabas fuera —dijo.

Grace procuró que no se le notase la preocupación que súbitamente acababa de apoderarse de ella. Lo más importante de todo era evitar que Rose se inquietase. ¡Y el viaje no contribuía a ello!

Grace abrió el frasco de agua mineral, echó un poco en un cubilete de plata y se lo ofreció a su cuñada. Mientras Rose bebía, derramando un poco cuando el tren dio una sacudida y se puso en marcha, Grace intentó pensar.

El bebé había descendido demasiado pronto. Aún no era el momento. Faltaba todavía más de un mes para la fecha prevista. ¿Significaría que algo iba mal? Y en tal caso, ¿cuánto faltaba para que naciese el niño?

«¡Sin duda tenemos tiempo!», pensó, reflexionando sobre el pequeño y deplorable tren con sus compartimientos individuales que separaban a los pasajeros unos de otros. Una vez el tren se ponía en marcha, no había modo de pararlo, de pedir ayuda.

Grace se enfadó consigo misma. No debería haber permitido que Rose viajara. Debería haberse opuesto enérgicamente a ello. Para empezar. Rose no era una mujer fuerte; los rigores del viaje desde Inglaterra se estaban cobrando su tributo. Pero Rose no se dejó disuadir. Había insistido ilógicamente en que quería que su hijo naciera en su nuevo hogar. Desde que Valentine, el esposo de Rose y hermano de Grace, describiera con elocuencia en sus cartas la magnífica casa que había construido en las tierras altas del centro del África Oriental británica, a Rose le obsesionaba la idea de



que el bebé naciera allí. Y la postura de Grace, su empeño en que Rose aplazara el viaje hasta después del nacimiento, se había visto aún más debilitada por una carta en la que Valentine insistía en que fueran a reunirse con él y daba la razón a su esposa diciendo que el bebé tenía que nacer en su nuevo país.

Pese a las respuestas enojadas de Grace, tanto el hermano como la cuñada habían preferido olvidarse del sentido común y convertir en realidad su descabellado sueño.

Así que las dos mujeres habían abandonado Inglaterra y Bella Hill, la mansión ancestral en Suffolk, con todas sus pertenencias y en compañía de seis sirvientes, para arrastrar los nada peligrosos mares de posguerra y trasladarse al recién desmilitarizado, exótico y seductor protectorado británico del África Oriental.

Lady Rose se inclinó hacia adelante para ocuparse de sus rosales durante un momento. Aunque los otros cinco sirvientes y los perros de la familia viajaban en el vagón de segunda clase, detrás del suyo, los rosales acompañaban a la condesa como si se tratara de niños. Grace los contempló con expresión de enfado. ¡Las plantas habían dado pie a más de un episodio de incomodidad desde que salieran de Inglaterra! Y luego se ablandó al ver cómo su cuñada se preocupaba por ellas.

«Dentro de poco –pensó– nacerá el niño y se convertirá en el centro de su vida». El bebé que Rose había deseado con tanta desesperación, incluso después de que varios especialistas de Londres le dijeran que no podría tener hijos. Grace albergaba la esperanza de que el bebé sirviera también para que su hermano sentase la cabeza.

Suspiró y miró por la ventanilla. Valentine era un hombre inquieto y ese país indómito era lo que le hacía falta. Grace comprendía por qué su hermano se sentía atraído por el África Oriental, por qué había decidido dejar Bella Hill al cuidado de su hermano menor y trasladarse allí con la intención de forjar un imperio nuevo en esos parajes agrestes.

«Quizás esta tierra conseguirá domarle –pensó mientras el vaivén del tren la acunaba-. Quizá Valentine se convierta en un hombre nuevo...»

* * *

Grace seguía pensando en los hombres cuando el convoy entró en la estación de Voi y los pasajeros se encaminaron apresuradamente hacia el barracón que hacía las veces de cantina. Había vuelto a soñar con el buque hospital y con Jeremy.

Debido al estado de su cuñada, no era propio que las dos mujeres cenasen con los demás pasajeros, así que un africano de edad avanzada y aire respetable les sirvió la cena en el vagón privado. Grace apenas tocó el buey hervido con coles y se entretuvo mirando por la ventanilla observando el barracón-cantina, cuyas brillantes luces resaltaban en medio de la noche del desierto. Contempló a los hombres que comían en el interior, en mesas debidamente cubiertas con manteles blancos, utilizando vajilla de porcelana y cubiertos de plata, atendidos por escanciadores y camareros



con chaqueta blanca. Llenaban el aire de la noche el murmullo de las conversaciones y las risas de los hombres y el humo de sus cigarrillos. Grace los envidió.

Rose bebía sorbitos de clarete en una copa de cristal y hablaba quedamente de sus planes para la casa nueva.

—Plantaré mis rosas donde pueda verlas siempre. Y daré una recepción todos los miércoles e invitaré a todas las señoras de los alrededores como es debido.

Grace sonrió indulgentemente a su cuñada. No había necesidad de desilusionarla todavía; pronto tendría ocasión de comprobar la realidad de su nueva vida cuando viera la plantación y descubriese que sus vecinos más próximos estaban a muchos kilómetros de distancia y que las «señoras», como decía Rose, eran esposas de agricultores, mujeres que trabajaban mucho y disponían de poco tiempo para tomar el té por la tarde.

En el exterior algo llamó la atención de Grace. Era el hombre que un rato antes la había ayudado a subir al tren. Estaba supervisando el traslado de pertrechos del tren a unas carretas y Grace pudo ver que los pertrechos consistían en armas de fuego, tiendas y equipo de campaña.

«De modo —pensó— que es cazador y se baja del tren aquí, en Voi».

El hombre despertaba su curiosidad y Grace siguió observándolo. Estaba muy atractivo con su indumentaria de color caqui y su salacot. De pronto el hombre se volvió, sus ojos se cruzaron y Grace sintió que el corazón le daba un vuelco. El hombre sonrió y luego, montando a caballo, la saludó con la mano y se fue.

Mientras contemplaba cómo el jinete desaparecía en la noche, Grace se percató de que siempre le ocurría lo mismo con los hombres; y de que siempre sería así. Los llenaba de confusión, como los que unas horas antes no habían sabido cómo actuar a su alrededor, o despertaba en ellos algún resentimiento inexplicable, o recibía de ellos sus mayores cumplidos, como en el caso del cazador: que la consideraban tan buena como cualquier hombre y que, por lo tanto, merecía que la trataran como a un igual.

Grace recordó a los hombres del buque hospital, los heridos que traían a bordo cada día. Qué maravillosa era su forma de comportarse con ella al principio, creyendo que se trataba de una enfermera. Y con qué brusquedad cambiaba luego su actitud, cuando descubrían que era médico y, encima, oficial: la repentina deferencia y el respeto malicioso, la creación de una barrera invisible que Grace no sabía cómo cruzar.

El día en que la aceptaron en la facultad de medicina, hacía ahora nueve años, Grace había recibido consejos de una doctora de cierta edad.

—Ya verá cómo su nuevo título será a la vez una maldición y una bendición para usted —le había dicho la doctora Smythe—. A muchos doctores les molestará su intrusión en la cofradía, que es algo que protegen celosamente. Y muchos pacientes



la juzgarán incapaz de ejercer la medicina. No podrá llevar una vida social normal porque no encajará en ninguno de los papeles que se consideran propios de la mujer. Algunos hombres la pondrán en un pedestal y la convertirán en algo inalcanzable. Otros la mirarán como a una curiosidad, un fenómeno. Intimidará a algunos y hará reír a otros. Entrará usted en un mundo de hombres sin que la acepten como miembro de pleno derecho y, al mismo tiempo, recibirá pocos de los privilegios de ese mundo.

La doctora Alice Smythe, que a sus sesenta años no se había casado nunca, había dicho la verdad. Grace Treverton tenía ahora veintinueve años... y seguía soltera.

Se reclinó en el asiento y cerró los ojos.

Años antes, al anunciar su intención de estudiar medicina, ya le habían advertido que tendría que pagar ese «precio». Su padre, el anciano conde, se había negado a apoyarla, y sus hermanos se habían reído a la vez que predecían que renunciaría a su feminidad. Hasta cierto punto, su profecía se había hecho realidad. Ciertamente, había tenido que hacer sacrificios. Ahora ya tenía escasas perspectivas de casarse, de ser madre, y al borde de los treinta años, pese a haber pasado dos años en el mar trabajando entre miles de soldados, seguía siendo virgen.

Pero no todos los hombres eran como sus hermanos o como los rudos sujetos que en ese momento cenaban en el barracón. Pensó en el cazador que acababa de saludarle; y en Egipto, donde había estado destinada durante la guerra, Grace había conocido a oficiales, caballeros cultos que respetaban los galones que lucía en la manga y las iniciales que llevaba detrás de su nombre e indicaban su condición de médico.

Y pensó también en Jeremy.

A decir verdad, la predicción de la doctora Smythe le había parecido exagerada en el momento en que Jeremy le ponía el anillo de compromiso en la mano izquierda. Pero aquel sueño se había ido a pique con el buque torpedeado y con Jeremy, en las aguas frías y tenebrosas del Mediterráneo.

Quitaron los platos de la cena y les pidieron que esperasen en la plataforma del vagón mientras les hacían la cama. Grace sostuvo a su cuñada por el codo mientras permanecían junto a la barandilla, aspirando el aire fresco de la noche y contemplando con ojos maravillados el esplendor de las estrellas. La luna llena no tardaría en alzarse por encima del monte Kilimanjaro.

En ese momento Inglaterra parecía estar en otra galaxia, casi como si nunca hubiese existido. Parecía haber transcurrido mucho tiempo desde que zarpara de Southampton. Y luego las tres semanas navegando hacia el este, cada día alejándola un poco más de las cosas conocidas y adentrándola en lo desconocido. Port Said resultaba extraño ahora que la guerra había terminado y los turistas empezaban a volver. Algunos campesinos habían subido a bordo con sus chucherías y sus utensilios de antigüedad «garantizada», mientras vendedores ambulantes circulaban



entre el pasaje ofreciendo cosas de comer y vino egipcio, muy fuerte. Luego habían cruzado el canal de Suez, bordeado por el desierto áspero y yermo, y habían pasado por Port Sudan con sus majestuosas recuas de camellos y árabes vestidos con albornoces. Desde Aden, ese desolado oasis en el desierto, el vapor continuó a lo largo de la exótica costa somalí hacia el calor bochornoso del océano Indico, donde las puestas de sol pintaban el cielo de oro y carmesí. Finalmente, Mombasa, la costa del África Oriental británica, con sus edificios blanqueados, sus palmeras cocoteras, sus mangos, sus brillantes arbustos en flor y los buhoneros árabes ofreciendo todo cuanto cupiera desear. ¿Dónde estaban la neblina de Suffolk, las piedras antiguas y dignas de Bella Hill, las tabernas isabelinas a la vera de los caminos rurales? Perteneían a otro mundo, a otra época.

Grace miró fijamente a los hombres sentados en la galería del barracón-cantina, con sus copas de coñac y sus cigarros, esperando que les preparasen las literas y que el tren prosiguiera su viaje. ¿Qué sueños los habrían traído a este territorio agreste y virgen? ¿Cuáles de ellos sobrevivirían? ¿Cuáles fracasarían? ¿Qué aguardaba a cada uno de ellos al final del viaje en tren? Tenían que pasar casi todo un día sobre raíles antes de llegar a Nairobi. Después, a la condesa y su séquito les esperaban aún muchos días de viaje en un carro tirado por bueyes, por el camino de tierra que llevaba a Nyeri, en el norte.

Grace se puso a temblar al pensarlo. Su sueño, el sueño que compartiera con Jeremy durante el tiempo cruelmente breve que habían pasado juntos, se hallaba al final de aquel camino salvaje. Era Jeremy quien había tejido la visión gloriosa en la cabeza de Grace, la visión de un refugio de esperanza y misericordia en el desierto; tenía pensado ir a África al terminar la guerra y llevar la palabra de Dios a los paganos. Pensaban trabajar juntos, Jeremy curando el espíritu y Grace, el cuerpo. A bordo habían llenado las noches de palabras sobre la misión que fundarían en el África Oriental británica, y ahora el momento estaba cerca. Grace constituiría aquel hospital, para Jeremy; llevaría la hermosa luz de Jeremy al interior de la oscuridad africana.

—Válgame Dios —dijo lady Rose, apoyándose en su cuñada—. Creo que será mejor que me acueste.

Grace se sobresaltó al mirarla. Lady Rose tenía la cara tan blanca como su vestido de muselina.

—¿Rose? ¿Sientes dolores?

—No...

Grace luchó con la indecisión, preguntándose si debían continuar o quedarse allí. Pero la estación del desierto no era un lugar apropiado para una mujer que estaba a punto de dar a luz, y faltaba un solo día para llegar a Nairobi.

«Concédenos tiempo, Señor -rezó mientras ayudaba a Fanny a acostar a Rose-. No dejes que ocurra aquí. No tengo cloroformo, ni agua caliente».



No había ninguna señal de dolor en el rostro de Rose; su expresión era soñadora, como si estuviera lejos de allí.

— ¿Mis rosas están bien? — fue lo único que dijo.

Tras esperar a que su cuñada se durmiera, Grace se quitó el uniforme de la armada, lo cepilló y lo colgó. A muchas doctoras las acusaban de adoptar rasgos masculinos, y ella despertaba suspicacias porque seguía vistiendo de uniforme pese a haber sido desmovilizada de la marina hacía un año. Las suspicacias eran una tontería. Grace era sencillamente una mujer pragmática. El uniforme era de buena calidad; le había quitado los galones de la manga y no veía motivo alguno para no seguir llevándolo durante años.

«Nuestra marinerita», la había llamado Valentine. Aunque su padre había combatido en la guerra de Crimea, y aunque Valentine se había alistado para luchar contra los alemanes en el África Oriental y había servido como oficial de su regimiento, Grace había recibido muchas críticas al alistarse en la armada. Pero ella tenía la tozudez de los Treverton y había seguido los dictados de su conciencia. Del mismo modo que los seguía ahora, en África, decidida a hacer que se cumpliera un sueño nacido a bordo de un navío de guerra en el Mediterráneo.

A Valentine no le parecía bien su proyecto de construir un hospital en la selva, ya que albergaba un desprecio muy arraigado contra los misioneros en general, y había hecho saber a su hermana que de ningún modo la ayudaría en semejante locura. Pero Grace no necesitaba la ayuda de Valentine; disponía de una pequeña renta de su herencia, de un poco de apoyo por parte de iglesias locales de Suffolk y su espina dorsal era tan derecha como la de cualquier hombre.

De la litera de lady Rose surgió un gemido. Grace se volvió rápidamente. Su frágil cuñada respiraba aguadamente y se apretaba el abdomen con las manos.

— ¿Estás bien? — preguntó Grace.

Rose sonrió.

— Estamos bien.

Grace le devolvió la sonrisa, procurando tranquilizarla, ocultar sus propios temores. Faltaban todavía tantos kilómetros, tantos días... ¡Y aún tenían por delante lo peor del viaje!

— ¿Da patadas? — preguntó, y Rose asintió con la cabeza.

Habían decidido que el bebé se llamaría Arthur, por el hermano menor que había muerto en Francia durante el primer año de la guerra. El honorable Arthur Currie Treverton, uno de los primeros muchachos valientes que se alistaron cuando Inglaterra entró en guerra.

Sonó el silbato y el tren se puso en movimiento. Grace vio por la ventanilla que las luces tranquilizadoras de la estación de Voi iban quedando atrás; luego la noche lo



envolvió todo. El tren avanzaba entre jadeos por un paisaje desolado y estéril, siguiendo una antigua ruta de esclavos que llegaba hasta el lago Victoria. Ese moderno año de 1919 apenas distaba nada de los tiempos de las caravanas árabes, de cuando africanos encadenados recorrían penosamente la misma ruta hacia los barcos negreros que les esperaban en la costa para llevarlos a su triste destino. La vigilancia de esa ruta, para impedir la ilegal trata de esclavos, había sido uno de los argumentos propagandísticos que el gobierno británico empleara para explicar la construcción de un ferrocarril tan costoso que no parecía llevar a ninguna parte. Mientras chispas doradas surgían de la locomotora y pasaban volando junto a la ventanilla, Grace se imaginó los campamentos de aquellos negreros, instalados bajo las estrellas, los prisioneros gimiendo encadenados, desconcertados. ¿Qué sentirían aquellos africanos inocentes al ver que se los llevaban en barcos terribles y los obligaban a servir a sus amos en el otro extremo del mundo?

Comprobó que las ventanillas estuviesen bien cerradas. Había oído contar historias sobre leones devoradores de hombres que sacaban gente por las ventanillas de los trenes. Se encontraban en un país salvaje e incivilizado, donde la noche era más traicionera que el día. Nunca se había sentido tan vulnerable, tan aislada. No había comunicación entre los vagones de primera clase; eran como una sarta de cajitas que cruzaba estruendosamente la noche sin que hubiera forma de ponerse en contacto con los pasajeros de los otros vagones, de detener el tren. Grace pidió a Dios que llegasen a Nairobi a tiempo.

Procuró tranquilizarse, sin quitar los ojos de Rose, que parecía dormida, y pensó en lo que haría al día siguiente.

«Nos quedaremos en Nairobi –decidió-. No continuaremos hasta después de que nazca el bebé».

Valentine se enfadaría, desde luego, porque quedarse en Nairobi podía significar un retraso de tres meses o más, ya que la larga estación de las lluvias empezaría pronto y entonces sería del todo imposible viajar hasta la provincia Central. Pero ya se ocuparía de convencer a su hermano. Ansiaba tanto como él ver a su esposa instalada en la casa grande que Valentine había construido, pero por el bien de la madre y del pequeño, Grace insistiría en que esperasen.

A sabiendas de que no conseguiría dormir, Grace decidió empezar a escribir en su nuevo diario. Se lo había regalado uno de sus profesores de la facultad de medicina, un bello volumen encuadernado en tafilete con páginas de borde dorado. Había esperado hasta ahora para empezarlo, había esperado hasta el primer día de su nueva vida.

Acababa de escribir «10 de febrero de 1919» en la primera página cuando Rose chilló.

El bebé iba a nacer.



CAPÍTULO 2

Grace estaba furiosa con su hermano.

Negras nubes se cernían sobre las colinas, amenazadoras como buitres. Y allí iban dos mujeres, seis sirvientes y catorce africanos, avanzando palmo a palmo por un peligroso camino de tierra en cinco carretas que transportaban todo lo que poseían en este mundo. ¿Qué protección les darían los toldos de lona si de pronto se desencadenaba un aguacero torrencial? ¿Qué diría Valentine al ver que la alfombra de Aubusson se había estropeado, que los cuadros de Bella Hill estaban empapados? ¿Cómo consolaría a Rose cuando ésta viese que la lluvia había destruido el mantel de encaje y los vestidos de seda? ¡Era absurdo llevar todas esas cosas inútiles a una región selvática! Valentine se había vuelto loco.

Miró a su cuñada, que iba acurrucada y envuelta en un abrigo de pieles, los ojos clavados en la distancia como si pudiera ver lo que había al final del camino.

Rose seguía muy débil y su palidez daba miedo. Pero se había negado a quedarse en Nairobi, especialmente después de recibir un mensaje de Valentine pidiéndole que prosiguiera el viaje. Grace había tratado de disuadirla, pero al día siguiente Rose había ordenado a sus sirvientes ingleses que hicieran cargar las carretas. Grace no consiguió quitarle de la cabeza la idea de seguir adelante, de modo que ahora se encontraban en medio de una región agreste, abriéndose paso a machetazos entre la vegetación, luchando contra los insectos y pasando las noches en blanco dentro de sus tiendas porque los rugidos de los leones y de los guepardos no las dejaban dormir. ¡Y las lluvias torrenciales no tardarían en empezar!

Al oír el llanto del bebé, Grace se volvió para mirar el interior de la carreta. La señora Pembroke, la niñera, sacó un biberón y el bebé se calmó.

Era un milagro que el bebé hubiese sobrevivido. Al ver la figurilla inanimada que aparecía sobre las sábanas, Grace había creído que estaba muerta. No había notado latidos en su corazón y tenía la cara azul. Pero, a pesar de ello, le había hecho la respiración boca a boca... ¡y vivía! Una niña pequeña, débil, pero viva y que se iba haciendo más fuerte cada día.

Pensó en la mujer joven que iba a su lado. Exceptuando el episodio en el hotel Norfolk, donde había insistido en seguir hasta Nyeri, lady Rose había guardado silencio desde el nacimiento de la pequeña. «No –recordó-, hubo otra excepción». Al insistir en que le pusiera un nombre a la recién nacida, Rose había dicho



simplemente: «Mona». Sólo logró entenderlo cuando vio la novela romántica que Rose había estado leyendo durante el viaje. La heroína se llamaba Mona.

No tuvo más remedio que aceptarlo, ya que su hermano no había previsto la posibilidad de que el bebé fuese niña. Empujado por su vanidad, obsesionado por fundar una dinastía, Valentine jamás había soñado que engendraría un hijo que no fuese varón. Luego de hacer bautizar a la niña le había avisado a su hermano.

La respuesta de Valentine había sido:

— ¡Venid en seguida! ¡Todo está listo!

En los diez días transcurridos desde que salieran de Nairobi, lady Rose no había pronunciado ni una palabra. Sus ojos, grandes, negros y febriles, miraban fijamente hacia adelante mientras sus manos pequeñas y blancas se retorcían dentro del manguito de armiño. Iba sentada en la carreta con el cuerpo inclinado hacia adelante, como azuzando a los bueyes. Cuando le hablaban no contestaba; cuando le ponían a la pequeña en sus brazos la miraba con ojos inexpresivos. El único interés que había mostrado, aparte del empeño en ver la casa nueva, era por sus rosales, que hacían el viaje a su lado, en la carreta.

«Debe de ser a causa del trauma del parto y de la conmoción producida por tantos cambios simultáneos. Se sentirá mejor cuando esté en la casa nueva».

Rose había llevado una vida muy protegida antes de conocer a Valentine el día de su decimoséptimo cumpleaños, hacía ahora tres años. E incluso después de su compromiso con el joven conde, había hecho poca vida social; se casó con él a los tres meses de conocerle y se mudó a Bella Hill, donde las sombras Tudor se la tragaron.

Nadie acertaba a comprender por qué Valentine había escogido a la tímida y soñadora Rose cuando podía elegir entre todas las jóvenes casaderas de Inglaterra -gallardo, guapo, rico y con un título nobiliario recién heredado-. Desde luego, Rose era hermosa, de un modo insustancial -a Grace le recordaba las doncellas trágicas de los relatos de Poe-, pero tendía a vivir en otro mundo, y Grace temía que no pudiera hacer frente a una fuerza como Valentine.

Y, a pesar de todo, Valentine la había escogido y ella lo había aceptado en el acto. Y Rose había introducido su incandescencia en los lóbregos y majestuosos aposentos de Bella Hill.

Grace ardía en deseos de ver lo que Valentine había conseguido durante los últimos doce meses. La gente se había mostrado escéptica, declarando que Valentine iba a emprender una tarea que parecía imposible. Pero Grace sabía que su hermano era capaz de hacer cosas increíbles.

Valentine Treverton era un hombre apasionado, inquieto, un hombre con un apetito de vivir tan intenso, que Inglaterra le resultaba sofocante, según sus propias palabras. Anhelaba un mundo virgen que él pudiera hacer suyo, un mundo donde él



fuese la ley y donde no hubiera tradiciones ni precedentes que le dijese lo que tenía que hacer.

Valentine deslumbraba a todo el mundo. Caminaba a grandes zancadas y saludaba a las personas con los brazos abiertos como si quisiera abrazarlas. Su risa era grave, sincera y espontánea. Y era tan guapo, que incluso cautivaba a los hombres. Pero Grace conocía su otra vertiente: su mal genio, sus caprichos, su vanidad absoluta, su convicción de que casi todos los demás eran inferiores a él. No le cabía ninguna duda de que su hermano conseguiría dominar ese país incivilizado.

Las primeras gotas de lluvia hicieron que todos alzase la cabeza hacia el cielo. En unos instantes los africanos empezaron a gritarse unos a otros en kikuyu, hablando apresuradamente y acompañando sus palabras con gestos frenéticos. Grace no necesitaba entender su lengua para saber lo que decían. Si llovía mucho, el camino se transformaría en un pantano intransitable.

— ¡Che Che! — llamó al capataz kikuyu.

El hombre se acercó a la carreta.

— ¿Sí, mensaab?

— ¿Cuánto falta para llegar a la finca?

El africano se encogió de hombros y alzó cinco dedos.

Grace le miró con impaciencia. ¿Qué quería decir? ¿Cinco kilómetros? ¿Cinco horas? ¿O, Dios no lo quiera, cinco días? Grace miró el cielo. Las nubes estaban bajas, su color era el del carbón vegetal; las ramas de los plataneros se movían a impulsos de un viento que nada bueno presagiaba.

— Tenemos que apresurarnos, Che Che — dijo—. ¿No podemos ir más aprisa?

Le parecía que la carreta que iba adelante avanzaba a paso de tortuga; los dos hombres armados con fusiles que iban de avanzadilla por si había animales salvajes, daban la impresión de estar medio dormidos; y los nativos vestidos con pieles de cabra y portando lanzas se limitaban a caminar junto a las carretas, sin darse ninguna prisa.

El capataz asintió con la cabeza y echó a andar hacia la primera carreta, donde se puso a gritarle órdenes en kikuyu al conductor. Pero la carreta no se movió más aprisa.

Reprimiendo el impulso de apearse y azuzar ella misma los bueyes, Grace se dijo que ojalá hubiera prestado atención a los consejos de un caballero al que conoció en el hotel Blue Posts de Thika; éste le había explicado que Che Che, el nombre del capataz, significaba «lento» en kikuyu y que sin duda había buenas razones para que se llamara así. Pero ella no había querido contratar a otro capataz a la mitad del viaje y ahora estaba viendo el resultado: se encontraba entre la ciudad de Nyeri y la finca de su hermano, y una tempestad a punto de desencadenarse.



Se volvió y pudo ver que la señora Pembroke se había retirado prudentemente al interior de la carreta, buscando la protección del toldo de lona, con el bebé en sus brazos, y con Fanny, la doncella personal de Rose, sentada a su lado, con cara de sentirse muy desdichada. Todos los hombres iban a pie al lado de las carretas y llevaban fusil; hasta el anciano Fitzpatrick, el mayordomo que había venido con ellas de Bella Hill, no parecía él mismo con su ropa de color caqui y su salacot.

Grace se dio cuenta de que el espectáculo casi le habría resultado cómico de no haberse sentido tan inquieta, y tan enfadada.

Cuando volvió a mirar a su cuñada se sorprendió al ver una débil sonrisa en sus pálidos labios. Se preguntó qué estaría pensando lady Rose.

De hecho, lady Rose tenía sus pensamientos concentrados en el refugio que se encontraba al final del horrible camino: Bella Two, el hogar que Valentine había construido para ella. Cinco meses atrás, en una carta, le decía:

Nuestra finca está en un valle de más de sesenta kilómetros de ancho, entre el monte Kenia y los montes Aberdare, a menos de cincuenta kilómetros al sur del ecuador. Estamos a más de mil quinientos metros sobre el nivel del mar y hay una garganta profunda y exuberante en nuestra propiedad por la que pasa el río Chania. La casa no tiene igual. La proyecté yo mismo, es algo nuevo para este país nuevo. He decidido llamarla Bella Two o Bella Too¹, escoge el nombre que más te agrade. Se trata de una casa como debe ser, y no le faltan su biblioteca, su sala de música ni su cuarto para nuestro hijo.

Valentine no necesitaba decir más. Rose se había imaginado la casa nueva en seguida, la casa que sería *suya*, y no aquel lugar donde se sintiera una extraña, rodeada de severos retratos de antepasados de los Treverton. Era una casa donde por fin podría ser la única señora, con las llaves colgadas de su cintura.

Desde el nacimiento de la pequeña cuatro semanas antes, Rose no había pensado en otra cosa. Si se concentraba mucho, si centraba toda su energía en Bella Two, no tendría que pensar en «lo otro».

En ese momento estaba tejiendo fantasías sobre las horas que pasaría dirigiendo la instalación de cortinas, la colocación de sillas y mesas, los adornos florales. Y lo más importante: se encargaría de que en casa se siguiera la etiqueta correcta: que se limpiara el juego de té que la duquesa de Bedford había regalado a su abuela; que se preparasen pastas y bizcochos para el té; y también crema; que se enseñara a los

¹ Juego de palabras intraducible: en inglés, Bella Two (Bellas Dos) se pronuncia igual que Bella Too (Bella también).- (N. del T.)



sirvientes a preparar emparedados como era debido, a cortar correctamente el pepino. Y ella misma tendría la llave de la cajita del té y mezclaría cuidadosamente el Earl Grey y el Oolong.

Había decidido que el hecho de vivir en África no era razón para dejar de ser civilizado. Había que mantener el decoro a toda costa. Sabía que su cuñada no aprobaba la «monstruosa colección de equipaje», como decía Grace, que Rose había traído consigo, pero Grace no sabía de obligaciones sociales. Porque Grace no iba a ser el ama de una plantación de más de dos mil hectáreas ni la condesa de Treverton, cuyo deber era marcar pautas muy elevadas. Grace había venido a África con sólo dos baúles; uno para la ropa y los libros, ¡el otro con material médico!

Rose se puso a pasear mentalmente por las habitaciones de la casa nueva, viéndolas tal como Valentine se las había descrito, con su madera pulida y sus columnas de piedra, las vigas del techo, la chimenea grande como un escenario de teatro. Vio la sala de música, donde tocaría el piano de cola que en ese momento viajaba en la última carreta. Le habían quitado las patas para enviarlas por separado desde Londres. Vio la sala de billar con su alfombra de Savonnerie, el tipo que gastaba la familia real, e incluso llevaban, en la primera carreta, embalada con sumo cuidado, una araña para el comedor.

Pero cuando la fantasía la llevó hasta la puerta de la alcoba, Rose se detuvo en seco.

Grace, sentada a su lado en la carreta, no vio que una rigidez súbita se apoderaba del cuerpo de Rose a la vez que su sonrisa se borraba. No se percató de que el corazón le latía con violencia, de que volvía a ser presa de ansiedad. Rose se lo guardó todo para sí, porque era algo que nadie debía saber jamás.

Pensó en Valentine y se estremeció. Rose ya sabía cuál iba a ser su reacción al ver al bebé: haría como si no hubiera pasado nada, como si la pequeña Mona ni siquiera hubiese nacido. Miraría a Rose de aquel modo que ella conocía tan bien, con aquella expresión de deseo, y luego volvería a exigir las mismas cosas de su cuerpo.

Qué alegría se había llevado el año anterior al enterarse de que estaba embarazada. Valentine se había trasladado inmediatamente a otra alcoba, como exigía la decencia, y ella había disfrutado de siete meses de libertad. Si el bebé hubiese sido un chico, Valentine se habría sentido satisfecho. Pero ahora reanudaría sus esfuerzos por engendrar un hijo varón y Rose volvió a estremecerse al pensar en ello.

Al casarse con Valentine, Rose era virgen e ignorante acerca de lo que los hombres hacían con las mujeres. En la noche de bodas se había llevado una sorpresa muy desagradable que luego había dado paso a la repugnancia. Las cosas habían llegado a tal extremo, que a veces permanecía tensa en la cama, sin apenas respirar, esperando oír los pasos de Valentine. Y después él entraba en la alcoba, al amparo de la oscuridad, y la usaba como un animal. Pero Rose había aprendido a distanciarse del



acto. Cuando presentía que iba a ser una de las noches de su esposo, bebía un poco de láudano antes de acostarse y luego se replegaba al interior de una fantasía mientras él hacía su trabajo. Nunca hablaban de ello, ni siquiera en los momentos cruciales, pero en cierta ocasión Rose había estado a punto de comentárselo a Grace. Luego había cambiado de parecer recordando que aunque su cuñada era doctora en medicina, seguía siendo doncella y, por lo tanto, no sabría nada de esas cosas. Así que lo dejó correr y supuso que a todos los matrimonios les ocurriría lo mismo.

De pronto se oyó un tumulto y los hombres que iban adelante empezaron a gritar y Che Che se les acercó corriendo (por primera vez en su vida, Grace no lo dudaba) para anunciar que acababan de llegar al río Chania.

El corazón de Grace dio un salto. ¡El Chania! ¡La frontera más lejana del territorio kikuyu! Y en la otra orilla, ¡la plantación de su hermano!

Ahora todo el mundo parecía tener prisa, hasta los animales, como si presintieran que estaban cerca del final del largo viaje. Los hombres empujaron las carretas al cruzar el río, cuyas aguas estaban bajas porque eran los últimos días de la estación seca, y siguieron empujándolas por la cuesta cubierta de hierba que señalaba el comienzo de las tierras de Valentine.

Rose salió de su ensimismamiento. Apretó con fuerza la mano de su cuñada y sonrió. Grace casi deliraba. ¡Por fin habían llegado! Después de semanas en el océano y en trenes y carretas, de dormir en tiendas y ser devoradas por los insectos, su destino se encontraba justo al otro lado de esa elevación. Una casa como Dios manda, camas de verdad, comidas a la inglesa... Pero había algo más: era el final de todos sus viajes, de todo su ir y venir de un lado a otro; el lugar donde ella y Jeremy habían proyectado iniciar su vida en común. Quizá si Jeremy no había muerto -aún le quedaba una tenue esperanza de que siguiese vivo-, la encontraría allí, por fin.

Al aparecer el letrero que decía FINCA TREVERTON, clavado en el tronco de un castaño, todos prorrumpieron en vítores. Hasta el viejo Fitzpatrick, el serio mayordomo, lanzó su salacot al aire. La pequeña Mona empezó a llorar; las carretas crujían y avanzaban dando tumbos; los africanos azuzaban a los animales.

Al llegar arriba, les recibió un espectáculo impresionante: el majestuoso monte Kenia con su cima coronada por la neblina. ¡Tal como lo describiera Valentine! Y más allá, hacia el sudoeste, en el borde de la selva desbrozada, exactamente donde él decía haberla construido, en una colina que se alzaba suavemente y desde donde se dominaban la montaña y el valle...

Enmudecieron todos. Un viento frío y sibilante descendía de los picos nevados, tirando de las faldas y de los sombreros, agitando los toldos de lona, cuyos chasquidos sonaban con fuerza en medio del silencio. Se quedaron todos mirando fijamente sin decir nada; el único sonido humano que se podía escuchar era el llanto de la pequeña Mona.

Grace parpadeó, incapaz de dar crédito a sus ojos. Y Rose dijo en un susurro:



— ¡Pero... si no hay nada! Ninguna casa, ni edificios... absolutamente nada...



CAPÍTULO 3

—¡Eh!

Al volverse, vieron que Valentine subía hacia ellos a caballo. Llevaba botas, pantalones de montar, una camisa blanca con las mangas recogidas y los botones de arriba desabrochados y la cabeza descubierta.

«Como si no hiciera frío -pensó Grace, enfadada-. ¡Como si no estuviera a punto de llover!»

—¡Habéis llegado por fin! —gritó Valentine, descabalgando de un salto y caminando rápidamente hacia su esposa. La rodeó con sus brazos y le besó con fuerza la boca—. Bienvenida a casa, querida.

Se volvió hacia Grace con los brazos abiertos.

—¡Ah, y aquí está la bendita doctorcita! —pero al tratar de abrazarla, ella lo apartó.

—Valentine —dijo secamente—. ¿Dónde está la casa?

—¡Pues, aquí mismo! ¿Es que no la ves? —con un gesto señaló la colina que acababa de ser desbrozada de árboles y maleza—. Al menos, estará aquí. Anda, vamos, no pongas esa cara.

—Va a llover, Val, y estamos cansadas y tenemos hambre. ¿Quieres decir que aún no has construido la casa?

—En África las cosas van despacio, chica. Pronto podrás comprobarlo tú misma. Estamos acampados allá abajo, junto al río.

—Valentine, no pretenderás que nosotras...

—Ven —dijo él, cogiéndola del brazo—. Deja que te presente a nuestro vecino más próximo. Es un excelente jugador de polo. Tiene un hándicap de seis. Grace, te presento a sir James Donald. James, ésta es mi hermana, Grace Treverton.

Sir James había subido cabalgando con Valentine e iba vestido pragmáticamente con unos pantalones arrugados, chaqueta de safari y un salacot en la cabeza. Al desmontar, Grace se fijó en que cojeaba ligeramente.

Sir James sonrió antes de llegar junto a ella; era una sonrisa tímida, casi apocada. No podía ser mucho mayor que ella, posiblemente treinta y un años, quizá treinta y



dos. Se sorprendió al ver que alargaba la mano para estrechar la suya, algo que los caballeros ingleses nunca hacían con las damas. Luego dijo con voz cultivada:

—Val me ha dicho que es usted médico.

Y Grace, poniéndose a la defensiva, contestó:

—Sí.

—Eso es estupendo. Nos hace muchísima falta tener médicos aquí.

De pronto, mientras él hablaba, Grace se dio cuenta de lo guapo que era.

Permanecieron en silencio unos momentos, mirándose, las manos unidas todavía, y entonces Valentine dijo:

—Deja que te enseñe tu nuevo hogar.

Grace contempló a sir James mientras éste volvía junto a su caballo. Era un hombre alto, delgado, y caminaba muy erguido, casi rígido, como para compensar la cojera.

Lady Rose se había quedado junto a la carreta y en su cara había una expresión de desconcierto. Cuando su esposo la llamó, dijo con voz tímida:

—Valentine, querido, ¿es que no quieres ver a tu hija?

El rostro de Valentine se ensombreció fugazmente, luego en tono exuberante dijo:

—¡Anda, ven! ¡Échale un vistazo a tu nuevo hogar!

La señora Pembroke subió en la carreta detrás de lady Rose y se sentó entre las dos cuñadas. Grace apartó la manta del rostro de Mona y vio que la pequeña estaba extrañamente silenciosa.

La carreta, conducida por uno de los africanos de Valentine, las llevó a la suave colina que surgía de la selva. Al apearse y pisar la tierra roja, Grace volvió a preguntarle a su hermano por qué la casa no estaba construida.

—Como disponemos de poca mano de obra, tuve que establecer prioridades. Hacer los trasplantes antes de que empezaran las lluvias era más importante que construir la casa. De hecho, el semillero fue lo primero que construimos. Una vez hayamos plantado los campos, haré que los trabajadores empiecen a construir la casa.

—¿Por qué nos dijiste que la casa estaba terminada?

—Porque quería tener a mi esposa aquí conmigo. De haberle dicho que tendría que vivir en una tienda durante otro año, no hubiese venido.

Cuando llegaron a la cima de la colina Grace recibió una fuerte impresión. La selva había desaparecido y una vista magnífica se ofrecía a sus ojos. Después de varias semanas abriéndose paso a machetazos por entre la densa maleza, se quedó



sin aliento al ver tanto cielo. Tuvo la sensación de flotar en el espacio. A sus pies el valle se extendía hasta el monte Kenia y aparecía limpio de árboles y helechos.

Valentine se pasó las manos por el pelo negro y espeso.

—¿Qué te parece, chica? ¿Te das cuenta? Hectáreas y más hectáreas, hasta donde alcanza la vista, todas cubiertas de cafetales en flor, todo blanco, como si por aquí hubiera pasado una comitiva nupcial. ¡Y bayas de vivo color rojo esperando que las recojan!

Grace quedó impresionada. Su hermano parecía haber obrado un pequeño milagro en esos parajes selváticos y olvidados de Dios. La selva terminaba bruscamente en el borde de tierras recién labradas y largas hileras de agujeros marchaban recta y ordenadamente hacia los neblinosos confines del valle. A Grace le sorprendió que los agujeros fueran tan grandes; llegarían hasta la rodilla y eran anchos como un hombre. Pulcras líneas de plataneros los acompañaban en su desfile.

—Habrá seiscientos cafetos por hectárea —le explicó Valentine, la voz llena de orgullo—. ¡Y tenemos más de dos mil hectáreas, Grace! Dentro de tres o cuatro años recogeremos nuestra primera cosecha. Esos plataneros son para dar sombra..., el café necesita sombra, ¿sabes? También he plantado jacarandas de importación, en aquellos bordes —señaló con un gesto del brazo—. Dentro de unos años estarán llenos de flores azules, lavándulas. ¿Te lo imaginas? Ésta será la vista desde delante de la casa.

»Allí —continuó Valentine, señalando una gran extensión de terreno llano junto al río— está el semillero. Hemos abierto un surco para regarlo con agua del Chania. Aquellos tipos que ves allí abajo están arrancando los plantones débiles. Ése es el secreto de una buena cosecha, Grace. Algunos plantadores cometen el error de dejar los débiles un año más, creyendo que así se harán más fuertes, pero el truco consiste en arrancarlos y plantar nuevas semillas. El mundo aún no lo sabe, Grace, pero algún día habrá mucha demanda de café de Nairobi, ¡y todo el café saldrá de la plantación Treverton!

—¿Cómo es que sabes tanto acerca del cultivo del café, Val?

—Los padres de la misión donde compré las semillas me han ayudado. Además, en Nairobi hay algunos tipos decentes que están dispuestos a compartir lo que saben. Y Karen me ha enseñado muchas cosas.

—¿Karen?

—La baronesa Von Blixen. Tiene una plantación de café cerca de Ngong. Aquí estamos utilizando la variedad llamada arábica, las mejores semillas que hay en el mundo, Grace. Las planté hace un año, al volver del África Oriental alemana —alzó los ojos hacia el cielo color gris perla—. En cuanto empiecen las lluvias, haremos los trasplantes.



Grace miró con ojos fascinados el regimiento de mujeres africanas que trabajaban en los campos, vestidas con pieles de color marrón claro, llevando sus bebés a la espalda, inclinadas, las piernas rectas, apisonando con las manos la tierra dentro de los agujeros.

— ¿Por qué la mayoría de los que trabajan son mujeres y niños, Val? ¿Por qué hay tan pocos hombres?

— Los tipos que ves allá abajo son los que tenían ganas de trabajar. Sin duda los demás estarán sentados a la sombra de un árbol junto al río, bebiendo cerveza. Cuesta muchísimo hacerles trabajar. Tienes que estar tras ellos todo el rato. En cuanto vuelvo la espalda, se escapan a la selva. Verás, es que entre los kikuyu es tradición que todo el trabajo agrícola lo hagan las mujeres. Un hombre considera que cuidar los campos es indigno de él. Los hombres eran los guerreros, los únicos que combatían.

— ¿Todavía luchan?

— Pusimos fin a estas cosas. Los kikuyu y los masai estaban constantemente en guerra, atacando sus respectivos poblados, robando ganado y mujeres. Les quitamos las lanzas y los escudos y ahora sencillamente no hacen nada.

— Bueno, no podéis obligarlos a trabajar.

— De hecho, sí podemos.

Grace había oído hablar de una ley para hacer trabajar a los nativos cuando estaba en Inglaterra y el obispo de Canterbury había protestado enérgicamente en la Cámara de los Lores, diciendo que era una versión moderna de la esclavitud. A los kikuyu, que en otro tiempo eran guerreros y ahora estaban ociosos y sin empleo, se los obligaba a trabajar en los campos de los colonos blancos con la excusa de que así tenían algo que hacer, y de que su tribu se beneficiaba de los alimentos, la ropa y la asistencia médica que les daban a cambio de su trabajo.

— La guerra con Alemania estuvo a punto de acabar con nosotros, Grace. El África Oriental británica se encamina hacia una bancarrota cierta si no encontramos la forma de generar ingresos. Y esto sólo puede conseguirse por medio de la agricultura y la exportación. El agricultor blanco no puede hacerlo él solo, de modo que si trabajamos todos juntos, todo el mundo, nativos y europeos, se beneficiará. Y voy a luchar para que este país nuevo funcione, Grace. No vine aquí para fracasar. Otros como yo, como sir James, todos estamos luchando por sacar el África Oriental del pleistoceno y hacerla entrar en la edad moderna. Y estamos arrastrando a su gente con nosotros, dando puntapiés y chillando si hace falta.

Grace miró hacia los campos desbrozados, los cientos de hileras de agujeros que aguardaban sus plantones, y dijo:

— Aquí hay más nativos de los que esperaba ver. Por lo que dijo la Oficina de Tierras, tenía entendido que habíamos comprado tierra desocupada.



— Así fue.

— Entonces, ¿de dónde vinieron todas estas mujeres y niños?

— Del otro lado del río — Valentine señaló y Grace se volvió. En la orilla opuesta, a través de cedros y olivos, se veían algunos claros, pequeñas parcelas de los nativos, chozas redondas con techo de paja y huertos—. Sin embargo —añadió Valentine—, ésta también es nuestra tierra. Se extiende en aquella dirección, hasta bastante lejos.

— ¿Hay gente viviendo en tu tierra?

— Son colonos. Se trata de un sistema que inventó la Oficina Colonial. Los africanos pueden tener sus *shambas* (así llaman a sus parcelas) en nuestras tierras a cambio de trabajar para nosotros. Nosotros cuidamos de ellos, resolvemos sus disputas, les traemos un médico si lo necesitan, les proporcionamos comida y ropa, y ellos trabajan la tierra para nosotros.

— Resulta muy feudal.

— A decir verdad, eso es exactamente lo que es.

— Pero... — Grace frunció el ceño—. ¿No estaban ellos ya aquí antes de que comprases la tierra?

— No se les robó nada, si es eso lo que estás pensando. La Corona le hizo a su cabecilla una oferta que no podía rechazar. Lo nombró jefe (los kikuyu no tienen jefes) y le confirió mucha autoridad. A cambio, él vendió la tierra por unos cuantos abalorios y un poco de alambre de cobre. Todo fue perfectamente legal. El hombre estampó la huella de su pulgar en una escritura de venta.

— ¿Crees que él comprendía lo que estaba haciendo?

— No me vengas con lo del «noble salvaje», chica. Esta gente son como niños. Ni siquiera habían visto una rueda. Los tipos de allí abajo transportaban los troncos sobre la cabeza. Así que me agencié unas cuantas carretillas y les expliqué que eran para transportar los troncos. Al día siguiente vi que, en efecto, llevaban los troncos en las carretillas ¡y las carretillas sobre la cabeza! Y no tienen el menor concepto de la propiedad, ni la más leve idea de lo que pueden hacer con la tierra. La estaban echando a perder. Alguien tenía que intervenir y hacer algo con ella. De no haberlo hecho nosotros, los británicos, hubiesen sido los alemanes o los árabes. Mejor que a esta gente la cuidemos nosotros que los hunos o los negreros mahometanos.

Se alejó de ella hacia el monte Kenia, con las manos en las caderas, como si fuera a gritarle a la montaña.

— Sí — dijo con voz inexpresiva—. Voy a hacer algo con esta tierra.

Sus ojos negros despedían llamaradas mientras el viento le alborotaba el pelo y le abría la camisa. Había en él una expresión fiera, retadora, como si desafiara a África a derrotarle. Grace notó que dentro de su hermano había algo apenas dominado, una energía sólo a medias reprimida, una obsesión y una locura que debían refrenarse



constantemente. Era un poder extraño el que le empujaba, y Grace lo sabía; una fuerza que le había impulsado a salir de la vieja, aburrida y reglamentada Inglaterra para instalarse en ese indómito y turbulento continente negro. Había venido con el propósito de conquistar e iba a pasar la mano por ese edén primordial y a dejar su huella en él.

—Ahora lo comprendes, ¿no? —exclamó en voz alta, dirigiéndose al viento—. Ahora lo entiendes, ¿verdad, Grace? ¿Comprendes por qué me quedé aquí? ¿Por qué no podía regresar a Inglaterra cuando me licenciaron del ejército?

Apretó los puños.

«Feudal», lo había llamado Grace. A Valentine le gustó. Lord Treverton, un conde *de verdad*, señor de un dominio creado por él mismo, no como Bella Hill, donde campesinos obsequiosos, serviles, vivían en granjas mediocres y contemplaban con ojos admirados la casa grande como si fuera un budín de Navidad. Le repugnaba Suffolk con sus pesadas tradiciones, sus convencionalismos sociales, su monotonía eterna, donde la imaginación de los hombres no iba más allá de la hora del té. Al llegar al África Oriental británica para luchar contra los alemanes, Valentine había cobrado vida repentinamente. Había mirado a su alrededor y había visto lo que tenía que hacer, cuál era su lugar. El destino lo empapaba, corría por sus venas. Era como si África, gigante torpe y dormido que esperaba que lo despertasen, que le hicieran ser productivo, le hubiese estado aguardando a él y a hombres como él.

Valentine temblaba bajo el viento, no de frío, sino como consecuencia de su visión. Alzó los ojos negros hacia las nubes amenazadoras y enarboló un sable mental. Tenía la sensación de estar montado en un corcel, plantando cara a un ejército: de llevar armadura y tener tras sí una hueste de miles de hombres. La antigua sangre guerrera despertó de su sueño, sus antepasados gritaban en silencio dentro de su cerebro.

«Conquista –decían-. Subyuga...»

Se volvió bruscamente y miró a Grace como si se hubiera olvidado de su presencia. Luego sonrió y dijo:

—Ven, te enseñaré tu propio pedacito de África.

Habían abierto un sendero a través de la selva, de la cima de la colina a los altos que dominaban el río. Valentine llevó a su hermana hasta el borde cubierto de hierba, a sólo unos metros de donde estaban descargando los carros de bueyes, y señaló las márgenes llanas del Chania.

—Allí está tu tierra —dijo, señalando los límites con un movimiento de la mano—. Empieza allí arriba, justo más allá del bosquecillo de eucaliptos, y baja por aquí hasta el río. Doce hectáreas reservadas para ti y para Dios.

Grace se llenó los ojos con el espectáculo de los cedros, las linarias en flor, las orquídeas color de malva y amarillas. Era un paraíso. Y era suyo.



«Por fin he llegado, Jeremy -susurró la voz secreta de su corazón-. El lugar de nuestros sueños. Lo construiré exactamente como lo proyectamos, y no me iré nunca porque, si Dios quiere, si todavía vives, quizá algún día me encuentres aquí».

— ¿Lo de ahí abajo también es tuyo, Val? — preguntó, señalando hacia unos treinta metros a sus pies.

— Sí. ¡Y espera a que te cuente lo que yo pienso hacer con ello!

— Pero... allí vive alguien — Grace contó siete chozas pequeñas situadas alrededor de una higuera vieja.

— Se irán. Es la familia del jefe Mathenge. Sus tres esposas y su abuela viven allí. En realidad, no les corresponde estar en esta orilla del río. Verás, toda esta zona tenía que ser una zona tapón entre los masai y los kikuyu, para impedir que siguieran combatiéndose. Es una especie de tierra de nadie. A ninguna de las dos tribus se le permite estar aquí.

— ¿Pero al hombre blanco sí se le permite?

— Pues, desde luego. En cuanto a los de allá abajo..., parece ser que hace unos años hubo una especie de epidemia al otro lado del río, donde vive la tribu principal. Este grupo se separó del resto y se vino para aquí con el fin de alejarse de los malos espíritus o algo por el estilo. Mathenge me ha prometido que los hará volver a la otra orilla.

Valentine se volvió para mirar a Rose. La vio de espaldas en la colina, de pie como una estatua en medio de la tierra desbrozada, como esperando tranquilamente que construyeran la casa a su alrededor. Echó a andar hacia ella.

— Me ha dicho Valentine que esa tierra es de usted.

Grace alzó la mirada y vio a sir James a su lado. Se había quitado el salacot y el viento le alborotaba el pelo castaño oscuro, donde relucían algunas gotas de lluvia.

— Sí — dijo Grace —. Voy a construir un hospital.

— ¿Y a traer la palabra de Dios a los paganos?

Grace sonrió.

— Atienda al cuerpo, sir James, y el espíritu seguirá.

— Por favor, James a secas. Ahora estamos en África.

«Sí -pensó ella-, África. Donde los caballeros estrechan la mano de las señoras y un conde anda por ahí con la camisa desabrochada».

— Pues menudo trabajito se ha echado encima — dijo sir James, cerca de ella, mirando hacia el fondo del amplio barranco —. A esta gente la atormentan la malaria y la gripe, las bubas y los parásitos ¡y un sinfín de enfermedades que ni siquiera tienen nombre!



—Haré lo que pueda. He traído libros de medicina y material en abundancia.

—Debo advertirle que tienen sus propios hechiceros y que no les gusta que los *wazungu* se metan en sus cosas.

—¿Los *wazungu*?

—Los blancos. La familia de ahí abajo, por ejemplo, la que vive en esas chozas alrededor de la higuera, es la familia de una hechicera muy poderosa que prácticamente gobierna el clan que vive al otro lado del río.

—Creía que tenían un jefe.

—En efecto, pero es la abuela de su mujer, Wachera, la que realmente tiene poder en estos pagos.

—Gracias por decírmelo —Grace alzó los ojos hacia el atractivo rostro de sir James—. Val me hablaba de usted en sus cartas. Decía que su rancho estaba a unos doce kilómetros al norte de aquí. Confío en que seremos amigos.

—No me cabe la menor duda.

De pronto una corriente de aire procedente del río arrancó el salacot de la cabeza de Grace. Sir James lo atrapó y al devolvérselo vio el destello de los diamantes en la mano izquierda de Grace.

—Su hermano no me dijo que estaba prometida.

Grace bajó la mirada hacia las modestas piedras engarzadas con sencillez. El anillo se lo había regalado Jeremy la noche antes de que el buque fuese torpedeado. La habían rescatado de las aguas heladas y después de un ataque de neumonía había despertado en un hospital militar de El Cairo, donde le habían comunicado que al teniente Jeremy Manning se le daba por desaparecido.

Nunca abandonaría la esperanza de encontrarlo algún día. Su amor a bordo había sido breve pero intenso, el tipo de romance que crea la guerra y que hace que los minutos valgan por años. Y se negaba a creer que Jeremy hubiese muerto. Nadie, ni siquiera Valentine o Rose, sabía de los mensajes que Grace había dejado para Jeremy durante el último año, empezando por Egipto, donde había confiado una carta a la Oficina Colonial. Después había dejado mensajes en Italia, Francia, en toda Inglaterra. Durante el viaje a África, había dejado nota de su paradero en Port Said, Suez, Mombasa y, finalmente, en el hotel Norfolk de Nairobi. Dejaba caer las cartas como un rastro de migas de pan, con la esperanza de que Jeremy se hubiera salvado, que siguiera vivo y en este momento la estuviese buscando...

—Mi prometido desapareció en el mar durante la guerra —dijo con voz queda.

Sir James vio el movimiento torpe de las manos de Grace, su intento de cubrir el anillo, de protegerlo, y reprimió el impulso de ofrecerle un brazo consolador.

—Mi hermana es médica —le había dicho Valentine—. Pero no es tan hombruna como otras.



A James le costaba creerlo. No era posible que esa mujer de hablar reposado, de rasgos dulces y agradables, de sonrisa cautivadora, fuera la misma que había escrito unas cartas tan largas y valerosas a su hermano. En ellas Grace había descrito a grandes trazos, con firmeza, el proyecto de construir el hospital; eran unas cartas que casi parecían escritas por una amazona. Sir James no estaba muy seguro de lo que iba a encontrar al conocerla personalmente, pero, desde luego, no esperaba que fuera esa joven atractiva de ojos encantadores.

Al volver a la cima de la colina azotada por el viento, lord Treverton se acercó rápidamente a su esposa con una mirada inquisitiva. ¿Por qué diablos no le contestaba?

— ¿Rose? — volvió a decir, alzando la voz.

Rose estaba mirando hacia un curioso grupo de eucaliptos que crecían a los pies de la ladera posterior de la colina. Contrastaban con los castaños y cedros que había a su alrededor; parecía haber un espacio desbrozado en medio, un claro protegido quizá, un lugar donde no se corría ningún peligro.

Este mundo nuevo asustaba a Rose. Era tan agreste, tan primitivo. ¿Dónde estaban las señoras que la visitarían? ¿Dónde estaban las otras casas? Valentine le había dicho en una carta que el rancho Donald distaba unos doce kilómetros. Rose se había imaginado un camino rural y agradables paseos dominicales. Pero no había ningún camino, sólo un sendero de tierra que cruzaba un país de salvajes desnudos y bestias peligrosas. Le daban miedo los africanos. Nunca había visto a una persona de color. En el tren se había apartado, asustada, de los sonrientes camareros; y en Nairobi había dejado que Grace se encargara de tratar con los nativos.

Pero lady Rose deseaba tanto ser útil en esa tierra nueva. Ansiaba hacer que Valentine se enorgulleciese de ella. Despreciaba su propia fragilidad, su incapacidad de afrontar la vida como hacía su cuñada. Durante la guerra Rose había apuntado tímidamente la posibilidad de alistarse en el destacamento de enfermeras voluntarias, para cuidar a los soldados heridos. Pero Valentine no había querido ni oír hablar de ello. De modo que se había conformado con enrollar vendas en el salón y tejer bufandas para los hombres que combatían en las trincheras.

Había llegado al continente negro con la esperanza de que la vida africana le diera más sustancia, de que las exigencias de la vida colonial erigieran una armazón de acero dentro de su blanda cáscara. En una ocasión había pensado que su matrimonio con Valentine pondría color en sus lugares transparentes, pero, en vez de ello, no hacía sino, perder todavía más color al lado de la brillante gloria de su esposo. Y luego se había dicho a sí misma que sería una «pionera». La palabra tenía un sonido que le gustaba; era como una campana de hierro fundido. Significaba una mujer que traía la civilización a la selva, una mujer que marcaba pautas y que abría camino. Rose también había puesto sus esperanzas en la «maternidad», que le parecía una cosa tan firme, tan importante. Por fin sería sólida, en el África Oriental británica, y la gente dejaría de mirar a través de ella.



— ¿Rose? — dijo Valentine, acercándose.

«¡Te quiero tanto, Valentine! Cómo me gustaría que te sintieses orgulloso de mí. Lamento que el bebé no fuera varón».

— ¿Querida? ¿Estás bien?

Volvería a intentarlo, de nuevo trataría de engendrar un varón, y Rose se estremeció al pensar en ello. El amor que sentían el uno por el otro era tan hermoso. ¿Por qué se empeñaba Valentine en estropearlo con aquella suciedad en la alcoba?

— Esos eucaliptos — musitó—. Por favor, no los tales, querido.

— ¿Por qué no?

— Pues... parecen tan especiales.

— Muy bien, pues, tuyos son.

Valentine la miró atentamente. Rose estaba tan pálida y delgada, que daba la impresión de que el viento se la llevaría. Entonces recordó el calvario que su esposa había vivido en el tren.

— Querida — dijo, acercándose más a ella para protegerla con su cuerpo—, todavía no estás bien. Necesitas reponer fuerzas. Ya verás cuando llegemos al campamento. Tenemos un cocinero como es debido y siempre nos vestimos para la cena. Y la casa será maravillosa, ya lo verás. En cuanto hayamos hecho los trasplantes, empezaremos las obras.

Apoyó una mano en su hombro y notó que su cuerpo se ponía rígido.

«Vaya», pensó sombríamente. La cosa iba a empezar de nuevo. Sus noches a solas en la cama, loco de deseos de su propia esposa, poseyéndola luego con los ojos cerrados para no ver la expresión de su cara. Después, Rose echada en la cama, como un ciervo herido, lanzándole mudos reproches con su cuerpo ultrajado, llenándole de unos sentimientos de culpabilidad inmerecidos. Había creído que con el tiempo las cosas cambiarían, que Rose aprendería a gozar cuando hiciesen el amor; pero, en vez de ello, parecía disgustarle más cada vez, y Valentine no tenía ni idea de lo que podía hacer.

— Ven conmigo, querida — dijo—. Vamos a reunimos con los demás.

Rose se acercó primero a la señora Pembroke y tomó al bebé en brazos. Acunando a Mona entre el manguito de armiño y la piel suave del abrigo, siguió a su esposo hacia la ladera cubierta de hierba donde se encontraban los demás, charlando.

Desde ese punto Rose podía ver, unos treinta metros a sus pies, un grupo de chozas en la margen amplia y llana del río. Una niña de corta edad cuidaba un reducido rebaño de cabras; una mujer en estado ordeñaba una vaca; había otras mujeres en los pequeños huertos, haciendo los preparativos para plantar. «Qué escena más deliciosa», pensó.



—Nunca adivinarás lo que pienso hacer con ese terreno —dijo Valentine—. Ahí es donde estará el campo de polo.

—¡Oh, Val! —Grace se rió—. ¡No serás feliz hasta que transformes África en otra Inglaterra!

—¿Hay espacio suficiente para un campo de polo? —preguntó sir James.

—Habrá que quitar esas chozas, por supuesto, y también arrancar esa higuera.

Guardaron silencio y se oyó el sonido de la leve lluvia al chocar con el follaje a su alrededor. Cada uno de ellos se imaginó la gran plantación de café que iba a llenar el valle y el hospital que Grace se proponía construir en la orilla del río. Lady Rose, sosteniendo a su pequeña, protegiéndola del frío y la lluvia con su abrigo de armiño, contemplaba el poblado nativo allá abajo.

Una figura, una mujer joven vestida con pieles y grandes collares de cuentas, salió de una de las chozas. La mujer cruzó el recinto del poblado y Rose vio que llevaba un bebé colgado de la espalda. Súbitamente la africana se detuvo, como si se diera cuenta de que la estaban observando, y alzó la mirada. Sobre su cabeza, en lo alto del risco, una aparición vestida de blanco miraba hacia abajo. Las dos mujeres se miraron fijamente durante un momento que pareció muy largo.



CAPÍTULO 4

Al entrar en la choza, la joven dijo respetuosamente:

—*Ne nie Wachera* —«Soy yo, Wachera», y entregó a su abuela la calabaza llena de cerveza elaborada con caña de azúcar.

Antes de beber, la anciana echó unas gotas al suelo de tierra para los antepasados, luego dijo:

—Hoy te hablaré de cuando las mujeres gobernábamos el mundo y los hombres eran nuestros esclavos.

Se sentaron a la luz acuosa que entraba por la puerta abierta. La choza era circular y no había ventanas en las paredes hechas de barro y estiércol de vaca. Se escuchaba el ruido de la lluvia al caer sobre las hojas de papiro del techo. Siguiendo la tradición kikuyu, la Wachera mayor transmitía el legado de sus antepasados a la hija mayor de su hijo, y en ello estaban desde hacía muchos días. La instrucción había empezado con lecciones de magia y de curandería porque la abuela era la hechicera y la partera del clan; también era la custodia de los antepasados y la guardiana de la historia de la tribu. Algún día la muchacha, esposa joven que llevaba a su primogénito en la espalda, tendría las mismas obligaciones.

Mientras escuchaba las palabras que su abuela recitaba en la choza llena de humo, como otras abuelas habían hecho en todas las generaciones anteriores, la joven Wachera luchaba con la impaciencia. Quería hacer una pregunta, pero interrumpir a uno de sus mayores era algo impensable. Quería preguntarle algo sobre el espíritu blanco de la colina.

La voz de la anciana era cascada a causa de la edad; hablaba con un sonsonete, meciendo el cuerpo, y los grandes aros de cuentas que lucía a ambos lados de la cabeza rapada emitían un leve sonido. De vez en cuando se inclinaba hacia adelante para remover la sopa que se cocía a fuego lento.

—Hoy llamamos a nuestros esposos «amo y señor» siguiendo la costumbre kikuyu —dijo a su nieta—. Los hombres son nuestros propietarios, pueden hacernos lo que les plazca. Pero recuerda siempre, hija de mi hijo, que somos los hijos de Mumbi, la Primera Mujer, y que los nueve clanes de los kikuyu llevan los nombres de las nueve hijas de Mumbi. Esto es para recordarnos que hubo un tiempo en que



las mujeres éramos poderosas y que hubo una época muy lejana en que *nosotras* gobernábamos y los hombres nos temían.

Mientras la joven escuchaba y grababa cada una de las palabras en su memoria, sus manos trabajaban rápida y ágilmente tejiendo un cesto nuevo. Su esposo, Mathenge, le había traído la corteza del *mogio*, pero se había marchado en seguida, porque tejer cestos era tabú para los hombres

La joven Wachera se sentía orgullosa de su esposo. Era uno de los nuevos «jefes» que los hombres blancos habían nombrado recientemente. Entre los kikuyu no era costumbre tener jefes, ya que el gobierno de los clanes correspondía a los consejos de ancianos, pero los *wazungu*, por algún motivo que a Wachera se le escapaba, juzgaban necesario nombrar jefes kikuyu para que gobernasen a su propia gente. Mathenge fue uno de los elegidos porque en otro tiempo había sido un guerrero famoso y había combatido en muchas batallas contra los masai. Eso ocurrió antes de que el hombre blanco dijera que los kikuyu y los masai no debían seguir luchando.

—En tiempos muy remotos —decía la voz anciana— las mujeres gobernaban a los hijos de Mumbi, y un día los hombres empezaron a sentir celos. Se reunieron secretamente en la selva para buscar la forma de poner fin a la dominación de las mujeres. Pero los hombres sabían que las mujeres eran astutas y que no sería fácil vencerlas. Entonces recordaron que había un período durante el cual las mujeres eran vulnerables, el período en que estaban preñadas. Así que decidieron que triunfarían si se rebelaban cuando la mayoría de las mujeres estuviesen preñadas.

La joven Wachera había oído esta historia muchas veces. Los hombres habían conspirado para preñar a todas las mujeres de la tribu y luego, al cabo de un tiempo, cuando muchas de sus esposas y hermanas e hijas estaban embarazadas de varios meses, habían lanzado su ataque. Y habían conseguido derogar las antiguas leyes matriarcales y erigirse en señores de las mujeres subyugadas.

Si en el corazón de la anciana anidaba la amargura a causa de aquella historia ignominiosa, nunca dejaba que se le notase, porque el código tribal se lo prohibía: las mujeres kikuyu eran educadas para ser dóciles, tímidas y resignadas.

Debido a esa crianza, la joven Wachera nunca había dudado de la sabiduría de su esposo al decidir que trabajaría con el hombre blanco, ni de la de sus hermanos cuando optaron por irse al norte con sus escudos y sus lanzas y buscar empleo en la shamba de ganado del hombre blanco. A decir verdad, en el poblado envidiaban ahora a las esposas de los pocos kikuyu que habían ido a trabajar para el hombre blanco, porque éstos volvían a casa con sacos de harina y de azúcar y con un paño muy codiciado que llamaban «americano». Así que las dos Wachera eran ricas gracias a Mathenge; poseían más cabras que cualquiera de las demás mujeres del clan.

Wachera echaba mucho de menos a su esposo ahora que era el «capataz» de la shamba del hombre blanco. Se había enamorado de Mathenge Kabiru por la forma



en que éste tocaba la flauta. Durante la estación en que el mijo estaba maduro y había que protegerlo de los pájaros, los jóvenes recorrían los campos tocando sus flautas de bambú, y Mathenge, que era alto para ser kikuyu porque descendía de masai, y guapo con su *shuka* y sus cabellos largos y trenzados, había viajado por los poblados, deleitando a la gente con sus melodías. Mas ahora la flauta de Mathenge estaba silenciosa porque los deberes del hombre blanco le obligaban a ausentarse.

—Ya ha llegado el momento —dijo la abuela mientras removía la sopa de plátanos— de que oigas la historia de tu famosa antepasada, la gran Wairimu, a quien los hombres blancos se llevaron para convertirla en esclava.

Los kikuyu no conocían la escritura, por lo que su historia era una tradición oral. Desde una edad muy temprana, a todos los niños les enseñaban las listas de las generaciones y les obligaban a recitarlas. La joven Wachera conocía la historia de su familia de cabo a rabo, empezando por la Primera Mujer.

—La generación más antigua llevaba el nombre de «generación Ndemi» —decía—, porque eran gentes revoltosas y hacían la guerra; a sus hijos los llamaron la «generación Mathathi» porque vivían en cuevas; a los hijos de sus hijos los llamaron la «generación Maina» porque bailaban las canciones kikuyu; vino después la generación Mwangi, llamada así porque eran nómadas...

Y los años no se contaban por números, sino utilizando nombres descriptivos, de manera que cuando la abuela decía que Wairimu había vivido durante la *Murirna wa Ngai* (la enfermedad de los temblores de origen celestial), Wachera sabía situar a su antepasada en el año de la epidemia de malaria cinco generaciones antes.

Conteniendo el aliento, maravillada, escuchaba la crónica heroica de cómo Wairimu, tras serle arrebatada a su esposo, encadenada y llevada a un «gran campo de agua sobre el cual flotaban chozas gigantescas», había huido de sus captores blancos y regresado a la tierra de los kikuyu, luchando con leones y comiendo brotes de platanero hervidos. Wairimu había sido la primera en hablarles a los hijos de Mumbi de una raza de hombres cuya piel era del mismo color que los nabos, y así era cómo la palabra *muthungu* había venido a significar «hombre blanco», porque en aquellos tiempos quería decir «extraño» e «inexplicable».

La joven Wachera recordaba la primera vez que había visto un *muthungu*. Hacía de ello dos cosechas, cuando su hijo aún no había nacido. Cuando el hombre blanco se presentó en el poblado y las mujeres habían huido despavoridas, Wachera se había refugiado en la choza de su abuela. Pero Mathenge no había tenido miedo. Adelantándose había escupido en el suelo a modo de saludo. Mientras las mujeres miraban desde sus escondrijos, los dos hombres habían llevado a cabo un extraño negocio: Mathenge había recibido abalorios y americani y a cambio de todo ello había apretado con el pulgar algo que parecía una hoja grande y blanca. Después, sentados alrededor de la hoguera y bebiendo cerveza de caña de azúcar, les había hablado a Wachera y a sus otras dos mujeres de algo que se llamaba «venta de tierra» y de otra cosa llamada «escritura» que había marcado con el pulgar.



Los hombres blancos desconcertaban a la joven Wachera. Desde aquel primer encuentro sólo había visto hombres blancos unas cuantas veces -estaban desbrozando la selva en la colina que quedaba encima del río-, pero esa mañana había presenciado la llegada de muchos más y se había asustado. Luego había visto la aparición vestida de blanco, mirándola desde lo alto, y ahora, mientras escuchaba el final del extraordinario cuento de Wairimu, Wachera empezó a preguntarse si lo que había visto no era un espíritu, sino una *mujer* blanca.

Soltó una exclamación de júbilo cuando el relato concluyó, pero la Wachera anciana la hizo callar con palabras tristes:

—Desgraciadamente, Wairimu fue capturada por segunda vez y se la llevaron por el campo de agua que llega hasta los confines de la Tierra y nunca volvió al país de los kikuyu.

La joven quedó hechizada. ¿Qué habría sentido la pobre Wairimu? ¿Qué extraño destino la esperaría en la otra orilla del agua grande?

Wachera notó que el pequeño se movía en su espalda, dejó el cesto que estaba tejiendo y cogió el pequeño para acercárselo al pecho. El niño se llamaba Kabiru. Según la tradición kikuyu, las almas de los antepasados seguían viviendo en los niños, así que al primogénito siempre le ponían el nombre de su abuelo. Por el mismo motivo la abuela y la nieta se llamaban Wachera. El nombre significaba «la que visita a la gente» y había sido transmitido a lo largo de las generaciones desde la primera Wachera, que visitaba a la gente por ser la hechicera del clan.

La abuela sonrió mientras contemplaba cómo la joven madre daba el pecho a su pequeño. La anciana sabía que los antepasados se sentían complacidos con esa joven kikuyu que estaba recibiendo los secretos y los conocimientos acumulados del clan, porque era despierta, inteligente y respetuosa. El hijo de la anciana Wachera había criado bien a su hija; la joven Wachera era un modelo de esposa kikuyu: tenía siempre limpia la choza de Mathenge, cuidaba un huerto abundante, siempre estaba alegre, y nunca hablaba a menos que le dirigiesen la palabra. La dulce Wachera gustaba a todo el mundo; las madres la señalaban y les decían a sus hijas que era un ejemplo que debían seguir. Les decían que durante su circuncisión, efectuada a los dieciséis años, en presencia de todas las mujeres del clan, la joven Wachera no se había arredrado bajo el cuchillo. En vista de ello, nadie se sorprendió cuando el guapo y bravo Mathenge Kabiru visitó a la anciana Wachera con la intención de comprar a su nieta. Sesenta cabras había pagado por ella, precio que aún era objeto de comentarios entre la gente.

A la abuela se le hinchó el corazón. La joven había quedado preñada casi en el acto. Sin duda esta nieta produciría gran número de hijos para la perpetuación de los antepasados. Triste era la familia kikuyu con menos de cuatro hijos, porque entonces una abuela o un abuelo no alcanzaba la inmortalidad.



La anciana se sumió en un silencio pensativo mientras la lluvia seguía azotando el techo. El aire de la choza se hizo espeso y se llenó de olores a tierra mojada, plátanos cocidos, humo y cabras. La intemporalidad descendió sobre las dos mujeres. Formaban un cuadro idéntico a los de sus antepasadas porque los kikuyu eran gobernados por la tradición, las costumbres y las leyes dictadas por Ngai, su dios, que vivía en el monte Kenia, y aborrecían el cambio. Junto a sus pies desnudos estaba la calabaza de adivinación de la anciana Wachera. La habían vaciado, secado y llenado de objetos mágicos en una edad tan remota, que ni siquiera ella sabía cuál de sus antepasados lo había hecho. La calabaza era el símbolo del poder de Wachera; con ella leía el porvenir, sanaba los cuerpos enfermos y se comunicaba con los antepasados. Algún día la calabaza pasaría a la joven Wachera y de esta forma la abuela continuaría viviendo, del mismo modo que su propia abuela vivía ahora en ella.

Mientras caía la lluvia, los pensamientos de la anciana volaron hacia el resto del clan, que estaba en la otra orilla del río.

Cuarenta cosechas habían pasado desde que una terrible maldición había caído sobre los hijos de Mumbi. Primero la sequía, seguida del hambre. Luego una enfermedad había hecho estragos entre los kikuyu y los masai, matando a una de cada tres personas. En aquel entonces la anciana Wachera vivía con su esposo y sus otras mujeres al otro lado del río, en un gran poblado. Ella no había podido salvar al clan de la enfermedad, pero los antepasados le comunicaron que podría salvar a su propia y pequeña familia trasladándose a la otra orilla del río, donde la tierra había sido bendecida por Ngai y donde no había ningún mal espíritu de enfermedad.

Los demás habitantes del poblado se rieron de la locura de semejante medida. Alegaban que la unión hace la seguridad, mas para entonces Wachera ya era viuda, pues la enfermedad había llamado a su esposo a reunirse con sus antepasados, de modo que, volviendo la espalda al poblado, sobre el que pesaba la maldición de Dios (ella lo sabía), se instaló en esa tierra nueva con sus coesposas y sus hijos. Aquí encontró *mugumo*, la higuera sagrada, y al verla comprendió que sus visiones le habían dicho la verdad. Mientras las demás tribus del país recordaban aquel año por el nombre de *Ngaa Nere*, el año de la Gran Hambre (y el hombre blanco lo llamaba «la epidemia de viruela de 1898»), los supervivientes del antiguo poblado y sus descendientes lo llamaban «el año en que Wachera cruzó el río».

En ese momento pensaba en ellos; en su hermana, la pobre Thaata, que no tenía hijos y cuyo nombre significaba «estéril» y vivía de lo que ganaba fabricando cacharros; y en Nahairo, que sin duda, ya estaría a punto de dar a luz. Aunque las mujeres kikuyu no aprobaban los preparativos para el parto, pues pensaban que traían mala suerte y eran perder el tiempo si el bebé no vivía, Wachera ya tenía su chuchillo de partera afilado y listo.

Finalmente, la hechicera pensó en Kassa, su hermano, que era uno de los ancianos de la tribu. Le habían dicho que Kassa se había ido al norte, hacia el monte Kenia, y



había obtenido un empleo en la shamba de ganado del hombre blanco. Kassa era ahora contador de vacas, y Wachera estaba muy preocupada. Presentía que algún cambio calamitoso estaba a punto de caer sobre los hijos de Mumbi. El cambio ya había llegado, pero sólo de forma vaga, sutil. Ciertamente, la vida tribal seguía desarrollándose del mismo modo que en los tiempos de los antepasados. Tal vez algunas mujeres llevaban a sus bebés vestidos con *american*, y el viejo Kamau había aceptado el dios del hombre blanco y ahora se llamaba Solomon. Pero en conjunto, las viejas costumbres seguían respetándose estrictamente.

La mirada de Wachera se dirigió hacia adentro.

Y, sin embargo, los indicios de cambio estaban ahí mismo, en el seno de su propia familia. Mathenge era un guerrero, pero como el hombre blanco había prohibido a los kikuyu portar lanzas, ya no dirigía incursiones contra los masai. Recordó con nostalgia los viejos tiempos en que los masai lanzaban ataques contra el país de los kikuyu para robar ganado y mujeres. Y algunas mujeres no protestaban porque los guerreros masai tenían reputación de ser unos amantes soberbios.

Su corazón se endureció. Mucho antes de que el hombre blanco pusiera pie en el país de los kikuyu, ella había sabido de su llegada y de los cambios que traería consigo.

Hacía ya muchas cosechas, antes de que naciese su nieta, Ngai, el dios de la Luz la había visitado en sueños y la había llevado a su reino, que estaba en la cumbre de una montaña, y le había mostrado acontecimientos futuros. Al revelárselos al clan, todos se habían sobresaltado y asustado porque Wachera hablaba de unos hombres que saldrían del agua grande, unos hombres cuya piel tendría el mismo color que las ranas claras y cuyas vestiduras parecerían alas de mariposa. Estos *muthungu* portarían unas lanzas que escupían fuego y cruzarían el país en un gigantesco ciempiés de hierro.

Se había celebrado un consejo extraordinario para examinar la profecía de Wachera y se había decidido que los hijos de Mumbi no harían la guerra contra los intrusos, sino que los tratarían con cortesía y los estudiarían con suspicacia.

Pronto llegaron los hombres blancos y los hijos de Mumbi vieron que eran pacíficos, que no querían hacerles ningún daño y sólo deseaban pasar por la tierra de los kikuyu. Muchos miembros del clan creyeron que los *wazungu* buscaban una patria permanente y que, antes de que transcurrieran muchas cosechas, se irían del país de los kikuyu y nunca volverían a saber de ellos.

Wachera apaciguó su turbado corazón con un proverbio que decía: «El mundo es como una colmena: Todos entramos por la misma parte, pero vivimos en celdillas diferentes».

Un trueno sacó a ambas mujeres de su ensimismamiento. No alzaron el rostro ni se volvieron hacia la puerta abierta, pues era tabú mirar al dios cuando estaba



trabajando, así que la anciana removi6 la sopa y la joven volvi6 a colocarse el beb6 en la espalda.

Al apagarse el ruido del trueno, la joven Wachera mir6 a trav6s de la lluvia hacia la choza de su esposo, que distaba dos tiros de lanza de la choza de su abuela, y el dolor terrible volvi6 a apoderarse de ella. Era un anhelo, que parec6a un hambre insaciable: yacer entre los brazos de Mathenge; sentir el calor de su cuerpo de guerrero; solazarse con el sonido grave de su risa. Pero era tab6 que un hombre se acostara con su esposa mientras 6sta estuviera criando, as6 que tendr6a que tener paciencia. Tom6 el cesto y reanud6 su tarea, contemplando la lluvia, mientras su mente bull6a en proyectos para su maizal, y en fantas6as sobre su propio futuro: alg6n d6a se sentar6a en una choza exactamente igual a la de la abuela y transmitir6a su conocimiento a una nieta.

Ir6nicamente, los pensamientos sobre el futuro le hicieron volver al presente, como si existiera alguna relaci6n m6stica entre las dos cosas, y la joven Wachera se encontr6, una vez m6s, pensando en la mujer blanca de la colina.



CAPÍTULO 5

Al oír el sonido susurrante, Grace pensó que la lluvia había vuelto a empezar.

Se encontraba en su tienda sacando cosas de las maletas y colocándolas en su sitio mientras los hombres tomaban la copa del anochecer en la tienda comedor, aunque era noche cerrada desde hacía un buen rato. Grace se estaba preparando para la cena y ya se había puesto el uniforme de la marina cuando hizo una pausa para contemplar la cruz de servicios distinguidos, la medalla que le habían concedido por su valor en la guerra y que, en su opinión, era una pobre compensación por la vida de Jeremy.

Al oír el sonido sibilante al otro lado de las paredes de su tienda, y pensando que volvía a llover, Grace se acercó a la puerta y miró al exterior. No llovía; sólo había una espesa neblina. Escudriñó el recinto del campamento y vio las formas fantasmales de las tiendas, los halos de luz de los faroles, y aguzó el oído. Con la puesta de sol la selva se había llenado de sonidos de pájaros, grillos, y croar de ranas. Se dio cuenta de que lo que se oía no era lluvia, sino el llanto de una persona. El sonido salía de la tienda contigua.

Tras ponerse el grueso abrigo de la marina, recorrió apresuradamente los tablones colocados en el suelo para proteger del barro y se detuvo ante la tienda de su cuñada.

—¿Rose? ¿Estás bien?

Encontró a Rose sentada ante un tocador, inclinada hacia adelante, con la cabeza apoyada en los brazos.

—¿Qué pasa, Rose? ¿Por qué lloras?

Rose alzó la cabeza y se secó los ojos con un pañuelo de encaje.

—Es todo tan terrible, Grace. Aquellos campamentos... al apearnos del tren en Thika, me figuré que aquello ya había terminado. Esperaba con tanta ilusión encontrar una casa como es debido.

Grace miró a su alrededor. La tienda de Rose estaba amueblada con más elegancia que la suya; había un espejo con marco dorado sobre el tocador y almohadas de raso en la cama. Ni siquiera las sábanas eran sencillamente blancas; mostraban tonalidades de color rosa y azul, los colores de los Treverton. Grace vio que su hermano se había tomado muchas molestias para complacer a su esposa.



Se percató de que la doncella personal de Rose no estaba presente.

— ¿Dónde está Fanny?

— En su tienda. ¡Dice que quiere volver a Inglaterra! Grace — Rose bajó la voz hasta dejarla en un susurro —, por favor, dile a éste que se vaya.

Grace miró por encima del hombro hacia el africano que se encontraba junto a la puerta de la tienda sosteniendo una cantimplora y una toalla de lino. Vestía un kanzu largo y blanco que le llegaba hasta los pies desnudos y se cubría con un fez turco.

— ¿Por qué quieres que se vaya, Rose?

— ¡Me da miedo!

El hombre habló:

— Me llamo Joseph, mensaab. Soy cristiano.

— Déjanos solas, por favor — dijo Grace.

— Bwana Lordy me ordenó que cuidase a la mensaab.

— Ya hablaré yo con lord Treverton y le explicaré. Puedes irte, Joseph.

Cuando el africano se hubo ido. Rose miró a su cuñada con expresión de súplica y susurró:

— ¡Tienes que hacer algo por mí, Grace!

Grace le miró atentamente la cara. Las mejillas marfileñas estaban arreboladas y le temblaban los labios. Unas cuantas trenzas de cabello color claro de luna se habían escapado de los peines y le enmarcaban el rostro.

— ¿Qué quieres que haga? — preguntó Grace.

— Es... Valentine. Verás, no puedo... no estoy preparada para... — apartó la mirada y se puso a jugar nerviosamente con el cepillo de plata para el pelo —. Tú eres médico, Rose. A ti te escuchará. Dile que ha pasado demasiado poco tiempo desde que nació la niña y...

Grace guardó silencio. No sabía qué decir.

— Ayúdame, Grace. No puedo soportarlo. Todavía no. Primero tengo que acostumbrarme a — agitó las manos — todo esto.

— Muy bien. Hablaré con él. No te preocupes, Rose. Anda, ven conmigo. Los hombres nos están esperando.

Ambas mujeres se llevaron una gran sorpresa al dejar atrás el frío aire de la noche y entrar en la tienda comedor.

— ¡Valentine! — exclamó Grace —. ¿Se puede saber cómo lo has conseguido?



—Resultó un poco difícil, chica, entre la guerra y todo lo demás... ¡A veces es útil estar podrido de dinero! —dijo mientras cruzaba la tienda vestido con un esmoquin negro y camisa blanca almidonada. Lord Treverton besó a su hermana en la mejilla, luego recibió a su esposa con una sonrisa radiante—. Y bien, querida mía, ¿qué te parece?

Los ojos de Rose repasaron las sillas Chippendale, el mantel de encaje belga, los candelabros de plata y la vajilla de porcelana. En un gramófono sonaba un vals y la luz de las lámparas arrancaba destellos de los vasos y las copas de cristal; el aire olía a jazmín.

—¡Oh, Valentine! —exclamó Rose—. ¡Es precioso!

—Voy a presentarte a nuestro invitado —dijo, indicando a un hombre que Rose no conocía. Era el oficial de distrito Briggs, un hombre corpulento, de sesenta años y pico, que llevaba un uniforme caqui muy planchado y un lustroso corraje de estilo militar. Valentine sirvió aperitivos y brindaron todos por el África Oriental británica.

—Tenía la esperanza de conocer a su esposa, sir James —dijo Grace, sentándose a su lado. Sir James estaba muy atractivo con su esmoquin blanco de corte impecable.

—A Lucille le hubiera encantado venir. Hace un mes que no ha visto a ninguna mujer blanca. Pero me temo que en su estado no era prudente que hiciese el viaje desde el rancho hasta aquí. Nuestro tercer hijo nacerá dentro de unas semanas.

—¡Es una bendición verlas a ustedes dos, señoras! —exclamó el oficial de distrito Briggs, sentándose al otro lado de la mesa—. ¡Todos los blancos del distrito vendrán corriendo a verlas!

Lady Rose se rió y meneó la cabeza. La cinta con diamantes de imitación que llevaba en el pelo lanzó destellos mientras la solitaria pluma de halieto se agitaba en el aire. La esposa de Valentine vestía a la última moda de posguerra: un estilizado vestido de Poiret con largas sargas de perlas y atrevido escote cuadrado.

La cena de ocho platos fue servida por silenciosos africanos que vestían kanzus largos y blancos y aparecieron por la parte posterior de la tienda con bandejas de plata.

—No es tan bueno como hubiese querido —dijo Valentine mientras escanciaba el champán—. Hemos padecido escaseces terribles en el protectorado por culpa de la guerra.

Briggs tomó una cucharada de sopa como si fuera la última de su vida.

—¡Condenados alemanes! Nos hicieron correr como mastines tras un zorro. Los cultivos podridos, las cosechas sin recoger, el ferrocarril volado por los aires, y sin material médico. Perdimos cincuenta mil hombres, señorita Treverton. No fueron ustedes los de Europa los únicos que lo pasaron mal, ¿sabe?



—No pasé la guerra en Europa, señor Briggs —dijo Grace sin alterarse—. Serví a bordo de buques hospital en el Mediterráneo.

De pronto se hizo un gran silencio, interrumpido únicamente por los sonidos de la selva bajo la fría neblina. Luego sir James dijo:

—Lo único que podemos hacer es esperar que vengan las lluvias. Estamos en medio de una depresión y sólo nos faltaría una plaga de hambre.

—Pues yo creía que ya había empezado a llover —dijo Rose.

—¿Se refiere a lo de esta tarde? —preguntó Briggs—. ¡Cuatro gotas! Si no llueve más, ya podemos despedirnos de todas las granjas de los alrededores. En el África Oriental, lady Rose, cuando hablamos de lluvia nos referimos a lluvia de verdad.

—Verá usted —dijo sir James—, aquí no tenemos estaciones; sólo temporadas de lluvia y temporadas secas. En Europa plantan y luego cosechan. En el África Oriental británica se planta, pero eso no significa forzosamente que luego se coseche.

—Sabe usted muchas cosas sobre este país, sir James. ¿Lleva aquí mucho tiempo?

—Nací aquí. En Mombasa, allá en la costa. Mi madre era misionera; mi padre tenía mucho de aventurero. Eran tan diferentes como la noche y el día, y me han contado que su noviazgo fue como una leyenda.

Grace le miró. Sir James tenía un perfil extraordinario, con una nariz grande y recta, las mejillas cuadradas y hundidas.

—¡Qué romántico! —dijo.

—Mi padre era explorador. Conoció a Stanley en el Sudán y estuvo en Londres cuando el entierro de David Livingstone. Algo de estos dos hombres contagió a mi padre. Vino a África soñando con abrir el continente negro.

—¿Y lo abrió?

Sir James cogió su copa de champán.

—En cierto sentido, sí. Fue uno de los primeros blancos que pisaron este país. De eso hace poco más de treinta años. Al verle, los nativos huyeron corriendo, asustados. Era la primera vez que veían a alguien que no tenía la piel oscura.

—¿Qué hizo su padre para superar esa dificultad?

—Fue muy listo. En 1902 hizo un safari a esta región y los kikuyu de aquí le cortaron el paso, diciéndole que no podía avanzar más a no ser que trajera la lluvia consigo. Por medio de un intérprete les contestó que le parecía un precio razonable y se retiró a su campamento, a esperar. Poco después llegaron las lluvias y mi padre se atribuyó todo el mérito.

Grace se echó a reír.

—¿Le acompañaba usted en esos viajes?



— Cuando era pequeño, no. Estaba demasiado ocupado buscando la inmortalidad para tener que ocuparse también de un niño. Mi padre afirmaba ser el primer descubridor del Great Rift Valley, pero el honor fue para otro. Soñaba con que pusieran su nombre a algo grande, pero la fama siempre se le escapaba. Así que se hizo cazador, y fue entonces cuando empecé a acompañarle en los safaris.

Lady Rose dijo:

— ¿Qué significa «safari», sir James?

— Quiere decir viaje en suajili.

Mientras les servían las chuletas de gacela, Grace se dio cuenta de que estaba pensando en el hombre que tenía a su lado. Sir James le intrigaba; representaba algo misterioso y apasionante.

— ¿Ha salido usted alguna vez del África Oriental, sir James?

Sir James le dedicó otra de sus sonrisas tímidas, como si se avergonzara de algo.

— Llámeme James, por favor — dijo.

Grace recordó que en una de sus cartas Valentine decía que a James Donald, que poseía un rancho de ganado cerca de Nanyuki, le habían concedido su título por los servicios prestados durante la guerra.

— Estuve en Inglaterra una sola vez — dijo sir James—. Fue en 1904, cuando tenía dieciséis años. Mi padre murió y fui a vivir en casa de un tío en Londres. Me quedé seis años, pero tuve que volver. Inglaterra me resultaba demasiado aburrida, demasiado segura y demasiado previsible.

— Suerte tuvimos de que volviera — dijo Briggs, rebañando el plato con el pan—. Sir James conoce muy bien la selva y los nativos, de modo que nos fue utilísimo en la campaña contra los alemanes.

— ¡Oh, no, nada de historias de guerra, por favor! — dijo de pronto Valentine.

Pero Briggs no le hizo caso.

— Toda historia sobre un hombre que le salva la vida a otro merece contarse.

Grace recordó que en otra de sus cartas Valentine le había dicho: «He decidido comprar tierra cerca del rancho de James. Es el tipo que conocí durante la campaña».

Grace no sabía nada acerca de la participación de su hermano en la fase de la guerra transcurrida en el África Oriental. Tras llegar como oficial con el general Smuts, se había enamorado del país y decidido quedarse en él. Grace notó un cierto embarazo alrededor de la mesa y comprendió que la amistad entre Valentine y sir James debió de nacer en algún episodio de valor y sacrificio. Como ninguno de los dos hombres quería hablar de ello, se quedó sin saber el porqué del inexplicable enfado que el tema despertaba en su hermano. ¿Sería porque detestaba que le recordasen la deuda monumental que había contraído con sir James?



—Así que es usted médico, señorita Treverton —dijo Briggs—. Pues aquí tendrá mucho trabajo, se lo aseguro. Su hermano nos ha dicho que piensa fundar una especie de misión. Yo diría que ya tenemos suficientes en el distrito. Nunca he comprendido por qué todo el mundo se empeña en educar a estos negros del diablo.

Grace sonrió fríamente y se volvió hacia sir James.

—Tengo entendido que conoce muy bien a los nativos de esta región. Quizá pueda usted iluminarme sobre lo que he de hacer para ganarme su confianza.

Valentine contestó por su amigo.

—Nadie conoce a los kikuyu como James. A su padre lo hicieron hermano de sangre de la tribu del jefe Koinange. Tuvo que presenciar algunas ceremonias secretas. Lo llamaban Bwana Mkubwa, que significa gran jefe. Incluso le han puesto un apodo a James.

—¿Cuál?

—Lo llaman Murungaru. Quiere decir recto. Sin duda es por su aspecto y también por su carácter —Valentine hizo una señal a un sirviente para que retirase los platos—. ¡Así que los nativos lo conocen a él tan bien como él los conoce a ellos!

—¿Los de esta región son amigos?

—No nos causan ningún problema —dijo sir James—. Los kikuyu eran un pueblo muy belicoso, pero los británicos pusimos coto a sus ganas de guerrear.

—Esa lanza que hay ahí —dijo Valentine, señalando la pared—, me la dio Mathenge, el jefe de estos contornos. Ahora es mi capataz.

—¿Están verdaderamente pacificados?

Sir Jamesladeó la cabeza.

—No sabría decirle. Por fuera parecen aceptar por completo que los gobernemos. Pero nunca se sabe lo que piensa un africano. Cuando los hombres como mi padre llegaron aquí las tribus indígenas eran como gentes de la edad de piedra. No tenían alfabeto, desconocían la rueda, su agricultura era muy rudimentaria y vivían del mismo modo que sus antepasados habían vivido durante siglos. Aunque resulte asombroso, esta gente ni siquiera había inventado la lámpara ni aun el tipo más sencillo que utilizaban los antiguos egipcios. Ahora los misioneros intentan introducirlos a toda prisa en el siglo XX. De repente el africano se encuentra con que le están enseñando a leer y a escribir, a llevar zapatos, a usar el cuchillo y el tenedor. Esperan de él que actúe y piense como el ciudadano británico que tiene tras él dos mil años de desarrollo. ¿Quién sabe qué saldrá de todo esto? Quizá dentro de cincuenta años lamentaremos haberle enseñado al africano tantas cosas en tan poco tiempo. Puede que algún día millones de africanos educados vean de pronto con malos ojos la dominación de que son objeto por parte de un puñado de blancos y que haya entonces una guerra terrible con mucho derramamiento de sangre.



Sir James guardó silencio e hizo girar lentamente su copa sobre el mantel de encaje. Luego, en tono más reposado, dijo:

—O quizá suceda más pronto.

Los demás tenían los ojos clavados en la copa que giraba sobre el mantel, las facetas reflejando la luz de los candelabros, el champán de color amarillo claro agitándose.

De repente Valentine dijo:

—¡Eso no ocurrirá nunca! —e hizo un gesto con la mano para que les sirvieran el postre.

Entraron bandejas de fruta y queso. El oficial de distrito Briggs fue el primero en servirse, diciendo:

—Son gente rara, estos negros. Su concepto del dolor y la muerte es distinto del nuestro. Nada les preocupa. Desde que nacen les enseñan a no demostrar debilidad. Y lo aceptan todo tan fácilmente. Las enfermedades, la muerte, el hambre... para ellos todo es *shauri ya mungu*, la voluntad de Dios.

—¿Creen en un dios único? —preguntó Grace, dirigiéndose a sir James.

—Los kikuyu son un pueblo muy religioso. Rinden culto a Ngai, creador del mundo. Ngai vive en el monte Kenia y no se distingue demasiado de algunas versiones de Jehová.

—Blasfemia —musitó Valentine.

Sir James sonrió.

—Los kikuyu no son politeístas. No tienen que renunciar a muchas cosas para convertirse al cristianismo, y salen ganando mucho. Por esto los misioneros tienen tanto éxito.

—Por lo que veo, los kikuyu deben de ser gente sencilla.

—Al contrario, no lo son. Y ahí es donde se equivocan muchos blancos. Los kikuyu son gente compleja en lo que se refiere a su pensamiento, a la estructura de su sociedad. Tardaría horas en hablarle de todos sus tabúes.

—Entonces no lo hagas —dijo Valentine, cogiendo la tercera botella de champán. Sus ojos parecían arder y se posaban a menudo en lady Rose.

—James, esta tarde me habló usted de la hechicera de esta región, de Wachera. ¿Es una jefe? —preguntó Grace.

—Santo cielo, no. Las mujeres kikuyu no son líderes. Apenas si las consideran personas. Son objetos propiedad de los hombres. Sus padres las venden, y sus esposos las compran. De hecho, la palabra kikuyu para designar al esposo significa «propietario». Y la que equivale a «hombre», *murume*, significa «poderoso», «objeto de gran valor», «amo y señor», mientras que la palabra kikuyu para designar a la



mujer es *muka*, que significa «persona sometida», «llorar por nada», y «propensa al pánico». *Muka* también significa «cobarde» y «objeto sin valor».

— ¡Eso es terrible!

— Cuidado — dijo Valentine—. Si te descuidas, mi hermana tratará de convertirlas a todas en sufragistas.

— Las mujeres kikuyu no piensan que su suerte sea terrible — dijo sir James—. Para ellas servir a los hombres es un honor.

— No te iría mal aprender esa lección, chica — dijo Valentine. Apoyó las manos sobre la mesa—. Espero que las señoras nos perdonaran si tomamos el café aquí. Me temo que no tenemos ninguna habitación para que los caballeros fumen en ella sus cigarros.

— Válgame Dios — dijo lady Rose—. No iréis a fumar aquí, ¿verdad?

Valentine le apretó la mano.

— No somos salvajes, amor mío. En África uno tiene que estar dispuesto a hacer sacrificios. Renunciaremos a los cigarros.

Desde el otro lado de la mesa Grace observó que Rose respondía al contacto de la mano de Valentine. Vio las pupilas dilatadas, las mejillas enrojecidas. Cuando Valentine hizo ademán de apartarse Rose puso su mano sobre la de él y en sus ojos había una expresión de deseo.

— Cariño — dijo Rose jadeando un poco por efecto del champán—, ¿crees que podríamos volver a Nyeri y hospedarnos en aquel hotel tan curioso?

— ¿El Rinoceronte Blanco? Ni lo sueñes, amor mío. Las paredes son tan delgadas que se oye cómo el vecino piensa.

— Si supieras lo mucho que preferiría vivir allí hasta que Bello Two esté terminada.

— No puede ser, querida mía. A estos monos hay que vigilarlos constantemente; de lo contrario, no dan golpe. En cuanto vuelvo la espalda, se van corriendo a la selva, a beber cerveza.

La expresión de duda se evaporó del rostro de lady Rose cuando sacaron el samovar de plata para el café y distribuyeron las tazas de porcelana fina. Dirigió una sonrisa de aprobación al sirviente africano que llevaba guantes blancos y la llamaba «memaab». La mesa estaba imaculada, las cucharillas eran las apropiadas y en el gramófono sonaba Debussy. Se sentía un poco mareada. Ya la habían prevenido de la altitud, pero se le había olvidado y había bebido demasiadas copas de champán. Pero no le importaba. Disfrutaba de la sensación cálida que notaba en su interior, los estremecimientos deliciosos que sentía dentro de sí. Ahora le resultaba imposible imaginar los temores que antes le inspirase la alcoba. Tenía la esperanza de que Valentine visitara su tienda cuando se hubiesen acostado.



En ese momento su esposo decía:

—¿Sabías que la palabra «café» viene de la palabra árabe *gahweh*, que en un principio significa «vino»?

Sir James se volvió hacia Grace y dijo:

—¿Cuándo podrá venir al rancho? Lucille ansia conocerla.

—Cuando le vaya a usted bien, James. Pienso empezar a construir mi propia casa en seguida, en la orilla del río.

—Veremos cómo sigue el tiempo. Quizá le llamaré la semana que viene.

—Me encantará atender a su esposa en el parto si me manda a buscar.

—¡Puede estar segura de que así lo haré! —dirigió a Grace una mirada larga, pensativa, luego dijo—: Ojalá no tuviese que irme en cuanto amanezca. Conocer a una persona nueva es siempre tan agradable aquí. Pero tengo unas vacas que me preocupan y no alcanzo a adivinar qué les pasa.

—¿No hay ningún veterinario?

—En Nairobi, pero llevo semanas sin verlo. Tiene que atender a un territorio tan extenso. Tendré que enviar muestras de sangre a Nairobi para que las analicen con el microscopio.

—Yo he traído un microscopio, si les es de utilidad.

Sir James la miró fijamente.

—¿Tiene usted un microscopio? —le tomó la mano—. ¡Amiga mía, es usted un regalo del cielo! ¿Puede prestármelo por unos días?

—Por supuesto —dijo Grace, mirando la mano fuerte y morena que sujetaba la suya, tapando el anillo de Jeremy.

Un aullido rasgó la noche e hizo que la selva estallara en una tremenda cacofonía de chillidos y gritos.

—¿Qué diablos ha sido eso? —preguntó Valentine, levantándose rápidamente.

Otro aullido sobrenatural impresionó a los que estaban reunidos en la tienda comedor. Valentine salió volando, seguido de cerca por Briggs y James. Las dos mujeres permanecieron sentadas, escuchando los ladridos de los perros, los gritos de los africanos y el llanto de un bebé.

—¡Mona! —exclamó Grace, levantándose y echando a andar hacia la salida. Pero al asomarse vio que el movimiento estaba en el extremo del campamento opuesto al alojamiento de Mona y la niñera.

Forzó la vista para ver mejor a través de la neblina. Algunos hombres corrían, otros encendían faroles. Y los perros aullaban, presa de un frenesí escalofriante.

—¿Qué pasa? —preguntó Rose detrás de ella.



—No lo sé... —entonces vio que Valentine caminaba a grandes zancadas hacia su tienda con una expresión ceñuda en el rostro. Entró y al poco salió con un látigo.

—¡Valentine! —llamó Grace.

Valentine no le hizo caso.

Grace siguió intentando ver a través de la neblina, tratando de distinguir qué pasaba. Los perros estaban como enloquecidos y las voces dadas en tono seco no conseguían calmarlos. Debajo de todo ello se oía la voz de lord Treverton, baja y fuerte, dando órdenes.

Grace salió de la tienda. Las voces de los hombres fueron apagándose hasta que sólo se oyeron los quejidos de los perros. Grace echó a andar, estremeciéndose de frío, la respiración surgiendo de su boca como un chorro de vapor. Entonces oyó un chasquido en el aire, como un disparo, y se dio cuenta de que era el sonido del látigo.

Apretó el paso, sin darse cuenta de que lady Rose la seguía. Al doblar la esquina de la tienda almacén, Grace se detuvo.

Los hombres -africanos vestidos con pantalones cortos de color caqui, sirvientes enfundados en kanzus, y los tres blancos- formaban un círculo y en el centro, atado a un árbol, había un chico kikuyu, la espalda desnuda bajo el látigo que descendía. No se estremeció, de su boca no salió ningún ruido cuando el látigo trazó una raya roja en su carne.

Grace quedó horrorizada.

El rostro de Valentine mostraba una expresión pétrea cuando volvió a levantar el látigo. Grace vio que los músculos de sus hombros se tensaban debajo de la tela de su camisa de etiqueta. Se había despojado del esmoquin y tenía la espalda empapada de neblina y sudor. El látigo cayó con fuerza. El chico siguió abrazado al árbol, inmóvil como si estuviera tallado en su madera negra. Valentine abrió más las piernas, alzó el brazo y la luz de las linternas le iluminó fugazmente los ojos. Grace vio en ellos una pasión extraña, un poder que la asustó.

Al bajar el látigo, Grace soltó una exclamación.

Valentine no se dio por enterado.

El *kiboko* volvió a subir y en seguida descendió con un silbido, dejando otra señal roja en la espalda.

Grace dio un salto hacia adelante.

—¡Valentine! ¡Basta! —Grace le sujetó el brazo, pero él se soltó con brusquedad. Sir James la sujetó y Grace se volvió hacia él—. ¿Cómo puede permitir esto?

Briggs contestó:

—El chico tenía la obligación de vigilar el recinto de los perros. Pero bebió demasiado y se durmió. Un leopardo se coló en el recinto y se llevó un perro.



—Pero... ¡se trata sólo de un perro!

—Eso no es lo importante. Podía haber tenido la misión de protegerla a usted, o a la niñera y el bebé. ¿Y entonces qué? Hay que darle una lección. Sin disciplina, sería mejor hacer las maletas y volver a Inglaterra.

El último latigazo sonó en el aire y Valentine enrolló el látigo. Mientras recogía la chaqueta de manos de sir James, le dijo a su hermana:

—Es lo que hay que hacer, Grace. Si no tenemos ley y orden, pereceremos todos en este país dejado de la mano de Dios. Y si no eres capaz de aceptar eso, no tienes nada que hacer en África.

Mientras Valentine se alejaba, un sirviente se acercó corriendo al muchacho con una palangana y unos trapos y el círculo se deshizo.

Grace dijo:

—La brutalidad y la crueldad no son necesarias.

—Es el único lenguaje que entienden —respondió sir James—. Esta gente toma la bondad por debilidad, que es algo que desprecian. Su hermano ha hecho algo fuerte, algo varonil, y le respetarán por haberlo hecho.

Grace se volvió, enfurecida, y se llevó un sobresalto al ver una figura de pie bajo la neblina junto a la tienda almacén. Lady Rose parecía una estatua, los ojos eran como dos manchas en su cara pálida.

—Vuelve adentro, Rose —dijo Grace, cogiéndola del brazo—. Estás tiritando.

La sensación cálida producida por el champán ya había desaparecido. El rostro volvía a ser de marfil frío.

—Recuerda tu promesa, Grace —susurró Rose—. No quiero que me toque. No quiero que Valentine se me acerque.



CAPÍTULO 6

¿Qué habían hecho los hijos de Mumbi para enojar a Ngai? El Señor de la Luz había retirado las lluvias y ahora una sequía azotaba la tierra de los kikuyu y pronto habría hambre, y el hambre traería los malos espíritus de las enfermedades.

El calor era muy fuerte y hacía sudar a la joven Wachera mientras trabajaba en la selva. No estaba sola. A poca distancia de ella, la anciana Wachera también andaba agachada, recogiendo hierbas y raíces medicinales, su cuerpo creando música con los cientos de abalorios de sus collares, brazaletes de cobre y ajorcas en los tobillos.

Las dos mujeres recogían hojas de lantana y corteza de espino. Las hojas se usaban para detener las hemorragias; la corteza, para los males del estómago. La anciana Wachera había enseñado a su nieta a distinguir estas plantas mágicas, a recolectarlas y prepararlas, así como a administrarlas. El proceso era exactamente el mismo que en tiempos de sus antepasados, cuando las hechiceras se internaban en las selvas, a buscar y recolectar, como ese día hacían ellas dos. La abuela había enseñado a la joven Wachera que la tierra era la Gran Madre y que de ella nacía todo lo bueno: los alimentos, el agua, las medicinas; hasta el cobre que adornaba sus cuerpos. La Madre debía ser venerada y por esto, mientras trabajaban, las dos Wacheras recitaban encantamientos sagrados dedicados a la tierra.

Por fuera la abuela parecía estar en paz. Era una mujer africana de edad avanzada y movimientos gráciles, vestida modestamente con suaves pellejos de cabra, la cabeza afeitada y reluciente bajo el cálido sol, los dedos morenos y ágiles moviéndose rápidamente entre las hojas y las ramitas, clasificando, rechazando, arrancando, los ojos sabios reconociendo al instante la medicina buena y la mala. Las palabras sagradas sonaban como una canción, un tararear sin sentido que hacía pensar que la mujer no tenía ninguna preocupación, ningún pensamiento en el cerebro.

Pero la verdad era que los pensamientos de la anciana Wachera seguían un rumbo complejo, examinando y arrancando problemas del mismo modo que sus dedos se movían entre las plantas: cómo curar la esterilidad de Gachiku; qué receta debía utilizar para el filtro amoroso de Wanjoro; los preparados para los próximos ritos de iniciación; organizar la ceremonia para llamar a la lluvia. En los tiempos buenos la gente daba las gracias al Dios de la Luz, lo elogiaba, pero cuando los tiempos eran malos acudía a la choza de la hechicera.



Esa mañana, sin ir más lejos, Nyagudhii, la alfarera del clan, la había visitado para quejarse de que sus cacharros se rompían, inexplicablemente. Wachera había sacado su bolsa de preguntas y había arrojado los palos de adivinación a los pies de la mujer. Había leído en ellos que se había roto un tabú, que un hombre, nada menos que un hombre, había visitado el lugar donde Nyagudhii moldeaba sus cacharros. La alfarería era un trabajo reservado rigurosamente para las mujeres porque la Primera Mujer se llamaba Mumbi, que significa «la que hace cacharros». Del principio al fin, la extracción de la arcilla, la tarea de darle forma y secarla, la cocci3n de los cacharros y, finalmente, su venta, estaban exclusivamente en manos de mujeres. La ley kikuyu prohibía que un hombre tocara alguno de los materiales asociados con ese trabajo, o que estuviera presente mientras se llevaba a cabo. La misteriosa rotura de los cacharros nuevos de Nyagudhii sólo podía significar que un hombre, ya fuera intencionadamente o sin darse cuenta, había penetrado en el terreno tabú. Ahora habría que sacrificar una cabra ante la higuera y purificar ritualmente la zona dedicada a los trabajos de alfarería.

Pero lo que más pesadumbre causaba a Wachera era la sequía. ¿Cuál era su causa? ¿Qué había que hacer para propiciar a Ngai y traer la lluvia?

Miró la magra cosecha que contenía su cesta: unas cuantas hojas quebradizas, hierba seca como la paja. Su medicina sería débil y la enfermedad volvería a abatirse sobre la tierra de los kikuyu. Bajo sus pies desnudos el suelo estaba reseco y polvoriento. La Gran Madre parecía dar boqueadas pidiendo agua. En el pueblo los maizales se habían marchitado y secado, el grano almacenado se había convertido en polvo, las ramas perdían sus hojas y se inclinaban llenas de pesar. Wachera pensó de nuevo en el trabajo incesante que estaban haciendo en la cresta desde donde se dominaba el río. Grandes monstruos de metal derribaban árboles y arrancaban tocones; los bueyes tiraban de gigantescas garras metálicas que herían la tierra; ¡el hombre blanco montado a caballo enseñaba su látigo a los hijos de Mumbi que trabajaban como mujeres bajo el cielo sin lluvia! Wachera podía oír cómo lloraban los antepasados.

Se le había ocurrido que quizá una *thahu* pesaba sobre su pueblo.

Thahu significaba «maldad» o «cosa pecaminosa». Era una maldición que ensuciaba el suelo y el aire; una *thahu* podía hacer que un hombre enfermase y muriese; podía destruir las cosechas, hacer que las vacas y las ovejas se volvieran estériles, que las mujeres tuvieran malos sueños. La selva estaba poblada de espíritus y fantasmas; los hijos de Mumbi sabían andarse con cuidado para no ofender a un duende árbol o al espíritu del río. Sabían que los diablos se aferraban al negro manto de la noche y que las buenas manifestaciones de Ngai cabalgaban en las alas de la mañana. Había magia en todas partes, en cada hoja y en cada rama, en el graznido del pájaro tejedor, en las neblinas que ocultaban al Dios de la Luz. Y como existía este segundo mundo invisible con sus leyes y castigos propios, los hijos de Mumbi se esforzaban por honrarlo. Jamás se recogía el último tubérculo de la tierra, ni se



dejaba el pozo seco, ni se rompía madera con mala intención, ni se daba la vuelta a una roca. Si se pecaba contra el reino de los espíritus, había que pedirle perdón y aplacarlo con una ofrenda. Pero si alguien obraba descuidadamente y pecaba sin luego pedir perdón, el resultado era la *thahu* y su azote caía sobre los hijos de Mumbi.

Pero, ¿qué la había causado?

La *thahu* era la fuerza más poderosa de la tierra, los kikuyu lo sabían, y pedir que una maldición cayera sobre un miembro del clan era peor que cometer un asesinato. A la gente que perpetraba una *thahu* la quemaban viva sobre unos haces de leña, y las personas que eran víctimas de la *thahu* poca esperanza tenían de encontrar alivio. La anciana Wachera había visto cómo un miembro de su propia familia, un tío suyo, enloquecía después de que un hombre, celoso porque aquél poseía un gran rebaño de cabras, había hecho que una *thahu* cayera sobre él. Wachera, que a la sazón era una niña de corta edad, había visto el complejo ritual con que el hechicero había tratado de ahuyentar la maldición. Pero no sirvió de nada. La *thahu* era más fuerte que la medicina humana; una vez invocada una maldición, raramente se rompía; por esto los hijos de Mumbi no se tomaban las maldiciones a la ligera.

Cuando terminaron de buscar medicina las dos mujeres se pusieron a recoger leña, atando palos secos para formar haces enormes que se echaban a la espalda, sujetándolos con correas que les cruzaban la frente. Las cargas eran tan pesadas, que abuela y nieta caminaban con el cuerpo casi doblado por la cintura, el rostro apuntando hacia el suelo. Con la mayor abriendo la marcha, la carga en equilibrio sobre la cabeza gracias a setenta años de práctica, las dos emprendieron la vuelta al poblado por el camino polvoriento; el poblado distaba muchos tiros de lanza, lo que el hombre blanco llamaba ocho kilómetros.

Mientras caminaba, la joven Wachera iba pensando en su esposo, preguntándose si Mathenge iría al poblado esa noche. Le había visto por última vez al dar a luz la tercera esposa. Según la ley de los kikuyu, el padre no podía ver al recién nacido hasta después de darle una cabra a su esposa. Mathenge se había presentado, tan alto y esbelto con su manta roja anudada sobre un hombro. Ya no llevaba lanza porque ahora la ley del hombre blanco prohibía a los guerreros ir armados; en su lugar, llevaba en la mano un bastón, lo cual le hacía parecer un hombre importante.

Mientras hacía sus labores cotidianas -ir a buscar agua en lejanos hoyos del río seco, recoger cebollas pequeñísimas y mazorcas marchitas del huerto, ordeñar las cabras, curar los pellejos, barrer las chozas, reparar el tejado- Wachera solía divisar a su esposo en lo alto de la cresta. Lo veía sentado a la sombra de un árbol hablando con otros kikuyu, a veces le oía reír con el hombre blanco. Y cuando venía al poblado se sentaba en su choza de soltero, donde a las mujeres les estaba prohibido entrar, y entretenía a sus hermanos y primos hablándoles de la nueva shamba del *mzungu*.

Wachera sentía crecer la curiosidad que en ella despertaban los forasteros. En varias ocasiones, mientras trabajaba, había hecho una pausa para contemplar a la extraña *mzunga* que estaba erigiendo una misteriosa estructura río abajo. No eran



más que cuatro postes con un techo de paja. Y la mujer blanca iba vestida de un modo desconcertante. Ni un centímetro de carne quedaba expuesto al aire y al sol; daba la impresión de estar atada, como un bebé en la bolsa que se llevaba a la espalda, y sólo la falda negra aparecía suelta y arrastrándose por el polvo.

«Una forma poco práctica de vestir -pensaba la mujer kikuyu- cuando hace tanto calor».

La *mzungu* daba órdenes a los hombres que trabajaban para ella, miembros del clan de la propia Wachera, hombres que en otro tiempo habían sido guerreros, pero que ahora le estaban construyendo una choza a la mujer blanca, a la que llamaban memsaab Daktari, es decir, «señora Médico».

Wachera se preguntaba a qué generación pertenecería la *daktari*. A la gente de su propia generación se les llamaba Kithingithia porque habían sido iniciados en el año de la enfermedad que hincha, la que los hombres blancos llamaban «gripe» y decían que había ocurrido en 1910. Como las dos parecían tener más o menos la misma edad, Wachera se preguntaba si a la *daktari* la habrían circuncidado en el mismo año, y, de ser así, si ello las convertía en hermanas de sangre.

Otra cosa de la memsaab intrigaba a Wachera: saltaba a la vista que era una de las esposas del hombre blanco y, pese a ello, no tenía ningún bebé. Todo el poblado hacía comentarios sobre lo rico que debía de ser Bwana Lordy, en vista de la extensión de la shamba que estaba desbrozando, y de que no tenía menos de siete esposas. Los kikuyu no sabían que su cuenta incluía a la hermana de lord Treverton, a la doncella personal de su esposa, a la niñera de Mona, a dos camareras, a una costurera y a una cocinera, todas ellas traídas de Inglaterra. Los africanos decían que tantas esposas, pero sólo un *toto*, un bebé, entre ellas. ¡Y ni una de las mujeres tenía la barriga hinchada! ¿Serían estériles las esposas? ¿Por qué no se las volvía a vender a sus padres? Unas criaturas tan inútiles. Sin duda se trataba de mala suerte. Lo más juicioso que podía hacer Bwana Lordy era buscarse otro hechicero.

Otra cosa del nuevo bwana intrigaba aún más a la joven Wachera. Sabía que había habido una gran guerra entre dos tribus wazungu, que había durado ocho cosechas. Bwana Lordy había vuelto de la guerra para erigir sus chozas de tela y desbrozar la selva con sus monstruos de metal. Y ahora habían venido sus esposas; lo más probable era que algunas de ellas fuesen mujeres capturadas en incursiones durante la guerra. Pero... ¿dónde estaba el ganado? ¿Qué clase de guerrero volvía de la guerra sin el ganado del enemigo?

Finalmente los pensamientos de Wachera se alejaron del hombre blanco para volver a su esposo.

¿Qué podía hacer para que volviese a ella? Aunque la cosecha era pobre y las cabras estaban en los huesos, Wachera prepararía un festín para él. Le daría la última cerveza buena que le quedaba y no se quejaría y se mostraría sumisa. ¡Lo único que faltaba era que él acudiese al poblado! Se le ocurrió pedirle a su abuela un filtro de



amor para dárselo en secreto a Mathenge, pero sabía que la anciana tenía cosas más importantes de que ocuparse.

Iba a celebrarse un sacrificio ante la higuera sagrada, para pedir lluvia.

Wachera se acordaba de la última vez que se había celebrado una ceremonia de esa clase porque la habían elegido para participar en ella. Sólo los miembros del clan que estuvieran limpios y libres de culpa podían tomar parte: los ancianos que ya habían dejado atrás sus deseos mundanales y pensaban sólo en lo espiritual; las mujeres que ya no estaban en edad de dar a luz y, por ende, ya no perpetraban actos de lujuria; y los niños y niñas menores de ocho años porque eran puros de corazón y no estaban manchados por el pecado.

La ceremonia se había celebrado al pie de la misma higuera que se encontraba en el corazón del pequeño poblado de Wachera. Decían que era un árbol muy viejo y había demostrado su condición de árbol sagrado salvando a la familia de la enfermedad y el hambre en el año en que Wachera cruzó el río. A la joven Wachera no le cabía ninguna duda de que cuando se celebrase la ceremonia para pedir lluvia esta vez los antepasados que vivían en la venerada higuera enviarían la lluvia.

Las dos mujeres llegaron al río y siguieron su lecho casi seco del todo hacia su poblado, que estaba en la margen norte. Al pasar entre los árboles, la anciana Wachera soltó una exclamación. Un gigantesco monstruo de hierro con un hombre montado a lomos del mismo estaba derribando la choza de la tercera esposa.

La anciana Wachera se puso a gritarle al hombre montado en el monstruo, un masai que llevaba pantalones cortos de color caqui y que no hizo caso a la anciana, pero miró a la joven con interés. La bestia de hierro jadeaba y eructaba, triturando la choza bajo sus pies; la abuela se colocó en su camino y el conductor masai detuvo el animal y acalló sus rugidos.

— ¿Qué estás haciendo? — preguntó la anciana.

El hombre contestó primero en masai, luego en suajili y finalmente en inglés, aunque las dos mujeres no entendieron ni una palabra. Luego dijo:

— Mathenge — e hizo un gesto señalando la cresta.

Allí se encontraba el alto y guapo guerrero mirando hacia abajo. A su lado, mirando también, estaba el bwana blanco.



CAPÍTULO 7

—Si memsaab Daktari me permite —dijo el capataz kikuyu—, una casa cuadrada trae mala suerte. Los malos espíritus vivirán en los rincones. Sólo una casa redonda ofrece seguridad.

Grace miró hacia el claro donde finalmente, después de siete meses, empezaban a construir su casita, y dijo con voz paciente:

—Es igual, Samuel. Prefiero una casa cuadrada.

El hombre se alejó, meneando la cabeza. Aunque Samuel Wahiro era un kikuyu cristianizado y uno de los pocos que vestían a la europea y hablaban inglés, la forma de actuar del hombre blanco lo tenía completamente desconcertado.

Grace se quedó mirándolo mientras se alejaba y pensó que los africanos convertidos al cristianismo eran unas paradojas ambulantes. Por fuera parecían totalmente europeizados, pero sus cerebros y sus almas seguían enraizadas en la superstición kikuyu.

Miró las señales incipientes de su casita y se estremeció de emoción. En marzo, al instalarse en su tienda en el campamento de Valentine, no se figuraba que iba a tardar tanto tiempo en tener su propio hogar. Pero todo parecía haber conspirado para impedir que se hicieran progresos: la sequía, que había obligado a todos los trabajadores a concentrarse en los cafetales de Valentine; las frecuentes fiestas y cervezas de los kikuyu, a causa de las cuales los trabajadores se ausentaban durante varios días seguidos; y luego, cuando por fin se ponían a trabajar, lo hacían con una lentitud enloquecedora, muy poco británica. Pero por fin tenía montada su clínica -cuatro postes y un techo de paja, más una choza de barro, grande y cuadrada, para los pacientes a quienes quería tener en observación- y ahora podían empezar su casita.

Había trazado un plano sencillo para que lo siguiesen los trabajadores y cada mañana bajaba del campamento de tiendas para cerciorarse de que pusieran manos a la obra. El silencio que a primera hora reinaba en las proximidades del río se veía roto por el clamor incesante de martillos y sierras mientras los nombres cortaban vigas y les daban forma, ponían los cimientos, construían puertas. En lo alto de la colina, Bella Dos ya tenía construido un piso y ahora trabajaban casi día y noche para construir el segundo. El ruido de las dos obras era tan grande, que a veces Grace



creía que los dos equipos de trabajadores competían para ver cuál de ellos armaba más.

Miró hacia el camino de tierra que bajaba de la cresta. Sir James le había dicho que la recogería en su camión nuevo poco después del amanecer y ya eran casi las siete.

Grace tenía que ir a Nairobi para ver al oficial médico principal y averiguar qué podía hacerse para educar a los africanos en cuestiones de nutrición e higiene. Recién llegada con Rose y el bebé, hacía siete meses, Grace había salido con un intérprete a echar un vistazo a los habitantes de la región. Sus descubrimientos la habían escandalizado y desanimado: mala salud, la costumbre de dormir con las cabras, moscas abrumadoras. Había venido al África Oriental británica con un baúl lleno de medicinas, vendajes y suturas, pero se había percatado de que todo ello de poco servía ante tantos casos de mala nutrición, enfermedades endémicas y, en general, las horribles condiciones en que vivía la gente.

Decidió que su labor entre los kikuyu empezaría por allí, no en la clínica con sus depresores linguales y sus termómetros, sino en las chozas y alrededor de las hogueras donde preparaban la comida. Había que enseñarles a los africanos que la causa de sus enfermedades y sufrimientos no eran los malos espíritus, sino su forma de vivir.

Aunque el oficial médico principal le había dicho en una carta que no disponían de suficientes hombres preparados y que tendría que arreglárselas sola en su zona, Grace quería ir a Nairobi y tratar de conseguir ayuda.

Oyó el ruido de un motor y vio la nube de polvo que dejaba el camión de sir James. Cuatro africanos viajaban en la caja: eran los encargados de abrirle paso a machetazos entre la espesura, ayudarle a cruzar pantanos y salvar obstáculos y vigilarlo en las calles sin ley de Nairobi. Con suerte llegarían a Nairobi, que estaba a más de ciento cuarenta kilómetros, al ponerse el sol.

Al subir a la cabina y sentarse al lado de sir James, Grace vio a la joven africana, la nieta de la hechicera, en el borde del nuevo claro, observándola.

* * *

Los caballos irrumpieron en lo alto de la colina galopando furiosamente, los cascos atronando el aire, los jinetes con el cuerpo encorvado y utilizando hábilmente las riendas y los estribos. Lord Treverton cabalgaba entre los primeros, elegante con su casaca escarlata de Savile Row, sus pantalones de montar blancos y su negro sombrero de copa. Tenía la impresión de estar cabalgando sobre el techo del mundo. La mañana era fresca, cortante el aire y el rocío cubría como un manto reluciente la hierba color galleta. Su pulso era rápido; estaba vivo. Lord Treverton se sentía invencible.

El brigadier Norich-Hastings, que hacía las veces de cazador mayor, cabalgaba al frente, siguiendo a una jauría de cuarenta perros de caza; a su lado iba el montero, un



kikuyu llamado Kipanya que, aunque llevaba una camisa roja y una gorra de terciopelo negro, se aferraba a los estribos con los pies descalzos. Kipanya controlaba a los perros con la voz, pues Norich-Hastings le había enseñado a dar las órdenes que eran tradicionales en las cacerías, y utilizando también su trompa de cobre. Tres perreros vigilaban que la jauría no se dispersara. Estos hombres también eran africanos, lucían el prestigioso uniforme rojiblanco de la cacería y cabalgaban descalzos. Detrás de ellos iban los invitados del brigadier Norich-Hastings, la «gente bien» del África Oriental británica, que montaban a caballo por las llanuras de Athi, en las afueras de Nairobi, como si estuvieran en la campiña inglesa. A decir verdad, la cacería era fiel a la tradición en todos sus detalles y no faltaban en ella los mozos de caballos, los segundos jinetes, los perreros y los encargados de tapar las madrigueras de los animales, sólo que no estaban persiguiendo a un zorro, sino a un chacal.

Habían empezado al amanecer, reuniéndose ante la residencia del brigadier Norich-Hastings, donde les habían servido té caliente y bizcochos. Obedeciendo una orden del cazador mayor, los perros habían iniciado la búsqueda de la presa; habían empezado a ladrar al oler al chacal y Norich-Hastings había gritado «¡Tally-ho!», las palabras tradicionales. La flor y nata de la sociedad del África Oriental británica había salido al galope detrás de la jauría, algunos maldiciendo la botella de champán de más que se habían tomado la noche antes, pero todos de un humor excelente y sintiéndose seguros en la certeza de su supremacía sobre toda la creación.

Valentine montaba en *Excalibur*, su semental árabe importado. Junto a él iba su excelencia el gobernador, a quien seguía el conde Duschinski, un expatriado polaco. Rose no participaba en la cacería; de hecho, no había bajado a Nairobi esta vez y había pedido que la dejaran quedarse en casa, donde, según dijo, podría librarse del feroz calor de septiembre. Valentine deseaba mucho que Rose le acompañara, pero no había insistido. Ni siquiera en Inglaterra había disfrutado Rose en las cacerías y siempre simpatizaba con el pobre zorro. El amor excesivo que los animales inspiraban en Rose empezaba a hacerse extensivo a huérfanos de la selva, tales como damanes y monos, que ella convertía en animales domésticos.

Los caballos y los poneys iban ganando velocidad al cruzar la llanura. Aumentaba la emoción de la caza y el elemento de peligro se hacía cada vez más intenso. El domingo anterior, sin ir más lejos, los perros habían acorralado a un leopardo enfurecido y el cazador mayor, que siempre llevaba revólver, había tenido que matarlo a tiros. Y aunque no tenían que salvar setos ni arroyos traicioneros, como en Suffolk, la caza en África todavía presentaba sus riesgos; el último mes de mayo el caballo del coronel Mayshed había tropezado con una madriguera de cerdo y su jinete había salido despedido por encima de su cabeza, matándose al chocar contra el suelo.

Ya eran casi las nueve de la mañana y el sol iba subiendo en el cielo y calentándose sobre la llanura amarilla y reseca. La falta de lluvia había convertido el protectorado



en una tierra desolada, dejada de la mano de Dios, llena de esqueletos blanqueados, ganado famélico y cosechas marchitas. Pero la cacería era buena, los participantes eran gente animada e ingeniosa y un opíparo desayuno les esperaba al final.

De pronto los perros dejaron de correr y retrocedieron. Cuando los caballos les dieron alcance, relinchando y encabritándose en medio de la jauría de perros confundidos, los jinetes vieron que un gran macho de avestruz salía de la espesura reseca. El animal extendió las alas y echó a correr hacia los perros, que se retiraron ladrando. Kipanya y el brigadier intentaron controlarlos, pero el avestruz, haciendo fintas amenazadoras contra la jauría, los tenía acobardados.

—¡Mirad! —exclamó lady Anne Bolsón. Un grupito de crías de avestruz salió dando traspies de la espesura.

El marido de lady Anne, el vizconde, metió la mano dentro de su chaqueta, sacó una Kodak de bolsillo y rápidamente tomó una instantánea.

Al cabo de unos instantes apareció la hembra. Los dos padres agruparon a las crías y la familia entera se alejó a paso largo, dejando atrás un barullo de perros que ladraban y jinetes que reían. La cacería había terminado.

Encontraron varias mesas puestas en la veranda o galería de la residencia del brigadier Norich-Hastings, en su gran plantación de sisal. La porcelana, el cristal y los blancos manteles brillaban como faros ante los ojos de los agotados pero felices jinetes. Los sirvientes africanos de Norich-Hastings, bajo la supervisión de la esposa de éste, lady Margaret, se encontraban dispuestos a atenderles, vestidos con kanzus largos y blancos, con fajas escarlata alrededor de la cintura. Mientras los huéspedes subían los escalones, secándose el sudor de la frente y comentando jocosamente el incidente del avestruz, los sirvientes empezaron en seguida a apartar las sillas, disponer las servilletas y llenar las tazas de té. Luego trajeron los alimentos -bandejas de plata con rodajas de papaya y de plátano, tazones de gachas humeantes, platos de huevos fritos con tocino- y los presentes se pusieron a conversar animadamente.

—La semana pasada me embistió un búfalo —dijo el vozarrón del capitán Draper de los Rifles Africanos del Rey—. Uno de mis wakamba me dijo que lo ocurrido significaba que mi esposa tenía un amante. Así que le contesté que debía ser peligrosísimo ir de safari durante la semana de las carreras de Nairobi, ¡ya que sin duda todo el país está lleno de búfalos enfurecidos!

Los que compartían la mesa del capitán prorrumpieron en sonoras carcajadas. En la mesa contigua el diálogo era más sosegado.

—Toda esta insistencia en que se les conceda el voto a los asiáticos. ¡Y tienen la desfachatez de exigir el derecho de instalarse en las tierras altas! Yo afirmo que el protectorado es una hija blanca de la corona y no una nieta asiática. Tienen la India. Que se vuelvan a la India si no les gusta cómo se llevan las cosas aquí. En mi opinión, el África Oriental británica es exactamente eso: un lugar donde deben imperar los



ideales británicos, la civilización británica, las tradiciones británicas. ¡Y digo yo que hay que procurar que las tierras altas sigan siendo blancas!

Valentine sólo escuchaba a medias. El pulso seguía latiéndole con fuerza a causa de la furiosa galopada y trabajo le costaba estarse quieto. Esperaba con impaciencia el momento de emprender la vuelta a casa, de llevarle su sorpresa a Rose. Al conde no le interesaba el segmento de la población que había llegado en 1896 para construir el ferrocarril de Uganda, trabajadores importados de la India que luego se habían quedado en el país, abriendo comercios y trabajando en oficinas. Los asiáticos estaban presionando al gobierno de su majestad para que les concediera el sufragio, igual que los blancos del protectorado, así como el derecho de instalarse en las tierras altas, las mejores del África Oriental, que se extendían desde Nairobi hasta mucho más allá de la finca Treverton. Los europeos, que eran pocos, luchaban por impedirlo.

—La respuesta consiste en pedir el estatuto de colonia —dijo un hombre joven que llevaba un sombrero de alas anchas, una de ellas levantada y prendida con una insignia oficial—. Lord Delamere tiene razón. Si nos hicieran colonia, quedaríamos anexionados oficialmente a Inglaterra, lo cual daría a la corona autoridad jurídica para disponer de la tierra como mejor le pareciese. Como protectorado somos prácticamente huérfanos. Pero como colonia tendrían que escucharnos.

Valentine alcanzó la mermelada y untó generosamente su tostada. En la mesa había mantequilla, crema y queso, todo ello fresco; ¡hasta café de Nairobi y té de Darjiling! En Inglaterra seguía en vigor el severo racionamiento de la posguerra; en el protectorado los precios habían subido mucho, los artículos de importación escaseaban y el agricultor se esforzaba por ir tirando de día en día. Pero la plantación de sisal del brigadier Norich-Hastings se defendía bien, por lo que el militar retirado podía permitirse el lujo de ofrecer abundancia en su mesa.

Valentine deseaba que sir James lo hubiera acompañado. A su amigo le habrían sentado bien unas vacaciones y la oportunidad de saborear un poco de comida decente. La vida en Kilima Simba, la granja Donald, era sencilla y dura. Lucille cuidaba de los dos niños pequeños y de una recién nacida, trabajando desde el amanecer hasta después de ponerse el sol, elaborando su propia levadura, preparando compotas para venderlas y ganarse unas cuantas rupias extra, remendando prendas de vestir que, a juicio de Valentine, deberían utilizarse como trapos, mientras su esposo pasaba el día montado a caballo, inspeccionando su numeroso ganado, batallando contra un abastecimiento de agua cada vez más escaso, supervisando los baños del ganado, constantemente alerta ante la posible aparición de insectos portadores de enfermedades y vigilando que sus hombres trabajaran en vez de escabullirse con la intención de beber cerveza. Comparado con lord Treverton, sir James no era rico, pero era el hombre más honrado y trabajador que Valentine había conocido en su vida. Si James hubiera muerto en el horrible incidente ocurrido cerca de la frontera del África Oriental alemana -y los cirujanos del ejército



declararon que su salvación había sido un milagro-, habría sido una gran pérdida para el África Oriental. James Donald había recibido un título nobiliario en premio a un valor que no cabía esperar de un ser humano. Valentine pensaba que el premio no había sido suficiente.

—Este tipo era el capitán del equipo de críquet de Eldoret, ¿comprendes? —decía la voz de Norich-Hastings—, e iba a celebrarse un partido de un día contra Kisumu. Ganó cuando echaron la moneda a cara o cruz, eligió batear e inició el juego. A la hora del té todavía estaba corriendo vueltas.

Valentine escuchó la anécdota y se rió con todos los demás. Estaba de muy buen humor debido a la cita que había concertado para esa tarde con el doctor Hare de Nairobi. El médico había accedido gustosamente a abrir su consultorio para una visita privada pese a que era domingo, y Valentine confiaba en que tendría una solución para el problema de Rose.

Mientras se servía riñones a la parrilla y huevos revueltos, escuchando a medias la conversación en torno a la mesa, que ahora se refería al cultivo del café, Valentine se recordó a sí mismo que, en realidad, suya era la culpa de que sus relaciones sexuales con Rose no marcharan bien.

Pensó que, después de todo, a una dama delicada y refinada como Rose no debía de serle fácil renunciar a una vida de comodidades y prominencia social ¡a cambio de un campamento de tiendas en la selva! A diferencia de Grace, que parecía disfrutar de todos los desafíos que África le lanzaba, a Rose le daba miedo todo lo que había en el país. Y no había otras señoras de su propia clase que pudieran brindarle apoyo. Lucille Donald disponía de poco tiempo para el tipo de vida social que gustaba a Rose; además, las dos mujeres eran tan diferentes como el día y la noche. Que entraran hienas en el gallinero no era una de las cosas que preocupaban a Rose, que tampoco necesitaba aprender a elaborar cola con cascotes de búfalo. Y a Lucille no le interesaba ni pizca la moda o el estilo, no sentía curiosidad por si las faldas debían ser cortas o largas ni por dónde pasaba las vacaciones la familia real.

Con todo, a pesar de que estaba sola la mayor parte del tiempo, toda vez que Valentine tenía que pasarse todo el día en los campos para asegurarse de que los cafetos jóvenes recibieran las atenciones debidas, y Grace andaba muy ocupada tratando de persuadir a los africanos locales a que acudieran a su clínica, Rose parecía haberse adaptado bastante bien.

«De hecho -pensó Valentine mientras reía de otro chiste que acababan de contar-, Rose casi parece alegrarse de que la dejen sola».

—Tengo doscientas hectáreas de café a punto de dar fruto —dijo un hombre de Limuru—, pero debido a la falta de lluvia los granos son pequeños, hay demasiadas bayas malas y el café presenta un aspecto mortecino —se volvió hacia Valentine—. ¿Qué tal va tu cosecha?

—Pues bastante bien.



Los que se encontraban sentados a su mesa no se sorprendieron. La gran suerte y la continua prosperidad del conde eran objeto de comentarios en toda el África Oriental. Al parecer, todo lo que tocaba se convertía en oro.

—Me han dicho que construiste un dique en el Chania.

—Sí. En marzo, cuando me dio la impresión de que las lluvias no vendrían. Luego abrí un canal de riego, para que el agua llegase a mis campos.

—¡Los negros se llevarían una sorpresa al ver lo que hacías con el río! No piensan en el futuro, no tienen ningún concepto del mañana. Nunca cultivan más alimentos de los que pueden comer en un día, nunca se preguntan qué harán en caso de sequía. Para ellos todo es *shauri ya mungu*.

—Malditos negros —terció un hombre de cara enrojecida por el sol y poblada barba rubia—. ¡No hay forma de hacerlos trabajar! Se quedan sentados sobre sus negros culos y esperan que les den *american*, azúcar y aceite, y ni por un momento se les ocurre pensar que todo esto hay que ganarlo trabajando.

—Se puede sacar al mono de la jungla —dijo el hombre de Limuru—, ¡pero es imposible sacar la jungla del mono!

Valentine consultó con disimulo su reloj mientras removía el té. Sus largas piernas se movían nerviosamente debajo de la mesa.

—¿Ha disfrutado en la cacería, lord Treverton?

Valentine miró el rostro sonriente de lady Margaret. La mujer le recordaba un perro pequinés, aunque de mejor carácter.

—¿Y cómo está su encantadora esposa, la condesa? —añadió lady Margaret antes de que él pudiera contestar—. Necesitamos ver a lady Rose más a menudo en Nairobi.

«Son las ocasiones en que Rose vuelve a la vida —pensó Valentine—, las escasas ocasiones en que Rose baja a Nairobi».

Rose había asistido al gran baile en el club Muthaiga, en honor del rey de Suecia, y luego a aquella pomposa ceremonia de plantación ante el palacio del gobernador, para la cual había donado un esqueje de sus preciosas rosas. En Nairobi Rose se mostraba alegre y animada; era el centro de la atención y admiración. Valentine sabía que, de no ser por el largo viaje desde la provincia Central, en carretas y acampando todas las noches, Rose visitaría Nairobi con mayor frecuencia.

—Debe darle las gracias de mi parte por el té —dijo lady Margaret—. Me pareció una mezcla apasionante.

Rose había traído de Inglaterra una mezcla especial de té de Mysore y Ceilán que su familia conocía desde hacía muchas generaciones. Al agotársele la provisión, en vez de pedir que le mandasen más desde Londres, había pedido a una empresa de Nairobi que sustituyera el té de Ceilán por otro cultivado en el país, en las regiones



próximas al lago Victoria, que eran más frescas, y había comprobado que la mezcla producía un sabor muy agradable, sin igual. Durante su última estancia en Nairobi, para asistir a una cena de gala con motivo del cumpleaños del rey, había despertado el interés de lady Margaret con sus comentarios sobre la nueva mezcla, así que luego, al volver a casa, le había mandado un paquete.

—¿Le importaría a la condesa —preguntó la esposa del brigadier— que yo encargara la mezcla para mí? Me parece que no volveré a tomar la mezcla de lady Londonderry.

Valentine se disponía a contestar, pero ella siguió hablando apresuradamente:

—Tengo un pequeño regalo para lady Rose a cambio de su té. Por fin he recibido mi encargo de seda belga para bordar. ¡La pedí hace casi un año! Y hay un verde de lo más delicioso y que no dudo que irá perfectamente con su tapiz.

En abril, deseoso de contentar a Rose y alejarla durante unos días del campamento de tiendas, Valentine la había llevado de safari en las laderas del cercano monte Kenia. Había procurado que el viaje le resultara lo más agradable posible, instalando una hamaca entre dos palos y haciéndola transportar por los africanos, y la respuesta de Rose había consistido en enamorarse de la selva. De hecho, la había impresionado tanto, que había vuelto a la plantación con el paisaje perfectamente grabado en su cerebro. Había cogido inmediatamente una pieza de lino irlandés que guardaba en el arca de madera de cedro, había sacado sus agujas y sus hilos de un baúl y había empezado a confeccionar algo que prometía ser un tapiz impresionante. De momento se encontraba en estado embrionario, pero ya empezaba a notarse la habilidad con que la selva quedaría plasmada en el lino: los ricos matices verdes tachonados de flores silvestres de vivos colores, anaranjadas, amarillas y azules; las largas, viscosas enredaderas que colgaban de árboles húmedos y retorcidos; la hierba esmeralda, los helechos gigantescos, las palmas grandes como orejas de elefante; hasta la neblina baja de la montaña aparecía trazada con hilo de seda color azul perla, y al lado Rose estaba dejando un espacio donde habría un imaginario leopardo de ojos dorados.

En eso empleaba su tiempo. Tejer el tapiz era lo único que hacía. Se sentaba en el pequeño claro que se encontraba en el centro de los eucaliptos, protegida por una glorieta que Valentine había hecho construir para ella, resguardada del sol tropical en compañía de sus monos, sus loros y la señora Pembroke con la pequeña Mona.

—¿Podemos ofrecerle una cama improvisada para esta noche, lord Treverton? —preguntó lady Margaret. Como las distancias entre vecinos eran tan grandes y apenas existían hoteles, había nacido en el África Oriental británica la costumbre de que los invitados pernoctasen en casa del anfitrión, ya fueran amigos o desconocidos.

Pero Valentine tenía prisa. Había dos cosas que debía hacer en Nairobi -ver al doctor Hare y preparar la «sorpresa» para Rose- y luego volvería rápidamente al norte, a casa.



CAPÍTULO 8

—La renuencia de su esposa tiene una causa posible, lord Treverton. El nombre médico es *dispaurenia*. Significa... —el doctor Hare dio unos golpecitos sobre la mesa con su pluma— que la mujer experimenta dolor durante el acto sexual. ¿Lady Rose sufre dolor?

Valentine miró al doctor con cara inexpresiva. ¿Dolor? No se le había ocurrido. ¿Sería posible? ¿Sería ésa la razón de que se apartara de él cuando intentaba abrazarla? ¿Sentiría dolor? Valentine buscó una postura más cómoda en la silla, sin prestar atención al glorioso sol dominical que entraba por la ventana e iluminaba el estrecho consultorio del doctor Hare. Grace no le había dicho que Rose sufriera dolores. Le había hablado con palabras delicadas, mencionando el esfuerzo del nacimiento de Mona, el incómodo viaje en tren, la falta de instalaciones apropiadas.

De pronto Valentine sintió que le invadía la esperanza. ¿Sería ésa la respuesta? ¿Podía ser tan sencilla? ¿Que a Rose le daba miedo el dolor? Porque si así era, si todo se debía a un problema físico y no, como había temido, a un problema de su relación, ¡seguro que le sería posible encontrar ayuda!

—¿Cuál es la causa del dolor, doctor Hare?

El doctor se encogió de hombros.

—Necesito reconocer a su esposa para poder decírselo.

Valentine iba a tener que pensárselo. Y si a él no le había resultado fácil acudir al doctor, ¿cómo conseguiría que Rose accediera a que la reconociese un extraño? Valentine había escogido al doctor Hare porque los pocos médicos que había en el África Oriental formaban parte de la «pandilla» y el riesgo de que su visita diera pie a chismorrerías era muy grande. El doctor Hare era nuevo, acababa de llegar de Norteamérica y aún no era indiscreto.

—Tuvo un bebé hace seis meses —dijo Valentine. No quería reconocer que el problema con Rose había empezado mucho antes del nacimiento de Mona; no se daba cuenta de que se estaba agarrando a un clavo ardiendo.

—Ésa podría ser la causa —dijo el doctor, estudiando la cara del conde. En ella vio miedo, claro como el día, y preocupación. El doctor Hare había tenido muchas consultas privadas como ésa durante sus veinte años de ejercicio de la medicina. Todas eran lo mismo, como capítulos en un libro de texto: la esposa no respondía o



incluso ofrecía resistencia a los requerimientos sexuales del marido y éste se sumía en un cenagal de críticas contra sí mismo y de súbitas dudas sobre su virilidad.

«Tonterías -tenía ganas de decir el doctor Hare-. ¡Las mujeres de hoy! Con toda su palabrería sobre el control de la natalidad y el sufragio. ¿Por qué se empeñan tanto en negar su misión en este mundo: tener hijos? ¡Arman tal lío con eso de dar a luz, cuando precisamente han sido creadas para ello!»

—¿Puede hacer algo por ella? —preguntó Valentine, rogando al cielo que la respuesta fuera sencilla.

El doctor se puso a escribir rápidamente en un bloc. Le hubiera gustado decirle al conde lo que él, el doctor, hubiera hecho de tratarse de su mujer: ejercer su derecho legítimo como marido sin hacer caso de las protestas de ella. En vez de ello, le dijo:

—Voy a recetarle un bromuro suave. La relajará. La mayoría de estos casos nace de una tensión en la... en la pelvis. Normalmente una o dos dosis de esto bastan para resolver el problema —arrancó la página y se la entregó a Valentine.

Cuando salió del edificio de chilla y hojalata ondulada y se detuvo para protegerse los ojos del luminoso sol ecuatorial, Valentine aspiró hondo. Tenía ganas de ponerse a gritar de júbilo.

Absorbió la luz incomparable del África Oriental, una luminosidad que, para Valentine, agudizaba los contornos, los detalles y los colores. Debido a la altitud, al hecho de que Nairobi estuviese a mil quinientos metros sobre el nivel del mar, el aire era puro como el cristal; no estaba sucio por culpa de ninguna contaminación industrial y los pocos coches que traqueteaban por las calles sin asfaltar despedían una cantidad casi imperceptible de gases.

Al llegar por primera vez a Nairobi con el veinticinco de Fusileros Reales, para combatir contra los alemanes cerca de la frontera, la luz le había hechizado. Se había dado cuenta de que no sólo era intensa, sino también ligera en el sentido de no tener peso. Pensó que la luz podía tener densidad, igual que cualquier objeto. La luz del sol en Inglaterra, por ejemplo, estaba cargada de humo, de neblinas fluviales, de niebla y de aire salado del mar, pero la luz solar en el África Oriental británica era limpia y flotante, ingravida, daba una tersura casi sobrenatural a las formas y las texturas. Hasta el más vulgar de los objetos adquiría cierta gloria. Los viejos buscadores que montaban en burros huesudos, los africanos de piel negra y deslucida que se dedicaban a matar el rato, y las viejas y prosaicas edificaciones de madera y hojalata, estropeadas por los elementos y cubiertas de suciedad... todo ello parecía envuelto en un esplendor inexplicable.

Valentine Treverton amaba a Nairobi. Habiéndose visto cegado una vez por la luz de esa ciudad naciente, sabía que nunca podría volver a vivir en Inglaterra.

Pero Nairobi tenía algo más que su luz. Era una ciudad viva, que respiraba, que tenía pulso, una ciudad a la que aguardaba un brillante porvenir; de eso Valentine



estaba seguro. Aunque al terminar la guerra las tropas del rey habían vuelto a casa, poniendo fin con ello al auge económico de cuatro años, una nueva oleada de pobladores empezaba a llegar a las costas del África Oriental: ex militares que acudían a las tierras altas con concesiones de la corona, al amparo del nuevo plan para los ex combatientes; bóers de África del Sur con sus carretas entoldadas y sus largas recuas de mulas; estafadores de ojos inquietos y los primos que serían sus futuras víctimas, todos en busca de una forma rápida de ganar dinero; los indios con turbante y sus sombrías esposas, seguidos de numerosos niños; el colonizador blanco que llegaba en busca de una nueva vida; los altivos funcionarios jóvenes enfundados en uniformes de color caqui, planchados y limpios, la cabeza cubierta con un casco de corcho lleno de insignias relucientes por el frente, y largas y amplias alas traseras parecidas a una cola de nutria; y finalmente, en medio de todos ellos, sereno e inexpresivo, sin que al parecer tuviera otra cosa que hacer que no fuese sentarse en cuclillas y mirar, el africano, que ya estaba en el país mucho antes de que los demás pensarán siquiera en instalarse allí.

Nairobi era un lugar turbulento donde casi todos los hombres llevaban un arma de fuego, donde constantemente se declaraban incendios, donde el bazar indio estaba abarrotado de gente y sucio y era fuente de epidemias. Era una ciudad primitiva llena de carros tirados por bueyes, de hombres montados a caballo, de cochecitos de dos ruedas tirados por hombres, entre los cuales se veía algún que otro Modelo T. Y era la única ciudad en donde Valentine, el conde de Treverton, se sentía verdaderamente en casa.

Sacó una señorita del bolsillo de la camisa y mientras la encendía y se preguntaba dónde encontraría una *duka la dawwa*, una droguería, abierta en domingo, Valentine contempló cómo una columna de safari se formaba en la calle.

Era de las de tipo anticuado, de las que poco a poco se iban sustituyendo por el automóvil y no tardarían en desaparecer del África Oriental. Un centenar de nativos estaban recibiendo sus cargas. En menos de una hora la columna saldría en fila india de Nairobi, como un ciempiés negro; detrás de los porteadores iría el cazador profesional blanco y sus sudorosos clientes millonarios. Los negros transportaban la carga sobre la cabeza porque llevarla en la espalda hubiera sido humillante; era la forma en que las mujeres transportaban los bultos. Y el peso de sus cargas tenía un límite: veintisiete kilos. Incluso había un límite al peso que podía transportar un burro: cincuenta y cuatro kilos. Pero no había ninguna restricción cuando se trataba de la carga de una mujer africana.

Al dar la vuelta y echar a andar calle abajo hacia el hotel King Edward, Valentine pensó en lo asombroso que era recordar que quince años atrás no había allí nada salvo tiendas y un pantano. Y antes de ello sólo un río insignificante y algunos masai dispersos. Nairobi había nacido a los pocos años de nacer Valentine y éste pensó que con toda seguridad envejecerían juntos.



* * *

Miranda West dejó la cuchara, se secó las manos con el delantal y se acercó a la ventana para mirar al exterior. Lord Treverton le había dicho que pasaría antes de regresar a su plantación.

Miranda se encontraba en la cocina de su pequeño hotel, preparando el té de la tarde dominical, tarea que le ocupaba casi toda la tarde debido al esmero y la calidad que ponía en los preparativos. Miranda gozaba de una buena reputación que llegaba hasta Uganda y eran muchos los colonos que recorrían kilómetros en un carro de bueyes para sentarse a una de sus mesas. Ese día el salón volvería a estar lleno y tendría que servir el té en la veranda y hasta en la calle. Si el conde tardaba en llegar, no tendría ocasión de estar a solas con él. Y Miranda West vivía sólo para eso.

Los sueños y las ambiciones del África Oriental eran tan numerosos como los inmigrantes que los traían. Todo el mundo llegaba con un proyecto en la cabeza. Ya fuera ganar dinero dedicándose a la agricultura, a la minería, comerciando con marfil de elefante, prestando algún servicio especial a los demás, el propósito era siempre ganar dinero. La variedad y el ingenio de los proyectos no tenían límite. Los mellizos irlandeses Paddy y Sean, por ejemplo, habían hecho una fugaz fortuna criando avestruces para satisfacer la demanda de plumas en Inglaterra y Estados Unidos. Y entonces, así por las buenas, se popularizó el automóvil y las mujeres ya no pudieron seguir llevando grandes sombreros de plumas cuando viajaban en coche, así que la moda cambió a favor de los gorros ajustados, y Paddy y Sean tuvieron que devolver la libertad a sus aves, que ya no valían nada. Y estaba el caso de Ralph Sneed, que se jactaba de la fortuna que amasaría cultivando almendras en el Rift Valley. Se había gastado hasta el último penique de sus ahorros comprando y plantando almendros sólo para descubrir que, como en el África Oriental no había estaciones, los árboles florecían doce meses al año y nunca daban fruto. Ralph Sneed había vuelto al África del Sur, avergonzado y sin blanca. Y finalmente estaba el caso del irreflexivo marido de la propia Miranda, Jack West, al que habían visto por última vez con un saco de dormir, una muda y un frasco de quinina dirigiéndose hacia el lago Victoria en busca, según él, de esqueletos de hipopótamo; pensaba pulverizarlos y convertirlos en abono que vendería a los agricultores y le proporcionaría unos beneficios fenomenales. De eso hacía ya seis años y nadie había vuelto a verlo jamás.

De modo que en Nairobi todo el mundo tenía un plan. El de Miranda West había sido, hasta ahora, sacar provecho de la añoranza.

En 1913 Miranda Pemberton contestó a un anuncio aparecido en un periódico de Manchester. El anuncio lo había puesto un caballero que a la sazón residía en el África Oriental británica y buscaba una mujer bien situada que quisiera casarse con él y ayudarle en sus diversas «empresas de naturaleza económicamente prometedora». Miranda, cocinera y doncella para todo al servicio de una tacaña de Lancashire, Inglaterra, había escrito en seguida, en una hoja de papel elegante que robó a su señora. Se quitó cinco años de edad y triplicó la cifra de su cuenta bancaria. El



anunciante, un buscador de oro llamado Jack West, había escogido su carta entre un total de sesenta y le había mandado el importe del pasaje.

La había recibido en el puerto de Mombasa, donde, después de la sorpresa del primer momento -él era más bajo y más joven que ella-, habían decidido casarse y ver qué tal les iba.

Pero había sido un fracaso. Miranda se quedó horrorizada al ver la chusma de Nairobi y la tienda donde su flamante esposo pretendía hacerla vivir, a la vez que Jack se había sentido estafado al entregarle ella sus escasos ahorros. Se esforzaron durante unos meses, tratando de ganarse la vida con la compra de productos agrícolas a los africanos y su venta, por un precio más alto, a los grupos de gente rica que se preparaban para ir de safari; hasta que Jack levantó el vuelo en plena noche con el poco dinero que les quedaba y los pendientes de jade falso de Miranda.

Quiso la suerte que Miranda oyera hablar de un escocés llamado Kinney que necesitaba una mujer europea que «le echase una mano» en la casa de huéspedes que tenía cerca de la estación del ferrocarril; y, aunque en realidad quería decir que la mujer haría todo el trabajo, al menos significaba tener un techo sobre la cabeza y diez rupias al mes. La ventaja de Miranda residía en su piel blanca, que fue la razón por la cual Kinney la contrató. La clientela de Kinney se componía de inmigrantes de clase media que se alojaban en su casa mientras buscaban una oportunidad o aguardaban que la Oficina de Tierras les enviase la escritura. A las esposas de esos hombres les gustaba tener una doncella blanca en lugar de una africana, y cuando demostró su habilidad para elaborar bizcochos y dulces a la inglesa, que los colonos, empujados por la añoranza, pagaban a precios elevados, Miranda se volvió indispensable.

En una ciudad donde había más hombres que mujeres, donde la mayoría de los hombres eran solteros y se disputaban a las recién llegadas, aunque no fueran jóvenes ni bonitas, Miranda se convirtió en una especie de bicho raro. Estaba casada, pero su marido se hallaba ausente, y aunque se mostraba amigable y daba a compartir un whisky y un chiste, frenaba amablemente el acoso frecuente de que era objeto por parte de los huéspedes de Kinney.

Con el tiempo el viejo Kinney fue tomándole simpatía y dejando en sus manos una parte cada vez mayor de la dirección de la casa. Miranda ponía coto al despilfarro, hacía equilibrios con el presupuesto y economía en las cosas que no llamarían la atención de la clientela; y tuvo el atrevimiento de multiplicar por dos el precio de una habitación, diciendo que los blancos estarían dispuestos a pagar a cambio de la limpieza inglesa, y demostró que tenía razón. El valor de la casa subió.

Luego estalló la guerra. Kinney se alistó en los Rifles Montados del África Oriental y en poco tiempo consiguió que lo matasen. Miranda se llevó una sorpresa al ver que, como no tenía familia ni otros amigos, Kinney le había dejado la casa, de modo que pidió un préstamo al banco y convirtió el establecimiento en un hotel como es debido. Antes de que transcurriera mucho tiempo empezaron a llegar tropas de Inglaterra y Nairobi se transformó en un campamento militar. Los soldados acudían



en gran número a su hotel, al que ella había bautizado con el nombre, más bien pomposo, de hotel King Edward, para devorar sus bizcochos y hablar del hogar.

La guerra vino y se fue y nunca volvió a tener noticias de su esposo. Así que su cerebro astuto y oportunista examinó la situación y vio lo que tenía que hacer para asegurar su supervivencia.

Una mujer necesita a alguien que la proteja, pero a Miranda ya no le interesaba el matrimonio. Había visto al guapo conde de Treverton con su uniforme de los Fusileros Reales y había decidido que él iba a ser su siguiente ambición. Miranda no pensaba pasarse el resto de su vida trabajando como una esclava en el hotel, sudando en la cocina, procurando satisfacer los caprichos de las petulantísimas esposas de los colonos que llegaban al protectorado convencidas de su propia superioridad social. Se proponía atrapar al conde y lograr que él la cuidase.

Semejante ambición habría sido impensable en Inglaterra, donde los estratos sociales estaban claramente delimitados y había puertas cerradas con llave en cada uno de los niveles. Pero en el África Oriental británica había escaleras de mano a disposición de quien tuviera agallas y decisión suficientes para utilizarlas. Lo primero que hizo Miranda fue disfrazarse de forma apropiada. La palabra «viuda» sugería respetabilidad. Podía ponerse ese título como si fuera un sombrero y llevarlo sin que nadie hiciera preguntas. En Nairobi abundaban las genealogías falsas -el coronel Waldheim, el lechero alemán, jamás había hecho el servicio militar; el profesor Frederick, que tenía una escuela en la ciudad, no poseía ningún título universitario- y ser la viuda West no era más que una mascarada inofensiva. Se adoptaban títulos en el momento de bajar a tierra en Mombasa, el puerto donde todos los que buscaban una vida nueva se despojaban de su vieja identidad y de las restricciones de clase. Miranda West, que ya no era doncella para todo en el Manchester tiznado de hollín, se transformó en la digna viuda de un hombre que había perdido la vida en las orillas del lago Victoria; mantuvo su nombre alejado de la columna de chismorrerías del *East African Standard* y su propia persona fuera de las camas de los hombres; tenía puestos sus calculadores ojos en lord Treverton y albergaba la esperanza de que Jack West no reapareciese nunca.

En ese momento vio que el conde entraba en la droguería india de la acera de enfrente y sintió un nudo en la garganta. Lord Treverton era el hombre más guapo que Miranda había visto en su vida. Contrastaba tanto con los agricultores y los vaqueros que vestían arrugadas prendas de color caqui y se tocaban con salacots; un dios joven parecía lord Treverton con sus bien cortados pantalones de montar, su blanca camisa de seda y una cinta de piel de leopardo alrededor de la copa del sombrero.

Tuvo que darse prisa. Le había prometido a lord Treverton que le tendría preparadas unas galletas de Devonshire y las metió en el horno Dove, entre una bandeja de bizcochos de Cornualles que iban dorándose poco a poco y otra de rosquillas que ya estaban doraditas y a punto de sacar. Miranda sabía que las galletas



eran para lady Rose. Valentine Treverton nunca se iba de Nairobi sin llevarse algunos dulces para su esposa. La condesa también era muy aficionada a los bollitos de almendra, que en ese momento se estaban enfriando en un recipiente.

Volvió a ocuparse de la crema que había empezado el día antes y dejado enfriar durante la noche y quitó la corteza con una cuchara. No iba a dársela al conde para que se la llevase, ya que se estropearía antes de llegar a su casa. La había preparado con la esperanza de que Valentine se quedara unos momentos y probase sus galletitas de coñac con crema.

«La mejor forma de llegar al corazón de un hombre», murmuró para sí misma.

Empezaban a entrar clientes en el comedor, que estaba muy bien puesto, con pulcritud y buen gusto, manteles blancos en las mesas y una pequeña tetera de color marrón en cada una de ellas. La atención que Miranda prestaba a esta clase de detalles era lo que apreciaban los expatriados: el pastel con la cantidad justa de melado, el bizcocho ligeramente espolvoreado de azúcar. La gente decía que Miranda West había sido cocinera de una marquesa famosa por su cocina. Era mentira, pero el resultado era el mismo. Tanto si había aprendido su arte de algún chef francés que servía a la nobleza, como si lo había aprendido de recetas recortadas del *Times* de Londres, su habilidad para preparar pastas inglesas rozaba lo sobrenatural. Y la limpieza, desde luego, era el rasgo más apreciado de su comedor. Toda mensaab que tuviera que batallar con una doncella africana podía atestiguarlo.

Miranda tapó la crema y mientras se acercaba apresuradamente al aparador, donde un pinche de cocina estaba quitando la corteza de los emparedados, volvió a mirar por la ventana y vio que Valentine salía de la droguería guardándose un sobre pequeño en el bolsillo de la camisa. Lord Treverton llegaría al hotel en seguida. Miranda se quitó rápidamente el delantal, salió corriendo de la cocina, subió a su apartamento privado y se peinó con mano nerviosa.

* * *

Valentine se detuvo para mirar calle arriba y calle abajo. Enfrente de una *duka* india donde vendían artículos variados sus africanos cargaban las mulas para el viaje hacia el norte. Un paquete grande estaba atado al lomo del último animal; contenía las patas del piano de Rose, que por fin habían llegado en el último barco de Inglaterra. Ésa iba a ser la primera sorpresa. La segunda sería una lata de las excelentes pastas de Miranda West, que, según Rose, eran tan ricas como las que servían en Ascot. La tercera sorpresa, que hacía que Valentine sintiera ganas de montar en *Excalibur* sin perder un momento y volver galopando a casa, era el contenido del sobre que llevaba en el bolsillo. El doctor Hare le había dicho que una cucharadita de polvo blanco en el chocolate que lady Rose tomaba por la noche bastaría para resolver el problema.

Valentine vio un camión aparcado detrás de su recua de mulas. Era uno de los Chevroleís nuevos que tanto costaba conseguir en el protectorado y pertenecía a sir



James. El vehículo tenía sólo dos meses y ya estaba sucio y abollado. El argumento para no tener automóviles en el África Oriental británica era que no duraban mucho; el argumento favorable afirmaba que eran inmunes a la mosca tsetse y a la glosopeda. Sir James se enorgullecía de su nueva adquisición y a Valentine le gustaba tomarle el pelo preguntándole por qué un fabricante de automóviles se llamaba a sí mismo «cabra lechera».

Y en ese momento Grace salió de la *duka* india. Valentine no se sorprendió al ver a su hermana, ya que Grace pasaba cada vez más tiempo con la familia Donald, sobre todo con sir James. El microscopio era una de las razones, ya que Grace lo compartía gustosamente con sir James para detectar las enfermedades del ganado. La otra era que Grace y Lucille Donald se habían hecho amigas. Las dos pertenecían a la liga femenina del África Oriental y colaboraban en proyectos tales como el de repartir sacos de maíz entre los africanos que pasaban hambre. Valentine sabía por qué Grace estaba en Nairobi ese día: para visitar al oficial médico principal e insistir una vez más en que se nombrara un segundo oficial médico de distrito para la región de Nyeri. Grace metía cuchara en todas las cosas posibles: hacía campaña a favor del sufragio para las mujeres en el África Oriental británica; secundaba a lord Delamere, que pedía al gobierno de su majestad que concediera el estatuto de colonia al protectorado; recogía todos los alimentos y la ropa que los colonos, que ya pasaban apuros a causa de la sequía y de la precaria situación económica, pudieran donar para los africanos, que estaban peor que ellos. Hasta ahora Valentine no había sabido que su hermana era tan laboriosa, tan capaz. Durante los últimos meses había aprendido a verla desde un ángulo nuevo y, de hecho, empezaba a admirarla.

«¿De dónde habrá sacado Grace tanta firmeza?», se preguntaba.

Pensó en la madre de ambos, la condesa, lady Mildred, con su busto enorme, que se veía contrapesado por una actividad igualmente enorme. Lady Mildred se movía por Bella Hill como una locomotora de vapor, la fuerza que gobernaba a la familia, y su muerte había dejado un gran vacío dentro de aquellas antiguas paredes. Ahora Valentine se daba cuenta de que Grace era como su madre, es decir, que era como él mismo. Y al pensarlo se sintió complacido.

¡Qué extraño le resultaba a Valentine ver a Grace de esa manera, vestida con la curiosa indumentaria que ella misma había diseñado: una falda caqui dividida pudorosamente en pantalones de perneras anchas para montar a caballo, una blusa blanca hecha a la medida y un salacot más ancho que sus hombros, envuelto en un velo blanco y largo que le caía sobre la espalda y le llegaba hasta la cintura. Era curioso recordar ahora a aquella muchachita tímida del día en que hizo su estreno en sociedad, en Londres hacía sólo once años, presentada en la corte por su tía, la condesa de Longford, dama de honor de la reina. Grace se había mostrado tan solemne con su vestido blanco de cola larga, tan recatada y elegante, aceptando tímidamente el brazo de un joven y guapo oficial de la guardia, que había recogido



galantemente la cola del vestido de Grace con la punta de su espada. Dos años después Grace estaba en la facultad de medicina... ¡disecando cadáveres!

Grace se había convertido en una figura tan habitual en Nairobi, que casi parecía haber nacido allí. El viaje de ocho días desde la plantación no era obstáculo; se había acostumbrado a la selva y a vivir acampada como un nativo. Y no le costaba nada encontrar alojamiento junto a la carretera sin asfaltar que iba de Nyeri a Nairobi. Grace viajaba con dos kikuyu y tres mulas y pernoctaba en granjas aisladas. La recibían con los brazos abiertos porque era médico y siempre llevaba su maletín. Hacía sólo un mes que se había detenido en una granja que distaba varios kilómetros del camino y había practicado una apendicetomía de urgencia en la mesa de la cocina.

La única faceta de su hermana que intrigaba a Valentine era su aparente indiferencia hacia los hombres. Incluso en ese momento, mientras la observaba, un guapo oficial de los Rifles Africanos del Rey que vestía una guerrera bien planchada, con botones relucientes, y llevaba un bastón bajo el brazo se detuvo para saludarla. Grace se mostraba siempre cortés y amigable, pero no daba pie a nada más. El único hombre con quien realmente había trabado amistad era sir James.

Un vendedor de té de Nairobi le estaba sacando partido al nombre de los Treverton. Cuando circuló la noticia de que lady Rose se hacía preparar una mezcla especial y que lady Margaret Norich-Hastings encargaba la misma mezcla, los que podían permitirse semejante lujo hicieron sus pedidos. Del mismo modo que la popular variedad Earl Grey había recibido su nombre de la mezcla privada de sir John Grey en 1720, el té de la condesa Treverton se estaba haciendo popular en el protectorado. En la ventana del hotel King Edward un rótulo pequeño, de pulcras letras, anunciaba que la mezcla se servía en el establecimiento.

Valentine se quitó el sombrero al entrar en el comedor. Todas las cabezas se volvieron. El establecimiento de Miranda West tenía una clientela formada por respetables colonos de clase media. Había una sección especial para niños, donde se servían emparedados de plátano y crema, y una mesa larga destinada exclusivamente a los agricultores solteros que consumían pasteles mantecosos y empanadillas de huevo y tocino. Pero la aristocracia frecuentaba el club Muthaiga o el hotel Norfolk.

—Lord Treverton —dijo Miranda, saliendo a recibirle. Llevaba su mejor vestido y se había prendido una ramita de lila debajo de la garganta—. ¿Cómo está?

—¡Estupendamente, Miranda! ¡Tanto es así, que me parece que voy a comprarle todo el género!

Los ojos de Miranda no se cansaban de contemplarle. Lord Treverton parecía incapaz de llevar el pelo peinado; un mechón negro le caía sobre la frente y le hacía maravillosamente atractivo.

—He preparado crema, lord Treverton. Si le apetece...



—Hoy no tengo tiempo, Miranda. Ya sabe lo que pasa. Llevo más de una semana fuera de casa y tardaré casi otra para volver. ¿Quién se habrá preocupado de que mis hombres trabajaran durante mi ausencia? Sin duda tendré que pasarme un par de días persiguiéndolos por la selva.

Miranda procuró que no se le notase la decepción. Pero era una mujer realista. No se hacía ninguna ilusión y sabía que lord Treverton, al mirarla, la veía como lo que realmente era, es decir, una sirvienta pagada. Pero Miranda tenía un plan. Toda el África Oriental sabía que el matrimonio del conde iba mal; se hablaba en susurros de que su esposa no podía concebir un hijo varón, el hijo que lord Treverton deseaba tanto. Miranda West había decidido que ese hijo iba a dárselo ella. A cambio, lord Treverton la cuidaría durante el resto de su vida.

El conde era muy sencillo y no le importaba entrar en la cocina de Miranda. Lord Treverton no tenía necesidad de darse importancia ni de comportarse como un esnob; era noble hasta la médula de los huesos y un caballero en todo.

«Sin duda, un gran hombre como él sabrá mantener una querida como es debido», pensó Miranda mientras cruzaba el comedor delante de él como si fuera una duquesa, alta la cabeza, mientras sus clientes la miraban con expresión de curiosidad. Lo único que necesitaba era una noche con él y le daría un hijo. En Inglaterra había muchos lores que mantenían una querida y un hijo ilegítimo. Miranda estaba segura de que Treverton no sería diferente.

—Avísame cuando la casa esté a punto de abrirse —dijo mientras le entregaba las cajas de pasteles y las latas de galletas—. Le prepararé mi mejor pastel de Cornualles para la ocasión.

—Espero que sea en diciembre. Ahora están trabajando en el segundo piso y la terraza enlosada ya está lista.

—¡En diciembre! —exclamó Miranda—. Nunca ha probado un pastel de Navidad como el mío. ¡Con pasta de mazapán y todo espolvoreado de azúcar! —Miranda se acercó a la mesa de enfriar, cogió unos cuantos dulces, los envolvió y le entregó el paquetito a Valentine, diciéndole—: Son para su niña. Se llama Mona, ¿no es verdad?

—La tendré presente para la cena de celebración, Miranda. Pienso hacer de ella una ocasión de gala. Nuestra primera noche en la casa grande. Habrá por lo menos trescientos invitados, ¡así que empiece a preparar los pasteles ahora!

—Escribiré el nombre de la casa nueva en el pastel.

—Bella Two —dijo Valentine—. T-W-O. Un suajili de Mombasa me está labrando la piedra que pondré sobre la entrada. Me prometió tenerla lista antes de Navidad.

Al final Valentine probó una de las galletitas de coñac con crema y luego se comió dos más. Miranda West le caía bien y se preguntaba por qué no habría vuelto a casarse. No sería por falta de oportunidades. No podía ser por la edad; si a una mujer de unos treinta y cinco años se la consideraba una solterona en el resto del mundo,



esa edad era casi una ventaja en el África Oriental británica, pues demostraba que era una mujer «curtida» y que, por lo tanto, no se volvería llorando a Inglaterra. Y no podía ser por su apariencia, ya que Valentine la juzgaba bonita, como un jardín de flores, con todo su pelo rojo y el rostro redondo y atractivo que el sol ecuatorial no había logrado estropear. Y tenía la mejor cocina del África Oriental. Valentine no dudaba de que algún afortunado no tardaría en llevarse a Miranda West.

Finalmente salió del hotel King Edward, ansiando emprender la vuelta a casa. Cuando montó en su semental árabe, Miranda West lo estaba observando desde su ventana.



CAPÍTULO 9

El guepardo estaba agazapado con las orejas echadas hacia atrás y meneando suavemente la cola. Miró hacia la ventana con sus ojos dorados; bajo la luz azul-gris del amanecer podía ver las persianas subidas, la cortina moviéndose a impulsos de la brisa. Dentro, en la oscuridad de la casita, Grace Treverton dormía profundamente.

Un gruñido surgió de la garganta del guepardo. Sus músculos estaban tensos y enroscados; el animal dio un salto hasta el alféizar, se detuvo allí un instante y luego aterrizó silenciosamente en el otro lado. Volvió a detenerse para husmear el aire, para escuchar la respiración rítmica de la mujer que yacía en la cama. Su cola se movía de un lado a otro, de un lado a otro. En la negra noche que seguía atrapada entre las paredes, pese a que el cielo ya empezaba a clarear en el exterior, la bestia podía distinguir las formas angulares de mesas y sillas. Sus ollares captaron aromas: de las pieles de animales que había en el suelo, de alimentos enlatados, del ser humano que estaba en la cama.

El gato gigantesco esperó, observando y escuchando. Los nervios felinos estaban tensos bajo el pelo amarillo con manchas negras. La cabeza pequeña se ensanchaba en el cuello; una corta melena pasaba entre sus orejas y le llegaba hasta la curva del lomo colgado entre las puntas agudas que formaban los cuartos delanteros y traseros. Era una hembra joven. Y tenía hambre.

De pronto el guepardo dio un salto. Voló por el aire describiendo un arco perfecto y cayó sobre el lecho a la vez que soltaba un gruñido.

Grace profirió una exclamación. Luego dijo:

—¡Oh, Sheba! —y rodeó el cuello del felino con sus brazos.

Sheba dio varios lengüetazos a su dueña, luego saltó al suelo y se puso a ronronear pidiendo el desayuno.

—Pero si todavía no es hora de levantarse —suspiró Grace—. Estaba soñando... — permaneció echada boca arriba, con los ojos clavados en el techo de paja, preocupada. Acababa de tener un sueño erótico, y era con sir James.

No era la primera vez que Grace soñaba con sir James, pero sí en que la naturaleza del sueño era tan turbadora. Y había parecido tan real. Mientras recordaba claramente los detalles -hacían el amor en un campamento sin tiendas bajo las estrellas- Grace sintió que su cuerpo respondía. Se sintió desanimada por esta



traición a Jeremy, cuyo recuerdo debía conservar vivo, y a Lucille, la esposa de sir James, con la que había hecho amistad. El contenido gráfico del sueño era penoso, pero lo que le preocupaba más era que sus efectos continuaran al despertar: el deseo, un deseo indescriptible.

«No debo permitirlo -pensó, obligándose a incorporarse y afrontar el frío aire de la mañana-. No puedo permitir esto. Es un amigo y nada más».

Grace se lavó y vistió con cuidado, economizando el agua de su *debe*, un bidón de quince litros que en otro tiempo contuviera parafina. Hacía unos meses Valentine había construido una presa en el río, formando un pequeño embalse que él y los kikuyu de los alrededores utilizaban durante la sequía. Pero incluso esa reserva de agua empezaba a agotarse. Si las lluvias no llegaban pronto...

Al principio a Grace la había desconcertado que la temperatura pudiese ser tan baja en el ecuador. Aunque en Nairobi hacía calor, en el norte, a sólo ciento cuarenta kilómetros y pico, era necesario usar prendas de abrigo. Sir James le había explicado que ello se debía a la gran altitud y a estar rodeados de montañas con los picos nevados y selvas tropicales. La provincia Central era más húmeda y más fresca que cualquier otra región del protectorado, con densas neblinas durante el «verano» y aguaceros diarios durante las dos estaciones de lluvias. Al menos eso era lo que le habían dicho. Grace aún no había visto llover de verdad, pues la sequía continuaba atormentando el África Oriental. También le había maravillado la uniformidad de la duración de los días. Los días de invierno no se acortaban ni se alargaban los del verano; la duración de la luz diurna no variaba jamás en todo el año: doce horas de luz; doce de oscuridad.

Grace se lavó con su jabón de elaboración casera y luego se puso ropa limpia. La vida en esa región selvática significaba una batalla constante por la limpieza personal y la pulcritud de la apariencia. Especialmente cuando el agua escaseaba. Eran tantas las mujeres que parecían darse por vencidas. Se presentaban en Nairobi con vestidos que en otro tiempo habían sido blancos pero ahora eran grises y con los salacots cubiertos de polvo rojo. Grace frotaba su propio salacot cada noche; lavaba y planchaba sus blusas con esmero. Era un ritual que le ocupaba la mayor parte de sus tardes, pero Grace tenía sus normas. El efecto era que sobresalía entre las multitudes y despertaba la envidia general con su aspecto fresco y limpio, como si estuviera en un té en Devon.

Y no puede decirse que le sobrara tiempo para esos menesteres. Habiendo escasez de tantas cosas en el protectorado, Grace, al igual que otras mujeres, preparaba sus propios productos domésticos. De Lucille Donald había aprendido a elaborar mantequilla casera en botellas vacías de salsa picante; bujías con grasa de cordero y una bomba de aire para bicicletas; y levadura de patata tal como la elaboraban los kikuyu. La emprendedora Lucille hasta le había enseñado a guardar las hojitas de té ya hervidas y usarlas para sacar brillo al cristal y la madera. Estas tareas requerían tiempo y las hacía cuando no estaba regando y arrancando malas hierbas en el



huerto, ahuyentando antílopes y hienas que se metían en su terreno, vigilando a Mario, su criado, y tratando de inculcarle un sentido británico de la limpieza y el orden, y, finalmente, visitando los poblados kikuyu con la esperanza de ganarse la confianza y la amistad de los africanos. Grace también procuraba reservarse algunos momentos para actividades personales: escribir en su diario, leer ejemplares del *Times* seis meses atrasados y enviar regularmente cartas a sus amigos de Inglaterra, a la sociedad misionera de Suffolk, al gobierno. Se daba cuenta de que la lección más valiosa que había aprendido en la facultad de medicina era la de hacer varias cosas al mismo tiempo.

El día empezaba a cobrar vida con los cantos de los pájaros. Tordos y petirrojos llenaban la mañana con sus cantos, alondras y currucas encontraban motivos para saludar al sol, y el curioso cuclillo de pecho rojo se encontraba sentado en su ramita diciendo: «A pescar, a pescar» una y otra vez. Era por los pájaros que Grace había puesto a su casita el nombre de Birdsong Cottage (Casa de los Trinos).

Había escogido el emplazamiento de su hogar con el mismo cuidado con que lo hacía todo. A sabiendas de que los terrenos bajos presentaban el peligro de la malaria y los altos significaban que había que transportar el agua en un carro cuesta arriba, desde el río, Grace había elegido, en el borde de sus doce hectáreas, la mayoría de las cuales seguían cubiertas de espesa selva, un punto donde la margen ancha y llana del río formaba una cuesta apenas perceptible. Era terreno sólido, bien desagüado y con fácil acceso al Chania. Allí construyó un bungalow que parecía un híbrido de choza africana y *cottage* de Suffolk. Era largo y bajo, con techo de paja y una veranda que daba la vuelta a todo el edificio. Enfrente había una pequeña extensión de césped bordeada de margaritas, amapolas y salvias. En el interior tenía unos cuantos muebles que había traído consigo de Inglaterra: un bonito tocador antiguo, una cama de cuatro postes, una mesa de cocina y dos sillones Morris colocados ante un enorme hogar de piedra. El suelo, de tierra apisonada y que ella rociaba con líquido de Jeyes para ahuyentar a las hormigas blancas y las niguas, aparecía cubierto de pieles de cebra y antílope. En la pared, sobre el hogar, colgaba la piel de un leopardo que Valentine había matado y que, según él, era el que había estado robando sus perros de caza.

Las «sillas» colocadas en torno a la mesa del comedor, donde en ese momento leía un libro de gramática kikuyu mientras desayunaba, eran, en realidad, cajas de embalaje. Y detrás de ella se encontraba el armario de las medicinas, con los anaqueles llenos de latas, frascos y cajitas, todo ello pulcramente etiquetado; hasta el momento sólo había tenido ocasión de usar unas pocas.

Era una vida tranquila, en algunos aspectos demasiado. Grace no había venido al África Oriental para pasarse los días elaborando pan o jabón. Había venido con la intención de curar, enseñar, encender una lámpara en las tinieblas de la edad de piedra. Mas para curar se necesitaban pacientes; para enseñar hacían falta alumnos; y para iluminar las tinieblas había que poner combustible en la lámpara.



«¿Por qué los nativos no vienen?»

—Están dispuestos a trabajar para mi hermano —le había dicho Grace a sir James—. ¿Por qué no quieren venir a mi clínica?

—Valentine es el bwana —le había explicado James—. Ésa es una categoría que ellos entienden. También se ha ganado su respeto a fuerza de pegarles. Pero para los kikuyu, Grace, tú no eres una mujer que haya probado su valía. No tienes marido, ni hijos. A sus ojos, ¿qué vales tú?

—Van a las misiones de Nyeri.

—En busca de nombres nuevos. El africano ve que el poder en este país está en manos de hombres que se llaman George, Joseph, etcétera. Han descubierto que pueden recibir tales nombres acudiendo a los cristianos y haciéndose bautizar. Los nativos hacen cola para obtener nombres *mzungu* empujados por el ansia de ser iguales al hombre blanco. Pero tú, Grace, no predicas ni bautizas. No tienes una cruz en el tejado, y no les das nombres nuevos. No ven razón para acudir a ti.

Ésa era la vertiente de la misión que iba a estar a cargo de Jeremy: los sermones y los bautizos. Jeremy y Grace iban a formar un equipo: la doctora y el predicador. Grace comprendió que sin Jeremy estaba perdida.

—Lo mejor que puedo aconsejarte —había dicho James— es que te ganes la amistad de Mathenge. Una vez lo hayas conseguido, lo demás vendrá por sí solo.

¡Mathenge! ¡Un hombre que en la escala de la evolución apenas se encontraba en un peldaño más arriba que las bestias de la selva! Un guerrero que contemplaba con desprecio el mundo cambiante mientras permanecía sentado a la sombra y observaba cómo sus mujeres se rompían la espalda bajo el sol ardiente.

—Si pudiera ganarme la amistad de Mathenge —había dicho Grace—, también podría hacer que lloviese.

James se había reído y la piel tostada por el sol había formado arruguitas alrededor de sus ojos. Tenía una voz preciosa, a juicio de Grace. Era una voz cultivada y elegante, el tipo de voz que una esperaba oír en un escenario shakespeariano.

James...

Sheba había sido un regalo de James. Había encontrado el animal cuando andaba en busca de un guepardo que le había matado algunas reses. Su bala había dejado huérfano al cachorro y se lo había regalado a Grace.

Grace parpadeó ante la página de gramática kikuyu que en teoría estaba estudiando y se dio cuenta de que su cerebro se había puesto a divagar de nuevo.

«¿Todos los pensamientos han de conducir a James? -se preguntó-. ¿Iba a continuar así?»



Con Jeremy había sido tan diferente. Se habían conocido en el quirófano del buque hospital y se habían enamorado casi en el acto. La guerra no permitía romances ni noviazgos prolongados. En el caso de Jeremy no había soñado despierta. Se enamoraron en seguida y a los pocos días ya hacían planes para su vida común en el futuro.

Pero al final, se preguntaba ahora, ¿hasta qué punto había conocido bien a Jeremy? Durante tres semanas a bordo habían hablado y hablado, pero, ¿de qué?

Frunció el ceño mientras intentaba recordar. Hasta los rasgos de Jeremy empezaban a borrarse en su memoria. Pero de sir James recordaba todas las palabras, veía claramente su rostro atractivo. Y sobre él sabía muchísimo más de lo que jamás supiera acerca de Jeremy Manning.

La primera vez que Grace había visitado Kilima Simba, el rancho Donald, que estaba unos doce kilómetros al norte, había sido en mayo, para asistir a Lucille en el parto de la niña, Gretchen. Sir James había pasado a recogerla en un carro tirado por un poney somalí, y los dos chicos, Ralph y Geoffrey, iban con él. Aquella mañana Grace había descubierto que la selva de Nyeri terminaba a poca distancia de la finca Treverton y gradualmente daba paso a inmensas extensiones de sabana que se extendían como un mar de color de trigo hasta las estribaciones del monte Kenia. Las interminables llanuras de color leonino aparecían tachonadas de árboles de grandes hojas y arbustos de hoja perenne; el aire era seco y polvoriento y el cielo tenía un color azul más oscuro, más intenso. A los lados del camino de tierra, pequeños rebaños de ganado nativo pacían bajo la vigilancia de jóvenes que se apoyaban en largos bastones y cuyos cabellos untados de grasa formaban cientos de prietas trenzas. Vestían *shukas*, mantas anudadas sobre un hombro, y los lóbulos perforados de sus orejas aparecían atravesados por pequeños cilindros de madera. Sobre sus cabezas, halcones y buitres describían círculos; nubes de color metálico rodeaban los picos de la vieja montaña codiciosa que se negaba a enviar la lluvia; y reinaba un silencio total...

Grace había mirado varias veces de reojo al hombre que, sentado junto a ella, rozaba con el látigo las orejas del poney. James era un hombre recio y magro, muy atractivo; su piel mostraba un bronceado permanente. Había salido del molde pionero que uno encontraba en las regiones más remotas de Australia o en el oeste norteamericano; era tan africano como los guerreros que se apoyaban en sus palos, pero con una amabilidad que el belicoso corazón del nativo desconocía.

James le había explicado que Kilima Simba quería decir «la colina del león», pues *simba* significaba «león» y *kilima*, «colina pequeña». Era un topónimo suajili, uno de los muchos que se encontraban en el África Oriental, el más famoso de los cuales era el de la montaña más alta del continente, la «pequeña colina Njaro».

El rancho Donald estaba aún más aislado que Bella Two, que al menos se encontraba cerca del pequeño puesto avanzado de Nyeri. Se hallaba en medio de la sabana amarilla, más de tres mil hectáreas de terreno sin agua y de hierba reseca, con



un gran rebaño de ganado que era un híbrido de las razas Ayreshire y Boran, trescientas ovejas merinas importadas y una casa solitaria en el centro.

El hambre de compañía de una mujer blanca que sentía Lucille se hizo evidente en cuanto Grace se apeó del carromato. Lucille -en realidad era lady Donald, habida cuenta del título de su esposo- estaba en la entrada, sujetando la puerta abierta con una mano y apretándose con la otra el abdomen, que en ese momento sufría una contracción.

Sir James estuvo entrando y saliendo de la casa toda la tarde, supervisando las innumerables actividades del rancho, mientras Grace atendía a Lucille. Ralph y Geoffrey, de cuatro y siete años de edad respectivamente, jugaban en el jardín con los perros y luego entraron ruidosamente a engullir una cena consistente en jamón de lata, pan de maíz y jaleas en conserva. Luego entró James y, tras lavarse y cambiarse de ropa, se quedó junto a la cama de su esposa hasta que la pequeña Gretchen hizo su aparición a medianoche. En el instante mismo en que el bebé pasó a las manos que la esperaban, Grace había pensado: «Ella y Mona serán la mar de amigas».

Mientras Lucille dormía con Gretchen acunada en sus brazos, Grace y James habían permanecido sentados en la acogedora salita, donde una hoguera de troncos de pino alejaba el frío de la noche. Habían hablado de muchas cosas, de la tardanza de las lluvias, de la precaria economía del protectorado, de problemas con los nativos; James le había hecho preguntas sobre la facultad de medicina, sobre la guerra, sobre sus planes para el futuro en el África Oriental británica y a su vez le había hablado de su infancia en Mombasa, de los safaris con su padre en regiones inexploradas, del disgusto de tener que ir a Inglaterra a los dieciséis años, y de la espantosa añoranza que allí había sentido.

Debido a la intimidad de la chimenea y la noche fría, con la quietud africana en el exterior, Grace había querido preguntarle sobre su cojera, sobre la herida que había sufrido en la guerra, sobre cómo había salvado la vida de su hermano. Pero entonces Grace recordó la noche en que su buque se había hundido, las horas pasadas a la deriva, oyendo cómo los hombres que se ahogaban pedían socorro en la oscuridad, y se había dado cuenta de que, del mismo modo que a ella le resultaba imposible hablar del episodio con alguien, también sir James debía de desear que aquel capítulo de su vida fuese algo privado.

A pesar de ello, seguía haciéndose preguntas al respecto, sobre él y la terrible prueba que él y Valentine habían sufrido cerca de la frontera de Tanganika.

Grace tenía los ojos clavados en su libro, que el sol matutino iba cubriendo poco a poco. Los bizcochos del desayuno se habían enfriado y no se había aprendido su lección de kikuyu. Era impropio de Grace Treverton permitir que su cerebro divagase. La disciplina era lo que ayudaba a superar el paso por la facultad de medicina, lo que permitía a una mujer triunfar en un mundo de hombres. Y ahora se encontraba en un rincón indómito de África esperando hacerse amiga de una tribu belicosa que hacía apenas un par de días habían dejado sus lanzas, y en lugar de



concentrarse en la importantísima lección que tenía entre manos, estaba soñando despierta con un hombre que nunca podría ser nada más que un amigo.

Estaba trabajando en la segunda clase de sustantivos kikuyu.

«El león -explicaba el libro de gramática- está en una clase donde normalmente no debería estar, la que hay justo debajo de los seres humanos pero por encima de los otros animales. La razón es que los kikuyu temen que si el león oyera decir de él que estaba en la tercera clase, que es la que realmente le corresponde, se ofendería y mataría al hombre que se atreviese a insinuar que el león era inferior».

Grace suspiró y se puso a hojear el libro. ¡Cuántas paradojas tenía esa lengua! Complejísimo en lo que se refería a los tiempos del verbo, pues había aproximadamente cinco presentes y varios futuros, y un acertijo de pretéritos que no tenían ningún equivalente en inglés, el kikuyu era al mismo tiempo una lengua que superaba en sencillez a todas las demás. Había sólo tres palabras que denotaban color: claro, oscuro y marrón-rojo. Si se quería decir que algo era azul, se decía que era «del color del cielo». Y el sistema numérico estaba gobernado por la magia y la superstición, hasta tal punto que no era nada extraño que los vaqueros de James no pudiesen contar sus vacas. Como un tabú prohibía al kikuyu trabajar más de seis días seguidos, trabajar en el séptimo día, el tradicional día de descanso, hacía que una *thahu* cayera sobre el individuo. Y como creían que en el séptimo mes del embarazo el riesgo de sufrir un aborto era mayor, el número siete inspiraba mucho temor a los kikuyu. Jamás se plantaban siete semillas únicamente, sino seis u ocho, y nunca había que detenerse tras dar el séptimo paso, sino que había que dar uno más. Ni siquiera la palabra «siete» debía pronunciarse. Era lo que James le había dicho: una buena manera de comprender la psicología de los kikuyu consistía en aprender su lengua.

James otra vez.

Grace cerró el libro y se levantó. Antes de salir de la casita, se miró en el espejo.

Su falda-pantalón había dado pie a comentarios en el protectorado. ¡Una mujer con pantalones! Pero algunas mujeres se habían dado cuenta de que las faldas divididas eran prácticas y las habían encargado para ellas. Grace se miró la cara. Sus rasgos eran proporcionados y se protegía el cutis del sol, y tenía el cabello espeso y bonito.

«¿Qué pensará James cuando me mira?»

Finalmente se prendió un broche turquesa en el cuello de la blusa; el broche se lo había regalado una doctora norteamericana llamada Samantha Hargrave.

Famosa en su país por su lucha contra el otorgamiento de patentes a medicamentos que no especificaban su composición, la doctora Hargrave estaba visitando víctimas de la guerra en un hospital militar de Londres cuando conoció a Grace Treverton, que aún convalecía de su calvario en el mar. Las dos habían



hablado largamente, la doctora experimentada de cincuenta y siete años de edad y la flamante doctora que hacía sólo tres años que había salido de la facultad. Antes de marcharse, la doctora Hargrave se quitó un pendiente que llevaba, una turquesa del tamaño de una rodaja de limón, y se lo dio a Grace, diciéndole que era para la suerte. La piedra era muy azul; cuando la suerte se hubiera agotado, la piedra perdería color y Grace tendría que pasársela a otra persona.

En el centro de la piedra había unas curiosas venas que hacían pensar en dos serpientes enroscadas en un árbol, el símbolo universal de la medicina, o en una mujer con los brazos extendidos. En el instante de recibir la piedra en la palma de la mano, una visión había aparecido fugazmente ante los ojos de Grace; había sido como mirar a través de los ojos de otra mujer y ver la proa de un barco y una ciudad de cúpulas y columnas de mármol a lo lejos. Grace se preguntó si la habría tocado brevemente el espíritu de aquella mujer de tiempos remotos.

Salió a la veranda y aspiró el amanecer vigorizante. Cada mañana tenía la sensación de despertar cerca del sol. Más cerca de Dios, habrían dicho algunos. En esa fresca mañana de octubre el aire era claro y húmedo, y había en él una promesa de lluvia. Directamente enfrente, entre los alcanforeros y los altos cedros, podía ver el monte Kenia, donde moraba el antiguo dios de los kikuyu. Una vez más el dios se mostraba avaro con la lluvia, apretando contra su pecho las nubes negras. De vez en cuando una nube se separaba y cruzaba el cielo y durante unos momentos parecía que iba a llover, luego la nube se disolvía, desaparecía. En cada ocasión las esperanzas crecían, africanos y europeos alzaban sus ojos expectantes hacia el cielo, unidos en un único y desesperado pensamiento: lluvia.

Las largas lluvias que tenían que haber empezado en marzo no llegaron nunca. Ahora la gente rezaba pidiendo las lluvias cortas, cuyo momento era el mes siguiente. Grace miró con atención la montaña escarpada como si realmente fuese un viejo irascible que se obstinara en no dar su bendición. Allí estaba su enemigo. El monte Kenia. Símbolo de todas las enfermedades y de toda la ignorancia del protectorado. La montaña tenía a su pueblo sumido en la superstición, y Grace sabía que para salvarlo tendría que luchar contra la montaña.

Mientras esperaba que Mario se reuniese con ella, Grace contempló su pequeña shamba con ojos amorosos. En lo alto los pájaros tejedores parloteaban en los árboles, posados en las ramas como gruesos limones, y estorninos de intenso color azul madreperla jugaban con otros pequeños granaderos cuyo color era gris ratón exceptuando la cara y el pico, que eran escarlata. Flotaba en el aire el dulce aroma del jazmín silvestre y del humo de las hogueras donde los africanos preparaban sus alimentos. En lo alto de la colina seguían las obras de la casa grande. Se oían los martillos y los formones resonando en el silencio.

En el momento en que se apretaba la chaqueta de punto contra el pecho, Grace se dio cuenta de que algo estaba mal. Las cuatro sillas de la veranda... ¡los cojines habían vuelto a desaparecer! Sin duda era obra de los amigos de Sheba. Durante la



noche llegaban guepardos que hacían travesuras, arrancando la ropa tendida, llevándose los cojines de la galería. Semanas antes había desaparecido el felpudo de la puerta y luego lo habían encontrado en lo alto de un árbol.

Vivir en Birdsong Cottage significaba vigilar de manera constante las normas. Grace se daba cuenta de lo fácil que era desistir y relajar las reglas de la civilización, permitir que los animales campasen por la casa, abandonar el techo de paja a las hormigas blancas, permitir que la ropa se convirtiera en harapos, dejar de peinarse, olvidarse del baño vespertino; y eso era justamente lo que habían hecho algunos colonos aislados. Grace sabía que a veces sólo una escoba o un tenedor separaba de la edad de piedra.

Mario salió de la casa. Llevaba una olla caliente, un saco de grano y una ristra de cebollas echada sobre el hombro. Era un kikuyu joven y despierto que había sido educado por los padres italianos de la misión católica, donde, al convertirse al cristianismo, le habían dado el nombre del sacerdote que le había bautizado, costumbre que estaba muy extendida. Al alcanzar la mayoría de edad y pasar por la ceremonia de la circuncisión, Mario había buscado empleo con el hombre blanco, como hacían tantos africanos desde que no existía ninguna clase guerrera en la que pudieran ingresar. Los ranchos ganaderos eran siempre lo primero que escogían, toda vez que el pastoreo era una ocupación antigua y honorable para los hombres; a James nunca le faltaban vaqueros. Los africanos huían de los trabajos agrícolas como, por ejemplo, sembrar y recolectar, porque eran propios de mujeres y, por lo tanto, degradantes. Mario no había podido unirse a los hombres que construían la casa de Valentine porque él pertenecía a otro clan y, por ende, era un extraño, de modo que Grace lo había contratado. No podía pagarle mucho, sólo dos rupias mensuales, pero el muchacho comía bien y dormía en la choza detrás de la casa.

El joven kikuyu hablaba inglés con acento italiano, con nombre de sacerdote romano, y llevaba pantalones cortos y camisa de color caqui, igual que los nativos que servían en los Rifles Africanos del Rey.

—Listo, memsaab Daktari —dijo Mario, enseñándole la olla.

La había tenido cociéndose a fuego lento toda la noche, un potaje de verduras raquícticas mezcladas con harina de maíz. No había carne porque los kikuyu no comían caza y Grace no podía prescindir de ninguna de sus cabras; tampoco había pollo porque los hombres no querían comerlo, ya que era alimento exclusivamente para mujeres. Pero lo que Grace sí había echado en la olla la noche anterior era una herradura herrumbrosa, preventivo tradicional contra la anemia.

Había empezado a alimentar a la gente del poblado hacía un mes, cuando se les había agotado el grano que les quedaba y sus huertos de verduras no daban fruto. Ahora pasaban hambre porque los kikuyu no eran partidarios de prepararse para el futuro. Cultivaban sólo lo suficiente para comer y trocar por otros artículos, convencidos de que el mañana ya cuidaría de sí mismo. Por la misma razón jamás se les habría ocurrido construir una presa en el río, como había hecho Valentine, para



tener garantizada una reserva de agua en tiempos de sequía, e incluso ahora, disponiendo del embalse, no se les ocurría idear un medio eficaz para transportar el agua a sus *shambas* moribundas. Cada mañana las mujeres y niñas kikuyu recorrían trabajosamente el camino que llevaba al estanque artificial, llenaban las calabazas y volvían al poblado con el agua, el cuerpo doblado a causa del peso. Abrir un surco para evitar esa pesada tarea cotidiana hubiera significado un cambio y el cambio era tabú.

Grace y el muchacho abandonaron la galería y echaron a andar por el sendero alejándose de la casa. A su derecha se encontraba el río medio seco; a la izquierda se alzaba el promontorio cubierto de hierba, donde ya no quedaba ni rastro de selva. Desde el sendero, alzando la vista, Grace podía distinguir el tejado de Bella Two.

Habían transcurrido ocho meses desde que Grace y Rose llegaran a África, y a Valentine le obsesionaba la idea de tener la casa terminada para la Navidad. Azuzaba a sus africanos día y noche, caminando a grandes zancadas por la obra con el látigo en la mano, gritando, despidiendo a los que pillaba haraganeando. La obra se había convertido en el foco de toda su vida: tener Bella Two terminada con tiempo para la celebración de gala con que la casa se inauguraría oficialmente. Y la gente esperaba que fuese un gran acontecimiento. Seguirían viviendo todos en el campamento hasta la gran noche, y entonces llegarían más de doscientos invitados de todo el protectorado y se sentarían a la mesa y darían cuenta de un festín fabuloso. Habría música y baile y después, cuando los invitados estuvieran cómodamente instalados en chozas provisionales y tiendas distribuidas por los jardines, Valentine acompañaría por primera vez a su esposa al piso de arriba, donde estaría su nueva alcoba.

Lindando con el límite sur de las doce hectáreas de Grace se encontraba el claro donde habían vivido Mathenge y su familia y que Valentine estaba transformando en un campo de polo. El jefe había ordenado a sus esposas que regresaran a la otra orilla del río y vivieran con el grueso del clan, pero dos mujeres le habían desobedecido: la anciana Wachera, venerada abuela de su esposa, y la joven Wachera, que estaba aprendiendo con la vieja hechicera. De las siete chozas originales sólo dos seguían en pie.

Unas semanas atrás Grace había observado una extraña confrontación entre Mathenge y la abuela de su esposa. La anciana Wachera había informado cortésmente al joven jefe de que alguien estaba derribando las chozas, y él le había explicado respetuosamente el porqué, diciéndole que fuera a reunirse con las otras al otro lado del río. La abuela le había recordado con voz queda, casi tímida, que aquel terreno era sagrado porque en él se hallaba la vieja higuera, y el joven, en tono apocado, le había pedido cortésmente que obedeciera sus deseos.

Había sido una extraña conversión. Saltaba a la vista que dos rangos venerados discrepaban. Los kikuyu honraban tanto a sus ancianos que pronunciar sus nombres era tabú, especialmente el de la hechicera que hablaba por los antepasados. Pero a los



guerreros jóvenes, sobre todo uno que ahora era jefe y gozaba de una condición muy próxima a la de un *tnzungu*, también había que obedecerles. Debido a ello, ninguno de los dos se había echado atrás. Wachera volvió a su choza, declarando que se quedaría en ella para siempre, mientras Mathenge había permanecido orgullosamente en su sitio, el rostro convertido en una máscara.

Valentine, sin embargo, había jurado que seguiría con sus planes y que haría expulsar a la anciana por la fuerza si ello era necesario.

Grace y Mario se abrieron paso entre los bambúes susurrantes hasta alcanzar el sendero que llevaba al poblado de la otra orilla del río y se detuvieron ante la súbita aparición de Mathenge. Él no los vio y continuó caminando con pasos decididos hacia la plantación.

Grace contuvo el aliento. Allí estaba su adversario, el hombre cuya amistad tenía que ganarse, de quien dependía su éxito o su fracaso en África. Un hombre al que temía.

Y era el ser humano más bello que jamás había visto.

Mathenge era muy alto, de hombros anchos y redondeados, el talle y las caderas sorprendentemente estrechos. Llevaba una *shuka* hecha de *americani* anudada sobre un hombro de tal modo que al andar dejaba al descubierto sus magros flancos y sus bien formadas nalgas. Llevaba el pelo peinado al estilo masai, en dos grupos de trenzas, delante y detrás, embadurnadas de ocre rojo. Un peinado como el suyo tardaba horas en hacerse y revelaba la vanidad del hombre. También en su rostro había una expresión de engreimiento absoluto. La ascendencia masai de Mathenge se hacía evidente en sus pómulos altos y en su nariz estrecha, en la mandíbula decidida. Su porte era altivo y su expresión, más que de desdén, era la de un hombre que no se preocupaba por las trivialidades de la vida.

Grace lo vio pasar, caminando con paso elástico, los largos brazos oscilando grácilmente. Se dio cuenta de que aún estaba aguantando la respiración.

A los kikuyu no les gustaban los senderos rectos, se sentían más seguros transitando por caminos tortuosos. Su cerebro funcionaba de modo parecido. Nunca afirmaban nada directamente. Lo insinuaban, daban rodeos, dejando que el interlocutor sacara sus propias conclusiones. De la misma manera que temían las afirmaciones francas como si fueran flechas envenenadas, evitaban también los caminos rectos; por esto Grace y Mario caminaban ahora por un sendero serpenteante e indirecto que llegaba al poblado.

El sendero era paralelo a una antigua senda en donde huellas recientes de cerdos gigantes y antílopes indicaban que los animales se aventuraban a bajar a beber en el embalse de Valentine. Debido a la sequía, muchos animales de caza salían osadamente de la selva; entre las cañas y los bambúes había también pájaros: grullas, cigüeñas y gansos egipcios. Mario le contó que incluso había oído el ruido de un rinoceronte entre la espesura durante la noche.



Mientras caminaba por entre los enebros y las mimosas, viendo algún loro rojo y amarillo que pasaba volando por encima de su cabeza, Grace tenía la impresión de andar por una tierra dotada de alma, de un pulso que nunca había notado en Suffolk. El paisaje respiraba, de la tierra surgía un calor de vida, las plantas parecían susurrar, inclinarse hacia ella. Llenaba el aire una sensación expectante, como si fuera a ocurrir algo...

La entrada del poblado se hallaba oculta entre árboles y enredaderas para engañar a los malos espíritus e impedirles penetrar en él. Más allá de la entrada natural había un claro con unas treinta chozas, redondas todas ellas, construidas con estiércol de vaca, los techos de paja. Humo azul salía en espiral de los tejados puntiagudos, indicando que las chozas estaban habitadas; las hogueras donde se preparaban las comidas tenían que arder día y noche y si una se apagaba, era señal de mala suerte y había que destruir la choza. Era un poblado pequeño, sencillo y hogareño, toda vez que los kikuyu no tenían arte ni arquitectura, no hacían tallas ni esculpían. A pesar de la falta de cosecha y de la gripe que había debilitado al clan, el poblado era un hormiguero de laboriosidad. Todo el mundo estaba trabajando. Desde las niñas más pequeñas que cuidaban de las cabras hasta las mujeres casadas que machacaban magros puñados de mijo, pasando por las abuelas sentadas con las piernas estiradas al sol y tejiendo cestas, la escena probaba la máxima de que nunca se veía a una mujer kikuyu ociosa.

Con sus delantales de cuero rígidos a causa de la suciedad y la grasa, los brazos cargados de abalorios y adornos de cobre, curtían pieles de cabra, removían sus miserables potajes y fabricaban sus primitivos cacharros de alfarería, sin utilizar ninguna rueda y cociéndolos al sol. Exceptuando unas cuantas mujeres jóvenes que lucían un mechón de lanudos cabellos para indicar que eran solteras, todas las cabezas aparecían rasuradas y relucían como bolas de billar de color marrón.

No se veía a ningún hombre. Los hombres estaban trabajando para Valentine en el risco o bebiendo cerveza a la sombra de algún árbol. Como en cierta ocasión sir James le había dicho a Grace:

—Las mujeres son las que trabajan; los hombres, los que haraganean.

Al ver a Grace, algunos chiquillos dejaron lo que estaban haciendo y se acercaron a ella, titubeando. Llevar moscas encima se consideraba una señal de categoría social porque indicaba que se era propietario de cabras. Cuantas más moscas, más cabras y, por ende, más riqueza y mayor categoría en la tribu, y ahuyentar las moscas era una terrible infracción de la etiqueta. Pero a Grace no le importó la etiqueta cuando los pequeños se adelantaron hacia ella y vio que tenían la cara llena de moscas. Las espantó con la mano.

Había que seguir el protocolo antes de repartir los alimentos. Todas las mujeres sonrieron tímidamente a Grace y esperaron mientras la anciana Wachera se adelantaba. Su cuerpo viejo y venerable se encontraba casi oculto debajo de sartas de conchas y abalorios. Caminaba con dignidad y sonreía, revelando los huecos que



dejaran los incisivos que le habían extraído en su juventud como señal de belleza. La anciana ofreció una calabaza a Grace. Contenía una mezcla verdosa de leche agria y espinacas; Grace la bebió sabiendo que a la familia no le sobraban los alimentos, pero sabiendo también que ofendería a la anciana si no aceptaba el ofrecimiento. Wachera dijo «*Mwaiga*», una larga palabra kikuyu que significa «Todo está bien, ven o vete en paz», el saludo y la despedida de toda conversación kikuyu. La hechicera hablaba de forma recatada, pero majestuosa, pues era la mujer más anciana y venerada del poblado. No miró directamente a Grace, porque ello habría sido una descortesía.

El diálogo daba vueltas y más vueltas como el sendero que llevaba al poblado, aludiendo a la sequía, sugiriendo el hambre, mientras Grace se esforzaba y de vez en cuando recibía ayuda de Mario. No podía hablar directamente de la comida que traía porque habría sido de mala educación. Grace procuraba frenar su impaciencia. Los niños tenían hambre. Sus bracitos y piernecillas y sus vientres hinchados se inclinaban hacia la olla como capullos siguiendo el sol.

Finalmente, Wachera insinuó que podía levantarse la tapadera y que no le importaría que un poco de potaje saliese de la olla. Incluso entonces los chiquillos se abstuvieron de precipitarse hacia la olla. Las madres se acercaron, tapándose la boca con las manos para ocultar sus risitas porque no estaban acostumbradas a la presencia de una persona blanca, y se aseguraron de que el reparto se hiciera cortésmente y en orden. Ninguna de las adultas se sirvió hasta después de que los pequeños se hubieron alimentado. Entonces Grace le dijo a Mario que entregase el saco de grano a Wachera. La anciana cogió el saco, que pesaba casi treinta kilos, se lo echó con facilidad a la espalda y dirigió a Mario una mirada de desdén por haber llevado él mismo el saco hasta el poblado.

Grace acababa de ser recibida oficialmente en el poblado y podía andar con libertad de un lado a otro. Primero visitó las chozas de las mujeres a quienes atendía como médico. Poco podía hacer por ellas, ya que tenían la gripe y esta enfermedad era incurable. Lo único que podía hacer era hablar con ellas, comprobar sus constantes vitales y asegurarse de que las cuidaran bien. Las chozas estaban llenas de humo y oscuridad, el aire cargado olía a orina de cabra porque estos animales se guardaban siempre dentro de las chozas al llegar la noche, y las moscas eran abrumadoras. Grace se arrodilló al lado de cada una de las mujeres, hizo el reconocimiento que le fue posible y musitó palabras de aliento. Los ojos se le llenaban de lágrimas a causa del fétido ambiente y de la frustración que despertaba la impotencia. ¡Si las mujeres pudieran acudir a su clínica! Las acostaría en camas limpias, les haría bajar la fiebre con la esponja y se encargaría de que comieran cosas nutritivas.

Una mujer yacía en el exterior de su choza, lo cual quería decir que estaba cerca de la muerte.

Grace se arrodilló junto a ella y le pasó la mano por la frente seca. Le quedaban sólo una o dos horas. ¿Cómo lo habían sabido las mujeres del poblado? Los kikuyu



poseían una presciencia sobrenatural de la muerte. Parecían saber siempre cuándo iba a llegar y eso les permitía sacar el moribundo al exterior. Era tabú permitir que alguien muriese dentro de una choza; también era *thahu* que alguien tocara un cadáver, así que trasladaban al moribundo cuando aún estaba vivo. Después de sacarlo, lo dejaban solo, esperando que las hienas acudieran a dar cuenta de los restos porque los kikuyu no enterraban a sus muertos.

Grace sabía muy bien que no debía ayudar a la mujer. En una ocasión anterior lo había hecho y el clan se había escandalizado tanto, que le habían prohibido volver al poblado durante varios días.

—Al menos pongámosla a la sombra —dijo.

Pero Mario no hizo nada, inmovilizado por el tabú tribal.

—¡Mario! —susurró Grace—. Cógela por las piernas y yo le cogeré los brazos. La dejaremos debajo de aquel árbol.

Mario siguió sin moverse.

—Maldita sea, Mario. Acuérdate de Jesucristo y de la historia del buen samaritano.

Mario seguía sin decidirse. Finalmente, recordándose a sí mismo que éstos eran kikuyu de baja estofa, que aún no eran cristianos y, por ende, merecían ser despreciados, demostró que no le daban miedo, sobre todo la vieja hechicera, cogiendo a la mujer él solo y llevándola a la sombra.

Enfrente de otra choza Grace encontró a una madre joven que estaba chupando el vértice de la cabeza de su bebé. Como el recién nacido no recibía suficientes líquidos, su cerebro se había encogido y, por lo tanto, la «parte blanda», la fontanela, aparecía hundida. La madre sabía lo suficiente como para darse cuenta de que era una mala señal, pero lo que hacía para corregir el defecto no era lo indicado.

—Dile que el bebé necesita agua, Mario —dijo Grace—. Dile que le dé más leche, más líquidos.

Mario tradujo sus palabras y la joven esposa sonrió y asintió con la cabeza, como si comprendiera, luego volvió a acercar la boca a la cabeza del pequeño.

Grace se irguió y miró a su alrededor. La olla estaba vacía y todo el mundo había vuelto a su trabajo. El grano que había traído lo estaban dando a las cabras. Los kikuyu se valían de esos animales para medir la riqueza y el privilegio. Una mujer que tuviese treinta cabras podía tratar con desprecio a la que sólo poseyera cinco. Se rumoreaba que la anciana Wachera era dueña de más de doscientas cabras, lo que prácticamente le confería la categoría de reina. ¡Pero Grace había traído el grano para las personas y no para las cabras!

—Igual que el inglés —musitó Grace— que pone su oro a salvo antes que su propia vida.

—¿Memsaab?



—Vamos a ver a Gachiku. Ya debe de estar a punto.

Pero antes de que Grace echara a andar hacia la siguiente choza, una voz la llamó por su nombre.

Se volvió. Era sir James.



CAPÍTULO 10

James Donald tuvo que quitarse el sombrero y agacharse para cruzar la entrada del poblado sin darse de cabeza contra las ramas que la formaban.

—¡Hola! —dijo a Grace, agitando un puñado de sobres.

El corazón de Grace dio un vuelco. El sueño volvía. El campamento bajo las estrellas, el cuerpo duro de James contra el suyo, su boca...

—Ha llegado el correo —dijo él, sonriendo—. Decidí traerte el tuyo.

Llevaba unos pantalones de dril cortos, de color caqui, un par de botas recias, calcetines hasta las rodillas y una camisa entreabierta que dejaba ver la piel del pecho tostada por el sol.

—Sabía dónde iba a encontrarte, por supuesto —dijo, entregándole el correo.

Grace sintió subir el rubor a sus mejillas y rogó que el ala de su amplio salacot las cubriera para que James no lo notara. Detrás de él iba Lucille, con un sombrero gacho cubierto de polvo y adornado con una cinta de piel de cebra; llevaba una bolsa de lona colgada del hombro. A Grace le pareció notar un gesto de desagrado, pero no estaba segura. ¿Sería una mueca de enfado? ¿Quizá de desaprobación? Pero en ese momento la expresión de Lucille se suavizó y dio paso a una sonrisa al tiempo que decía:

—Hola, Grace. Traigo algo para ti.

Tras darle el correo, James la observó. Era siempre lo mismo: el examen apresurado de los sobres, las manos moviéndose ansiosamente, los ojos llenos de esperanza, y luego la expresión de desencanto, el correo entre los dedos, olvidado. Era como si buscara algo. Quizá una carta. ¿De quién?

—¿Qué tal van las cosas, Grace? —le preguntó con voz queda.

Grace miró a su alrededor. En el poblado todo el mundo había interrumpido su trabajo; las mujeres miraban fijamente. Era porque un hombre acababa de entrar en el recinto.

—No sé qué hacer, James —dijo Grace—. Me parece que no voy a llegar a ninguna parte con ellos. Me dejan venir y examinarles si les traigo comida, pero no quieren tomar mis medicinas ni permiten que les aplique ningún tratamiento. Su idea de una cura son los horribles venenos que prepara Wachera.



James miró hacia donde se encontraba la formidable anciana, que lo observaba con expresión inescrutable.

—Es una anciana poderosa —dijo—. Nunca conseguirás ponerla de tu lado. Es a Mathenge a quien deberías convencer.

Grace no le dijo que rogaba a Dios que nunca tuviera que encontrarse cara a cara con el joven jefe. En vez de ello, dijo:

—Las misiones tienen garantizada una suma de trescientas libras anuales del gobierno si prometen trabajar con los nativos. Hasta el momento el oficial médico del distrito dice que no merezco esa suma porque mi clínica está vacía. Vino conmigo a este poblado una vez, pero estaban celebrando no sé qué ceremonia y no me dejaron entrar. El oficial médico no quedó nada convencido. Dijo que para recibir las trescientas libras tendré que demostrar mejores resultados. ¡Y necesito ese dinero, James!

Grace estaba preocupada. Su herencia iba menguando y pronto contaría únicamente con los fondos que le enviaba la sociedad misionera de Suffolk.

—Ojalá pudiera ayudarte —dijo James—. Pero la verdad es que ya tenemos un descubierto en el banco, ¡como todos los demás!

Grace sonrió.

—Ya encontraré una solución. Oye, ¿has recorrido doce kilómetros sólo para traerme el correo?

—Te he devuelto el microscopio. Lo tienes en tu casa.

—¿Te ha servido de algo?

El rostro de James se ensombreció; así estaba más guapo que nunca.

—En cierto sentido, sí. Ha confirmado mis peores temores. Tenemos fiebre de la costa oriental. He aislado las reses enfermas y estoy bañando el resto del rebaño. Por si fuera poco, otro condenado pozo se ha secado —alzó los ojos hacia el cielo—. Si no llueve de una vez, será mejor que lo dejemos correr.

Durante un momento se quedaron escuchando el tintineo de los cencerros de las cabras. Luego Lucille dijo:

—Te he traído un regalo, Grace.

—Oh, no deberías haberlo hecho —dijo Grace, pero su voz se apagó cuando Lucille le puso el libro en las manos.

—Es una traducción de la Biblia al kikuyu. ¿Verdad que es una buena idea?

Grace miró las tapas de cuero negro, el título estampado en letras doradas.

—Gracias —dijo con voz insegura—. Pero no sé si me servirá de mucho.

—Predica la palabra del Señor, Grace. Es así cómo te ganarás a esta gente.



—Mathenge no quiere saber nada del cristianismo. No permite que se predique en el poblado.

De pronto un grito rompió la tranquilidad matutina. Grace se volvió rápidamente. Había salido de la choza de Gachiku. Echó a correr, seguida de James y Lucille, pero Mario no se movió porque la choza estaba destinada a los partos y era tabú para los hombres.

Grace entró y cuando sus ojos se acostumbraron a la oscuridad vio que el abdomen hinchado se movía a causa de las contracciones.

—Tranquilízate —dijo en kikuyu—. Tu bebé está a punto de nacer.

Salió de la choza y pidió que avisaran a la *muciarithia*, la partera, que en este caso era la vieja Wachera. Pero la hechicera no se movió.

—¡Gachiku está a punto de dar a luz! —gritó Grace—. ¡Necesita que la ayudes! ¡Explícaselo, Mario!

Pero antes de que Mario pudiera hablar, Wachera alzó una mano para imponer silencio. El desprecio que le inspiraba ese joven que no era guerrero, que había dejado al Señor de la Luz por el Dios cristiano, le prohibía cruzar palabra con él. Dirigiéndose a sir James, que sabía que hablaba su lengua y a quien respetaba, Wachera dijo:

—Pasa algo malo con el hijo de Gachiku. No quiere salir. Tres días lleva de parto, pero el bebé no sale. Es *thahu*. Los antepasados han decretado que el niño no debe nacer.

Cuando James se lo hubo traducido, Grace dijo:

—¡No puedes decirlo en serio! No irás a dejar que Gachiku muera, ¿eh?

Wachera habló y James tradujo:

—Dice que es la voluntad de Dios.

—¡Pero eso es monstruoso! Tenemos que hacer algo.

—Sí, por supuesto. Pero es difícil. Cuando los espíritus de los antepasados han decidido que alguien debe morir, es el peor de los tabúes. Creen que sobre Gachiku pesa una maldición y nada puede romper una maldición kikuyu.

—No me da miedo ninguna maldición. Mario, ve corriendo a casa y tráeme el instrumental de obstetricia, el que está esterilizado.

El muchacho titubeó.

—¡Rápido!

Mario miró a sir James, que dijo:

—Obedece, muchacho.

—Sí, bwana.



—Y tráeme éter —añadió Grace—. ¡Y mis sábanas de repuesto!

Grace volvió a entrar en la choza. Hasta el momento sólo había reconocido a la gente del poblado de forma superficial: palparles la frente, tomarles el pulso. Las mujeres kikuyu eran pudorosas y les daba vergüenza mostrarse ante ojos extraños. Pero como Gachiku no estaba en condiciones de protestar, Grace pudo colocar las manos sobre el vientre hinchado y palparlo para averiguar en qué posición estaba el bebé. Se dio cuenta de que la presentación era transversal, lo que quería decir que el bebé yacía cruzado sobre el canal del parto. Para facilitar las cosas tendría que introducir la mano y darle la vuelta. Levantó los delantales de cuero de Gachiku.

Lo que vio la dejó horrorizada.

Cayó hacia atrás y tuvo la sensación de que la choza daba vueltas a su alrededor. Luego se levantó de un salto y salió corriendo.

—¡Santo Dios! —exclamó con voz apagada cuando James la cogió del brazo para sostenerla.

—¿Qué ocurre?

—¡Nunca había visto una cosa así! Gachiku está... ¡deformada!

Lo que James dijo la sorprendió:

—Sí, pero no se trata de un defecto congénito.

—¿Qué quieres decir?

—¿No lo sabes? ¿Lo de la iniciación?

—La iniciación...

—Es lo que les hacen a los jóvenes cuando alcanzan la mayoría de edad. A los chicos les hacen la circuncisión y a las chicas...

Grace lo miró horrorizada.

—Entonces ¿eso se lo *hicieron*?

—Todas las mujeres sufren esa operación en la adolescencia. Señala su entrada en la tribu. También sirve para poner a prueba su valor y su resistencia al dolor. Toda chica que se acobarde o que grite es expulsada del clan, la maldicen.

Grace se apretó la frente con una mano. Luego sintió la presión de la mano de James en su brazo y consiguió serenarse.

—No es extraño que no pueda dar a luz. Es totalmente imposible, con esa...

—Muchas mujeres kikuyu mueren de parto por culpa de la mutilación. Los misioneros tratan de poner fin a esta costumbre, pero los africanos llevan cientos de años con ella.

—Voy a tener que hacer algo para ayudarla, James. Y no tengo mucho tiempo. ¿Tú y Lucille me ayudaréis?



— ¿Y qué puedes hacer tú?

— Una cesárea. La operaré y extraeré el niño abdominalmente.

James le soltó el brazo.

— ¡Has dicho que me ayudarías!

— Podemos inmiscuirnos hasta cierto punto solamente, Grace. Todo el clan se alzaría en armas si intentas hacer algo tan drástico.

— Voy a intentarlo.

— Yo te ayudaré, Grace — dijo Lucille, quitándose la bolsa del hombro.

— Vais a cometer una grave equivocación — dijo James.

— Que busquen al marido de la mujer. Le pediré permiso. Entonces el clan no podrá hacerme nada.

James se acercó más a ella, furioso.

— ¡No te entrometas, Grace!

— ¡Maldita sea! ¡No voy a quedarme quieta y permitir que muera!

— Como quieras. Supongamos que obtienes permiso del marido. Si intentas la operación y Gachiku muere, ¡el marido te matará, Grace! Y te aseguro que las autoridades no podrán hacer nada para salvarte.

— ¡Pero si no hago nada, es seguro que morirá!

— Y nadie te echará la culpa. Déjala en paz y el clan hará lo mismo contigo. De lo contrario, nunca te ganarás su confianza y tu clínica estará siempre vacía.

Grace le miró con expresión colérica.

— Por favor, pregúntales quién es el marido. Hablaré con él. Lo convenceré. James, pregúntales quién es el dueño de Gachiku.

James se lo preguntó a Wachera y cuando ésta contestó Grace no tuvo necesidad de que le tradujeran la respuesta. Gachiku era la segunda esposa del jefe del clan.

Mathenge.

* * *

Grace quería trasladar a Gachiku a su clínica, donde tenía una mesa de operaciones apropiada y luz suficiente, pero, como Wachera se negó a que movieran a la mujer y el tiempo se le estaba acabando, Grace decidió operar en la misma choza. Los reflejos adquiridos durante la guerra acudieron en su ayuda; había operado a bordo de un buque en pleno bombardeo, con la luz apagándose y volviéndose a encender cada dos por tres y sin más ayuda que la de un corresponsal de prensa que estaba mareado.



James se quedó fuera mientras Grace y Lucille trabajaban en el interior de la choza. Por medio del misterioso «telégrafo» de la selva, las mujeres de los poblados vecinos se enteraron de lo que ocurría y acudieron en gran número. También Mathenge había oído la noticia y en ese momento cruzaba la entrada del poblado.

La multitud de mujeres y chiquillos se apartó para dar paso al joven jefe y volvió a cerrarse tras él. No había ni asomo de prisa en sus pasos y en su rostro se pintaba una expresión de indiferencia. Pero James se preparó para resistir lo que fuera. Mathenge no era como el kikuyu pacífico que asistía a las escuelas de los misioneros.

Se saludaron con el acostumbrado y complejo ritual, mencionando a los antepasados y las cosechas como si fueran dos viejos amigos que estuviesen matando el rato. Del interior de la choza salían periódicamente gemidos y exclamaciones de Gachiku, pero Mathenge no se daba por enterado.

Finalmente se acuclilló en el polvo e invitó a James a hacer lo propio. Las mujeres se quedaron mirándolos mientras el jefe y el bwana blanco iban acercándose poco a poco al asunto más importante.

—Estás sentado ante la choza de una mujer mía —dijo Mathenge.

—Así es —contestó James en kikuyu. El sudor le bajaba entre los omóplatos.

—Hay alguien dentro de la choza con la mujer de mi propiedad.

«¡Maldito seas! -pensó James-. ¡Sabes perfectamente lo que está pasando dentro de esa choza!»

—La madre de la madre de la primera esposa ha dicho que los antepasados han lanzado *thahu* contra la segunda esposa. Quizá memsaab Daktari no lo sabe.

James recogió un poco de tierra y dejó que se deslizase entre sus dedos. Era importantísimo hacer un alarde de diferencia. Mathenge le estaba ofreciendo a Grace una salida que dejaría a salvo el prestigio de ambos, pero James sabía que ella la rechazaría.

Siguieron sentados en silencio, sin que ni siquiera los cencerros de las cabras trastornaran el aire. El sol era cada vez más ardiente. Los ojos de muchas mujeres permanecían clavados en los dos hombres. Mathenge estaba inmóvil como una estatua mientras James escuchaba su propio pulso atronando debajo de sus orejas.

Lucille se encontraba dentro de la choza...

—Es mi esposa favorita —dijo Mathenge.

James alzó los ojos, sobresaltado, y durante unos segundos la mirada del osado guerrero se cruzó con la suya. Luego Mathenge apartó los ojos, como si le azorase haber revelado una emoción, y dijo con voz apagada:

—Me preocupa que haya *thahu* contra Gachiku.

James concibió cierta esperanza.



— ¿No podría ser que Wachera se equivocase con los antepasados? — se aventuró a decir—. Quizá no haya ninguna *thahu*.

Pero Mathenge meneó la cabeza. A pesar del amor que había en su corazón por la segunda esposa, el miedo a la hechicera era más fuerte.

—Memsaab Daktari debe dejarlo.

«¡Cielos! -pensó James-. ¡Y quiere que se lo diga yo!»

—No tengo autoridad para impedirselo.

El jefe le lanzó una mirada de desdén.

— ¿El bwana no puede controlar a sus mujeres?

—No soy dueño de la memsaab. Pertenece a bwana Lordy.

Mathenge se puso a reflexionar. Luego se volvió, dio una orden seca a la multitud y se oyeron pies desnudos que salían corriendo del recinto.

Dirigiéndose de nuevo a James, dijo:

—La segunda esposa no debe tocarse. Está bajo *thahu*.

—La *thahu* kikuyu no puede hacerle daño a la memsaab Daktari.

—*Thahu* hace daño a todo el mundo, bwana. Tú lo sabes. *Thahu* kikuyu destruirá a la memsaab.

James tragó saliva. Mathenge había ordenado que fuesen a buscar a los guerreros que trabajaban en la casa de lord Treverton. La tensión en el aire fue en aumento hasta que le pareció que podía palpase y James se preguntó si Grace estaba a punto de provocar un «incidente».

De pronto Mathenge se puso en pie. Las mujeres retrocedieron. James también se levantó y, al ser tan alto como el jefe, sus ojos se cruzaron.

—Juro por Ngai, Mathenge, que la memsaab sólo trata de salvarles la vida a tu esposa y al bebé. Si ordenas que se vaya, Gachiku morirá.

—Los antepasados han dicho que debe morir. Pero si muere bajo la mano de la memsaab, no habrá sido una muerte honorable y me vengaré.

— ¿Y si Gachiku vive?

—No vivirá.

—La medicina de la memsaab es muy fuerte. Tal vez es más fuerte que la de Wachera.

Mathenge entornó los ojos. Pasó junto a James y entró en la choza. Todos los espectadores contuvieron la respiración; hasta en la choza se hizo un silencio extraño. James frunció el ceño. No se oía a Grace ni a Lucille. De hecho, ni siquiera Gachiku armaba ruido. ¿Qué había pasado?



Finalmente el jefe salió de la choza y dijo a la multitud:

—La mujer de mi propiedad ha muerto.

—¡Qué! —James entró rápidamente en la choza. Lo que vio le hizo pararse en seco.

Lucille estaba junto a la cabeza de Gachiku, sosteniendo una mascarilla de éter sobre la cara dormida mientras Grace permanecía arrodillada al lado de la joven. Ya había practicado la incisión y las sábanas estaban empapadas en sangre.

—Me tapas la luz —dijo Grace, y James se echó a un lado.

No era la primera vez que veía sangre; había visto actuar a los cirujanos del ejército durante la guerra, había estado presente en algunos partos, pero nada de todo ello le había preparado para ese espectáculo.

Las manos de Grace volaban. Sus guantes de goma chascaban al coger instrumentos, usarlos, dejarlos caer, coger toallas, esponjas, cortar y coser. El aire en la choza era cálido, cargado, mareante a causa de los vapores de éter. Lucille regulaba tranquilamente el goteo de la anestesia sobre el rostro de Gachiku mientras Grace trabajaba con tal concentración, que el sudor le empapaba la blusa.

A James le pareció que transcurrían horas, pese a que la operación fue rápida. Tenía que serlo. Una vez el bebé estuvo fuera y en las manos de Lucille, hubo que parar la hemorragia y mantener viva a Gachiku. James contempló con ojos fascinados cómo las dos mujeres trabajaban rápidamente, como si juntas hubieran hecho lo mismo cien veces, las cabezas inclinadas sobre la joven, las manos moviéndose velozmente, curando, restaurando. Una vez puesta la última sutura abdominal, mientras Lucille daba suaves cachetes a Gachiku para despertarla, James notó que le dolía la espalda porque la tenía apretada contra la pared de barro.

Finalmente Grace se volvió para mirarle. Había lágrimas en sus ojos, aunque James desconocía la causa.

—James —susurró, y él alargó la mano para ayudarla a levantarse.

—¿Vivirá?

Grace asintió con la cabeza y se apoyó en él. Temblaba entre sus brazos, la piel le olía a yodo y Lysol. Luego recobró el dominio de sí misma y salió al exterior soleado. Los mirones prorrumpieron en exclamaciones de horror; tabú de los tabúes, Grace llevaba en su ropa sangre de otra persona.

—Tienes una hija —dijo Grace a Mathenge—, y tu esposa está viva.

Mathenge miró hacia otro lado.

—¡Escúchame! —exclamó Grace.

El kikuyu se volvió rápidamente.

—¡Mientes!



—Entra y lo verás por ti mismo.

Los ojos de Mathenge se desviaron hacia la choza y luego se posaron de nuevo en la cara de Grace. Ahora no había en él ni rastro de cortesía, de buenos modales. Tenía que demostrar su superioridad sobre la *mzunga* entrometida, que necesitaba a todas luces un marido que le pegara. Bajó los ojos hacia Grace, que le llegaba hasta los hombros, y la amenazó con su fuerza. En los tiempos de las grandes incursiones su padre había raptado a muchas mujeres masai, subyugándolas como a Mathenge le hubiera gustado subyugar a esa memsaab.

Enfurecido, vio que la mujer aguantaba su mirada.

Dentro de la choza Lucille acabó de lavar a la recién nacida y la envolvió con una manta pequeña. Al hacer ademán de acercarse a la puerta, James la detuvo.

—¿Por qué no le puedo enseñar el bebé a su padre? Cuando Mathenge vea...

—La matará. Tenemos que esperar hasta que entre en la choza por voluntad propia. Es la costumbre kikuyu.

Lucille dejó el bebé sobre el pecho de su madre dormida.

Cuando salieron de la choza James y Lucille vieron que una fila de hombres entraba en el recinto; muchos de ellos llevaban todavía martillos y sierras.

James sintió una picazón en la nuca.

—Cielos —susurró—. Tenemos que avisar a la policía del distrito.

La multitud se agitó y los que estaban más cerca se apartaron para que Wachera penetrara en el círculo. La hechicera avanzó lentamente, su mirada malévola clavada en Grace.

—¡La choza está maldita! —exclamó—. ¡Ha sido profanada y hay que quemarla!

—¿Qué? —dijo Grace—. No irás a...

—¡Aquí hay *thahu*! ¡Traed fuego! —la anciana se volvió hacia el esposo de su nieta y dijo—: Tienes que quemar la choza con los cadáveres de tu esposa y tu hija dentro. Luego tienes que matar a estas dos memsaabs que han cometido el sacrilegio.

—¡Un momento! —gritó James, adelantándose—. ¡La mujer y la niña no han muerto! Ve a verlo tú misma, Wachera. Comprobarás que no miento.

—¿Cómo pueden estar vivas? El bebé no podía salir. Lo comprobé con mis propias manos.

—Yo lo he sacado —dijo Grace.

—Nadie tiene poder para hacer eso.

—La medicina del hombre blanco sí lo tiene. ¡Escuchad!

Todos se volvieron hacia la choza, de cuyo interior surgió una especie de maullido. El llanto de un recién nacido.



—¡Pero Gachiku estaba muerta! —exclamó Mathenge—. Lo he visto con mis propios ojos. ¡Tenía el vientre abierto!

—No estaba muerta, sólo dormida. Ve a verlo. Se despertará. ¡Tu mujer favorita, Mathenge!

El jefe estaba indeciso.

—No tienes poder para devolverles la vida a los muertos.

Pero Grace dijo:

—Lo tengo y lo he ejercido.

—Ni siquiera Ngai tiene ese poder —dijo Mathenge, pero su tono era cauto.

Entonces Lucille dijo con voz resonante:

—¡Nuestro Dios sí tiene ese poder! ¡Nuestro Señor murió y volvió a la vida!

Mathenge se puso a pensar, la expresión suspicaz. Luego se volvió hacia Mario.

—Tú adoras al Dios blanco, renacuajo. ¿Es verdad lo que dicen? ¿Él hace que los muertos vuelvan a vivir?

—Así me lo enseñaron los padres de la misión.

Mathenge miró a Grace.

—Pruébalo.

—Entra en la choza y lo verás con tus propios ojos.

Pero el joven jefe no quería dejarse engañar. Sabía que entrar en la choza sería reconocer que pensaba que la medicina del hombre blanco era más fuerte que la suya propia.

—Mataremos a alguien —dijo— y tú le devolverás la vida.

Delante de los excitados espectadores, Mathenge hizo un gesto a Mario indicándole que se acercara, y, al ver que el joven no se movía, dos nombres lo agarraron y le hicieron caer al suelo.

—Matadle —dijo Mathenge.

Uno de los hombres levantó un martillo, y Grace gritó:

—¡Alto! ¡Yo misma lo haré!

—¿Tú?

—Es mi medicina la que pones en duda. Yo he sido quien ha hecho que Gachiku cayera en un sueño como la muerte y quien la ha devuelto a la vida. Querías la prueba de mi poder, Mathenge, del mío.



Se miraron directamente a los ojos durante un momento. Luego el kikuyu asintió una vez con la cabeza y Grace entró en la choza en busca de la mascarilla y el frasco de éter.

Mario temblaba violentamente y en sus ojos se pintó el terror.

—No temas —le dijo Grace en inglés, sonriéndole para tranquilizarle—. Sólo quedarás dormido; luego te despertaré.

—Tengo miedo, memsaab Daktari.

Lucille dijo:

—Confía en el Señor, Mario. No te abandonará —para mayor consuelo, le puso en las manos la Biblia traducida al kikuyu. Mario la sujetó con fuerza.

Una quietud extraña descendió sobre el poblado. Grace se arrodilló junto a la cabeza de Mario, quitó el tapón del frasco, colocó la mascarilla sobre la nariz y la boca del muchacho y vertió lentamente un poco de éter. Al alzarse los vapores penetrantes, todos los espectadores retrocedieron, atemorizados.

Todos vieron que los ojos de Mario se cerraban al mismo tiempo que el cuerpo se relajaba y el libro caía de sus manos. Finalmente Grace se echó atrás y dijo:

—Duerme. Igual que dormía Gachiku.

Mathenge estudió el cuerpo tendido. Luego dio una orden y alguien se acercó con una brasa. Antes de que Grace pudiera impedirselo, Mathenge acercó la brasa al cuello de Mario y la mantuvo allí hasta chamuscar la carne. El joven no se movió.

Un murmullo circuló entre la gente. Entonces Mathenge pidió un cuchillo.

—No —dijo Grace—. No hagas nada más. Ya tienes la prueba que querías. No siente ningún dolor. Duerme más profundamente que durante la noche.

—Ahora despiértalo —dijo el jefe.

Grace se mordió el labio. Como las manos le temblaban, no había controlado la dosis de éter con la precisión requerida. Habían caído varias gotas de más...

—¿Por qué no se despierta?

—Ya se despertará —repuso Grace.

Pasaron unos cuantos minutos y Mario no se movía.

—No veo que esté volviendo a la vida.

—Volverá —Grace se agachó para apoyar una oreja en el pecho de Mario. Oyó los latidos del corazón, lentos y débiles, y se preguntó si le habría administrado demasiado éter. Quizá los africanos, por la razón que fuese, necesitaban dosis más pequeñas.

Mathenge pidió una antorcha mientras Wachera sonreía triunfalmente.



—Esperad —dijo James—. Se necesita tiempo. Tiene que viajar por el mundo del espíritu antes de volver a éste.

Mathenge se lo pensó un poco. Cuando le trajeron la antorcha encendida la cogió con la mano derecha y se dispuso a usarla.

Mario continuaba sin moverse.

James se arrodilló al lado de Grace.

—¿Se le pasará? —preguntó en voz baja y en inglés.

—No lo sé. Quizá esta gente es hipersensible a la anestesia...

—¡Despiértalo ya! —exclamó secamente Mathenge.

Grace golpeó con suavidad la mejilla del muchacho y pronunció su nombre.

—¡Ya veis la medicina del hombre blanco! —exclamó Wachera, y recibió un murmullo de aprobación del gentío.

Un llanto de bebé salió de la choza y cuando Mathenge se volvió hacia allí, la hechicera dijo:

—¡Es un truco! ¡Es el llanto de un espíritu malo que quiere hacerte caer en una *thahul* ¡Tu hija ha muerto, hijo mío!

—¡Su hija vive!

—¿Y qué me dices del muchacho que yace a tus pies?

Grace miró la cara de Mario.

«Despierta, por favor —pensó—. Abre los ojos. Muéstrales el poder que tenemos».

—¡Mario! —dijo en voz alta—. ¡Despierta!

James cogió al chico por los hombros y lo zarandeó. Los ojos siguieron cerrados.

—Dios mío —susurró Grace—, ¿qué he hecho?

—Vamos, Mario —dijo James, asestándole un buen cachete—. ¡Despierta ya! ¡Se acabó la siesta!

Disgustado, Mathenge se volvió y echó a andar hacia la choza, sosteniendo la antorcha en alto.

Grace se levantó rápidamente.

—¡No! —chilló—. ¡Tu esposa vive! ¡Entra y tú mismo lo verás!

—Has mentido. Tu medicina no tiene poder. Los antepasados nos han lanzado una *thahu*.

Grace reaccionó antes de poder pensárselo. Su mano salió disparada y envió la antorcha volando por los aires en dirección contraria a la choza. Mathenge la miró fijamente, aturdido. Que una mujer pegase a un hombre, a un jefe por más señas...



—Memsaab Daktari —dijo una voz débil.

Todos los ojos se volvieron hacia Mario. Su cabeza se movía de un lado a otro.

—Así me gusta, muchacho —dijo James, sin dejar de zarandearte suavemente—. Anda, despierta. Demuéstrale a esta gente que no mentimos.

Los ojos de Mario parpadearon hasta quedar abiertos. Los clavó en Mathenge. De pronto giró sobre sí mismo y vomitó en el polvo.

—¿Veis? —exclamó Grace—. ¡No os he mentado! Mi medicina es más fuerte que la vuestra.

El joven jefe miró a Grace, luego a la hechicera, después nuevamente a Grace. Por primera vez la incertidumbre se pintaba en sus bellos rasgos.

Cuando por fin echó a andar hacia la entrada de la choza, Wachera se adelantó apresuradamente y le cortó el paso.

—No escuches a la *wazungu*, hijo mío. Significará *thahu*.

—Si su dios puede hacer esto, entonces mi nueva hija vive y no hay ninguna *thahu*.

Wachera enderezó lentamente su cuerpo envejecido, adoptó una postura de dignidad y se apartó de su camino. Mathenge entró en la choza.

Todo el mundo quedó esperando.

Por fin salió el joven jefe, llevando en las manos el cuerpo desnudo de su hija recién nacida.

—¡Vive! —gritó, alzándola en el aire—. ¡Y mi mujer vive también! ¡Ha vuelto de entre los muertos!

La multitud prorrumpió en vítores.

Mathenge se acercó a Grace, de nuevo con una expresión de orgullo en el rostro. Le entregó el bebé, luego se agachó para recoger la polvorienta Biblia del suelo. La alzó y dijo:

—Me enseñarás sobre tu Dios.

Y la anciana Wachera, la hechicera, se retiró al interior oscuro de una choza.



CAPÍTULO 11

La casa estaba preparada.

Mientras daba los últimos puntos de la mañana, Rose no podía contener su excitación. ¡Era un día hermoso porque el día siguiente se instalaría en la casa nueva!

Se puso a tararear mientras plegaba el marco y se lo entregaba a la chica africana que debía transportarlo. La señora Pembroke puso a Mona, que ya tenía diez meses, en su cochecito y la abrigó bien con las mantas. El resto del grupo lo formaban dos muchachitos africanos, uno que llevaba la cesta de la comida y la sombrilla de la memsaab y otro que se encargaba del mono y los dos loros. Rose llevaba en la mano la bolsa de los hilos y encabezaba la marcha.

En el claro había música: el crujir de las ramas secas y quebradizas de los eucaliptos; el susurro del viento a través de los matorrales altos; y pájaros de colores vivos que revoloteaban entre el follaje, llamándose, cantando, parloteando. Normalmente Rose se resistía a abandonar su lugar preferido, que estaba escondido y protegido por la selva y donde Valentine le había construido una bonita glorieta blanca, pero ese día no le importó irse. Ardía en deseos de empezar los últimos preparativos para el traslado.

¡A Valentine le gustaban tanto las ceremonias! La casa estaba lista desde hacía una semana, los muebles en su sitio, las cortinas colocadas, las alfombras extendidas, el aroma de la pintura fresca perfumando el aire de diciembre. Pero Valentine insistía en que la inauguración se hiciera oficialmente. Los sirvientes llevaban una semana ensayando; africanos risueños que vestían kanzus largos y blancos y chaquetas escarlata habían practicado la ceremonia de alinearse a lo largo de ambos lados de la escalinata que llevaba a la puerta principal. ¡Iban a poner una alfombra roja! Primero entraría Rose con un ramo de flores y Valentine a su lado, luego Grace y los Donald, mientras todos los invitados, reunidos en la calzada circular, aplaudirían.

Rose se estremeció al pensar en ello. Su vestido había llegado hacía dos semanas de Douellet de París, era el último grito y hasta la misma reina lo llevaba. Rose estaba segura de que a los doscientos invitados se les saldrían los ojos de las órbitas al verla llegar en el carrito adornado y subir los escalones.

Aún no había visto el interior de la casa y esperaba con impaciencia el momento de entrar en ella por primera vez. Era lo que la había hecho enamorarse de Valentine



cuando él la cortejaba: tenía una aptitud tan grande para lo espectacular, un sentido tan maravilloso de la sorpresa, y organizaba esas cosas de forma tan inteligente.

Rose miró por encima del hombro y dijo a la niñera:

—Dése prisa, señora Pembroke. ¡Va usted tan despacio!

—Lo siento, lady Treverton —replicó la anciana mientras se esforzaba en gobernar el cochecito por el sendero de tierra.

A pesar del traqueteo, Mona iba sentada sin quejarse, contemplando con sus grandes ojos la selva que los rodeaba. Era una criatura tranquila que nunca armaba alboroto, por suerte para la señora Pembroke, y además estaba bonita, con su vestido de volantes y el gorrito a juego. La niñera la encontraba inteligente. Mona ya armaba frases y comenzaba a caminar sin ayuda. ¡A los diez meses! De todos modos, sus padres no le prestaban mucha atención. Cuando lady Rose sí se la prestaba lo hacía de un modo infantil, jugando con ella como si fuera una muñeca. En cuanto a lord Treverton... si había una niña en la familia, ¡nadie lo hubiera adivinado por él!

Quedaba todavía tanto por hacer. Aunque los baúles más grandes de Rose ya estaban en la casa nueva, aún tenía que empaquetar sus efectos personales: artículos de tocador, cosméticos, ropa de cama. Las rosas todavía estaban por plantar, desde luego. Y aún tenía que arreglarse el pelo. Grace se había ofrecido peinarla copiando de una fotografía en una revista norteamericana. Pensaban en un peinado del nuevo y atrevido estilo marcel que causaría sensación.

—Dése prisa, señora Pembroke —dijo otra vez. Rose llevaba un vestido rosa de gasa, poco escotado y con un cuello de volantes que parecía flotar alrededor suyo. El pelo color claro de luna, que dentro de nada llevaría corto y rizado, se recogía sobre la cabeza escapándose en mechones y guedejas. Al pasar a través de los rayos de sol que se filtraban por entre los árboles. Rose parecía un elfo del bosque, traslúcida y efímera.

Cuando el curioso grupito surgió de la selva y llegó al risco desbrozado sobre el río, sus integrantes podían ver el Birdsong Cottage a sus pies, la clínica primitiva adonde ahora llegaba una senda trillada, y más allá, el claro con su choza solitaria y la vieja higuera.

Rose llamó a su cuñada y agitó la mano, pero Grace no la oyó. Había una multitud debajo del techo de paja de su rudimentaria clínica: mujeres embarazadas y bebés enfermos, hombres con dolor de muelas. Desde la espectacular operación que hiciera en el poblado dos meses antes, la reputación de Grace se había propagado por la tierra de los kikuyu con la rapidez de un incendio forestal. Ahora, cada mañana, al despertarse, había africanos esperándola. Y Lucille Donald bajaba tres veces a la semana para enseñar la Biblia a los niños.

¡Todo iba tan maravillosamente! Rose tenía la sensación de que sus pies no tocaban el suelo. Ya no quedaba ni rastro de la conmoción que en marzo le había



causado encontrar un panorama tan desolador a su llegada. Aunque las lluvias no llegaron nunca, y aunque todo el mundo se quejaba de la situación desesperada de la economía, Rose no veía ningún motivo para sentirse desgraciada.

Mientras avanzaba por el risco, Rose aflojó el paso. No podía dar crédito a sus ojos. Ya volvían a las andadas, la vieja y su nieta. ¡Estaban construyendo su choza una vez más! ¿Cuántas veces lo habían hecho ya? ¿Cuatro? Valentine había ordenado derribar las chozas exteriores y la familia de Mathenge se había trasladado a la otra orilla del río. Sólo la hechicera y su joven discípula se empeñaban en quedarse, reconstruyendo su choza cada vez que el tractor la derribaba. Para Rose era un misterio.

Recordó la última vez que las dos mujeres habían comparecido en el campamento. La abuela iba adelante, caminando con la cabeza bien alta, igual que una anciana emperatriz, adornada con todos sus abalorios, sus anillos de cobre y sus conchas; detrás de ella, la joven, con el niño pequeño apoyado en la cadera. ¡Las dos se habían mostrado tan corteses! Saludando con reverencias, sonriendo tímidamente, hablando en voz tan baja, que apenas se las oía. El criado de Grace, Mario, había hecho de intérprete. Las dos mujeres dijeron que no querían ofender a nadie, que sólo deseaban avisar al bwana de que por algún motivo que desconocían su choza se venía abajo una y otra vez y que ellas querían que no ocurriera, pues era su vivienda y debían permanecer en ella porque tenían el sagrado deber de servir a los antepasados que moraban en la higuera.

¡Y ésa había sido su cuarta visita! La paciencia y la vitalidad de las dos mujeres kikuyu impresionaban a Rose. Las cuatro veces se habían presentado humildemente, ofreciendo cabras y abalorios a guisa de presentes, asegurando a Valentine que ellas no acusaban a nadie ni querían causar dificultades, que sólo querían recordar a los espíritus que moraban en el viento que la choza se alzaba en terreno sagrado y que no debía permitirse que se derrumbara.

Las dos mujeres kikuyu eran dos curiosidades para Rose. Casi iguales, con la salvedad de que la abuela era más bajita y tenía la piel más oscura, como al final les ocurría a las mujeres kikuyu. Había en ellas una dignidad callada; hasta el niño apoyado en la cadera de su madre había guardado un silencio respetuoso, como si se diera cuenta de la gravedad de la situación. Valentine les había recordado que la tierra era suya, toda vez que se la había comprado legalmente al jefe Mathenge y que, al despedirlos, les había dado sacos de grano y un saco de precioso azúcar.

Pero ahí estaban otra vez, trabajando, la vieja hechicera y su nieta, construyendo la choza sin ayuda, pacientemente, en silencio. Rose se preguntó si sabrían que Valentine había ordenado arrancar la higuera al día siguiente, para dejar listo el nuevo campo de polo.

Más allá del campamento de tiendas, en la orilla del río, se alzaba un símbolo del optimismo inamovible de Valentine. Una despulpadora nueva recién llegada de las Indias Occidentales. No la utilizaría hasta que se recolectase la primera cosecha de



café, faltaban ahora dos o tres años, pero la máquina estaba preparada, aguardando el momento de arrancar la cáscara roja y blanda de las primeras bayas para dejar en libertad los granos de café que había dentro. Mientras la señora Pembroke acostaba a Mona en la tienda de la pequeña para que durmiera la siesta, Rose fue al invernadero improvisado a recoger los esquejes que había traído de Inglaterra.

No sólo habían sobrevivido, sino que, además, habían vuelto a florecer. Desde Suffolk hasta el corazón de una sequía africana. Rose los puso en una carretilla y echó a andar sendero arriba hacia la casa, seguida del jardinero kikuyu.

En el punto donde la calzada de la casa se encontraba con el camino de tierra había una puerta grande e imponente con un arco de piedra donde aparecían grabados el escudo de los Treverton y el nombre de la finca.

Rose sonrió al recordar la expresión de Valentine en el momento de recibir la piedra el mes anterior. El cantero suajili de Mombasa había trabajado con cariño y esmero, cuidando de que las letras hicieran juego unas con otras, a la perfección, añadiendo adornos en los ángulos. Era una obra de arte, todo el mundo estaba de acuerdo, y ciertamente valía más de lo que Valentine había pagado por ella. Sólo tenía un defecto: el nombre estaba mal escrito.

—Bella Two —había encargado Valentine, en recuerdo de Bella Hill, su casa solariega de Inglaterra—. No Bella T-O-O, ojo, sino Bella T-W-O, es decir, la «segunda casa», ¿entiendes?²

El hombre había insistido en que le entendía perfectamente y luego se había pasado cuatro meses haciendo mal el trabajo.

La expresión en el rostro de Valentine... Y luego todos se habían echado a reír. Sir James se había apresurado a sacar el mejor partido de una mala situación diciendo:

—Muy ocurrente, Val. ¿De dónde sacaste la idea?

Labrada permanentemente en piedra aparecía la palabra Bellatu. Y sir James se había apresurado a explicar que en suajili esa palabra significaba «total y completamente bella».

Valentine había hecho plantar euforbios gigantescos junto a la calzada, por lo que el acceso a la casa resultaba muy espectacular. Habían recurrido a la menguante reserva de agua para tener la seguridad de que las plantas floreciesen con vistas a la inauguración de gala. Pétalos como lenguas de fuego estallaban en todas las ramas y cubrían al suelo yermo como una alfombra escarlata. Por allí pasarían los invitados al día siguiente, después de que les mostraran sus alojamientos entre las numerosas tiendas y chozas provisionales que Valentine había hecho instalar en un campo

² Véase la nota de la página 29. (N. del T.)



cercano. Allí se alzaba un poblado, una limpia y pequeña ciudad de cabañas que desaparecería cuando los invitados se fuesen, pero que durante unos días sería escenario de fiestas, risas, cacerías acompañadas de una provisión inagotable de champán. Era la forma de hacer las cosas en el protectorado cuando los invitados tenían que recorrer largas distancias y llegaban en compañía de sirvientes y animales.

Rosa reprimió los deseos de echar un vistazo al interior de la casa. Valentine, siempre deseoso de causar impresión, incluso había hecho cerrar las ventanas para que Bellatu fuera un secreto bien guardado. Ni siquiera había permitido que Rose viese el color de la pintura para el interior.

Era una casa magnífica por fuera y tan distinta de las sosas mansiones de Inglaterra.

Bellatu tenía dos pisos, tejado a dos vertientes, y estaba construida de piedra con una veranda ancha que rodeaba toda la casa, en la que se advertía un aire de lujo tropical, de vivir con elegancia. Era de un estilo nuevo e innovador, creado especialmente para el África Oriental, y hacía pensar en un nuevo principio. El comedor, situado en la parte de atrás, tenía altas puertas de dos hojas que daban a una terraza embaldosada, de varios niveles. En los arriates había plantas en flor. Rose sabía que las plantas tenían que haberle costado una fortuna a Valentine debido a la sequía. Pero ella no pensaba plantar sus rosas en ese sitio, sino enfrente de la casa.

En junio, durante una ceremonia celebrada en Nairobi, lady Rose había regalado oficialmente a la ciudad algunos de sus rosales. Una banda de música había tocado durante el acto, tras el cual se había celebrado un banquete y una fiesta muy animada.

Entre las rosas se había erigido una placa:

ROSA GALLICA OFFICINALIS

Se cree que estas rosas, que proceden de los jardines de Bella Hill, en Suffolk, Inglaterra, fueron las primeras que se plantaron allí después de la guerra de las Dos Rosas, cuando Enrique Tudor, en 1485, dio tierras a un fiel soldado en recompensa por haber luchado por la causa de los Lancáster. Para honrar a su rey, el nuevo conde de Trever's Twon plantó en su finca rosas rojas, símbolo de la casa de Lancáster. Lady Rose, condesa de Treverton, trajo estos esquejes al África Oriental británica en febrero de 1919.

Era en ocasiones como ésta cuando Rose, al igual que sus rosas, florecía: cuando había pompa y ceremonia, cuando se servía la comida apropiada, cuando se seguía el protocolo correcto y asistían al acto las personas indicadas. Entonces se abría y brillaba. Se sentía viva, enamorada y querida.



Valentine había invitado únicamente a lo mejor de la sociedad del África Oriental británica a la inauguración de su nuevo hogar. Algunos invitados llegarían de sitios tan lejanos como Uganda, el Sudán, la costa, incluso Tanganika, que ahora era británica después de ganársela a los alemanes. Habría oficiales del rey con sus elegantes uniformes regimentales, con damas cogidas de su brazo; personajes con título; gente que gozaba de riqueza y posición en el protectorado; y personas que no reunían esas cualidades, pero que no por ello eran menos fascinantes: el cazador blanco rodeado de leyenda, los hermanos que habían explorado el Congo, un escritor famoso y dos actrices de cine. Iba a ser el acontecimiento del año, quizá del decenio, y Rose, encontrando por fin su lugar en ese país extraño, reinaría sobre todo ello.

Se dio prisa. Escarbó la tierra con los dedos desnudos.

«¡La casa! –pensó-. ¡Por fin una casa como Dios manda!» Se acabaron las tiendas, los insectos y los lagartos. Una cama de verdad en una alcoba de verdad. Una para Rose, una para Valentine.

Durante los últimos meses Valentine había aprendido a respetar sus deseos; aquel asunto desagradable estaba olvidado. No se había acercado a su cama y lo más probable era que no lo hiciese en el futuro.

Rose plantó el primer rosal.

* * *

El tractor se encaminó hacia la higuera.

—Cortad el condenado árbol —había dicho el bwana—, y luego nos libraremos de esas mujeres pesadas.

Dos africanos forzudos habían aserrado el viejo tronco de la higuera; el tractor acabaría de derribarla y luego arrancaría el tocón. Bwana Lordy quería que el trabajo quedase terminado esta tarde. Los *wazungu* ya empezaban a llegar en carretas, automóviles y a caballo; el bwana quería que el campo de polo estuviera listo.

* * *

El espíritu del río estaba enfadado. Por eso la joven Wachera y su abuela habían ido a buscar agua muy lejos, levantándose antes del amanecer e internándose en una selva desconocida, caminando muchos tiros de lanza para llegar a las laderas de la montaña donde todavía corrían algunos riachuelos. Ahora estaban en la tierra de los animales salvajes. Las dos mujeres kikuyu eran huéspedes y no querían ofender a los espíritus animales ni a los espíritus que habitaban en las rocas y en los árboles de ese lugar tan alejado de su casa, así que cantaban mientras caminaban y dejaban ofrendas de harina de maíz y cerveza por el camino.

El espíritu del río estaba enfadado debido a la pared que el bwana había construido de un lado a otro de su garganta, asfixiándolo, haciendo que las aguas retrocedieran y crecieran y formaran un estanque donde nunca antes había habido un estanque. El bwana había dicho que era para ayudar a la gente durante la sequía.



Mientras los otros clanes morían de sed, la familia del jefe Mathenge tenía agua. Pero la hechicera le había dicho a su discípula que esto estaba mal. Los hijos de Mumbi no debían ofender a los espíritus de la naturaleza para satisfacer sus propias necesidades egoístas. Estaban estrangulando el río y por eso había *thahu* en la tierra de los kikuyu.

Las dos mujeres llevaban grandes calabazas y se sentaron pacientemente mientras éstas iban llenándose poco a poco. La joven Wachera se entristeció al pensar en su esposo.

Después del nacimiento de la hija de Gachiku, Mathenge había seguido el camino que llevaba a la misión del hombre blanco y allí había escuchado historias sobre un dios milagroso llamado Jesu, que había muerto y vuelto a la vida y que prometía la misma vuelta a la vida a quien le rindiese culto. En la misión habían hechizado a Mathenge. Había visto aquella cosa que llamaban «bicicleta» y deseaba una para él. Había viajado en un «móvil» y ahora estaba hechizado. Le habían dado unos amuletos llamados «monedas» y había tenido ocasión de ver que eran más valiosos que las cabras. Le habían enseñado a «hablar» símbolos que se dibujaban sobre papel y le habían dicho que en esta habilidad residía todo el poder del mundo. En el poblado del hombre blanco a Mathenge le habían trastornado el juicio; había sido testigo del poder del *mzungu*, en sus armas de fuego, sus botas, sus latas de comida. Y Mathenge había vuelto a su familia por el río, convertido en otro hombre.

—El sistema del hombre blanco es mejor, mujer mía —le había dicho a la joven Wachera la noche antes de irse para siempre. Mathenge se había presentado en la choza llevando ropa de hombre blanco porque los padres de la misión le habían dicho que la desnudez era una abominación a ojos del dios Jesu—. Ésta es la nueva edad. El mundo está cambiando. Ngai en su montaña ha muerto; hay un nuevo dios. ¿Deben perecer los hijos de Mumbi por no adorar al nuevo dios y aprender sus costumbres? Recuerda el proverbio que dice que la muchacha bonita pasa de largo por la casa de un hombre pobre. ¿Quieres que las otras tribus del mundo pasen de largo por la puerta de los kikuyu?

Wachera le había escuchado sumida en un silencio respetuoso, guardándose las lágrimas para derramarlas después y no avergonzarse delante de su esposo. El pequeño Kabiru, su hijo, correteaba por la choza, sin darse cuenta de la gran despedida que tenía lugar ante él.

—Me hicieron jefe, mujer mía, y tengo el deber de cuidar de nuestro pueblo. Recuerda el proverbio que dice que el ganado que tiene un jefe cojo nunca llega a buenos pastos. Aprenderé la lectura del hombre blanco y ofreceré sacrificios al dios Jesu. Los padres de la misión me enseñaron una imagen del dios malo al que llaman Satanás, y su piel es del color de los kikuyu. Me han enseñado que el negro es malo, y yo no quiero ser malo. Me lavaron la frente y me llamaron Solomon, que es mi nuevo nombre. Ahora soy como el hombre blanco, soy su igual. Y mi hijo aquí



presente, que se llama Kabiru por su abuelo, irá a la misión y también lo lavarán y recibirá un nombre nuevo y así será igual al hombre blanco.

Mathenge se fue y al cabo de seis pasos del sol volvió con el niño y dijo:

—Ahora se llama David y es cristiano. El hombre blanco lo tratará como a un hermano.

Luego Mathenge había dicho:

—Dios Jesu dice que cometo un pecado poseyendo más de una esposa. Tú me desafiaste, mujer mía, no trasladándote al otro lado del río cuando te lo ordené. Por ello ya no eres mi esposa. Ahora viviré como un hombre cristiano con Gachiku, y con Njeri, mi hija a la que Jesu devolvió la vida. Y cuando me llegue la hora de morir seré devuelto a la vida, como promete Jesu.

Después, Wachera había apretado a Kabiru contra su pecho, lamentándose como si Mathenge hubiera muerto. Para una mujer kikuyu ser repudiada por su esposo representaba la peor de las calamidades, porque entonces era expulsada del clan y dejaba de tener familia. Wachera no lloraba solamente por la pérdida de su amado compañero, sino por el vacío que habría en su vientre en años venideros. Se aferró a Kabiru y prorrumpió en lamentos, lavando al pequeño con sus lágrimas como si quisiera hacer desaparecer el bautizo del hombre blanco, pero al final, porque era el deseo del hombre al que amaba con desesperación, empezó a llamar David a su hijo. Y cuando derribaron su choza por quinta vez no la reconstruyó, sino que fue a instalarse en la choza de su abuela, donde los tres vivían en amor y solaz mutuo.

Las calabazas estaban llenas; era hora de regresar. Como la joven Wachera transportaba también a David sobre su cadera, la abuela llevaba más calabazas, así que su carga era más pesada, lo que el hombre blanco habría medido en cuarenta kilos. Dobladas por la cintura, la cara hacia el suelo, con tiras de cuero que se les clavaban en la frente para sujetar las calabazas en su sitio, las dos caminaban en silencio, penosamente, por la selva desconocida, de regreso a su choza junto al embalse de Valentine.

* * *

El aire de última hora de la tarde estaba lleno de humo porque los hombres estaban quemando lo que quedaba del gigantesco tocón de la higuera; el silencio del río se veía roto por el ruido de las cadenas y del motor del tractor.

Wachera y su abuela salieron de la espesura a tiempo de ver cómo las viejas raíces, igual que dedos nudosos de una mano que protestase, eran arrancadas del suelo en medio de una lluvia de tierra. Las dos mujeres se detuvieron y se quedaron contemplando fijamente la escena. Un equipo de diez hombres arrastraba el tocón para llevárselo y llenaba la cavidad que había dejado. Lo único que quedaba del inmenso tronco y de las grandes ramas del árbol sagrado eran haces de leña recién cortada.



Con movimientos lentos la anciana Wachera se quitó las calabazas de la espalda.

—Hija —dijo—, llévame a la selva ahora. Ha llegado mi hora.

La joven Wachera la miró con fijeza:

—¿Estás enferma, abuela?

La hechicera hablaba serenamente, pero había en su voz un eco de fatiga y vejez que la nieta nunca había oído antes.

—El hogar de los antepasados ha sido destruido. El terreno sagrado ha sido profanado. Hay gran *thahu* aquí. Mi tiempo en este mundo ha terminado. Llévame ahora, nieta.

El brazo que extendió era firme. Wachera puso sus calabazas en el suelo, trasladó a David a la otra cadera y cogió la mano de su abuela. Volvieron la espalda a los hombres kikuyu que vestían como el hombre blanco y estaban cortando y quemando el árbol sagrado y volvieron a la selva.

Caminaban en silencio y sólo el pequeño David, que tenía catorce meses y no se daba cuenta de la catástrofe que acababa de producirse, emitía ruidillos por la boca. Aunque no quería aceptarlo, la joven Wachera sabía que era verdad, que su abuela estaba a punto de morir. La costumbre kikuyu era no enterrar los muertos, sino dejar el cuerpo para que lo devorasen las hienas. No debía permitirse que una persona muriese en una choza, porque entonces la choza no era limpia y había que quemarla; los cadáveres no podían tocarse, porque era tabú. Y por ello los enfermos y los moribundos, cuando todavía estaban vivos, eran llevados o iban por su propio pie a un lugar donde morirían solos y así evitaban que la *thahu* cayera sobre el hogar.

Llegaron a un lugar donde no vivían personas. La abuela se sentó en el suelo polvoriento y cubierto de ramitas y hojas secas y por primera vez sus movimientos fueron los de una mujer anciana. La joven Wachera se maravilló al ver cuan súbitamente había envejecido su abuela. Las articulaciones cansadas crujían, los brazos y las piernas se movían rígidamente cuando hacía sólo un rato, mientras transportaba las calabazas, la hechicera se había mostrado tan vigorosa y ágil como su nieta, que era cincuenta años más joven.

La anciana Wachera se sentó en el suelo y estiró las piernas.

—Pronto me llevará el Señor de la Luz —dijo quedamente—. Y volveré a vivir con nuestros primeros padres, Kikuyu y Mumbi.

Después de colocar a David en el suelo, la joven Wachera se sentó ante su abuela y se quedó esperando. Algo terrible había pasado, algo que la joven sólo podía concebir vagamente, algo que escapaba a su comprensión, pero que ella creía que algún día lograría comprender.

—Hay pesadumbre en la tierra de los kikuyu —dijo por fin la anciana Wachera, empezando a respirar con dificultad—. Ha llegado el momento de que las viejas



costumbres desaparezcan. Ahora sé que nací para ver el ocaso de los kikuyu. Los hijos de Mumbi volverán la espalda a Ngai, a sus antepasados, a las leyes de la tribu. Se esforzarán por ser como el hombre blanco. Las viejas costumbres morirán y caerán en el olvido.

»Mathenge nunca volverá a ti, hija. El hombre blanco lo ha hechizado. Pero el hombre que en otro tiempo fue tu dueño no será feliz en su nueva vida, porque existe el proverbio que dice que el cuchillo, una vez afilado, corta a su propietario. Pero él no tiene la culpa, porque, como dice otro proverbio, el corazón de un hombre se alimenta de lo que le gusta.

La anciana enmudeció. El sol empezaba a salir de la selva, dejando tras sí sombras largas como serpientes que trataban de coger a las dos mujeres kikuyu.

—Tú sabes, hija, que vivimos en nuestros descendientes. Un hombre debe ser dueño de muchas esposas y tener muchos hijos para que nuestros antepasados vivan eternamente. Pero el hombre blanco nos dice que esto no está bien. Los hombres kikuyu ya abandonan a sus esposas. No habrá suficientes niños para recibir las almas de los abuelos que se hayan ido de este mundo y entonces los espíritus de nuestros antepasados no encontrarán hogar y vagarán por la tierra. Pronto no habrá más higueras y no quedará nadie que se comunique con nuestros padres y madres del pasado. Se habrán perdido.

Con manos temblorosas la hechicera se quitó una pulsera de la muñeca -estaba hecha con pestañas de elefante y, por lo tanto, contenía magia poderosa- y se la entregó a su nieta. Cuando volvió a hablar su voz era más apagada, su respiración era más irregular. Era como si la vida se estuviese escapando de sus viejos huesos, como ocurría con las raíces de la higuera moribunda.

—Ahora comerás un juramento, nieta. Y luego me dejarás sola.

La selva se estaba volviendo oscura y amenazadora. Ningún kikuyu salía jamás de noche debido a los numerosos peligros que representaban los animales y los malos espíritus. Pero la joven quería quedarse junto a su abuela hasta que la muerte se la hubiera llevado.

—No dejaré que te lleven mientras estés viva —dijo con voz enérgica, refiriéndose a las hienas, que ya empezaban a merodear por las cercanías.

La anciana Wachera meneó la cabeza.

—No me importa que se den un festín con mi carne mientras esté viva. Hay que honrar y respetar a las hienas, hija. No gritaré. Tienes que irte, pero primero el juramento.

Wachera estaba aterrorizada. Comer juramentos era la forma más poderosa de magia kikuyu; hacía que el alma de la persona quedase atada a su palabra. Faltar a semejante juramento significaba una muerte instantánea y terrible.



—Ahora vas a prometerme, nieta, por la tierra que es nuestra Gran Madre, que protegerás las antiguas costumbres y que las mantendrás para siempre jamás —la anciana recogió un poco de tierra con la mano. Hizo unas señales místicas sobre la tierra, cerró los ojos y dijo—: Algún día los hijos de Mumbi se volverán contra el hombre blanco y le expulsarán de la tierra de los kikuyu. Cuando llegue ese momento querrán volver a las costumbres de sus padres. Pero, ¿quién estará aquí para enseñárselas?

—Yo —susurró la joven Wachera.

La hechicera puso la tierra en las manos de su nieta.

—Jura por la tierra nuestra Gran Madre que conservarás las costumbres de la tribu y que te comunicarás siempre con los antepasados.

Wachera alzó las manos hasta la boca, metió la lengua en la tierra y, tragándosela, dijo:

—Lo juro.

—Jura también, Wachera, que serás la hechicera de nuestro pueblo y ejercerás los ritos y la magia de nuestras madres.

De nuevo Wachera comió la tierra y prestó el juramento.

—Y prométeme, hija mía de mi alma... —la anciana se esforzó por tomar aliento. Su cuerpo parecía encogerse ante los ojos de su nieta—. Prométeme que te vengarás del hombre blanco de la colina.

Wachera comió el juramento, prometió vengarse del *tzungu* y vio morir a su abuela.



CAPÍTULO 12

Había cruzado la selva de noche sin sentir temor, pues sabía que el espíritu de la abuela caminaba a su lado. Wachera caminaba con pasos decididos, los ojos ciegos a las oscuras formas de cabezas y flancos que la rodeaban, las orejas sordas a los ruidos que hacían las hienas que se estaban dando un banquete con carne humana. Se abría paso entre la espesura con David abrazado a su cuerpo fuerte y joven, el valor y la determinación llenándola a cada paso como si el poder de la abuela corriese por sus venas. Su timidez y humildad desaparecían con cada árbol que pasaba; con cada roca que pisaba y cada ramita que se partía bajo los pies, sus temores e incertidumbres juveniles se rompían y eran arrojados a un lado. Wachera crecía mientras caminaba, crecía en espíritu y en estatura. Se había aprendido de memoria todas las palabras que acababa de decirle la anciana Wachera; las recordaría hasta el día de su muerte.

Por fin salió de la selva y se encontró en el claro donde antes estaba el árbol sagrado y donde ahora había una choza solitaria a la luz de la luna. Sosteniendo a su bebé, el único que iba a tener en su vida, ahora lo sabía, la joven Wachera, convertida en la hechicera del clan, volvió sus ojos hacia la gran casa de piedra de la colina.

* * *

—Esto parece una coronación, ¿verdad?

Lo dijo su excelencia el gobernador, que, debido a su alto rango en el protectorado, era quien más cerca estaba de la escalinata de la casa. La excitación era palpable en el aire nocturno. Las antorchas ardían a lo largo de la calzada curva que llegaba hasta el camino de tierra por donde seguían llegando invitados. Los reunidos hablaban en voz baja, comentando con emoción el espectáculo que Treverton había orquestado. Las copas de vino lanzaban destellos bajo la luz de la luna; las ginebras rosas se agitaban en los vasos altos. Todo el mundo esperaba ansiosamente la llegada del conde y la condesa, tras la cual tendrían todos la oportunidad de ver por dentro la magnífica casa nueva y disfrutar luego de un festín en regla.

—Me han dicho que toda la iluminación es de bombillas. Treverton ha instalado un generador o algo así, la primera electricidad que hay en la provincia.

—Tengo entendido que mañana habrá polo —dijo otra persona. Era Hardy Acres, el director del banco más importante de Nairobi, con quien casi todos los presentes estaban endeudados.



—Si el tiempo aguanta —añadió un hombre a su lado. Las caras se volvieron hacia el cielo nocturno, donde brillaban la luna y las estrellas. Aun así, algunos creían notar una humedad desacostumbrada. ¿Y no soplaba un poquito de brisa? Sólo faltaba un buen ventarrón y las nubes bajarían del monte Kenia y traerían... lluvia.

—¡Atención! —dijo otra voz—: ¡Ya vienen!

Valentine Treverton sabía que en el África Oriental británica podía sustituirse el buen gusto por la espectacularidad sin que ocurriera ningún percance porque ello formaba parte de la magia de vivir en el protectorado. Al igual que a otros colonos, el sol ecuatorial afectaba a Treverton; el estilo se convertía en ostentación y su sentido de la pompa rozaba la parodia. Todo el mundo lo aceptaba y disfrutaba con ello. Así, cuando la carreta bajó por la calzada, tirada por poneys enjaezados al estilo árabe, con campanillas y cascabeles, la carreta decorada con cintas y flores, conducida por un africano vestido con la librea de la familia Treverton, sin olvidar el blasón bordado en el pecho y un sombrero de copa de terciopelo verde, los invitados aplaudieron con entusiasmo. A los colonizadores del África Oriental les gustaba un buen espectáculo.

Todo el mundo se hacía cargo de que en el protectorado las reglas eran diferentes y a menudo se improvisaban sobre la marcha. Los fines de semana dedicados a cazar, beber y tirar al blanco ayudaban a olvidar que las cosechas se estaban marchitando en los campos, que los africanos morían de hambre y enfermedad y de que acechaba muy de cerca una amenaza real: la de tener que hacer las maletas y volver a Inglaterra, reconociendo el fracaso.

«Bendito sea Valentine Treverton», pensaban todos. Sabía cumplir su palabra y ciertamente esa noche lo estaba demostrando. Sus invitados le adoraban por ello.

Lady Rose estaba deslumbrante cuando se apeó de la carreta, sujetando con la mano un ramo de lirios blancos, nada menos. ¿Dónde los habría conseguido Treverton en plena sequía? ¡Y el peinado de la condesa! Todas las mujeres tomaron nota de que deberían cortarse el pelo, abandonar sus anticuados peinados estilo Gibson, y adoptar el nuevo ondulado marcel, como correspondía a la mujer nueva y libre, el peinado que en Europa causaba escándalo pero que lady Rose acababa de convertir en aceptable. Su vestido largo, adornado con cuentecillas, dejaba una estela detrás de ella. Sonrió y saludó con la cabeza mientras subía la escalinata, el pelo reluciendo como platino bruñido a la luz de las antorchas. Valentine caminaba a su lado, orgulloso y digno; decididamente, era el hombre más guapo de todos los presentes. Les seguía la doctora Grace Treverton, vestida de un modo más conservador que su cuñada; la señora Pembroke iba con ella, llevando a la pequeña de nueve meses, Mona; y cerraban la comitiva sir James y lady Donald, los mejores amigos de los Treverton, sus invitados de honor.

Dos criados sonrientes abrieron las puertas y Valentine condujo a su esposa hacia el interior de su nuevo hogar por primera vez.



A ojos de Rose todo era tan fabuloso como se lo había imaginado... ¡más aún! Valentine había instalado pequeñas sorpresas en todas partes: una cómoda antigua, de patas altas, donde estaba expuesta su porcelana Spode tras pasar casi todo un año guardada en una caja de embalaje; el maravilloso reloj de caja en el salón, donde se columpiaba con el tiempo; y un retrato de los padres de Rose que Valentine había pedido en secreto y que ahora aparecía colgado en el comedor. Y la mayor y mejor de todas las sorpresas: un árbol de Navidad en el centro del salón, cortado en el bosque de Aberdare y adornado con velitas encendidas, oropel y chucherías diversas. En su base había nieve artificial.

Rose se emocionó y, volviéndose hacia él, le abrazó al tiempo que decía:

—¡Valentine, amor mío!

Cuando se besaron todos los presentes prorrumpieron en vítores, exceptuando los criados kikuyu, que, siendo miembros de una tribu donde no se besaba, se preguntaron por qué la memsaab y el bwana juntaban sus bocas.

Miranda West, que había llegado de Nairobi el día antes y trabajaba en la cocina desde antes del amanecer, puso esmero en que sus obras maestras se sirvieran ordenadamente. Como era imposible que doscientos invitados se sentaran juntos, se sirvió un banquete estilo bufete, y los invitados fueron atendidos por sirvientes africanos que llevaban chalecos escarlata de Zanzíbar con bordados de oro sobre largos kanzus blancos, las manos enfundadas en guantes también blancos. Los pasteles de patatas fritas de Miranda acompañaron el asado de gacela, las truchas arco iris del menguante embalse de Valentine, las aves con miel cocidas al horno y el jamón de Rift Valley. Los bizcochos se comían con mantequilla y compota; el salmón de Miranda se sirvió sobre rebanadas de pan de elaboración casera; y hasta los ponches fueron creación suya; en poncheras de cristal tallado con cacillos y vasos que hacían juego se ofrecieron los famosos refrescos y claretos. La comida arrancó suspiros de éxtasis y melancolía de los invitados llenos de añoranza, que de pronto se acordaban de Inglaterra y de lo que habían dejado allí a cambio de una vida nueva e incierta. Incluso había músicos con violines y un acordeón que interpretaron villancicos. Bellatu relucía en la noche, en su solitaria cima, como un reino que cobrase vida una vez cada cien años. En muchos kilómetros a la redonda los nativos, acurrucados en sus chozas oscuras y llenas de humo, con sus hijos y sus cabras, temerosos de la oscuridad, escuchaban los sonidos desconcertantes, de risas y música, de los *wazungu*. Un elefante solitario berreaba en la ladera de una montaña cercana, como si quisiera recordarles a los de la fiesta dónde estaban en realidad.

Los invitados salieron a la veranda, al jardín, y algunos incluso se las ingenieron para subir furtivamente a echar un vistazo a las alcobas. Valentine no se separaba de Rose ni un solo momento. Era una pareja encantada que derramaba magia y bendiciones sobre todas las personas a las que tocaba. La suerte de Treverton en el protectorado se había convertido en una leyenda durante el último año; cuando todas las cosechas ajenas perecían por falta de agua, sus plantones estaban fuertes y



verdes. Incluso tenía una forma misteriosa de tratar a los africanos, que le eran fieles y, al parecer, nunca huían ni le sacaban el cuerpo al trabajo. La gente se agolpaba alrededor del conde y su bella esposa, con la esperanza de que se les pegara parte de su encanto.

Grace huyó a la terraza, donde se detuvo junto a un seto recortado y volvió los ojos hacia el río Chania.

—Me parece que tu hermano se ha superado a sí mismo —dijo sir James, acercándose a ella—. Lo de esta noche dará que hablar durante muchos años.

Grace se rió y bebió un sorbo de champán.

—¿Cómo diablos puede Valentine permitirse todo esto? —preguntó James.

Grace no contestó. Sabía que su hermano estaba gastando mucho dinero de los ingresos que le producían las rentas de Bella Hill y rogaba a Dios que su buen juicio le dijese cuándo tenía que detenerse. La finca de Suffolk no era un pozo sin fondo.

Tres hombres pasaron cerca de ellos y sus esmóquines blancos les dieron un aspecto fantasmal bajo la luz de la luna.

—Cuando voy de safari —dijo uno de ellos—, prefiero dormir al raso. El cielo es un buen techo, ¡siempre y cuando no tenga goteras!

James alzó su copa de coñac y sonrió a Grace, que se vio atrapada en su sonrisa, en las arruguitas que tenía alrededor de los ojos.

En el momento de doblar el seto, uno de los tres hombres, comiéndose un poco las palabras, dijo:

—Me han dicho que hay un ejemplar monstruoso cerca del lago Rodolfo —y la conversación, al mismo tiempo que se apagaba, empezó a girar en torno a la caza de elefantes.

James se puso pensativo y una expresión distraída apareció en su cara; la copa siguió junto a sus labios, sin que la tocara.

—¿Ocurre algo malo? —preguntó Grace.

—Sólo estaba recordando... —dejó la copa sobre el borde de mármol de una bañera para pájaros—. Mi padre cazaba en busca de marfil. Cuando tuve edad suficiente, empezó a llevarme con él en los safaris. Recuerdo que yo acababa de cumplir los dieciséis cuando fuimos al lago Rodolfo.

James hablaba sin mirar a Grace y su voz se hizo lejana.

—Eso fue en 1904. Estábamos siguiendo la pista de un macho viejo que mi padre había herido con su primer disparo. Yo me quedé en el campamento, él se adelantó y lo encontró. El elefante cargó contra él y antes de poder disparar por segunda vez, el rifle se le encasquilló. Dio media vuelta y echó a correr, perseguido por el gigantesco animal. El encargado de llevar las armas vino a buscarme y me dijo que mi padre se



apartó justo en el momento en que el elefante se le echaba encima. El animal dio la vuelta, regresó y trató de clavarle los colmillos. Cuando llegué, mi padre había logrado reptar hasta colocarse detrás de la mandíbula del elefante, para que los colmillos no pudiesen alcanzarle, pero el animal empezó a golpearle con las rodillas. Disparé varias veces y abatí al animal, pero mi padre ya estaba muerto. El viaje de vuelta fue muy largo, varios cientos de kilómetros, y lo hice sólo con los porteadores nativos. Durante todo el camino me atormentó la preocupación sobre cómo iba a darle la noticia a mi madre. Pero cuando llegué a Mombasa me encontré con que había muerto de melanuria.

Miró a Grace, la expresión dulce.

—Fue entonces cuando me fui a Inglaterra a vivir con unos parientes. Al volver al África Oriental británica, tenía veintidós años y me había casado. Compré la tierra de Kilima Simba e importé vacas de Ayreshire para cruzarlas con toros Boran del país. Desde entonces no me he sentido con ánimos de cazar.

Miró con atención a Grace durante un momento, luego dijo:

—Aquí eres feliz de verdad, ¿no es así, Grace?

—Sí.

—Me alegro. Las personas que no aman al África Oriental no tienen derecho a estar aquí. Éste es el único mundo que conozco. Nací aquí y aquí moriré. Estos otros —señaló la casa ruidosa con un gesto— que vienen aquí con la intención de amasar rápidamente una fortuna, que explotan la tierra y a los nativos... son unos criminales. Los que no sientan amor por esta tierra deberían volver a su casa.

—¡Ésta es mi casa ahora! —dijo Grace con voz queda.

James sonrió y se puso a recitar en voz baja:

—Aquí en una tierra grande y bañada por el sol, donde ningún mal hiere hasta lo más hondo, apoyaré mi mano en la mano del vecino, y juntos expiaremos.

Hizo una pausa y parecía a punto de decir algo más cuando una voz se interpuso entre ellos.

—¡Ah, estáis aquí!

Al volverse, observaron que la esposa de James salía de la casa.

Una vez más, como en varias ocasiones durante los últimos diez meses, a Grace le pareció captar una expresión de desagrado o dolor en el rostro de Lucille. Pero siempre, como ahora, una sonrisa la sustituía en seguida.

—Me temo que allí dentro el ruido empieza a ser insoportable —dijo Lucille—. ¡Alguien está bailando danzas escocesas!

James se echó a reír.

—¿Os imagináis a estos juerguistas levantándose temprano para jugar al polo?



—¡Mi hermano se encargará de que se levanten! Lleva un mes ejercitando sus poneys. Sin duda veremos un buen partido. ¿Has hecho alguna apuesta, James?

—Me temo —dijo Lucille— que no vamos a quedarnos para ver los partidos de polo. Nos iremos a primera hora de la mañana.

—¿Os iréis?

—Lucille quiere ir a la misión metodista de Karatina para el oficio de Navidad.

—¡Pero si va a venir el padre Mario de la misión católica! Celebraremos una misa preciosa en el jardín.

La sonrisa de Lucille se endureció:

—No deseo asistir a un oficio católico. Ya es una lástima que sólo pueda ir a Karatina cuatro veces al año. ¿Sabes, Grace? Deberías escribir a tu sociedad misionera pidiendo un ministro en vez de las hermanas enfermeras que les pides.

—Pero es que necesito enfermeras, Lucille. Me hacen muchísima falta. Al parecer, no hay forma de enseñar a los kikuyu a tocar personas enfermas.

—Es que no sigues el método apropiado. Un ministro conseguiría que estos paganos abandonasen sus abominables costumbres y se hicieran cristianos. Entonces tendrías toda la ayuda que necesitas.

Grace la miró fijamente.

—¡Escuchad! —dijo James—. Están tocando *Noche de paz*.

Al bajar las voces y las risas de la fiesta, las cuerdas de los violines subieron hasta llenar la noche. Pronto la casa y los jardines se sumieron en el silencio mientras el himno navideño se elevaba hacia las frías estrellas ecuatoriales tan lejos de casa. Unas cuantas nubes humosas se despegaron del monte Kenia, como atraídas por la curiosidad, y cruzaron el cielo a la deriva.

Grace se encontraba entre James y Lucille y los tres miraron los salones brillantemente iluminados de Bellatu y la familia grande y muy diversa que se unía en una sola y conocida canción. Algunas voces se sumaron a los violines. Otras aportaban la armonía. Los sirvientes africanos contemplaban la escena con expresión fija mientras los *wazungu*, bulliciosos hacía sólo un momento y ahora reverentes, se ponían tristes y nostálgicos.

Miranda West salió de la cocina. Al otro lado del salón, de pie junto al árbol de Navidad, vio a lord Treverton, su voz de barítono dirigiendo el coro. Miranda pensó en el año nuevo, 1920, y en la promesa que contenía. Había una sola manera de conseguir que el conde fuera suyo, y era darle lo que más deseaba: un hijo varón.

Dio la coincidencia de que en ese momento Valentine pensaba lo mismo, pero en términos diferentes. Cogido de la mano de Rose mientras cantaban *Noche de paz*, pensó que el bromuro del doctor Hare no había resuelto el problema y pensó también en la nueva táctica que se proponía empezar esa noche. El polvo en el



chocolate vespertino de Rose sólo había servido para darle sueño, y Valentine no la quería así. Él quería que Rose respondiera, que le hiciese el amor. Sacó la conclusión de que la culpa había sido de tener que vivir en tiendas. Y del sentido de la delicadeza y la decencia que tenía Rose... Pero esa noche, por primera vez, la subiría a su alcoba, donde empezarían debidamente su vida matrimonial juntos, debajo del dosel de la ancestral cama imperial de los Treverton.

Lucille, de pie junto a su esposo en la terraza, sintiendo cómo la atenazaba el aire húmedo de la noche, intentó de todo corazón cantar para ahuyentar de su alma toda la amargura y la ira. Lady Lucille Donald, residente en el protectorado desde hacía diez años, esposa de ranchero y madre devota, ocultaba un secreto terrible: detestaba el África Oriental británica y maldecía el día en que saliera de Inglaterra.

—¡Memsaab! —susurró alguien en tono apremiante desde el otro lado del seto—. ¡Memsaab!

Al volverse, Grace vio a Mario, los ojos grandes y asustados en la oscuridad.

—¡Venga en seguida, memsaab! ¡Ha pasado algo malo!

—¿Dónde? ¿Qué es?

—Es el jefe Mathenge. ¡Venga en seguida!

Grace y James intercambiaron una mirada. Luego James dijo a Lucille:

—Quédate aquí, cariño. Iré con Grace.

Siguieron a Mario por un sendero serpenteante, salieron de los jardines de la casa, doblaron el borde de la selva y echaron a andar por la orilla del río. Mario los guiaba hacia Birdsong Cottage.

—¿De qué se trata, Mario? —preguntó Grace cuando llegaron a su casa—. ¿Dónde está el jefe Mathenge?

—Detrás de la casa, memsaab.

Al doblar la esquina y entrar en el pequeño huerto, Grace y James se detuvieron en seco. En la oscuridad pudieron distinguir una figura que yacía entre las plantas de maíz y judías.

—Tráeme la linterna, Mario —dijo Grace, corriendo hacia Mathenge.

El joven jefe yacía boca arriba y parecía dormido, pero Grace no le encontró el pulso. Y su piel estaba fría. James, arrodillado al otro lado, miró a Grace.

—¿Qué es? ¿Qué le ha pasado?

—No lo sé... —los ojos de Grace recorrieron el cuerpo del caído. No vio ninguna herida, ningún rastro de sangre. Pero estaba demasiado oscuro para ver bien. Nubes negras cubrían ahora la Luna.



Cuando Mario volvió con la linterna Grace iluminó con ella la cara de Mathenge. Su mano quedó paralizada.

—Dios mío —dijo sir James.

Mario soltó una exclamación y dio un brinco hacia atrás.

Grace miró la bella cara dormida, medio escondida por la mascarilla de éter. Buscó con la linterna al lado del cuerpo y vio que Mathenge tenía la botella de éter vacía en la mano derecha.

—Dios mío —volvió a musitar James—. ¿Cómo ha sucedido? ¿Quién ha hecho esto?

Grace sintió que el cuerpo se le enfriaba y entumecía mientras contemplaba los ojos de Mathenge, cerrados en el sueño eterno. No había señales de violencia en el cuerpo; la ropa no aparecía arrugada; el pelo, peinado todavía al estilo de los guerreros masai, reposaba, pulcramente trenzado, sobre la frente. De hecho, daba la impresión de haber entrado en el huerto para echarse y descabezar tranquilamente una siestecilla.

—No creo que nadie le haya hecho esto —dijo Grace, hablando despacio—. Lo hizo él mismo.

—No es posible. Los kikuyu no se suicidan.

Grace miró a James con ojos húmedos.

—Él no quería que fuese un suicidio. No pensaba matarse. Esperaba despertar igual que Mario...

—Santo Dios —dijo James, poniendo cara de incrédulo—. ¡Quería conocer el secreto del poder del hombre blanco!

—Es Navidad —dijo Grace, sollozando—, el nacimiento de su nuevo dios. ¡Mathenge creía en Dios! —rompió a llorar.

James se le acercó, la hizo levantarse y la rodeó con sus brazos. Mientras Grace lloraba sobre su hombro, más nubes se despegaron del monte Kenia y empezaron a llenar el cielo, borrando las estrellas, haciendo que la noche fuera más profunda y más oscura.

— ¡Yo tengo la culpa! ¡Yo tengo la culpa!

James la abrazó con fuerza.

—No es culpa tuya, Grace. Tú no eres responsable de la inocencia de África.

Grace lloró un poco más, luego se apartó de James y se secó las lágrimas de las mejillas. A sus pies yacía el cuerpo del hermoso jefe, otrora orgulloso, a quien el hombre blanco le había quitado la lanza. Mientras se estremecía en el refugio de los brazos de James, Grace contempló la figura oscura y patética que yacía entre las plantas y se dio cuenta de que acababa de suceder algo profundamente significativo.



Con la muerte infantil de Mathenge desaparecía el último de los auténticos guerreros de África. Y algo más...

— ¿Crees que habrá complicaciones? —preguntó mientras caminaban hacia la casa.

James dijo que no. Mathenge no había sido asesinado, no había causa alguna para vengarse de otro clan. Le enterrarían discretamente y nombrarían a otro jefe en su lugar.

Al llegar a la casa, encontraron a Hardy Acres, el bien alimentado banquero, vestido de Papá Noel y repartiendo regalos que iba sacando de un saco inmenso. Grace evitó la multitud y se acercó a su hermano, que estaba sentado como un rey presidiendo el reparto de su largueza. Cada regalo iba envuelto y llevaba una etiqueta con un nombre: perfume, pañuelos de encaje o peines de plata para las señoras; cuchillos de monte, pañuelos de seda o billeteros de piel de cocodrilo para los caballeros.

Grace se acercó a Valentine por detrás y le susurró al oído.

—Ahora no, chica —dijo él alegremente.

—No me has oído, Valentine. Te digo que ha habido un accidente.

—Pues ocúpate tú, que eres el médico.

Unos cuantos obsequios cómicos repartidos entre la multitud provocaban grandes carcajadas. Luego un ruido sordo, demasiado fuerte para ser risa, hizo que todo el mundo callase y alzara los ojos hacia arriba. En ese momento se oyó un trueno muy fuerte.

—Oye —empezó a decir el señor Acres—. ¿No será que...?

—Val —dijo Grace, aprovechando el silencio—, tienes que venir conmigo. Se trata del jefe Mathenge...

—¿Dónde se ha metido ése? Estaba invitado a la fiesta, ¿sabes?

—Cielo santo —dijo sir James—. ¿Y también invitaste a su esposa?

Grace levantó la vista justo en el momento en que todo el mundo se volvía hacia la puerta principal. Un silencio impresionante llenó el salón; doscientos pares de ojos miraban fijamente, sin poder dar crédito a lo que veían.

Wachera, inmóvil como una estatua, se encontraba debajo de la araña de cristal de la entrada y parecía haber surgido de la nada. Miraba con fijeza el mar de caras blancas, una figura exótica sobre el fondo de la percha de caoba para sombreros, el paragüero de latón. Wachera iba vestida para una ocasión especial.

Un vestido y delantales de cuero cubrían su cuerpo fuerte y esbelto. Fila sobre fila de collares de abalorios cruzaban su pecho y sus hombros, subiendo por el cuello, dando la impresión de sostenerle la cabeza. Grandes círculos de cuentecillas sobresalían de sus orejas, que aparecían perforadas por arriba, por abajo y también



por los lóbulos. Cuentecillas y abalorios de cobre y cintas de cuero cosidas con conchas de cauri cubrían los brazos hasta los codos y las piernas hasta las rodillas. Más sartas de abalorios le cruzaban la frente; aros de cobre le rodeaban el cráneo negro y afeitado; una tira sola con tres abalorios le colgaba entre los ojos y reposaba sobre el dorso de la nariz. Los ojos, muy abiertos y sesgados sobre pómulos salientes, miraban a la multitud atónita con expresión indescifrable.

Reponiéndose de la sorpresa que había experimentado al verla, Valentine se levantó y dijo:

— ¿Qué diablos hace aquí?

Wachera dio un paso hacia adelante y la gente se apartó. Fue entonces que Grace vio al pequeño David, el hijo de Mathenge, desnudo a excepción de un collar, aferrado a la mano de su madre.

Valentine hizo una señal a los criados para que la sacaran, pero los africanos no se movieron. A pesar de sus nombres cristianos y de que hablaban el inglés con soltura, a pesar de los guantes, los sirvientes eran kikuyu y temían a la hechicera.

— ¿Qué quieres? —preguntó finalmente Valentine.

Wachera echó a andar hacia él y cuando sólo los separaban unos pasos se detuvo y lo miró.

Sus ojos se cruzaron y luego lord Valentine volvió a sentarse lentamente.

«Sin duda —pensó—, ésta no es la misma muchacha tímida y apocada que se presentaba humildemente en el campamento, saludando con reverencias y ofreciendo obsequios!» Entornó los ojos y miró a su alrededor. «¿Dónde estará la abuela?»

Y no fue un murmullo humilde lo que llenó el salón cuando Wachera empezó a hablar, sino la voz de un espíritu orgulloso y desafiante. Wachera hablaba en kikuyu, que pocos de los presentes entendían, pero sir James tradujo sus palabras.

—Habéis profanado un terreno sagrado —dijo la hechicera—. Habéis destruido el hogar de los antepasados. Habéis cometido suciedades contra el Señor de la Luz. Seréis castigados.

Valentine quedó estupefacto.

— ¿De qué diantres habla?

Wachera prosiguió:

—Invoco a los Espíritus del Viento —Wachera alzó la calabaza sagrada de adivinación que llevaba al cinto y contenía amuletos mágicos recogidos por una antepasada sin nombre siglos antes. Al agitarla, el ruido llenó la casa—. ¡Los antepasados lanzan *thahu* contra este lugar de pecado! —agitó la calabaza apuntando hacia los cuatro rincones, diciendo—: Espíritus malos moran allí. Y allí. Y allí —alzó la calabaza por encima de su cabeza—. Y bajo vuestro techo. Hasta que esta tierra sea



devuelta a los hijos de Mumbi, conoceréis la enfermedad y la desdicha y la pobreza todos los días de vuestra vida. Hasta que esta tierra sea devuelta a los hijos de Mumbi, el camaleón visitará esta casa sucia.

—¡El camaleón! —exclamó Valentine, moviéndose con impaciencia en la silla. Si los criados no la echaban, la echaría él.

James dijo:

—Para los kikuyu, el camaleón simboliza la peor suerte. Al invitar a un camaleón a venir a tu casa, te desea que...

—Hasta que esta tierra sea devuelta a los hijos de Mumbi —dijo Wachera en tono apagado—, vuestros hijos beberán del rocío.

—¿Y qué diablos significa eso?

—Es un proverbio kikuyu. Beber del rocío significa desaparecer.

—Bueno —dijo Valentine, poniéndose en pie—. Ya hay suficiente. Fuera de mi casa.

—¡*Thahu!* —exclamó Wachera—. ¡Que una maldición caiga sobre vosotros y vuestros descendientes hasta que esta tierra sea devuelta a los hijos de Mumbi!

—¡He dicho que fuera! —Valentine miró a su alrededor—. ¿Dónde demonios está Mathenge? ¡Creía que esta gente sabía tener a sus mujeres a raya! ¡Vosotros! —señaló a dos africanos aterrorizados—. Sacad a esta mujer de aquí —pero el miedo los tenía paralizados. Por la mañana se irían lejos de esa casa sobre la que pesaba una *thahu*.

—¡Muy bien, pues! —gritó Valentine. Se acercó a Wachera y alargó la mano para cogerle un brazo. En ese momento un trueno terrible sacudió la casa. Y luego se oyó el suave susurro de la lluvia.

—¡Oíd! —exclamó uno de los invitados—: ¡Está lloviendo!

La multitud se dispersó y corrieron todos hacia las ventanas y las puertas. Salieron todos al exterior, alzando las caras y las manos hacia el glorioso aguacero, abrazándose unos a otros, riéndose, delirantes de gozo.

La lluvia golpeaba con fuerza el tejado y los cristales de las ventanas mientras los truenos llenaban el valle sediento.

—¡Bueno! —dijo Valentine en tono triunfal. Miró a Wachera cara a cara, los pies separados, las manos en las caderas—. Si esto es lo que tú consideras una maldición, ¡bienvenida sea! —echó la cabeza hacia atrás y soltó una carcajada. Luego giró en redondo, cogió la mano de Rose y la condujo a través del salón para reunirse con la multitud empapada en la galería.

Sólo sir James y Grace se quedaron en el salón, y también la pequeña Mona en su silla alta. Wachera hizo una pausa para dirigir a los tres una mirada larga, atenta, luego se dispuso a salir, sujetando con fuerza a David.



— Espera — dijo Grace —. Tengo algo que decirte. Es sobre Mathenge.

Wachera se detuvo y dirigió una mirada ponzoñosa a Grace.

— Mi esposo ha muerto — dijo en kikuyu, y aunque no añadió «Y tú lo mataste», la acusación estaba en sus ojos.

* * *

No habría ningún partido de polo ni ninguna cacería al día siguiente; el campo donde estaban las tiendas de los invitados sería un cenagal que llegaría hasta la rodilla; el viaje de vuelta a los hogares y granjas lejanos sería casi imposible e incomodísimo. Pero a nadie le importaba. La lluvia por la que tanto habían rezado había llegado por fin y caía tan torrencialmente, tan ininterrumpidamente, sin que se viera el fin de las nubes negras, que todo el mundo sabía que las cosechas y las inversiones iban a salvarse.

Al volver a su casa, Grace se había encontrado con que los animales salvajes ya se habían llevado el cadáver de Mathenge, y pensó con tristeza que probablemente era lo que él habría deseado. Ahora Grace dormía en la cama con Sheba, el guepardo grande, apretado contra su espalda y roncando. Sir James y Lucille estaban cómodamente instalados en una de las habitaciones para invitados de la casa grande, al igual que el gobernador y lord y lady Delamere, mientras los otros doscientos invitados, incómodos pero felices, se las arreglaban como podían en tiendas con goteras y camastros húmedos. Sólo una persona no estaba en paz con el resultado de la velada. Sentada ante su tocador, cepillándose el pelo recién cortado, lady Rose se sentía desconcertada.

Después de un jugueteo decoroso bajo la lluvia, ella y Valentine había deseado las buenas noches a sus invitados y se habían retirado al segundo piso, donde les aguardaban sendos baños calientes. Rose se había llevado una sorpresa agradable al ver lo bien amueblada y decorada que estaba la mitad superior de la casa: las bañeras con grifos de agua fría y agua caliente; los sanitarios de cerámica; alfombras turcas sobre el piso de cedro; cuadros y fotografías en las paredes. Todo despedía calor hogareño, especialmente con la tempestad que rugía en el exterior. Y, pese a ello...

Rose se sentía extrañamente inquieta. Valentine estaba en el baño, cantando. La había acompañado a esa alcoba y le había dicho que no tardaría en reunirse con ella. En esa habitación Rose había encontrado sus baúles vacíos, y todas sus cosas colgadas y guardadas en su sitio, los perfumes y los cosméticos sobre el tocador. Saltaba a la vista que éste era su dormitorio. Entonces, ¿cuál era el de Valentine?

Éste salió del cuarto de baño enfundado en su pijama de seda con las iniciales bordadas y su bata, el pelo negro húmedo y ensortijado sobre la frente.

— Felices Navidades, querida — dijo, acercándose a ella —. ¿Lo has pasado bien?

Rose miró la imagen de Valentine reflejada en el espejo. Notaba el calor del cuerpo de su esposo a través de su peinador de raso. Qué guapo era, qué perfecto.



«Que me abrace esta noche antes de dormirme».

—Ha sido maravilloso, Valentine. Ha sido mejor de lo que había soñado. Pero esta lluvia estropeará el resto de las diversiones. Me hacía tanta ilusión almorzar en el jardín mañana. La señora West pensaba servir un té como es debido.

Valentine apoyó suavemente sus manos sobre los hombros de Rose.

—La lluvia es muy necesaria, querida. Ahora las reses de James no morirán y nuestro café no se echará a perder y el señor Acres no tendrá que ejecutar prácticamente todas las hipotecas del protectorado.

Valentine se arrodilló a su lado.

—Tengo un regalo para ti —dijo.

Rose parpadeó. El champán, la altitud...

Valentine le entregó un estuche pequeño envuelto en papel navideño. Rose lo abrió apresuradamente y lanzó una exclamación al ver el collar de jade y esmeraldas que había dentro.

—Cuatro continentes han intervenido en su elaboración —dijo él—. ¿Te gusta?

Rose le rodeó el cuello con los brazos.

—¡Valentine, querido! ¡Es exquisito! Pero todavía no he envuelto tu regalo. Pensaba dártelo por la mañana.

—Puede esperar —sus brazos le rodearon el talle—. ¿Eres feliz?

Rose hundió el rostro en su cuello.

—Nunca me había sentido tan feliz. La casa es perfecta, Valentine. Gracias.

Valentine sintió deseos de gritar de alegría. Las cosas estaban saliendo exactamente como las tenía planeadas. Todos los meses de trabajar denodadamente, de *azuzar* a los nativos con su látigo, de hacer los pesados viajes a Nairobi, de desear dolorosamente a su esposa...

Su boca buscó la de Rose.

Valentine la besó dulce y castamente mientras ella reposaba en sus brazos, llena de dicha. Pero cuando el beso se volvió apasionado y su boca empezó a moverse sobre la de ella, Rose se echó hacia atrás y se rió.

—¡Ha sido un día tan ajetreado, cariño! Y estoy muy cansada.

—Entonces vamos a acostarnos.

Valentine apartó el cubrecama, dejó la colcha en los pies después de plegarla y se agachó para quitarle las zapatillas a Rose. Ella se sentó en el borde de la cama y suspiró lánguidamente.



«¿Cómo era posible -se preguntó- que hubiese encontrado al hombre con el que había soñado desde que era niña y se hubiese casado con él? Era tan galante, tan caballeroso, como un caballero con armadura...»

Valentine se quitó la bata y la dejó en una silla.

—¿Qué haces, cariño? —preguntó Rose.

—Ya sé que suelo acostarme tarde después de un día muy largo —repuso él, acercándose a la cama y retirando el cobertor del otro lado—, pero esta noche haré una excepción.

Rose siguió sentada en el borde, tapada hasta la barbilla con las sábanas. No tenía idea de que Valentine acostumbrara acostarse tarde; durante los últimos nueve meses apenas se habían visto por la noche. Lo que le había preguntado era por qué se disponía a meterse en su cama.

—De veras estoy cansada —dijo prudentemente—. ¿No preferirías irte a tu propio dormitorio?

Valentine se rió.

—Querida, ¡éste es mi dormitorio!

Rose le miró fijamente.

Valentine estaba de pie junto al lecho, los ojos vueltos hacia abajo para mirarla.

—Cuando dormíamos en tiendas era razonable que cada cual tuviera la suya. Pero ahora estamos en nuestra propia casa, querida. Y estamos casados.

—Oh —dijo ella.

—Todo irá bien —dijo él dulcemente—. Ya lo verás. Sencillamente tenemos que acostumbrarnos otra vez el uno al otro. Igual que cuando estábamos en Bella Hill.

¡Bella Hill! Rose se encogió entre las almohadas. En Bella Hill él había abusado de ella, la había humillado, y Rose lo había odiado por ello. Pero los últimos diez meses en el África Oriental habían mejorado las cosas. Sin duda Valentine no se proponía... Sin duda Grace le había explicado que...

—¿Ocurre algo malo? —preguntó Valentine, y, al alargar la mano para tocarla, Rose se apartó. Unos truenos bajaron rodando desde la montaña y estallaron sobre la casa.

—Creía que ibas a tener tu propio cuarto.

Valentine vio el temor en su rostro, notó que el cuerpo de Rose se ponía rígido. Volvieron a oírse truenos y la casa se estremeció.

«¡Cielos! -pensó Valentine-. ¡Otra vez! ¡Todavía igual! ¡No es posible!»

—Rose, vas a tener que aceptar el hecho de que soy tu esposo, que no soy ningún primo cariñoso o un hermano. Tengo derecho a dormir contigo.



Rose se puso a temblar. Sus ojos se abrieron mucho y en ellos apareció una expresión de miedo, como los de una gacela, como si Valentine fuese a disparar contra ella. Valentine había visto la expresión en muchos safaris de caza; él no se la merecía en su propia cama.

—Maldita sea, Rose —dijo, cogiéndole el brazo.

—¡No! —exclamó ella.

—Rose, ¿se puede saber qué...?

—¡No! Por favor... —sus ojos se llenaron de lágrimas.

—Oh, por el amor de Dios.

—¡Déjame en paz!

La luz de un relámpago iluminó la habitación. Rose estaba pálida como un fantasma; Valentine notó que su piel se enfriaba bajo sus dedos. Volvió a tronar, esta vez más cerca. El aire estaba cargado de electricidad, como si la tempestad hubiera invadido la alcoba. Valentine sintió que su ira crecía, al igual que su pasión.

—¡No pienso seguir tolerando esto! —gritó—. Han pasado diez meses desde que nació la niña. No tienes nada malo.

Rose se soltó e intentó huir corriendo, pero Valentine la arrastró de nuevo a la cama. Con una mano le sujetó las muñecas mientras con la otra tiraba furiosamente del peinador. El raso se separó de la piel blanca y Rose volvió a chillar.

—¡Anda, sigue gritando! —exclamó él—. Así se enterarán tus condenados amigos. ¿Crees que me importa? —Rose forcejeaba debajo de él, tratando de zafarse; una de sus manos se soltó y arañó el cuello de Valentine—. Quiero lo que es mío —dijo él—. Y si tú no me lo das, lo tomaré como pueda.

Los relámpagos rasgaban el cielo alrededor del monte Kenia, proyectando una luz fugaz y áspera sobre la escarpada cima de la alta morada de Ngai. Las paredes y los cimientos de Bellatu temblaron; el viento azotaba frenéticamente los árboles de la selva, los altos eucaliptos del pequeño claro de Rose. La tempestad cayó sobre la finca Treverton como un castillo, llevándose la tierra, ahogando los tiernos plantones de cafeto, convirtiendo el río en una inundación furiosa que rompió la presa y se desbordó por las márgenes.

Wachera, la hechicera kikuyu, estaba sentada en el interior de la choza que sería su hogar durante los siguientes siete decenios; sus ojos miraban fijamente las ventanas de la casa del hombre blanco en la colina. En una de ellas, en el segundo piso, las luces parpadearon hasta apagarse.



Segunda parte

1920



CAPÍTULO 13

—¡Bien! —dijo Audrey Fox, probando el jabón de la olla para ver si estaba frío y seco—. ¡Ahora somos legítimos! ¡Ya no somos un protectorado, sino una colonia! De todas formas, no me gusta demasiado el nombre de Kenia. Significa «avestruz» en la lengua de la tribu local, ¿no es así? Me gustaba más el de África Oriental británica. Y, además, sonaba a británica, que es lo que somos, británicos. Kenia es un nombre africano.

Mary Jane Simpson, que sujetaba a su díscolo hijo mientras Grace le examinaba la oreja, se hizo eco de los sentimientos de su amiga y luego gritó:

—¡Lawrence! ¡Te lo digo por última vez! ¡Deja en paz a ese gato!

Estaban en la cocina de Lucille Donald en Kilima Simba, cinco mujeres y multitud de niños ruidosos. Mientras la señora Fox hacía bolas con el jabón que había elaborado durante toda la mañana, utilizando grasa de carnero y cenizas de hoja de platanero, Cissy Price comprobaba los pañales de los dos pequeños que se encontraban en el parque plegable. Mona estaba seca, pero Gretchen se había mojado. Después de despejar un poco la mesa de la cocina, Cissy colocó en ella a Gretchen y procedió a cambiarle los pañales. A pesar del frío día de junio, en la cocina hacía calor y a las cinco mujeres les relucía la cara debido al sudor.

—Esto le irá bien —dijo Grace, mojado un poco de algodón en aceite de sésamo e introduciéndolo en la oreja del chiquillo—. De ahora en adelante, Mary Jane, vigila dónde mete la cabeza. Este país es una amenaza para las orejas.

Mientras se disponía a atender al siguiente niño, Grace, sin poder evitarlo, dirigió un rápido vistazo por la ventana de la cocina. Sir James aún no había salido del establo.

Por la mañana sir James le había dicho que tenía una sorpresa para ella, algo especial que quería enseñarle, y le había pedido que esperase un poco antes de volver corriendo a casa. Pero luego se había presentado uno de los vaqueros diciendo que una vaca tenía dificultades para parir y James se había marchado apresuradamente, dejándola muy intrigada, preguntándose en qué consistiría la sorpresa,

—Ser una colonia nos beneficiará mucho —dijo Lucille. Estaba preparando la masa del pan y dividiéndola en bandejas de lata para meterla en el horno. Por la tarde, al irse sus invitadas, cada una de ellas se llevaría una barra de pan recién



hecho. A su vez, ella recibiría un poco del jabón casero de Audrey Fox, al igual que las demás, así como un poco de la lana que Mary Jane Simpsoni había traído de su granja de ovejas para cambiarla por pan y jabón y asistencia médica. Grace se había presentado con su maletín.

El siguiente era el pequeño Roland Fox, que tenía niguas en los dedos de los pies.

—Antes —dijo Lucille, comprobando la temperatura del horno Dover—, el chico que ayudaba a la cocinera hacía las veces de médico. Teníamos que recurrir a él siempre que nos pasaba algo. Era todo un experto en extraer niguas.

—¡Preferiría morirme! —declaró la joven Cissy, que había llegado a la región de Nanyuki hacía sólo un mes y ya pensaba que ojalá estuviera de vuelta en Inglaterra. Al igual que las dos mujeres que estaban ahora con ella en la granja Donald, el marido de Cissy había recibido una concesión de tierra por ser ex combatiente. Empujado por visiones y sueños, se había traído a la familia en una carreta con toldo y ahora iba tirando con lo que conseguía arrancar de la tierra. Estas reuniones en casa de una de ellas, típicas de la vida en Kenia, eran su única fuente de diversión y compañía, así como una oportunidad de cambiar los productos o artículos que les sobraban por otros que les hacían muchísima falta.

Cissy terminó de cambiarle los pañales a Gretchen y volvió a colocar a la niña en su parque plegable, donde las dos pequeñas, de dieciséis y trece meses respectivamente, jugaban sin armar ruido.

—¿Qué hacéis si os pasa algo realmente grave? —preguntó Cissy.

—Rezar —dijo Lucille, metiendo la masa de pan en el horno.

Grace curaba el pie de Roland, sin apenas prestar atención a lo que decían las demás. Le parecía que todas hablaban a la vez, mientras los críos corrían por toda la casa, llorando, gritando e imitando el estampido de armas de fuego. El estruendo era insoportable y Grace necesitaba desesperadamente pensar.

Los problemas se amontonaban en su cerebro.

La pasada semana de junio había estado llena de ceremonias y festejos para conmemorar el nuevo estatuto de Kenia, que ahora era una colonia de la corona. Como si pertenecieran a la realeza, Valentine y Rose habían estado en Nairobi, presidiendo diversos actos que habían culminado con el descubrimiento de una estatua de bronce del rey Jorge V, donación de Valentine a la colonia. Había sido una semana de carreras, cacerías, fiestas y discursos.

En Nairobi, Valentine y su esposa se alojaban en el hotel Norfolk, el único lugar donde se hospedaban los que eran alguien.

Pero tenían habitaciones separadas. Se las arreglaron para explicarlo con una mentira: Rose sufría ataques de asma por la noche y no deseaba turbar el sueño de su esposo. Todo el mundo aceptó la explicación, aunque sin dejarse convencer por ella. En el África Oriental era imposible tener secretos, porque todo acababa sabiéndose.



Cuando Rose se dio cuenta de que estaba embarazada después de la fiesta de gala celebrada en Bellatu por Navidad, la noticia llegó hasta Tanganika antes de que hubiera transcurrido una semana. Y cuando tuvo un aborto al cabo de tres meses, también eso llegó a conocimiento de todo el mundo, incluyendo el detalle de que el bebé era varón. Desde entonces circulaba el rumor de que el conde y la condesa dormían separados y se susurraban motivos.

—Grace —le había dicho Rose, que seguía guardando cama a causa del aborto—. Dile a Valentine que jamás debe volver a tocarme —venía a ser el mismo ruego que Grace ya había oído de ella en una ocasión anterior, pero esta vez Rose se había mostrado sorprendentemente franca al hablarle—. Esta obligación me parece repugnante. Ahora ya sé qué quieren decir cuando hablan de la «alcoba del amo». Da gracias a Dios de no estar casada, Grace.

¿Y qué podía contestarle Grace? ¿Que sus propios sentimientos eran exactamente los contrarios? ¿Que ansiaba aquel contacto íntimo entre los amantes? ¿Que tejía fantasías en las que se acostaba con sir James? Rose no lo hubiese entendido.

Mientras le vendaba el dedo del pie a Roland, Grace volvió a mirar furtivamente por la ventana.

—¿Qué tal te va la clínica, Grace? —le preguntó Audrey Fox.

Grace envió a Roland a jugar con los otros chiquillos, tras advertirle que en lo sucesivo llevara siempre zapatos, y se puso a ordenar sus cosas. La visita de ese día no le había exigido tanto como otras: sólo un frasco de aspirina para los calambres mensuales de Cissy; una ojeada rápida a la garganta de Henry, que estaba irritada, no debido a alguna enfermedad, sino de tanto chillar; una loción para las manos agrietadas de Lucille; un reconocimiento rutinario del embarazo de Mary Jane, y los achaques de escasa importancia de los niños. Ahora ya había terminado. Metería las cosas en el maletín y volvería a casa. Pero James le había dicho que esperase. Que tenía una sorpresa para ella.

—La clínica va bien, gracias —dijo, poniendo sus instrumentos en remojo.

A veces Grace se preguntaba si las otras mujeres se daban cuenta de que ella era una persona muy reservada, de que nunca participaba en el habitual intercambio de intimidades femeninas. Se sentaban en la cocina y hablaban de la menstruación y de bebés, de problemas de alcoba y de secretos conyugales, últimamente de extraños sueños, de premoniciones e intuiciones; compartían el té y hablaban del tiempo y comparaban sarampiones y toses ferinas y el desarrollo relativo de los respectivos bebés. Mas en esas ocasiones Grace raramente decía algo como no fuera en su calidad de médico. Nunca hablaba de su vida o de sus sentimientos personales. Tal vez las demás no esperaban que hablara de esas cosas; quizá la consideraban médico y consejera más que mujer como ellas. O quizá la razón era muy sencilla: que Grace no tenía esposo ni hijos de corta edad.



«Pero yo os podría contar cosas -pensó Grace mientras secaba sus instrumentos y volvía a guardarlos en el maletín-. Os podría hablar de los soldados en el buque de guerra y de las confesiones que hacían, de las proposiciones que recibí, de los oficiales correctísimos que en plena noche llamaban a la puerta de mi camarote. Os podría hablar de mis sueños y necesidades, de mi soledad. Y de este amor que crece dentro de mí como un hijo no deseado... el amor por un hombre que nunca podrá ser mío».

¿Pero era realmente amor lo que sentía por James Donald? Era un acertijo que intentaba desentrañar día y noche. Ese anhelar su contacto, el pensar continuamente en él hiciera lo que hiciese, los vuelcos que daba su corazón siempre que James aparecía inesperadamente... ¿todo eso era amor? ¿O era simplemente fruto de su soledad, de impulsos naturales que seguían sin encontrar satisfacción? Pero si se trataba de eso, si no era más que otra solterona frustrada, sin duda acogería con agrado las atenciones de los hombres que mostraban interés por ella.. Algunos eran conquistadores; de algunos incluso podría enamorarse. Y, pese a ello, sólo podía pensar en James.

Pensó en el anillo de diamantes que llevaba en la mano izquierda. Todas las mujeres se habían fijado en él, pero Grace nunca se había sentido obligada a explicar por qué lo llevaba.

«Que se hagan preguntas -pensó-. Al menos este anillo es la prueba de que una vez me quiso un hombre».

Grace se quedó mirándose la mano fijamente, atónita. ¿De dónde salía esa idea, la de que llevaba el anillo como una bandera, como algo que lucir ante la gente que le tenía lástima?

«¿Es por esto que sigo llevándolo?»

— ¿Cómo va la plantación del conde, Grace? —preguntó Mary Jane Simpson, cuyo marido era propietario de una fábrica de tocino.

«¿O llevo este anillo...? -Grace se tapó la mano izquierda con la derecha y cerró los ojos. Estaba a punto de asustarse de sus propios pensamientos-. ¿Llevo este anillo como si fuera una armadura, para protegerme del hecho de que James siempre me verá como una amiga y nada más?»

— ¿Grace?

Alzó los ojos. Mary Jane tenía el rostro hinchado a causa del embarazo y su vestido de futura mamá estaba descolorido porque lo había llevado ya en seis ocasiones. Y durante unos momentos, inexplicablemente, Grace la encontró antipática.

—La plantación va bien —dijo.

—Me dijeron que las lluvias de Navidad habían destruido la mayor parte de la cosecha.



—Sí, pero Valentine compró un nuevo lote de plantones y los plantó en seguida. De hecho, va mejor de lo que esperábamos.

—Lo encuentro extraño —dijo Lucille mientras echaba más leña en el horno—, teniendo en cuenta la maldición que esa hechicera lanzó contra Bellatu.

—¡Oh, Lucille! —exclamó Cissy—. No creerás en esas cosas, ¿verdad?

Pero en la boca de Lucille había una expresión seria cuando dijo:

—Esa mujer es una agente de Satanás. Te la digo yo.

Grace visualizó mentalmente la choza redonda de barro que se alzaba a poca distancia del extremo sur del campo de polo. En los nueve meses transcurridos desde que Valentine ordenara por primera vez derribar las chozas y la familia de Mathenge se trasladara al otro lado del río, la joven hechicera se había defendido de un modo asombroso. Al reconstruir su choza una vez más, después de la inauguración de Bellatu en Navidad, Valentine había pedido a las autoridades que hicieran algo. El oficial Briggs y dos soldados indígenas habían acompañado a Wachera a la otra orilla y luego habían quemado la choza. Al día siguiente volvió y se puso a reconstruirla. Valentine, exasperado, había hecho instalar una elevada valla de alambre alrededor de todo el campo de polo, para que la viuda de Mathenge no pudiese entrar en él. Finalmente, decidió no hacerle caso, pensando que era indigno de él ponerse a jugar con una hechicera africana.

Grace, por su parte, no podía olvidarse de Wachera Mathenge. A pesar de la creciente popularidad de la pequeña clínica de Grace, Wachera seguía ejerciendo la magia con éxito y Grace pensaba que también cultivaba la brujería. Aunque algunas personas acudían a Grace para que tratara sus dolencias, debido a que el jefe Mathenge había aceptado a la doctora blanca, la mayoría se empeñaba en buscar a la hechicera. Grace temía que mientras permitiesen a Wachera ejercer lo que ella, Grace, consideraba farsa, los africanos seguirían sumidos en la ignorancia y las tinieblas. Grace ya había empezado a hablar con las autoridades sobre la conveniencia de prohibir oficialmente la medicina tribal.

La puerta de atrás se abrió violentamente y dos chiquillos con el pelo alborotado irrumpieron en la cocina.

—¡Ha nacido una vaquilla, mamá! —gritaron, cogiendo con manos sucias las tartas de compota que se estaban enfriando en una bandeja.

—Esos modales —dijo Lucille—. Mirad quién está aquí.

—Hola, tía Grace —dijeron Geoffrey, de ocho años, y Ralph, de cinco, con la boca llena de tarta. Se movieron tímidamente entre las mujeres y los pañales, luego soltaron una especie de aullido y se fueron corriendo de la cocina.

—Estos chicos son un terremoto —dijo Lucille—. Me alegraré cuando podamos mandarlos a la escuela europea de Nairobi. A veces me preocupan. No puedo cuidarles como es debido. No puedo hacer tantas cosas a la vez.



—No son más que chiquillos —dijo Cissy.

Lucille se dejó caer en una silla y se apartó los cabellos de la cara con una mano cubierta de harina.

—James se marcha antes de que salga el sol y cuando vuelve ellos ya duermen. Tengo que ocuparme de Gretchen y los pañales todo el santo día y además tengo que hacer todo el trabajo de la casa. No puedo cultivar verduras aquí, en el pozo hay demasiada cal, y el agua subterránea sólo es buena para el ganado, no sirve para las cosechas. Así que tengo que ir con la carreta al mercado nativo más cercano, donde me estafan descaradamente.

Permanecieron sentadas en silencio, las otras mujeres oyendo sus propias historias en las palabras de Lucille. Al poco, ésta dijo con voz queda:

—¿Sabéis qué hacía en Inglaterra?

La escucharon con interés. La gente no acostumbraba hablar de su vida anterior, de lo que hacía antes de venir al África Oriental, como si la vida no hubiera existido antes de Kenia.

—Tenía una pequeña tienda en Warrington —su voz se ablandó al tiempo que su expresión se volvía triste—. Vendía cintas e hilo. No me proporcionaba lo que se dice una fortuna, pero era una vida cómoda y respetable. Tenía un piso arriba, donde vivíamos mi madre y yo. Y salía con un chico que era oficinista en la fundición de hierro. Llevábamos una vida segura y tranquila, íbamos a la iglesia todos los domingos, el párroco venía a tomar el té en casa y Tom apostaba alguna que otra guinea en las quinielas.

Grace ya había oído la historia otras veces, cómo la vida de Lucille había cambiado al entrar James Donald en su tienda. Lucille se había enamorado locamente de él y lo había dejado todo para acompañarle a África. Siempre que Lucille hablaba de ello, Grace captaba cierto tono de arrepentimiento en su voz.

Grace se preguntaba si James se daba cuenta. Y en ese momento, mientras miraba los hombros caídos de Lucille, sus muñecas flácidas, se preguntó si James se daba cuenta de lo cansada que se veía últimamente Lucille.

—Con todo —dijo Lucille, levantándose con un esfuerzo y acercándose de nuevo al horno—, la vida en un rancho es una vida honrada y cristiana. Y el buen Dios nos ha bendecido.

Las últimas palabras recordaron a Grace otras de sus preocupaciones más recientes: la carta que llevaba en el bolsillo.

Había llegado la semana anterior. Era un aviso de la sociedad misionera de Suffolk comunicándole que todo el apoyo monetario que recibía su clínica quedaba suspendido hasta que pudiera llevarse a cabo una inspección en regla de su misión.



La puerta de atrás volvió a abrirse y esta vez entró sir James. Se quitó el sombrero de ala ancha, golpeó el suelo con los pies para quitarse el barro de las botas y dijo:

—Hola, señoras —al ver a Grace, su sonrisa se ensanchó—. Veo que sigues aquí. Tenía la esperanza de que no te hubieses ido aún. Hay algo que quiero enseñarte.

Al salir de la casa, Grace aspiró hondo el aire refrescante. Más allá del puñado de árboles que protegían la casa, una sabana inmensa, verde después de las largas lluvias, se extendía hasta las lejanas montañas azules. El ganado pastaba en enormes extensiones de hierba nueva; los peones trabajaban en las cosechas de forraje, cantando mientras hacían sus labores. El cielo era de un azul impresionante con jirones de nubes blancas alrededor de la escarpada cima del monte Kenia. Grace sintió que su espíritu se elevaba hacia el pálido sol.

Mientras caminaba al lado de James, deseando poder hacerlo todos los días de su vida, Grace dijo:

—Los chicos han anunciado el nacimiento de una vaquilla.

—Una de las vacas lecheras. Normalmente hay que ayudarlas a parir. La de hoy se presentó con los cuartos traseros primero, pero le di la vuelta y todo salió bien. Gracias a Dios, tengo el mejor vaquero del protectorado.

—¿No lo sabes todavía? Ahora somos una colonia.

James se rió.

—Sí, se me había olvidado. No me acostumbraré nunca. ¡Todavía pienso que Eduardo es el rey!

Al cruzar el recinto hacia la lechería los chicos encargados de vigilar el ganado saludaron a Grace. Todos la conocían porque visitaba Kilima Simba con frecuencia. Había curado las heridas de algunos de ellos al visitar a Lucille o cuando traía el microscopio para James. La granja Donald era ruidosa y había en ella mucho ajetreo: a su izquierda el ganado para carne era azuzado para que cruzase un reguero; a su derecha, estaban alineando las vacas para ordeñarlas. Las vaquillas jugueteaban en sus pequeños corrales; en un campo estaban esparciendo forraje y tres africanos intentaban dominar a un retozón toro de Guernsey. Kilima Simba era uno de los mayores ranchos ganaderos de Kenia; suministraba gran parte de la carne y de los productos lácteos que se consumían en el África Oriental. Y a pesar de ello, al igual que otros muchos rancheros, James Donald seguía teniendo un descubierto en el banco.

—Cuidado dónde pones los pies —dijo James, cogiéndole el codo.

—¿Qué es lo que quieres enseñarme?

—¡Ya lo verás!

—Estás muy misterioso.



—Es una sorpresa. Es algo en lo que llevo trabajando mucho tiempo. No quería decírselo a nadie hasta tenerlo todo. Creo que te gustará.

Doblaron la esquina de la lechería, donde estaban cargando el camión Chevrolet de James con recipientes de leche para los mercados de Nyeri y Karatina.

—Está aquí dentro —dijo él, abriendo la puerta de la lechería—. Ten cuidado, que el suelo está resbaladizo.

El interior del pequeño edificio de piedra era fresco y oscuro. James la condujo hasta una puerta que había en el otro extremo.

La puerta daba a un cobertizo adosado a la lechería; las paredes eran de troncos y el techo, de cinc ondulado. Dos ventanas daban entrada a la luz del sol y al aire fresco; una alfombra vieja cubría el suelo de tierra. Grace se quedó de pie en medio del espacio de metro ochenta por metro ochenta, sin habla.

—¿Te he sorprendido? —preguntó James.

—Sí...

Dos paredes aparecían cubiertas por estantes que iban del suelo al techo; una mesa de trabajo ocupaba la tercera. Todas las superficies estaban cubiertas de latas, cajas, botellas y libros. La mesa de trabajo parecía la de un farmacéutico, con tubos de ensayo, recipientes con cultivos, frascos de productos químicos y, en el centro, un reluciente microscopio nuevo.

—¿Qué te parece? —preguntó James. La habitación era tan pequeña, apenas mayor que una alacena, que el cuerpo de James casi rozaba el suyo.

Grace desvió la mirada.

—Me alegro por ti.

—He tardado mucho tiempo —dijo él, acariciando la superficie pulida de la mesa de trabajo, tocando los objetos de laboratorio como si fueran reliquias sagradas—. Me costó muchísimo hacer que me enviaran todo esto. Lo creas o no, muchas de estas cosas proceden de Uganda. En lo que se refiere a la investigación científica, allí están bastante avanzados.

—Es maravilloso —dijo Grace con voz queda, pensando en todas las ocasiones, durante los últimos catorce meses, en que había llegado un mensaje de James pidiéndole que le prestase el microscopio; Grace lo dejaba todo, montaba en su caballo y se iba a Kilima Simba, donde él la esperaba con una sonrisa radiante y le daba sus más efusivas gracias. Pasaban juntos una hora, inclinados ante algunas plaquitas; luego diagnosticaban el último azote que aquejaba al ganado de James y finalmente otra hora, la mejor hora, bebiendo coñac delante del fuego que crepitaba en la chimenea. Grace vivía para esas visitas.

—El mundo se está modernizando, Grace —prosiguió James—. Los días de la anticuada cría de ganado ya han pasado. Hoy día los rebaños hay que llevarlos con el



microscopio y la jeringa hipodérmica. Y no podía seguir pidiéndote que me prestases el tuyo.

—No me importaba.

—Lo sé. Te has portado maravillosamente. Pero ahora que tengo mi propio laboratorio no volveré a molestarte.

Grace no dijo nada. Estaba de espaldas a él, observando por la ventana cómo unos vaqueros hacían muescas en las orejas de las vacas recién inoculadas. James estaba tan cerca de ella, que notaba el calor de su cuerpo.

—Grace —dijo él en voz baja—, ¿ocurre algo?

—No —respondió ella demasiado rápidamente. Luego dijo—: Bueno, sí.

—¿Qué es?

—Nada que yo no pueda resolver.

James apoyó las manos en sus hombros y la obligó a volverse hacia él. Exceptuando el breve momento en que Grace había llorado entre sus brazos, con el cuerpo del pobre Mathenge a sus pies, y en la choza donde acababa de hacerle la cesárea a Gachiku, Grace nunca había estado tan cerca de él.

—Eres una persona muy reservada, ¿verdad? —dijo él con una sonrisa dulce—. Nunca le cuentas tus problemas a nadie. ¿Crees que eso es bueno para ti?

—Se lo cuento todo a mi diario. Algún día, cuando yo ya no esté, un desconocido lo leerá todo y quedará desconcertado.

—Dime qué es lo que te preocupa, Grace.

—Ya tienes bastantes preocupaciones.

—¿Así que no necesitas amigos?

Las manos seguían sobre sus hombros; a Grace le hubiera gustado que siguiesen allí para siempre.

—Como quieras —dijo ella, metiendo la mano en el bolsillo de la camisa—. Ya sabes que he escrito a la sociedad misionera pidiendo que envíen ayudantes con formación médica. Se trata de la organización que me manda un modesto cheque cada mes, con las aportaciones que hacen varias parroquias de los alrededores de Bella Hill. Ese dinero, más las trescientas libras anuales que me da el gobierno y mis propios ingresos de la herencia, es lo que me ha permitido tener la clínica funcionando. Sin embargo, debido a razones económicas bastante complicadas, debido también a algunas inversiones poco juiciosas por parte de mi padre, las rentas que me daba su herencia han disminuido. Justamente estaba preocupada buscando el modo de compensar esta reducción, cuando llegó esta carta

James la leyó con el ceño fruncido.



— ¿No te mandarán más dinero hasta que hayan venido a inspeccionar tu clínica? ¿Para qué diablos quieren inspeccionarla? ¿Acaso creen que les estás estafando?

Grace miró hacia otro lado, sacó un taburete de debajo de la mesa de trabajo y se sentó.

— Ciertos misioneros de este distrito se han quejado de que no llevo mi clínica como Dios manda. No tengo ningún ministro, no celebro oficios religiosos... No convierto a los nativos. Me parece que uno de ellos ha escrito una carta a la sociedad misionera hablando de ello, y ahora va a venir un equipo para ver si merezco su caridad. James, si la sociedad misionera me niega su apoyo, el gobierno de aquí lo interpretará como señal de que no dirijo una misión legítima y me retirará las trescientas libras anuales ¡y lo perderé todo!

— No ocurrirá nada de eso.

— ¿Cómo lo sabes? ¡La de discusiones que he tenido con esa pandilla de santurrones! ¡Cuentan su éxito por el número de almas que han salvado! Me dicen que no es suficiente con que cure a los africanos o les enseñe higiene y salud, ¡al mismo tiempo debo predicar el evangelio! ¡Se quedaron estupefactos cuando les dije que me niego a denunciar al dios de los kikuyu y que, a mi modo de ver, Ngai no era más que otro nombre de Dios Todopoderoso!

James la miró. Los ojos de Grace brillaban y sus mejillas eran de color carmesí. Sus cabellos de color castaño claro, cortos y rizados a la última moda, salían por debajo del salacot. James no pudo reprimir una sonrisa.

— ¿De veras les dijiste eso, Grace? Se quedarían pasmados.

Grace miró la sonrisa de James y meneó la cabeza.

— Sí, maldita sea — dijo, riéndose a pesar suyo —: ¡Y me gustó mucho!

Entonces los dos rieron juntos y Grace se maravilló al notar que de pronto se sentía mucho mejor.

— Me alegro de que tengas tu propio laboratorio, James — dijo por fin, sinceramente—. Aquí harás maravillas. Probablemente pondrán tu nombre a una bacteria nueva.

— ¡Dios me libre! — le tendió la mano y Grace la cogió—. Además — añadió, bajando un poco la voz —, espero que vengas y me enseñes a utilizar todo esto.

— Si todavía estoy aquí.

Al salir del cobertizo y entrar en la fresca oscuridad de la lechería. James dijo:

— Claro que estarás, Grace. Ya verás cómo todo irá bien. Tienes muchos amigos en Kenia.

— No me gusta nada pedir limosna.

— ¿No puedes pedirle ayuda a Val?



—Nunca. Es la última persona del mundo ante la que reconocería mi impotencia. No me dejaría en paz.

—Eres muy independiente, ¿verdad, Grace? Prefieres hacerlo todo por tu cuenta. Y no necesitas a nadie. Al menos eso es lo que quieres que piense la gente. Cuidado, que ahí hay agua...

De pronto el pie de Grace resbaló en el cemento mojado y le hizo perder el equilibrio. James la sujetó. Se abrazaron durante un momento, el brazo de James la apretaba con fuerza. Luego la soltó y volvieron a reírse.

Pero más tarde, cuando las amigas de Lucille estaban cargando productos y niños en las carretas. James se quedó mucho rato en el final de la calzada, contemplando cómo Grace se alejaba a caballo por el solitario camino de tierra que iba a Nyeri, el maletín médico atado a la silla, el sol poniente reflejándose en su salacot.

Pensó en la otra cosa que había pensado enseñarle, y se alegró de haber cambiado de parecer. Venía en un viejo ejemplar del *Times*. El ejemplar era atrasado, desde luego, pero nuevo en Kenia, donde la prensa llegaba con muchas semanas de retraso. El periódico ya había pasado por muchas manos nostálgicas y de Kilima Simba iría a otros ranchos de la región de Nanyuki y finalmente, salvando los Aberdares, llegaría a poder de los colonos del Rift. James se sacó del bolsillo de atrás la única página que se había quedado. Era un sacrilegio recortar el periódico, estropearlo de alguna forma; una regla tácita hacía que el *Times* permaneciera intacto hasta que se desintegraba con la última lectura. Pero esa página, una lista de anuncios personales, se la había quedado porque tenía la sensación de que el deber y el honor le obligaban a ocultarla a otros ojos.

Y esto se debía a un pequeño anuncio que aparecía en la mitad de la última columna. Una viñeta diminuta con un mensaje que decía:

Jeremy Manning:

Puedes encontrarme en el distrito de Nyeri,
en Kenia, África Oriental.

GRACE TREVERTON

James siguió en la entrada hasta mucho después de que Grace se perdiera de vista y empezara a oscurecer.



CAPÍTULO 14

Valentine tiró sus cartas sobre la mesa y se rió. Luego recogió las ganancias, salió a la veranda del hotel y tiró el dinero a los chicos que esperaban en la calle junto a sus cochecitos de tracción humana. Al volver al bar del hotel Norfolk, donde le recibieron con palmadas y enhorabuenas, encargó copas para todos, incluyendo champán para los huéspedes que se encontraban en el comedor. Era su última noche en Nairobi después de pasar una semana celebrando la concesión del estatuto de colonia; por la mañana él y Rose harían el silencioso viaje de vuelta a Bellatu.

En ese momento Rose dormía en su propia habitación del hotel. La excusa era «el asma de lady Treverton». La amplia sonrisa que había en el rostro de Valentine ocultaba el dolor que ninguno de sus amigos podía ver: el dolor de ser despreciado por la esposa a la que amaba, un dolor que el alcohol en modo alguno podía mitigar.

Pero Valentine lo intentaba. Las ginebras se sucedían y la cuenta del bar iba en aumento. Lord Treverton tenía crédito en toda el África Oriental. Su riqueza era inacabable. Además, gastar dinero le hacía sentirse bien. Cuando daba dinero a los demás se sentía menos impotente.

Valentine aguantaba bien la bebida. Nunca andaba con pasos vacilantes ni se caía, nunca vomitaba ni perdía el dominio de sí mismo. Sencillamente se alegraba un poco más con cada copa, y se sentía más generoso. Por esto media hora después, cuando caminaba por la calle hacia el establecimiento de Miranda West, Valentine saludaba a toda la gente que se cruzaba con él, daba rupias a los chiquillos negros y trataba de pensar en algo agradable que pudiese hacer por Miranda.

Ésta se había comportado como una verdadera amiga durante los últimos meses. Era la primera persona a quien había hablado del aborto de Rose. Miranda siempre lo escuchaba, jamás emitía juicios, ni daba consejos ni decía nada. Valentine estaba seguro de que era la única persona en toda el África Oriental que poseía ese bendito don. También le gustaban otras cosas de Miranda. Una de ellas era que nunca le pedía nada, como parecían hacer todos los demás. Valentine le ofreció dinero para que comprase muebles nuevos para el vestíbulo y ella le dijo que no lo necesitaba; Valentine le dijo que la recomendaría a la Oficina de Tierras para la compra de un terreno que lindaba con el hotel y ella dijo que no, gracias. Era una mujer capaz de salir adelante por sus propios medios, sin necesidad de pedir ayuda a otras personas. En ese sentido, Miranda se parecía mucho a Grace. Otra cosa que le gustaba de ella



era que no flirteaba con él, ni se hacía la tímida, ni recurría a ninguna de las tretas habituales en las mujeres. Miranda era honrada y sincera y no tenía tiempo para los coqueteos que Valentine encontraba en todas las reuniones. Sabía que a ella no le interesaba acostarse con él; nunca esperaba un cumplido o alguna de las atenciones que las mujeres solían querer de él. Miranda West era una mujer con la que uno se encontraba a gusto, una mujer sencilla, y Valentine deseaba expresarle su agradecimiento esa noche, antes de irse de Nairobi.

El vestíbulo estaba poco iluminado y desierto; el comedor, cerrado y a oscuras. Valentine encontró un africano que barría la escalera y que le dijo:

—Iré a avisar a la memsaab, bwana.

—No, no te molestes. Le daré una sorpresa.

Miranda no se sorprendió ni pizca. Lo había estado observando desde la ventana de su apartamento privado. Sólo unos ojos como los suyos, familiarizados con el conde, podían detectar la ligera variación en el andar que significaba que había bebido. Así que... Valentine acudía a ella bebido.

—¡Lord Treverton! —dijo Miranda al abrir la puerta—. ¡Qué sorpresa más agradable!

—Espero no molestarla.

—Nada de eso. Pase, pase. ¿Puedo ofrecerle una copa?

—¡Menuda semanita, Miranda! —exclamó él, sentándose en una butaca como si estuviera en su casa, aunque raramente la visitaba en sus aposentos privados. Cogió el whisky y se lo bebió de un trago, diciendo—: ¡Ojalá el ferrocarril llegase hasta Nyeri! Detesto el largo viaje a casa —porque tardarían ocho días y acamparían todas las noches, para que los bueyes descansaran, y el silencio acusador de Rose le volvería loco.

—Algún día llegará, lord Treverton —dijo ella, llenándole otra vez el vaso.

Valentine puso los pies sobre un taburete, estirando sus largas piernas y clavó la mirada en el interior del vaso. Le estaba costando muchísimo conseguir que prolongasen la línea del ferrocarril. La economía de la colonia empezaba a recuperarse, la prosperidad esperaba a la vuelta de la esquina, pero, a pesar de su influencia en el Consejo Legislativo y sus comunicaciones con el secretario de Estado para las colonias, el ferrocarril seguía sin ir más allá de Thika. ¡Y Valentine necesitaba que llegase hasta su propiedad!

Durante el breve intervalo entre las dos lluvias, en enero, Valentine había hecho arrancar los plantones ahogados y sustituirlos por otros nuevos, lo cual le había costado mucho dinero. Luego habían llegado las lluvias de marzo y en el plazo de quince días las plantas habían florecido, bellas flores con un aroma muy parecido al azahar. Recogería la cosecha de café antes de dos o tres años, pero quizá la construcción del ferrocarril tardaría aún bastante. El tren garantizaría los mejores



precios y la mejor distribución para sus granos; sin él, Valentine tendría que emplear carretas y entonces sería el último en llegar al mercado de Nairobi; llegaría cuando todas las compras competitivas ya se hubieran hecho.

—Tenía la esperanza de que viniese esta noche —dijo Miranda, acercándose a un aparador de caoba lleno de tapetitos, chucherías y fotos de la familia real—. Tenía esto reservado —volvió junto a Valentine con una lata redonda que contenía un pastel—. Es para lady Treverton.

Valentine miró la lata, que imitaba la porcelana Wedgwood, pensando en todo el cuidado con que se había preparado el pastel que había adentro, preguntándose cómo Miranda, siempre tan atareada, encontraba tiempo para preparar semejantes obsequios, y, de pronto se dejó llevar por el sentimentalismo. La viuda West era una mujer buena. Su marido tenía que estar muerto; ningún hombre permanecería tanto tiempo separado de ella por voluntad propia.

Miranda se sentó en una silla frente a él y cruzó las manos sobre las rodillas.

—Lleva un peinado diferente —dijo Valentine.

—¡Desde hace tres meses! Es la nueva moda.

El rostro de Valentine se ensombreció. Todas las mujeres de Kenia imitaban a Rose y se cortaban el pelo. Los vestidos se ajustaban siguiendo las curvas naturales y las faldas eran cada vez más cortas. Las mujeres blancas de la colonia por fin tenían derecho a votar y cada vez eran más las que fumaban cigarrillos. ¡La «nueva mujer»! ¿Para eso se había hecho una guerra contra Alemania?

Valentine notó que empezaba a desanimarse. Como hombre que raramente dejaba que su optimismo menguase, que nunca se permitía un momento de autocompasión y que en realidad sólo una vez, durante todo el tiempo que llevaba en el África Oriental, se había sentido desesperado -la noche de su ataque imperdonable contra Rose-, en ese momento el conde de Treverton permitió que la melancolía le envolviese. Tragándose su whisky, dijo:

—¿Adonde irá a parar el mundo, Miranda?

Miranda esbozó una sonrisa comprensiva. En el tono de Valentine oía señales que le resultaban conocidas, vio que en sus ojos aparecía una expresión que ya había visto en el rostro de muchos hombres que se sentían solos. Volvió a llenarle el vaso.

—¿Qué quieren las mujeres, Miranda? ¿Usted me lo puede decir?

—Sólo sé lo que quiero yo, lord Treverton. No todas las mujeres quieren lo mismo.

—Yo quiero un hijo varón —dijo él con voz apagada—. Es lo único que en realidad he querido. Tengo esa casa monstruosa y más de dos mil hectáreas y nadie a quien dejarle todo esto. Necesito un heredero. Pero mi esposa... los médicos han dicho que no puede tener más hijos...



Miranda sabía que era mentira, pues corrían rumores de que lady Rose podía tener hijos, pero no quería.

De repente Valentine la miró y dijo:

—Necesita usted un hombre, Miranda. No debería estar sola.

—Tengo el hotel y eso me tiene ocupada. Y el personal y los huéspedes. Nunca estoy sola.

—Me refiero a por la noche, Miranda. Después de cumplir con las obligaciones del hotel, cuando todos los huéspedes ya se han acostado. ¿No echa de menos un hombre entonces?

Miranda bajó los ojos y se miró las manos.

—A veces.

—Da usted pie a muchos comentarios, Miranda.

—¿De veras?

—En toda el África Oriental no hay ningún hombre que pueda decir que la haya conocido íntimamente.

—Y tengo el propósito de que siga siendo así.

—¿Por qué? ¿Porque está casada?

—Oh, no, Jack murió. Estoy segura.

—¿Entonces por qué? Sabe Dios que puede escoger entre muchos.

—Tengo que proteger mi reputación. Usted sabe que una mujer que está sola no puede permitirse el lujo de acostarse con cualquiera.

—No me refería a eso —dijo él—. Me refería a... un solo hombre.

—¿A quién escogería? Soy propietaria de este hotel, que me produce buenos ingresos. ¿Cómo encontraría un hombre que no fuese detrás de mi dinero?

—En Kenia hay hombres que no necesitan su dinero.

—Cierto. Pero no siento afecto por ninguno de ellos. Antes de entregarme a un hombre, necesitaría sentir algún afecto por él.

Los ojos negros de Valentine la contemplaron.

«Es exactamente igual que Rose —pensó—. No en la apariencia ni en ningún aspecto tangible, pero guarda su virtud del mismo modo que Rose».

De repente, al darse cuenta de ello, Valentine sintió lujuria. Y el whisky empezaba a hacer efecto por fin. Los pensamientos comenzaron a correr juntos; en la habitación el calor iba en aumento. Y el dolor que llevaba dentro desde hacía seis meses comenzaba a disolverse.

—Hay alguien que le interesa, ¿no es así? —preguntó en voz baja.



Miranda titubeó.

— ¿Quién es?

Miranda le devolvió la mirada con igual intensidad. Ahora estaba tan cerca, tan cerca...

— ¿Hay alguien, Miranda?

Ella asintió con la cabeza.

— ¿Quién?

— Estoy segura de que ya lo sabe —susurró.

Valentine se levantó, tambaleándose.

— Quiero oírlo, Miranda. Quiero que me diga quién es el único hombre con el que se acostaría.

Miranda se sentía mareada, las mejillas le ardían. Susurró:

— Sabe muy bien quién es... Usted...

Valentine le tomó las manos, la hizo levantarse y cubrió su boca con la suya.

— No me diga que no, Miranda —dijo con voz tensa. Le besó los labios, el cuello. Le desabrochó la blusa y le besó la garganta. Cuando su mano se deslizó hacia el pecho, susurró—: ¡No me rechace, Miranda!

Y Miranda, rindiéndose entre sus brazos, musitó:

— No te rechazaré, Valentine. No te rechazaré.



CAPÍTULO 15

Grace escribió en su diario:

Me siento como una ardilla en una rueda. Una y otra vez curo las mismas dolencias, a menudo en las mismas personas. Acuden a mí con fiebres, resfriados y gripe, con parásitos intestinales, con tétanos, con malaria, tina y llagas que no se curan nunca. Toman por milagros mis remedios sencillos con epsomita y quinina, pero esto no me satisface. Lo que debo hacer es enseñarles a cambiar sus modos de vida. ¡Esas chozas terribles sin ventilación, dormir con las cabras, beber la misma agua con que se lavan y donde se zambullen sus animales! ¡Y los pobres chiquillos que sufren quemaduras porque nadie vigila las hogueras donde preparan la comida! Acuden a mí y yo les doy medicina y se vuelven a sus sucias chozas y continúan con sus costumbres antihigiénicas, de modo que vuelvo a verlos al cabo de una semana, la misma gente con las mismas dolencias. O quizás algunos ya hayan muerto, al final, a causa de ellas. Y, al parecer, no hay forma de hacerles entender que no basta con venir a que les aplique un tratamiento cuando la dolencia se manifiesta, sino que deben hacer algo en relación con sus condiciones de vida ¡y erradicar las causas de su enfermedad de buen principio!

Grace dejó la pluma y se dio masaje en la nuca. Estaba sentada a la mesa del comedor, escribiendo a la luz de una sibilante lámpara de petróleo. En el exterior, una tierna noche africana abrazaba el río. El aroma del jazmín silvestre llenaba el aire; un búho solitario silbaba lúgubrementemente.

Se encontraba a solas en el bungalow. Mario se había ido al poblado para asistir a una danza ceremonial y Sheba se hallaba en uno de sus merodeos nocturnos. Mientras miraba las sombras que poblaban todos los rincones, Grace pensó en el montón de ropa que tenía que remendar, en las vendas que había que enrollar, en las cartas que debía escribir a las amistades de Inglaterra, que les debía desde hacía mucho tiempo. Pero eran las diez. Se había levantado al amanecer y se volvería a levantar al cabo de pocas horas para empezar otro largo día.

Cogió la pluma y escribió:



Necesito ayuda desesperadamente. Necesito maestros. No puedo curar la desnutrición ni las enfermedades parasitarias de los africanos si no cambian de vida. Yo sola apenas puedo hacer nada; me es imposible llegar a todos ellos. Tengo que quedarme aquí y atender a la gente que viene a la clínica.

¡Si al menos la hechicera no estuviese cerca! Wachera es mi perdición. Es el principal obstáculo con que tropiezo. Wachera aboga por la conservación de las viejas costumbres. La gente la teme y la respeta; hace todo lo que ella dice. Cuando la medicina de Wachera no logra curarlos, entonces vienen a mí. Pero siempre acuden primero a ella. El sendero que lleva a su choza está trillado. Acuden a ella en busca de filtros de amor, de sortilegios contra la enfermedad. Ella dirige los antiguos ritos religiosos entre los kikuyu. Creen que Wachera es su vínculo directo con Dios y los antepasados. Mientras se permita que Wachera siga con sus tonterías supersticiosas, pocos progresos haré entre la gente de la región.

¡Ojalá Valentine hubiese conseguido hacerla regresar a la otra orilla del río! ¡Y ojalá hubiera insistido! Pero ella vuelve continuamente a ese lugar junto al río, y Val se ha dado por vencido, pensando que no valía la pena molestarle. Se ha acostumbrado a ver la choza cerca de la portería sur del campo de polo, pero para mí esa choza es una burla ¡y un recordatorio constante de mi impotencia!

Le pedí a Lucille Donald que volviera. Dejó de dar las clases bíblicas en enero porque, según dijo, las lluvias habían echado a perder el camino y resultaba muy difícil ir y venir de Kilima Simba. Pero después de secarse el camino, continuó sin venir. Afirma que tiene demasiadas cosas que hacer en su propio rancho para venir aquí y tratar de enseñarles la Biblia a los pocos chiquillos que se toman la molestia de asistir a clase. Además, la Biblia no es lo que necesitan. Le dije a Lucille que... que los niños necesitaban aprender algo más útil, como, por ejemplo, a leer y escribir, a cuidar la salud y cosas así; y luego, en abril, tuvimos aquella discusión. Lucille no ha vuelto desde entonces, y ahora me doy cuenta de que debió de disgustarse más de lo que me pareció en aquel momento, ¡cuando le dije que el cristianismo ocuparía un lugar secundario en mi misión!

Pero quizá tenga que cambiar de idea. La delegación de la sociedad misionera llega la próxima semana de Inglaterra y tengo que estar preparada. No perderé todo aquello por lo que he



trabajado. No puedo permitirles que me obliguen a renunciar a mi sueño. Pero se me ha ocurrido un plan que creo que dará resultado. Sin embargo, necesito la cooperación de Lucille...

Grace cerró su diario, volvió a guardarlo en el cajón y se dirigió a la puerta principal. Antes de abrirla, se echó un chal sobre los hombros. La fría oscuridad se hallaba a unos pocos pasos de su galería. Polillas y mariposas revoloteaban alrededor de la solitaria lámpara de parafina que colgaba de una viga. A su derecha, surgían de la selva los ritmos de tambores africanos; a su izquierda, muy por encima de ella, se oían acordes de piano en Bellatu: Rose volvía a tocar, tratando de llenar el silencio entre aquellas paredes.

Grace se sobresaltó.

Algo se movía en el sendero hacia el bungalow.

Mientras cogía el rifle que tenía colgado en el porche, para casos de apuro, Grace intentó ver en la oscuridad, averiguar de qué se trataba.

Al poco, una figura humana se hizo visible. Un hombre que cojeaba. ¡James!

—¡Hola! —dijo él—. Veo que sigues en pie.

Grace se apretó el chal sobre el pecho. James nunca la había visitado por la noche.

—No te entretendré —dijo James, subiendo los escalones—. Ya sé que es tarde, pero volvía a casa después de visitar al oficial de distrito en Nyeri y decidí dejarme caer por la casa y hablar con Valentine. Pero se ha vuelto a ir de safari, así que miré desde lo alto, pensando que tal vez estarías levantada, y vi que tenías la luz encendida. Toma —le ofreció un par de perdices—. Son para ti.

—¡Gracias! Entra, por favor.

Cuando James, tan alto y cubierto de polvo del viaje, llenó su minúscula salita de estar, Grace se dio cuenta súbitamente de lo pequeño y femenino que se veía su bungalow.

—¿Te apetece una taza de té? —preguntó.

James titubeó y, al encender más lámparas, Grace le notó un aire de turbación. Puso la marmita en el fuego para hervir agua y midió tres cucharaditas que echó en la tetera.

—Es la nueva mezcla Condesa de Treverton de Brook Bond. Muy cara, pero Rose me regala paquetes de ella. Siéntate, por favor.

—¿Estás segura de que no te molesto?

Grace se sentó en la segunda silla, cruzó los brazos y vio que James no sólo parecía incómodo, sino que algo le preocupaba.

—No pensaba acostarme todavía —dijo Grace—. Aún tengo que hacer un millón de cosas. Esa visita que le has hecho al oficial de distrito, ¿era oficial?



—Sí. Llegó a mis oídos que algunos tipos de la frontera norte estaban introduciendo ganado aquí desde una zona que está en cuarentena. Si no les echan el guante, conseguirán que la peste bovina se propague por toda la región. ¡Y todo mi rebaño se irá a paseo! De todos modos, ya han salido patrullas. Me imagino que darán con ellos. Oh, antes de que se me olvide —le entregó una alforja de cuero—. De parte de la esposa del oficial de distrito. Dijo que era en agradecimiento por la extracción de un diente.

Grace miró el contenido de la alforja; parecía una chiquilla el día de Navidad.

—¡Bendita sea! —exclamó, sacando una lata de galletas variadas, un budín de ciruelas y varios tarros de compotas y miel.

Guardó los obsequios y, al devolverle la alforja, observó su expresión preocupada.

—¿Ocurre algo, James?

James miró la chimenea fría y oscura y permaneció pensativo durante unos momentos. Luego dijo:

—Algunos de mis hombres han enfermado de disentería, y se me ha terminado el aceite de hígado de bacalao. Me preguntaba si...

Grace se levantó y fue adonde tenía el armario lleno de medicamentos. Volvió con una botella y la dejó sobre la mesa entre las dos sillas Morris.

—Todo lo que tengo es tuyo, James.

—Gracias —dijo él, y volvió a guardar silencio.

Escucharon la noche durante unos minutos y Grace se preguntó cuál sería el verdadero motivo de la visita. Finalmente James dijo:

—¿Cómo anda la clínica?

—Vamos arreglándonos. Pero el problema es la enseñanza. He escrito tantas cartas pidiendo que vengan enfermeras y maestros a trabajar en los poblados. En su lugar, me mandan un equipo de inspección. Pero, ¿sabes, James? —dijo, inclinándose hacia él—, se me ha ocurrido un plan. Me preguntaba si Lucille me ayudaría mientras los de la sociedad estén aquí. Quizá dando clase cuando se presenten. Historias de la Biblia, cosas así. Sería una ayuda, desde luego. ¿Qué te parece? ¿Se lo pido?

James la miró cara a cara y Grace adivinó la respuesta antes de que la pronunciase.

—Lucille no te ayudará.

—¿Por qué no?

—Porque ella fue quien envió la carta de queja a la sociedad misionera.

Grace lo miró fijamente. James apartó los ojos y dijo:

—Lo supe esta mañana. Ella me lo dijo.



La noche pareció acercarse más, reptando, como si tratara de atisbar por las ventanas del bungalow. Las adelfas crujieron; luego se oyeron las risitas nerviosas de las hienas que andaban en busca de desperdicios. Finalmente la marmita silbó y Grace fue a sacarla del fuego. Echó la mitad del agua caliente en la tetera, luego se detuvo, dejó la marmita sobre la mesa y volvió a entrar en la salita.

— ¿Por qué, James? —susurró—. ¿Por qué lo hizo?

—Me temo que en realidad no lo sé. Me llevé una sorpresa tan grande como la tuya. No me explico qué es realmente lo que le ha pasado a Lucille —miró a Grace con expresión de infelicidad—. Hace diez años, cuando nos casamos y la traje al África Oriental, la idea de vivir aquí parecía entusiasmarla tanto. Pero, verás, ella y su madre estaban tan unidas. El padre murió cuando Lucille era pequeña, y no tiene hermanos ni hermanas. Cuando la conocí, ella y su madre vivían en el piso de una pequeña tienda, y, como te digo, estaban muy unidas. Hubo escenas desagradables cuando nos fuimos. Lucille y su madre se separaron enfadadas. La señora Rogers no quería que su hija fuera la esposa de un colonizador.

James sacó una pipa del bolsillo de la camisa, la llenó y encendió como si se tratara de un ritual, luego continuó:

—De modo que decidimos que lo mejor sería traer a su madre aquí cuando estuviéramos instalados. El África Oriental es un buen sitio para pasar la jubilación, siempre y cuando se tenga una casa como es debido y se viva cómodamente. Empezamos a ahorrar y a trazar planes. La señora Rogers viviría con nosotros en Kilima Simba. Creo que ese sueño fue lo que permitió a Lucille soportar la conmoción que le causó su nueva vida. Y al principio fue una conmoción, no te quepa duda. Se pasó varios días llorando después de ver el rancho. Pero luego comenzó a escribirse con su madre y a enviarle folletos sobre el protectorado, y a su madre empezó a gustarle la idea. Iba a reunirse con nosotros este año.

— ¿Qué ocurrió?

—Murió, de pronto, inesperadamente. Sólo tenía cincuenta años. Lucille se llevó un disgusto tremendo. De eso hace sólo dos años y como todavía estábamos en guerra, le resultó imposible volver a casa para el entierro. Creo que fue entonces cuando empezó a cambiar.

— ¿A cambiar? ¿Cómo?

—De forma imperceptible, tanto, que hasta ahora no me había dado cuenta. Sacó la vieja Biblia de la familia y empezó a leerla por las noches. Luego se relacionó con los metodistas de Karatina. Cuando se enteró de que la hermana de Valentine iba a fundar una misión aquí le entró una especie de éxtasis.

—Entiendo —dijo Grace, levantándose y volviendo a la cocina. Después de llenar la taza de té y dársela, dijo con voz tranquila—: ¿Te dijo lo que escribió en la carta a la sociedad?



—No —James removió su té pensativamente, observando las vueltas que daba la cucharilla—. Ahora pienso que cometí un error trayendo a Lucille al África Oriental. Sólo tenía diecinueve años y yo, veintidós. Y era una chica bastante romántica. Cuando finalmente llegamos a Kilima Simba, la decepción la dejó sin habla.

—A muchas esposas, y también a muchos esposos, les ocurre lo mismo. Se llevan una sorpresa la primera vez que ven su nuevo país.

—Debería habérmelo imaginado. Yo nací aquí, me crié aquí. Debería haber comprendido que esta vida era muy diferente de la que ella llevaba en Inglaterra — James dejó la taza y se quedó de pie junto a la chimenea. Su aire normalmente tranquilo aparecía alterado por gestos bruscos y en su cuerpo se notaba una tensión apenas contenida—. Si supieras cómo lamento todo esto, Grace.

—Y yo que creía caerle bien a Lucille —dijo Grace.

—Y así es —dijo James. Luego, en voz más baja, añadió—: Nos caes bien a los dos.

Grace no se sintió con ánimos de mirarle, no quiso permitirse sucumbir ante su tono, ante la presencia masculina que llenaba su casa. De repente se sintió enfadada y triste al mismo tiempo, y confundida por la traición de una amiga.

—¿Qué debo hacer cuando llegue la delegación?

—Me gustaría ayudarte.

Ella meneó la cabeza.

—Me temo que no hay nada que tú puedas hacer. Me equivoqué al pensar en engañarles. Las personas de Suffolk contribuyen a lo que ellas creen que es un ministerio cristiano. Tienen derecho a saber adonde va a parar su dinero —se levantó y cuadró los hombros—. Sencillamente tendré que buscar una forma de apaciguarlas, o de convencerlas del valor de lo que trato de hacer aquí; o incluso puede que tenga que idear algún modo de arreglármelas sin ellas. No lo sé.

James dio un paso hacia ella y se miraron.

—Grace, dime que esto no perjudicará nuestra amistad.

Grace sintió un nudo en la garganta.

—Nada del mundo podría perjudicarla, James.

—Seguirás visitándonos en el rancho, ¿verdad?

Pero Grace titubeó.

James dio media vuelta y descargó un puñetazo en la palma de la mano.

—¿Cómo es posible que las cosas se hayan estropeado así? Creía que Lucille era feliz. Parecía serlo —con el cuerpo tenso, empezó a recorrer la minúscula salita de un lado a otro—. Se ha portado tan bien con el rancho y los niños. En diez años no se ha quejado nunca —se detuvo repentinamente y miró a Grace con expresión de dolor—.



Lucille es una mujer buena y no sé qué haría sin ella. Pero... esta mañana me puse furioso, fuera de mí, cuando me dijo lo de la carta. Me puse a gritar y dije algunas cosas desagradables. No quería decirlas, pero sólo podía pensar en... —bajó la voz—. Grace, tú eres una de las mejores cosas que nos han ocurrido a este país y a mí. Lo único que podía pensar era que si Lucille había echado a perder nuestra amistad...

Hormigas blancas corrían por el techo de paja; los lagartos se deslizaban por las paredes y las vigas. El bungalow estaba vivo, como lo estaban también el jardín y la selva. Las dos personas del bungalow escucharon el coro de vida que les rodeaba por todas partes, perdidos durante unos momentos en sus respectivos ojos, atrapados en la proximidad de sus cuerpos y la intimidad del momento. Luego James dijo:

—Es tarde. Deberías acostarte, Grace.

—¡No pretenderás volver a casa ahora! Es peligroso.

—Rose me ha ofrecido un camastro en la casa.

Grace sintió deseos de decirle que se quedara con ella, pero en vez de ello, cogió un farol y se lo dio, diciéndole:

—El camino que va de aquí a la casa es peligroso de noche, James. Ten cuidado, por favor.

Grace abrió la puerta y James salió a la veranda, se puso de nuevo el sombrero de ala ancha y se volvió para mirarla con los ojos hundidos en la oscuridad.

—Te prometo una cosa, Grace. Haré todo lo que pueda para ayudarte.



CAPÍTULO 16

Peony estaba sentada con la cara entre las manos, los delgados hombros encorvados, el cuerpo estremecido por los sollozos.

—¡No sé qué voy a hacer! —gimió—. ¡Me mataré!

—¡Tonterías! —dijo Miranda, ofreciendo una copa de coñac a la muchacha—. Toma. Bébetelo y deja de llorar. Así no vas a resolver nada.

La doncella alzó el rostro hinchado.

—¡Resolver! ¿Cómo se puede resolver esto?

—Hay métodos.

Peony abrió mucho los ojos.

—Oh, no, señorita —dijo con voz entrecortada—. Eso no sería capaz de hacerlo jamás.

Miranda se sentó ante su escritorio y con la punta de un dedo dio unos golpecitos en el secante verde. ¡El día había sido terrible! Primero había descubierto que alguien robaba en la cocina y había tenido que averiguar cuál de los chicos era el culpable. Luego uno de los huéspedes había enfermado de fiebre y asustado a todos los demás. Y ahora esto.

Peony, la doncella inglesa de Miranda, era una joven pálida que había llegado en el último barco con su prometido, que había muerto de melanuria en Mombasa. Miranda la había contratado y la muchacha llevaba ocho meses haciendo su trabajo alegremente, con diligencia, y estaba ahorrando para volver a Inglaterra.

—¿De cuánto tiempo estás? —preguntó Miranda.

—Unos dos meses.

—¿Y el padre? ¿Lo sabe el padre?

Peony puso cara de desdicha.

—No lo sabe, señorita. Hace tiempo que se marchó de aquí. Ni... ni siquiera sé cómo se llama.

Miranda meneó la cabeza, disgustada. ¡Estas chicas! Algunas de ellas parecían conejos; llegaban a Kenia, no mostraban ni un ápice de discreción y perdían la cabeza



al ver tantos hombres. La esposa de un colono del distrito de Limuru se ganaba un buen dinero practicando abortos.

Miranda se levantó y fue hasta la ventana. Le parecía que cada vez que se asomaba había más ajeteo en Nairobi. ¿Era su imaginación o aparecían cinco automóviles nuevos cada vez que volvía la espalda, otros cien hombres que llegaban en busca de aventuras, otras veinte mujeres que andaban en busca de un marido rico? Miranda empezaba a detestar Kenia.

Valentine no había pasado a verla desde su única noche juntos.

Al otro lado de la calle se detuvo una carreta llena de agricultores holandeses. Se pasarían el día comprando, comerciando, recogiendo el correo, y luego volverían a las tierras que tenían en el quinto pino.

«Santo Dios -pensó Miranda-. ¿Por qué se muestran tan orgullosos? ¿Por qué les parecerá tan honorable dedicarse a destripar una tierra donde no crece nada salvo la malaria y la enfermedad del sueño?»

No había recibido ni siquiera una nota de Valentine. A primera hora de la mañana siguiente Valentine había salido sigilosamente de su cama para regresar con su esposa a su plantación en el norte. Desde entonces no se había presentado ni una sola vez. Y Miranda sabía que había estado en Nairobi, porque lo había visto.

Peony rompió a llorar de nuevo y Miranda sintió crecer su amargura. ¡A veces la vida actuaba de un modo perverso! Ante ella tenía a esa chica, histérica porque estaba embarazada después de una aventura de una noche con un chico sin nombre, mientras ella, Miranda, ansiaba quedar embarazada y no podía.

Siguió contemplando la calle. Una de las mujeres bóers estaba embarazada y hacía gala de ello en público. Los tiempos estaban cambiando. La reclusión y la ocultación del embarazo eran cosas del pasado. La guerra había acabado con los convencionalismos y las modas. Ahora había vestidos especiales para las futuras mamás y las mujeres ostentaban su vientre con orgullo.

«Excepto yo -pensó Miranda, odiando a la joven esposa bóer-. Yo debería andar por la calle como ésa».

Circularía la noticia de que el padre del bebé era el conde, y éste la instalaría en algún lugar bonito, quizá en una casa de Parklands, donde viviría como una emperatriz mientras otra persona le llevaba el hotel y depositaba los beneficios en su cuenta. Pero necesitaba un bebé para que ese sueño se hiciera realidad, y para ello era necesario que Valentine volviera a acostarse con ella.

Miranda encorvó los hombros. Era inútil. Valentine no volvería. Cualquier imbécil podía darse cuenta de ello. Había estado borracho y, al serenarse y darse cuenta de lo ocurrido, lo había lamentado.

—No quiero que me hagan una de esas operaciones —gimió Peony—. ¡Me criaron católica!



Miranda se volvió hacia ella con una expresión de desprecio.

—Eso deberías haberlo pensado antes de entregarte a tu flaqueza. Si no quieres librarte de él, ¿piensas quedártelo?

Los ojos de Peony se pusieron redondos como monedas.

—¡No, no, señorita! ¿Qué haría yo con un crío? No es que quiera al chico con el que me acosté. No significa nada para mí. No quiero el bebé. Pero no podría... matarlo.

—¿Entonces qué vas a hacer?

Peony se retorció el delantal.

—Pensaba que tal vez alguien lo adoptaría.

Miranda la miró fijamente.

Peony aparecía pequeña y patética en la butaca grande, los contornos de sus hombros huesudos eran visibles a través de la tela de su vestido barato. Pero Miranda sabía que era una chica sana. Y que el bebé también sería sano.

Miranda entornó los ojos; acababa de ocurrírsele una idea.

—¿Dices que el chico no sabe lo que ha pasado?

—¡Así es, señorita! Y no lo sabrá porque nunca volveré a verle.

—¿Lo sabe alguien?

Peony dijo que no con la cabeza.

Miranda sonrió.

—Entonces voy a ayudarte.

—Oh, gracias...

—Pero tienes que prometerme que guardarás el secreto. Escúchame, que voy a decirte lo que haremos...

* * *

Rose le había escrito una nota:

«Una docena de bollitos de almendra de la señora West. Y pastel de Bristol, por favor».

Era la única forma en que se comunicaban, o bien por medio de la señora Pembroke, la niñera, o valiéndose de notas escritas. Había encontrado la de ese día en su vestidor, cuando se estaba preparando para ir a Nairobi. Rose ya había salido de la casa, por supuesto, y estaba en el claro de los eucaliptos.

Valentine estuvo tentado de fingir que no había visto la nota, o que la señora West ya no elaboraba pasteles, pero sabía que las mentiras no le salvarían. No se estaba



portando de forma honorable. Por desagradable que fuera, no podía pasarse el resto de su vida esquivando a Miranda; tenía que verla y enterrar el asunto.

Miranda salió de la cocina con las manos extendidas y Valentine vio con sorpresa que lo saludaba efusivamente.

—Ha estado usted ocupado, lord Treverton —dijo, señalando a uno de los chicos que estaba poniendo las mesas para el té—. Dos cervezas —dijo en suajili, luego se volvió hacia Valentine—. Debe de tener muchísimo trabajo, entre quitar las malas hierbas, podar y todo lo demás dos mil hectáreas de café. Los otros plantadores no hablan de otra cosa.

Valentine miró a su alrededor, pensando que el comedor era un lugar bastante público. Pero en ese momento, entre el almuerzo y el té, no había nadie. Y los chicos estaban trabajando en silencio en el otro extremo de la habitación.

—Lamento no haber venido últimamente, Miranda. En realidad ha sido porque no sabía qué decirle.

—No tiene importancia —dijo ella—. De veras que no importa.

—Normalmente no soy así. Me siento como un canalla. No era mi intención que ocurriese aquello. Bebí demasiada ginebra en el Norfolk.

—Por supuesto. Lo comprendo.

—Bien, pues —apoyó las manos en la mesa, sintiéndose inmensamente aliviado—. ¡He de reconocer que es usted estupenda, Miranda!

Miranda se rió.

—¿Qué pensaba que iba a hacer? Después de todo, no soy una novata que acaba de bajar del barco. Y confío de veras en su discreción. Al fin y al cabo, tengo que pensar en mi reputación.

—Tiene usted mi palabra de honor.

—Y también hay que proteger la suya.

—Sí, claro.

—Especialmente ahora.

—¿Ahora?

Llegaron las cervezas. Miranda las sirvió en jarras de vidrio y esperó hasta que el chico hubo regresado a la cocina; entonces dijo:

—Es una verdadera coincidencia que haya venido hoy, lord Treverton. Estaba a punto de salir a buscarle.

Valentine la miró con expresión cautelosa.

—¿De veras?



Miranda bebió un sorbo de cerveza.

—Oh, me temo que el chico nos ha traído cerveza fría. Desde hace un tiempo tengo en casa un poco de hielo para los norteamericanos. Les gusta la cerveza fría, ¿lo sabía usted?

—Miranda, ¿por qué iba a salir a buscarme? Sin duda sabrá que lo que pasó aquella noche no puede repetirse.

—No esperaba que se repitiera. Si me alegro de que haya venido es porque tengo algo que decirle.

—¿Qué es?

—Estoy embarazada.

—¡Cómo!

Un camarero apareció en la puerta de la cocina y volvió a entrar en ella cuando Miranda le hizo un gesto con la mano.

—Por favor, lord Treverton, tenemos que ser discretos.

—Embarazada —dijo él.

—Sí.

—¿Está segura?

—Sí —Miranda suspiró.

—¿Y por qué me lo dice a mí?

—Porque el hijo es suyo.

—¡Mío!

—Desde luego, no puede ser de otro.

Valentine la miró fijamente; luego dijo:

—¡Santo Dios! —se levantó, dio unos pasos y se volvió—. ¿Qué piensa hacer?

—¿Hacer? Pues, tenerlo, por supuesto.

—Hay una mujer en Limuru. Una tal señora Bates...

Miranda meneó la cabeza.

—Nunca sería capaz de hacer eso. ¿Usted, sí? ¿A sabiendas de que el hijo es suyo? Y hay muchas probabilidades de que sea niño. Mi familia suele tener hijos varones — hizo una pausa para dar a sus palabras tiempo de surtir efecto; luego añadió—: No pido nada de usted. No soy de esas. Yo me ocuparé de él, le educaré como a un hijo propio. Nadie sabrá que usted es el padre. Sólo me dije que debía usted saberlo. Eso es todo.



Valentine la miró con expresión sombría y pensativa. Ella le devolvió la mirada con expresión franca, honrada.

Entonces Valentine pensó en su padre, el anciano conde. Habían corrido rumores sobre una mujer y un chiquillo en Londres. El padre de Valentine los había instalado en un piso de Bedford Square.

Un chico. Un *hijo varón*...

Volvió a acercarse a la mesa y se sentó.

—Lo siento, Miranda —dijo con voz sincera y seria—. No era mi propósito que pasara esto.

—Tampoco el mío, pero así están las cosas. Llevo años protegiendo mi reputación. Y ahora se ha malogrado por culpa de un momento de flaqueza.

—La culpa fue mía.

—Fue de los dos.

—La ayudaré, naturalmente.

—No le pido que lo haga.

—A pesar de ello... —los pensamientos de Valentine se dispararon. Vio a los socios de su club, las miradas maliciosas que se dirigían unos a otros al entrar él, las conversaciones que enmudecían bruscamente. Valentine sabía que toda la colonia hablaba de él y de Rose, que especulaba sobre sus problemas matrimoniales. La gente decía que el conde de Treverton no era capaz de engendrar un heredero.

—¿Cuándo nacerá? —preguntó.

—En marzo.

—Muy bien, pues —dijo, sacando el billetero del bolsillo—. Esto es para empezar.



CAPÍTULO 17

Era la peor época del año para viajar a Kenia, justo antes de las lluvias, cuando la hierba estaba seca, en los campos no había cosechas, y todo el país aparecía marchito y abandonado de Dios.

«Como me pasará a mí -pensó Grace-, si hoy no me ando con cuidado».

La delegación había llegado el día antes, hospedándose en el hotel Rinoceronte Blanco, en Nyeri, y no tardaría en presentarse en el bungalow para iniciar la inspección. Sintiéndose responsable de la situación, James se había ofrecido a ayudarle, pero Grace le había dicho que no, porque creía que debía recibir a la delegación ella sola.

La mañana era joven y fresca mientras Grace caminaba por el sendero hacia el pequeño recinto donde estaba su clínica. La neblina nocturna todavía se enroscaba en el suelo y el rocío relucía en las hojas como flores de cristal. Grace vio el destello de color de una moscareta en lo alto de los árboles, la cola larga y escarlata recibiendo el sol de la mañana. Un abejaruco de color canela cruzó volando el sendero. El aire estaba lleno de cantos y parloteos. Al otro lado del río, el humo azul de las hogueras de los kikuyu colgaba de las ramas bajas de los árboles.

La misión de Grace consistía en tres estructuras: el ambulatorio, que era una techumbre de paja sobre cuatro postes; la escuela, que no era más que unos troncos colocados como bancos de cara a un olivo en el que estaba la pizarra; y una choza de barro para los enfermos graves o heridos. Una multitud silenciosa y ordenada ya la estaba esperando: mujeres con bebés en la espalda; ancianos acucillados en el suelo jugando una partida interminable con guijarros.

Grace llevaba ya un buen rato haciendo su labor de costumbre cuando finalmente apareció la delegación, tres hombres y dos mujeres.

Hubo las presentaciones de rigor, ya que era la primera vez que se veían. El reverendo Sanky encabezaba el grupo e iba acompañado de su esposa, Ida. Al principio no hicieron preguntas y se limitaron a observar a Grace mientras atendía a los pacientes africanos de uno en uno con la ayuda de Mario. Había los acostumbrados niños con quemaduras, que Grace trató con permanganato y vendas limpias, despidiéndoles luego y recordándoles a sus madres los peligros de las hogueras que encendían en sus chozas. Se presentó un hombre con un bocio y Grace no pudo hacer nada por él; otro que era un caso grave de elefantiasis, y Grace le dijo



que acudiese al hospital católico de Nyeri; otro con la mano gravemente infectada por no haberse cuidado el corte que se había hecho tres días antes. Muchos de los pacientes presentaban dolencias que ya les habían hecho acudir a ella, algunos varias veces. Estos problemas tenían su origen en las malas condiciones sanitarias en que vivían, y aunque Grace les hacía las mismas advertencias una y otra vez, diciéndoles que limpiasen la choza, que no dejaran entrar en ella a las cabras, que se lavasen el cuerpo con regularidad, que calzaran sandalias, que ahuyentasen las moscas de la cara, nunca seguían sus consejos.

El reverendo Sanky y sus acompañantes observaban en silencio, tomando algunas notas; inspeccionaron el instrumental que había sobre la mesa -laringoscopio, martillo de reflejos, jeringas hipodérmicas, depresores linguales, fórceps y bisturís-; leyeron las etiquetas de los frascos; echaron un vistazo a los gráficos; y escucharon.

Un viejo con el cuerpo cubierto de llagas armó un alboroto cuando Grace hizo ademán de coger una jeringa hipodérmica. Mario le tradujo lo que decía el viejo:

—Dice que ya le pincharon, memsaab. Ayer, en la misión católica.

—Entiendo —dijo ella, llenando la jeringa con el contenido de una botella cuya etiqueta rezaba «Neosalvarsan»—. ¿Le pusieron esto mismo?

—Dice que sí, memsaab.

—Pregúntale si también le pusieron una inyección contra la infección de las nubes.

Mario y el viejo cambiaron unas palabras; luego el primero dijo:

—Dice que ésa también, memsaab.

—Muy bien, pues. Hazme el favor de sujetarle, Mario.

Mientras el viejo protestaba, Grace le clavó la hipodérmica en el brazo.

—Oiga —dijo el reverendo Sanky cuando el viejo se hubo marchado, quejándose ruidosamente—. ¿Se puede saber a qué venía tanto barullo?

Grace le contestó mientras examinaba el interior de la boca de una mujer.

—Ese hombre tenía bubas. Necesitaba una inyección de Neosalvarsan.

—Pero él le ha dicho que ya se la habían puesto.

—Esta gente tiene muchísimo miedo a las inyecciones, reverendo Sanky —dijo Grace, cogiendo unas pinzas—. Siempre mienten e insisten en que ya les han puesto la inyección.

—¿Pero cómo podía estar usted segura de que el hombre mentía? —preguntó la señora Sanky observando cómo Grace extraía un diente cariado de la boca de la mujer kikuyu.

—Porque insistió en que también le habían inyectado contra la infección de las nubes, y eso es algo que no existe.



— ¿Lo ha inventado usted?

— Mario, por favor, dile a la mujer que se enjuague la boca con esto y que luego lo escupa — Grace se lavó las manos en una palangana de agua jabonosa y dijo —: Es una forma de averiguar si dicen la verdad. Si me hubiese dicho que no le habían puesto una inyección para la infección de las nubes, entonces habría sabido que decía la verdad en el caso del Neosalvarsan. Algunas de estas personas me han jurado que les habían puesto una inyección de chocolate.

El reverendo y su esposa se miraron. Otro miembro de la delegación dijo:

— ¿Por qué le ha dado a esa mujer el diente que acababa de extraerle?

— No he tenido más remedio. De no habérselo dado, pensaría que iba a utilizarlo contra ella en la magia negra.

— Doctora Treverton — dijo la otra mujer del grupo —, ¿por qué su morfina es de color rojo? La morfina no es roja. De hecho — señaló los frascos de medicina que había sobre la mesa —, todas estas soluciones deberían ser incoloras; y, pese a ello, son de colores diferentes. ¿Por qué? Grace cogió un bebé de brazos de su madre y procedió a curarle una quemadura en la pierna.

— Descubrí que esta gente piensa que todos los líquidos incoloros son agua y que, por lo tanto, no sirven de nada. Al añadirles un colorante, se convencen de que en ellos hay poder. Lo mismo ocurre si una medicina tiene sabor amargo; confían más en ella. En ese sentido, el africano no se distingue del inglés que acude a un médico de Harley Street.

— Doctora Treverton, ¿puede atender a todas las dolencias que se le presentan?

— A muchas de ellas. Recorro bastante a lo de «vaselina por fuera, quinina por dentro». Así resuelvo la mayoría de los casos. El resto lo mando al hospital católico.

Los cinco miembros del grupo se miraron. El reverendo Sanky dijo:

— ¿Podría concedernos un poco de tiempo ahora, doctora Treverton?

— Desde luego — devolvió el bebé vendado a su madre, diciéndole que tuviese cuidado con la hoguera, a sabiendas de que la advertencia caería en saco roto; después se lavó las manos y le dijo a Mario que vigilase a los que todavía esperaban, no fueran a robar algo.

— ¿Esta gente le roba cosas, doctora Treverton? — preguntó la señora Sanky mientras bajaban por el sendero hacia el río. El grupo había expresado el deseo de visitar el poblado cercano.

— Sí, en efecto.

— Parece ser que no tienen sentido de la moral.



—Al contrario, los kikuyu son un pueblo muy moral y tienen su propio código de leyes y castigos, un código rígido. Ocurre sencillamente que no ven nada malo en robarle al hombre blanco.

El reverendo Sanky, que caminaba al lado de Grace, dijo:

—Hasta ahora, en su tratamiento de esta gente, hemos observado mentiras, trucos y supersticiones... por parte de usted, doctora.

—Es la única manera de comunicarse con ellos. De no hacerlo así, no me entenderían.

—¿Quién vive allí? —preguntó Ida Sanky, señalando la choza solitaria junto al campo de polo de Valentine.

—Pertenece a una curandera local que se llama Wachera.

—Creía que al final habían declarado a los hechiceros fuera de la ley.

—Y así es. Wachera sería multada o iría a la cárcel si la pillasen ejerciendo la medicina tribal. La gente va a verla en secreto.

—Si usted está al corriente de estas prácticas secretas, doctora Treverton, confío en que habrá informado de ello a las autoridades.

Grace se detuvo en el margen del río donde la pasarela de madera construida por Valentine llevaba al poblado.

—Y así lo he hecho, reverendo Sanky. Créame. He tratado de poner fin a lo que hace esa mujer. Es el mayor obstáculo en mi lucha por educar a los africanos.

—¿No puede hablar con ella? ¿Razonar con ella?

—Wachera no quiere saber nada de mí.

—¡Por fuerza tiene que ver que nuestros métodos son mejores!

—Al contrario. Wachera aguarda el momento en que los británicos hagan las maletas y se larguen de Kenia.

—He leído algunas cosas —dijo un joven del grupo—. ¿Es verdad que las mujeres se acuestan con los amigos de sus esposos?

—Es una costumbre tribal muy antigua que está muy arraigada en los sistemas de grupos de edades, que son unos sistemas muy complejos. Y se hace abiertamente, a discreción de la esposa y con la aprobación del esposo.

—Fornicación, por decirlo de otro modo.

Grace se volvió hacia el reverendo.

—No, no es fornicación. Las costumbres sexuales de los kikuyu son diferentes de las nuestras. Por ejemplo, en su lengua no hay ninguna palabra que signifique «violación». Sus actitudes sexuales podrían parecerse promiscuas, pero tienen tabúes muy estrictos...



—Doctora Treverton —dijo el reverendo Sanky—, el cariño que siente por esta gente es obvio, y no somos insensibles a lo que trata usted de hacer aquí. Sin embargo, nos parece que su método no es el más indicado.

—¿No?

—Allí arriba, mientras curaba a los pacientes, ni una sola vez les hablé del Señor, ni una sola vez les dije que su poder procedía de Él, no traté de acercar a ninguna de esas personas a Jesús, aunque le sobraron las oportunidades.

—No soy predicadora, reverendo Sanky.

—Precisamente, y ése es su problema principal. Ha descuidado sus necesidades espirituales, y por ello los africanos continúan con sus malas costumbres. Por ejemplo, esa operación en la que se mutila a las muchachas. ¿Qué ha hecho usted, doctora Treverton, por contribuir a los esfuerzos que las misiones hacen aquí, en Kenia, a favor de la abolición de esa costumbre?

—Para poder tratar las enfermedades de esta gente, reverendo, debo contar con su confianza y su amistad. Si empiezo a predicarles y a condenar sus tradiciones tribales, no se acercarán a mi clínica. La misión católica ha perdido a muchos de sus africanos porque los sacerdotes talaron higueras sagradas.

—No irá a decirme que condona usted el culto a los árboles, ¿eh?

—No lo condono, pero...

—Mire usted, doctora Treverton —dijo un miembro de edad avanzada del grupo—, el propósito principal de una misión médica aquí es evangélico. Queríamos tener aquí una clínica, no para curar sus cuerpos, sino para acercar esta gente a Jesús.

—Ya les he dicho que no soy predicadora.

—Entonces necesita uno.

—Pues envíemelo, faltaría más —dijo Grace—. ¡Pero envíenme también enfermeras y personal médico!

—Parece que le va muy bien a usted sola, doctora —dijo la señora Sanky—. ¿Para qué necesita tantos ayudantes?

—Para enseñarles a los africanos a ayudarse a sí mismos.

—¿Ayudarse a sí mismos? —dijo el reverendo.

Grace habló con rapidez y vehemencia.

—Mi verdadero objetivo es enseñar a los africanos a cuidar de sí mismos. Si pudiera tener un equipo en el poblado, alguien que enseñase a los kikuyu una vida más sana, tendría muchos menos pacientes. Y si pudiera enseñarles a otros kikuyu, como le he enseñado a Mario, a prestar los primeros auxilios...

—Habla usted de autonomía para esta gente.



—Sí, así es.

—¿Entonces cómo podríamos acercarlos a Jesús? Si los africanos pudieran arreglárselas sin ayuda, no verían ninguna razón para acudir a los médicos cristianos y, por consiguiente, sería imposible evangelizarlos.

Grace miró fijamente a las cinco personas, que parecían fuera de lugar con sus chaquetas abrochadas y sus corbatas, las dos mujeres con corsé. Parecían vestidas para pasar una tarde en Wimbledon y no en la selva africana. De repente pensó en Jeremy y recordó una conversación que habían tenido una noche mientras paseaban por cubierta.

«Lo primero que construiremos, querida, será una casa para los enfermos hospitalizados -había dicho Jeremy-. Los enfermos ambulatorios son difíciles de retener, pero los pacientes que guardan cama son un público cautivo y, por consiguiente, mucho más receptivos a las enseñanzas espirituales».

Era extraño. Nunca había pensado realmente en ello, en la importancia que daba Jeremy al aspecto proselitista de su misión. Y cuanto más pensaba ahora en ello, más fácil le resultaba ver a Jeremy entre los miembros de la delegación.

Pensó en el dinero que la delegación representaba, en la aportación mensual de la sociedad misionera de Suffolk. Eran su último recurso, esas cinco personas que evidentemente no estaban satisfechas de sus métodos. No acudiría a Valentine en busca de ayuda, especialmente ahora que Miranda West se paseaba por Nairobi vestida de futura mamá y toda el África Oriental estaba llena de habladoras sobre la identidad del padre. Grace no tenía la menor intención de que su hermano la mantuviese del mismo modo que mantenía a su querida.

—Aceptaré gustosamente a un predicador, reverendo Sanky —dijo—. Su ayuda será muy bien recibida.

El reverendo sonrió.

—Nos hacemos cargo de lo que ha tenido que soportar aquí, doctora. Desde luego, no le habrá resultado fácil. Y como ha estado tan aislada durante el último año y medio, no es extraño que haya perdido el rumbo. Ya he pensado en alguien, en un hombre que en estos momentos trabaja en Uganda. Se trata del reverendo Masters. Es el más indicado. Haga que su gente le construya una casa inmediatamente, porque le haré venir en el primer tren.

—¿Traerá personal médico con él?

—El reverendo Masters querrá hacerse antes una idea de las necesidades médicas.

—¿No es a mí a quien corresponde esa tarea?

—A partir de ahora, el reverendo Masters tendrá la misión a su cargo, doctora. Todas las decisiones las tomará él.

Grace miró al reverendo Sanky.



—¡A su cargo! Pero... esta misión es mía.

—Construida con nuestro dinero, doctora. Ya va siendo hora de que intervengamos en su supervisión —el reverendo Sanky miró a su alrededor, hacia el río turbulento, la selva indómita, los tejados de paja de las chozas que asomaban entre los árboles, y vio una tierra que estaba madura para hombres como el reverendo Thomas Masters, un hombre severo y adusto, de rectitud incommovible, que había puesto a Satanás en fuga en cuatro países africanos.



CAPÍTULO 18

Las lluvias habían cesado hacía tres días y parecía que a Nairobi le hubiesen salido los colores de la noche a la mañana. Mientras caminaba hacia el hotel King Edward, Miranda West vio paredes cubiertas de buganvillas de color escarlata, anaranjado y rosa, jardines particulares llenos de geranios, claveles y fucsias que acababan de florecer. Los árboles que bordeaban las fangosas calles de Nairobi aparecían adornados con flores rojas, blancas y de color lavanda. Era Navidad y el mundo, alimentado por las breves lluvias de noviembre, rebosaba vida y crecimiento. El voluminoso cuerpo de Miranda West, que saludaba alegremente a las personas que se cruzaban con ella, era como un canto a la vida. Estaba embarazada de seis meses y se le notaba de lejos.

Al llegar al hotel, entró en la cocina para recoger una bandeja de sopa y emparedados, luego subió a sus aposentos, donde se quitó el cojín de debajo del vestido y lo dejó a un lado. Tras ponerse una bata y asegurarse de que nadie la veía, subió al ático por una escalera privada.

Peony estaba sentada en la cama, leyendo una revista.

—¿Qué tal estamos hoy? —preguntó Miranda, dejando la bandeja delante de Peony.

La habitación estaba decorada con papel pintado, alfombra, cortinas y contenía también los muebles y los extras -libros, un gramófono, una mecedora- que Peony había pedido. Era todo lo cómoda que podía ser; pero resultaba imposible disimular que era una cárcel, y Peony empezaba a estar harta.

—Faltan dos días para Navidad —dijo—, y yo estoy aquí encerrada, y me lo pierdo todo.

—No vas a perderte nada. Te traeré un poco de ganso y budín de Navidad. Y tengo un regalo para ti.

Peony echó un vistazo al contenido de la bandeja de emparedados y dijo:

—¡Vaya! ¿Pasta de jamón otra vez?

—Mis clientes pagan mucho dinero por mi pasta de jamón.

—Preferiría galletas y mermelada.



Miranda reprimió su irritación. Sabía que a la muchacha no le resultaba fácil permanecer encerrada las veinticuatro horas del día, sin ver a nadie más que a ella. Pero valdría la pena y así se lo recordó a Peony.

—Sólo faltan tres meses más, hija mía, y luego volverás a Inglaterra con dinero en el bolsillo.

—¿Está segura de que esa gente seguirá adelante... los que van a adoptar el bebé?
—preguntó Peony con voz malhumorada.

—Te lo prometo.

—¿Y cómo es que nunca vienen a verme? Sería natural que quisieran ver a la madre. Vamos, digo yo.

—Ya te lo dije. Quieren que su identidad permanezca en secreto.

—Bueno, mientras cumplan su parte del trato.

Miranda se sentó en el borde de la cama y dio unos golpecitos en la mano de la muchacha.

—No tienes ningún motivo para preocuparte. En cuanto les lleve el bebé, recibirás el pasaje para el barco y podrás volver a Inglaterra.

—Y las quinientas libras, ¿no?

—Contantes y sonantes. Bueno, ¿vamos a ver cómo estamos esta noche?

Mientras se tendía en la cama, Peony dijo:

—¿Por qué habla siempre en plural?

—Es lo que hacen las enfermeras, ¿no? ¿Y acaso no soy yo tu enfermera?

Peony la miró con suspicacia.

—Pero buscará un médico de verdad para que me asista en el parto, ¿no es así?

—Ya te lo he dicho otras veces. La pareja tiene un médico pensado. Cuando llegue el momento mandaré por él. Bueno, dime cómo te encuentras.

Era lo mismo todos los días: Miranda entraba en la habitación, medía el abdomen de Peony, lo palpaba y le preguntaba si tenía apetito, si sentía dolores, si notaba el bebé. Miranda sacó la cinta métrica y vio que una vez más tendría que ensanchar un poco el cojín.

—¿Se acabaron las náuseas?

—Llevo cinco días sin tenerlas. Supongo que se han acabado.

Peony se había encontrado muy mal durante los primeros meses, vomitando cada dos por tres, incapaz de retener nada. Así que durante aquellas semanas Miranda había renunciado al desayuno y al almuerzo y se había quejado de náuseas a todos los que querían escucharla.



—Pero ahora me duele la espalda —dijo Peony.

—¿Dónde?

—Aquí. ¡Y me paso el día corriendo al retrete!

Miranda sonrió. Recordaría ese detalle.

—¿Duermes bien?

—Bastante bien. ¿Puede conseguir pescado? Me muero de ganas de comer pescado.

—¿De qué clase?

Peony se encogió de hombros.

—Da lo mismo. Es verdad lo que dicen... que cuando estás embarazada te apetecen cosas rara.... ¡Normalmente detesto el pescado!

Miranda se levantó y dijo:

—Tendrás el mejor pescado que pueda comprarse con dinero. ¿Quieres algo más?

—¡Me gustaría alguna revista que no fuera de seis meses atrás!

—Ahora me pides un milagro. Pero veré qué puedo hacer.

—Esto no me gusta, ¿sabe? No me gusta ni pizca. Me volveré loca si no salgo.

Miranda se detuvo en la puerta con la mano en el pomo.

—Sabes que no es posible.

—¡Sólo a dar un paseo! ¿No dicen que a las embarazadas nos conviene hacer ejercicio?

—La pareja no quiere que te vean.

—¿Y quién lo sabría? ¡Por favor, señorita! Déjeme salir un ratito. No haré nada. Se lo prometo.

—Peony, eso ya lo hablamos en agosto. Accediste a cumplir todas las condiciones que pusieron. Si das un solo paso fuera de esta habitación, el trato se acabó, y te quedarás sola, embarazada y sin un penique. ¿Entendido?

Pony jugueteó con un mechón de cabellos. Miranda sonrió y dijo con dulzura:

—Ya verás cómo habrá valido la pena. Pero tienes que estarte quietecita.

Finalmente, la muchacha, cogiendo un emparedado e hincándole el diente, dijo:

—De acuerdo, no iré a ninguna parte.

Al salir de la habitación, Miranda hizo girar la llave en la cerradura.

«Ya no tengo náuseas, ¡pero ahora siento un deseo inesperado de comer pescado!»
—escribió Miranda en la carta a su hermana de Londres—. Me duele la espalda y voy



al retrete con frecuencia; pero sólo quedan tres meses más y entonces estaré instalada muy cómodamente. El lord me está construyendo una casa magnífica en Parklands. Me mudaré a ella en cuanto nazca el bebé. Tú vendrás a vivir con nosotros. ¡Nos daremos la gran vida!»

Miranda dejó la pluma, dobló la hoja de papel y la metió en el sobre junto con una foto suya en la que aparecía con el vestido de futura mamá. Ya era tarde y se preguntó si debía ensanchar el cojín esa misma noche; en ese momento se oyó un ruido al otro lado de la puerta.

Miranda quedó paralizada. Su aposento estaba sobre la cocina, en lo alto de una escalera privada, totalmente aislado del hotel y sus huéspedes. Miró el reloj. Era la medianoche.

Escuchó con atención. Había alguien delante de su puerta.

¡Peony! ¡Se escabullía tras haber conseguido abrir la puerta!

Miranda se levantó de un salto y corrió hasta la puerta, la abrió rápidamente con la intención de sorprender a la muchacha y sujetarla antes de que alguien la viese. Pero se llevó una sorpresa tremenda.

—Hola, cariño —dijo Jack West.

Miranda retrocedió.

—Pones cara de haber visto un fantasma. ¿No reconoces a tu propio marido?

—¡Jack! —susurró ella—. Te creía muerto.

—Sí, claro, eso pretendía yo. ¿No vas a invitarme a entrar?

Pasó por delante de ella, achaparrado y pelirrojo, vestido con ropa caqui manchada de sudor. Una vez dentro, recorrió la habitación con los ojos.

—Veo que las cosas te han ido bien, Miranda. Vaya que sí.

Ella se apresuró a cerrar la puerta.

—¿Qué haces aquí?

Jack se volvió y alzó las cejas pobladas.

—¿Que qué hago aquí! Pues soy tu marido, cariño. ¿Acaso no tengo derecho a estar aquí?

—¡No! Después de abandonarme, no lo tienes.

—¡Abandonarte! Te dije que iba al lago Victoria a cazar hipopótamos.

—De eso hace siete años. No volví a saber de ti.

—Bueno, pues ahora sí sabes de mí. ¿No vas a ofrecerme un trago?

Miranda intentó pensar. Su cerebro se disparó: la muchacha oculta en el ático; el cojín con los lazos; lord Treverton. Le sirvió un whisky y le preguntó:



— ¿Dónde has estado todo este tiempo?

Jack se sentó en la misma silla en que se sentara el conde seis meses antes y apoyó sus sucias botas sobre el taburete.

— Por ahí. Lo de los hipopótamos no dio resultado, pero me las arreglé para ganar un poco de dinero durante la guerra, haciendo de explorador para los alemanes y espionando a los británicos. Después estuve una temporada en el Sudán, cazando elefantes furtivamente, por el marfil.

— ¿Por qué has vuelto a Nairobi?

— Porque oí decir que habían encontrado oro en el Nyanza y me propongo aprovecharlo.

Miranda habló con cautela:

— ¿Así que no has venido a quedarte?

— ¡Mientras allí se encuentre oro, no! — se bebió el whisky de un trago y alargó el vaso para que se lo llenara de nuevo—. Han encontrado rocas de cuarzo junto a piedra caliza cerca del lago Victoria. Dicen que son iguales que las formaciones auríferas de Rodesia. ¿Sabes a cuánto pagan el oro hoy día? ¡A cuatro libras la onza!

— Entonces, ¿por qué estás aquí y no allí?

Se bebió el segundo vaso y pidió el tercero.

— Porque necesito un equipo. Calculo que cinco mulas y un par de negros de confianza bastarán. Más las herramientas. Por esto he venido a Nairobi — cuando se hubo bebido el tercer whisky y el color hubo aparecido en sus mejillas, Jack West se acarició pensativamente la barba—. Pero, verás, es que no tengo dinero para todo esto. Y cuando me contaron que mi esposa tenía un próspero hotel en la ciudad, me dije...

Miranda se volvió bruscamente y se acercó a la pequeña caja de caudales que había junto a su cama.

— ¿Cuánto necesitas? — preguntó.

— Vamos, vamos — dijo él, levantándose—, ¿a qué vienen tantas prisas? No puedo equiparme a estas horas, ¿verdad? La parte comercial de nuestra corta visita puede esperar hasta mañana.

Miranda sintió frío.

— Jack, ya no estamos casados — dijo.

— ¡Claro que lo estamos! — se acercó a ella—. ¡Y por Dios que te has vuelto una mujer muy guapa durante mi ausencia!

Miranda retrocedió mientras intentaba pensar. Jack podía echar a perder todos sus planes... eran tan frágiles.



—¿Cuándo te vas al Nyanza? —preguntó.

—Mañana. En cuanto haya reunido lo que necesito. ¡Pero en este momento pienso en otra clase de minería!

Se quedó quieta y le permitió acercarse más. Sabía que en Kenia buscar oro era una actividad que podía durar años. Una vez Jack hubiese salido de la ciudad, presentaría una petición de divorcio en regla, como debería haber hecho años antes. Nadie tenía por qué enterarse de que Jack había vuelto, de que ella le había visto, de que seguía vivo. Le aplacaría y luego él seguiría su camino...

Jack estaba cada vez más cerca de ella, se le olía el whisky en el aliento, y cuando alargó las manos para cogerla Miranda no se resistió. Dejó que la tocara. Pensó en todo lo que estaba en juego y cerró los ojos.



CAPÍTULO 19

Grace estaba desesperada.

Después de seis días de buscar ayuda económica en Nairobi, había conseguido muy poco. Aunque la Liga Femenina del África Oriental le había prometido apoyo, aunque también el gobernador y otras personas interesadas le habían hecho promesas, la mayoría de la gente opinaba que Grace, por ser la hermana de uno de los hombres más ricos del país, no necesitaba su ayuda. Bastaba con ver la ostentosa casa de piedra que Valentine había construido para su querida y su hijo bastardo para comprender que podía permitirse el lujo de ayudar a su hermana. Si hubiesen sabido la verdad, Grace ya había acudido a Valentine y él se había negado a ayudarla.

No le había resultado fácil pedirle ayuda. Ya estaba enfadada con él por el asunto de Miranda. La pobre Rose, pese a su aislamiento, había oído los rumores y una noche se había presentado en el bungalow, histérica, diciendo que ella tenía la culpa, que no era una esposa de verdad para Valentine, que sólo podía tener niñas o sufrir abortos. Grace le había administrado un sedante y la había acompañado a la casa grande; Valentine no estaba porque se había ido a Nairobi, a visitar a aquella mujer.

Grace alzó los ojos hacia el cielo encapotado. Estaban en marzo y no tardarían en empezar las lluvias largas. Tenía que volver al norte antes de que las carreteras se transformasen en pantanos y lagos, pero primero tenía que encontrar la forma de recuperar la misión.

El reverendo Thomas Masters de Uganda era un hombre abominable.

Había acometido en seguida la tarea de salvar almas, a verter el agua bautismal y escuchar el testimonio de africanos analfabetos. Les daba nombres de *wazungu* y les prometía la vida eterna por el simple hecho de decir unas cuantas palabras en una lengua que no entendían. Los africanos acudían a él porque deseaban la magia y el poder de los nombres del hombre blanco y, a resultas de ello, el poblado empezaba a estar lleno de personas que se llamaban Thomas, John y Rachel. Repetían las plegarias del reverendo, convencidos de que serían como el hombre blanco.

El reverendo también se había hecho cargo del dinero que enviaba la sociedad misionera, y exigía a Grace que solicitase por escrito lo que necesitaba; también tenía que darle cuenta de cada centímetro de venda, de cada punto de sutura. Y si él juzgaba que era un despilfarro, la obligaba a conformarse con menos.



Mirándola a través de sus lentes apoyadas en la nariz larga y delgada, el reverendo Masters no paraba de encontrar motivos para criticar a Grace Treverton. Especialmente en el asunto de Wachera. Declaró que no acertaba a comprender por qué Grace no había resuelto el problema mucho antes.

—No se limite a no hacerle caso —le había dicho—. Acérquela a Jesús. Una vez camine por la senda de la rectitud, la hechicera denunciará su propia brujería y el resto de su pueblo la seguirá.

Sin embargo, para seguir recibiendo el apoyo económico de la sociedad misionera, Grace lo había tolerado todo hasta la noche en que el reverendo Masters la había interrogado sobre su relación con James Donald... un hombre casado.

James había ido a visitarla una tarde a última hora, trayéndole un par de perdices y un poco de mantequilla y queso de su lechería, y había estado conversando con Grace hasta mucho después de ponerse el sol. El reverendo, que quería hablar con Grace, se había quedado de piedra al ver a sir James en la salita de estar. Más tarde le había largado un sermón sobre las apariencias y la responsabilidad de vivir como una mujer cristiana, de dar ejemplo a los africanos, y Grace le había dicho al ministro que se ocupara de sus propios asuntos. Sabía que el reverendo había dado parte de lo ocurrido a la sociedad misionera.

Fue entonces cuando había decidido pedirle ayuda a Valentine.

Lo había encontrado en la zona norte de la finca, montado en *Excalibur* con el látigo en la mano, supervisando las faenas agrícolas. Las lluvias largas estaban al caer y Valentine trabajaba contra reloj. Mientras Grace le hablaba no apartó los ojos de los trabajadores, gritándoles órdenes a menudo, interrumpiendo a Grace. Las noches sin sueño aparecían grabadas en su rostro y en su mirada ardía la obsesión de crear la plantación más rica de Kenia.

—Date prisa, Grace —había dicho con impaciencia—. Las lluvias llegarán cualquier día de éstos. Me estás robando un tiempo precioso.

Después que ella le contara sus problemas, Valentine le había dicho:

—Te di dos años, Grace. Y aquí los tienes: llevas dos años en Kenia. Y has fracasado.

—No he fracasado. Sencillamente necesito un poco de ayuda.

—Juraste que no me necesitabas. Me prometiste que nunca me molestarías con tu proyecto. ¡Wahiro! —gritó—. Lleva un poco más de fertilizante allá abajo. ¡Y diles que esta vez lo esparzan como es debido!

—Valentine...

—Curarles es una cosa, Grace. Eso no me importa. Pero enseñarles, educarles, es otra. ¿Dónde estaría yo si de pronto estos sujetos decidieran dirigir las cosas ellos



mismos? Dales suficiente educación y querrán ser los amos. Y entonces ya podemos hacer todos las maletas y volver a Inglaterra. ¿Es eso lo que quieres?

Grace se había puesto furiosa. Había sentido deseos de echarle en cara lo de Miranda y el bebé, recordarle a la pobre Rose y la pequeña Mona, con dos años de edad y sin cariño, hacerle ver que estaba destrozando su propia vida; pero sabía que sólo habría conseguido provocar una escena desagradable y alejar a su hermano aún más de ella. De modo que había decidido arriesgarse a ir a Nairobi, a sabiendas de que las lluvias eran inminentes y los caminos no tardarían en ser, no sólo intransitables, sino sencillamente peligrosos; más de una carreta o un automóvil habían desaparecido en un pantano fangoso sin que jamás hubieran encontrado al conductor y los pasajeros. Los amigos que tenía en Nairobi eran su última esperanza. Tenía que librarse del reverendo Masters.

Pero ni siquiera sus amigos habían podido ofrecerle suficiente ayuda. Un préstamo bancario era el último recurso, aunque no tenía idea de cómo iba a devolverlo.

Vio pasar un polvoriento Modelo T, luego cruzó la calle sin asfaltar y dirigió sus pasos hacia el banco donde estaba Hardy Acre.

* * *

Miranda se inclinó sobre la palangana de cerámica y vomitó.

Se aferró a los bordes de la mesa mientras su cuerpo se estremecía; luego se dejó caer sobre la silla, agotada. Sus ojos miraron distraídamente la ventana, donde una lluvia ligera ya estaba lavando los cristales. No sentía ninguna emoción, ni alegría, porque ya habían llegado las lluvias, garantizando otro año de prosperidad para Kenia, ni disgusto al pensar que el barro iba a ponerle perdido el hotel. No pensaba absolutamente en nada. Sus peores temores se habían visto confirmados.

Estaba embarazada.

La primera sospecha había penetrado en su cerebro en febrero, al darse cuenta de que le había faltado un período. Había albergado una falsa esperanza, que se había ido haciendo cada vez más débil con los sucesivos accesos de náuseas, hasta que ahora ya no le quedaba ninguna duda, ninguna esperanza. Después de tantas semanas de interrogar a Peony, sabía lo suficiente para diagnosticar su propio estado.

Su mirada de desaliento se apartó de la ventana y fue a posarse primero en la carta arrugada sobre su escritorio, el mensaje que había llegado el día anterior del socio de Jack informando a Miranda de la muerte de su marido en un incidente con un rinoceronte. Luego sus ojos se posaron en el ridículo cojín sobre la cama, la funda repleta de trapos para que pareciese un vientre de nueve meses. Y finalmente miró hacia el techo, porque Peony estaba allí arriba, en el ático, esperando que pasaran las últimas horas...



No tenía más opción que acudir a la señora Bates en Limuru. Su sucio negocio era un secreto a voces en Kenia; Miranda sabía de tres mujeres que se habían librado de su equivocación en la cocina de la señora Bates. Pero el problema era cuándo había que hacerlo. La mujer de Limuru no quería interrumpir ningún embarazo que pasara de los cuatro meses, y Miranda ya pasaba de tres. Tendría que ir pronto. ¿Pero cuándo?

Peony iba a dar a luz de un momento a otro y no podía dejarla. Le había mentido a la muchacha al decirle que avisaría a un médico; pensaba asistirle ella misma. Guardar el secreto era lo más importante. Cogería el bebé, tiraría el cojín y pondría a Peony en el primer tren que saliese para la costa.

Pero se había presentado esta nueva complicación.

Miranda miró su reloj. Se acercaba la hora del té y no había entrado a ver a Peony desde la mañana.

Su mente buscaba respuestas. ¿Cuándo debía acudir a la señora Bates? ¿Y si Peony se había equivocado con las fechas y el bebé tardaba otras dos o tres semanas? ¡Miranda tendría el bebé de lord Treverton y seguiría embarazada!

Miró la bandeja que iba a subirle a Peony. Había en ella una revista llena de historias sobre romances y de habladerías referentes a las estrellas del cine norteamericano. En la página posterior había anuncios por palabras de cosas «difíciles de encontrar». Los anunciantes tenían apartados de correos, pedían el pago por adelantado y prometían la entrega rápida y discreta de «reguladores femeninos», cuyo funcionamiento garantizaban.

Levantándose con gesto cansino, cogió la bandeja.

No sabía nada de partos, pero pensó que no podía ser demasiado complejo, ya que, después de todo, era un proceso natural bastante sencillo. Había encontrado un libro titulado *El nacimiento en casa*, pero no servía de nada porque era un libro publicado veinte años atrás, a comienzos de siglo, y era tan discreto, que lo más técnico que decía era que ante todo había que «colocar un biombo alrededor de la madre». Así que se guió por sus instintos. Sobre la mesita de noche de Peony había una pila de sábanas y toallas recién lavadas, jabón y una botella de agua esterilizada, una palangana para lavarse, y toallitas con imperdibles para después. Mientras abría la puerta del ático, se recordó a sí misma que, si todo iba bien, el bebé nacería al cabo de uno o dos días, Peony se iría en el tren, sana y salva, y ella, Miranda, haría una visita rápida a la granja de la señora Bates.

Al entrar en la habitación del ático, soltó una exclamación al mismo tiempo que se le caía la bandeja.

Cerrando rápidamente la puerta, corrió hasta la cama y tomó la muñeca de Peony. Primero no pudo encontrarle el pulso; luego, sí, pero era débil.

— ¿Peony? — dijo —. ¿Peony?



No hubo ningún movimiento en el rostro blanquísimo de la muchacha. Miranda miró la sangre que empapaba el colchón, el vestido y las piernas de Peony y procuró conservar la serenidad. La muchacha aún vivía. Con movimientos rápidos Miranda la desnudó, la colocó sobre una sábana limpia e intentó cortar la hemorragia.

¿Qué había pasado?

Miranda empezó a temblar. No tenía ni idea de lo que debía hacer. Palpó el abdomen de Peony. El bebé estaba vivo, moviéndose. Entonces observó que se producía una contracción y salía más sangre.

Miranda se levantó de un salto, salió del ático y bajó corriendo a la cocina, donde un chico la miró con ojos sobresaltados.

—Daktari —dijo Miranda, apartándole de su camino. Los demás chicos dejaron su trabajo y la miraron fijamente—. ¡Rápido!

—¿Daktari Hare?

—¡Da lo mismo! ¡Rápido! ¡Dile que es un caso de vida o muerte!

* * *

El despacho del señor Acres era sencillamente una especie de jaula de tela metálica situada al fondo del minúsculo banco, que a su vez consistía en un mostrador provisto de una rejilla y una ventanilla de caja, donde un joven hindú estaba contando dinero.

—¡Doctora Treverton! —dijo el señor Acres, levantándose y arreglándose el chaleco—. Desde luego, no era mi intención hacerla venir con este tiempo. El asunto habría podido esperar hasta después de las lluvias.

—¿Cómo dice usted?

—Ha venido a causa de mi mensaje, ¿no es así?

—¿Qué mensaje?

—¡Qué coincidencia! —le ofreció una silla y se sentó detrás de su mesa de despacho—. Envié una nota al oficial de distrito en Nyeri, pidiéndole que se la hiciera llegar a usted. Se trata de su cuenta bancaria.

Grace le miró con cara de desconcierto.

—¿Qué cuenta bancaria?

El señor Acres echó una ojeada a unos papeles que tenía sobre la mesa, carraspeó y sacó un libro mayor.

—Se ha abierto una cuenta a su nombre, doctora Treverton —se inclinó hacia adelante y abrió el libro—. Aquí está. ¿Ve? Ésa es la suma depositada, quinientas libras. Puede sacar dinero de ella con tanta frecuencia como desee, siempre y cuando no pase de esa cantidad en un período de doce meses.



Grace parpadeó mientras miraba las pulcras columnas de cifras, la línea en que aparecía escrito su nombre.

—No lo entiendo.

—Sí, bueno, ya me figuré que se llevaría una sorpresa. Verá, esta cuenta la ha abierto una persona que depositará quinientas libras anuales para que usted disponga de ellas según juzgue conveniente.

Grace le miró fijamente.

—No lo entiendo. ¿Quién es esa persona?

—No estoy autorizado a dar esa información, doctora. La identidad de su benefactor debe permanecer en el anonimato en lo que a usted se refiere.

Grace le miró. La lluvia caía sobre el tejado de hierro ondulado del pequeño banco, armando ruido en el interior. Apareció una gotera y el joven asiático se apresuró a colocar un cubo en el suelo debajo de ella.

—Señor Acres, no sé qué decirle.

—Me lo imagino. Quinientas libras son mucho dinero.

—¿Y no puede decirme quién lo ha hecho?

—Él anonimato forma parte de las condiciones. Si esa información llegara a conocerse, el benefactor cancelaría la cuenta. Ni siquiera puedo decirle si estos fondos proceden de Kenia o de otra parte.

Grace continuó con los ojos clavados en la página con su nombre y los números detrás del mismo.

«De Kenia o de otra parte. ¿Quién diablos habrá sido?»

Y entonces una voz sonó en su cerebro:

«—Te compensaré de algún modo, Grace —le había dicho sir James la noche en que le hablara de la carta de Lucille a la sociedad misionera—. Te prometo que te compensaré de algún modo.

»—Pero él no puede permitírselo».

El señor Acres la miró por encima de la montura de sus gafas.

—¿Decía usted, doctora?

Grace meneó la cabeza. Claro, James querría que la cuenta permaneciese en el anonimato y, claro también, ella iba a respetar su deseo. Y lo primero que haría, después de decirle al reverendo Masters que hiciese la maleta y tomara el primer tren para Mombasa, sería ir a Kilima Simba y darle la buena noticia a James.

—¡Memsaab Daktari! ¡Memsaab Daktari! —gritó el chico empapado por la lluvia entrando en el banco a todo correr.



—¿Qué significa esto! —exclamó Hardy Acres, levantándose rápidamente.

El cajero asiático intentó sujetar al chiquillo sucio de barro, pero no pudo.

—¡Daktari! —dijo, acercándose entre jadeos a Grace—. La memsaab la necesita en seguida. Dice que es cosa de vida o muerte. *Haraka haraka!*

—¿Qué ha pasado?

—¡Venga! ¡Algo malo!

—¿Quién te ha mandado?

—¡Memsaab West!

Grace cruzó una mirada con el banquero. Luego dijo:

—Dile a la señora West que antes tengo que pasar a recoger mi maletín. Estoy en Government Road, en casa de los Millford.

* * *

Cuando Grace finalmente entró en el ático, despojándose del impermeable y dejando caer el paraguas al suelo, encontró a una Miranda frenética que andaba arriba y abajo junto a una cama que, a primera vista, parecía contener un cadáver. En el instante que tardó en cerrar la puerta y cruzar la habitación, los ojos de profesional de Grace captaron dos detalles importantes: que la muchacha de la cama estaba en pleno parto y que de pronto había desaparecido el embarazo de la viuda West.

Grace se sentó en el borde de la cama, abrió el maletín y sacó el estetoscopio.

—¿Qué ha pasado? —preguntó mientras auscultaba primero el pecho y luego el abdomen de Peony.

—Empezó esta mañana...

—Ahora ya casi es de noche. ¿Por qué no llamó antes a un médico?

Miranda guardó un silencio petrificado.

Grace le lanzó una mirada colérica y procedió a examinar a Peony.

Encontró la peor situación posible: la placenta se estaba rompiendo y la pobre muchacha moriría desangrada. Ya era demasiado tarde para llevarla al hospital u operarla; suerte tendría si lograba salvar al bebé. Y tendría que luchar para salvarlo.

—Ya es demasiado tarde para salvar a la muchacha —dijo, haciendo preparativos apresurados para sacar el bebé—. Pero quizá aún pueda salvar al niño —alzó los ojos hacia Miranda—. Eso es lo que usted quería, ¿no? ¿Este bebé?

Miranda tragó saliva y dijo que sí con la cabeza.

«¡Valentine! -pensó Grace mientras desenvolvía rápidamente sus instrumentos esterilizados-. ¡Qué imbécil has sido!»



La noche iba haciéndose larga y oscura; las sombras de las dos mujeres se agrandaban en las paredes y se movían bajo la luz de la lámpara a prueba de viento. La lluvia batía incesantemente las ventanas mientras Nairobi se sumía en un silencio sepulcral. Grace trabajaba con movimientos rápidos, usando sus instrumentos, las sábanas y las toallas. Tenía que cortar el cordón umbilical, que aparecía enrollado en torno al cuello del bebé y cortar la hemorragia, tan incesante como la lluvia. Miranda la ayudaba; estaban sentadas con las cabezas juntas, haciendo todo el trabajo porque Peony ya no podía ayudarlas.

La muchacha murió momentos antes de que el bebé profiriese su primer vagido.

Grace dijo:

—Es un chico.

Y Miranda cayó al suelo, desmayada.



CAPÍTULO 20

Saltaba a la vista que el oficial de distrito Briggs se sentía incómodo.

—Es de lo más extraordinario, lord Treverton —dijo, evitando mirar a los ojos de Valentine—. Un caso muy desconcertante.

Se encontraban sentados en la galería de Bellatu, bebiendo té durante una breve pausa de sol entre aguaceros. Las nubes ya se estaban congregando para soltar otro bendito diluvio sobre las dos mil hectáreas de cafetales de Treverton.

—Al parecer, ocurrió hace cuatro noches —dijo Briggs—. Uno de los chicos de la cocina dijo que la señora West le envió a buscar un médico. La muchacha se llamaba Peony Jones, llegó de Inglaterra hace unos quince meses y trabajaba de doncella en el hotel de la señora West. Su hermana de usted ha confirmado lo que sucedió aquella noche. Por la mañana presentó un informe a la policía.

Valentine mostraba una expresión pétrea, la taza de té olvidada en la mano.

El oficial de distrito se movió nerviosamente y se dijo que ojala el intrincado asunto no le hubiera tocado a él.

—Como le decía, encontraron el coche de la señora West en la carretera de Limuru, cerca de la granja Bates. La doctora Treverton afirmó no saber nada de ello. En su informe dice que se fue inmediatamente después de que naciera el bebé de la chica. Al parecer, la señora West se fue en coche a Limuru la misma noche en que murió la doncella. No sabemos el motivo del viaje.

Briggs miró de reojo a Valentine, que seguía mostrando la misma expresión, y prosiguió:

—Había un bebé con ella y lo más probable es que fuera el que su hermana ayudó a traer al mundo en el ático. Todavía estaba en brazos de la señora West cuando la encontraron; ambos se habían ahogado en el barro. Parece ser que el coche se encalló, que la señora West intentó recorrer el resto del camino a pie, bajo la lluvia, y que no lo consiguió.

Los ojos de Valentine pasaron por encima de las hileras de cafetos verdes salpicados de flores blancas. Más allá, el monte Kenia se alzaba envuelto en misterio y majestad.



—Pero... lo más desconcertante de todo —continuó Briggs— es que... el bebé que tenía en sus brazos era medio negro. El oficial médico sacó la conclusión de que la doncella había tenido relaciones sexuales con un africano.

Valentine no parpadeó; parecía hipnotizado.

—Hay sólo una cosa más, lord Treverton. El oficial médico también ha dicho que la señora West estaba embarazada cuando murió... de tres meses más o menos.

Valentine miró por fin al oficial de distrito.

—¿Por qué me cuenta todo esto? La señora West no es asunto mío.

Briggs lo miró fijamente durante unos momentos, luego apartó los ojos y un rubor intenso le subió por el cuello. Tras coger el sombrero y el bastón, se puso en pie y empezó a decir algo, pero lo dejó correr y se fue apresuradamente.

* * *

Llevaban sólo una semana de lluvia y los castaños de El Cabo ya aparecían cubiertos de flores color de rosa y los áloes florecían en grupos de rojo intenso entre las rocas. La perdiz cantaba sus escalas musicales y el pájaro de la lluvia le respondía con su canto aflautado.

Rose, sentada bajo la protección de su glorieta, tarareaba al compás de la naturaleza mientras confeccionaba el tapiz; con su chaqueta de punto de color rosa, la falda de lana color canela y la bufanda verde, también ella parecía fruto de la lluvia. No estaba sola en el claro. La señora Pembroke y Mona miraban un libro ilustrado; una muchacha africana, acucillada junto a la cesta de la merienda, esperaba el momento de servir empanadas calientes y chocolate; y tres kikuyu invisibles montaban guardia entre los eucaliptos. Los animalitos de Rose también estaban con ella: un mono de cara negra acurrucado en su regazo, y, atada a un poste, *Daphne*, un antílope hembra y huérfana que Rose salvó cuando no era mayor que un gato.

En un bastidor recio aparecía colocado el lino blanco que se había convertido en toda la vida de Rose. Hasta el momento tenía trazados contornos y posibilidades, un bosquejo en hilo. A un lado el monte Kenia empezaba a materializarse, su pico escarpado y unas nubes tejidas con algodón perlé; las laderas estarían cubiertas de hilos persas y puntos florentinos; y la inmensa selva tropical, con sus enredaderas y su espesa vegetación, iba cobrando vida poco a poco con bordados y nudos a la francesa. Rose se lo imaginaba ya completo, respirando, vivo. Quedaba sólo un espacio en blanco: ligeramente hacia un lado, entre dos árboles nudosos. El resto de la escena aparecía equilibrado; cada lugar tenía su tema y cada tema tenía su lugar. Exceptuando el misterioso espacio vacío. Por mucho que lo estudiara, por muchas cosas que intentara colocar en él, nada salía bien. Era el único punto del tapiz que no sabía cómo llenar.



La señora Pembroke carraspeó discretamente, Rose alzó la mirada y se llevó una sorpresa inmensa al ver que Valentine se dirigía hacia ella caminando entre los árboles húmedos.

Subió los escalones de la glorieta, sacudiéndose la humedad de los hombros, y dijo:

—Si me hacen el favor, quisiera estar a solas con mi esposa.

Nadie se movió. Rose lo miró con expresión de perplejidad, tratando de ver de qué humor estaba. Luego hizo un gesto con la cabeza dirigido a la niñera, que se llevó a Mona y a la muchacha africana.

Una vez estuvieron solos, Valentine hincó una rodilla en el suelo al lado de Rose.

—¿Te molestó? —preguntó con voz queda.

—Nunca habías estado aquí antes, Valentine.

Valentine miró el lienzo. Los contornos trazados con hilos de distintos colores no tenían ningún sentido para él. A pesar de ello, los alabó. Luego preguntó:

—¿Eres feliz aquí, Rose?

Su rostro estaba al mismo nivel que el de Rose y ella vio una expresión de dulzura en sus ojos.

—Sí —susurró Rose—. Soy muy feliz aquí, Valentine.

—Sabes que esto es lo único que deseo, que seas feliz, ¿verdad?

—Así lo creo.

—La noche de la fiesta de Navidad, Rose. Lo que te hice...

Rose le cerró la boca con la punta de los dedos.

—No debemos hablar de ello. Nunca más.

—Rose, necesito hablar contigo.

Ella asintió con la cabeza.

—Me enteré de lo de la señora West, Valentine. Y lo sentí mucho.

El dolor sustituyó a la dulzura en los ojos de él. Alargó las manos y se aferró al respaldo de la silla de Rose.

—Te quiero. Rose —dijo con voz tensa—. ¿Me crees?

—Sí, Valentine.

—Supongo que ya es demasiado tarde para esperar que me correspondas, pero...

—Te quiero, Valentine.

Valentine miró fijamente los ojos color azul claro de Rose y vio que hablaba en serio.



—Necesito tener un hijo varón —le dijo—. Tienes que entenderlo. Necesito un hijo que herede lo que estoy construyendo.

—¿No puede heredarlo Mona?

—Claro que no, querida. Y tú lo sabes.

—Quieres que te dé un hijo varón.

—Sí.

—Me da miedo, Valentine.

—No te haré daño, Rose. No permitiré que te ocurra nada malo. Y no puedo recurrir a otra parte —bajó la cabeza—. Si me haces esto, te haré una promesa. Dame un hijo varón. Rose, y nunca más volveré a acercarme a ti.

Rose apoyó una mano fría y delgada en la mejilla de Valentine y sus ojos se llenaron de lágrimas. Valentine había vuelto a ella, volvía a ser suyo y podía amarle.

—Entonces lo haré —dijo.

* * *

El 12 de agosto de 1922 nació Arthur Currie Treverton. Rose había cumplido su parte del trato. Y Valentine cumplió la suya.



Tercera parte

1929



CAPÍTULO 21

Mona ya había decidido escaparse. Lo único que le quedaba por hacer era elegir el momento oportuno.

Sus ojos solemnes absorbían las concurridas calles de París mientras la limusina circulaba camino de la estación; vio que algunos transeúntes se volvían para contemplar la majestuosa procesión de relucientes Pierce-Arrows. Mona iba con su madre en el primer coche; en el siguiente iba Sati, su aya india, con la secretaria personal de lady Rose y una niña africana llamada Njeri. Las seguían otros dos automóviles que transportaban los numerosos baúles de Rose, las compras hechas durante el viaje y sus dos doncellas. De color negro reluciente, con las cortinas echadas para ocultar a los pasajeros, los Pierce-Arrows causaban sensación al cruzar lentamente la Place de la Concorde.

Mona sentía crecer la pesadumbre en su corazón. Durante sus ocho semanas en París, pasadas en su mayor parte en el hotel Jorge V porque el ruido y las multitudes de la ciudad molestaban a Rose, Mona no había logrado disuadir a su madre de su intención de ir a Suffolk. Ahora iba camino de la estación donde tomarían el buque porta trenes con destino a Inglaterra, donde Mona sería abandonada.

Qué monstruosa era esa ciudad, con sus edificios grotescos y sus estatuas desnudas, sus puentes feos sobre un río llano y frío. Al ver París por primera vez, Mona había quedado aterrada. Nunca había visto tanta gente ni oído un estruendo tan grande. Y el cielo apenas se vislumbraba entre las azoteas. Le recordaban las colmenas que construían los wakamba. En París todo el mundo tenía prisa. La gente circulaba con paso rápido por las aceras, el cuello del abrigo subido, aterida, la cara enrojecida. Iban de aceras de cemento a calzadas de asfalto y paredes de piedra. No había nada natural en la ciudad; todo estaba planificado y ordenado. De las ventanas y las puertas salían sonos de jazz y unas chicas norteamericanas de aspecto alocado, las llamadas *flappers*, hacían ostentación de sus cigarrillos y sus medias de seda en las terrazas de los cafés. Mona tenía ganas de volver a casa, a Bellatu y a la misión de la tía Grace. Deseaba correr libremente otra vez, despojarse de la ropa horrible que su madre le había comprado en un lugar que llamaban «salón». Anhelaba estar de nuevo con sus amigos: Gretchen Donald y Ralph, que tenía catorce años y era guapísimo y de quien Mona estaba perdidamente enamorada.

¿Por qué, por qué tenía que irse de Kenia?

—Mamá —dijo tentativamente.



Rose no apartó los ojos de la novela de F. Scott Fitzgerald que estaba leyendo.

— ¿Sí, querida?

— ¿No podríamos aplazarlo un poquito? ¿Hasta que sea mayor?

Rose se rió quedamente.

— Te encantará el internado, querida. A mí me encantó.

— ¿Pero por qué debo ir a la escuela en Inglaterra? ¿Por qué no puedo ir al internado de Nairobi?

— Ya te lo he explicado, querida. Te conviene algo mejor que la escuela de Nairobi. Eres la hija de un conde; se te debe educar correctamente, como corresponde a tu posición.

— ¡Pero Gretchen y Ralph estudian allí!

Rose dejó el libro y sonrió a su hija. ¡Pobre niña! A los diez años de edad no había esperado que se hiciera cargo.

— Cuando te hagas mayor serás una lady, Mona. Gretchen Donald será la esposa de un agricultor. ¡Hay una diferencia!

— ¡Pero yo no quiero ser una lady! ¡Quiero vivir en Bellatu y cultivar café! — Mona sintió deseos de llorar. Sabía cuál era el verdadero motivo de que la llevaran a Inglaterra. Era porque sus padres no la querían—. ¡Prometo ser buena de ahora en adelante, mamá! ¡Haré siempre lo que me manden y prestaré atención a mis lecciones y no volveré a haceros enfadar a ti y a papá!

Rose la miró con expresión de sorpresa.

— Pero por Dios, Mona, querida, ¿cómo se te han metido estas ideas tontas en la cabeza? El internado no es un castigo. Deberías alegrarte de ir a él.

Alzó la mano y durante un momento Mona creyó que su madre iba a tocarla. Pero el gesto de Rose fue sólo para arreglarse el velo que le cubría los ojos. El libro volvió a subir y una vez más su madre se alejó de ella.

Sorbió aire por la nariz. No recordaba haber sido acariciada o abrazada por sus padres jamás. Hasta donde alcanzaba su memoria, siempre había estado bajo el cuidado de una sucesión de niñeras, todas las cuales regresaron a Inglaterra o encontraron marido en Kenia; luego les había tocado el turno a las institutrices, un constante ir y venir de mujeres jóvenes que pronto se aburrían del aislamiento de Bellatu. Por eso Rose había acabado por ceder y contratar a Sati, la primera aya de Mona. Las niñeras y acompañantes indias o africanas empezaban a ser algo aceptable en Kenia, ya que cada vez era más difícil encontrar sirvientes ingleses. Los Treverton estuvieron entre los que más tiempo se resistieron; ahora acompañaba constantemente a Mona una joven de Bombay que usaba saris de colores vivos y perfume muy penetrante, de especias, y que era la única persona que había mostrado algún afecto físico por la pequeña.



Cuando llegaron a la estación la gente se detuvo para mirar con curiosidad a la mujer elegante y misteriosa que se apeó de la limusina. Las ocho semanas en París habían sido el primer contacto de Rose con el mundo de la moda desde hacía más de diez años, y en seguida había adoptado los últimos estilos. El sombrero de fieltro negro que le cubría la frente y las cejas, dejando ver unos ojos demasiado maquillados, daba a Rose una mística provocativa. Llevaba también un abrigo Chanel, igualmente negro, con el cuello de zorro levantado de tal modo que le ocultaba la parte inferior del rostro, creando un notable parecido con Pola Negri, la vampiresa de la pantalla.

Mona sabía que todo el mundo tomaba a su madre por una estrella de cine; en las tiendas de París algunas personas habían abordado a lady Rose para pedirle un autógrafo. Mona se sentía dolorosamente conspicua al lado de su madre mientras contemplaba cómo cargaban el equipaje en una carretilla. Cuando Sati y Njeri se aparearon de la segunda limusina, un murmullo surgió de la multitud francesa.

A pesar del vestido de cintura caída, a la última moda, y de los zapatos con correas, Njeri, que tenía nueve años, causó sensación con su cabeza rapada y sus aros de abalorios kikuyu en las orejas. Las doncellas de Rose, ambas africanas vestidas con uniforme negro, y su secretaria particular, la señorita Sheridan, que también llevaba sombrero y la cara oculta por el cuello subido, formaron un círculo de protección alrededor de su señora. Todas juntas siguieron con pasos presurosos la carretilla del equipaje, impacientes por subir al tren.

Hubo un momento de confusión antes de subir. El andén estaba abarrotado de personas que se besaban, se abrazaban y decían adiós con la mano. Mona se sintió abrumada por los apretujones de personas con abrigos de pieles y por el ruido de las conversaciones en francés; se aferró a su madre mientras la señorita Sheridan iba en busca de un revisor para pedirle ayuda.

Njeri, también intimidada por el gentío, se acercó mucho a lady Rose, y Mona, al verlo, sintió crecer el resentimiento que la jovencita africana le inspiraba.

Njeri había llamado por primera vez la atención de Rose un día del año anterior, al entrar tímidamente en el claro de eucaliptos y quedarse parada, con el aire asustadizo de una gacela, contemplando a la memsaab de la glorieta. Mona había visto con celos infantiles cómo su madre, conmovida por la niña vestida de andrajos del mismo modo que le conmovían los animales extraviados, ofrecía a Njeri un bollito de almendra para atraerla hacia la glorieta. La niña había vuelto al día siguiente... ¡con su hermano! Y los celos de Mona habían dado paso al enfado cuando vio que su madre les daba dulces a los dos.

David, el hijo de once años de Wachera, la hechicera, no había vuelto después de aquel día; pero Njeri se había presentado todos los días y Rose, encantada con la pequeña, que parecía deseosa de que le prestaran atención y a quien obviamente la memsaab inspiraba temor, le permitió quedarse.



Al hacer los planes para el viaje a Europa, Rose había pedido a Grace, la tía de Mona, que hablase con Gachiku y obtuviera permiso para llevar a Njeri con ellas, en calidad de «acompañante de Mona». Pero Mona sabía la verdad: Karen von Blixen había causado sensación viajando por Europa con un africanito entre sus acompañantes y lady Rose quería hacer lo mismo.

Mona, que ya recibía poca atención de su madre, vio con muy malos ojos la intrusión de Njeri. De hecho, veía con malos ojos a todos los niños y niñas africanos que recibían la atención de la tía Grace en la escuela de la misión y que, por ser pobres, con frecuencia recibían también las prendas que lady Rose donaba con fines caritativos. Pero más que a ningún otro, le tenía manía a David, el hermano de Njeri, a quien consideraba un crío arrogante y que cierto día, en la orilla del río, le había dicho descaradamente a Mona que su madre afirmaba que aquel país era suyo y que algún día todos los blancos tendrían que irse de Kenia.

Por eso Mona no podía ir a la academia de Inglaterra. Tenía que regresar a Kenia, para demostrarle a David Mathenge que el país era suyo, de Mona.

Así es que... pensaba escaparse a la primera oportunidad.

* * *

Los coches avanzaban por la calzada de grava hacia la majestuosa mansión, delante de la cual se encontraban formados los sirvientes: criados con librea, doncellas de uniforme; el anciano Fitzpatrick, el mayordomo que había huido de Kenia en 1919, a los tres meses de su llegada. El viento de marzo agitaba las faldas como gallardetes y los veinte miembros del servicio contemplaban a los recién llegados con curiosidad y en silencio. Nunca habían visto africanos y había una belleza de piel oscura y vestido amarillo limón, de seda, que parecía recién salida de *Las mil y una noches*. Sati, el aya, no se dejó impresionar, pues no era la primera vez que veía una mansión inglesa, pero las dos doncellas kikuyu, con la cabeza rapada y sintiéndose incómodas con zapatos y uniforme, se quedaron contemplando con la boca abierta la casa de tres plantas con sus torres y torreones y sus mil ventanas.

—¡Mi querida Rose! —dijo Harold, bajando los escalones. Tomó las manos enguantadas de Rose y miró los ojos furtivos que apenas eran visibles entre el velo y el cuello de zorro—. Eres Rose, ¿verdad?

Harold había engordado y se parecía poco a su hermano mayor, Valentine, que, a sus cuarenta y un años, seguía siendo esbelto como un atleta y sólo tenía unos toques plateados en las sienas.

—¡No hacía falta que te trajeras toda África contigo! —dijo con forzado buen humor; luego agregó—: Ven, que Edith arde en deseos de conocerte.

El elegante hotel Jorge V de París había impresionado a Mona con su majestuoso vestíbulo y sus arañas de cristal. Pero la casa que veía ahora, ¡era como un palacio! Se le cortó el aliento al entrar en el oscuro vestíbulo lleno de armaduras, tapices



antiguos en las paredes, retratos de personas con expresión sombría que llevaban mucho tiempo muertas. A su lado, Bellatu parecía un simple bungalow; y Mona sabía que la casa en la que acababa de entrar habría sido su hogar si su padre no se hubiera enamorado del África Oriental once años atrás.

Edith Treverton estaba en el salón con otra mujer y dos niñas. Edith saludó a su cuñada con entusiasmo exagerado e hizo las presentaciones. La mujer era lady Ester y una de las niñas era su hija, la honorable Melanie van Alien. La otra era la hija de Edith, Charlotte, prima de Mona.

—¡Qué alegría volver a verte después de tantos años, Rose! —declaró Edith, besando el aire cerca de la mejilla de Rose—. ¡Estábamos todos convencidos de que tú y Valentine volveríais a Inglaterra en el primer barco! ¿Qué tal resulta vivir en la jungla?

Mona se sentó tímidamente en una silla tapizada con brocado y observó con disimulo a las dos niñas, las dos un poco mayores que ella y vestidas a la última moda, con el talle caído. Su tía Edith no le causó mucha impresión, y tampoco le impresionó el tío Harold, que no se parecía ni pizca a su padre ni a la tía Grace.

Mientras los adultos hablaban, las niñas permanecieron sentadas, guardando un cortés silencio. Charlotte y Melanie manejaban las tazas y los platos con una finura extraordinaria. Mona no tardó en descubrir que las habían educado en la academia Farnsworth, la misma donde ella se matricularía al día siguiente.

—Charlotte te enseñará todo lo que conviene que veas —dijo Edith—. Tiene trece años y tendrá un grupo diferente de amigos, desde luego. Pero sois primas.

Charlotte y su amiga cruzaron una mirada secreta, divertida, y Mona sintió deseos de fundirse con el tapizado de la silla.

—¿Sabes, Rose? —dijo Harold, mirando con expresión seria a la muchachita africana, que se había quedado cerca de la puerta—. No esperaba que trajeras una negrita. ¿Qué haremos con ella?

—Duerme delante de la puerta de Mona.

Edith miró a su esposo.

—Quizá lo mejor sería ponerla en los alojamientos del servicio. Tu carta era tan vaga, Rose, que no teníamos idea de lo que debíamos esperar.

La conversación se hizo adulta y aburrida, girando en torno a quién había muerto, cambiando de residencia, contraído matrimonio o tenido algún hijo. Todas las noticias referentes a Suffolk iban envueltas en un lenguaje que escapaba a la comprensión o al interés de Mona, y mientras Charlotte y Melanie hablaban en susurros y soltaban risitas, Mona estuvo mirando por la ventana y preguntándose si las lluvias largas ya habrían llegado a Kenia.



Se desanimó al saber que cenarían por separado: su madre con el tío Harold, la tía Edith y lady Ester; ella con las- dos niñas de trece años.

—Pero, mamá —protestó Mona mientras la instalaban en un dormitorio grande, frío y húmedo—, tú y yo siempre comemos juntas. ¿Por qué tengo que comer en el cuarto de los niños?

Rose estaba ordenando las cosas de Mona con aire distraído.

—Porque es lo que se hace aquí, Mona. Es la manera correcta de hacer las cosas.

—Pero yo me figuraba que se hacían correctamente en Bellatu.

Rose suspiró y una expresión preocupada pasó fugazmente por su cara.

—Me temo que con el paso de los años nos hemos descuidado un poco. No me había dado cuenta. Son cosas que te pasan en África. Tendremos que corregirlo. Por esto, Mona, vas a asistir a la academia Farnsworth. Cuando salgas, te habrás transformado en una elegante señorita.

El desánimo se apoderó de Mona.

—¿Y eso cuándo será?

—Cuando tengas dieciocho años.

—¡Es mucho tiempo! ¡Me moriré si estoy tanto tiempo lejos de Kenia!

—Tonterías. Ventrás a casa a pasar las vacaciones. Y no tardarás en hacer amistad con las encantadoras niñas de la escuela.

Mona rompió a llorar y Rose, sentándose a su lado en la cama, dijo:

—Vamos, vamos, Mona. ¡Estás haciendo un drama sin motivo! —rodeó con el brazo los hombros de la pequeña, levemente; para Mona fue como un roce de neblina. El perfume de su madre la envolvió y Mona sintió deseos de ser abrazada por carne cálida—. Escúchame, cariñín —dijo Rose con voz plácida—, cuando llegue a casa empezaré a trabajar otra vez en el tapiz. ¿Por qué no me dices lo que he de poner en el espacio en blanco? En diez años no se me ha ocurrido nada. Lo dejaré en tus manos. ¿Qué te parece?

Mona se sorbió las lágrimas y se apartó de su madre. Era inútil. Sencillamente no había forma de hacerles comprender a sus padres que el dolor le atenazaba el corazón, que le angustiaba que la mandasen lejos de ellos, que no la quisieran y se alegraran de librarse de ella.

«Si fuera bonita o lista —pensó—, me querrían. Y si de pronto desapareciera, entonces se darían cuenta de que me echaban mucho de menos».



* * *

—¿Qué tal resulta vivir entre salvajes desnudos? —preguntó Melanie van Alien, una chiquilla insolente con flequillo y cabello corto y con cara de querer meterse en líos.

—No van desnudos —dijo Mona, jugueteando con los alimentos de su plato.

Las tres estaban sentadas en lo que llamaban el «cuarto de los niños», atendidas por varios criados. Njeri estaba en un rincón, ante una mesa más pequeña, comiendo en silencio, malhumorada.

—Una vez leí —dijo Charlotte— que son caníbales y no creen en Dios.

—Sí creen —dijo Mona.

—Sí, ahora que los han hecho cristianos.

—¿De veras juegas con ella? —preguntó Melanie, señalando a la niña africana de la otra mesa.

—No. La han traído para que me hiciese de acompañante.

—¿No tienes amigas blancas?

—Sí. Gretchen Donald. Y Geoffrey y Ralph, sus hermanos. Viven en un rancho ganadero que se llama Kilima Simba.

Charlotte le susurró algo a Melanie y las dos soltaron una risita.

—¡Ralph es muy guapo! —dijo Mona, sacando la barbilla.

Melanie se inclinó hacia ella, los ojos lanzando destellos.

—¿Cazas leones y tigres?

—Mi padre los caza. Pero en África no hay tigres.

—¡Claro que hay! No sabes muchas cosas sobre tu propio país, ¿verdad?

Mona cerró los oídos y los ojos y se refugió en una visión de Bellatu. Vio la dorada luz del sol y las flores; vio a Arthur, su hermanito, con las rodillas perpetuamente arañadas y, recortándose sobre el cielo azul, vio la silueta de su padre montado a caballo. Oyó las exclamaciones de los ruidosos partidos de polo que jugaban en el campo junto al río y percibió el aroma del toro que asaban el día de Año Nuevo y repartían entre los trabajadores africanos de la plantación. Mona sintió el sol en sus brazos desnudos, el polvo rojo debajo de los pies, el viento de las tierras altas jugueteando con sus cabellos. Saboreó los pasteles de mijo de Solomon y la cerveza de caña de azúcar de mamá Gachiku. Sus pensamientos giraban en un calidoscopio de inglés, suajili y kikuyu. Ansió estar sentada, no ante esa mesa odiosa, sino en el bungalow de la tía Grace, enrollando vendas y afilando hipodérmicas. Pensó en Ralph Donald, el valiente y gallardo hermano de Gretchen, que corría como un antílope y la fascinaba con sus historias de la selva.



—He de decir que tus modales son horribles.

Mona miró a Charlotte.

—Estoy hablando contigo. ¿Es que eres sorda? —Charlotte se volvió hacia Melanie y en tono de sufrimiento dijo—: ¡Es mi prima y esperan de mí que la presente en la escuela! ¿Qué van a pensar de ella? ¿Y de mí?

Melanie se rió.

—Trudy Greystone apostó conmigo a que tu prima llevaría una falda de rafia y un hueso atravesándole la nariz.

A Mona le tembló la barbilla.

—Kenia no es así.

—Entonces, ¿cómo es? ¿Vives en una choza?

—¡Tenemos una casa magnífica!

—Bellatu —dijo Charlotte—. ¿Se puede saber qué significa ese nombre?

—Significa... —Mona frunció el ceño. El nombre tenía algo que ver con la casa donde estaba ahora, Bella Hill; había alguna relación entre las dos casas. Tenía que ver con el hecho de que esa mansión gloriosa era más su casa que la casa de Charlotte, que su tía, su tío y su prima no eran más que huéspedes allí, encargados de vigilar la casa. Rose se lo había dicho una vez. Pero resultaba todo demasiado complejo para Mona.

—¡Qué se le va a hacer! —dijo Charlotte, soltando un suspiro de mártir—. Ya aprenderás modales en el internado. ¡Allí se encargarán de que los aprendas!

* * *

Mona encontró a Njeri dormida en un camastro junto a su puerta; la despertó y le susurró:

—¡Levántate! ¡Vamos a fugarnos!

Njeri se frotó los ojos.

—¿Qué pasa, memsaab Mdogo? —dijo con voz soñolienta, llamándola por el nombre que Rose insistía en que usara y que significaba «amita».

—¡Levántate! ¡Vamos a fugarnos!

Mona llevaba su ropa de montar a caballo, chaqueta de terciopelo rojo y pantalones blancos. Le parecía que, para fugarse, era una indumentaria más apropiada que un vestido. Y llevaba unas cuantas cosas en un hatillo hecho con una funda de almohada: el cepillo para el pelo y el peine, una toalla, una bolsa medio vacía de dulces y algunas prendas de vestir.

—¿Adonde iremos, memsaab Mdogo? —preguntó Njeri, levantándose del camastro y tiritando.



—Adonde sea. No deben encontrarnos durante mucho tiempo. Tienen que creer que he muerto. Y cuando me encuentren no volverán a pensar en mandarme lejos de Kenia.

—Pero yo no quiero fugarme.

—Tú harás lo que yo diga. Ya has oído lo que te llamó mi tío. ¡Negrita! Sabes lo que significa, ¿no?

Njeri meneó la cabeza.

—Significa «estúpida». Tú no quieres ser una estúpida, ¿verdad?

—¡Pero es que no quiero escaparme!

—Cállate y ven conmigo. Primero pasaremos por la cocina y tomaremos un poco de carne y harina de maíz. Estaremos fuera mucho tiempo y vamos a necesitar comida.

De mala gana, Njeri la siguió por el pasillo oscuro, asustada de sus sombras y de la extraña gente plana que había en las paredes. Mona llevaba una linterna que proyectaba una luz tenue sobre la alfombra, delante de ellas. Los pasos quedaban amortiguados por la mullida alfombra; la casa seguía dormida, envuelta por el silencio nocturno.

Al llegar al extremo del pasillo, la linterna iluminó fugazmente algo que llamó la atención de Mona. Se detuvo y alzó los ojos hacia el retrato mientras la luz de la linterna iluminaba una cara conocida.

—¡Vaya! —exclamó—. ¡Es la tía Grace! ¡Siempre tan bonita!

Njeri alzó la mirada, perpleja, y reconoció a la memsaab Daktari.

—Pero, ¿verdad que va vestida de una forma rara? —dijo Mona. Entonces se dio cuenta de que no se trataba de su tía, sino de una mujer que se le parecía mucho.

Mona apartó la luz del retrato y siguió andando por el pasillo sin haberse dado cuenta de dos cosas: que el rostro que acababa de ver era el de la abuela a quien nunca había conocido -lady Mildred, la madre de Grace, Valentine y Harold- y que sus rasgos mostraban un notable parecido con los suyos.

Al doblar la esquina, Mona se detuvo en seco y Njeri chocó con ella.

—¡Viene alguien! —susurró Mona. Dieron la vuelta y se escondieron en un hueco del pasillo.

Las dos niñas vieron con los ojos muy abiertos, los dientes castañeteando de miedo y frío, cómo una figura corpulenta enfundada en una bata se acercaba a una puerta cerrada. Era el tío Harold. Llamó, entró y cerró la puerta tras él.

Al oír voces dentro de la habitación, Mona se acercó sigilosamente y apoyó la oreja en la puerta. Reconoció la voz de su tío y luego la de su madre.



—Lamento molestarte a estas horas, Rose —decía Harold—, pero lo que tengo que decirte es muy importante y no puede esperar hasta mañana. Iré directamente al asunto, Rose. Tienes que decirle a Valentine que no siga derrochando.

—¿Se puede saber de qué me estás hablando?

—No ha contestado ninguna de mis cartas. La próxima la recibirá del abogado de la familia. Puedes decírselo de mi parte. Haz el favor de dejar ese hilo y mirarme, Rose.

Se oyó un murmullo y luego Harold alzó la voz:

—¡Si Valentine sigue gastando así, no quedará nada de Bella Hill! No para de vender tierras a diestra y siniestra. La finca apenas tiene la mitad de la extensión que tenía hace diez años.

—Pero él es el propietario de Bella Hill, Harold —dijo la voz dulce de Rose—. Puede hacer lo que se le antoje con ella. Después de todo, ésta no es tu casa.

—Rose, agradezco que mi hermano nos permita vivir aquí. Pero no puedo quedarme parado, sin hacer nada, mientras él arruina la herencia y el hogar de la familia. Tienes que decirle que reduzca sus gastos.

—Oh, Harold, te estás imaginando cosas.

—Rose, la plantación de café está produciendo pérdidas. Las ha producido desde que Valentine la puso en marcha.

Mona oyó que su madre se reía.

—¡Qué bobada! Damos fiestas todos los fines de semana, tenemos invitados en casa. ¡No puede decirse que nos hayamos empobrecido, Harold!

Harold hizo un ruido de exasperación.

—Y otra cosa —dijo—. Toma. Lee esto. Es una carta de Grace. Quiere que vuelvas a casa en seguida. Es por algo relacionado con tu hijo.

—Pobrecito Arthur. ¿Qué culpa tiene él de ser torpe? Siempre se está cayendo, dándose golpes en la cabeza, cortándose los codos. Valentine se pone furioso.

—Rose, esto es serio. Lee la carta.

—Harold, en este momento estoy muerta de cansancio.

—Y hay algo más, Rose. No puedes matricular a Mona en Farnsworth mañana.

—¿Por qué no?

—Porque es un gasto que Valentine no puede permitirse. No toleraré que venda más tierras de Bella Hill sólo para mandar a su hija a una escuela cara.

—¡Claro que podemos permitirnos que Mona estudie en Farnsworth!



—Rose, tú vives en Babia. ¿Es que Valentine no te ha dicho nada sobre el estado de tus finanzas? ¡La plantación funciona gracias a un descubierta bancario y a lo que producen las ventas de Bella Hill! ¡Todo se vendrá abajo! ¡Es cuestión de tiempo nada más!

—Mona irá a la academia y no se hable más del asunto.

—Me temo que no irá, Rose. Para que pueda asistir a esa escuela es necesario que tenga un padrino aquí, en Inglaterra, que se responsabilice de ella. Es una de las reglas. Retiro mi ofrecimiento de ser su tutor. Debes llevarte a Mona contigo cuando vuelvas a Kenia, y debes volver en el primer barco. Por lo que a mí respecta, asunto concluido.

—Entonces buscaré a otra persona que se haga responsable de ella.

—¿A quién? No te queda ningún familiar, Rose. Sé razonable. Que la niña se quede en Kenia, donde tú podrás estar cerca de ella. Me consta que la sobrina de lady Ashbury va a la escuela europea de Nairobi y que la escuela tiene una reputación excelente. Ya lo verás, Rose. Es lo mejor.

En el otro lado de la puerta las dos niñas se miraron. Luego Mona se apoyó en la pared y sonrió.

Iba a volver a casa.



CAPÍTULO 22

—¡Daktari! ¡Daktari!

Grace alzó los ojos en el momento en que Mario entraba corriendo en el recinto. Subió ruidosamente los peldaños de la nueva clínica con techo de paja, pasó junto a los numerosos pacientes que aguardaban en la galería y entró.

—¡Memsaab Daktari! —exclamó, jadeando—. ¡Venga en seguida!

En los años que llevaban juntos, Grace raramente había visto a Mario tan excitado.

—¿Qué ocurre? —preguntó, entregando a la enfermera el niño al que acababa de reconocer.

—¡Mi hermana! ¡Se está muriendo!

Tras coger el maletín y el salacot, Grace siguió a Mario y los dos bajaron por los escalones de la galería y cruzaron el recinto formado por seis edificaciones con techo de paja. Pasaron corriendo entre cuerdas donde aparecían tendidos, para airearlos, colchones y sábanas del pabellón de enfermos hospitalizados, luego pasaron por delante del corral de las ovejas y las cabras, atravesaron el grupo de chozas donde se alojaban los diez empleados, salieron por la valla que cercaba la Misión Grace Treverton, atravesaron el campo de polo de Valentine, pasaron por delante de la choza de Wachera, cruzaron el puente de madera y subieron por la ladera del otro lado, donde las mujeres que estaban recolectando judías maduras en los campos hicieron una pausa para observar a la memsaab que pasó volando junto a ellas, la falda blanca ondeando al viento, el maletín negro en la mano.

Mario condujo a su patrona por senderos estrechos que cruzaban hectáreas de maíz más alto que ellos, huertos de boniatos y calabazas que crecían en el suelo, formando una especie de alfombra enmarañada, pasaron por delante de un poblado, luego de otro, hasta que Grace iba casi sin aliento y sujetándose un costado.

Por fin llegaron al poblado de Mario, que estaba en las colinas que dominaban el río Chania, una colección de chozas redondas de barro con tejados cónicos de papiro por donde surgían espirales de humo azul. Al entrar en el poblado, Grace no vio a nadie trabajando; la gente estaba parada y había en el aire un silencio extraño. Grace se abrió paso y vio con sorpresa que uno de los sacerdotes de la misión católica, un joven que se llamaba Guido, sacaba algo del portaequipajes de su bicicleta.



—¿Qué ha ocurrido, padre? —preguntó Grace al acercarse.

En el rostro del sacerdote había una expresión sombría y colérica debajo del sombrero de ala ancha. La sotana aparecía cubierta de polvo y manchas de sudor; también él había venido corriendo.

—Han celebrado otra iniciación secreta, doctora —dijo. Y entonces Grace vio que lo que estaba sacando eran los objetos que se usaban para dar la extremaunción.

—¡Santo Dios! —susurró y echó a andar detrás del sacerdote.

Varias personas de edad bloqueaban el camino que llevaba a la choza; madres y tías alzaron las manos y pidieron que los *wazungu* no se metieran en sus asuntos.

—¿Quién está dentro con ella? —preguntó Grace al padre Guido.

—Wachera Mathenge, la hechicera.

—¿Cómo se ha enterado usted de lo ocurrido?

—Me lo dijo Mario. Casi todos los habitantes de este poblado son católicos. La muchacha se llama Teresa y asiste a nuestra escuela. ¡*Kwenda!* —dijo el sacerdote a las personas mayores, de expresión adusta—. ¡Tenéis que dejarme entrar! ¡Teresa pertenece al Señor!

Grace estudió las expresiones de los hombres y las mujeres kikuyu, que acataban la ley y normalmente hacían lo propio con la autoridad de un sacerdote. Pero ahora la situación no era normal.

Los misioneros llevaban mucho tiempo tratando de que se aboliera la costumbre de circuncidar a las muchachas, que llevaba aparejada la extirpación quirúrgica del clítoris. Estaba oficialmente prohibida en Kenia y quien la llevara a cabo se exponía a una multa o a ir a la cárcel. A primera vista, parecía que las iniciaciones ya no tuvieran lugar. Pero lo cierto era que no habían hecho más que volverse clandestinas. Grace sabía que tan salvajes ritos se llevaban ahora a cabo en lugares secretos que la policía local no podía encontrar.

—Dejadme verla, por favor —dijo Grace en kikuyu—. Quizá pueda hacer algo.

—¡*Thahu!* —exclamó una anciana que debía de ser la abuela de Teresa.

Grace notó que el padre Guido se movía nerviosamente a su lado. Todos los habitantes del poblado formaban un círculo apretado a su alrededor, y había tensión y hostilidad en el aire.

—¿Cuándo tuvo lugar la iniciación? —preguntó en voz baja al sacerdote.

—No lo sé, doctora Treverton. Lo único que sé es que tomaron parte doce muchachas y que Teresa se está muriendo porque la herida se le ha infectado.

Grace apeló a los ancianos.

—¡Debéis dejarnos entrar!



Pero fue inútil. A pesar de la educación y la cristianización, aquella gente seguía aferrada a las antiguas costumbres. Todos los domingos asistían a misa en la misión del padre Guido y después se internaban en la selva para entregarse a sus antiguos y bárbaros rituales.

—¿Queréis que avise al oficial de distrito? —dijo Grace—. ¡Iréis todos a la cárcel! ¡Os quitará todas las cabras y pegará fuego a vuestras chozas! ¿Es eso lo que queréis?

Los ancianos, sin inmutarse, con los brazos cruzados, siguieron bloqueando la entrada de la choza.

—¡Lo que habéis hecho está mal! —exclamó el padre Guido—. ¡Habéis cometido una abominación a los ojos de Dios!

Finalmente uno de los ancianos habló:

—¿Acaso no nos dice la Biblia que el Señor Jesu fue circuncidado?

—Claro que sí. ¡Pero en ninguna parte dice que también lo fuera su bendita madre María!

Varios pares de ojos parpadearon. Una tía anciana miró por encima del hombro.

—¿Acaso no os hemos enseñado que las antiguas costumbres son malas? ¿Acaso no abrazasteis el amor de Jesucristo y prometisteis respetar sus leyes? —el padre Guido señaló el cielo con un dedo tembloroso y su voz resonó sobre las cabezas de sus oyentes—. ¡Seréis expulsados del cielo por lo que habéis hecho! Arderéis en el fuego infernal del negro Satanás por vuestros horribles pecados.

Grace vio que las caras pétreas empezaban a ablandarse. Entonces Mario se adelantó y, hablando rápidamente en kikuyu, rogó a sus parientes que permitiesen que el hombre santo y la memsaab entraran en la choza de Teresa.

Hubo un momento de silencio durante el cual los siete ancianos kikuyu y los dos blancos estuvieron mirándose fijamente a los ojos; luego la abuela se echó a un lado.

Al entrar en la choza, el padre Guido y Grace encontraron a Teresa acostada en una cama de hojas frescas; llenaban la oscuridad el zumbido de las moscas y el aroma penetrante de las hierbas ceremoniales. Arrodillada a su lado estaba Wachera.

Grace se inclinó para reconocer a la muchacha mientras el padre Guido se arrodillaba al otro lado, abría su maletín y sacaba la estola de seda y el agua bendita para administrar el último sacramento.

Habían tratado la herida de un modo que Grace sabía que era ritual, una fórmula estricta que se transmitía de una generación a otra. Habían mojado hojas especiales en aceite antiséptico y luego las habían colocado entre las piernas de Teresa. Se las acababan de cambiar, sin duda la «enfermera» nombrada especialmente, que enterraría las hojas usadas en un lugar secreto y tabú donde ningún hombre pudiera penetrar por casualidad. Grace sabía que habían dado a Teresa alimentos especiales de naturaleza religiosa, usando una hoja de platanero a guisa de plato.



Todo el proceso de iniciación era sagrado, algo que pocos blancos habían tenido ocasión de presenciar, y era tan sagrado y lleno de sentido para los kikuyu como la misa celebrada en el altar lo era para los católicos. Pero era una costumbre cruel e inhumana que causaba mucho dolor, sufrimiento y pérdida de sangre, así como una deformidad que luego creaba problemas a la mujer, entre otros la dificultad para dar a luz. Grace se había unido a los misioneros en la lucha por su abolición.

La hermana de Mario era muy bonita. Grace pudo comprobarlo pese a la escasa luz que penetraba en la choza. Calculó que tendría unos dieciséis años, sus rasgos eran delicados y había en ella un aire de inocencia conmovedora. Teresa tenía los ojos abiertos. Grace los cerró suavemente... porque la muchacha había muerto.

Mientras el padre Guido musitaba solemnemente sus plegarias, Grace agachó la cabeza y sintió la picazón de las lágrimas.

No rezaba; sólo apretaba los dientes, presa de frustración y de rabia. Teresa era la cuarta muchacha que Grace veía morir de septicemia a raíz de una iniciación, una septicemia causada por el cuchillo de la hechicera que había practicado la operación. También sabía de otras chicas que habían muerto de infecciones que hubieran podido curarse de haber avisado a tiempo a un médico europeo.

Grace alzó el rostro y sus ojos se cruzaron con los de Wachera.

Durante unos instantes el aire del interior de la choza estuvo cargado y las energías de las dos rivales, Wachera y Grace, chocaron entre las paredes de barro.

Luego Grace dijo en kikuyu:

—Me encargaré de que pongan fin a tus malignas actividades. Conozco tu magia negra. Mis pacientes me han hablado de ella. Ya te he tolerado bastante. Por culpa tuya y de otras como tú, esta niña ha muerto.

Grace temblaba de rabia y la hechicera la miró con expresión indescifrable. Wachera seguía siendo hermosa, alta y esbelta, con la cabeza afeitada, los largos brazos cubiertos por sartas de abalorios y cobre, el cuerpo flexible vestido con pellejos suaves. Era un anacronismo entre los kikuyu cristianizados; Wachera existía como un fantasma de su pasado ancestral. Miró a Grace Treverton con arrogancia y orgullo. Luego se levantó y salió de la choza.

* * *

Al regresar a la misión, Grace encontró a Valentine paseando nerviosamente delante de la clínica. Cuando vio lo que tenía en la mano y al niño asustado que se acurrucaba junto a los escalones de la galería comprendió por qué su hermano estaba allí.

—¡Mira esto! —gritó Valentine, arrojándole el objeto, que cayó al suelo después de golpear el pecho de Grace. Al recogerlo, vio que era una de las muñecas de Mona—. ¡He vuelto a pescarle jugando con esto!



—Pero Valentine —suspiró Grace—. Solamente tiene siete años.

Grace pasó junto a su hermano, se acuclilló al lado de Arthur y en seguida se percató de que el pequeño había recibido otra zorra de su padre.

—¡No consentiré que le mimes! ¡Tú y Rose estáis convirtiendo a mi hijo en un afeminado!

Grace rodeó a Arthur con sus brazos y el pequeño rompió a llorar.

—Pobrecito —musitó, acariciándole el pelo.

—¡Maldita sea, Grace! ¡Escúchame!

Grace le dirigió una mirada furiosa.

—¡No, escúchame tú a mí, Valentine Treverton! Acabo de ver a una niña a la que realmente han malogrado, y no pienso escuchar tus gritos por algo ridículo. Ha muerto otra muchacha a causa de una iniciación y no he podido salvarla. ¿Qué piensas hacer para poner fin a estas iniciaciones, Valentine? Se trata de tu gente. ¡Deberías preocuparte por ella!

—¿Qué me importa a mí lo que haga un hatajo de negros? Lo único que me interesa es mi hijo. ¡No permitiré que juegue con muñecas!

—No te importa lo que hagan los africanos —dijo Grace, hablando despacio—. Y te preocupas más por ti mismo que por tu hijo.

El cuello de Valentine se tiñó de un rojo intenso; miró a su hermana con expresión colérica, luego dio media vuelta y se fue.

Entraron en el fresco edificio con techo de paja que era su clínica y Grace consoló a Arthur. El pequeño tenía señales de golpes en el cuello y los hombros.

—Hola —dijo una voz suave mientras una silueta llenaba la puerta abierta.

Grace levantó la mirada y su corazón dio un vuelco.

—James. Has vuelto.

—Llegué anoche y vine directamente a verte... Caramba, ¿qué ha pasado aquí?

—Valentine otra vez.

James entró y dijo:

—Hola, Arthur.

—Hola, tío James.

—Mi hermano cree que a fuerza de terror hará un hombre de su hijo —dijo Grace, procurando que la ira no se le notase en la voz y asustara al niño—. Voy a poner fin a estas palizas aunque tenga que... Te pondrás bien, Arthur. No ha sido nada.

—¿Se lo has dicho a Rose en tus cartas?



—Llegará de un momento a otro, de hecho. Su carta no decía exactamente cuándo... ya conoces a Rose.

— ¿Entonces Mona está en la escuela en Inglaterra?

—Sí. En la academia a la que Rose iba cuando era niña.

—Echarás de menos a Mona, ¿verdad?

—Sí, muchísimo.

Grace besó a su sobrino en la cabeza, luego lo depositó en el suelo; el niño era demasiado pequeño para su edad y había heredado el temperamento soñador de su madre.

—Anda, amor mío —dijo dulcemente Grace—. Vete a jugar.

— ¿Adonde he de ir? —preguntó el pequeño con una expresión de perplejidad en sus ojos grandes y azules.

— ¿Adonde te gustaría ir, Arthur?

El pequeño fingió reflexionar durante unos momentos. Luego dijo:

— ¿Puedo ir a ver los bebés?

Grace sonrió y dijo que sí. Valentine había prohibido a Arthur que pusiera los pies en la choza de maternidad, pero Grace había decidido no hacer caso de las órdenes de su hermano.

— ¡James! —exclamó Grace mientras salían de la clínica—. ¡Qué sorpresa tan maravillosa verte!

Una vez en el exterior, al ver cómo la luz del sol arrancaba destellos rojizos del pelo castaño oscuro de James, Grace notó la habitual sensación de amor y dolor que nunca la abandonaba. Cada vez que James se iba Grace tenía la sensación de que una parte de ella misma se iba con él.

Y cuando volvía se sentía entera de nuevo.

— Te he echado de menos —dijo Grace.

Anduvieron por el sendero que llevaba al bungalow y pasaron por delante de las edificaciones con techo de paja que Grace había añadido a las otras. Una de ellas era la pequeña clínica de maternidad donde Arthur pasaba gran parte de su tiempo contemplando a los recién nacidos.

Mientras subían los escalones de la galería Grace preguntó:

— ¿Qué noticias traes de Uganda?

— Las de siempre. Enfermedad del sueño, malaria, melanuria. Me temo que nada nuevo. ¿Y tú qué me cuentas, Grace? ¿Qué tal ha ido la misión durante los últimos cuatro meses?



Grace entró en la casa y volvió a salir con dos vasos de limonada. Entregó uno a James y dijo:

—Has estado ausente cinco meses, no cuatro. Tenemos un gallinero nuevo y una nueva pizarra para el aula.

—¡A la salud de las gallinas y la educación! —dijo James, riéndose, y bebieron.

James la miró atentamente por encima del borde de su vaso. Mostraba el aspecto pulcro y limpio de siempre. Pese al trabajo que le daba dirigir la escuela y la clínica de la misión, Grace vestía siempre una blusa y una falda blancas y limpias, su cabello corto aparecía siempre bien peinado.

Y James pensó que estaba aún más bonita que la última vez que la viera.

—¿Te preocupa algo, Grace?

—Ha habido otra iniciación. La hermana de Mario murió —se sentó en una silla de mimbre—. Tengo que ser más firme con esta gente, James. Tendré que ponerme seria y hacerles comprender que las costumbres antiguas son perjudiciales. Estamos en el siglo veinte. La medicina moderna alcanza cotas desconocidas en toda la historia. Hoy día hacemos milagros. Pero, a pesar de todo, cuando están asustados acuden corriendo a una curandera tribal.

—No toda la medicina tradicional es mala, Grace.

—Sí, lo es. Es brujería, ni más ni menos. ¡Quién sabe lo que esa mujer echa en sus pociones! —Grace hizo un gesto señalando el campo de polo de Valentine y la choza que había en su extremo.

Después de tantos años, el hogar de Wachera se había convertido en una parte del paisaje, hasta el punto de que ya no suscitaba comentarios. De hecho, en numerosas granjas de europeos había ahora hogares de «intrusos» -las pequeñas parcelas de los africanos que habían salido de las reservas y que optaban por trabajar para el hombre blanco y vivir como arrendatarios en sus tierras-, por lo que la presencia de Wachera en el extremo del campo de polo ya no resultaba tan rara como en otro tiempo. Grace sabía que la joven hechicera llevaba una vida extraña y secreta, que ejercía silenciosamente su antigua profesión como una sombra que nadie veía. Pero Grace sabía qué era lo que Wachera hacía. Sus pacientes se lo contaban.

La viuda de Mathenge llevaba a la gente a cacerías espirituales siempre que había un brote de epidemia, supervisaba las ceremonias de plantación antes de las lluvias, elaboraba amuletos mágicos que protegían a los niños, asistía a las parturientas, preparaba filtros de amor, hablaba con los espíritus de los muertos y leía el futuro. Y Grace sospechaba que también empuñaba el cuchillo durante la iniciación de las muchachas.

—Me parece —dijo Grace con voz queda— que el comisario de distrito no ha enfocado bien el problema. Una cosa no desaparece por el simple hecho de que la declaren ilegal. Lo que tenemos que hacer es proscribir a los que perpetran estas



barbaridades. Hay que echar a Wachera y a la gente como ella y entonces las antiguas costumbres morirán de forma natural.

—¿Qué te propones hacer para librarte de ella? Valentine lo intentó y no tuvo éxito.

—No lo sé. Bajaré a Nairobi y organizaré las misiones de modo más unificado. Hay que demostrarles a los africanos que las curas tradicionales son malas y que es al médico blanco a quien deben recurrir.

James sacó su pipa y la encendió.

—Me temo que no estoy de acuerdo contigo, Grace. Sigo diciendo que hay muchas cosas buenas en la medicina tradicional. ¿Recuerdas cuando hubo aquel brote de disentería entre mis hombres y se me habían terminado toda la epsomita y el aceite de ricino? El antiguo remedio de ruibarbo de los kikuyu fue lo que los salvó.

Grace meneó la cabeza.

—No hicimos ningún frotis, James. No llegamos a hacer ningún análisis con el microscopio. No sabes con seguridad que fuera disentería o siquiera disentería amibiana.

—No todo debe diagnosticarse de acuerdo con la medicina moderna, Grace. Ten en cuenta que a veces se puede ser demasiado unilateral.

—No hablarías así si hubieses visto a esa pobre muchacha esta tarde.

De pronto un grupo de chicos dobló a todo correr la esquina de la choza donde estaba el aula, riendo y mirando por encima del hombre. Al ver a Grace en la galería, recobraron la compostura inmediatamente y pusieron cara seria.

—Jambo, memsaab Daktari —dijeron, desfilando ante ella como soldaditos negros.

—Cielo santo —musitó Grace, levantándose de la silla—. ¿Qué estarán tramando ahora?

En la parte de atrás de la larga estructura que hacía las veces de escuela encontró una niña de corta edad que yacía en el suelo, embadurnada de barro.

—Wanjiru —dijo Grace, acercándose a ella.

Después de ayudar a la pequeña a levantarse y sacudirse la tierra del vestido, Grace dijo:

—Vamos, vamos, Wanjiru. No te habrás hecho daño, ¿verdad?

Al borde de las lágrimas, pero conteniéndolas, la niña dijo que no con la cabeza.

—¿Te gustaría irte a casa?

Meneó la cabeza con más fuerza.

—Muy bien, pues. Ve a ver a memsaab Pammi y dile de mi parte que te dé un dulce.



La pequeña musitó un tímido *asante sana*, luego echó a correr hacia la entrada de la escuela, donde la señorita Pamela estaba descansando y tomando el té entre dos clases.

— ¿Es una de tus alumnas? — preguntó James mientras volvían al bungalow —. No sabía que tuvieses alumnas.

— Es mi primera niña y me temo que lo está pasando fatal. Ya sabes lo que me costó conseguir que las niñas vinieran a mi escuela. Hace tres meses, una mujer de uno de los poblados que hay río arriba trajo a su hija a la escuela y la matriculó.

— Fue muy valiente.

— ¡Vaya si lo fue! La mujer es viuda y tiene nueve hijos. Su vida es muy difícil y me dijo que deseaba algo mejor para Wanjiru. Es la primera mujer africana a quien le he oído expresar ese sentimiento. Me encanta tener una alumna, por supuesto, pero los chicos le toman el pelo despiadadamente. La acosan y le dicen que nunca se casará y que será *thahu* porque hace una cosa de hombres. A pesar de todo, ella viene cada día, más decidida que nunca. Y aprende de prisa, lo que me parece que también molesta a los chicos.

Al llegar a la veranda, Grace dijo:

— Hay que hacer algo para aliviar la situación de las mujeres africanas, James. ¡Recuerda que tuvimos una plaga de langostas hace dos meses y los hombres echaron la culpa a las mujeres! Dijeron que era porque las mujeres llevaban faldas cortas y Dios mandó las langostas a modo de castigo.

Se volvió hacia él.

— James, he pesado algunas de las cargas que transportan estas mujeres. ¡Una de ellas transportaba nada menos que ochenta kilos y pico! Y la tasa de natalidad es tan alta. Se ven muchas mujeres con ocho o diez hijos, trabajando ellas solas en las parcelas porque sus hombres se han ido a trabajar para el blanco. Ahora que los jóvenes africanos empiezan a educarse, ya no quieren quedarse en las granjas. Quieren trabajar en las ciudades. Vienen de visita a casa, dejan embarazada a la esposa y vuelven a desaparecer. Y se oponen a que sus esposas e hijas se eduquen.

James la miró, vio el rostro que en diez años se había vuelto moreno, con arruguitas alrededor de los ojos y un mentón tan decidido como siempre. Era un rostro que se imaginaba con frecuencia y que lo visitaba en sus sueños.

— ¿Podemos dar un paseo, Grace?

Los africanos que trabajaban en la misión de Grace ya no llevaban pieles de cabra y *shukas*, sino pantalones, camisas y vestidos a la usanza europea. Las cabezas ya no aparecían afeitadas, sino con el pelo debidamente cortado. Unos cuantos seguían luciendo cilindros de madera en los lóbulos de las orejas y brazaletes de cobre, pero en la mayoría de los casos el único adorno era una crucecita con una cadena.



Grace se detuvo en la parte posterior de un cobertizo de madera para inspeccionar las hileras de filtros para agua que debían repartirse entre los habitantes del poblado. Cada filtro consistía en dos cacharros de barro, el más pequeño colocado en la boca del mayor. Grace demostró su funcionamiento a James.

—El cacharro de arriba contiene una capa de arena limpia, otra de grava y, finalmente, una tercera de ladrillos rotos. El agua se echa por la parte superior, va goteando a través de estas capas y cuando llega al cacharro de abajo ya está limpia de impurezas, especialmente de lombrices de Guinea. Pretendo instalar uno en todas las chozas del poblado, y dar una lección sobre lo importantísima que es la pureza del agua.

—Sería una información valiosa que podrías incluir en tu libro —dijo James.

Grace se rió. Desde hacía un tiempo James insistía en que escribiera un manual de sanidad para los trabajadores rurales.

—¿De dónde iba a sacar tiempo para escribir un libro?

Pasaron por donde habían tendido los colchones para que se aireasen. Los colchones eran de americani relleno con perfollas de maíz secas y, al igual que los filtros, eran un invento de Grace.

Subieron por el sendero que llevaba al risco y desde arriba contemplaron un panorama que parecía un cuadro. Hileras de cafetos verdes cargados de bayas maduras cubrían dos mil hectáreas. El paisaje no era llano, sino que subía y bajaba formando ondulaciones y montículos como un mar suavemente agitado, el verde denso interrumpido por franjas de tierra roja y Jacarandas llenos de flores de color púrpura. Corría el mes de mayo y las lluvias largas ya habían terminado; mujeres y niños caminaban a lo largo de las hileras de cafetos, arrancando las bayas y echándolas en sacos. Unos camiones esperaban en el borde de los cafetales y los hombres transportaban las bayas a las secadoras instaladas río abajo. El monte Kenia vigilaba la lejana frontera de la inmensa vista, recortándose, nítido y oscuro, sobre el cielo despejado, los picos nevados brillando bajo el sol. De cara a la montaña, en el otro lado del valle, se encontraba Bellatu, elevándose hacia el cielo sobre céspedes verdes y perfectos y jardines aterrazados.

Había varios automóviles relucientes aparcados en la calzada. Grace reconoció el del brigadier Norich-Hastings. Los otros, exceptuando dos Oldsmobiles que pertenecían a Valentine, eran propiedad de las personas que en ese momento se alojaban en casa de su hermano.

En Bellatu nunca había tranquilidad. Ahora que los automóviles eran de uso común en Kenia y una carretera llegaba hasta la finca, aunque era de tierra e intransitable cuando llovía, y ahora que el tren llegaba hasta la ciudad de Nyeri, Bellatu distaba un solo día de viaje desde Nairobi. La casa de Valentine se había transformado en el centro de la vida social de Kenia; había siempre alguna fiesta, cacería o partido de polo que atraía a la gente rica y alegre del África Oriental a la



plantación de café. Había nacido una leyenda en torno a Bellatu. A los que únicamente veían la fabulosa mansión desde lejos les parecía que la gente de dentro debía de ser eternamente joven y bella, gente que hacía las cosas que se juzgaban distinguidas y bebía champán, y que sólo ricos y aristócratas visitaban la casa. Los años veinte habían sido un decenio próspero para los colonos aristocráticos de Kenia; el café Treverton tenía mucha demanda y se enviaba a todo el mundo. El hermano de Grace reinaba como un rey... y nunca estaba solo.

Grace contemplaba fijamente la casa y a sus oídos, cuando cambiaba la dirección del viento, llegaban músicas y risas.

Estaba molesta con Valentine por su forma de tratar a Arthur, por avasallarle con el propósito de que se hiciera hombre. El chico había recibido más de una paliza fuerte por jugar con las muñecas de su hermana, y su torpeza y sus caídas no eran estratagemas para llamar la atención, como decía Valentine, sino que posiblemente eran consecuencia de algún problema neural. Grace había suplicado a su hermano que llevara a Arthur a que le vieran especialistas, pero Valentine le había dicho que se ocupara de sus propios asuntos. Un hijo suyo no podía ser débil ni tener ningún defecto, y a fuerza de golpes haría desaparecer cualquier señal de debilidad o afeminamiento.

Grace se preguntó cuándo habría cambiado Valentine. Había sido un proceso gradual. A ella le parecía que había empezado a cambiar cuando el terrible asunto con Miranda West, y luego con el nacimiento de Arthur. En Kenia todo el mundo sabía que Valentine mantenía una querida africana en Nairobi, en la misma casa que construyera para Miranda. Era una hermosa mujer meru que usaba ropa cara y conducía su propio coche.

James pasó por su lado, las botas haciendo crujir la tierra roja, e hizo una mueca cuando la luz del sol le dio en los ojos. Grace contempló su cuerpo duro y magro al coger un trozo de corteza de eucalipto y empezar a desmenuzarlo con aire pensativo. Las frecuentes visitas que últimamente hacía a Uganda, porque Lucille se había apasionado por el país africano del interior, cansaban a Grace más que sus largos días llenos de trabajo arduo. Lo echaba mucho de menos. Cuando James estaba a tantos kilómetros de distancia, en un territorio tan peligroso, Grace perdía el apetito y de noche le resultaba difícil conciliar el sueño. Pero cuando James estaba en casa, en Kilima Simba, Grace se sentía consolada sabiendo que estaba allí, a sólo unos kilómetros, y que de un momento a otro podía presentarse en una de sus visitas inesperadas. Las visitas de James eran lo que le había permitido seguir adelante durante los últimos diez años, lo que le daba la energía necesaria para soportar días de frustración y reveses. Grace salía de la clínica y allí estaba James, cubierto de polvo y sudoroso tras el largo viaje en coche, normalmente con un obsequio, algo de la lechería, algún pájaro para la olla. James se quedaba un rato; se sentaban en la veranda y hablaban tranquilamente como dos viejos amigos, pues eso eran, compartiendo problemas, ofreciéndose mutuamente ayuda y consejo, riéndose, o



sencillamente sin decir nada, cerca el uno del otro pero sin tocarse, mientras el día africano iba dando paso a la noche.

Luego James se marchaba y Grace se acostaba y lo deseaba tanto, que a veces no conseguía pegar ojo.

—Grace —dijo James—. Tengo que decirte algo.

Ella le miró.

—Lucille y yo hemos decidido irnos a vivir a Uganda. Para siempre.



CAPÍTULO 23

Grace le miró fijamente; luego apartó la mirada con brusquedad.

—Lo siento —dijo James—. No lo decidimos hasta esta última visita.

—¿Cuándo os iréis?

—En cuanto haya dado los pasos necesarios para que envíen nuestras cosas. Lucille se ha quedado esta vez. Está en Entebbe, poniendo en orden nuestra nueva casa.

Grace se apartó unos pasos de él y buscó apoyo en un eucalipto, cuya sombra pareció engullirla. De pronto tuvo la impresión de que el día era oscuro, como si las nubes tapasen el sol.

—¿Y el rancho y los niños? —preguntó finalmente.

—La dirección del rancho la dejaré en manos de Sven Thorsen. Lleva dos años conmigo y sabrá arreglárselas solo. Geoffrey se quedará en Kilima Simba. Ya tiene diecisiete años y le interesa mucho la ganadería. Pero Ralph y Gretchen vendrán con nosotros.

—¿Qué haréis en Uganda?

—Lucille ha ingresado en la misión escocesa que hay allí. Quiere dedicarse a la labor misionera.

—¿Y tú?

—Me han ofrecido un puesto administrativo en Entebbe.

Grace se volvió para mirarle. El sol brillaba sobre un hombre cuyos brazos eran morenos y cuyo cuerpo aparecía delgado después de tantos años de vivir al aire libre.

—¿Vas a trabajar en una oficina? —preguntó.

—Tengo cuarenta y un años, Grace, y no me estoy haciendo más joven. Lucille piensa que debería tomarme las cosas con más calma. Y ya no es necesario que esté siempre en el rancho. Prácticamente funciona solo y, además, funciona bien. Sven se encargará de supervisar las cosas.

Grace sabía que a los Donald les iba bien desde el punto de vista económico, que ya no tenían ningún descubierto en el banco y se habían terminado las estrecheces.



No se había sorprendido cuando, un año antes, Hardy Acres le había hablado de un incremento de la suma anual que depositaban en su cuenta.

—Te echaré de menos —dijo.

—Y yo a ti —se acercó a ella y la miró con ojos intensos—. No fue fácil tomar esta decisión, Grace. Pero ya sabes lo desgraciada que ha sido Lucille.

—Sí.

—En Uganda parece otra mujer. Allí se siente verdaderamente feliz. No puedo decirle que no.

—Claro.

Era un ataque a los sentidos de Grace: el olor de su cuerpo, el aspecto tosco de su chaqueta para ir de safari, el sonido enérgico y a la vez tierno de su voz, su abrumadora proximidad. James siempre había estado cerca de ella, si no como amante, sí como alguien a quien amar; la pasión secreta que era mejor que no sentir ninguna pasión. Soñar con él había hecho que sus noches fueran menos solitarias, que su cama estuviese menos vacía; su fuerza silenciosa y segura la había ayudado a soportar días de frustración y fracaso; James había compartido sus triunfos también. El amor físico que Grace había anhelado no podía ser, siempre lo había sabido, pero de vez en cuando había algún contacto, los dedos en su brazo, y un abrazo bajo los árboles, resguardados de la lluvia, al recibirlo, el día de Año Nuevo, durante diez años...

Hacía ya mucho tiempo que Grace se había quitado el anillo de compromiso que le diera Jeremy Manning; había metido a James Donald en su corazón y allí continuaba, su amor secreto. Pero ahora se abría una puerta terrible y James iba a cruzarla. Por primera vez Grace fue consciente de su edad. De pronto la edad le pareció importante y pensó que cumpliría los cuarenta el año siguiente.

—Te echaré de menos —volvió a decir.

—Mañana vendré a despedirme.

«¿Mañana?», pensó ella. Empezó a comprender el verdadero significado de la soledad. Vio las noches que se extendían ante ella, como una sarta de desoladas estaciones de tren donde no había ninguna luz, ningún asomo de vida. Se vio a sí misma en el futuro, sentada en la galería, estirada y casta, mirando fijamente a través de la oscuridad, mirando más allá de la misión que había edificado, más allá del campo de polo, donde había una choza pequeña ocupada por otra mujer solitaria — Wachera- que estaba sentada ante la olla, removiendo una y otra vez su contenido.

Grace retrocedió.

—Despídete de mí ahora, James. No sé qué voy a decirte mañana.

James apoyó las manos en sus brazos, apretándolos con fuerza, e inclinó la cabeza para besarla.



— ¡Tía Grace! ¡Tía Grace!

Se volvieron. Una figurilla bajaba corriendo por la calzada, donde uno de los coches de los Treverton estaba detenido con la portezuela abierta. Era un duendecillo con un peinado imposible y vestido estrafalariamente con prendas que imitaban las de un adulto, y dio un salto para abrazar a Grace.

— ¡Tía! — chilló Mona —. ¡Qué ganas tenía de verte!

Llegó demasiado rápidamente, la alegría sobre el dolor. Grace cayó de rodillas y abrazó a su sobrina con desesperación. La pequeña se puso a hablar en seguida de barcos y trenes, de Francia y de sus horribles primas, luego dijo:

— No llores, tía Grace. ¡Ya he vuelto y nunca volveré a irme de Kenia!

— Mona — dijo Grace con voz tensa —, ¿qué haces aquí? ¿Qué ha pasado con la academia?

— ¡El tío Harold dijo que no podía ir! ¿Estás bien, tía Grace? ¿Por qué lloras?

— De lo feliz que soy al verte, querida. Ya eres toda una mujercita.

— Tenía nueve años cuando me fui; ahora tengo diez y un tercio. Inglaterra me pareció horrible, tía Grace. Me alegro muchísimo de haber vuelto.

Grace se levantó al ver que Rose se dirigía hacia ellas y fue a recibirla.

— Bienvenida a casa, Rose — dijo.

— Es maravilloso estar de vuelta — dijo Rose, tomando a Grace del brazo. Anduvieron hasta el puente y miraron las aguas revueltas del río. Las márgenes aparecían cubiertas de densa vegetación y flores silvestres de todos los colores—. ¡Cómo he añorado este lugar! ¡Y tengo tantas ganas de volver a trabajar en mi tapiz!

Aturdida, moviéndose como una actriz que hubiera ensayado en exceso, Grace vio cómo la pequeña Njeri se apeaba del coche, tímidamente. La niña se quedó cerca de Rose, como si estuviese asustada, y Grace la miró con afecto; Njeri era el bebé que Grace había sacado del vientre de Gachiku.

— Njeri — dijo Grace, agachándose —, ¿no quieres ir a casa y ver a tu mamá?

La niña de nueve años retrocedió meneando la cabeza.

— Me temo que me ha tomado mucho apego — dijo Rose, riéndose y acariciando la cabeza de la pequeña—. ¿Verdad que sí, Njeri? Deberías haber visto cómo llamaba la atención en Europa. Y me ayuda tanto. Le encanta pasarse horas cepillándose el pelo. Ya irá a su casa después. Ahora quiere quedarse para ayudarme a poner en orden el hilo nuevo.

Mona las estaba observando. Se tragó los celos y el dolor y tomó la mano de su tía.

Grace tenía los ojos clavados en Rose. La escena le parecía demasiado irreal. ¡Allí estaba Rose, después de una ausencia de ocho meses, comportándose como si



acabara de llegar para tomar el té! ¿Por qué no preguntaba por Arthur, por Valentine? ¿Y por qué Mona había vuelto con ella en lugar de quedarse en la academia?

Grace notó que la cabeza le daba vueltas. No estaba preparada para todo aquello... la llegada de unos y la despedida de James.

—Tía Grace —dijo Mona, tirando de su mano—, ¿lloras por mi culpa?

Grace bajó los ojos hacia su sobrina y dijo:

—Soy feliz porque has vuelto a casa y también me siento triste porque el tío James se va. Él y la tía Lucille se van a vivir en Uganda.

Mona miró a James con sus ojos redondos.

—¿Gretchen y Ralph también se van?

—Me temo que sí —dijo James.

Entonces también Mona se puso triste y aparecieron lágrimas en sus ojos.

Grace se arrodilló y cubrió la cara de la pequeña con sus manos.

—No te preocupes, Mona —dijo dulcemente—. Tú y yo todavía nos tenemos la una a la otra.

Pensó:

«Puede que tengas que venirte a vivir conmigo. Es todo demasiado extraño. Tu madre parece menos presente, menos real que nunca. Yo te haré de madre, Mona; tú serás la hija que mi cuerpo nunca tendrá. Hay un vacío de amor en ti, querida niña, como ahora lo hay en mí. Nos necesitamos mutuamente».

—¿Dónde está Valentine? —preguntó de pronto Rose.

* * *

—¡Te lo digo yo, Treverton, hay que hacer que Londres nos escuche! —el brigadier Norich-Hastings dejó su vaso y anduvo hasta la ventana emplomada que ofrecía una vista espectacular del monte Kenia—. Es necesario que uno de nosotros vaya a Londres y exponga en persona nuestro parecer al gobierno de su majestad.

—Hugh tiene razón —dijo Hardy Acres desde la profunda comodidad de una butaca de orejas.

Valentine estaba sentado detrás de su mesa de despacho, la silla inclinada hacia atrás y los pies sobre la superficie. Hizo girar su vaso y contempló cómo el whisky daba vueltas.

El tercer hombre que se encontraba en el estudio de Valentine, Malcolm Jennings, era un rancharo de Rift Valley que poseía más de cuarenta mil hectáreas en la provincia Central y, por consiguiente, se interesaba personalmente por la política de la colonia. Aún no había hablado, pero lo hizo ahora.



—Sudáfrica ha dado con la idea acertada. Deberíamos seguir su ejemplo y formar una unión blanca. Uganda, Kenia y Tanganika, pongamos por caso. Incluso puede que Rodesia del Norte. Necesitamos fortalecer la política de dominación blanca en el África Oriental, recordarles a los negros quién manda realmente aquí.

—Es lamentable que hayan publicado esto —dijo Acres, tirando un periódico keniano al suelo. Sus amigos sabían a qué se refería: al libro blanco publicado hacía poco en Londres por lord Passfield, el nuevo secretario de Colonias. En él retiraba su apoyo a las exigencias de los colonos blancos de Kenia y afirmaba que «el objetivo británico en la colonia era un ministerio que representara a un electorado en el que todos los sectores de la población tuvieran un voto eficaz y adecuado», ¡añadiendo que ello era casi imposible en un país donde menos del uno por ciento de la población tenía derecho al voto!

—Si los negros leen esto —dijo Acres—, habrá complicaciones.

—Las complicaciones ya han empezado —dijo el brigadier en tono sombrío—. Passfield ha prohibido al gobernador que restrinja los mítines de la Asociación Central Kikuyu. ¡Es como si les invitara a empezar una revolución! Ahora piden que les dejen instalarse en las tierras altas. ¡Cuando menos lo esperemos, los negros recibirán permiso para cultivar café!

Los tres hombres dirigieron miradas expectantes a su anfitrión. Valentine parecía no escucharles siquiera. Sus ojos negros contemplaban fijamente una fotografía con marco de plata que había en la mesa.

Estaba pensando en Arthur. No debería haberle pegado tan fuerte, pero a veces el chico lo ponía furioso. ¿De dónde habría sacado unas ideas tan raras? Estaban en mayo y Arthur ni siquiera había tocado los regalos de Navidad de su padre: los soldaditos de plomo con cañones en miniatura, el fusil, el cuchillo de caza.

Tomó la fotografía y la miró atentamente. El corazón se le partía al ver el rostro inocente, querúbico de Arthur, la sonrisita dulce, los pantalones cortos de color caqui que nunca parecía abrocharse.

«¡Hijo mío! -exclamó la mente atormentada de Valentine-. Vivo para ti, construí esta casa para ti. Nunca quiero hacerte daño. Lo único que deseo es que te hagas hombre».

—¿Treverton? —dijo Hardy Acres.

«Te compensaré, hijo mío. Lamento haberte pegado. Te prometo que no volveré a pegarte...»

—¿Valentine? —dijo Malcolm Jennings—. ¿Estás con nosotros?

Valentine alzó los ojos.



—¿Cómo dices? —dejó la fotografía sobre la mesa y se levantó para tomar la botella de whisky—. No me preocupa una sublevación. Lo único que quieren mis hombres es sentarse bajo un árbol y beber cerveza.

—Entonces es que estás ciego, Treverton —dijo Jennings.

Valentine no hizo caso del descaro. Seguía pensando en Arthur, preguntándose si habría llegado ya el momento de que el chico participara en su primer safari de caza.

—Hemos venido para saber tu opinión sobre este asunto —dijo el brigadier Notich-Hastings—. Dinos algo, Valentine.

—Mis hombres nunca habían estado tan bien —dijo distraídamente—. Les doy todo el *american* y las bicicletas que quieren. Son dóciles como ovejas. Y seguirán siéndolo mientras continúe tratándoles bien.

Los tres hombres se miraron y el brigadier dijo:

—¡Abre los ojos, Valentine! ¡Algunos de estos negros empiezan a refunfuñar diciendo que las tierras altas son legítimamente tuyas, que nunca las cedieron voluntariamente!

Valentine llenó de nuevo su vaso, lo miró pensativamente, bebió un trago y se volvió hacia sus compañeros.

—¿A quién pensabais mandar a Londres?

—Pensábamos en ti, Valentine.

—¡Yo!

—Después de todo, tienes un escaño en la Cámara de los Lores. Tu nombre no carece de cierta influencia. Y eres buen orador. A ti te escucharán.

Valentine se frotó el mentón. La idea de volver a Inglaterra no le gustaba ni pizca. Su última visita había sido en 1924, con motivo de una exposición donde había representado el café de Nairobi, que ahora llamaban café de Kenia. Y en la única carta que le había mandado desde Suffolk, Rose decía que Inglaterra estaba tan fría, húmeda y poco acogedora como siempre.

—¿Y bien? ¿Qué nos contestas?

—Quizá... —podía llevarse a Arthur con él. Alejar al chico de la influencia afeminadora de Rose y Grace.

—No tenemos mucho tiempo. La situación empeora de día en día. Si queremos conservar nuestra tierra, necesitaremos el apoyo del gobierno de su majestad.

—Escucha —dijo Hardy Acres, levantándose—. ¿Eso que se oye no es tu coche? ¿El que enviaste a la estación del ferrocarril?

Valentine fue a mirar por la ventana. El Cadillac subía por la calzada, ocupado únicamente por el chófer africano.



Salió a la veranda y se protegió los ojos del sol. Una fuerte brisa soplabá sobre las dos mil hectáreas de cafetos y le alborotaba el pelo. Era el mismo sitio donde diez años antes había descrito su sueño a Rose y Grace. La escena que ahora se ofrecía a sus ojos era la misma visión que tenía en aquel día ya lejano.

—¿Dónde está la memsaab? —preguntó al chófer.

—Se ha ido con memsaab Daktari, bwana —dijo el hombre, señalando el risco.

* * *

—¡Hola! ¡Bienvenida a casa! —llamó Valentine, quitándose el sombrero y saludando con él a Rose y Grace.

Rose le devolvió el saludo agitando una mano, luego dijo a su cuñada:

—Ese tonto de Harold. ¡Hay que ver las ideas que se le meten en la cabeza!

—¿A qué te refieres?

—¡Echa una ojeada a Bellatu! ¡Claro que tenemos dinero!

Desconcertada, Grace vio cómo Rose bajaba delicadamente por el sendero hasta llegar junto a Valentine, que la saludó con un beso en la mejilla.

—Te he echado de menos —dijeron al unísono.

Entonces una persona en miniatura salió corriendo de la choza de maternidad.

—¡Mamá! —gritó Arthur, moviendo sus piernas gordezuelas.

Valentine le miró.

—¿Qué hacías ahí dentro? —gritó, su voz resonando hasta la otra orilla del río—. ¡Te he dicho que no quiero que vuelvas a entrar ahí!

Arthur se detuvo en seco y se quedó mirando fijamente mientras su padre bajaba corriendo.

—¡Me has desafiado deliberadamente! —exclamó Valentine al llegar al lado del niño. Agarró a Arthur por el cuello de la camisa y lo zarandéó.

Grace y James contemplaban la escena desde el risco. Al ver que de pronto Arthur se desplomaba y empezaba a dar puntapiés y a retorcerse en el suelo, Grace soltó una exclamación y echó a correr sendero abajo.

Cuando James y Rose llegaron junto a ellos, Grace ya había conseguido introducir un bastón entre los dientes apretados de Arthur. El pequeño seguía retorciéndose, tenía los ojos en blanco y de su garganta salían unos ruidos extraños. Los adultos lo miraban con expresión de horror. Mona se les acercó silenciosamente.

Terminó con la misma rapidez con que empezara. Grace se disponía a alzar al niño inconsciente entre sus brazos, pero Valentine se le adelantó y, apretando al pequeño contra el pecho, entró en la clínica detrás de Grace, la cual sometió a Arthur a un reconocimiento concienzudo.



—Epilepsia —dijo finalmente Grace.

—¡No! —gritó Valentine.

—Ya te había dicho que llevaras al chico a un especialista —dijo Grace—. ¡Ahora tendrás que hacer algo!

—¡A mi hijo no le pasa nada malo!

—¡Claro que le pasa algo malo, Valentine! Y si tú no lo llevas al especialista, ¡lo llevaré yo!

Valentine miró ceñudamente a su hermana, los latidos de los dos corazones compitiendo, las dos fuerzas de voluntad enfrentadas; luego los hombros de Valentine se hundieron ligeramente.

—Hay especialistas en Europa —dijo Grace con voz más amable—. Hay hombres que investigan esta dolencia.

—Quieres decir que investigan la locura.

—La epilepsia no tiene nada que ver con la locura. No tiene ninguna relación con las facultades mentales. Y la epilepsia no es ninguna vergüenza. Julio César era epiléptico. Y también lo era Alejandro Magno.

Valentine lanzó una mirada malévola a Rose.

—Esto viene de tu familia —dijo en un tono que horrorizó a todos los presentes. Luego alzó en brazos el cuerpo flácido de su hijo y lo apretó con fuerza y acercó la boca a los cabellos color pomelo, húmedos a causa del sudor. Arthur parecía tan pequeño, tan frágil.

«Mi hijo. El único hijo que jamás tendré».

Rose hizo ademán de tomar el chico en sus brazos, pero Valentine retrocedió y dijo:

—No lo toques —se volvió hacia Grace y añadió—: Lo llevaré a Inglaterra. Haré que le vean todos los especialistas de Londres. Si hace falta, iré al continente. Gastaré hasta el último penique... —la voz se le quebró.

Bajó los escalones de la veranda y subió por el sendero hacia la casa. Los brazos y las piernas de Arthur colgaban como los de una muñeca. Rose echó a andar por otro sendero, el que cruzaba la selva hasta su claro entre los eucaliptos; sus pasos eran tan rápidos, que parecía huir de algo. La pequeña Njeri trotaba detrás de ella como un perrito; Mona se quedó en las sombras de la galería, sin saber qué hacer. Luego tomó la misma dirección que su madre.

Al salir de nuevo a la luz del sol, Grace se apartó los cabellos de la cara y aspiró hondo; luego miró el pequeño grupo de edificaciones con techo de paja que formaban su misión. James se acercó a ella.

—¿Saldrás adelante? —preguntó.



—Sí.

James le tomó una mano y se la apretó con fuerza.

—Me quedaré un poco más, Grace. Hasta que Valentine se haya ido a Inglaterra con el chico.

Pero ella se volvió hacia él y dijo:

—No, James. Éste ya no es tu sitio. Tu vida está lejos de aquí, hacia el oeste, donde te esperan Lucille y tus hijos. Ellos te necesitan más que nosotros.

—Quiero que recuerdes siempre, Grace —dijo James—, que si alguna vez me necesitas, bastará con que me avises y vendré. ¿Me lo prometes?

Grace se volvió de cara al sol poniente y asintió con la cabeza.

—Despidámonos ahora, James. Tienes que ponerte en marcha. Uganda está muy lejos.



CAPÍTULO 24

—Toda la tierra que ves a tu alrededor, hijo mío, e incluso más allá pertenece a los Hijos de Mumbi y a nadie más.

David escuchaba a su madre mientras ella preparaba la cena. Dos boniatos grandes envueltos en hojas de platanero iban ablandándose sobre el vapor; granos de mijo estallaban en el agua hirviente y empezaban a formar unas espesas gachas. Aunque en el poblado de la otra orilla iba imponiéndose la costumbre europea de hacer tres comidas diarias, Wachera seguía fiel a la antigua tradición de una cena copiosa y única a última hora de la tarde.

—Los Hijos de Mumbi fueron engañados por los *wazungu* —dijo Wachera— y les cedieron su tierra. El hombre blanco no comprendía nuestras costumbres. Vio selvas donde no había ninguna choza y se apoderó de ellas diciendo que allí no vivía nadie. No sabía que los antepasados moraban allí y que algún día la selva sería desbrozada para dejar espacio donde los hijos de nuestros hijos pudieran construir sus chozas. El hombre blanco no piensa en el pasado ni en el futuro; sólo ve lo que es hoy.

David contemplaba a su madre con adoración. Era la mujer más bella que jamás había visto. Ahora que se acercaba al umbral de la virilidad y pronto sería circuncidado en la ceremonia de iniciación, empezaba a darse cuenta de la forma en que los hombres miraban a su madre; y también las mujeres. La mirada de los hombres era de hambre, y David sabía que su madre era deseada y solía recibir ofertas de matrimonio. La mirada de las mujeres era de envidia, pues admiraban en secreto la vida de libertad que llevaba Wachera, sin que ningún hombre fuese su amo. Y todo el mundo miraba a la hechicera con temor reverencial y respeto.

Aunque no tenía marido y con un solo hijo -lo que en otras circunstancias habría hecho que la compadeciesen-, Wachera era una mujer venerada en el clan porque era la guardiana de las costumbres antiguas. A lo largo de los años David había visto acudir a su choza a personas importantes; su infancia había sido una larga crónica de jefes y ancianos que visitaban a su madre para pedirle consejo, de mujeres que le revelaban sus secretos y pagaban sus amuletos y filtros, de hombres que ofrecían su virilidad. La pequeña choza que Wachera y David compartían había oído los pesares y las alegrías de los Hijos de Mumbi, expresados por muchas bocas bajo muchas lunas llenas. David se enorgullecía de su madre; estaba dispuesto a morir por ella.



Pero eran tantas las cosas que aún no comprendía. Tenía once años y ansiaba alcanzar la virilidad y la sabiduría que parecía acompañarla. Quería que su madre hablase más aprisa, le contase más cosas, que iluminara los tenebrosos misterios que atormentaban su joven alma.

David vivía un momento difícil. Gran parte de él seguía siendo infantil, le faltaba aún mucho para ser hombre. Pero la parte infantil anhelaba el momento de ser hombre y temía que no llegase nunca. Había también otra parte suya, la parte kikuyu, que miraba con envidia y deseo las riquezas del hombre blanco: sus bicicletas, su telégrafo, su rifle. David Kabiru Mathenge ansiaba ser dueño de cosas así, poseer tanto poder, ser aceptado en el seno de la élite. Mucho tiempo antes su padre le había hecho bautizar. Ahora David pertenecía al Señor Jesu, al menos eso decían los *wazungu*. Pese a ello, no era el hermano verdadero que le habían prometido que sería; no era su igual. Y por esto les tenía inquina.

«No quieras a los *wazungu* -le decía a menudo su madre-. No los respetes. No reconozcas sus leyes. Pero, al mismo tiempo, hijo mío, no te los tomes a la ligera y recuerda siempre el proverbio que dice que un hombre sabio se enfrenta a un búfalo con cautela».

—Ahora comeremos —dijo Wachera por fin, echando estofado de mijo en unas hojas de platanero—. Me recitarás la lista de los antepasados hasta llegar a los Primeros Padres. Luego iremos a la selva, donde va a celebrarse una reunión secreta. Vendrá un gran hombre a hablar a los Hijos de Mumbi. Tú le escucharás, David Kabiru, y te aprenderás de memoria sus palabras, del mismo modo que te has aprendido la lista de los antepasados.

* * *

Wanjiru se había quedado hasta tarde en la choza escuela para ayudar a memsaab Pammi, la maestra. No lo hacía por amor a la memsaab ni empujada por un sentido de deber para con la escuela; la pequeña de nueve años siempre, buscaba excusas para evitar a los chicos que andaban por el mismo sendero para volver al poblado y que se burlaban despiadadamente de ella.

No les tenía miedo; a Wanjiru no la asustaba nada excepto el camaleón, al que todos los kikuyu temían. Pero la madre de Wanjiru se esforzaba mucho por ser respetable y le dolía en el alma que los chicos le rompieran los vestidos o se los ensuciaran.

Terminadas sus tareas, Wanjiru se despidió con un *kwa heri* de la memsaab y salió del aula con techo de paja. El sol ya se ponía. Iba a tener que darse prisa para llegar a casa antes de que anoheciera. Al cruzar la entrada donde un letrado rezaba MISIÓN GRACE TREVERTON, Wanjiru titubeó. Ante ella había una extensión llana de hierba verde que la tenía perpleja por su inutilidad. Ningún animal pacía en ella; tampoco se usaba para cultivos. A pesar de ello, era cuidada por jardineros e inspeccionada por el bwana que llevaba un látigo. Una vez Wanjiru había visto caballos galopando



arriba y abajo en el campo y, montados en ellos, hombres blancos que blandían bastones largos, mientras a los lados, bajo la sombra de los alcanforeros y los olivos, memsaabs de vestido y sombrero blancos animaban a sus hombres como si éstos fuesen guerreros.

Pero no era el campo de polo lo que en ese momento contemplaba Wanjiru, sino la choza que había en un extremo y donde la luz menguante permitía ver a dos personas que estaban terminando su cena.

Wanjiru sabía quiénes eran. La madre de Wanjiru acudía con frecuencia a la hechicera cuando los niños estaban enfermos. Y una vez la viuda del legendario jefe Mathenge había ido al poblado de Wanjiru para hablar de los antepasados, y la familia lo había celebrado bebiendo mucha cerveza. Wachera fascinaba a la pequeña. Aunque los *wazungu* habían prohibido a la hechicera practicar sus antiguas artes, ella los desafiaba y toda la gente del clan la respetaba y temía por ello. El chico se llamaba David Kabiru, Wanjiru lo sabía; había empezado a ir a la escuela de memsaab Daktari hacía poco. Se había jactado de que su madre quería que aprendiese las costumbres del hombre blanco, para que estuviese preparado el día en que los Hijos de Mumbi volvieran a ser dueños del país de los kikuyu.

Wanjiru encontró a la madre y al hijo preparándose para adentrarse en la selva. Oyó que Wachera le decía algo a David con voz grave. La niña presintió que había algo importante en lo que se disponían a hacer y, empujada por la curiosidad, decidió seguirles.

El camino era largo y lleno de malos espíritus y ojos dorados que parpadeaban en la espesura. Wanjiru les seguía a poca distancia, sin que ellos se dieran cuenta, a sabiendas de que su tardanza preocuparía a su madre, pero incapaz de resistirse al hechizo de la misteriosa pareja.

Al final, la hechicera y el muchacho salieron a un claro y Wanjiru vio con sorpresa que había allí muchos hombres sentados en silencio. Reconoció a unos cuantos de su propio poblado. La mayoría iban vestidos con *shukas* y mantas y llevaban palos en vez de lanzas, pero algunos vestían a la europea porque trabajaban en una de las misiones. La niña se agazapó entre la maleza y se puso a observarles.

No había mujeres entre los reunidos, pero a ninguno de los hombres pareció importarle la presencia de la hechicera. De hecho, le hicieron sitio a la vez que le ofrecían una calabaza de cerveza.

«¡Como si fuera un hombre!», pensó Wanjiru, abriendo mucho los ojos.

Iban llegando más hombres, en silencio, surgiendo repentinamente de la noche. No habían encendido ninguna hoguera; el claro aparecía bañado por la luz de la luna llena, momento en que se trataban asuntos de importancia. Los hombres estaban sentados en el suelo, sobre peñascos, sobre troncos caídos; compartían cerveza de caña de azúcar; algunos, para mantenerse despiertos, masticaban hojas de *miraa*, y otros hacían circular una botella de *colobah*. Wanjiru sabía qué era esta bebida; los



hombres kikuyu la apreciaban mucho porque era el licor del hombre blanco y les estaba prohibida a los africanos, por eso la llamaban «color bar³».

Los hombres esperaban con la típica paciencia africana.

Nadie llevaba reloj; a nadie le preocupaba el paso del tiempo. Lo que Wanjiru no sabía era que estaban allí por curiosidad, porque había circulado de boca en boca la noticia de que un hombre llamado Johnstone asistiría a la reunión y hablaría de la Asociación Central de los Kikuyu. Debido a ello, había hombres que vigilaban escondidos entre los árboles. Y todos los presentes habían prestado un juramento sagrado conforme guardarían el secreto, lo cual excluía a los posibles espías del gobierno. Se hallaban reunidos para hacer algo que era ilegal.

Al poco un ruido extraño turbó el silencio de la selva. Era como el ruido de las tripas de un elefante, lejano al principio, pero haciéndose más fuerte hasta que algunos hombres se levantaron precipitadamente, dispuestos a huir corriendo. Pero era el hombre llamado Johnstone, que llegaba montado en su motocicleta inglesa.

Los pocos que ya le habían oído hablar alguna vez hicieron callar al resto del grupo y presentaron al recién llegado diciendo que era Johnstone Kamau. Era un kikuyu alto, de constitución poderosa, voz potente y mirada penetrante, y todos pudieron ver que lucía un cinturón ornamental de la tribu llamado *mucibi wa kinyata*. Johnstone Kamau anduvo a grandes zancadas hasta el centro del círculo.

Los hombres parecieron quedar hechizados cuando Johnstone Kamau habló del destino del africano, de la necesidad de unirse, de la necesidad de educarse. Wachera y su hijo escuchaban; la pequeña Wanjiru escuchaba también.

—En el antiguo orden de la sociedad africana —dijo Johnstone Kamau—, pese a todos los males que se le atribuyen, un hombre era un hombre, y como tal tenía los derechos de un hombre y era libre de ejercer su voluntad y su pensamiento como más conviniera a sus propósitos, así como a los de sus semejantes; pero hoy día un africano, sin que importe su posición en la vida, es como un caballo que se mueve únicamente en la dirección que el jinete indica tirando de las riendas... El africano sólo puede avanzar hacia un «nivel superior» si goza de libertad para expresarse, para organizarse económicamente, políticamente y socialmente, y para participar en el gobierno de su propio país.

Cuando hubo terminado se hizo el silencio. El hombre miró las caras de sus oyentes e hizo una breve pausa para contemplar a la hermosa hechicera que lucía el vestido ancestral. Luego dijo.

—Podéis decir lo que opináis.

³ *Color bar* significa «barrera racial». (N. del T.)



Un hombre llamado Murigo, que vivía en el poblado de Wanjiru, dijo:

—¿Qué pretendes decirnos? ¿Que deberíamos expulsar al hombre blanco de la tierra de los kikuyu?

—No hablo de revolución, sino de igualdad, hermano mío. ¿Quién de vosotros se siente igual que su amo y señor blanco?

Otro hombre, Timothy Minjire, dijo:

—¡Los *wazungu* nos han dado tantas cosas! Antes de que llegaran, vivíamos en pecado y en tinieblas. Ahora tenemos a Jesu. Somos modernos a ojos del mundo.

Varios hombres asintieron con la cabeza.

—¿Pero qué habéis dado a cambio de estas cosas? —preguntó Johnstone—. Nosotros les dimos nuestra tierra y ellos nos dieron a Dios. ¿Fue un cambio justo?

—El bwana es bueno con nosotros —dijo Murigo—. Ahora nuestros hijos son más sanos; mis hijos están aprendiendo a leer y escribir; mis esposas cocinan con aceite y azúcar en abundancia. Antes de que llegase el bwana no teníamos ninguna de estas cosas.

—¡Pero éramos hombres! ¿Podéis decir que lo sois ahora?

Los oyentes se miraron unos a otros. Un anciano se levantó, dirigió una mirada imperiosa al joven Kamau y abandonó el círculo, perdiéndose en la oscuridad; otros hombres se levantaron apresuradamente y le siguieron. Los que se quedaron en su sitio siguieron mirando al advenedizo con suspicacia.

—¡Nosotros somos millones, mientras que ellos sólo son miles! —gritó Johnstone—. ¡Y pese a ello, nos gobiernan!

—¿Acaso un puñado de ancianos no gobiernan a todos los kikuyu? —arguyó un hombre.

Johnstone le lanzó una mirada penetrante.

—¿Es que mil hienas gobiernan a un millón de leones? —se sacó un periódico del bolsillo y lo agitó como si fuera un garrote—. ¡Leed! —exclamó—. Leed las palabras del propio hombre blanco. Reconoce que el uno por ciento de la población de nuestro país decide todas las leyes, y ese uno por ciento son forasteros cuyos antepasados moran en otras tierras.

Se oyeron murmullos entre los reunidos.

—¡Nos quitaron las lanzas y las campanas de guerra! —gritó Johnstone—. Han convertido a nuestros hombres en mujeres. Y ahora pretenden abolir la sagrada iniciación de las muchachas, y les enseñan a leer y a escribir para que nuestras mujeres se conviertan en hombres. ¡Los *wazungu* están volviendo a los kikuyu al revés! ¡Poco a poco van destruyendo a los Hijos de Mumbi! ¡Y vosotros sois como borregos que besan la mano que empuña la daga! ¡Despertad, Hijos de Mumbi!



¡Haced algo antes de que sea demasiado tarde! Recordad el proverbio que dice que la familia de «lo haré» fue vencida por la familia de «lo he hecho».

Cruzó el círculo y se detuvo ante un anciano que estaba sentado en el suelo. El viejo iba envuelto en una manta, llevaba un palo y tenía un pequeño recipiente de metal colgado del cuello.

—*Mzee* —dijo Johnstone en tono más calmado y respetuoso—, ¿qué es ese collar que llevas?

El anciano le miró con cautela.

—Tú sabes lo que es. Tú mismo llevas uno.

—¡Sí! —exclamó Johnstone—. Es la *kipande*, la identificación que los *wazungu* nos obligan a llevar. Pero como la mayoría de vosotros no lleváis ropa con bolsillos, como yo sí puedo llevarla, tenéis que llevar vuestra identificación colgada del cuello, ¡como los perros llevan collares!

La gente se quedó helada mientras los ojos del *mzee* se cruzaban con los del revoltoso. Al cabo de unos momentos, el digno anciano se puso en pie y con voz tranquila, mortal, dijo:

—El hombre blanco vino y nos sacó de las tinieblas. Nos enseñó el mundo más grande, del cual nada sabíamos. Nos trajo medicina y Dios, carreteras y libros. Nos trajo una vida mejor. Esta *kipande* que llevo les dice a los otros hombres quién soy yo. No me avergüenzo de llevarla. Y no tengo por qué escucharte.

Hizo un gesto majestuoso y se fue del claro como si abandonara su propio salón del trono. Los demás ancianos también se levantaron para irse con él. Pero los hombres jóvenes se quedaron y Johnstone se dirigió a ellos.

—Han pasado siete años desde la matanza de nuestra propia gente que hubo en Nairobi a causa de la detención de Harry Thuku. Thuku todavía está en la cárcel por sus actividades a favor de la *uhuru*, la independencia. Ciento cincuenta de nuestros hombres y mujeres, que iban desarmados, fueron muertos a tiros en la calle, igual que animales. ¿Seguiremos permitiendo esto?

Miró a los ojos de cada uno de los hombres del círculo, cautivándolos con su propio magnetismo, hasta que tuvieron que apartar la mirada.

—Os diré una cosa —añadió Johnstone Kamau con voz de fuerza tranquila—, si alguno de vosotros trabaja para un hombre blanco, no es un africano. ¿Me oís?

—*Eyh* —dijeron unos cuantos—. Sí.

—¿Acaso nuestra virilidad no vale más que el azúcar y el aceite?

—*Eyh* —volvieron a decir, un poco más fuerte.

—¿Seguiremos viajando en compartimentos de tercera clase en los trenes mientras el hombre blanco viaja en primera? ¿Hemos de soportar la indignidad de un pase



para viajar de un poblado a otro? ¿Hemos de tolerar sus reglas prohibiéndonos fumar en presencia de un hombre blanco, obligándonos a quitarnos la gorra cuando él pasa, obligándonos a levantarnos cuando se nos acerca? ¿O viviremos como hombres?

— ¡Eyh! — gritaron.

Wanjiru notó que el corazón se le disparaba. Aquel hombre carismático, Johnstone Kamau, tenía magia en la voz. Wanjiru comprendía pocas de las cosas que decía, pero el poder que había en su forma de decir las le calentó la sangre. Con sus ojos grandes, sin parpadear, observó cómo varios hombres más se levantaban y se iban, porque no estaban de acuerdo con el radical y temían a la policía. Vio miradas temerosas y excitadas, gestos de indecisión. Algunos hombres musitaban palabras de apoyo al orador, otros permanecían en silencio. Wanjiru pensó que el hombre que acababa de hablar era como un palo que removiera los rescoldos de una hoguera. Los carbones viejos y apagados caían a un lado, otros brillaban mortecinamente en los bordes, pero los jóvenes, rojos y ardientes, proyectaban su calor hacia el centro de la hoguera. Eran los jóvenes que llevaban pantalones cortos de color caqui, que habían aprendido a leer y escribir pero no tenían ni un chelín en el bolsillo. Eran jóvenes descontentos que el cálido aliento de Johnstone Kamau hacía arder como llamas.

Wanjiru vio con sorpresa que la hechicera se levantaba lentamente y se acercaba al joven. El grupo enmudeció. La hechicera llegó junto al orador y cambiaron palabras de respeto. Luego Wachera, viuda del legendario Mathenge, dijo:

— Tengo una visión, hijo de Mumbi. Los antepasados me han enseñado tu futuro. Tú conducirás al pueblo y harás que vuelva a las antiguas costumbres. Tú nos liberarás del yugo de los *wazungu*. He mirado en tus mañanas y he visto lo que serás algún día: serás la lámpara de Kenia, serás *Kenya toa*.

Johnstone parpadeó y por su rostro pasó fugazmente una expresión. Luego sonrió, asintió con la cabeza y se quedó contemplando a Wachera mientras ésta se alejaba.

Al llegar al lado de su hijo, Wachera le tomó la mano y dijo:

— Recordarás esta noche y a este hombre, David.

Wanjiru la oyó. También ella los recordaría.



CAPÍTULO 25

Se oyeron unos truenos y la luz blanca de un relámpago iluminó fugazmente el interior del bungalow. Grace tomó la carta de Rose y empezó a leer:

Mi querida Grace:

El tiempo aquí es espantoso y me estoy volviendo loca de tanto estar encerrada en casa. ¡Bella Hill es un lugar tan triste! Cuando Valentine está en casa (pasa muchísimo tiempo en Londres hablando en el Parlamento en nombre de los blancos de Kenia) él y Harold discuten tan acaloradamente, que trabajo me cuesta conservar la cordura.

¡Pero he hecho algunas cosas maravillosas con el tapiz! Encontré un rojo de tonalidad bellísima en una de las tiendas del pueblo. Lo utilizaré para los pétalos de las flores de hibisco. ¿Te dije que había decidido poner hibiscos en mi tapiz? No sé si estas plantas crecen en las laderas del monte Kenia, pero me parecen apropiadas. ¿Qué opinas de una variación del punto húngaro para el cielo? ¿Es demasiado? Sigo sin saber qué poner en el espacio en blanco. No se me ocurre nada por mucho que lo intente. La montaña está saliendo bien; algunos de los árboles ya tienen el detalle de la corteza. Ahora dedicaré mi atención al leopardo que acecha detrás de los helechos. ¡Sin duda me ocupará uno o dos años de mi vida! ¿Pero qué voy a poner en el espacio en blanco?

Respondiendo a tus dos últimas cartas, todavía no puedo decirte nada sobre el estado de Arthur. No tienes por qué reñirme, Grace. Que no lo mencione en mis cartas no significa que no le quiera. ¡Un especialista de Harley Street tuvo la desfachatez de decirle a Valentine que llevase a Arthur a que le viera un freudiano! ¡Si supieras la que se armó!

¿Por qué noviembre es siempre tan horrible en Inglaterra? ¿Han llegado ya las lluvias a Kenia? Ruego a Dios que así sea. Mis rosas y mis consólicas las estarán necesitando. Esta mañana he recibido una carta de Lucille Donald desde Uganda. No habla sino de sus buenas obras.



Parece ser que, después de todo, no estaremos en casa para las Navidades. Aunque nos marchemos de Inglaterra, el barco tarda seis semanas. Mi corazón está en Kenia, con todos vosotros. Besos.

Rose

Grace suspiró y dejó la carta sobre la mesa. Estaba escrita en papel primoroso, de color rosa y azul, los colores de los Treverton, con el león y el grifo en la parte superior. La letra elegante de Rose llenaba toda la página sin decir nada, como de costumbre, a juicio de Grace.

Alzó los ojos hacia el techo de paja en el momento en que se oían más truenos procedentes del monte Kenia. El viento azotaba el papiro seco, cuyo ruido se unía al crepitar de la chimenea. Grace estaba sola a excepción de Mario, que dormía en su choza, y de Mona, que estaba acostada en el cuarto añadido recientemente. La casa grande se hallaba cerrada desde que Valentine y Rose se fueran a Inglaterra.

Grace procuró no pensar en la vacía Bellatu. Sólo servía para recordarle su propio vacío.

Tras servirse una segunda taza de té, se puso a escuchar el viento. Tenía a Mona. Grace sabía que, de no ser por la niña, la soledad la hubiese abrumado.

Arrancó sus pensamientos de las tinieblas que se cernían sobre ellos e intentó concentrarse en los problemas más recientes que tenía que resolver. Uno de ellos era el de la linfa de la viruela, que llegaba inactiva de Inglaterra porque no viajaba bien; la inoculación había sido un ritual de futilidad. Otro era el «proyecto pañales», que le costaba poner en marcha: enviar enfermeras a la selva para enseñarles a las africanas que los pañales para los bebés eran necesarios, así como para demostrarles cómo se hacían. Seguía enfrentándose al problema de los niños que sufrían quemaduras al caer en las hogueras y también al de los niños que se deshidrataban y no recibían a tiempo una terapia a base de líquidos. Además, era necesario examinar los filtros de agua instalados en todas las chozas para cerciorarse de que los estuviesen utilizando. Volvía a haber brotes de disentería, y el problema de los parásitos iba de mal en peor en vez de desaparecer poco a poco; los casos de desnutrición también iban en aumento porque cada vez nacían más niños; muchos bebés recién nacidos morían de tétanos por culpa de las condiciones antihigiénicas en que tenía lugar el parto. La lista parecía interminable.

Grace luchaba contra dos obstáculos inmutables: la falta de educación entre los africanos y su persistente preferencia por los médicos tribales. Sabía que el primer obstáculo podría vencerlo con escuelas, libros y maestros; el segundo era más peliagudo. Pese a que las misiones presionaban cada vez más a los africanos para que dejaran a los hechiceros, lo único que conseguían era que la medicina tradicional se hiciera más y más clandestina. Muchas noches Grace, al no poder dormir, salía a la veranda a tomar un poco de aire y veía a la luz de la luna sombras furtivas que entraban en la choza de Wachera.



Wachera era su enemigo; había que pararle los pies.

Grace hizo la carta de Rose a un lado y tomó la que había recibido de James. Los truenos iban aproximándose. Sabía que la tempestad era inminente y se preguntó si Mona seguiría durmiendo cuando llegara. James decía:

Aquí en Uganda tenemos los mismos problemas que vosotros. Los poblados están demasiado lejos unos de otros y demasiado hacia el interior de la jungla para que los misioneros médicos puedan ver a todo el mundo. ¡Esta gente se muere de las cosas más tontas! Diarrea, deshidratación, desnutrición, infecciones... Todo esto podría prevenirse o curarse si hubiera alguna forma de darles lecciones de sanidad básica a los africanos. Muchísimas veces, al entrar en un poblado, Grace, y ver tantos sufrimientos innecesarios, me he dicho que ojalá hubiera algún manual que pudieran utilizar las personas sin conocimientos de medicina como, por ejemplo, Lucille y yo, o incluso los propios nativos. Tú eres la persona más indicada para escribirlo, Grace. Rogamos a Dios que algún día lo hagas.

Los ojos se le empañaron y dejó la carta. Un libro. Que sustituyera al médico. Con explicaciones sencillas, dibujos fáciles de entender. A eso se refería James. Grace permaneció un largo rato con los ojos clavados en el fuego, pensando en el sueño de James y escuchando la tempestad que se aproximaba.

* * *

—No te dan miedo unos cuantos relámpagos, ¿verdad? —preguntó Mona.

David puso cara de estoico. De buena gana habría vuelto corriendo a la choza donde dormía su madre. Pero hubiese parecido cobardía y tenía que demostrarle a la hija del bwana que él no tenía miedo.

Ella le había desafiado.

Al encontrarse cerca del río a primera hora de la tarde, Mona había anunciado osadamente su vuelta «permanente» a Kenia y David le había contestado que no era verdad, que no estaría allí mucho tiempo. Luego habían discutido sobre de quién era el país, David basándose en lo que decía su madre y Mona en las palabras de su padre. La discusión había engendrado un desafío: encontrarse a medianoche en un terreno que fuera tabú. El que demostrara ser más valiente era el propietario legítimo de la tierra.

Y por ello David estaba allí, a una hora tan avanzada, agazapado junto a la pared de paja de la choza de cirugía, para demostrarle su valor a Mona. Un viento frío penetraba por su delgada camisa; los relámpagos rasgaban el cielo e iluminaban los negros nubarrones que traían la lluvia. A David no le gustaban las tempestades; a ningún kikuyu le gustaban. Sabía que ésa no era una lluvia normal. Las tempestades



furiosas como la que se avecinaba eran raras y hacían que los Hijos de Mumbi se preguntaran si Dios estaba enfadado con ellos; no el Dios *mzungu*, al que cantaban canciones el domingo y alababan en los momentos buenos, sino Ngai, el antiguo dios de los kikuyu, a quien volvían cuando sus temores primitivos afloraban a la superficie.

El viento azotaba los cabellos cortos y negros de la niña. El mono de color caqui, bajo el cual llevaba una blusa de manga larga, se hinchaba como un globo alrededor de su cuerpo. Se había acostado completamente vestida, sin que la tía Grace se enterase porque, al entrar para darle el beso de las buenas noches, Mona estaba tapada hasta el mentón.

—Vamos a ver si eres un guerrero valiente —dijo Mona—. ¡A que no te atreves a entrar ahí! —señaló la puerta de la choza de cirugía.

Era una estructura pequeña, no mucho mayor que la choza donde vivía la madre de David. No tenía galería, sencillamente una abertura con una puerta de madera; David apoyó las palmas de las manos en ella y empujó. La puerta se abrió con un crujido y la luz de un relámpago permitió ver durante unos segundos el suelo de madera, los armarios, las luces eléctricas que colgaban de las vigas y una tosca mesa de operaciones.

Era la choza más limpia de Grace, tan libre de insectos y roedores como podía estarlo una estructura de paja. En ella operaba a los enfermos que no enviaba al hospital grande de Nairobi: operaciones de poca importancia y urgencias. David nunca había visto el interior de ese lugar, que los trabajadores de la misión miraban con gran temor porque en su interior la memsaab Daktari se valía de una magia muy poderosa. ¡Sin duda era tabú que David entrara allí!

—¡Anda! —susurró Mona detrás suyo—. ¡A que no te atreves!

David tragó saliva. Tenía la boca seca y el pulso disparado. Cada trueno parecía sacudir el suelo. Los relámpagos iluminaban el recinto de la misión, revelando escenas rápidas, fantasmales. El viento azotaba frenéticamente los árboles del perímetro; un fuerte ruido, como de una avalancha, bajaba del monte Kenia; parecía que Ngai estuviera furioso.

David quedó paralizado por el terror.

—¡Anda! —gritó Mona, el viento arrancándole las palabras de la boca y llevándoselas—. ¿O es que eres un cobarde?

Con los puños apretados, el cuerpo delgado temblando de miedo y de frío, David cerró los ojos y dio un paso al frente.

—¡Vamos... entra de una vez!

La choza temblaba en medio de los truenos y el vendaval. Puñados de paja se desprendían del techo, arrancados por el viento. Columnas de polvo se elevaban del



suelo y se metían en los ojos de los dos pequeños. Dedos de fuego cruzaban el cielo negro. En la cercana selva un rayo alcanzó un árbol, que empezó a arder.

Mona dio un empujón a David, que cayó sobre las manos y las rodillas. Mona le dio otro empujón al mismo tiempo que el viento la lanzaba hacia el interior de la choza. La puerta se cerró de golpe.

Los dos niños soltaron una exclamación.

El viento se colaba entre las cañas y el papiro y hacía que las paredes de la choza se estremecieran. David y Mona alzaron los ojos.

El techo estaba ardiendo.

Corrieron hasta la puerta e intentaron abrirla, pero no lo consiguieron.

Estaban atrapados.

* * *

Al notar olor a humo, Grace dejó su diario y se acercó a la ventana.

Tres chozas ardían.

—¡Santo Dios! —susurró—. ¡Mario! ¡Mario! —salió corriendo por la puerta principal, bajó los escalones y dio la vuelta a la choza de Mario, que ya salía de ella, subiéndose los pantalones.

Empezaban a aparecer trabajadores de la misión, parpadeando, con cara de sueño, corriendo hacia las chozas en llamas. Al ver que Mario se encaminaba hacia la choza de cirugía, Grace gritó:

—¡No! Olvídate del equipo. ¡Salva a los pacientes!

Se dirigieron rápidamente hacia la choza larga donde estaban los enfermos hospitalizados y vieron que las dos enfermeras de noche ya hacían salir a la gente. Dos de las paredes y el techo aparecían envueltos en llamas.

El viento llevaba chispas de una choza a otra hasta que todas las estructuras empezaron a arder. Las llamas subían hacia el cielo mientras los trabajadores forcejeaban con camillas, sillas de ruedas y muebles. Grace intentaba supervisar el caos, gritando para hacerse oír en medio del estruendo del viento y el fuego. Pero el pánico se apoderó de la multitud. Los hombres entraban en las chozas incendiadas y quedaban atrapados al intentar poner a salvo mesas y sillas. Las balas de oxígeno estallaban y el ruido de cristales rotos se imponía al estruendo infernal. La gente corría de un lado a otro, agitando los brazos, chillando; Grace les hacía detenerse, les daba órdenes e intentaba dirigir la evacuación de los pacientes.

—¡Memsaab! —gritó Mario, tirando de su camisón de dormir—. ¡Mire!

Al volverse, Grace vio que su bungalow ardía también.

¡Mona!



— ¿Dónde está Mona, Mario? ¿La has visto?

El muchacho corrió hacia el bungalow, pero se vio empujado hacia atrás por la explosión de llamas que surgió de una choza. Grace lo arrastró hasta un lugar seguro. Luego echó a correr hacia su casa, llamando a Mona a gritos. Al pasar por delante de la choza de cirugía, que estaba medio incendiada, le pareció oír voces que llamaban desde dentro.

Corrió hasta la puerta y apretó la oreja contra la madera. El humo salía por las grietas y las rendijas. El tejado era un cono de fuego. Grace aguzó el oído. Oyó las voces de los niños, que llamaban débilmente.

— ¡Mona! — Grace trató de abrir la puerta.

Unos hombres llegaron corriendo con hojas de platanero y empezaron a golpear las llamas que lamían las paredes. Alguien arrojaba puñados de tierra. Grace empujaba la puerta con toda su fuerza; un africano la obligó a apartarse y luego embistió la madera con su propio cuerpo.

El techo empezaba a hundirse y ya no se oían los gritos de los dos pequeños.

Pronto todo el recinto se convirtió en un infierno de llamas y los africanos comenzaron a retirarse, asustados.

Grace gritaba y golpeaba la puerta mientras una lluvia de ceniza y chispas caía sobre ella. Notaba el calor en el rostro y los pulmones.

— ¡Mona! — gritó.

Finalmente la puerta cedió y el humo salió por ella. Cubriéndose la cara, Grace se arrodilló y alargó las manos hacia el interior. El techo empezaba a venirse abajo. Tocó una extremidad, la asió y tiró de ella con todas sus fuerzas. El cuerpo de David salió de la choza en el momento en que una masa de papiro llameante caía del techo sobre la cabeza de Grace. Siguió tirando de David hasta dejarlo fuera de peligro. Luego, luchando contra el calor y el humo, volvió a entrar para buscar a Mona.

Y entonces empezó a llover.

Las nubes abultadas reventaron y el agua cayó sobre el infierno. Las llamas se encogieron y un fuerte sonido sibilante empezó a llenar el aire. Los truenos y los relámpagos se alejaron y la lluvia comenzó a caer con fuerza, como un río.

Grace chapoteaba en el barro, tropezando con su propio camisón. La paja que momentos antes ardía era ahora una masa empapada y pesada. Grace se metió en el vapor, resbalando y tropezando, y se puso a buscar a Mona.

Los africanos se retiraron, luego se esfumaron en el diluvio.

Grace encontró a Mona atrapada debajo del armario de los instrumentos, que se había volcado. Antes de que pudiera sujetarla, el techo se derrumbó bajo la fuerza de la tempestad y enterró a la niña. Grace se puso a escarbar frenéticamente, apartando



la paja empapada, hasta que le sangraron las manos. Mona yacía inmóvil, un brazo pálido formando un ángulo muy poco natural.

La lluvia azotaba con violencia a Grace, pegándole los cabellos al rostro. Intentó alzar el armario, pero no pudo. Llamó pidiendo ayuda y el viento le llenó la boca de lluvia. Apenas podía ver lo que tenía delante. La lluvia era como un muro sólido y el suelo de la choza se estaba transformando rápidamente en un lago. Hacía sólo unos momentos Mona corría peligro de morir abrasada, ahora se ahogaría si Grace no lograba sacarla a tiempo.

—¡Socorro! —gritó—. ¡Que venga alguien! ¡Mario!

Miró a su alrededor, presa de desesperación. El recinto estaba desierto; los negros restos de las chozas y el mobiliario del hospital producían un sonido sibilante bajo el chaparrón.

—¡Socorro! —volvió a gritar—. ¿Dónde están todos?

Entonces vio que una forma salía de la cortina de lluvia y se le acercaba despacio.

—Ayúdeme, por favor —sollozó Grace—. Mi niña está atrapada. Puede que aún esté viva.

Wachera la miró con expresión pétrea.

—¡Maldita sea! —exclamó Grace—. ¡No te quedes ahí parada! ¡Ayúdame a levantar este armario!

La hechicera pronunció una sola palabra:

—Thahu.

—¡Ni *thahu* ni narices! —gritó Grace, tirando del armario y rompiéndose las uñas—. ¡Es una tempestad y nada más! ¡Ayúdame!

Wachera no se movió. Siguió de pie bajo el aguacero, su vestido de cuero empapado, la lluvia resbalándole por la cabeza afeitada.

Grace se levantó de un salto.

—¡Maldita sea! —gritó—. ¡Ayúdame a salvar a esta niña!

Los ojos de la hechicera se movieron hacia el brazo patético que salía de debajo del armario. El nivel del agua iba subiendo alrededor del cuerpo inerte de Mona.

—¡Yo he salvado a tu hijo! —gritó Grace.

Wachera volvió la cabeza y, al ver a David, que empezaba a recobrar el conocimiento en el barro, su expresión cambió. Apartó la mirada del chico, la dirigió hacia la mujer blanca y luego hacia el armario. Sin decir palabra se agachó y asió un extremo. Grace asió el otro y juntas, jadeando y forcejeando, consiguieron levantar el pesado mueble.



Grace se arrodilló y con movimientos delicados dio la vuelta al cuerpo de la niña. Mientras apartaba los cabellos y limpiaba el barro de la cara, que estaba blanquísima, dijo:

— ¿Mona? Mona, cariño. ¿Me oyes?

Grace palpó el cuello de la pequeña y encontró pulso. Acercó la mejilla a los labios grises y detectó una leve respiración. Vivía. Pero a duras penas.

Intentó pensar. Se sentó a medias con su sobrina en brazos y sus ojos recorrieron el recinto. ¿Dónde estaban todos?

Como si leyese su pensamiento, Wachera dijo:

— Todos te han abandonado. Tienen miedo a la thahu. Temen el castigo de Ngai.

Grace no le hizo caso. Apretando a la niña inerte contra su cuerpo, buscó ansiosamente un lugar donde refugiarse. Todas las chozas aparecían destruidas. El fuego había consumido su propio bungalow y el viento lanzaba la lluvia contra los restos. Su cerebro se debatía, incapaz de pensar con claridad. Siguió sentada en el barro, procurando que la lluvia no mojase el rostro de Mona.

«Mis instrumentos, mis medicinas, mis vendas...»

Todo había desaparecido.

Entonces pensó en Bellatu, en sus dormitorios y sus camas secas. En alguno de los cuartos de baño habría medicinas y podía hacer vendas con las sábanas.

Grace intentó levantarse. El golpe en la cabeza la había dejado mareada. Un hilillo de sangre le entraba en el ojo derecho. Decidió ir a la casa grande. Pero el camino... ¡estaría intransitable!

Bajo la lluvia vio su propio camión Ford hundido en el barro hasta el estribo. La carretera de Nyeri también sería un largo pantano. Sabía que nadie conseguiría llegar.

Apretando fuertemente a Mona contra sí, Grace intentó levantarse de nuevo, pero resbaló y cayó. Entonces vio la tremenda herida en la pierna de la niña e intentó encontrarle el pulso.

«¡Se me muere!»

A la tercera intentona, Grace logró tenerse en pie. Echó a andar con pasos vacilantes bajo la lluvia, hacia el sendero que subía hasta el risco. Mona era un peso muerto en sus brazos; el mundo tempestuoso que la rodeaba parecía dar vueltas; el suelo daba la impresión de moverse bajo sus pies.

Grace prorrumpió en sollozos. Siguió avanzando con el barro hasta las rodillas, tropezando con el camisón, la lluvia empujándola hacia atrás, Mona pesando cada vez más. Tenía que llegar a la casa o las dos morirían ahogadas en el barro, solas...



Entonces dos brazos negros, relucientes de lluvia, se extendieron hacia ella y de pronto la liberaron de su carga. Wachera tomó a Mona con facilidad y se volvió. Grace la siguió con los ojos.

Vio que el niño caminaba detrás de su madre y que los dos se dirigían hacia el campo de polo.

—Esperad —susurró Grace. La cabeza le daba vueltas; se tocó la frente con una mano y, al apartarla, vio que estaba ensangrentada.

Aterida, mojada y aturdida, Grace avanzó trabajosamente por las ruinas detrás de la hechicera africana, que caminaba hacia su choza.



CAPÍTULO 26

Grace abrió los ojos.

Había poco que ver, sólo el interior humoso de una choza africana. Al tratar de moverse, notó que le dolían todas las articulaciones y músculos. Tenía el cerebro lleno de niebla y no conseguía acordarse de dónde se encontraba, de lo que había ocurrido.

Permaneció tendida e inmóvil, escuchando el ruido de la lluvia sobre el techo de paja, reconociendo los olores de la choza. Eran a la vez conocidos y extraños. Alguien hablaba. ¿Cantaba? De nuevo intentó moverse. La choza giraba en torno a ella y se sintió mareada.

«Estoy herida. Tengo que moverme despacio».

Poco a poco la niebla de su cerebro fue disipándose al mismo tiempo que sus pensamientos se hacían más claros. La lluvia. Recordó una tempestad. Y un incendio... ¡Mona!

Grace se incorporó bruscamente. La choza volvió a dar vueltas. En la oscuridad vio el resplandor de piedras calientes y las siluetas de tres personas: una sentada, las otras dos echadas. Cuando sus ojos se acostumbraron a las tinieblas reconoció el rostro de Wachera, sus facciones cobrizas sumidas en profunda concentración. Luego vio a David, dormido en un lecho de hojas de platanero, el cuerpo cubierto con una piel de cabra. En el otro lado de la pequeña choza yacía Mona, blanca como la muerte.,

Grace abrió la boca. Tenía los labios y la lengua secos y le costaba hablar.

—Mona...

Pero la hechicera alzó una mano y dijo:

—No estás bien. Tienes una herida en la cabeza. Échate.

—Tengo que atender a Mona.

—Ya lo he hecho yo. Vive. Ahora está dormida.

—Pero... estaba sangrando.

Wachera abandonó su lugar junto al fuego y se acercó a la niña. Levantó la piel de cabra y señaló la pierna herida.



Grace miró con atención. El muslo de la pequeña aparecía limpio y sobre la herida tenía un puñado de hojas atado con una tira de cuero.

—Necesita puntos de sutura... —dijo Grace, la cabeza dándole vueltas.

Wachera alargó la mano hacia la pared circular y Grace vio que en ella colgaban muchas calabazas y bolsas de cuero. Tomando una de ellas, Wachera vertió algo en su mano y se lo mostró a Grace. En la palma morena había agujas de hierro de diversos tamaños, pedacitos de tendón de oveja e hilo hecho con corteza.

—La herida está cerrada —dijo Wachera. Luego volvió a meter las cosas en la bolsa y la colgó de su gancho.

Grace la observó con ojos que rehusaban enfocar con claridad. La imagen de la joven hechicera se hizo borrosa; parecía alejarse por un túnel largo. Grace volvió a oír la voz que cantaba y se dio cuenta de que era ella misma. Se preguntó por qué estaría cantando. Pero no, no cantaba, sólo gruñía.

Volvió a echarse sobre la cama de hojas de platanero. Parecía no tener ni un gramo de fuerza en el cuerpo.

«Mis pacientes», pensó.

¿Dónde estaban todos? Mario. La cabeza le latía con fuerza. Se llevó una mano a la sien y tocó algo que parecían hojas.

Luego cerró los ojos y perdió el conocimiento.

* * *

Wachera se acuclilló junto a la niña y musitó encantamientos mágicos mientras le quitaba las hojas para inspeccionar la herida. Vio mucha rojez e hinchazón, lo que significaba que los malos espíritus habían invadido la carne, así que sacó unas cuantas hojas de una bolsa que llevaba en el cinturón, se las metió en la boca, masticó durante un momento, luego las aplicó a la herida, que estaba cosida con hilo de corteza. Después examinó la quemadura de la espalda. En la calabaza quedaba jugo de aloe suficiente para otra aplicación; luego tendría que enviar a David a por más. Pero, ¿dónde estaba el niño?

Miró hacia la puerta y vio que seguía lloviendo. El fuerte aguacero no había cesado ni un solo momento; el mundo entero era gris y acuoso.

Wachera volvió a tapar a la niña con las cálidas pieles de cabra y se ocupó de la memsaab, que seguía inconsciente. Wachera la contempló con atención. Nunca había estado tan cerca de una mujer blanca, nunca había tocado a una. Miró la piel curiosamente incolora, el pelo castaño, endeble como las barbas del maíz; le levantó las manos y se quedó maravillada al no encontrar callosidades. La *mzunga* era como una oveja recién nacida, blanca y suave toda ella. Wachera no alcanzaba a comprender cómo mujeres así podían sobrevivir en el país de los kikuyu. Pero



sobrevivían, y cada día llegaban más con aquellos cascos que eran más anchos que sus hombros y sus prendas que protegían todos los centímetros de su piel vulnerable.

¿Por qué vendrían? ¿Por qué estaban allí?

La hechicera se sentó al lado de la memsaab dormida y apoyó una mano en la frente fría y seca. El latido de vida en la garganta de la memsaab, la energía de su espíritu ancestral, era fuerte. Era una mujer sana. Viviría. Pero quedaría medio ciega. Wachera no podía hacer nada para remediar la pérdida de vista de la memsaab.

David entró en la choza, se sacudió la lluvia y se sentó en cuclillas junto a la hoguera. Miró furtivamente a la niña blanca que dormía en su cama y pensó que ojala se muriera.

Mientras echaba un puñado de corteza y raíces en una olla que hervía en el fuego, Wachera ordenó a su hijo que se acercara al río y recogiese tres lirios «del color de una lengua de cabra». Pero le advirtió que no tratase de cruzar el río para ir a los otros poblados, porque las aguas estaban subiendo y su espíritu le apresaría y tiraría de él hacia el fondo. Abrazó a David, dando las gracias a Ngai por salvarle, luego le vio salir nuevamente de la choza.

Al volver a ocuparse de la infusión, Wachera vio que la memsaab se había despertado y la estaba mirando.

—¿Cómo está Mona? —preguntó Grace.

Wachera movió la cabeza arriba y abajo para indicar que todo iba bien.

Grace trató de incorporarse. Se llevó una sorpresa al encontrar el camisón seco y ver que ella estaba limpia. Entonces comprendió que la hechicera la había bañado.

El humo y la oscuridad llenaban la choza. La luz diurna que entraba por la puerta era pálida y seguía cayendo una cortina de lluvia, sin interrupción. Grace intentó orientarse, parpadeando a causa de la confusión. Entonces se dio cuenta de que a su vista le pasaba algo malo.

Al ver la expresión de la memsaab, Wachera dijo:

—Recibiste un golpe en la cabeza. Aquí —añadió, señalándose su propia sien.

Grace se palpó las hojas colocadas en el lado derecho de la frente. No recordaba que la paja ardiendo la hubiese golpeado. Luego se pasó la mano por delante del ojo derecho y no pudo verla.

—No he podido salvarte la vista —dijo Wachera.

Grace la miró con sorpresa.

—¿Cómo sabías que no podía ver con este ojo?

—Es el conocimiento antiguo. Cuando una cabeza recibe un golpe ahí se pierde la vista —cogió una calabaza vacía, la llenó con la infusión y se la entregó a Grace.



— ¿Qué es esto?

— Te dará fuerzas. Bébetelo.

Grace miró el líquido caliente. Su aroma vaporoso no era desagradable, pero no se fiaba de la hechicera.

— ¿Qué es esto? — volvió a decir.

Wachera no respondió. Dio la espalda a la memsaab y se acercó a la niña, que empezaba a moverse. Sosteniéndola con un brazo, acercó una calabaza a los labios secos. Mona bebió con los ojos cerrados, flácido el cuerpo. Grace empezó a protestar. Quería apartar a la hechicera de su sobrina y atenderla ella misma. Pero de nuevo se sintió mareada y se echó otra vez, dejando la calabaza en el suelo de tierra.

Se puso a pensar en su ojo. Sabía que un golpe en la sien podía provocar un desprendimiento de retina; la misma herida había cegado al almirante Nelson. Y no podía curarse. ¿Pero cómo lo sabía esa mujer africana?

Grace intentó explicarse su extraña debilidad, su incapacidad de levantarse del lecho primitivo en que yacía.

«Debo pedir ayuda. Debo avisar...»

Pensó en los trabajadores de la misión, en sus pacientes, en Mario. Tenía que traerlos de nuevo a la misión, reconstruir la clínica. Pensó en su bungalow tal como lo había visto por última vez, destruido por el fuego, la lluvia cayendo dentro. Todo estaba perdido.

Escuchó la lluvia y su sonido la adormeció. Observó cómo la hechicera, con mucha paciencia, administraba la infusión a Mona, que estaba medio inconsciente. El aroma penetrante de la infusión llenaba la choza. Parecía vigorizante, incluso en forma de vapor. ¿Qué habría en ella? Grace alargó la mano temblorosa hacia la calabaza y sin querer la volcó; la infusión negra se derramó en el suelo y la tierra la absorbió.

Wachera trabajaba en silencio y despacio. Acostó a Mona de lado, comprobó de nuevo las hojas que taponaban la herida, luego la abrigó bien con los pellejos de cabra. Volviendo a la hoguera, recogió la calabaza que Grace había volcado, la llenó otra vez y se sentó al lado de la memsaab. Esta vez, cuando Grace intentó incorporarse, Wachera le rodeó los hombros con uno de sus fuertes brazos y la sostuvo. La hechicera acercó la infusión a los labios de Grace y ésta bebió.

— ¿Te duele? — preguntó Wachera.

— Sí. En la cabeza. Me duele muchísimo...

En ese momento entró David. Dejó los tres lirios en el suelo y se sentó con las piernas cruzadas junto a la pared, observando. Wachera dejó a la memsaab para trabajar con las flores. Tras separar las raíces y las hojas, echó los pétalos en un recipiente lleno de agua y se puso a removerla cuando hirvió. Sin poder hacer nada,



Grace contempló el sencillo proceso de preparar una decocción. Sintió palpitaciones en la cabeza y empezó a encontrarse mal otra vez.

Cuando el nuevo brebaje se hubo enfriado Wachera volvió al lado de Grace, la ayudó a incorporarse y le acercó la calabaza a los labios. Pero Grace echó la cabeza hacia atrás.

— ¿Nenúfares? — preguntó con voz débil —. No puedo beber esto.

— Es para el dolor de la cabeza.

— Pero... podría ser venenoso.

— No es venenoso.

Grace alzó los ojos hacia el rostro negro separado por unos centímetros del suyo. Los ojos de Wachera eran como guijarros de color marrón encontrados en el lecho del río. Parecían no tener fondo. Grace miró la infusión, cuyo color era rosáceo. Luego bebió.

— ¿Cómo te encuentras? — preguntó Wachera poco después, mientras empezaba a preparar estofado de mijo en la hoguera.

— Me encuentro mejor — dijo Grace, y era verdad. El dolor de la cabeza iba disminuyendo y las fuerzas parecían volver a su cuerpo.

Consiguió concentrarse, organizar sus pensamientos. Miró al chico sentado con expresión hosca junto a la pared, se preguntó qué hacían él y Mona en la choza de cirugía, luego preguntó a Wachera si era posible mandar aviso a los demás para que supieran dónde estaba.

Wachera removió el mijo y el movimiento hizo tintinear los brazaletes con abalorios que llevaba en los brazos.

— La lluvia es muy mala. Mi hijo no puede ir. Yo no puedo ir. Cuando deje de llover lo intentaremos.

Grace se imaginó el mundo más allá de las paredes de barro; nunca había visto una tempestad parecida. El río estaría crecido y turbulento; todas las sendas y carreteras serían cintas de barro; la gente no podría moverse de donde estaba; y algunos infortunados a quienes la lluvia hubiera pillado fuera de casa se ahogarían.

Cuando la mujer le sirvió una calabaza de estofado de mijo Grace se dio cuenta de que tenía apetito y se lo comió con gusto. Primero Wachera dio de comer a Mona, que parecía estar despierta sólo a medias; luego comió un poco de estofado ella misma. David devoró el suyo y después se echó de costado para dormir, dando la espalda a los demás ocupantes de la choza.

* * *

Grace fue la primera en despertarse. Miró el techo de paja, escuchó la lluvia, luego se incorporó lentamente.



Wachera seguía durmiendo de costado, junto a David, su cuerpo amoldado al del chico, cubriéndole con un brazo. Grace luchó con un acceso de vértigo, luego pudo levantarse del lecho de hojas. Se acercó a Mona e inmediatamente comprobó sus constantes vitales.

Grace se echó hacia atrás, alarmada. Mona ardía de fiebre.

Deshizo el tapón de hojas y vio con ojos atónitos unos pulcros puntos de sutura en el muslo de la niña. Había rojez, pero no sangraba. Luego echó un vistazo a la quemadura de la espalda. Quedaría una cicatriz, pero, gracias a la rápida intervención de Wachera, no había señales de infección.

Así que la fiebre de Mona obedecía a alguna otra causa. Y podía ser cualquier cosa: la lluvia fría, los misteriosos brebajes de la hechicera, la picadura de un insecto, uno de los muchos que vivían en la choza.

Mona necesitaba algo que le hiciera bajar la fiebre, y lo necesitaba rápidamente. Como carecía de termómetro, Grace no podía comprobar la temperatura exacta, pero sabía que la niña estaba peligrosamente febril. Grace se puso en pie y anduvo hasta la puerta. Habría aspirina en la casa grande, en el cuarto de baño de Rose. Pero la lluvia formaba una especie de muro sólido entre la choza de Wachera y el risco y Grace sabía que el sendero que llevaba a Bellatu habría desaparecido.

Al oír un ruido, se volvió. La joven africana estaba despierta y en ese momento tomaba una bolsa de cuero. Wachera parecía no darse cuenta de que la memsaab se había levantado y se encontraba junto a la puerta; con gran concentración, sin pensar en otra cosa, procedió a extraer unas raíces de la bolsa y a machacarlas entre dos piedras. Luego echó la pulpa en una calabaza llena de agua de lluvia fría, removiéndola y se la llevó a Mona. En el momento que acercaba la calabaza a los labios de la pequeña, Grace exclamó:

— ¡No!

Wachera no hizo caso.

Mona parpadeó, abrió la boca y un poco de jugo entró en ella.

Grace se acercó corriendo a Wachera y le arrebató la calabaza.

— ¿Qué le estás dando?

— Acacia — dijo la hechicera, utilizando el nombre kikuyu del árbol—. Esto expulsará el fuego de su cuerpo.

— ¿Cómo sé que no la matará? ¿Cómo sé que no son tus medicinas las que la han puesto mala?

Wachera se volvió para mirar a Grace con ojos fríos. Luego alargó la mano y sujetó la calabaza con firmeza.

— Mis medicinas no ponen enferma a la niña. Tiene los malos espíritus de la enfermedad en el cuerpo.



—Bobadas. No existen malos espíritus.

—Sí existen.

—Muéstramelos.

—No pueden verse.

—Y yo te digo que no existen. Mona está enferma porque algunos gérmenes se han metido en su cuerpo. Lo que la pone mala son unas cosas minúsculas que se llaman «microbios».

—Enséñame esos microbios.

—Son demasiado pequeños para poder verlos... —Grace parpadeó. Dejó que Wachera tomara la calabaza y observó cómo Mona bebía la medicina sin acabar de despertarse. Cuando la calabaza quedó vacía Wachera machacó más raíces de acacia, las mezcló con agua de lluvia fría y destapó a Mona. Utilizando una gamuza suave, lavó el cuerpo enfebrecido de la niña de la cabeza a los pies.

* * *

Estaban sentadas cara a cara con la hoguera entre las dos; Grace, envuelta en pieles de cabra para protegerse de las corrientes de aire frío; Wachera, removiendo otro estofado de mijo. De vez en cuando Grace miraba por la puerta y veía el campo de polo de su hermano convertido en un lago. Miró la figura dormida de David, luego a Mona, cuyo sueño era agitado a causa de la fiebre, y finalmente a la hechicera.

Grace nunca había estado tan cerca de Wachera, nunca había tenido ocasión de verla realmente bien. Pero ahora, al hacerlo, vio lo que antes se le había escapado: que, de hecho, la mujer kikuyu era hermosa, que en su cuerpo no se notaban aún los estragos del tiempo y de la vida dura, y que había dignidad en sus ojos. Grace vio con sorpresa que también había compasión.

Grace siguió observando mientras las hábiles manos morenas añadían pedacitos de vegetales al estofado. Los brazaletes de cobre relucían al resplandor de la hoguera; los lóbulos de las orejas, agrandados mediante aros de cuentas, rozaban los hombros morenos. Wachera llevaba nueve años viviendo sola en la choza, renunciando a la compañía y la seguridad del poblado para conservar una porción de terreno en apariencia insignificante, sin más compañía que un niño pequeño. Grace se preguntó cómo podía soportarlo. Wachera todavía era joven y, sin duda, los hombres de su tribu la encontrarían deseable. ¿Cómo podía renunciar a tantas cosas por una lucha que era fútil y que tenía que librar totalmente sola?

«Estás sola, Grace -de pronto la voz de Valentine sonó en la memoria de Grace-. No te ayudaré con tu misión. Has elegido venir a África y cuidar de un puñado de nativos que al final nunca te apreciarán. No estoy de acuerdo con lo que haces. No recibirás ninguna ayuda de mí».



Luego Grace pensó en su pequeño bungalow y en las sombras que habitaban en él y eran sus únicas compañeras.

Wachera alzó la mirada. Los ojos de las dos mujeres se cruzaron. Grace se estremeció y se abrigó más con las pieles de cabra. Había preguntas tácitas en la mirada de la hechicera; Grace vio la curiosidad, el deseo de saber y se dio cuenta de que la expresión debía de ser reflejo de la suya propia.

Finalmente, Wachera dijo con voz queda:

— ¿Por qué viniste?

— ¿Qué quieres decir?

— ¿Por qué viniste a la tierra de los kikuyu? ¿Fue porque vino tu esposo?

— No tengo esposo.

Wachera frunció el ceño.

— Ese al que llaman Bwana Lordy...

— Es mi hermano.

— Entonces, ¿quién es tu propietario?

— No tengo ningún propietario.

Wachera la miró fijamente. El concepto le resultaba extraño. Hablaban en kikuyu y en esa lengua no había ninguna palabra que significase «soltera». Sólo las muchachas muy jóvenes no estaban casadas. En la tribu kikuyu todas las mujeres se casaban.

— Tú no tienes propietario tampoco — dijo Grace.

— Es verdad — Wachera era un caso aparte en su tribu. De no haber sido la hechicera y la viuda del gran Mathenge, la habrían desterrado. Miró a Mona y dijo —: ¿Es tu hija?

— Es la hija de la esposa de mi hermano.

Wachera puso cara de sorpresa.

— ¿No tienes hijos propios?

Grace dijo que no con la cabeza.

El estofado de mijo burbujeaba y las corrientes de aire estremecían la estructura de la choza. La joven africana se puso a reflexionar.

— Conocí a tu esposo — dijo Grace —. Y lo respetaba.

— Tú le mataste.

— No es verdad.

— No con tus propias manos — dijo Wachera, su tono endureciéndose —. Primero le envenenaste la mente.



—Yo no aparté a Mathenge de las costumbres de los kikuyu. No somos todos iguales, nosotros los *wazungu*, del mismo modo que no todos los kikuyu sois iguales. Yo me opuse a la destrucción de la higuera sagrada. Le dije a mi hermano que la respetase.

Wachera reflexionó sobre estas últimas palabras. Luego volvió a mirar a Mona, que empezaba a despertarse, y se acercó a ella. Las dos mujeres examinaron la quemadura y la herida del muslo, y cuando Wachera empezó a lavar ambas cosas con jugo de una calabaza Grace preguntó:

—¿Qué es esto?

—Es la sangre del sisal.

Los largos dedos de ébano trabajaban con rapidez y pericia. Grace pensó que en su propia clínica, si no protegía una herida con yodo o permanganato, se producía una infección grave. La hechicera no tenía ninguna de las dos cosas y, pese a ello, las heridas de Mona estaban sanando limpiamente.

Grace recorrió la choza con los ojos y vio las calabazas y las bolsas de cuero colgadas en la pared circular, los amuletos mágicos, las sargas de hierbas y raíces, los cinturones adornados con conchas de cauri y los collares de abalorios que parecían tener cientos de años de edad y trató de encontrar la brujería que había creído que allí se cultivaba.

—Dama Wachera —dijo Grace, usando la forma kikuyu para dirigirse cortésmente a una persona—, tú lanzaste una maldición contra mi hermano y sus descendientes. ¿Por qué ahora cuidas a su hija?

Wachera alzó a Mona y se dispuso a hacerle beber una infusión de hierbas.

—Lo que hago aquí no influye para nada en la *thahu*. El futuro de esta niña es muy malo. Lo he visto.

Grace miró la cara blanca de Mona, los párpados trémulos, los labios pálidos que bebían por reflejo y se preguntó cuál sería el futuro de la pequeña. Los padres de Mona no eran unos verdaderos padres y en la gran casa de piedra había poco amor para la niña. Y la herencia Treverton sería para Arthur. ¿Qué deparaba el futuro para Mona? Grace trató de imaginarse a la adolescente, a la joven, a la esposa y madre, pero no lo consiguió. ¿A qué escuela iría Mona, con quién se casaría, dónde viviría, cómo se abriría camino en el mundo? Grace nunca había pensado en ello, pero ahora, al hacerlo, se sentía turbada.

Un profundo sentido de posesión la embargó. Sintió deseos de arrebatarse la niña a la hechicera y acunarla en sus propios brazos hasta que se pusiera bien.

«Yo te di a luz -pensó Grace mientras Wachera volvía a acostar a Mona, que se durmió plácidamente-. En el tren de Mombasa, cuando estuve a punto de perderos a ambas. Tú madre no tenía fuerzas para traerte al mundo; fue mi voluntad la que te dio vida. Me perteneces».



—He salvado a la hija de la esposa de tu hermano —dijo Wachera— porque tú salvaste a mi hijo.

Grace miró a David, que estaba de pie junto a la puerta, contemplando la lluvia. Era un chico desgarbado y pensativo y Grace sospechó que algún día sería tan guapo como su padre.

—No deberíamos ser enemigas, tú y yo —dijo finalmente Grace sorprendiéndose a sí misma con la revelación.

—No podemos ser otra cosa.

—¡Pero si nos parecemos!

Wachera le dirigió una mirada suspicaz.

—¡Somos iguales! —exclamó Grace con pasión—. ¿No hay un proverbio que dice que tanto el cocodrilo como el pájaro nacen de un huevo?

La hechicera miró a la memsaab durante un largo rato, pensativamente; luego desató la tira de cuero que sujetaba las hojas en la frente de Grace. Sintiendo el roce de las puntas de los dedos de Wachera, y sabiendo, sin necesidad de mirar, que la herida de la cabeza se estaba curando bien, Grace intentó encontrar palabras para expresar lo que de pronto, inesperadamente, había entrado en su corazón.

—Ambas servimos a los Hijos de Mumbi —dijo mientras Wachera le limpiaba la herida con jugo de sisal, procurando que ninguna gota penetrara en el ojo herido de Grace—. Ambas servimos a la vida.

—Ésta no es tu tierra. Tus antepasados no moran aquí.

—Ellos, no; pero mi corazón, sí.

Compartieron una calabaza de cerveza de caña de azúcar, pasándosela en silencio, las dos escuchando la lluvia y con los ojos clavados en el estofado que iba espesándose. Al poco otros sonidos se unieron al repiqueteo continuo de la lluvia: rebuznos de burros, gritos de hombre, el motor de un automóvil. Luego Grace reconoció la voz de Mario acercándose a la choza.

Hizo ademán de levantarse, pero Wachera la detuvo con una mano.

—Hace veinte cosechas —dijo—, sacaste a Njeri del vientre de Gachiku. Gachiku era la esposa favorita de mi esposo. Njeri era la alegría de sus ojos.

Grace esperó.

—La *thahu* que temíamos no llegó jamás. Njeri, que es la hermana de mi hijo, ya es una muchacha y traerá honor a nuestra familia.

—¡Memsaab! —dijo la voz de Mario enfrente de la choza. Los pies hacían ruido de chapoteo en el barro—. ¿Estás ahí dentro, memsaab?



—Dama Wachera —dijo Grace en voz baja—. Nunca podré agradecerte bastante lo que has hecho. Has salvado la vida de mi niña. Estaré siempre en deuda contigo.

Sus ojos se cruzaron una última vez.

—Adiós, memsaab Daktari —dijo Wachera.



CAPÍTULO 27

El camión Chevrolet bajaba velozmente por la carretera de tierra, levantando grava y piedras y dejando una larga nube de polvo rojo tras sí. James Donald sujetaba el volante con los nudillos blancos y tenía los ojos clavados en el suelo por si había baches o peñascos. Cuando el camión empezó a bajar desde el risco con gran estruendo de engranajes y crujir de la carrocería, las mujeres que trabajaban en los campos irguieron la espalda para mirar, a la vez que los hombres que construían las nuevas edificaciones de piedra para la Misión Grace Treverton se protegían los ojos y comentaban entre ellos que los *wazungu* siempre parecían tener prisa.

Finalmente el camión frenó en seco en medio de una lluvia de arena y guijarros; James saltó de la cabina antes de que el motor se apagara y echó a correr. Unos cuantos africanos, al reconocerle, le saludaron con la mano y a gritos, pero él no les prestó atención. Sus largas piernas le llevaron al otro extremo del concurrido recinto y a la veranda del recién reparado bungalow de Grace.

— ¿Dónde está la memsaab? — preguntó James, jadeando, al sobresaltado Mario.

— En el poblado, bwana — replicó Mario.

Sin apenas darle tiempo a terminar, sir James bajó corriendo los escalones y siguió corriendo hacia el río.

Sus botas cruzaron con estruendo el puente de madera. Al llegar a la entrada del poblado, sudando bajo el sol ardiente, no aflojó el paso. La gente se volvió para mirar con curiosidad cuando el hombre blanco apareció inesperadamente y preguntó en tono apremiante por la memsaab Daktari.

La encontró en el centro de un círculo de mujeres, enseñándoles los primeros auxilios para los casos de dislocación y fractura. Grace alzó los ojos al irrumpir él.

— ¡James!

— ¡Gracias a Dios que te encuentro, Grace! — le tomó la mano.

— ¿Qué...?

— ¡Tienes que venir conmigo! ¡Es una emergencia! — tiró de ella para que saliera del círculo y la obligó a correr con él, sujetándole con fuerza la mano.

A Grace se le cayó el salacot y dijo:



— Espera, James.

Él siguió corriendo, arrastrándola.

— Tengo el maletín ahí dentro — dijo Grace, sin aliento.

James no contestó. Cruzaron corriendo la entrada y continuaron por el sendero de la selva.

— ¡James! ¿Qué ha pasado? ¿Cuándo has vuelto a Kenia?

De pronto James se desvió del sendero para internarse en la selva, sin soltarle la mano. Se abrieron paso entre la espesura, asustando a los pájaros y a los monos.

— ¡James! — exclamó Grace—. Dime qué...

James se detuvo de repente, se volvió y la estrechó entre sus brazos y le cubrió la boca con la suya.

— Grace — musitó James, besándole la cara, el pelo, el cuello—. Creí que te había perdido. Dijeron que habías muerto. Dijeron que habías perecido en el incendio. Vine en seguida.

Se besaron con hambre, Grace rodeándole el cuello con los brazos, aferrándose a él.

— He venido directamente de Entebbe en el camión — dijo él—. Al pasar por Nairobi, me dijeron que estabas viva.

— Wachera...

— Santo Dios, creía haberte perdido — enterró el rostro en los cabellos de Grace, abrazándola con tanta fuerza, que Grace apenas podía respirar.

Cayeron al suelo en la intimidad de las flores silvestres, los bambúes y los cedros. James la cubrió con su recio cuerpo; Grace veía el cielo azul de África a través de las ramas.

La selva daba vueltas alrededor de ellos.

— No debería haberte dejado nunca — dijo James, y luego no dijeron ninguna otra palabra.

* * *

Yacían en la cama, despiertos y hablando con voz queda. Era casi el amanecer; pronto la misión se llenaría del ruido de los martillos y los formones, del canto de los niños en el aula al aire libre.

Esta vez James y Grace habían hecho el amor despacio, estirando las horas de la noche para saborear cada minuto.

— Me encontraba en la selva cuando llegó la noticia — dijo James. Grace yacía entre sus brazos y él le acariciaba el pelo mientras hablaba—. Durante todo el camino me he figurado que venía a tu entierro.



—Estuve en la choza de Wachera durante los días que siguieron al incendio. La tempestad nos aisló.

—No volveré a dejarte nunca, Grace.

Ella sonrió tristemente y apoyó una mano en el pecho desnudo de James.

Si nunca volvía a tener algo, al menos le quedaría el recuerdo de esa noche.

—No, James. Tienes que volver. Tu vida está con Lucille y tus hijos. No tenemos derecho.

—Sí lo tenemos... nos lo da el amor que sentimos el uno por el otro.

—¿Y cómo viviríamos?

—Volveré a Kilima Simba —pero, aun mientras las pronunciaba, se dio cuenta de que sus palabras eran huecas. El dolor le empujó a apretarla más contra sí—. Te he amado durante diez años, Grace. A veces sólo estar cerca de ti era una tortura. Pensé que si nos íbamos a Uganda, las cosas resultarían más fáciles. Pero he pensado en ti todos los días desde que nos fuimos.

—Y yo he pensado en ti. Nunca dejaré de quererte, James. Mi vida y mi alma te pertenecen.

James se alzó apoyándose en un codo y la miró. Memorizó todos los detalles de su cara, de los cabellos que reposaban sobre la almohada, la curva de la clavícula. Llevaría su imagen con él a la jungla de Uganda.

—Voy a escribir aquel libro —dijo ella—, el manual médico para los trabajadores rurales. Te lo dedicaré a ti, James —le acarició la mejilla. Las arrugas parecían más profundas y tenía la piel más bronceada. Grace sabía que nunca volvería a estar tan guapo como en ese momento.

James la besó y empezaron de nuevo, por última vez.



Cuarta parte

1937



CAPÍTULO 28

David Mathenge se despertó al amanecer, miró hacia la choza de su madre, que seguía durmiendo, y pensó en el *ugali* que había sobrado de la cena.

Tenía hambre. Últimamente parecía tener hambre siempre, no sólo de comida, sino también de otras cosas, de libertad para cambiar su forma de vida, de oportunidades de hacer suya la irascible e intocable Wanjiru. A sus diecinueve años, David Kabiru Mathenge era todo apetito. Su cuerpo alto, nervudo, se movía a impulsos de una energía y un desasosiego que apenas podía dominar. Cada amanecer se levantaba y salía de la choza de soltero que él mismo se había construido, y pensaba que el mundo se había encogido un poco más durante la noche. Incluso en ese momento, forzando la vista bajo la opalescencia de la mañana, le pareció que el río se había hecho más pequeño, que sus márgenes eran más estrechas. Tenía la impresión de que le estaban estrujando por todos lados. David quería salir de ese mundo sofocante y minúsculo, huir al mundo más amplio, donde podría respirar, donde podría ser un hombre.

Wanjiru.

Apenas había dormido pensando en ella, ardiendo por ella. ¿Qué clase de hechizo mágico le tenía tan consumido de deseo sexual? Pero David sabía que no era brujería lo que le hacía tener hambre de Wanjiru; era la muchacha misma.

Quizá a Wanjiru no se la pudiera considerar una belleza desde el punto de vista físico. Tenía el rostro redondo y un poco vulgar, pero su cuerpo era deseable; era alta, con pechos grandes, prominentes, y piernas fuertes, firmes. No obstante, el espíritu de Wanjiru era lo que inflamaba a David, el fuego frío de sus ojos, el calor de su voz, su negativa a ser dócil y humilde incluso en presencia de hombres. ¡Especialmente en presencia de hombres! Wanjiru había interrumpido más de un mitin político que se celebraba pacíficamente bajo una higuera hablando claro y fuerte, tratando de incitar a los hombres a hacer algo temerario en vez de, como decía ella, limitarse a pronunciar palabras, palabras, palabras. Esto molestaba a los hombres, por supuesto. A los hombres no les gustaba Wanjiru; la evitaban porque había ido a la escuela y sabía leer y escribir y, aunque no quisieran reconocerlo, sabía más de política colonial que algunos de ellos. Estaba proscrita en el clan porque desafiaba a los británicos y por su intransigencia en lo referente a elevar la condición de las mujeres africanas. Wanjiru azoraba a los jóvenes que eran amigos de David; les hacía sentirse incómodos. Se reían nerviosamente al pasar ella y hacían comentarios obscenos. Pero



había lujuria en los ojos de no pocos de ellos cuando ella aparecía; David había podido comprobarlo.

Wanjiru era una alegría para su corazón, a la vez que una maldición. Al pensar en ella, su espíritu se remontaba en el aire, pero también se sentía bajo una pesada carga. Cada vez pensaba con mayor frecuencia en la *ngweko*, la antigua costumbre que seguía viva en los poblados, pero que iba extinguiéndose a causa de las presiones de los misioneros.

Ngweko significa «acariciar» en kikuyu y era una forma de contacto íntimo, de naturaleza ritual, entre jóvenes antes de casarse. Muchachos y muchachas se congregaban para celebrar bailes y fiestas; se elegía compañero o compañera y las parejas se metían en las chozas. Una vez a solas, el joven se quitaba toda la ropa; la muchacha se quitaba sólo la prenda superior, conservando puesto su delantal de cuero, que ataba por detrás haciéndolo pasar entre las piernas por pudor. Luego se acostaban en la cama uno de cara al otro, las piernas entrelazadas, y se dedicaban a acariciarse afectuosamente los pechos y el torso mientras sostenían una conversación sobre hacer el amor hasta que se quedaban dormidos. La *ngweko* no culminaba con el acto sexual, que era tabú, y tampoco podía la muchacha tocar el miembro del joven, ni éste apartarle el delantal, y si un chico dejaba embarazada a una chica, tenía que pagar una multa de nueve cabras a su padre y la chica tenía que ofrecer un festín para todos los hombres de su edad.

Últimamente David se pasaba las noches en la cama pensando en Wanjiru. En sus fantasías, la muchacha aparecía inesperadamente en su *thingira*, su choza de soltero, portando alimentos y cerveza de caña de azúcar. Se echaban cara a cara, tal como exigía la costumbre, y se acariciaban. En sus sueños llevaban haciendo esto algún tiempo, por lo que a él ya le estaba permitido meter el pene entre los muslos de ella y experimentar alivio, siempre y cuando no la penetrase del todo. Mas eso no era necesario para su fantasía. David se daba por satisfecho con el *orugane wa nyondo*, «el calor de su pecho», que era la costumbre kikuyu del amor.

Si Wanjiru fuese como cualquier otra muchacha kikuyu, David se dirigiría a su padre, le ofrecería un precio y la compraría. Luego le construiría una choza al lado de la de su madre y visitaría su lecho siempre que lo deseara. Pero Wanjiru no era como las demás muchachas. El primer problema era su educación. Era la única muchacha educada que David conocía, aunque sabía que había otras en Kenia y que su número iba en aumento. Así pues, Wanjiru era tabú, no apta para esposa, y, en el caso de comprarla, David se convertiría en un proscrito a ojos de sus amigos. El segundo problema era su propia madre; Wanjiru no era del agrado de Wachera porque se había sentado en un aula con chicos y llevaba vestidos europeos y decía lo que pensaba en presencia de hombres. Pero el problema más grave que tenía David con Wanjiru era sencillamente que la muchacha no le hacía caso.

En ese momento Wachera salió de su choza, saludó a David y se fue a buscar agua en el río. David la observó con el corazón lleno de orgullo.



Wachera había resistido las fuerzas de cambio y «europeización» y, como había desafiado la ley del hombre blanco contra el ejercicio de la medicina tribal y había vivido sola sin esposo, su mística y su condición de persona venerada habían crecido con el paso de los años, por lo que ahora era una leyenda viva entre los kikuyu.

Sin ser invitada, Njeri acudió al pensamiento de David.

¡Qué distinta era su medio hermana de las otras dos mujeres de su vida! Llevaba vestidos como los de Wanjiru, vestidos desechados por la esposa de Bwana Lordy, pero no tenía ni pizca del espíritu combativo de Wanjiru. Njeri contaba diecisiete años, igual que Wanjiru, y era dócil y resignada como las mujeres de antes, pero detestaba las costumbres antiguas y mostraba una adoración degradante por los *wazungu*.

A David le constaba que Njeri quería desesperadamente ser blanca. Despreciaba su negrura y creía las mentiras que el hombre blanco contaba sobre la inferioridad de su raza. Se aferraba a la memsaab Mkubwa como si en ello le fuera la vida y se pasaba todos los días en el claro de los eucaliptos, a los pies de la memsaab. Adondequiera que la memsaab fuera, Njeri iba tras ella, desde el viaje a Inglaterra ocho años antes. Cuando pensaba en su hermana, David se sentía avergonzado. Njeri le partía el corazón de un modo que Wanjiru nunca podría partírselo. Un día la había sorprendido en el río: Njeri se estaba rascando todo el cuerpo con una piedra pómez, hasta sangrar. Trataba de borrar el color negro de su piel.

Mientras la mañana volvía a la vida y los pájaros y los monos llenaban los árboles con sus noticias, David, haciendo un esfuerzo, apartó de su pensamiento a las tres mujeres de su vida y se recordó a sí mismo la cita importante que tenía para dentro de poco.

Al recibir una respuesta inesperada a la carta que había escrito al *Times* de Inglaterra, David había convocado una reunión de la Joven Alianza Kikuyu, la organización política que él y sus amigos habían formado dos años antes. La reunión de ese día tenía dos finalidades: hacer circular una petición exigiendo que el gobierno crease una universidad para africanos en Kenia y mostrar a sus hermanos la carta que había recibido de Jomo Kenyatta.

En toda Kenia empezaba a ser famoso ese nombre, que estaba rodeado de un aura de poder. Jomo vivía en Inglaterra, donde estudiaba, y escribía artículos para el *Times* con regularidad. Los artículos llegaban luego a manos de la impetuosa juventud kikuyu de la provincia Central. En los artículos que escribía para los ingleses, Jomo Kenyatta hablaba de las costumbres de su tribu, aclaraba misterios africanos y procuraba hablar al público británico en nombre de la independencia negra. En Inglaterra era tachado de «agitador». Entre los jóvenes kenianos se estaba convirtiendo en símbolo de su lucha.

Todo el mundo sabía que en otro tiempo se llamó Johnstone Kamau, pero el motivo y el significado del cambio no eran sabidos y daban pie a muchas



especulaciones. La teoría que gozaba de mayor aceptación era que Kenyatta había adoptado el nombre del cinturón ornamental que usaba, el *kinyata*, pero David sabía cuál era la verdad. Nunca olvidó la noche en que su madre lo llevara a la selva, donde un joven llamado Johnstone Kamau había dirigido la palabra a un grupo secreto. La madre le había hablado a aquel joven de su profecía, diciéndole que algún día sería la «lámpara de Kenia», *Kenya taa*.

Al recordarla ahora, aquella reunión le parecía poca cosa a David comparada con las que se estaban celebrando en todo el país. El nacionalismo iba en aumento a la vez que se propagaba la concienciación de los africanos. Las chispas que Kenyatta hiciera saltar aquella noche, hacía ahora ocho años, habían provocado un incendio que los británicos no conseguían apagar. A lo largo y ancho de la colonia, entre todas las tribus, desde el pueblo luo del lago Victoria hasta los suajili de la costa, la conciencia política era cada vez mayor.

David había fundado la Joven Alianza Kikuyu porque él y sus amigos consideraban que los Patriotas Leales Kikuyu eran demasiado moderados y la Asociación Central Kikuyu sólo admitía a personas mayores. Los jóvenes necesitaban un medio de dar salida a su sentir y un portavoz. Eligieron como líder a David Kabiru por tres razones: llevaba el apellido Mathenge, que significaba poder para todos los kikuyu; era un orador excelente que no temía exponer sus opiniones; y, sobre todo, reconocían que era el más inteligente y educado de los jóvenes de su edad.

Cuatro años antes había dejado la escuela primaria de Grace Treverton para ingresar en la escuela secundaria para chicos de Nyeri, que era un instituto fundado por el Consejo Nativo local cuando las familias, decididas a resistirse a la lucha de los misioneros contra la circuncisión femenina, y oponiéndose a la nueva regla que prohibía la asistencia a una escuela misional a todo africano que hubiera pasado por la iniciación tribal, habían sacado a sus hijos de dichas escuelas y se habían unido para construir las suyas propias. Al dejar la pequeña escuela de Grace, David era el alumno más brillante de la misma. La memsaab Daktari, percatándose pronto de las aptitudes del chico para los estudios, se había encargado de darle clases extra y de regalarle libros en las ocasiones especiales. David los había leído ávidamente y lo retenía todo.

Al ingresar en el instituto, ya les llevaba mucha delantera a los demás muchachos, de modo que el director había escrito un currículo especial para David Mathenge, que el chico había seguido con gran éxito, dejando asombrados a sus profesores blancos. Y en los exámenes finales obtuvo unos resultados superiores a los que sacaron muchos alumnos de la Escuela Príncipe de Gales, la principal escuela para europeos. Ahora tenía un diploma de la Escuela de Cambridge y había solicitado el ingreso en la prestigiosa Universidad Makerere de Uganda, cuya respuesta aguardaba con ansiedad.



David pensaba estudiar agricultura en Uganda. Su madre le había prometido que la tierra de los Treverton sería suya algún día, por lo que el chico quería estar preparado.

Pero la espera no resultaba fácil. David tenía prisa por hacer algo, por alcanzar resultados más elevados. Al salir del instituto con su precioso certificado y el cerebro despierto y lleno de ideas, además de sediento de conocimientos, David no había encontrado ningún puesto esperándole. Los escasos africanos que estaban colocados en oficinas o llevaban la placa del hombre blanco lo habían conseguido por medio de «favores» y servilismo. David Mathenge era simplemente otro «chico» educado. La memsaab Grace le había encontrado su colocación actual, que le hacía trabajar denodadamente, por doce chelines al mes, para el hermano de la memsaab; era escribiente en un barracón de madera junto a los cobertizos donde se preparaba el café, situados río arriba. David se pasaba doce horas diarias sentado ante una mesa, haciendo anotaciones en un libro mayor. Tomaba nota de la producción de café y llevaba las fichas de los trabajadores africanos. Como no le daban ningún momento de descanso, llevaba su almuerzo a la oficina envuelto en una hoja de platanero y se lo comía mientras trabajaba; nunca tocaba dinero y tenía que levantarse respetuosamente cada vez que un hombre blanco entraba en el barracón.

David no quería el empleo, pero su madre le había animado a aceptarlo, recordándole el proverbio kikuyu que decía: «Es el león bien alimentado el que estudia el rebaño».

David oyó el ruido de los motores de unos camiones que subían hacia el risco. Estaban recolectando las hectáreas del sur y las bayas eran transportadas al barracón, donde el rugido de la maquinaria era ensordecedor durante todo el día. En lo alto del risco, con la espalda doblada y los dedos desollados, mujeres y niños kikuyu arrancaban las bayas rojas de tres cuartos de millón de cafetos y llenaban con ellas sus sacos.

David alzó la cara hacia el cielo azul pálido y pensó:

«Ésa es mi tierra...»

Pero David quería algo más que tierra. Quería que le devolviesen su virilidad, y la virilidad de su pueblo.

—¡No gozamos de igualdad con el hombre blanco! —había exclamado en su último mitin político, su guapo rostro negro, imagen del de su padre, iluminado por las antorchas—. En Nairobi tenemos restringida la zona por donde podemos andar. El hombre blanco puede pasearse libremente por toda la ciudad; a nosotros no nos permiten ir más allá de River Road. Si nos cruzamos con un hombre blanco y no nos quitamos el sombrero, el hombre blanco tiene derecho a darnos un puntapié en el trasero. En tiendas y restaurantes hay letreros que dicen: «Prohibida la entrada de perros y africanos.» No nos permiten llevar zapatos ni pantalones largos y tenemos que conformarnos con llevar los pies descalzos y usar pantalones cortos, como los



niños pequeños, porque nos dicen que no debemos aspirar a cosas que no podemos comprarnos. Los hombres blancos toman a nuestras mujeres como queridas y prostitutas, pero si un africano estrecha la mano de una mujer blanca, aunque sea en plan de amigo y con su consentimiento, ¡va a parar a la cárcel! Ni siquiera en la otra vida somos iguales, pues, ¿acaso no nos entierran en cementerios aparte?

Y entonces, justo cuando la joven muchedumbre estaba más acalorada, cuando le hervía la sangre a causa de sus palabras, David, había cometido su único error fatal.

—¡Ha llegado la hora —había gritado— de que se les quite el liderazgo a los jefes ineficaces e inútiles y se nos entregue a nosotros, los jóvenes educados!

Fue entonces cuando el jefe John Muchina, el único hombre de toda Kenia a quien David temía, había intervenido y disuelto el mitin.

David odiaba a John Muchina. El hombre había engordado colaborando con los amos imperialistas. Muchina llevaba un doble juego: aplacaba a su gente, que era sencilla, con unas cuantas carreteras, alguna que otra escuela, y complacía a los blancos con su actitud servil y rastrera, y se enriquecía a costa de unos y otros. John Muchina era un anciano kikuyu de la región de Karatina; poseía diecinueve esposas, quinientas cabezas de ganado, una casa de piedra y un automóvil. Era lo que los blancos llaman «un buen negro» y, en calidad de jefe del distrito de Nyeri, uno de los hombres más poderosos de la colonia. Muchina tenía autoridad para meter a David Mathenge en la cárcel, donde podrían someterle a interrogatorios o torturas, o a ambas cosas.

Pero éste no era tonto. Antes de convocar el mitin de la alianza se había cerciorado de que el jefe John Muchina se encontraría en Nairobi muy ocupado despachando con el Comisario Nativo Principal.

Se dirigía hacia la choza de su madre, con la intención de recoger una calabaza llena de leche de cabra, cuando la súbita aparición de dos caballos en el campo de polo de Bwana Lordy lo hizo detenerse. Cuando se le acercaron galopando, David reconoció a los jinetes. Y se llevó una sorpresa. Bwana Geoffrey no era ningún extraño en la finca Treverton, pero memsaab Mona había estado ausente de la finca, estudiando en una escuela de Nairobi. David llevaba tres años sin verla; la miró fijamente, miró a la chica que le había desafiado a entrar en la choza de cirugía.

* * *

—¡Apártate, Mona! —exclamó Geoffrey, alzando el mazo en el aire—. ¡Deja paso a un campeón!

Mona galopaba delante de Geoffrey y tiró de las riendas en el último momento, haciendo que su poney respingara. Golpeó con su mazo y la pelota salió volando. Luego galopó hacia los postes de la meta en el extremo norte, seguida muy de cerca por Geoffrey. Hacían mucho ruido y arrancaban gran cantidad de hierba en sus intentos de hacerse con la pelota. El extremo norte del campo de polo era el que



lindaba con la tierra de Grace Treverton. Al otro lado de la valla estaba el camino nuevo que cruzaba las altas puertas de la misión. Más allá de las puertas, los edificios con techo de hierro se vislumbraban entre los árboles. Dentro de uno de esos bungalows de piedra, trabajando en dos quirófanos modernos y atendiendo a los pacientes que ocupaban un centenar de camas, el bien adiestrado personal médico de Grace podía oír las voces de las dos personas que jugaban en el cercano campo de polo y también el ruido de los mazos al golpear la pelota.

Geoffrey obligó a su montura a retroceder hacia su propia meta; Mona lo siguió velozmente, dispuesta a utilizar el mazo. Se rieron con la respiración entrecortada y se gritaron insultos cariñosos, reconociendo su habilidad y pericia mutuas. Geoffrey Donald, de veinticinco años, tenía una clasificación de cuatro y era un número tres, el mejor jugador de su equipo. La posición de Mona era número uno y su clasificación era de menos uno, pero tenía dieciocho años y sólo llevaba uno jugando al polo. Estaba progresando rápidamente y labrándose una reputación en el polo femenino y esas semanas, después de graduarse en la escuela, las dedicaba a entrenarse para el gran torneo que se celebraría durante la semana de las carreras de Nairobi.

Llegaron al extremo sur del campo, donde David Mathenge los observaba a través de la valla. Mona estaba a punto de marcar un tanto cuando el caballo de Geoffrey giró inesperadamente hacia la izquierda y asustó al caballo árabe de la muchacha. Al encabritarse su montura, Mona salió disparada de la silla y cayó de espaldas al suelo.

Geoffrey se le acercó inmediatamente.

—¡Mona! —la tomó entre sus brazos—. ¿Mona?

Los párpados de la muchacha se movieron. Le costaba enfocar la vista. Luego aspiró hondo y sonrió.

—¿Estás bien?

—Me... me parece que sí. Es sólo que me he quedado sin aliento. Nada grave.

Geoffrey la ayudó a levantarse. Mona se apoyó en él, sintiéndose ligeramente mareada.

—¿Estás segura? —dijo él; y la besó cuando Mona alzó la cara para decir que sí.

El beso la pilló desprevenida. Nunca la habían besado y jamás había soñado que Geoffrey Donald sería el primero. Así que le dejó hacer. Y fue un beso largo, mientras sus brazos la rodeaban, apretándola contra su cuerpo. Pero cuando la lengua de Geoffrey tocó sus labios cerrados la muchacha se apartó bruscamente.

—¡Geoffrey! —exclamó, riéndose.

—Estoy enamorado de ti, Mona. Cásate conmigo.

—Geoff...

—Sabes que esperan que nos casemos. Durante años nuestras dos familias han dado por seguro, tácitamente, que tú y yo nos casaríamos.



Mona, sintiéndose repentinamente enfadada, se libró del abrazo del muchacho y se sacudió las briznas de hierba de los pantalones de montar. Sí, sabía lo que las dos familias pensaban «tácitamente», y nunca se había parado a pensar en ello siquiera un minuto. Mona sabía que sus padres no le permitirían casarse con «cualquiera». Era hija de un lord; su título completo era lady Mona Treverton. Geoffrey Donald era aceptable, aunque por poco, por el hecho de ser muy rico y porque a su padre le habían nombrado caballero por su valentía en la guerra. Pero, ¿y casarse por amor? ¿Y si le preguntasen a Mona lo que ella quería?

Pero, aunque se lo preguntasen, Mona no sabría qué decir.

Había pasado seis años en un internado para señoritas de Nairobi. Cuando volvía a casa para las vacaciones su único contacto con chicos era en grandes reuniones y en esos casos Bellatu estaba abarrotada de gente. No había tenido ocasión de cultivar una amistad especial con un chico ni de vivir un amor de colegiala. Durante los seis años en el internado se había encontrado a veces con Geoffrey Donald, que era un cazador y ranchero un tanto tosco, que trabajaba en Kilima Simba cuando le apetecía y luego se iba de safari y no volvía hasta después de varios meses. Al encontrarse, él se mostraba cortés e indiferente con ella, pues sin duda la veía como una chica más, una chica torpe que era todo ojos y rodillas y se sentaba con el plato de pastel en el regazo, como una visita no deseada. Y luego, el año anterior, las cosas habían cambiado. Geoffrey asistió a la fiesta del decimoséptimo cumpleaños de Mona. Sus padres no dieron la fiesta para complacerla, sino que usaron el cumpleaños como excusa para invitar a cien personas. En la fiesta, Geoffrey la había mirado como si nunca se hubiesen visto. Más adelante Mona se había llevado una sorpresa al recibir dos cartas, una del Sudán, donde Geoffrey estaba controlando el ganado, y otra de Tanganika, donde estaba cazando leones en la llanura de Serengeti. Finalmente, al dejar la escuela y volver a casa definitivamente, hacía ahora unas semanas, Geoffrey se había presentado -un poco más peinado y planchado que de costumbre- y ahora era casi un elemento fijo de la plantación.

Mona se sentía halagada. Nunca en la vida había recibido tanta atención. Geoffrey era bien parecido, no tanto como su padre, sir James, pero terriblemente atractivo de todos modos. Llevaba una vida romántica, aventurera, poseía un rancho ganadero muy próspero y era admirado por todo el mundo. Pero Mona no estaba enamorada de él.

—Oye —dijo Geoffrey—. ¿Quién es ése?

Mona miró a través de los postes de la meta y vio a David Mathenge, que se encontraba entre las dos chozas situadas junto a la valla del campo de polo.

—Nadie. Sólo uno de los chicos de mi padre.

—Pues parece un tipo bastante huraño. No me gusta ni pizca su forma de mirarnos.

—Vamos, Geoffrey. Volvamos a la casa.



Pero Geoffrey no se movió.

—¡Apuesto a que le hemos escandalizado al besarnos! Ellos no se besan, ¿sabes? ¡Y no saben lo que se pierden!

De pronto Mona se sintió incómoda. David estaba de pie bajo la luz humosa de primera hora de la mañana, y su pecho desnudo y sus largas extremidades hacían pensar en los guerreros masai que había visto en Nairobi. Curiosamente, sus pantalones cortos de color caqui le parecieron una burla a Mona, aunque no supo si la burla iba dirigida a él mismo o a ella.

—¿Qué te parece si le escandalizamos otra vez? —preguntó Geoffrey.

—No —dijo Mona, demasiado rápidamente. Luego dijo—: Sí —y rodeó impulsivamente el cuello de Geoffrey con sus brazos.

«No saben lo que se pierden», había dicho Geoffrey.

Inesperadamente, Mona recordó una tarde en el bungalow de su tía varias semanas antes. Grace estaba ayudando a los Leakey, dos arqueólogos sin dinero, y tratando de recaudar dinero para sus excavaciones en Kenia, así que había organizado un té para ellos y durante la pequeña fiesta Louis Leakey había hablado de los africanos, con franqueza y conocimiento de causa.

—Se considera una desgracia —había dicho el doctor Leakey— que un esposo africano no dé a su esposa una satisfacción sexual completa. Antes del matrimonio, el joven recibe instrucción sobre qué es exactamente lo que debe hacer y lo que no debe hacer. A su vez, la madre de la novia enseña a ésta las mejores posturas, así como todo lo necesario para llevar una vida sexual excitante y gratificadora.

«Dudo que a David Mathenge le haya escandalizado nuestro beso —pensó Mona. Y luego, en un nivel más hondo y secreto de su mente, añadió—: Nuestro beso frío, soso».

Geoffrey se apartó un poco, pero sin soltarle los brazos. Miró los ojos de Mona y dijo:

—Te casarás conmigo, ¿no es verdad. Mona?

La muchacha volvió a sentirse enfadada. ¿Era ésa su idea del romance? ¿El encuentro superficial de los labios en un campo de polo? Luego pensó:

«Pero, ¿qué es lo que quiero, si puede saberse?»

Mona nunca había experimentado excitación sexual, nunca se había enamorado de un astro de la pantalla como les ocurría a las otras chicas de la escuela, nunca había tenido fantasías deliciosas ni había sentido la electricidad de «su contacto». Lo único que sentía por dentro era una especie de distanciamiento, quizá hasta cierta impaciencia al pensar en ello, y empezaba a sentirse preocupada.

De hecho, empezaba a estar asustada. Iba a ser una mujer igual que su madre...



— ¿Qué me respondes, querida?

—No... no sé qué decirte, Geoffrey —la proximidad de Geoffrey le resultaba extraña. En cierto modo la aturdió, pero al mismo tiempo era desagradable. El aturdimiento no se debía al hecho de que fuera un hombre, sino sencillamente a que era otro ser humano. Mona no estaba acostumbrada al contacto físico con otras personas. Su padre nunca la había abrazado, y su madre sólo lo hacía en raras ocasiones; quedaban la tía Grace y su hermano, Arthur, las únicas personas cuyo cuerpo había sentido alguna vez. Ahora sentía el de Geoffrey. Y no sabía si le gustaba o no—. Necesito tiempo —dijo, muy consciente de que los mozos se llevaban los caballos, de que otros trabajadores volvían a esparcir la hierba, de que el día se estaba haciendo luminoso, de que David Mathenge la estaba observando.

De pronto se sintió molesta con David, el chico que años antes había discutido con ella sobre de quién era realmente el país, que la había contemplado con ojos tristes cuando estaba acostada en la choza de su madre, recuperándose de las heridas sufridas en el incendio. De repente David Mathenge representó todos los problemas de Mona; simbolizó la fuente de toda su desdicha. No había tenido por qué presentarse en la choza de cirugía aquella noche, con la consecuencia de que Mona había sufrido heridas graves en el incendio y ahora tenía cicatrices muy feas que le impedían ir en bañador y le hacían temer que repugnasen a cualquier amante que tuviera. Él, David, era la raíz de su infelicidad: David Mathenge, que siempre se mostraba tan orgulloso cuando seguramente no tenía en el mundo nada de qué enorgullecerse.

Se separó bruscamente de Geoffrey y, apoyando las manos en las caderas, espetó:

— ¿Se puede saber qué estás mirando?

Geoffrey se volvió.

— ¿Todavía está ahí? Lo echaré.

—No, Yo me encargo de echarle. Es uno de los nuestros —Mona se acercó a la valla y dijo—: ¿Deseabas hablar con nosotros?

—No —dijo David, tranquilamente.

— ¿No, qué? —dijo Geoffrey, acercándose—. Un poco más de respeto, chico.

—No, memsaab Mdogo.

Mona inclinó la cabeza.

—Entonces, ¿no deberías volver a tu trabajo?

Los dos pares de ojos se cruzaron y algo frío y amenazador pasó entre ellos. Luego el chico dijo:

—Sí, memsaab Mdogo —y empezó a retroceder.



—¡Qué insolencia! —musitó Geoffrey—. Si quieres que te diga, tiene cara de agitador. Hablaré con tu padre. Ese chico no debería continuar trabajando aquí.

Mientras se alejaban de la valla, Mona miró por encima del hombro y vio que David había vuelto a detenerse y los miraba fijamente. Sintió un escalofrío por todo el cuerpo. Había algo en sus ojos...

Buscó la mano de Geoffrey y la apretó con fuerza.

David se quedó observando cómo se iban. Pensaba en el suelo que aquellos pies blancos pisaban. Era el lugar que su madre le había enseñado muchas veces; mucho tiempo atrás había allí una higuera sagrada. David juró algo a sus antepasados: un día se plantaría otra higuera en el lugar que ahora pisaban los *wazungu*.



CAPÍTULO 29

Wanjiru no poseía ningún espejo. De haberlo tenido, hubiera podido examinarse los lóbulos de las orejas para ver si se estaban curando como era debido. Algunas jóvenes de su edad empezaban a despreciar la antigua costumbre de perforarse las orejas, debido a la presión de los misioneros, que predicaban contra cualquier tipo de mutilación corporal. Pero Wanjiru se sentía orgullosa de sus nuevas heridas. Eran el legado de sus antepasadas y demostraban al mundo que podía soportar el dolor.

Cada perforación era una prueba terrible. En la infancia se hacían los primeros dos agujeros, los *ndugira*, en los cartílagos sensibles de la parte superior de la oreja; luego, cuando una chica se acercaba a la edad adulta, se hacía el agujero de abajo, que era mayor. La muchacha se echaba en el suelo y un hechicero o una hechicera le atravesaba las orejas con palitos afilados. Tenía que llevar los palitos clavados durante tres semanas, soportando estoicamente el dolor, sin apenas dormir porque resultaba difícil acostarse. A Wanjiru le habían quitado los palitos hacía poco, y Wachera Mathenge, la hechicera que vivía río abajo, le había untado las costras con una pomada. Aún le dolían las orejas y no estaban preparadas para los anillos de cobre y los abalorios.

Pero eso era trivial en comparación con otra prueba mayor que aún no había llegado.

Iba a celebrarse una iniciación secreta. Sería la primera desde hacía mucho tiempo y traerían niñas de doce a dieciocho años de todo el distrito para que las circuncidaran y entrasen así en la tribu. Aunque ya no eran posibles las semanas de preparativos ceremoniales que fortalecían a las niñas y les infundían valor para enfrentarse al cuchillo sin asustarse -semejantes rituales estaban prohibidos y su aparición súbita avisaría a las autoridades de la iniciación que se acercaba-, Wanjiru estaba sometándose a una preparación personal propia.

Sabía que a la mayoría de las niñas les aterraba lo que se avecinaba, que a muchas de ellas las obligarían los padres y los hermanos. Pero Wanjiru esperaba ilusionada el momento de someterse a la antigua iniciación, a la prueba del dolor y la sangre.

Pero pensaba en algo más inmediato en ese momento, mientras se preparaba para salir de la choza que compartía con sus dos hermanas solteras. David Mathenge había convocado a última hora un mitin de la Joven Alianza Kikuyu y Wanjiru no quería perderselo.



No porque los hombres desearan su asistencia. A las mujeres nunca les permitían asistir a los mítines políticos, como no fuera para llevarles la comida a sus hombres, para sentarse y escuchar en respetuoso silencio, reducidas a seres invisibles, marginadas de los asuntos importantes. Pero Wanjiru tenía la intención de participar activamente.

David Mathenge la irritaba. El simple hecho de pensar en él la hacía ponerse su único vestido con gestos bruscos y abrochárselo mal.

David era un tonto, un zopenco, un indeciso. La impetuosa Wanjiru no acertaba a comprender cómo un chico listo y educado podía ser tan lento, tan ciego, tan... débil. Si ella fuera él y llevase su nombre influyente y tuviera un certificado de estudios y ganara doce chelines al mes -si fuese un hombre siquiera-, sería capaz de mover montañas.

«¿Por qué -se preguntó, exasperada, mientras se despedía de su madre, que estaba arando su pequeña shamba- los hombres no utilizaban el poder que tenían? Si las mujeres tuvieran ese poder, ¡qué distinto sería el mundo!»

El sendero era el mismo por el que Wanjiru solía andar ocho años antes para ir y volver de la misión de Grace Treverton. En aquel tiempo los chicos eran crueles con ella, trataban de asustarla para que dejase de ir a la escuela. Ahora sabía que era debido a que su presencia en el aula les hacía dudar de su superioridad sobre las chicas. Wanjiru creía que los hombres se sentían seguros de su dominio mientras las mujeres estuviesen embarazadas y fueran analfabetas, pero una mujer educada, independiente, les daba miedo, les ponía nerviosos como un rebaño al ver la proximidad de un león. Wanjiru sabía que su seguridad masculina se tambaleaba por culpa de ella. Y ella se esforzaba en hacer que así fuese, para incitarles a actuar.

Eso era exactamente lo que la molestaba de David Mathenge. Era de los que hablaban mucho y actuaban poco. ¿Y creía engañar a alguien convocando el mitin cuando se sabía que el jefe John Muchina estaba en Nairobi? Por puesto, David quería evitar que lo detuviesen; todo el mundo había oído contar historias de horror sobre lo que ocurría en la cárcel a los agitadores africanos. Pero ella no sentía ningún respeto por un chico que se levantaba para soltar bonitos discursos cuando ello no representaba ningún peligro y luego, al llegar la autoridad, se retiraba en silencio.

Por el sendero de tierra se cruzó con unos chicos kikuyu de su misma edad que llevaban mantas y apacentaban sus cabras. Los chicos la miraron con curiosidad: Wanjiru, el bicho raro.

La muchacha echó la cabeza hacia atrás y anduvo orgullosamente con los pechos hacia adelante, meneando las nalgas, los pies descalzos golpeando la tierra, y los brazos largos y fuertes oscilando con confianza.

A sus diecisiete años se sentía segura porque sabía quién a y adonde iría en la vida. Y casi todo ello se lo debía a su madre, que, abandonada por su esposo con nueve hijos y una shamba que moría, había tenido la vista y el valor suficientes para



tratar de cambiar el futuro. Había cogido a una hija, Wanjiru, y le había enseñado que jamás debía ser propiedad de los hombres. Después de la escuela primaria de Grace, la madre de Wanjiru se había encargado de que su hija fuese una de las primeras en matricularse en la nueva escuela para muchachas nativas de Nyeri, una de las que empezaban a aparecer en toda provincia, lugares de educación superior llamados *kiriri* porque así se llamaba también parte de la choza donde dormían las muchachas kikuyu. Wanjiru acababa de graduarse en ese instituto y se proponía ingresar en el hostel civil para nativos de Nairobi, donde sería una de las primeras estudiantes en un programa novísimo destinado a preparar enfermeras africanas.

Los asistentes al mitin eran muchos. David había escogido un lugar significativo: el lugar donde en otros tiempos había una higuera sagrada en la periferia de la ciudad de Nyeri. Para cautivar aún más el corazón y las pasiones de sus oyentes, David se subió al gigantesco tocón que dejaron los padres católicos cuando hicieron cortar el árbol. No había entre los presentes ningún kikuyu que no reconociese y apreciara lo que el joven Mathenge quiso dar a entender con su gesto.

David ya estaba hablando cuando Wanjiru llegó. La muchacha se abrió paso entre las bicicletas aparcadas, la más preciada de las cosas que los africanos poseían, y se puso a escuchar.

—Cuando los hombres blancos llegaron aquí por primera vez —decía David—, creímos que su presencia sería temporal. Nuestros padres, y muchos de los que estáis presentes, creyeron que era un pueblo errante en busca de una patria. Empujados por la piedad, les permitimos quedarse y compartir la abundancia de la tierra de los kikuyu. Pero los hombres blancos se volvieron codiciosos y ahora sabemos que están aquí y no tienen intención de irse.

»Primero instituyeron un impuesto sobre nuestras chozas, lo cual era extraño a nuestro modo de vida. Y el único pago que estaban dispuestos a aceptar eran monedas, que nosotros no teníamos, y la única forma de obtener estas monedas misteriosas era trabajar para el hombre blanco. ¡En nuestra propia tierra! Seguidamente crearon el humillante sistema de la *kipande* y nos hicieron llevar identificaciones colgadas del cuello, ¡las mismas plaquitas que cuelgan del cuello de sus perros! Finalmente, tratan de romper nuestra unidad tribal proscribiendo nuestras preciosas costumbres ancestrales como la curación nativa y la circuncisión de las muchachas.

»Cuando nos quejamos el hombre blanco nos dice que lo hace por nuestro propio bien, ¡como si fuéramos niños! Nos dice que nos está enseñando el valor del trabajo disciplinado, que nos está enseñando la utilidad de las modernas costumbres europeas. En vez de ello, nos ha enseñado a comportarnos egoístamente ¡y a volver la espalda a nuestra familia y nuestros antepasados!

—*Eyh, eyh* —dijo la multitud, empezando a dar muestras de agitación. Wanjiru observó que, si bien la mayoría de los que escuchaban el apasionado discurso de David eran jóvenes, en los bordes había también muchos ancianos, apoyados en sus



largos palos, los cuerpos descarnados envueltos en mantas. La oratoria persuasiva de David empezaba a hacer mella en Wanjiru, a pesar suyo.

—Los hombres blancos trajeron a Dios e iglesias a la tierra de los kikuyu y predicaron la igualdad desde el pulpito. Mas no veo a los africanos y europeos trabajando juntos. Los hombres blancos no dedican su atención a nosotros, sino a fomentar el colonialismo en África. Nos hacen trabajar por sueldos de miseria y no nos permiten estar presentes cuando comen, excepto como criados. Yo os digo, hermanos, que cualquier forma de multiplicidad de razas en Kenia sería como la unión de un jinete y su caballo. ¡Se separan en cuanto el caballo ha llevado a su jinete a la victoria en una carrera!

Se oyeron murmullos entre el gentío y muchos espectadores asintieron vigorosamente con la cabeza.

—Hermanos míos —prosiguió David—, oímos a los británicos protestar continuamente por el trato que hoy día se da a los judíos en Alemania. Pero yo os pregunto: ¿a los judíos de Alemania se les trata peor que a los africanos en todas las colonias de este continente?

—¡No! —exclamaron los oyentes.

—¡Aguardad! —gritó un anciano desde la periferia de la multitud—. ¡Haces mal diciendo lo que dices, David Mathenge! El hombre blanco nos trajo el amor de Señor Jesu, ¡y por eso debemos estarle eternamente agradecidos!

—¡Y Karl Marx nos ha dicho que la religión es el opio de las masas! —le respondió David—. ¡Este Señor Jesu, *mzee*, ha matado tu espíritu y tu virilidad!

La gente soltó un respingo de pasmo.

David prosiguió y su voz avanzó en oleadas por encima de las aturdidas cabezas de sus oyentes.

—Hoy día los hombres blancos extraen oro de donde está enterrado cerca del lago Victoria, lo llevan a Europa ¡y vuelven a enterrarlo! Lo usan para adornar a sus esposas. ¡Nosotros queremos adornar a las nuestras... y la tierra donde está el oro nos pertenece!

—Pero, ¿qué quieres que hagamos? —preguntaron los amigos de David—. ¿Cómo podemos cambiar lo que ya es? No tenemos ningún poder contra los británicos.

—Tenemos que ser como el mosquito que hace notar su presencia. Debemos exponer nuestras exigencias de escuelas mejores y una universidad para los africanos aquí en Kenia. Debemos ir despacio y educarnos y demostrar lo que valemos ante los ojos de nuestros amos coloniales. Debemos recordar aquel proverbio que dice que la bolsa de cordel se empieza tejiendo a partir de abajo...

—¡Proverbios! —exclamó una voz en la parte de atrás del gentío. Todas las cabezas se volvieron porque la voz era de mujer—. Sabes describir muy bien nuestros



problemas, Mathenge —dijo Wanjiru—. ¡Pero no nos das soluciones excepto tus inútiles proverbios!

David frunció el ceño. ¡Wanjiru tenía el hábito exasperante de no presentarse nunca cuando era necesario y de presentarse cuando no lo era! Decidió que la muchacha necesitaba un esposo que la tuviese a raya y no le hizo caso.

—He redactado una petición —dijo a la multitud, mostrando un papel— exigiendo al gobierno que nos dé una universidad en Nairobi. Ahora haré circular este papel y todos pondréis vuestro nombre en él y...

—¡Y los británicos lo usarán para limpiarse el trasero!

Todo el mundo se volvió hacia Wanjiru otra vez. La muchacha se abrió paso a codazos hasta la primera fila; los hombres, atónitos, se apartaban para dejarla pasar.

—Te lo pregunto por segunda vez, Mathenge. ¿Qué soluciones nos ofreces aparte de proverbios y papeles inútiles?

David le lanzó una mirada de enojo.

—Venceremos por medio de la unidad y la palabra.

—¡La unidad y la «fuerza»! —exclamó Wanjiru.

David notó que la sangre empezaba a arderle. La ira y el deseo despertaron en él al mismo tiempo. Sólo se le ocurría una forma de tratar a la muchacha, pero no era el momento apropiado, delante de un millar de ojos.

—Comenzaremos una lucha pacífica por la libertad —dijo.

—No puedes hablar de «lucha pacífica», Mathenge. Las dos palabras se contradicen y se anulan.

—Por medio de la resistencia pacífica demostraremos nuestra superioridad al hombre blanco, como hace Gandhi en la India.

Wanjiru escupió al suelo.

—¿Acaso el león demuestra su superioridad al chacal por medio de la resistencia pacífica? —se volvió hacia la muchedumbre y levantó los brazos—. Los británicos no entienden las negociaciones pacíficas porque ellos mismos robaron nuestra tierra por la fuerza. ¡La violencia es el único lenguaje que entienden!

La multitud se movió como una marea. La mitad de los presentes quería actuar inmediatamente, con garrotes y lanzas; la otra mitad miraba a su alrededor con ojos temerosos, buscando soplones y policías. Irónicamente, los ancianos constituían los primeros; los jóvenes, los segundos.

Wanjiru, encaramándose al tocón gigantesco, se acercó a David y le sujetó el brazo. Aproximó la boca a su oído y con voz sibilante le dijo:



— ¡Yo estuve presente la noche en que por primera vez oíste a Jomo Kenyatta en la selva! ¿Has olvidado su mensaje? ¡Yo, no!

David abrió los ojos desmesuradamente y la miró con expresión atónita. Los dedos de la muchacha se clavaron en sus bíceps, dolorosamente. Los ojos, a sólo unos centímetros de los suyos, dispararon una mirada que le atravesó el cerebro y que pareció abrasarle la parte posterior del cráneo. Ahora, David quería poseerla ahora.

— Este mitin ha terminado — dijo una voz grave y autoritaria —. Id todos a casa.

Wanjiru y David vieron que el jefe John Muchina se abría paso entre el gentío utilizando su bastón con puntera de plata; unos soldados indígenas le daban escolta.

— ¡Baja de ahí, David Kabiru! — ordenó Muchina —. Vete a casa y olvídate de todas estas tonterías.

David miró fijamente al formidable jefe. Por el rabillo del ojo vio que la multitud empezaba a dispersarse, se dio cuenta de que sus amigos le miraban esperando que les indicase lo que tenían que hacer, notó los pechos firmes de Wanjiru apretándole la espalda desnuda. Dijo:

— No estoy infringiendo ninguna ley, *mzee*.

— Ya te he dicho otras veces, hijo, que no pronuncies discursos de esta clase. Me estás desafiando deliberadamente. Ahora vete a casa, en paz, y dejaré las cosas como están.

— Nos hemos reunido aquí para tratar un asunto importante, *mzee*.

El jefe cloqueó a la vez que meneaba la cabeza.

— Eres joven y revoltoso, David Kabiru, igual que tu propio padre hace años. Atiende al proverbio que dice: «Si cavas con prisas, romperás el ñame y la mejor parte quedará en el suelo; pero si cavas despacio, lo recogerás entero».

David bajó de un salto y miró al jefe cara a cara. Formaban un extraño dúo, el joven nervudo y guapo, vestido únicamente con unos pantalones cortos de color caqui, y el jefe gordo y de pelo canoso, vestido con un largo kanzu blanco y una piel de leopardo sobre el hombro.

— Proverbios — dijo David —. ¿Es eso lo único que nos ofreces?

La multitud se quedó helada y Wanjiru, en lo alto del tocón, contuvo el aliento. Muchina entornó los ojos.

— Te he dicho que te fueras a casa, muchacho, antes de que te metas en un apuro serio.

David pensó en la muchacha que se encontraba detrás suyo, observándole con sus ojos negros y arrogantes. Hizo acopio de valor y dijo:

— En apuros estamos todos, *mzee*, con jefes como tú.



Pareció que toda África enmudecía, que un continente entero miraba con ojos atónitos al simple muchacho que desafiaba la autoridad de un jefe y, detrás del jefe, al Imperio británico. Lo que ninguno de los ojos sorprendidos vio aquella mañana de agosto en la periferia de la ciudad de Nyeri fue el miedo que embargaba a David Mathenge. Sabía el riesgo que estaba corriendo; había oído hablar de los «accidentes» que sufrían en la cárcel los hombres que se oponían a Muchina. Pero allí estaba Wanjiru, observando, escuchando, dudando de su virilidad y su valor. Tenía que salvar su prestigio delante de la chica; tenía que mantenerse firme frente a Muchina, como si fuera uno de los guerreros de antaño cazando su primer león. Ninguno de los espectadores se daba cuenta del miedo que atenazaba las entrañas de David, del terror que le oprimía la garganta. Lo único que veían era el nacimiento súbito e inesperado de un héroe nuevo y necesario.

John Muchina hervía de rabia. Sopesó la situación mientras iban transcurriendo los segundos. Esos advenedizos políticos se ponían cada vez más pesados, como Jomo Kenyatta, el agitador que actuaba en el extranjero; eran una amenaza para el cómodo acuerdo que había establecido con los británicos. El anciano Muchina odiaba a la nueva generación educada. Eran jóvenes inteligentes y despiertos y sabían pronunciar bonitos discursos, mientras que él ni siquiera sabía leer ni escribir y nunca había ido a la escuela.

— ¿Tienes algo que decirme, muchacho? — preguntó en tono bajo, de advertencia.

Mil oídos estaban pendientes de la respuesta de David. Wanjiru, dominándolos desde lo alto del tocón, como una negra estatua de la Libertad, sintió deseos de hablar, pero hasta ella sabía guardar silencio en presencia de un jefe.

David notó que el sudor le bañaba todo el cuerpo.

— Esto es lo que tengo que decirte — repuso, sintiendo los fuertes latidos de su corazón—. Digo que los británicos que nombraron jefes entre los kikuyu obraron arbitrariamente y sin tener en cuenta la competencia del hombre ni su deseo de ayudar a su pueblo. Digo que los jefes nombrados por los hombres blancos no proporcionan una representación tribal adecuada en el gobierno, que no representan la tradición tribal, que su cargo es extraño al modo de vida kikuyu, y que lo único que les interesa a los jefes es conservar el statu quo.

Muchina apretó las mandíbulas.

— Hablas, pues, de tu propio padre, el jefe Mathenge.

— Así es. Fue por culpa de su estupidez y de la estupidez de nuestros padres que ahora no tenemos tierra. No tenían ningún derecho a vender nuestro patrimonio al hombre blanco.

De haber agredido físicamente al jefe, David no le habría causado mayor ofensa, pues John Muchina tenía una edad superior a las cien cosechas y, por consiguiente, pertenecía a la generación del padre de David, lo que significaba que también él



había vendido su tierra al hombre blanco a cambio de la placa del cargo que ostentaba.

—Tu lengua descarada te está arrastrando hacia la cárcel, muchacho —Muchina bajó la voz para que sólo David pudiese oírle—. Si te meto entre rejas, nunca volverás a ver la luz del día.

David reprimió un estremecimiento. Se volvió hacia la multitud y con voz fuerte dijo:

—¡Aquí tenéis a vuestro jefe, a un hombre que pretende correr con la gacela y cazar con el león!

Muchina hizo un gesto a los soldados indígenas, que empezaron a avanzar.

Inflamado, cruzando sus ojos con los ojos fieros de Wanjiru, David gritó:

—¡Nuestros jefes son como perros! ¡Ladran cuando ladran otros perros, pero hacen monerías cuando quieren que sus amos británicos les den de comer!

Dos soldados lo sujetaron por los brazos, pero David gritó todavía más:

—¡El jefe Muchina es un Judas Iscariote!

—Detenedle.

David forcejeó con los hombres que lo sujetaban.

—¡Escuchadme! —gritó a la multitud, cuyo nerviosismo y agitación crecían por momentos. Unos cuantos hombres habían recogido piedras; los ancianos se dieron cuenta de que los palos que empuñaban eran como las lanzas de antaño—. ¿Por qué queremos ser como los europeos? —exclamó David—. ¿Cuántos europeos habéis visto que desearan ser como los kikuyu?

—¡Eyh! —exclamó la muchedumbre.

Muchina alzó su bastón con puntera de plata para imponer silencio y, una vez restablecido el orden, abrió la boca para decir algo. Pero en lugar de a él, la gente oyó que David decía:

—Recordad, hermanos, que el hombre que no ama a su país no ama a su madre ni a su padre ni a su pueblo. ¡Y un hombre que no ama a su madre ni a su padre ni a su propio pueblo no puede amar a Dios!

El bastón con puntera de plata golpeó la cabeza de David. Hizo un ruido sordo y seco en la quietud de la mañana. La cabeza se dobló hacia atrás, pero el muchacho se repuso y lanzó una mirada ponzoñosa al jefe. Durante unos instantes se miraron el uno al otro con expresión de odio, luego Muchina hizo un gesto para que se lo llevaran.

Pero de pronto la multitud perdió los estribos. El tumulto empezó en las filas de atrás y fue extendiéndose hasta llegar a las de delante y el jefe tuvo que imponer orden de nuevo. Esta vez, la multitud, al obedecer, se separó en dos mitades,



formando un camino en el centro y al final de ese camino estaba el motivo del tumulto.

Era la madre de David, Wachera.

Algunos de los presentes vieron que un leve temblor turbaba la actitud tranquila del jefe al ver a Wachera. No era ningún secreto que John Muchina iba a menudo a la choza de la hechicera en plena noche para conferenciar sobre graves tabúes tribales. Si todos los habitantes del distrito temían al jefe Muchina, el jefe Muchina temía a Wachera.

David miró a su madre con ojos turbios, intentó verla a pesar de la sangre que se le metía en los ojos y que manaba de la herida en el cuero cabelludo. Wachera le parecía casi irreal, como si fuese una antepasada surgida de la niebla del tiempo a resultas de un conjuro. La hechicera llevaba su vestido y sus delantales de pieles suaves, sus hileras de collares de abalorios, brazaletes y ajorcas, sus cinturones ceremoniales con los amuletos mágicos cosidos a ellos. Mantenía erguida su cabeza rasurada y sus ojos cruzaban el espacio que había entre ella y su hijo. Le habló con su mirada, le dijo cosas que nadie más podía leer.

Y David supo en seguida que su madre no iba a salvarle de la cárcel y de una tortura cierta.

—La injusticia blanca será la forja que te hará hombre, hijo mío —le había dicho su madre una vez, y sus ojos volvían a decírselo ahora—. Sufre primero; luego tendrás la fuerza y el valor necesarios para recuperar nuestra tierra.

Al darse cuenta de que Wachera no pensaba entrometerse, el jefe Muchina dio una orden tajante a los soldados indígenas y se alejó apresuradamente con su prisionero, dejando atrás a una multitud sumida en la confusión, a una madre llena de amor, orgullo y dolor, y, sobre el tocón gigantesco de la higuera, olvidada, a una Wanjiru de diecisiete años transformada, que, apretándose el pecho con las manos, veía cómo se llevaban a David Mathenge, veía que su vida tenía ahora un nuevo propósito.



CAPÍTULO 30

Arthur Treverton hacía votos para que no le diese un ataque.

El desfile iba a ser el mayor de los celebrados en Kenia hasta la fecha, y él sería la más importante de cuantas personas participarían en él. El ansioso muchacho de quince años tenía la impresión de que los ojos de la colonia estarían puestos en él cuando inaugurase oficialmente la semana de celebraciones. Iba a ser su primera oportunidad de demostrar definitivamente su aptitud.

Habían puesto una cinta roja de un lado a otro de la calle principal de Nairobi y en el momento señalado Arthur, que cabalgaría al frente del desfile, bajaría galopando por la calle sin asfaltar, con el sable en ristre, y la cortaría ante cientos de espectadores, y a partir de ese momento Central Road pasaría a llamarse oficialmente Avenida de Lord Treverton.

Arthur estaba nervioso y excitado. Las tribunas que se habían erigido a ambos lados de la calle, entre el hotel Stanley y Correos, aparecían llenas de personas importantes, tanto de la colonia como venidas de fuera. Su madre, lady Rose, ya se encontraba bajo su marquesina especial, sonriendo serenamente, como una reina. A su lado, su padre, el conde, estaba sentado bajo un retrato del rey. El muchacho sabía que su padre le observaría con la mirada crítica y desapasionada que Arthur había aprendido a temer y adorar.

Pero aún más importante que complacer a su padre sería el papel que hiciese ante Alice Hopkins, que por ser propietaria del segundo rancho en orden de importancia de Kenia, también tenía una plaza en las codiciadas tribunas.

Alice Hopkins contaba veintidós años de edad y no destacaba por su belleza ni por su encanto, pero era toda una leyenda en el África Oriental, pues se había puesto al frente de un rancho de más de treinta mil hectáreas a raíz de la muerte repentina de sus padres hacía seis años, cuando ella tenía sólo dieciséis. Todo el mundo había dicho que ella sola no conseguiría sacar adelante la enorme finca, y se había especulado mucho sobre quién sería el afortunado comprador de la misma. Valentine Treverton se había contado entre los posibles compradores y, como otros muchos, había quedado impresionado al ver cómo la joven Alice luchaba por conservar sus tierras y explotarlas sin más ayuda que la de un puñado de africanos leales y su hermano, Tim, cinco años más joven que ella. Pese a las enormes dificultades, Alice había conseguido salvar las ovejas y el sisal, no contraer deudas y librarse del acoso



de los cazadores de fortuna y a sus veintidós años gozaba de una sólida y próspera independencia.

Y a cambio de todo ello había pagado un solo precio: su feminidad.

Era a la dura y severa Alice Hopkins, cuya boca ya no recordaba cómo se sonreía, sentada con sus pantalones de color caqui y su camisa de confección casera, el rostro tostado por el sol oculto bajo las anchas alas de un sombrero de hombre, a quien Arthur Treverton esperaba impresionar y conquistar en esa tarde de agosto, porque Alice se interponía entre él y Tim Hopkins, su hermano de diecisiete años, de quien Arthur estaba desesperadamente enamorado.

El desfile iba a celebrarse en los terrenos del hotel Norfolk. Debajo de los árboles había mesas cargadas de champán y viandas y se escuchaba la música de un gramófono. Eran principalmente jóvenes quienes habían construido las plataformas con ruedas y montarían en ellas, y en ese momento se afanaban dando los últimos toques a la indumentaria y comprobando los motores de los coches que remolcarían las plataformas, y sus risas y su excitación llenaban la fresca mañana de agosto.

—¿Estoy bien así, Mona? —preguntó Arthur a su hermana, alisándose con las manos la guerrera del uniforme que le habían prestado.

—¡Estás imponente! —contestó Mona, dándole un fuerte abrazo.

Mona pensó que era maravilloso que Hardy Acres júnior, hijo del banquero, prestase a Arthur su uniforme de los Rifles Africanos del Rey. Al ponérselo, la estatura de Arthur había parecido crecer dos palmos. Mona rogaba a Dios que su hermano hiciera un buen papel ese día. Abrir el desfile significaba tanto para él.

Arthur no tenía ni idea de que su hermana había hecho que a él le cupiese el honor de cortar la cinta. Al enterarse de que la distinción iba a concedérsele al sobrino del gobernador, y al ver la cara de envidia de su hermano al oír la noticia, había comenzado una campaña secreta para persuadir a su padre de que el privilegio de inaugurar la Avenida de Lord Treverton lógicamente debía corresponderle a un Treverton. Valentine había acabado cediendo, aunque Mona sabía que no era porque estuviese de acuerdo con ella, ni porque le importara lo que ella pensaba, sino porque ella sabía ponerse realmente pesada cuando abrazaba una causa. Mona sabía manejar a lord Treverton. No utilizaba el amor de su padre como medio de salirse con la suya, como lo hacían otras hijas, porque sabía que tal amor no existía. Lo que hacía Mona era persistir hasta que su padre, deseando que lo dejara en paz, daba su brazo a torcer.

Y al final su padre había confesado que, si bien no le atraía la idea de ver a su hijo galopando por Central Road con un sable, tenía que reconocer que al menos Arthur haría algo varonil, para variar.

El niño no sabía nada de todo esto. Mona lo protegía de las hirientes realidades de la vida y de gran parte de la decepción que causaba en su padre. Lo único que sabía



Arthur era que por alguna razón el gobernador había cambiado de parecer e invitado al honorable Arthur Currie Treverton a inaugurar las celebraciones en vez de conceder ese honor a su sobrino. De ello hacía ahora cuatro semanas y desde entonces Arthur parecía otro.

—Quedaré bien, ¿verdad? —dijo a su hermana mientras ella le arreglaba el cuello de la camisa.

—De maravilla.

—¿Y si me da un ataque?

—¡Imposible! No has sufrido ninguno desde hace un año, ¿verdad? ¡Oh, Arthur, estarás estupendo! ¡Me siento tan orgullosa de ti!

Arthur sonrió de oreja a oreja. No recordaba la última vez que alguien se había sentido orgulloso de él. Probablemente nunca. Adoraba a su hermana; Mona siempre se las arreglaba para darle confianza en sí mismo. Se alegraba de que ya no estuviera en la escuela y viviese siempre en casa. La esperanza secreta de Arthur era que Mona no se casara con Geoffrey Donald, porque entonces se trasladaría a Kilima Simba y él volvería a quedarse solo en Bellatu.

—¿Me harías un favor? —preguntó Arthur en voz baja, echando una mirada a la multitud que se preparaba para presenciar el desfile.

—Sabes que sí —Mona era capaz de hacer cualquier cosa por su hermano menor. Después de todo, con la madre de ambos viviendo su propia vida en el claro de los eucaliptos y el padre raramente en casa, en realidad lo único que tenían en el mundo era su compañía mutua. También Mona se alegraba de haber dejado la escuela y vivir en casa, y daba la coincidencia de que también ella pensaba que no quería casarse con Geoffrey Donald—. ¿De qué favor se trata, Arthur?

El muchacho se sacó un sobre de la manga y se lo puso en las manos.

—Dale esto a Tim, ¿quieres?

Mona se metió el sobre en el corpiño de su disfraz de mujer del harén. Mona hacía las veces de intermediaria entre los dos chicos. Se alegraba de que por fin Arthur tuviera un amigo, pese a lo que la gente murmuraba sobre su relación.

—El beso de la buena suerte —dijo, besando a su hermano en la mejilla. Luego, haciendo una pausa para mirarle, para mirar el rostro de muchacho tierno bajo la gorra de oficial, y pensando que cuidaría de él a partir de ese momento, Mona dio a su hermano un último abrazo y se fue en busca de Tim Hopkins.

El tema del desfile era la apertura de África por el hombre blanco. Aunque los británicos estaban presentes en la costa de Kenia desde hacía más de un siglo, el año 1887, ahora hacía cincuenta, había sido elegido como «fecha de fundación» porque fue el año en que se fundó en Mombasa la primera misión. Geoffrey Donald, que iría con Mona en la carroza Vasco de Gama, disfrutaba de una notoriedad sin par porque



su abuela había sido una de las primeras misioneras, mientras que su padre, sir James, nacido en 1888 del matrimonio entre la misionera y su esposo explorador, gozaba del honor singular de ser uno de los primeros hombres blancos nacidos en Kenia.

Vestido con un jubón isabelino y una chaqueta acolchada para representar al explorador portugués Vasco de Gama, Geoffrey dio la vuelta a la plataforma para inspeccionar el modelo de la ciudad de Malinda construido con cartón piedra, igual que los bosquecillos de palmeras cocoteras, y se dijo que ojala su padre hubiese podido asistir a las celebraciones de ese día. El desfile no era más que el principio de una semana de festejos y hubiera sido justo que sir James Donald pudiera disfrutar del prestigio y el reconocimiento que le correspondían legítimamente. Pero se había producido otro brote de melanuria en Uganda y sus padres estaban en la jungla, ayudando a las tribus afectadas por la enfermedad.

Terminó la inspección de la carroza, convencido de que era la mejor de todas y que sería una representación perfecta del encuentro histórico entre Vasco de Gama y el sultán de Malindi en 1498. Después de asegurarse de que el camión enganchado a la enorme plataforma con ruedas sería capaz de arrastrarla por Government Road, Geoffrey volvió a buscar a Mona entre la muchedumbre.

Divisó a la muchacha en el otro extremo del jardín, riéndose con Tim Hopkins. Geoffrey hizo una mueca y se preguntó por qué Mona malgastaba su tiempo con Tim Hopkins cuando no era ningún secreto que Tim sólo tenía ojos para el hermano de la muchacha.

Su enfado se disolvió al fijarse en el disfraz de Mona.

Debajo de la capa de seda rosa brillante que le cubría de la cabeza a los pies, Geoffrey podía distinguir la falda de mujer del harén, tan transparente, que casi se le veían las piernas. También podía ver el corpiño ceñido que era como el que usaban las mujeres asiáticas de Nairobi, con ribetes de oro y dejando las costillas al descubierto. Aunque era cierto que Mona llevaba el rostro recatadamente cubierto por un velo y que la capa color de rosa le cubría la cabeza y que no se le veía nada más, exceptuando las manos y los pies, Geoffrey se sintió levemente escandalizado al pensar que el disfraz era extremadamente atrevido y provocativo.

Tim Hopkins, que lucía un anticuado equipo de safari y un salacot Victoriano, debía representar al famoso explorador sir Henry Morton Stanley. En una carroza adornada con árboles y enredaderas de la jungla, Tim adoptaría una pose histórica con Hardy Acres júnior -en el papel de doctor Livingstone- conmemorando el día de 1871 en que el explorador encontró al doctor «perdido».

Geoffrey se acercó a Mona para hacerla volver a su carroza y procuró no entablar conversación con el guapo y joven Tim, que lo hacía sentirse decididamente incómodo. Pero resultó inevitable. Al verle, Tim le dirigió su brillante sonrisa y dijo:

— ¡Hemos estado hablando de las comparsas del Fuerte Jesús, Geoff!



— ¿Sí? Vamos, Mona, que el desfile está a punto de empezar.

— ¡Míralos, Geoff! —dijo Mona, señalando la plataforma que sostenía una reproducción de la balsa del fuerte costero. La escena representaba el año en que los portugueses fueron víctimas de la peste y los que subían a bordo con sus disfraces parecían estar interpretando su papel con bastante realismo.

— Anoche se pasaron un poco con el champán —dijo Tim—. ¡Todos tienen resaca!

Geoffrey tomó el brazo de Mona.

— Tu hermano está a punto de ponerse en marcha. Será mejor que subamos a nuestra plataforma.

— Pero si ni siquiera ha montado aún en su caballo —dijo Mona, tratando de soltarse y sonriendo para disimular su irritación. El espíritu posesivo de Geoffrey comenzaba a resultarle pesado—. Tengo que buscar a la tía Grace. Tiene un par de pendientes que completarán mi disfraz, ¡Recuerda que soy la esposa favorita del sultán! —volviéndose rápidamente para que Geoffrey no la viera, Mona se metió un papel doblado en el corpiño; Tim acababa de entregárselo para que se lo diera a su hermano después del desfile—. ¡Nos veremos en la plataforma, Geoff!

Grace se encontraba en la veranda del hotel, mirando con expresión preocupada hacia el cuartelillo de policía de King's Way, que estaba en la otra acera.

Al parecer, estaba pasando algo. Se advertía una actividad desacostumbrada en las proximidades del cuartelillo. Demasiados policías...

En la galería había bastantes personas además de Grace. Eran las que no tenían ningún asiento de tribuna ni ganas de quedarse de pie en la calle para ver pasar el desfile. Preferían sentarse cómodamente con sus ginebras y presenciar la salida. Sin quitar ojo del cuartelillo, Grace oía fragmentos de conversación.

— Digo yo que la invasión de Etiopía por los italianos es lo mejor que nos ha pasado —dijo la voz de un ganadero que Grace conocía—. Estoy ganando el dinero a espaldas suministrando carne al ejército italiano. Pregúntale a Geoffrey Donald. ¡Hacía años que su rancho no iba tan bien!

— A todos nos ha beneficiado —dijo su compañero—. Mientras a los italianos no se les ocurra seguir bajando e invadir Kenia.

— Ni lo pienses, Charlie.

— En Europa se está preparando una guerra. Ya lo verás.

Sobresaltada, Grace miró a los dos hombres.

«Se está preparando una guerra...»

— Si hay algo que no soporto —dijo otra voz desde el extremo más alejado de la galería— es un negro educado que sube de Nairobi vestido con un traje y luciendo una corbata chillona, hablando el inglés de la corte y creyendo saberlo todo.



Grace volvió a dirigir su atención al cuartelillo de policía, que era un edificio con tejado de cinc. David Mathenge estaba ahí dentro, entre rejas. Grace se había disgustado al enterarse de su detención la semana anterior, ya que sabía lo mucho que el jefe Muchina odiaba al muchacho y el trato que daban en la cárcel a ciertos prisioneros «especiales». Grace sentía afecto por el hijo de Wachera; lo había visto crecer y convertirse en un joven excelente y educado. David nunca había mostrado amistad por Grace, pero existía una especie de respeto cauto entre ellos. Siempre que lo veía, Grace recordaba, sin poderlo evitar, la noche de la primera fiesta de Navidad en Bellatu, hacía casi dieciocho años ya, y la trágica muerte del jefe Mathenge.

«Se parece mucho a su padre», pensó en ese momento.

Un camión se detuvo delante del cuartelillo y varios hombres uniformados y armados subieron a la caja. Mientras el vehículo se alejaba velozmente calle abajo, Grace sintió crecer su ansiedad.

¿Se preveían complicaciones?

Un oficial salió por la puerta principal del cuartelillo, ajustándose la gorra y dando órdenes a alguien que estaba dentro. Cuando echó a andar calle abajo Grace lo llamó.

—Buenos días, doctora Treverton —dijo el oficial, acercándosele.

—¿Puede decirme qué es lo que pasa, teniente?

—¿Pasar?

—Sus hombres parecen especialmente ajetreados esta mañana. ¡No puede ser por el desfile!

El teniente sonrió.

—Oh, no es nada que deba preocuparla, doctora. Sólo un asuntillo de los nativos del interior. Lo estamos investigando.

—¿Qué clase de asuntillo?

—Nos informaron que había una concentración de indígenas kikuyu en las afueras de Nairobi. Dicen que han venido de todas partes. Algunos de sitios tan al norte como Nyeri y Nanyuki. Ahora mismo nos dirigíamos hacia allí para vigilarlos.

Grace sintió frío. Los kikuyu llegaban de sitios tan alejados como Nyeri.

—¿Qué supone usted que significa eso?

—¿Quién sabe? Pero le aseguro que no hay por qué preocuparse, doctora. Nos encargaremos de que no echen a perder el desfile. Buenos días tenga usted.

Mientras lo veía alejarse, Grace no pudo sacudirse de encima la impresión de que debajo de la sonrisa y de la tranquilidad había un policía muy preocupado.

—¡Ah, estás ahí! —dijo una voz a sus espaldas.



Al volverse, Grace vio que su sobrina aparecía en la galería envuelta en una nube de seda rosa, los ojos sonriendo por encima del velo que le cubría el rostro. Grace también vio que algunos hombres volvían la cabeza.

—Deberías ir al Stanley, tía Grace. El desfile va a empezar de un momento a otro.

Grace consultó su reloj. Había ido al Norfolk con Mona y Arthur para ayudarles con los disfraces y las carrozas. Tenía reservado un asiento en las tribunas, y ya era hora de ir a aparcar el coche en las calles de atrás para estar presente cuando Arthur cortase la cinta que iba de una a otra acera de la Avenida de Lord Treverton.

—¿Qué ocurre, tía Grace? Te veo deprimida. Si estás preocupada por Arthur, ¡olvidálo! Está tan bien. Deberías verle montado en su caballo. ¡El uniforme le ha dado muchísima confianza en sí mismo! Estoy impaciente por ver la cara que pondrá esta noche cuando vea la sorpresa que tengo para él.

—¿Qué sorpresa? —preguntó Grace, distraída.

—¿No te acuerdas? ¡El rifle para cazar elefantes!

—Ah, sí. Pero no estaba pensando en Arthur —Grace pensaba en la desacostumbrada actividad de la policía, en la concentración de kikuyus en las afueras de la ciudad, y se daba cuenta de que no podía tratarse de una coincidencia en el día del gran desfile. Los africanos tramaban algo...—. Pensaba en David Mathenge —dijo—. Está en esa horrible cárcel.

La sonrisa de Mona se esfumó durante unos instantes. Miró hacia el cuartelillo y una expresión sombría e intensa apareció fugazmente en su cara; luego volvió a sonreír.

—¿Qué te parece mi disfraz? —preguntó, dando la vuelta.

Grace sonrió forzosamente. El atuendo de Mona le parecía demasiado indecente. Pero en seguida se recordó a sí misma que estaban en 1937 y que los jóvenes de ahora eran muy diferentes de los de sus tiempos. Además, Mona no había podido elegir el papel que representaría en el desfile. Las mujeres que iban en las plataformas habían tenido trabajo para encontrar personajes históricos del pasado de Kenia que pudieran representar, a menos que, como Sukie Cameron, se disfrazaran de hombre. Había más que suficientes hombres en la historia de África, desde sultanes y exploradores hasta comerciantes y cazadores, pero las mujeres se encontraban tristemente ausentes, como si no hubieran existido. De manera que Mona y sus amigas habían tenido que conformarse con papeles tan deslucidos como el de mujeres del harén y esposas de hombres famosos.

Ningún africano tomaría parte en el desfile y tampoco se representarían figuras históricas africanas.

—Vámonos, pues —dijo bruscamente Grace, volviendo la espalda al cuartelillo de policía y a su creciente preocupación—. ¡Vamos a llevarte al harén antes de que a Vasco de Gama le dé un ataque!



* * *

En ese mismo momento, Arthur, que se disponía a montar en su caballo, tenía exactamente la misma preocupación: un ataque.

No le había dado ninguno desde hacía más de un año. Los sencillos bromuros y sedantes de la tía Grace eran un paliativo maravilloso para su enfermedad incurable. A pesar de ello, la amenaza de un ataque se cernía día y noche sobre Arthur Treverton como un hacha pendiente de un hilo. Nunca sabía cuándo le iba a dar uno, qué lo provocaría, dónde estaría al desplomarse, y ante quién quedaría en ridículo. Por estas razones Arthur nunca había ido a la escuela, no podía viajar solo a ninguna parte, tenía prohibido manejar armas de fuego y jamás le permitirían hacer el servicio militar. Arthur soñaba con hacer todas estas cosas algún día.

Más que los preceptores particulares, lo que le molestaba era perderse la camaradería de los chicos, pertenecer a clubs y formar parte de equipos de rugby. Tampoco le importaba que las niñeras lo vigilaran cuando iba de safari; lo que sí le fastidiaba era que su padre no le permitiera ir armado. En cuanto al ejército, tenía que descartar toda idea de que le admitiesen. Arthur pensaba que era indigno del hijo de un conde no tener colores de la escuela ni trofeos, cuernos de búfalo o colmillos de elefante cobrados por él mismo, ni tener la más remota posibilidad de recibir medallas por sus servicios en la guerra. Algún día Arthur sería lord Treverton y sabía que iba a sentirse como un impostor.

Como se sentía en ese momento, vestido con el uniforme que le habían prestado. Nunca poseería un uniforme igual, nunca entraría en combate -aunque todo el mundo decía que en Europa no tardaría en haber otra guerra- y jamás le darían la oportunidad de demostrarle al mundo que dentro del muchacho epiléptico se escondía un hombre.

Por todos estos motivos, Arthur detectaba su debilidad física y había sido desgraciado toda la vida. Hasta el día que conoció a Tim Hopkins.

Había sido durante la semana de carreras del año anterior. Arthur había ido a Nairobi con su padre y Geoffrey Donald, que tenían caballos inscritos en todas las carreras, y había conocido a Tim en la tienda donde se servían refrescos. La amistad había empezado de un modo incierto y tentativo entre el chico de catorce años y el de dieciséis, pues ambos eran dolorosamente tímidos y estaban poco acostumbrados a trabar conversación con desconocidos. Pero luego, mientras bebían té y comían bizcochos, poco a poco habían descubierto algo de lo más asombroso: que tenían muchas cosas en común.

A raíz del presunto asesinato de sus padres a manos, según los rumores, de borrachos de la tribu wakamba, la testaruda hermana de Tim, Alice, había sacado al pequeño de once años de la escuela y le había puesto a trabajar, pues se proponía salvar el rancho. Durante los años siguientes Tim había recibido una educación esporádica de diversos preceptores, no había podido ingresar en ningún club o



equipo deportivo, nunca había participado en safaris de caza sólo por los trofeos, y ahora, por culpa de una debilidad pulmonar causada por los años de arduo trabajo en la infancia, se hallaba exento del servicio militar.

Arthur y Tim habían notado inmediatamente algo conocido y consolador el uno en el otro y en seguida se habían hecho grandes amigos.

Pero durante el último año ciertos obstáculos habían impedido el desarrollo de su relación. La hermana de Tim, Alice, protegía ferozmente al muchacho y sentía celos de cualquiera que buscara el cariño y la atención de Tim; y el padre de Arthur, Valentine, pensaba que Tim Hopkins era demasiado vulgar, de extracción demasiado humilde, para su hijo. Así que los muchachos robaban momentos cuando podían: durante las celebraciones del cumpleaños del rey, en todas las semanas de carreras de Nairobi, en la víspera de Año Nuevo en el Norfolk, y hacía sólo un mes, cuando toda Kenia había acudido al lago Naivasha para presenciar la llegada del primer hidroavión de la Imperial Airways procedente de Inglaterra.

Incluso se carteaban. Y era una carta en particular la que había empujado al padre de Arthur a darle una paliza con el cinturón al mismo tiempo que le prohibía volver a ver a Tim Hopkins.

Arthur pensó en ello en ese momento, sentado en su caballo, guapo y deslumbrante con el uniforme de otro, esperando que las campanas de la iglesia dieran la hora, momento en que comenzaría su histórico paseo a caballo por Government Road.

«¿Y si me da un ataque? ¿Y si me caigo delante de Tim? ¿Se escandalizará? ¿Sentirá repugnancia? Debería habérselo dicho...»

El amor que Arthur sentía por Tim no podía expresarse con palabras. Era la razón de la paliza que le propinara su padre. Lord Treverton había encontrado la carta dirigida a Tim y se había puesto furioso al leer la palabra «amor». Había sido el detonante de la paliza que Arthur había recibido sin alzar un brazo para defenderse, pues no entendía por qué su padre gritaba tanto, acusándole de algo antinatural y usando palabras que Arthur nunca había oído. Había recibido los golpes sin protestar y había llorado hasta muy entrada la noche, las señales rojas quemándole la espalda. Había intentado comprender lo ocurrido, y lo mismo hacía en ese momento. Pero lo único que sacaba en claro era el amor mutuo que Tim y él se tenían, la admiración, el vínculo de lo compartido, la fuerza que se daban el uno al otro, y el solaz que intercambiaban en un mundo hostil y confuso. Era la única cosa que finalmente proporcionó felicidad a Arthur Treverton en su vida solitaria y desconcertada.

En los últimos segundos que precedieron al comienzo de su espectacular paseo hasta la cinta roja, Arthur decidió que, exceptuando la amistad de Tim, nada significaba tanto para él como la aprobación de su padre. Quería una oportunidad de demostrarle al conde que era un hombre y no un «marica», como decía su padre.



Arthur deseaba con desesperación que le dieran la oportunidad de hacer algo más heroico que cortar una cinta.

Al oír murmullos en las plataformas que tenía detrás, Arthur se volvió en la silla de montar y vio que la gente se dirigía hacia el lugar donde iba a celebrarse el desfile. Miró su reloj y vio que era tarde. Había estado soñando despierto mientras esperaba oír las campanas de la iglesia y no se había dado cuenta de que el momento previsto llegaba y se iba sin que las campanas sonaran.

—¿Qué pasa? —preguntó a Geoffrey Donald.

—No lo sé. Pero parece que ocurre algo. Iré a ver.

Arthur vio que su hermana se encaramaba a un minarete de su plataforma, la seda color de rosa revoloteando a impulsos de la brisa, y que hacía visera con una mano para mirar por encima de las cabezas del gentío.

—¿Qué es, Mona? —preguntó.

—No consigo distinguirlo. Parece que hay algo que baja por la calle. La policía...

Unos lejanos gritos de ira hicieron callar al público. Los espectadores se miraron unos a otros mientras algunos hombres saltaban de las plataformas y se apeaban de los camiones. Un hombre apareció corriendo y todos le reconocieron: era el que tenía que hacer sonar las campanas de la iglesia.

—¡Los he visto! —exclamó el hombre—. ¡Desde el campanario! ¡Los negros marchan sobre Nairobi! ¡Los hay a miles!

Estalló el caos y Arthur trató de dominar su caballo mientras la gente empezaba a salir corriendo de los jardines del hotel.

—¡Mona! —llamó Arthur—. ¿Ves algo?

—Todavía no. Es difícil... —se quitó la mano de la frente—. ¡Oh, Dios mío!

—¿Qué ocurre?

—¡Vienen por King's Way! Parece que se dirigen hacia el cuartelillo de la policía.

—¿Qué quieren?

—No consigo verlo. Pero llevan pancartas. Ayúdame a bajar de aquí, ¿quieres, Arthur?

Arthur galopó hasta la plataforma que representaba Malindi, en la que ya no quedaba nadie excepto la joven esposa del harén, a quien se le cayó el velo, dejando la cara descubierta, al bajar apresuradamente del minarete del palacio del sultán. Mona subió a la grupa del caballo de su hermano y salieron a la calle delante del hotel Norfolk, donde encontraron un cordón de policías armados con fusiles que cortaban el paso.



Arthur y Mona se quedaron detrás de la multitud y a lomos del caballo contemplaron el avance lento e ininterrumpido de una gran muchedumbre que bajaba por la calle. Cuando los africanos estuvieron más cerca los europeos pudieron ver que el hombre del campanario había dicho la verdad: eran miles.

Mona apretó con fuerza la cintura de su hermano.

A pesar de su número, los kikuyu marchaban en silencio y ordenadamente, con decisión, hacia el cuartelillo de la policía; algunos llevaban pancartas en las que se leía LIBERTAD PARA DAVID MATENGHE Y UNA UNIVERSIDAD PARA LOS AFRICANOS. Mona quedó asombrada al ver su aparente organización y su silenciosa cohesión, pues creía que los africanos eran incapaces de ello. Entonces vio que la probable razón marchaba a la cabeza de la multitud: una joven a la que Mona reconoció porque en otro tiempo era alumna de la escuela primaria de la tía Grace.

La gran masa de africanos que seguían a Wanjiru era temible en su silencio. Unificados de esta manera, como el hombre blanco nunca había visto, representaban una amenaza temible y colectiva que heló la sangre de todos los policías que formaban el cordón. Aunque había mujeres y niños entre el gentío, y ninguno de los africanos iba armado, y ninguno gritaba ni hacía gestos amenazadores, el terror cundió entre los europeos que se encontraban en el otro extremo de la calle.

Mona contemplaba la escena como si estuviera hechizada, preguntándose cómo lo habrían conseguido; qué misteriosa red de comunicaciones había llegado a todos los rincones de la provincia y reunido a tanta gente para un único propósito. También se preguntó qué los uniría y controlaría en ese momento. Miró con atención a la joven que iba a la cabeza de la multitud que avanzaba. Caminaba con orgullo y había rebeldía y valor en sus andares, en el movimiento de sus brazos largos. Y cuando alzó la mano para que la multitud se detuviera y pidió a voz en grito que pusieran en libertad a David Mathenge, había algo en su voz que los europeos nunca habían oído en un africano.

El silencio se enseñoreó de la escena. Los policías apuntaban con sus fusiles, el dedo en el gatillo; los europeos miraban; los africanos esperaban.

Entonces se oyó un ruido lejano, el motor de un coche que se aproximaba a toda velocidad, por detrás de los europeos. Arthur tiró de las riendas para que el caballo se hiciera a un lado y la gente se apartó para dejar paso al gobernador y a Valentine Treverton. Mona miró a su padre cuando pasó por delante de ella. ¡Con qué decisión caminaba directamente hacia una crisis, sin el menor asomo de miedo!

El gobernador subió los escalones del cuartelillo y miró con severidad el mar de cabezas africanas que se extendía ante él; parecía un padre amonestando a sus hijos.

—Vamos, vamos —dijo—. ¿Se puede saber a-qué viene todo esto?

Wanjiru dio unos pasos al frente.

—¡Dadnos a David Mathenge! —gritó.



El gobernador no salía de su asombro. ¿Una chica conducía a la multitud?

—Vamos a ver. Sabéis que esto no os está permitido. Id todos a casa.

—¡Dejad en libertad a David Mathenge! —insistió Wanjiru.

Valentine se colocó al lado del gobernador y miró a la multitud con expresión ceñuda.

—¿Creéis que es forma de hacer las cosas? ¿Con una demostración de fuerza?

Wanjiru avanzó hasta el pie de los escalones, apoyó las manos en las caderas y dijo:

—¡Os estamos hablando en el único lenguaje que conocéis! ¡La fuerza es lo único que entendéis! —habló de modo convincente, con el terso y melodioso acento británico del africano educado—. Así es cómo votamos los kikuyu. No metemos papelitos en una caja secreta, como hacéis vosotros, que teméis expresar vuestras opiniones. Nosotros lo hacemos abiertamente. Votamos mostrándonos. Y lo que hemos votado es que pongáis en libertad a David Mathenge.

—Su detención fue completamente legal —dijo el gobernador.

—¡No es verdad! —Wanjiru se sacó un papel del bolsillo y lo agitó ante los dos hombres blancos—. Esto es lo que estaba haciendo David Mathenge cuando Muchina lo detuvo. ¡En este papel se pide una universidad para los africanos en Kenia! ¡David Mathenge estaba actuando pacíficamente y dentro de la ley cuando Muchina ordenó que se lo llevasen encadenado! ¡No tenéis ningún derecho a encarcelarle!

Mona sintió que el pulso se le disparaba al escuchar la voz de Wanjiru. Vio la pasión que había en la actitud de la muchacha y pensó:

«Está enamorada de David».

Mona miró las caras negras que llenaban toda la calle y se perdían de vista al doblar la esquina y se sintió amenazada y excitada al mismo tiempo. Tenía la sensación de ser testigo de algo profundamente significativo.

—¡Dadnos nuestra universidad! —exclamó uno de los kikuyu.

Los demás asintieron con la cabeza a la vez que se oía un murmullo bajo y la multitud empezaba a moverse nerviosamente.

—Santo Dios —dijo Arthur en voz baja a su hermana—, dudo que esa chica pueda contenerlos mucho más tiempo. A la más mínima esta gente se desmandará y entonces habrá derramamiento de sangre.

El gobernador hizo una señal a un oficial que se encontraba en el porche y le susurró algo. El hombre saludó y se alejó apresuradamente.

—Os lo digo por última vez —dijo el gobernador—. Enviadme una delegación. Elegid a tres o cuatro hombres entre vosotros y escucharé vuestras quejas. ¡No pienso tolerar más amenazas!



—¡Vosotros sois los que nos amenazáis! —exclamó Wanjiru—. ¡Con vuestros policías y vuestras leyes y vuestros impuestos! No tenéis ningún derecho a prohibir nuestras costumbres tribales. ¡No tenéis ningún derecho a prohibir que celebremos nuestros cultos ante las higueras sagradas ni que circuncidemos a nuestras muchachas! ¡Nos amenazáis con borrar por completo nuestra forma de vida! ¡Nos amenazáis con hacer desaparecer nuestra raza! Si no nos dais lo que queremos, convocaremos una huelga general. Todos los africanos de Kenia se sentarán con los brazos cruzados. ¡Tú! —señaló a Valentine con un dedo acusador—. ¡Mañana te levantarás y pedirás a tu criado que te sirva el té! ¡Y te quedarás sin té!

El gobernador hizo un gesto de impotencia.

—Los hombres blancos irán a sus oficinas —continuó Wanjiru— y se encontrarán sin empleados que les hagan el trabajo. Las memsaabs llamarán a sus criadas africanas, pero se habrán ido.

—¡Os doy un minuto para que despejéis la calle!

—Mira allí arriba, Mona —dijo Arthur en voz muy baja.

Mona alzó la mirada y vio soldados apostándose en el tejado del cuartelillo de policía y detrás de las paredes del recinto. Un camión se acercó en silencio; en su caja había una ametralladora.

—Cielo santo —susurró.

—Será mejor que nos marchemos de aquí.

—¡Mira, Arthur! ¡Ahí detrás pasa algo!

Al volverse, Arthur vio lo que ninguno de los europeos ni los policías habían visto: una actividad sospechosa y furtiva tenía lugar detrás de la cárcel.

—¿Qué crees que será? —preguntó Mona.

—Me imagino que tratan de sacar a David Mathenge de la cárcel —entonces Arthur vio algo más: Tim Hopkins, con su disfraz de Stanley y su fusil, avanzaba lentamente, sin ser observado, hacia la parte posterior de la cárcel.

Mona empezaba a sentirse asustada de verdad.

—¿No te parece que deberíamos advertir a la policía?

—No. Podríamos provocar una matanza general. Tim ha tenido una buena idea — Arthur tiró de las riendas y condujo su caballo hasta el hotel Norfolk, donde depositó a su hermana en la galería.

—¿Qué vas a hacer? —preguntó Mona en un susurro.

—Entra en el hotel, Mona, y si hay tiros, no salgas. ¿Me has oído?

—¡Arthur! Quédate aquí, por favor. No te metas.



—Voy a ayudar a Tim, Mona. Podemos impedirselo discretamente y evitar un incidente.

—¡No vayas, por favor, Arthur!

Arthur dio media vuelta y se alejó.

Mona vio que obligaba al caballo a andar despacio para no llamar la atención. De pronto su hermano le pareció terriblemente joven y terriblemente viejo al mismo tiempo. Su rostro era tan terso y dulce, todavía el de un adolescente, pero la expresión de sus ojos y el tono de su voz le dijeron que Arthur había crecido en cuestión de unos minutos.

Vio que daba la vuelta al grupo de europeos y se acercaba subrepticamente a la parte posterior de la cárcel, mientras seguía escuchando al gobernador y a Wanjiru, que todavía discutían acaloradamente. De pronto Mona comprendió lo que pasaba. Ése era el objetivo de la muchacha: distraer la atención de las autoridades mientras unos cuantos de los suyos liberaban a David.

Asustada y preocupada por su hermano, Mona se ajustó la capa color de rosa, miró a su alrededor para asegurarse de que nadie la observaba, y echó a andar en la misma dirección que su hermano, hacia la parte de atrás de la cárcel.

Mientras Wanjiru, a sus diecisiete años, seguía asombrando a su propia gente y a los europeos con su oratoria, David Mathenge hacía su primer intento por recobrar la libertad.

Como la mayoría de los policías tenía la atención puesta en la calle, a los amigos de David les había resultado fácil dominar a los centinelas, llegar a la celda de David y sacarle de ella. Sacarle del recinto sin ser atrapados, no obstante, era otra cosa. Porque David no podía andar.

Lo habían torturado.

No aquí, en la cárcel del hombre blanco, sino en el norte, en Karatina, en una choza situada en las tierras del jefe Muchina. Unas heridas en los pies, que el médico de la policía había vendado sin hacer preguntas, casi le impedían andar. Dos camaradas lo sostuvieron por los brazos y echaron a correr, medio arrastrándolo, hacia la puerta donde cuatro policías, africanos al servicio del rey Jorge, yacían sin conocimiento. Un grupo de kikuyu jóvenes, empuñando garrotes y cuchillos tribales, aguardaba ansiosamente al otro lado de la puerta, vigilando el extremo del callejón, donde la multitud de africanos se arracimaba alrededor de Wanjiru.

El aire parecía crepitar a causa de la tensión. Las palabras de Wanjiru encendían la sangre de sus oyentes africanos. Los jóvenes no apartaban los ojos del bloque de celdas, esperando a David y sus amigos; también miraban con frecuencia a los soldados de los tejados, que apuntaban con sus fusiles a la muchedumbre que llenaba la calle.



Oyeron que el gobernador volvía a gritar, ordenando a la gente que se dispersara, y añadiendo esta vez la amenaza de abrir fuego si no le obedecían.

El reducido grupo que esperaba detrás de la cárcel daba muestras de inquietud. Sentían las armas en las manos, el calor en las venas. Tenían órdenes de sacar a David Mathenge rápidamente, sin ser vistos, y llevarle a un escondrijo en las montañas. Pero los jóvenes impetuosos comenzaban a oír, no las órdenes de una simple muchacha, sino el tronar de su propia hombría. Eran jóvenes africanos que jamás habían conocido la guerra, que habían nacido demasiado tarde para experimentar el orgullo y la excitación de ser guerreros, que ahora, de repente, odiaban a los hombres blancos que les habían quitado las lanzas a sus padres.

Y por esto perdieron el dominio de sí mismos cuando en el callejón apareció un joven europeo que iba solo y empuñaba un rifle.

Varias cosas sucedieron simultáneamente. La pandilla de jóvenes cayó sobre Tim Hopkins con garrotes y cuchillos en el momento en que sacaban a David Mathenge del recinto y Arthur Treverton aparecía en el extremo del callejón, a pie, desenvainado el sable con que tenía que cortar la cinta.

Hubo un momento de confusión, que más adelante ninguno de los participantes podría aclarar a las autoridades, durante el cual Arthur, al ver que Tim caía bajo los golpes y las patadas, cargó como un loco contra el grupo de africanos.

—¡No! ¡Deteneos! —gritó David Mathenge y vio que el segundo muchacho blanco caía también.

Soltándose de los dos hombres que le sostenían, David echó a andar con pasos vacilantes hacia el lugar donde luchaban, tratando de sujetar a sus amigos enloquecidos y gritándoles que se calmasen. Vio que una daga se alzaba y caía vertiginosamente; trató de detenerla, pero no lo consiguió y cayó de rodillas junto al cuerpo de Arthur. Horrorizado, David vio que la daga se clavaba en la espalda del muchacho blanco. La asió por el mango y la arrancó.

Se oyó un grito en el extremo del callejón y los jóvenes se volvieron hacia allí, sobresaltados.

Una muchacha blanca, vestida como una memsaab asiática, se encontraba en la entrada del callejón, con los ojos muy abiertos, las manos sobre la boca.

Los africanos se separaron y emprendieron la huida. Dos saltaron una pared, los demás pasaron corriendo junto a Mona y se mezclaron con la multitud de la calle. Mona se quedó mirando fijamente a los dos muchachos blancos tendidos en el suelo y a David Mathenge, que estaba arrodillado junto a su hermano, con una daga ensangrentada en la mano.

Sus ojos se cruzaron.



El tiempo se detuvo unos instantes mientras David Mathenge y Mona Treverton se miraban fijamente. Luego, acordándose de repente, los dos compañeros de David se le acercaron corriendo y tiraron de él hasta ponerle de pie.

David se detuvo para mirar a Mona con ojos llenos de dolor. Abrió la boca, pero no pudo decir nada. Luego sus amigos lo obligaron a andar y, justo en el momento en que en la calle llamaban a gritos a la policía y daban la voz de alarma, David echó a correr, dejando a Mona con el cuerpo de su hermano.



CAPÍTULO 31

Grace dejó el bisturí y alargó la mano pidiendo una pinza hemostática. Miró a su enfermera instrumentista y exclamó:

— ¡Rebecca! ¡Una pinza, por favor!

La mujer alzó la mirada de la cubeta de los instrumentos, sobresaltada. Musitó unas palabras pidiendo disculpas y colocó la pinza en la mano de Grace, luego, azorada, apartó la vista rápidamente.

Grace frunció el ceño. No era propio de Rebecca distraerse durante una operación. Era una de las mejores enfermeras instrumentistas del hospital, vigilante y entregada a su profesión, orgullosa de ser la única mujer africana de la provincia capaz de ayudar en las operaciones de cirugía. Pero esa mañana, mientras trabajaban bajo la luz del sol de octubre, Rebecca estaba distraída de un modo muy poco característico en ella.

— Otra pinza, por favor. Deberías dárme las sin necesidad de que te las pidiese.

— Perdone, memsaab Daktari.

— ¿Te ocurre algo, Rebecca? ¿Deseas que te releven?

— No, memsaab Daktari.

Grace trató de leer en los ojos de la enfermera. Gran parte del rostro quedaba oculto por la mascarilla blanca, pero los ojos, que evitaron cruzarse con los de Grace, revelaban un estado de ánimo sumamente emotivo.

Otra de las razones que habían empujado a Grace a seleccionar a esa mujer kikuyu para la labor quirúrgica era su temperamento estable, unido a su serenidad en los momentos críticos. Sin embargo, esa mañana Rebecca daba muestras de agitación y de pronto Grace se sintió preocupada.

— La seda para las suturas, por favor, Rebecca — dijo Grace, tendiendo la mano en busca de algo que debería haber recibido sin necesidad de pedirlo. La operación era una histerectomía normal y corriente. Grace y Rebecca habían hecho muchas juntas, tantas, que a menudo Grace no necesitaba pronunciar ni una palabra durante toda la operación.

Pero ahora, con sorpresa y preocupación crecientes por parte de Grace, Rebecca confesó que se le había olvidado poner seda en la cubeta de instrumentos.



—Quizá sería mejor que te sustituyeran —dijo Grace, señalando a la otra enfermera africana que se hallaba presente en el quirófano. Era el miembro del equipo que no tenía un puesto fijo junto a la mesa esterilizada—. Tráeme seda para las suturas. Date prisa —le dijo Grace—. Y luego mira si hay alguien que pueda sustituir a Rebecca.

Al ocuparse nuevamente de la herida, Grace no vio que las dos enfermeras cambiaban una mirada secreta, preocupada.

* * *

—Rebecca —dijo Grace mientras se quitaba la bata blanca y los guantes—. Quiero hablar contigo.

La enfermera estaba limpiando el quirófano con gestos bruscos, chapuceros. No habían encontrado a nadie que pudiese sustituirla y se había quedado durante toda la histerectomía, cometiendo demasiados errores.

—¿Rebecca? —volvió a decir Grace.

—Sí, memsaab Daktari —dijo la mujer, sin volverse.

—¿Tienes problemas en casa? ¿Dificultades con tus hijos?

Rebecca tenía cuatro chicos y tres chicas, de edades comprendidas entre uno y catorce años; su marido la había abandonado durante el último embarazo para irse a vivir en Nairobi. Durante todos los años que llevaba trabajando con Grace en la misión, desde que se graduara en la nueva escuela secundaria para muchachas hasta su aprendizaje con Grace y sus años de trabajar en el quirófano, Rebecca había sabido evitar que su vida personal se entrometiera en su trabajo. Pero ahora Grace sospechaba que las responsabilidades de cuidar ella sola a la familia empezaban a afectarla.

Sin embargo, Rebecca se volvió hacia Grace y dijo:

—No, memsaab Daktari. No hay ningún problema en casa.

Grace intentó pensar. Recordó que esa mañana no era la primera en que Rebecca se comportaba de un modo extraño. Súbitamente, Grace recordó que, de hecho, Rebecca había empezado a cambiar más o menos el día de la gran protesta en Nairobi, hacía ya dos meses. Al pensarlo, Grace estuvo segura de que fue entonces cuando Rebecca había empezado a comportarse de una forma extraña, a los pocos días de aquella tarde terrible del asesinato de Arthur Treverton y la milagrosa fuga de David Mathenge. ¿Sería eso lo que preocupaba a Rebeca ahora? ¿Sentiría remordimientos de conciencia a causa de la temeridad de un puñado de los suyos?

Rebecca Mbugu era una cristiana devota que iba a la iglesia en Nyeri todos los domingos y colaboraba en numerosas obras de caridad. Todos sus hijos estaban bautizados e iban a escuelas de las misiones. El brutal asesinato de Arthur Treverton y la cobarde fuga de David Mathenge habían escandalizado y avergonzado a muchos



kikuyu como Rebecca. A partir de aquel día la unidad dentro de la tribu parecía haberse roto; Wanjiru perdió una parte de su influencia y los africanos habían vuelto tranquilamente a sus granjas.

El impacto de aquel día parecía haber sido especialmente fuerte para Rebecca y Grace pensó que quizás había formado parte de la multitud que protestó en King's Way.

Grace se acercó a la enfermera, apoyó una mano en su hombro y dijo:

—Si alguna vez necesitas hablar, Rebecca, o si necesitas algún otro tipo de ayuda, sabes que mi puerta siempre está abierta.

Al salir del quirófano, Grace volvió a perderse la mirada que cruzaron las dos enfermeras africanas.

La Misión Grace Treverton abarcaba casi ocho hectáreas y consistía en edificios de piedra que alojaban las escuelas primaria y secundaria, el hospital, el dispensario, el dormitorio de las enfermeras y el cobertizo para el mantenimiento de los vehículos. En el centro de estas edificaciones, que parecían una ciudad pequeña, se alzaba la imponente casa de Grace. Ocupaba el lugar donde en otro tiempo estuviera el bungalow, pero era mucho más espaciosa y había sido construida, después del incendio, para que fuese permanente.

Al cruzar la amplia extensión de césped que separaba los edificios, Grace saludó con la mano a las personas que la llamaron y oyó que en una de las aulas los niños cantaban: *Oid MacDonald ana shamba...*

Grace tenía muchas cosas en que pensar: en los Estados Unidos habían inventado una vacuna contra la fiebre amarilla; sus experimentos con cloral para el tratamiento del tétano; la necesidad de contratar a un técnico de laboratorio con dedicación completa; su proyecto de viajar al interior del África Ecuatorial francesa en Navidad. James Donald, durante un viaje al Gabón el año anterior, había conocido al doctor Albert Schweitzer, a quien había dado un ejemplar del manual de sanidad rural que escribiera Grace, *Cuando el médico es usted*. El doctor Schweitzer había escrito una carta a Grace elogiando su libro e invitándola a visitarlo en su clínica de Lambarené. Y como tenía el cerebro ocupado por todo esto, Grace no observó nada extraño en esa luminosa mañana de octubre.

Entre otras cosas, en el recinto de la misión reinaba un silencio desacostumbrado.

Subió los escalones de la galería, donde las fucsias importadas de California empezaban a echar hojas, y miró a su alrededor, desconcertada. Tenía por costumbre tomar té a media mañana en la galería, mientras echaba un vistazo al correo del día, y Mario nunca se olvidaba de tener la mesa puesta y la tetera abrigada. Pero la mesa aparecía desnuda, ni siquiera cubierta con un mantel blanco, y el correo de la mañana no estaba encima de ella.

—¿Mario? —llamó Grace.



No hubo respuesta.

Entró en la sólida tranquilidad de su espaciosa y majestuosa sala de estar.

— ¿Mario? — volvió a llamar.

La casa se hallaba sumida en silencio. Grace entró en la cocina y vio que ni siquiera la marmita estaba preparada. La llenó de agua y la puso en el fogón, luego regresó a la sala de estar, donde encontró el correo de la mañana en una mesa grande y ornamental desde la que se divisaba el jardín de atrás.

Preguntándose dónde estaría Mario, del que cabía fiarse tanto como del amanecer, Grace echó una ojeada a los sobres.

Desde hacía ocho años James Donald tenía por costumbre escribir a Grace por lo menos una vez al mes, pero su última carta tardaba mucho, y no estaba entre las de esa mañana.

Con todo, Grace se llevó una grata sorpresa al encontrar un cheque de su editor de Londres con una carta en la que decía que, habida cuenta de los progresos de la medicina y la ciencia, tal vez era conveniente que Grace pusiera al día su manual para una nueva edición.

El correo contenía otra buena noticia: una carta del banco la informaba de que el depósito anónimo que cada año hacían en su cuenta, y que llevaba varios años sin ser aumentado, acababa de ser multiplicado por dos. Grace pensó que sin duda el rancho Donald, bajo la hábil administración de Geoffrey, marchaba viento en popa.

Dejó las demás cartas sobre la mesa, al lado de su diario, y llamó por tercera vez. Pero Mario no estaba en casa.

Al volver a la cocina para preparar el té, vio un periódico sobre la mesa, la última edición del *East African Standard*, que había llegado esa misma mañana y aún no había podido leer. Cuando vio el titular de la primera página dejó la tetera y tomó el periódico.

— ¡Oh, Dios mío! — musitó. Luego, pensando en Mona, dobló el periódico y salió corriendo.

* * *

Entró en la casa grande por la puerta de atrás y se sorprendió al ver que no había nadie en la cocina, que los fogones estaban fríos. En el imponente comedor el reloj de caja dejaba oír fielmente su tictac en medio del silencio opresivo. La sala de estar aparecía oscura y sombría; las cabezas de impalas y búfalos miraban los sofás y las sillas que nadie había utilizado desde hacía semanas. Las superficies relucientes y la plata bruñida eran la única prueba de la presencia de un ser humano que, provisto de escoba y trapo de limpiar, pasaba alguna vez por ella.

Grace se detuvo para escuchar. Bellatu estaba tan silenciosa y era tan poco acogedora como un mausoleo. Sabía que Valentine, abrumado por el dolor tras la



muerte de su hijo, estaba cazando leones en Tanganika y que Rose hacía frente a su desgracia del único modo que sabía: en su claustro del claro de los eucaliptos. Pero, ¿dónde estaba Mona?

Oyó un ruido y, al volverse, vio que, después de todo, la sala de estar no se encontraba desierta. Geoffrey Donald se levantó del sofá de cuero y dijo:

—Hola, tía Grace. Espero no haberte asustado.

—¿Dónde está el servicio?

Geoffrey se encogió de hombros.

—No tengo la menor idea. Nadie respondió cuando llamé a la puerta. La abrí yo mismo.

—¿Dónde está Mona?

—Arriba. La vi en la ventana. No quiere bajar a hablar conmigo.

—¿Has visto esto? —Grace le entregó el periódico.

Geoffrey arqueó las cejas.

—¡Caramba! Es una buena noticia, ¿verdad?

—Espero que así la considere Mona. Tal vez le dé un poco de tranquilidad. Subiré a verla, Geoff. ¿Por qué no pones la marmita en el fuego? La haré bajar a tomar el té.

* * *

«Cuando los muertos son olvidados, han muerto dos veces».

Mona no podía recordar dónde había leído esa frase. Pero no importaba; de todos modos, era verdad. Y por eso nunca olvidaría a su hermano.

Estaba sentada al pie de la ventana del dormitorio de Arthur, contemplando los inmensos cafetales que se extendían hacia el lejano monte Kenia. Sobre su regazo tenía el poema que Tim Hopkins había escrito y le había entregado la mañana del desfile y que ella no había tenido oportunidad de pasar a su hermano. Lo había leído tantas veces, que se lo sabía de memoria.

—¿Mona? —dijo Grace desde la puerta. Luego entró y comenzó a tiritar mientras se preguntaba cómo su sobrina podía soportar el frío que hacía en la habitación. Al acercarse, Grace miró a la muchacha con cara de preocupación. La chica había heredado la guapura morena de su padre, pero durante las últimas semanas se había puesto pálida. El bronceado keniano que tan común era entre los colonos británicos había desaparecido y ocupaba su lugar una blancura inquietante que realzaba sus ojos y sus cabellos negros. También había perdido peso y el vestido le venía excesivamente holgado.

—¿Mona? —dijo Grace, sentándose de cara a su sobrina—. Geoffrey está abajo. ¿Por qué no quieres verle?



Pero Mona no contestó.

Grace suspiró. Sabía que el dolor de Mona se encontraba enredado en una compleja red de culpas y castigos. Mona se consideraba culpable de la muerte de su hermano porque, según ella, de no haber insistido en que encargaran a Arthur la tarea de cortar la cinta, su hermano hubiese estado sentado en la tribuna, sin correr ningún peligro, en el momento de producirse el incidente. También culpaba a Geoffrey Donald porque, según había declarado apasionadamente, «no hacía nada» mientras asesinaban a su hermano. Valentine también era culpable por no haber afrontado mejor la protesta de los africanos y por permitir que David Mathenge se fugara; hasta lady Rose, en el confuso pensamiento de Mona, era culpable porque nunca había sido una buena madre para Arthur.

Finalmente, Mona echaba a David Mathenge la culpa de la muerte de su hermano.

Grace le enseñó el periódico.

—Es inocente, después de todo —dijo Grace mientras Mona leía—. Este otro chico, Matthew Munoro, se ha entregado a la policía y ha confesado que fue él quien apuñaló a Arthur. De modo que no fue David.

Mona tardó mucho en leer la noticia; luego Grace se dio cuenta de que no la estaba leyendo, de que sencillamente tenía los ojos clavados en la página.

—Al parecer —explicó Grace—, ha habido mucha presión en el seno de la tribu para que el verdadero asesino se presentara y exonerase a David. Los kikuyu quieren que se permita al hijo de Wachera salir de su escondrijo, pero él se niega mientras la policía le busque por asesinato. Dicen que el jefe Muchina ha caído bajo una *thahu* y está terriblemente enfermo. Me imagino que ese chico, Matthew, decidió que hacer frente a la justicia del hombre blanco era preferible a una *thahu* de Wachera.

Mona miró hacia otro lado y sus ojos se posaron en el mar de cafetos verdes que llegaban hasta las estribaciones.

—David Mathenge sigue siendo culpable —dijo en voz baja.

—Pero si tú misma dijiste a la policía que no habías presenciado el asesinato propiamente dicho. Y sólo había otra persona presente, Tim, que había perdido el conocimiento y luego reconoció no haber visto nada. Mona, ese chico ha confesado.

—David Mathenge —siguió diciendo Mona en voz baja— es culpable de la muerte de mi hermano porque fue su fuga la que causó su muerte. Tal vez él no clavó la daga en la espalda de Arthur, pero es culpable de su asesinato, de todos modos. Y algún día David Mathenge pagará su culpa.

Grace se recostó en el asiento. Aquel asunto de pesadilla había dividido a la familia Treverton. Ante ella se encontraba Mona, hundida en un cenagal de dolor y de recriminaciones contra sí misma; Valentine se había ido corriendo a desahogar su rabia y su ira impotente en las llanuras de Serengeti; y Rose se había hecho un poco



más invisible entre sus preciosos árboles, y su única compañía, irónicamente, era Njeri, la medio hermana de David.

—Mona, por favor, baja y habla con Geoffrey.

—No deseo verle.

—¿Qué harás entonces? ¿No volver a ver a nadie mientras vivas? Este dolor pasará. Te lo prometo. Sólo tienes dieciocho años. Tienes todo tu porvenir por delante... matrimonio, hijos.

—No quiero casarme ni tener hijos.

—Eso no puedes decirlo ahora, Mona, querida. Tienes tanto tiempo por delante. Las cosas cambian. Si no te casas, ¿qué clase de vida llevarías?

—Tú no te has casado nunca.

Grace miró fijamente a su sobrina.

Entonces Mona, con los ojos llenos de lágrimas, le preguntó:

—¿Has estado enamorada alguna vez, tía Grace?

—Lo estuve una vez... hace mucho tiempo.

—¿Por qué no te casaste con él?

—No... no podíamos. No éramos libres.

—Te diré por qué lo pregunto, tía Grace. Es porque ahora sé que soy incapaz de amar. He pasado muchas horas sentada aquí, pensando. Y al final me he dado cuenta de que Arthur y yo éramos diferentes de las demás personas. Ahora veo que soy justamente igual que mi madre, que nació incapaz de sentir amor. Mamá nunca sintió amor por Arthur, ahora lo sé. Nunca nos ha amado a ninguno de los dos. Cuando trato de imaginarme a mi madre, ¡no puedo verla, tía Grace! —las lágrimas rodaban por sus mejillas—, No es más que una sombra. Es una mujer incompleta. Y al igual que ella, nunca seré capaz de amar a nadie, y ahora que Arthur ha muerto, estaré completamente sola en la vida.

Cuando Mona rompió a llorar, los recuerdos invadieron el pensamiento de Grace: la aterradora noche de febrero, dieciocho años atrás, en que había traído al mundo un bebé que no respiraba, en un vagón de ferrocarril; la primera risa de Mona, sus primeros pasos; aquella criatura parecida a un mono que se había apeado corriendo de un Cadillac diciendo que habían vuelto y no tenía que ir a Inglaterra. De pronto Grace sintió cada uno de los días de sus cuarenta y siete años.

—Mona, escúchame —le dijo, tomando las manos de la joven entre las suyas—. La daga que cayó aquel día sigue cayendo. Está apuñalando toda la vida y el amor que llevas dentro. No permitas que también te mate a ti, Mona. Sal de esta habitación. Ciérrala y dile adiós al fantasma que vive en ella. Tú perteneces a la tierra de los



vivos. Arthur lo hubiese querido así. Y habrá alguien, no lo dudes, habrá alguien en tu vida a quien podrás amar. Te lo prometo.

Mona se secó los ojos con el dorso de la mano. Sus ojos negros se pusieron tristes y su voz estaba llena de soledad.

— Sé lo que me depara el futuro, tía Grace. Ahora que mi hermano ha muerto, soy la heredera de Bellatu. Todo esto será mío algún día, y voy a convertir esta plantación en mi vida. Voy a aprender a dirigirla, a cultivar café, y a ser independiente. El único amo que tendré en mi vida será Bellatu. Será la única cosa que amaré.

En los ojos de Mona brillaba una luz y de pronto Grace pensó en otro recuerdo, también de dieciocho años antes. Ella y Valentine se encontraban en ese mismo sitio, en una colina yerma donde algún día se alzaría la casa, y Grace escuchaba los planes que Valentine tenía para aquellos parajes sin cultivar. Grace había captado el tono de convicción de su voz al hablar de poseer esa tierra; había visto una iluminación extraña en sus ojos negros mientras describía su visión del futuro. Y de repente Grace se dio cuenta de que volvía a ser testigo de todo ello... en la hija de Valentine.

— Será una existencia solitaria, Mona — dijo con tristeza—. Tú sola, sin ninguna compañía, en esta casa tan grande.

— No me sentiré sola, tía Grace, porque estaré muy ocupada.

— ¿Viviendo sólo para los cafetos?

— Tendré un motivo para vivir.

— ¿Cuál?

— Hacer que David Mathenge pague su crimen.

— Déjalo correr, Mona — susurró Grace—. Entierra tu dolor. ¡La venganza nunca ha sido un consuelo para nadie!

— Algún día volverá aquí. Saldrá de su escondrijo, de dondequiera que esté, y volverá aquí. Y cuando vuelva me encargará de que David Mathenge pague el asesinato de mi hermano.

Una puerta se cerró de golpe abajo. Se oyeron unos pasos ruidosos en la casa y finalmente la voz de Mario sonó en el pasillo:

— ¡Memsaab Daktari!

— Santo Dios — dijo Grace, levantándose—. Estoy aquí, Mario.

El muchacho irrumpió en la habitación.

— ¡Memsaab! ¡En la selva! Tiene que venir.

— ¿Qué ocurre?

— ¡Una iniciación, memsaab! ¡Una importante! ¡Muy secreta!



— ¿Dónde? ¿Una iniciación para quién?

— En las montañas. Allí. Para muchachas, memsaab.

De repente Grace comprendió el extraño comportamiento de sus enfermeras, la ausencia del servicio de Bellatu, el extraño silencio en el recinto de la misión. Se habían reunido para una gran iniciación secreta, la primera desde hacía años. Era la ceremonia prohibida de la circuncisión femenina -la clitoridectomía-, la operación que había matado a la hermana de Mario.

— Memsaab — dijo el chico —, la chica, Njeri Mathenge...

Grace pasó volando por su lado hacia las escaleras.

Mona se quedó junto a la ventana, escuchando los pasos que se alejaban. Miró al exterior y vio que Grace y Mario cruzaban apresuradamente el césped hacia el sendero que llevaba a la misión.

A los pocos momentos un coche llegó de la otra dirección. Al ver que de él se apeaba un oficial de distrito, Mona se apartó de la ventana y bajó a recibirle.

Geoffrey se levantó al entrar ella en la sala de estar.

— ¿Qué pasa? — preguntó.

— Acaba de llegar un policía. Sin duda se trata de algo relacionado con la iniciación.

Pero no era ése el motivo de la visita del policía. Traía un telegrama y se lo entregó a Mona.

— Es para la doctora Treverton, pero en la misión nadie sabía dónde estaba. Pensé que tal vez usted podría hacérselo llegar.

Mona miró el sobre amarillo y frunció el ceño. Al ver que el telegrama procedía de Uganda, lo abrió rápidamente.

Era de Ralph, el hermano de Geoffrey, y decía: TÍA GRACE. GRAVE BROTE MALARIA. MAMÁ HA MUERTO. PAPÁ MORIBUNDO Y PREGUNTA POR TI. VEN EN SEGUIDA. TRAE GEOFFREY.

— ¡Oh, Dios mío! — exclamó Mona.

Geoffrey cogió el telegrama y, antes de que pudiera reaccionar, Mona ya bajaba corriendo hacia el río.

Al llegar al risco, desde donde se divisaban el recinto de la misión, el campo de polo y la choza de Wachera, Mona no vio a su tía en ninguna parte.



CAPÍTULO 32

La operación se llamaba *irua* y consistía en tres partes: extirpar el clítoris, recortar los labios y cerrar la vulva con puntos de sutura.

Su finalidad era atenuar la lujuria de las muchachas, poner coto a la promiscuidad sexual e imposibilitar la masturbación. Se creía que, una vez eliminada la parte sensible de los genitales y reducida la abertura vaginal al ancho de un dedo meñique, las muchachas se abstendrían de hacer experimentos antes del matrimonio. Más adelante, al ser compradas por un esposo, serían sometidas a un examen para que éste estuviera seguro de su virginidad, tras lo cual se haría una incisión para que el coito fuera posible.

La *irua* era uno de los rituales más antiguos y venerados de los kikuyu; señalaba la entrada oficial de una muchacha en la tribu y celebraba su paso a la condición de mujer. Las que se sometían a la *irua* eran honradas y respetadas entre el clan; a las otras se las consideraba proscritas y tabú.

Wachera llevaba varios días preparando sus instrumentos y medicinas.

Habían transcurrido muchas cosechas desde la última vez que ejecutara la sagrada *irua*, ya que el temor de su pueblo a las represalias del hombre blanco había ocasionado el abandono de muchos importantes rituales de los kikuyu; así pues, Wachera se sentía orgullosa y honrada de ejecutarla ese día. Los antepasados estaban complacidos; se lo habían dicho. Del mismo modo que la habían informado del escondrijo de su hijo: en la tierra donde el sol dormía.

Sin embargo, no le habían indicado cuándo volvería a casa.

Pero Wachera tenía paciencia y fe, por lo que estaba segura de que algún día su hijo regresaría a la tierra de los kikuyu y ocuparía su lugar como líder de su pueblo. Wachera también estaba segura de que ese día David recuperaría la tierra robada por el hombre blanco y expulsaría al intruso del país de los kikuyu.

Porque, ¿acaso .su *thahu* no estaba dando resultado?

La terrible maldición que Wachera lanzara hacía muchas cosechas, en la gran casa de piedra del bwana, finalmente se había llevado la vida del único hijo del bwana. El resto de la *thahu* surtiría efecto en su momento y borraría la simiente del hombre que había derribado la higuera sagrada. Llegaría el día en que el bwana y su familia dejarían de existir y parecería que jamás hubiesen existido.



Con todo, los frutos de la venganza poco aliviaban el dolor que Wachera albergaba en su pecho día y noche, el dolor que le producían la ausencia de su único hijo, el anhelo de verle, la preocupación por su seguridad y su felicidad. No obstante, algún consuelo le brindaba saber que David estaba pasando por una prueba especial de su hombría, como los guerreros de antaño. Después de lo que había sufrido a manos del jefe Muchina y en la cárcel del hombre blanco, después de las penalidades que en ese momento soportaba en las tierras del oeste, Wachera sabía que su hijo, al volver, sería un guerrero, un auténtico Mathenge.

Interrumpió los preparativos finales para escuchar si se oían los cánticos de las muchachas, los cánticos que indicaría que venían del río, dispuestas a ser operadas.

Nadie ayudaba a la hechicera a hacer su trabajo secreto. Debido a su naturaleza sagrada, la *irua* requería una atención especial, una atención ritualmente limpia y espiritualmente pura. Empuñar el cuchillo no le estaba permitido a cualquiera, del mismo modo que tampoco cualquiera podía observar el procedimiento. Sólo podían presenciarlo las mujeres que estuvieran circuncidadas y tuviesen buena reputación en la tribu. Y la ceremonia era tabú para los hombres, hasta el punto de que se les castigaba si intentaban verla.

Wachera sabía que lo que iba a hacer no era visto con buenos ojos por el hombre blanco. No iba en contra de sus leyes, pues, pese a los esfuerzos de los misioneros por poner fin al antiguo ritual, no habían conseguido que lo declarasen ilegal oficialmente. Sin embargo, recurrían a otros medios para que los Hijos de Mumbi abandonasen las costumbres tradicionales y muchas veces lo conseguían. Uno de tales medios consistía en no admitir en sus escuelas a las niñas circuncidadas. Las escuelas de las misiones eran las mejores y, como la mayoría de los padres deseaban que sus hijos recibieran las ventajas y la educación del hombre blanco, hacían un triste pacto con los misioneros, renunciando a las costumbres ancestrales con el fin de recibir las migajas que caían de la mesa del amo blanco.

Éste había sido el sentimiento predominante en la tierra de los kikuyu hasta el día de la detención de David Mathenge.

Pero a partir de aquel día, gracias a los discursos persuasivos de Wanjiru y otros jóvenes como ella, los Hijos de Mumbi empezaron a ver que el pacto que establecieran con sus opresores blancos no tenía ningún sentido. El día de la gran protesta en Nairobi, cuando David se había fugado y los soldados habían hecho fuego contra la multitud indefensa, a los kikuyu se les habían abierto los ojos. Uno a uno habían acudido a Wachera, para preguntarle qué debían hacer, y ella les decía:

—Volved a las costumbres de los antepasados, pues se sienten infelices.

Aunque muchos kikuyu no estaban de acuerdo y se negaban a participar en la *irua* de ese día, pues creían a los misioneros cuando decían que era una costumbre monstruosa y bárbara, los verdaderos Hijos de Mumbi traerían a sus hermanas e hijas a la selva para que Wachera las circuncidara.



Volvió a escuchar por si se oían los cánticos.

Mientras Wachera trabajaba en la intimidad de la choza de iniciación, muchachas de todo el distrito, de nueve a diecisiete años de edad, se bañaban en las heladas aguas del río. Mientras las ancianas de la tribu montaban guardia en las márgenes, para tener la seguridad de que ningún hombre o ninguna persona no kikuyu las espíase, las muchachas que iban a ser iniciadas tiritaban y se helaban en unas aguas que tenían por objeto insensibilizarlas, pues no se utilizaría anestesia en la operación. Cantaban las canciones ceremoniales y dejaban caer hojas en el río como símbolo de que sus espíritus infantiles se ahogaban. Permanecerían en el agua helada hasta apenas sentir nada de cintura para abajo; luego seguirían un sendero que llevaba a una choza construida especialmente en la selva.

Antes del amanecer Wachera se había bañado en el río y afeitado la cabeza. Ahora se estaba pintando el cuerpo con pintura sagrada: yeso blanco del monte Kenia y ocre negro. Mientras se pintaba iba recitando palabras sagradas que hacían del yeso y el ocre potentes medicinas contra los malos espíritus. Después, volvió a comprobar las hojas curativas, las que ahuyentaban a los espíritus de la infección y la mezcla de leche y hierbas calmantes con que rociaría las heridas recién abiertas. Apartó unas hojas de dulce aroma para la última parte de la operación, momento en que las ataría entre las piernas de las muchachas antes de que las llevaran a la choza donde se curarían. Finalmente, Wachera inspeccionó su cuchillo de hierro. Estaba afilado y limpio, tal como le había enseñado su abuela, la anciana Wachera. Pocas de sus muchachas llegaban a sentir dolor en el momento de cortar o morían con la sangre envenenada.

Se oyeron unos cánticos lejanos y Wachera se dirigió a la puerta de la recién construida choza de iniciación. Tías y madres construían alegremente el arco ceremonial con plataneros, cañas de azúcar y flores sagradas en la entrada del hogar temporal. El arco era un medio de comunicación con los espíritus ancestrales; nadie salvo las iniciadas podían pasar por debajo de él. Otras mujeres estaban extendiendo pellejos de vaca en el suelo; las muchachas se sentarían en ellos durante la operación. Y otras preparaban el festín a base de cordero asado y cerveza de caña de azúcar que seguiría a la terrible prueba.

La *irua* era una de las celebraciones más solemnes y al mismo tiempo más gozosas de los kikuyu. El corazón de Wachera se henchía al ver a su pueblo unido de nuevo para participar en una de las antiguas costumbres. ¡Sin duda el Dios de la Luz se sentiría complacido! ¡Sin duda esta vuelta a las costumbres de los antepasados era una señal de que el hombre blanco no tardaría en irse de la tierra de los kikuyu! Y significaba que su hijo David pronto volvería a casa.

De repente, por primera vez en muchos años, Wachera Mathenge se sintió muy feliz.



* * *

Grace no tuvo necesidad de preguntarle a Mario dónde estaban las muchachas, pues podía oír sus cánticos abajo en el río.

Antes de llegar a ellas le cortaron el paso unos hombres -Mario le explicó que eran los padres y los hermanos de las iniciadas- que se pasaban unos a otros calabazas llenas de cerveza de caña de azúcar. Se mostraron corteses con la memsaab Daktari, pero se negaron a dejarla pasar. Ya estaba allí un oficial de distrito, el superintendente auxiliar Shannon, que había llegado a través de la selva, en compañía de dos agentes africanos, después de dejar el coche en la carretera. Al mismo tiempo que Grace llegaron dos misioneros de la iglesia metodista de Nyeri y un grupo de sacerdotes de la misión católica que parecían muy consternados.

—Hola, doctora Treverton —dijo al acercarse a ella el superintendente auxiliar Shannon. Era un hombre alto y rígido, de porte militar, que llevaba muy bien el distrito y sabía cuándo no debía meterse en los asuntos «nativos»—. Me temo que no nos permitirán ir más lejos —dijo, haciendo un gesto con la cabeza en dirección a los padres y hermanos felizmente borrachos—. Las chicas están en el río, pero pasarán por este sendero. Será su única oportunidad de verlas.

—¿Dónde va a tener lugar la ceremonia?

—Allí arriba, entre aquellos árboles. Se han pasado semanas desbrozando el lugar.

—No esperaba verle a usted aquí. ¿Va a tratar de impedirlo?

—No estoy aquí para entrometerme, doctora. He venido para velar por la paz y evitar que suceda algo desagradable —se refería a los misioneros, que parecían excitados y con ganas de obstruir la ceremonia—. Créame usted —añadió en voz baja el oficial—. Lo que hacen los nativos no me parece mejor que a usted. Pero no tengo autoridad para impedirselo y no lo intentaría aunque la tuviese. Los africanos superan en número a mis reducidas fuerzas y, además, están borrachos perdidos. Algunos agitadores políticos se han encargado de soliviantarlos. Cada vez es más difícil controlar a esta gente.

—¿No había oído decir ni una palabra sobre esto!

—Lo mismo que nosotros. Lo han llevado muy en secreto. Todo tiene que ver con el asunto de David Mathenge.

—¿Tiene usted alguna idea de dónde está?

—Sólo he oído rumores. Unos dicen que en Tanganika; otros, que en el Sudán. El gobernador no dispone de hombres suficientes para registrar toda el África Oriental en su busca, y ahora que este otro chico ha confesado que mató a su sobrino de usted, pues, si quiere que le sea franco, doctora, me parece que a nadie le importa un bledo el paradero de David Mathenge.



—*Mi scusi, signor* —dijo un sacerdote de pelo blanco y cara de disgusto, acercándose al policía—. ¡Tiene que impedir esta abominación!

—No infringen ninguna ley, padre. Y le aconsejo que no se entrometa. Me temo que si lo intenta tendré que detenerle.

—¡Pero esto es intolerable! ¡No somos nosotros los que celebramos el ritual diabólico! ¡Debe impedirlo, por el bien de esas pobres muchachas!

—Padre Vittorio —dijo Shannon con paciencia profesional—. Sabe usted tan bien como yo que esta gente no me escuchará. Y si trato de impedirselo, habrá derramamiento de sangre. Aguarde hasta el domingo, padre, y entonces écheles un buen sermón desde su pulpito.

El anciano sacerdote dirigió una mirada ceñuda al policía, luego se volvió hacia Grace.

—*Signora dottoressa* —dijo—, sin duda querrá usted que impidan la celebración de esta atrocidad, ¿no?

Sí. Grace quería que la impidiesen. Era tan enemiga de la *irua*, que seis años antes había ido a Ginebra, donde se celebraba una conferencia sobre la infancia africana bajo los auspicios del Fondo para Salvar a los Niños. Junto con otros delegados europeos, Grace había hablado contra la bárbara costumbre, declarando que todos los gobiernos de los países donde se practicaba tenían la obligación de prohibirla. La clitoridectomía se practicaba, no sólo en Kenia, sino en toda África y en el Oriente Medio; cientos de tribus, de los beduinos de Siria a los zulúes del África del Sur, obligaban a las niñas a sufrir un ritual doloroso y traumático que provocaba complicaciones años más tarde, especialmente al dar a luz. En la conferencia, Grace había contado el caso de Gachiku y la cesárea que le había practicado al nacer Njeri.

Sin embargo, la conferencia no logró ponerse totalmente de acuerdo para la abolición total de la costumbre sagrada y profundamente arraigada de un pueblo; en vez de ello, optó por fomentar la educación con el fin de que la gente renunciara voluntariamente a tales costumbres.

Que Grace supiese, hacía años que no se celebraba ninguna *irua* en la provincia. Si era verdad lo que decía Shannon, que había alguna relación entre el ritual y la detención de David Mathenge, la *irua* que iba a celebrarse ese día representaba algo más significativo que una simple reunión tribal.

Querían que fuese una bofetada en el rostro del hombre blanco.

—Ya vienen —dijo uno de los metodistas.

Era el único momento durante todo el ritual en que otras personas podían mirar a las iniciadas. Mientras recorrían el sendero que iba del río a la choza, las muchachas, sin más atuendo que un collar, cantaban canciones ancestrales y lúgubres con voces lentas y dulces. Caminaban por parejas, los codos doblados y apretados contra las



costillas, las manos alzadas y los puños cerrados con el pulgar metido entre el índice y el dedo corazón, para indicar que estaban dispuestas a soportar el dolor inminente.

Grace quedó paralizada al ver el espectáculo. Tampoco reaccionaron los sacerdotes y los misioneros, pues no estaban preparados para ver lo que en esos momentos pasaba ante sus ojos.

Las muchachas mostraban un talante grave y majestuoso, cantando en perfecta y bella armonía, las cabezas recién afeitadas, los cuerpos desnudos reluciendo debido al agua del río. No miraban a ninguno de los lados del sendero ni detrás de ellas, porque eso habría traído mala suerte; no prestaron atención a los hombres de la tribu, que ahora se mantenían a una distancia respetuosa, ni a los europeos, que contemplaban la escena con ojos fascinados, sin habla. Las iniciadas caminaban como si estuvieran en trance; se autohipnotizaban con su cántico melodioso; sus cuerpos esbeltos se mecían al andar.

Grace calculó que sus edades estarían entre los diecisiete y los ocho o nueve años. Una diferencia tan grande no se habría dado en otros tiempos, pero, como en años recientes no se había celebrado ninguna *irua*, las mayores se habían unido a las más jóvenes. Y Grace conocía a la mayoría de ellas. Vio a Wanjiru, la perspicua luchadora que había orquestado la fuga de David Mathenge de la cárcel; las tres hijas de Rebecca, la enfermera; Njeri, la medio hermana de David y acompañante de Rose.

Grace no podía moverse ni hablar.

Se preguntó cuándo lo habrían organizado, cómo se las habían arreglado para mantener el secreto. ¡Había cientos de muchachas, como mínimo, en la monstruosa procesión! ¿Por qué ni una sola persona blanca había tenido noticia de ello?

De pronto Grace sintió frío. Por primera vez en los dieciocho años que llevaba en el África Oriental experimentó un miedo tenebroso, extraño. Había algo sobrecogedor en aquellas muchachas inocentes y desnudas, algo crudo y primitivo. Grace tuvo la sensación de estar contemplando algo que pertenecía al pasado. Era como si estuviese viendo unas muchachas que habían vivido cien años antes e iban a someterse a la antigua prueba de fuerza, valor y resistencia.

Y ello la asustaba.

Cuando las muchachas se perdieron de vista los hombres cerraron filas tras ellas y miraron a los europeos con ojos vigilantes.

—¿Por qué no se van todos ustedes a casa? —preguntó en voz baja el superintendente auxiliar Shannon—. No hay nada que puedan hacer aquí.

Recuperándose de la conmoción, el padre Vittorio se volvió hacia el oficial de distrito y con acento desabrido preguntó:

—¿Piensa quedarse aquí parado, sabiendo lo que van a hacerles a estas pobres muchachas?



Shannon miró a los africanos, luego sonrió al sacerdote.

—Tenga cuidado, padre. Nos están vigilando. Y son parientes de las chicas. Si hace usted un movimiento en falso, no podré salvarle de sus iras.

El sacerdote miró a los africanos. Conocía a muchos de ellos. Uno era el portero de su iglesia; otro cuidaba sus vestiduras sacerdotales. Eran hombres que iban a misa con regularidad, que se arrodillaban ante el altar para recibir la sagrada comunión, que bautizaban a sus hijos con nombres cristianos, pero en ese momento el padre Vittorio vio en ellos a unos desconocidos.

El sacerdote parpadeó. Acababa de experimentar una revelación súbita que por algún motivo le infundía temor: que el África salvaje seguía latiendo en aquellos corazones católicos.

Mientras los europeos continuaban discutiendo sobre lo que había que hacer, sin quitar ojo de los africanos que bloqueaban el camino, Grace se separó discretamente del grupo y se internó en la selva. Que ella supiera, ninguna persona blanca había presenciado jamás una *irua*. Ella misma sólo había visto las secuelas: la hermana muerta de Mario y Gachiku tratando de dar a luz.

Siguió la dirección del sendero y al poco, entre los árboles, vio el arco sagrado adornado con flores. Unos cuantos kikuyu montaban guardia. Grace siguió avanzando a través de la selva, rodeando el claro donde estaba la choza. Finalmente llegó a un lugar donde había un peñasco rodeado de castaños. Se encaramó a él y comprobó que desde arriba podía ver el claro sin ser vista.

Contuvo la respiración y se dispuso a observar-

El superintendente auxiliar Shannon tenía razón. Una cosa era intervenir en un parto, como ella había hecho en el caso de Gachiku, y otra cosa muy distinta era entrometerse en un ritual sacratísimo y solemnísimos. En este caso, nada podía hacer para impedirselo, como tampoco podía el oficial con sus policías negros. Y los kikuyu también lo sabían. La *irua* que iba a celebrarse era una burla descarada dirigida contra las autoridades blancas. Desde el día del desfile en Nairobi, donde una masa de mil africanos había sufrido una humillación ante los ojos de sus amos blancos, los kikuyu habían buscado la forma de devolver el golpe. Y la habían encontrado.

Esto era una rebelión activa y todo el mundo lo sabía.

Las muchachas entraron en el claro, donde las esperaban sus madres. Grace sabía algo sobre las reglas del ritual. La tradición ordenaba que una muchacha tuviera una padrina, otra mujer de la tribu que se convertía en una especie de segunda madre. Pero vio que las mujeres del claro eran las madres verdaderas de las iniciadas. Tal vez no había suficientes mujeres disponibles. Grace se dio cuenta de que, después de todo, pese a tratarse de un grupo nutrido, no representaba a toda la población kikuyu de la provincia. La mayor parte de dicha población era lo bastante prudente como para no tener nada que ver con el asunto.



Las muchachas se dirigieron a sus madres, que esperaban en los pellejos de vaca, y se sentaron en grupos de diez, mientras las demás formaban un círculo de protección a su alrededor. Desde su puesto de observación Grace podía ver por encima de las cabezas de las mujeres. Cada chica se sentaba con las piernas abiertas, luego su madre se sentaba detrás de ella y entrelazaba sus piernas con las de su hija, para que las mantuviera abiertas y quietas. La muchacha se reclinaba en los brazos de su madre, la cabeza hacia atrás, mirando al cielo. Cuando todas estuvieron en esa postura una mujer anciana pasó entre ellas y roció con un líquido -Grace sospechó que era agua helada- los genitales de cada una de ellas. El objeto del líquido era insensibilizar aún más la zona genital y retrasar la hemorragia, pero Grace sabía que surtiría escaso efecto.

Sujetas así por su madre, las chicas no debían apartar los ojos del cielo ni moverse; tampoco debían quejarse, ni siquiera parpadear durante la operación. Si hacían alguna de estas cosas, la desgracia caería sobre ellas y su familia.

Grace no se sorprendió al ver que Wachera, pintada de negro y blanco, salía de la choza.

Wanjiru era la primera. Estaba reclinada en los brazos de su madre y Grace pudo ver que no sólo no mostraba señales de miedo, sino que daba la impresión de sentirse orgullosa, como si acogiera con agrado la terrible prueba. Y cuando el cuchillo de Wachera hizo su trabajo Wanjiru permaneció serena.

Grace cerró los ojos.

Al abrirlos de nuevo, vio que se llevaban a Wanjiru, la herida taponada con hojas, hacia la choza de curación.

Grace presencié las siguientes operaciones. Las niñas más pequeñas lloraron. Unas cuantas chillaron. No muchas se comportaron como la radical Wanjiru.

El tiempo parecía haberse detenido. Las mujeres cantaban con su armonía obsesiva y primitiva, celebrando cada nueva mutilación, como sus madres habían hecho en su caso, y sus abuelas en el de sus madres y así sucesivamente, formando un legado ancestral ininterrumpido e invariable. Cada vez que cortaban a una de las muchachas, Grace tenía la impresión de que la civilización europea retrocedía un paso. Oía cómo mujeres que llevaban nombres cristianos entonaban cánticos de alabanza a Ngai, el dios del monte Kenia, y notó que la invadía una especie de aturdimiento.

Pero cuando el siguiente grupo de muchachas se acercó a los pellejos de vaca y Grace vio que Njeri, aterrorizada, se instalaba entre las piernas de Gachiku, volvió súbitamente en sí.

Con movimientos rápidos y hábiles, Wachera les hizo la operación a cuatro muchachas antes de llegar a Njeri. Al ver el miedo en los ojos de la niña de diecisiete



años, al ver cómo forcejeaba para librarse del abrazo de su madre, al recordar el día en que sacara el bebé del abdomen de Gachiku, Grace exclamó:

— ¡Deteneos!

Y bajó del peñasco.

Cesaron los cánticos y las mujeres se volvieron hacia ella.

Era el peor de los sacrilegios: una persona no kikuyu y que, a juzgar por lo que sabían de las costumbres blancas, no estaba circuncidada acababa de hacer acto de presencia en medio de ellas. La intrusión de Grace hacía caer la *thahu* sobre la *irua* sagrada. Pero las mujeres estaban demasiado asombradas para reaccionar. Se apartaron cuando Grace se abrió paso hacia el círculo de en medio.

— Espera — dijo Grace con voz entrecortada, acercándose por detrás a la hechicera arrodillada—. ¡Detente, por favor!

Wachera hizo una pausa, cuchillo en mano, luego se levantó y miró a Grace. No pareció sorprenderse al ver a la memsaab en medio de ellas. Grace observó que, de hecho, Wachera parecía alegrarse de la interrupción.

«Como si fuera por fin una oportunidad para luchar conmigo», pensó Grace.

— Por favor, no hagas esto, Wachera — dijo Grace en kikuyu—. Por favor, deja que la chica se vaya. Mira lo asustada que está.

— No avergonzará a su familia.

Grace apeló a la madre de la niña.

— Gachiku, ¿no es ésta tu hija favorita? ¿No es la hija de tu querido Mathenge? ¿Cómo puedes hacerle esto?

— Lo hago porque la quiero — dijo Gachiku con voz tensa, sin mirar a los ojos de Grace—. Y para honrar a mi difunto esposo.

— ¿Quieres que tu hija sufra al dar a luz como sufriste tú?

Gachiku no contestó.

— Dame la niña a mí — dijo Grace a Wachera—. ¡Me pertenece! Yo le di vida cuando todos los demás la habríais dejado morir. Tu abuela, la anciana Wachera, la hubiese dejado perecer. Y el jefe Mathenge también. ¡Y salvé a Njeri! ¡Mas no para esto!

— Pertenece a los kikuyu. La haremos una hija verdadera de Mumbi.

— ¡Por favor, Wachera! ¡Te lo suplico!

— ¿Me lo suplicas? ¿Como mi abuela suplicó una vez al bwana, tu hermano, que no cortase la higuera sagrada?

— Lo lamento, Wachera, de veras que lo siento. Pero no soy responsable de los actos de mi hermano.



—¿Dónde está mi esposo? —exclamó Wachera—. ¿Dónde está David, mi hijo? ¿Dónde están mis hijos no nacidos? Si tu hermano no hubiese venido a la tierra de los kikuyu, hoy tendría a toda mi familia a mi lado. En vez de ello, estoy sola. Vete. La tierra de los kikuyu no es tu sitio. Vuelve adonde moran tus antepasados.

Antes de que Grace pudiera responder, Wachera se arrodilló y rápidamente le hizo la operación a Njeri.

El chillido de la niña rasgó el aire e hizo huir a los pájaros de los árboles que rodeaban la escena.

Wachera vertió la leche de hierbas en la herida de Njeri y luego le aplicó las hojas curativas.

—Ahora esta muchacha es una verdadera hija de Mumbi —dijo.

Grace bajó los ojos y empezó a temblar mientras el llanto de Njeri le llenaba los ojos. Sabía que por mucho tiempo que viviese, jamás olvidaría el chillido de la joven.

Mientras Gachiku ayudaba a su hija a ir a la choza de curación, Grace se volvió hacia la mujer sentada en el siguiente pellejo de vaca.

—Rebecca —dijo con voz tranquila—. Yo te he enseñado cirugía. Te he enseñado la importancia de la limpieza y el peligro de la infección. Sabes que lo que estás haciendo aquí es perjudicial. Sabes que obligas a tus hijas a correr un grave riesgo. Deja que se vayan. Porque en caso contrario, nunca más volverás a trabajar a mi lado.

La mujer kikuyu con la crucecita de oro colgada del cuello miró impasiblemente a la mujer blanca.

—Y a todas os digo —Grace alzó la voz y fue mirando a las mujeres de una en una—, que si no detenéis esta costumbre malévolas ahora, nunca volveréis a ser bien recibidas en mi misión. Si enfermáis, no vengáis a mi clínica. No seréis bien recibidas.

Las mujeres le devolvieron la mirada.

—No te escucharán —dijo Wachera—, porque les he dicho que tu clínica no seguirá allí mucho más tiempo. Se acerca ya el día en que el hombre blanco abandonará la tierra de los kikuyu. Volveremos a las costumbres antiguas y seréis olvidados.

Grace miró el rostro escondido detrás de la pintura negra y blanca, el rostro de una mujer a la que había creído conocer pero que era una desconocida, ahora se daba cuenta de ello. Y Grace notó que una premonición fría y gris pasaba sobre ella como una nube que oscureciese fugazmente el sol. Pensó en los pocos miles de blancos que gobernaban a millones de africanos, oyó al oficial Shannon decir que cada vez era «más difícil controlarlos», miró los pellejos manchados de sangre y de repente supo, sin el menor asomo de duda, que acababan de cruzar algún umbral terrible, irrevocable.



Con gran dignidad, ocultando con su porte la ira de su corazón y la angustia de su alma, Grace dio la espalda a la hechicera y salió del claro. Al llegar al arco sagrado de los antepasados, oyó que detrás suyo empezaba de nuevo el cántico suave y armonioso de las mujeres africanas.



CAPÍTULO 33

Mona alargó la mano para tomar la de su tía, no porque le diera miedo viajar en avión, sino porque Grace estaba pálida como la muerte.

No hacían un viaje de placer; iban a un entierro.

Mona estudió el tenso perfil de su tía. Grace parecía haberse olvidado de que su sobrina estaba junto a ella. Mona se dijo que era porque estaba sentada en el lado «ciego» de su tía, el lado del ojo herido. Sin darse cuenta de que ella no podía verle, cualquiera que no conociera a Grace Treverton podía colocarse a su izquierda, de pie o sentada. Apretó la mano de su tía, que no respondió a la suya, y volvió a mirar por la ventanilla.

El monoplano Avro volaba a poca altura sobre espesas selvas y junglas. Mona pensó que, vista desde el aire, África era más salvaje e intimidante que desde tierra, pero también era más hermosa y atractiva, hasta el extremo de cortar la respiración. El oscuro continente era su hogar, sus ríos corrían por su sangre, sus árboles estaban arraigados en su carne; creía que por haber nacido en ella amaba África con una pasión superior a la de cualquier otra persona, especialmente de gente como su padre, intrusos en una tierra que apenas comprendían. Mona sintió deseos de quitar el cristal de la ventanilla y abrazarlo todo, gritar a los rebaños que pacían en las llanuras de abajo, llamar a los pastores que se apoyaban en sus palos largos. Mona creía que, debido a su amor incomparable por África, ésta nunca la desilusionaría ni amargaría.

Volvió a mirar a su tía.

Grace había hablado poco desde que recibiera el telegrama de Ralph Donald hacía tres días. Mona sospechaba que algo había pasado en la ceremonia de la *irua*, pero Grace no quería hablar de ello. Lo único que había dicho era:

—Estuve perdiendo el tiempo mientras James agonizaba.

Y ahora temía que fuese demasiado tarde.

Grace había insistido en que vistieran de negro. Mona no había llevado luto ni siquiera por Arthur; sencillamente no tenía nada de un color más oscuro que el marrón. Los colores claros eran los más prácticos en un clima ecuatorial. Pero en Nairobi habían encontrado una *duka* india que tenía vestidos de luto y unos sombreritos negros con velos del mismo color.



Mona notó que el aeroplano se estremecía y vio que sus alas recubiertas de lona se movían a impulsos de los vientos del África Oriental. La semana anterior, sin ir más lejos, un bimotor Hanno que llevaba correo a Uganda se había estrellado al aterrizar.

Pensó en la muerte. Pensó en Arthur, en su tumba solitaria del cementerio particular de Bellatu, la primera tumba en un terreno que esperaba a otros Treverton. Habían transcurrido sólo dos meses desde su muerte y parecía que hubieran pasado dos años. Y ahora quizá le tocaría el turno al tío James, a quien Mona apenas recordaba.

Geoffrey Donald iba sentado en la parte posterior del aeroplano, donde la cabina se estrechaba y donde compartía una ventanilla con dos monjas católicas que se dirigían a una misión de Entebbe. La muerte de la madre de Geoffrey había hecho que de repente Mona simpatizara con él, que sintiera una ternura inesperada por el muchacho; mientras el avión se inclinaba para emprender la última parte del viaje, Mona se puso a pensar en Geoffrey Donald.

* * *

Ralph estaba en el aeródromo de las afueras de Entebbe, esperándolos. Grace le había mandado un cable diciéndole en qué vuelo llegarían. Ralph llevaba una cinta negra en la manga de su indumentaria caqui.

Los dos hermanos se abrazaron solemnemente; luego Ralph se volvió hacia Grace, que le dio el pésame, y finalmente hacia Mona, a la que abrazó al mismo tiempo que le decía que se alegraba de verla. La muchacha miró al joven de aspecto cansado, tan soso en comparación con su hermano, y se preguntó qué habría visto alguna vez en él.

—Tu padre... —empezó a decir Grace junto a la portezuela abierta del Chevrolet de Ralph.

—Le administran treinta granos de quinina al día, pero está estabilizado.

Grace agachó la cabeza y susurró:

—Gracias a Dios.

—Ha sido una pesadilla —prosiguió Ralph—. Todo el mundo, todo, enfermo de malaria y... —la voz se le quebró.

Geoffrey le pasó un brazo por los hombros. Ralph se secó los ojos.

—Fue de locura. Los expertos del departamento médico de Makerere nos dijeron que se trataba de una variedad poco corriente. Mamá murió en poco tiempo, gracias a Dios. Apenas estuvo enferma. Y luego Gretchen luchó denodadamente. Ahora ya está bien, pero me temo que no la reconoceréis.

—Ralph —dijo Grace con voz queda, sintiendo un nudo en la garganta—, llévanos ahora donde tu padre, por favor.



* * *

Sir James estaba sentado en el lecho, diciéndole una y otra vez a su hija que le era totalmente imposible tragarse otra taza de té. Al entrar los cuatro en la habitación, se interrumpió en la mitad de una frase y miró como si no pudiera dar crédito a sus ojos.

Geoffrey se acercó a la cama, se sentó en el borde y abrazó a su padre.

—Gracias por venir —dijo Gretchen a Mona y Grace.

Mona se llevó una fuerte impresión. Ralph le había advertido que no reconocería a su vieja amiga. Gretchen aparentaba mucho más de dieciocho años, que eran los que tenía.

—Hemos venido tan pronto como hemos podido —dijo Mona—. Pensamos que el aeroplano sería más rápido que el tren.

—Sois muy valientes. Yo nunca me atrevería a subir a un aeroplano.

—Siento mucho lo de tu madre, Gretchen.

Los ojos de la muchacha se llenaron de lágrimas.

—Bueno, al menos fue rápido. No sufrió.

Entonces Geoffrey se levantó de la cama y Mona miró a su tía. Pero Grace parecía incapaz de moverse. Así que Mona se acercó tímidamente y dijo:

—Hola, tío James. Me alegro de que te encuentres mejor.

—Bueno, no me encuentro... ¡estoy mejor! —dijo él con voz débil, pero sonriendo—. ¡Qué agradable es verte, Mona! Te has convertido en una mujercita preciosa.

Se hizo un silencio embarazoso y James miró a Grace, que estaba en el otro extremo del cuarto. Finalmente extendió un brazo y Grace se le acercó.

Mona vio cómo su tía se dejaba caer de forma suave y natural entre los brazos del enfermo, cómo enterraba el rostro en su cuello, llorando en silencio. Y vio cómo la mano de James le acariciaba la espalda, el pelo, cómo la consolaba. Y de repente adivinó la verdad: el tío James era el amor que la tía Grace había tenido tiempo atrás, el hombre con quien no había podido casarse.

Grace se echó atrás y examinó el rostro demacrado de James. Los años de vida dura en Uganda y esta última enfermedad habían dejado señales en sus facciones. Los pómulos eran más afilados; la boca, más delgada.

—Temíamos perderte —dijo Grace.

—Cuando Ralph me dijo que tú, Mona y Geoffrey ibais a venir, fue una medicina perfecta. En aquel mismo momento decidí no ir a ninguna parte.

—Lamento lo de Lucille.



—Fue feliz aquí, Grace. Hizo muchas buenas obras y ha dejado su huella. Muchas personas la recordarán con cariño. Cuando se estaba muriendo dijo que no le importaba. Había hecho su trabajo y se iba con el Señor. Si hay cielo, ahora estará allí.

Suspiró y, apoyando la cabeza en la almohada, dijo:

—Pero yo he terminado con Uganda, Grace. Quiero volver a Kenia. Quiero volver a casa.

* * *

Entebbe, pequeña ciudad portuaria en la orilla norte del lago Victoria, era el centro administrativo de Uganda. Un joven africano acechaba entre los edificios oficiales, como todos los días, con la esperanza de obtener noticias de casa. Vio que cuatro personas blancas salían del bungalow del comisario provincial y reconoció a las dos mujeres como Grace y Mona Treverton; David Mathenge se retiró hacia las sombras del edificio y las contempló mientras cruzaban la calle sin asfaltar.

Casi notaba el sabor dulce de la venganza.

Por culpa de ellas y de otras como ellas, había tenido que huir de su patria, vivir en el exilio, y se veía perseguido por un crimen que no había cometido, era un hombre deshonorado. Pero su madre le había prometido que algún día la tierra volvería a los Hijos de Mumbi y que la *thahu* que lanzara contra los Treverton se cumpliría. Los blancos eran ahora los amos del África Oriental, pero David Mathenge juró que no lo serían siempre. Algún día volvería a Kenia, cuando estuviese preparado, cuando hubiera aprendido lo que tenía que aprender, y entonces se tomaría su venganza.



Quinta parte

1944



CAPÍTULO 34

En la radio sonaba una canción de Glenn Miller y Rose iba tarareando la melodía mientras daba un repaso a su ropa, tratando de decidir lo que iba a ponerse.

Miró por la ventana del dormitorio para que el tiempo fuese su guía. Como el día era gloriosamente soleado, lleno del color de las flores, y como pensaba poner las gardenias silvestres en su tapiz, al final se decidió por un vestido de crespón de seda amarillo.

En esos tiempos era imposible comprar vestidos nuevos. La guerra en Europa había paralizado la industria de la moda. Los estilos no habían cambiado durante los últimos cinco años y los vestidos tenían todavía los hombros acolchados y faldas que llegaban por debajo de las rodillas. Peor aún era que en Inglaterra la ropa estaba racionada y lo único nuevo que había salido en esos años era lo que llamaban «el traje utilitario». Todo ello desconcertaba a Rose. ¡La guerra hacía que los uniformes y la ropa de trabajo dictaran la moda!

Se sentó ante su tocador para que Njeri la peinara. Después de cortarse el pelo para la noche de la inauguración de Bellatu, hacía veinticinco años, Rose se lo había dejado crecer otra vez y ahora le caía sobre la espalda hasta la cintura. Seguía teniendo el color de la luna de la cosecha, juvenil y lustroso, y no había en él ni una sola cana, pese a que lady Rose Treverton acababa de celebrar su cuarenta y cinco cumpleaños.

La radio emitió unos ruidillos, luego perdió volumen y finalmente enmudeció. Rose miró el aparato con expresión apesadumbrada. Al parecer, ya no era posible confiar en nada.

Las cosas no iban mucho mejor abajo en la cocina, donde, al cabo de unos minutos, se encontró con que una de las criaditas africanas estaba untando el pan con mantequilla antes de tostarlo.

—Y se nos está acabando el té —musitó al mirar en la lata.

Los suministros de Nairobi eran infrecuentes y raras veces completos. La guerra exigía tantas cosas -alimentar a las tropas de Kenia y a los miles de prisioneros italianos que llegaban a la colonia, por ejemplo-, que a lady Rose le parecía que quedaba poco para los civiles.

Estaba segura de que no hubiera ocurrido así de hallarse Valentine en casa.



Pero lord Treverton se había alistado en los Rifles Africanos del Rey hacía cuatro años, a raíz de la invasión del norte de Kenia por fuerzas italianas. Y allí se encontraba desde entonces, combatiendo primero en la campaña de Etiopía, que había culminado con la derrota del ejército italiano en el África Oriental, y en ese momento era oficial del servicio de información de la administración del territorio enemigo ocupado, encargándose de la vigilancia de la frontera entre Kenia y Somalia. En todo ese tiempo sólo había estado en casa una vez.

Y mientras echaba el té de la condesa Treverton en la tetera, Rose pensó que ahora, irónicamente, después de que tantos muchachos de Kenia combatieran y muriesen en aquella encarnizada batalla con los italianos, después de que su propio esposo estuviese a punto de morir al infectársele una herida, ochenta mil prisioneros italianos se encontraban en campos repartidos por toda Kenia y era necesario alimentarlos y vestirlos.

Al pensar en ello, se ponía de mal humor y se preguntaba por qué el gobierno británico sencillamente no los enviaba de vuelta a Italia.

—¡Buenos días, mamá! —dijo Mona, entrando en la cocina con un rifle en la mano—. ¡Por fin he acabado con el leopardo que atacaba a los cerdos! Les he dicho a los hombres que te dieran la piel cuando hayan terminado.

Rose dirigió a su hija una mirada de desaprobación, por varias razones. La primera era el comportamiento poco apropiado de Mona. La honorable Mona Treverton, que un día sería lady Mona, condesa de Treverton, no debería ir por la selva con un rifle de hombre, matando leopardos. La segunda era la forma en que Mona empleaba su tiempo últimamente. Debido a la ausencia de su padre, Mona dirigía la plantación, ¡hasta el extremo de trabajar en medio de los africanos e incluso reparar la maquinaria con sus propias manos! Pero la razón más importante de todas era que a lady Rose no le gustaba el atuendo de su hija, muy impropio de una dama.

Mona llevaba pantalones y botas, con una blusa caqui embutida en el cinturón. El pelo le llegaba hasta los hombros y se lo ataba con un pañuelo vulgar y corriente en la cabeza. Y desde la mesa, donde estaba vigilando las tostadas, Rose veía las manos que su hija se estaba lavando en ese momento; eran unas manos ásperas y morenas a causa de las faenas agrícolas.

—¿Dónde está Tim? —preguntó Rose, refiriéndose al joven que había sido amigo de Arthur y a quien éste había salvado la vida en el callejón siete años antes. Tim se había convertido en una figura habitual en la plantación Treverton.

—Ha subido a Kilima Simba con la intención de ayudar al tío James a buscar a los italianos.

—¿Los italianos?



—Te lo conté ayer, mamá —Mona probó el té, sirvió dos tazas y se sentó a la mesa con Rose—. Tres de los prisioneros del campo que hay cerca de Nanyuki se fugaron. Los están buscando por todas partes.

—Pero, ¿por qué? Si prácticamente los italianos andan sueltos por todo el país. James tiene a varios trabajando en su rancho, y tu tía Grace tiene a dos de ellos en la cocina de su hospital. A mí me parece que les dejan ir y venir a su antojo.

Mona cogió la correspondencia que había sobre la mesa, a sabiendas de que su madre iba a tardar días en echarle un vistazo.

Mona era consciente de lo que su madre pensaba de los italianos. Eran responsables de que Valentine estuviera ausente de Bellatu y representaban una carga onerosa para Kenia: había ochenta mil de ellos y cada uno necesitaba casi medio kilo de carne al día. Por eso se estaba llevando a cabo una matanza ininterrumpida de animales en las selvas y cada día pasaban por Bellatu camiones cargados de cebras y antílopes muertos. A Rose la enfurecía semejante exterminio masivo e implacable y echaba la culpa del mismo a los italianos.

—Estos tres eran prisioneros especiales —explicó Mona mientras miraba los sobres—. Oficiales. Me han dicho que incluso hay un general entre ellos. Los tenían bajo estricta vigilancia y, al parecer, mataron a un guardián al fugarse, por eso hay tanto alboroto.

Rose untó ligeramente las tostadas con mantequilla, cortó las cortezas y le ofreció la bandeja a Mona.

—Espero que Tim y James tengan cuidado.

—Sí. Y preferiría que hoy no fueses al claro, mamá. Si vas de todos modos, al menos llévate a un par de hombres, por favor.

Rose meneó la cabeza.

—Los fugitivos no pueden haber llegado hasta aquí. Me imagino que se habrán dirigido hacia el norte, hacia Somalia. Quizá tu padre los capture. En todo caso, no me gusta hablar de esto...

—¡Mamá, deberías ser más realista! ¡Estos hombres están desesperados y son peligrosos! El guardián al que mataron... fue una carnicería. ¡Lo mutilaron! Por favor, quédate en casa hasta que...

Rose se levantó bruscamente.

—Me has disgustado. Mona. De veras que me has disgustado hablando de estas cosas. Voy a prescindir del desayuno.

—Pero, mamá...

—Vamos, Njeri.



Njeri Mathenge, que estaba preparando el almuerzo a base de fresas con crema, empanadillas de carne y queso, cogió la cesta de la comida y la sombrilla de Rose y salió por la puerta trasera siguiendo a su señora.

Al salir al jardín y sentir en su rostro el aire fresco y el sol, Rose se encontró mejor. Y los pesares de su corazón fueron disipándose más y más a medida que avanzaba por el sendero, alejándose de Bellatu, hasta que la casa desapareció detrás de los árboles, y se internaba en la última reserva intacta de la selva, adonde nadie iba jamás salvo ella y Njeri.

El claro de los eucaliptos estaba casi igual que el día en que lo encontrara veinticinco años antes. La glorieta aparecía maltratada por la intemperie, la pintura desconchada, pero los árboles eran lozanos y verdes, las flores formaban una masa de color, y los pájaros y los insectos llenaban con sus cantos y sus zumbidos el aire perfumado. El claro era un mundo independiente del mundo más amplio y feo donde los hombres se mataban entre ellos y donde se perpetraban matanzas de animales inocentes. Ese segundo mundo no gustaba a Rose, así que lo borró de su pensamiento.

El tapiz estaba clavado a un bastidor grande y plegable que se abría de izquierda a derecha. Mientras trabajaba, Rose hacía girar una de las varillas de modo que el tejido subiera y no se ensuciase. Ya lo tenía casi terminado. Grande como un mantel, el tapiz aparecía cubierto en su totalidad por sedas e hilos de colores vivos y puntos de fantasía. Lo único que faltaba era el espacio en blanco en medio de los helechos y las enredaderas de la jungla, los escasos centímetros que llevaba tantos años sin saber con qué llenar. Rose decidió que pondría en él un elefante, quizá, o una choza africana.

Y después del tapiz, ¿qué? Había tardado veinticinco años en hacerlo y calculaba que si empezaba otro, duraría hasta el final de su vida. Cuando muriese, dos tapices demostrarían que había vivido.

En el extremo del claro, entre dos castaños poderosos, había un pequeño invernadero. Lo había hecho construir años antes, cuando, al comprobar que a veces se aburría con el tapiz, había decidido interesarse por la floricultura. Las paredes del invernadero eran de piedra, pero el tejado era de cristal. Había una ventana cuyos cristales se habían vuelto opacos con el paso de los años, por lo que desde fuera, al mirar dentro, sólo se veían sombras difusas y manchas de color. Allí era donde Rose plantaba y cuidaba sus preciosas flores. Encargaba semillas y bulbos que veía en los catálogos; hacía experimentos de hibridación; podaba y cortaba esquejes y hablaba a sus plantas como si fueran niños. Cada año ganaba cintas en el certamen de flores de Nairobi y la gente decía que sus orquídeas eran las mejores de toda el África Oriental.

También en el invernadero, entre las mesas de delfinios y lirios, entre dos lirios del Nilo cuyas majestuosas coronas azules empezaban a florecer, estaban guardadas sillas plegables que Rose sacaba en las ocasiones en que le apetecía trabajar al sol,



como ese día. Mientras Njeri instalaba el tapiz en la hierba, Rose bajó al invernadero en busca de una silla.

Al caminar por el angosto sendero no vio que en el suelo había gotas de sangre reciente que conducían hacia la puerta.

* * *

Mona vio cómo su madre salía del jardín de la cocina y se preguntó si debía llamar a un par de hombres y decirles que fueran a vigilar el claro. Luego decidió que probablemente su madre tenía razón. Los prisioneros fugitivos no tenían ningún motivo para tomar la dirección de Bellatu; seguramente se dirigirían hacia el oeste, cruzando los montes Aberdare, o hacia el norte, para llegar a Etiopía. De hecho, James Donald y Tim Hopkins concentraban su búsqueda al norte de Nanyuki y Mona rezaba al cielo pidiendo que tuviesen cuidado, pues sabía que perseguir a unos hombres no era lo mismo que cazar animales.

Tim había sustituido al hermano perdido en la vida de Mona. Después del día del asesinato de Arthur, hacía ahora siete años, ella y Tim se habían buscado el uno al otro para encontrar solaz y consuelo hablando de Arthur, manteniendo vivo su recuerdo y su amor por él. Con el tiempo, Tim había llegado a ver a Arthur en Mona y ésta a ver a su hermano en Tim. Había nacido entre ellos una dulce amistad que incluso mereció la aprobación de Alice, la posesiva hermana de Tim, una vez se hubo convencido de que su relación era platónica.

El pobre Tim había intentado desesperadamente alistarse al estallar la guerra, pero, por culpa de sus pulmones, no había conseguido superar el examen físico. El oficial de reclutamiento había asegurado al abatido Tim que iba a ser una gran ayuda para la causa de Kenia quedándose en su rancho de Rift Valley y proporcionando alimentos y suministros a las tropas de la colonia. A resultas de ello, Tim y Alice Hopkins, al igual que James Donald en Kilima Simba y Mona Treverton en Bellatu, se estaban enriqueciendo con la guerra.

Volviendo al correo que estaba sobre la mesa y pensando en todas las cosas que debía resolver ese día -el problema de las víboras que había cerca del corral; el de los puercos espines que se metían en los sembrados de patatas; la resistencia pertinaz de los africanos de su padre a aceptar órdenes suyas-, Mona tomó el último ejemplar del *East African Standard* y miró la foto de la primera página.

Grace había ido a Nairobi para representar a los Treverton en la ceremonia en que iba a prestar juramento Eliud Mathu, el primer africano elegido miembro del Consejo Legislativo, es decir, del gobierno de Kenia. Era una ocasión trascendental, una ocasión que la mayoría de la gente había insistido en que nunca llegaría. (¿Un africano en el gobierno? ¡Imposible!); y en la foto, sentada entre el gobernador y el señor Mathu, aparecía su tía. El pie de la foto decía: «...también asistió a la ceremonia la doctora Grace Treverton, a quien su pueblo llama cariñosamente "Nyathaa"».



Era el nombre que los africanos daban a Grace, Nyathaa, que significa «Madre de toda la bondad y el amor».

Mientras bebía el té, Mona pensó en su tía. El nombre de Grace Treverton ya era una leyenda en Kenia y empezaba a ser conocido en todo el mundo. La séptima edición de su manual de sanidad, *Cuando el médico es usted*, con su sencilla y conmovedora dedicatoria, «Para James», la utilizaban los soldados en el campo de batalla. Mona tenía la sensación de que la energía de Grace era ilimitada. A sus cincuenta y cuatro años no daba la menor señal de cansancio. De hecho, Grace parecía cada vez más enérgica, como un vendaval que recorriera el África Oriental y Central distribuyendo la nueva vacuna contra la fiebre amarilla donada por la Fundación Rockefeller, visitando clínicas y hospitales en la selva, curando a los soldados heridos en Nairobi y, últimamente, dando conferencias sobre su causa más reciente: la conservación de la fauna de Kenia.

Ahora a Mona ya no le extrañaba que, después de todo, Grace no se hubiese casado con James. Habían hablado incesantemente de ello a su regreso de Uganda siete años atrás. Pero al final tanto Grace como James habían tenido que reconocer que casarse no habría sido lógico. Cada uno tenía su propia vida y sus propios proyectos; Grace no podía trasladarse a Kilima Simba, ni James a la misión. Los dos viajaban mucho por motivos de trabajo y apenas se habrían visto; además, como no podrían tener hijos, el matrimonio parecía casi superfluo.

Así pues, eran buenos amigos, se tomaban unos días de fiesta juntos cuando ello les era posible, pasaban breves temporadas de vacaciones en la costa, y a veces Grace tomaba su viejo Ford y se iba a pasar uno o dos días en Kilima Simba. Los dos disfrutaban de esta forma de organizar su vida y se sentían felices.

Había tres cartas del extranjero. La primera era de Edith, la tía de Mona que vivía en Bella Hill.

El tío Harold había muerto al empezar la guerra, al ser alcanzado su club de Londres por una bomba alemana; y Charlotte, que era enfermera, se encontraba en el Pacífico sur, combatiendo contra los japoneses. La tía Edith, por consiguiente, vivía sola en Bella Hill, exceptuando setenta y ocho niños que habían sido evacuados de Londres durante los bombardeos. La carta decía:

Llenan con sus risas estas viejas y lúgubres paredes. Los quiero a todos como si fueran hijos míos. Harold y yo sólo tuvimos a Charlotte. Yo siempre había querido más hijos. No me cabe ninguna duda de que muchos son huérfanos; algunos no han tenido noticias de sus padres desde que empezaron los bombardeos. ¿Qué harán con ellos después de la guerra? Este caserón parecerá tan vacío cuando se vayan.

Ahora que Charlotte se ha casado con su aviador norteamericano, estaré completamente sola aquí, y la idea no me



seduce. Demasiados recuerdos y fantasmas. Conservar Bella Hill fue siempre idea de Harold. Como tú sabes, él y Valentine se pelearon durante veintiún años porque Valentine vendía tierras de Bella Hill para pagar las pérdidas de Bellatu. Ahora digo que puede hacer lo que le guste. Después de todo, Bella Hill es tu casa y la suya, Rose. Quizás os gustaría volver a Inglaterra y vivir aquí. Sea cual fuere vuestra intención, ya he decidido que, después de la guerra, cuando los niños hayan vuelto con sus familias, me trasladaré a Brighton y viviré con mi prima Naomi. Agradecería que Valentine me concediese una asignación anual...

La segunda carta era del padre de Mona, que titubeó antes de abrirla. No iba dirigida a ella, sino al capataz kikuyu.

Mona sabía que la carta contenía órdenes para dirigir la plantación. Y eso le hacía sentirse molesta. Desde su partida en 1941 Valentine había escrito con regularidad a Bellatu, dando instrucciones sobre cómo llevar la plantación a sus diversos capataces africanos. Mona le había escrito sugiriendo que le permitiese supervisar el trabajo, pero Valentine había contestado con un no rotundo. El sueño que Mona tuviera siete años antes, el de aprender el funcionamiento de la vasta plantación de café, no se había materializado. Las discusiones y los intentos de razonar con su padre -«¿Y cuando hayas muerto? ¿Quién llevará la plantación entonces?»- no habían logrado persuadirle a enseñar a Mona lo que necesitaba saber para poder sucederle. Ese derecho tenía que haber sido de Arthur.

Mona había mostrado a los capataces las primeras órdenes escritas enviadas desde Etiopía, donde su padre estaba combatiendo; órdenes relativas a podar, abrigar las raíces, abrir agujeros y regar. Pero luego las circunstancias habían empezado a cambiar. Era necesario alimentar a las tropas de Kenia y también a los miles de prisioneros italianos que su padre enviaba a los campos. El gobierno había pedido a los agricultores que sacaran el máximo partido práctico de su tierra, lo que para Mona significaba cultivar menos café para poder plantar otras cosas.

De nuevo había escrito a su padre para explicarle lo que ocurría y de nuevo se había negado él a hacerle caso, insistiendo en que continuaran plantando café y nada más. De manera que ella había puesto en marcha su propio plan. En el estudio de su padre había toda una colección de libros sobre agricultura reunidos a lo largo de los años. Los había leído y estudiado, había escuchado los consejos de otros agricultores, había ido a Nairobi para ver qué era lo que hacía falta y, al volver, había comenzado a falsificar una nueva serie de «órdenes» de su padre. Lo primero que había plantado en las hectáreas recién desbrozadas era maíz, y la cosecha había sido muy buena.

Mona recibió ayuda de sir James y de Tim, que recorrían los campos con ella y le hacían comentarios sobre lo que veían. Además, sus capataces eran buenos agricultores. Sabían cuándo se avecinaba lluvia, cuándo el suelo era demasiado pobre, cuándo se cernía el peligro de las langostas, cómo defenderse contra las



orugas. A resultas de todo ello, el engaño de Mona fue una pequeña victoria sobre su padre.

Mona temía el regreso de Valentine después de la guerra. Sabía que iba a armar un escándalo por lo que había hecho y que luego volvería a ponerse al frente de la plantación, prohibiéndole intervenir de nuevo. Y sabía también que ella no sería capaz de aguantar esa exclusión. Durante los últimos cuatro años, por primera vez en su vida, había tenido la sensación de que Bellatu era su hogar de verdad. Nunca había experimentado lo mismo antes, nunca se había sentido parte de las dos mil hectáreas de árboles verdes. Cuando volvía de la escuela para pasar las vacaciones en casa se sentía como una invitada, dormía en una habitación que podría haber pertenecido a cualquiera, comía con unos padres que eran prácticamente unos desconocidos. Pero ahora...

Bellatu era suya. E iba a conservarla.

La tercera carta era de Geoffrey.

Mona se sirvió una segunda taza de té antes de abrir la carta, aplazando el momento para saborearla. Esperaba sus cartas con ilusión; últimamente vivía para ellas.

Geoffrey Donald estaba en Palestina, haciendo «trabajo de policía». No podía decir mucho sobre lo que hacía, pero Mona, por lo que había deducido de noticias dispersas, se daba cuenta de que corría peligro; con tantos judíos europeos huyendo de los nazis y refugiándose en Palestina, los árabes indígenas se sentían avasallados y, por consiguiente, se defendían luchando. En represalia, ciertos grupos judíos secretos lanzaban contraataques para recordar a los británicos su compromiso con el sionismo. No era el rincón del mundo donde más seguro podía estar un hombre, pero Mona se alegraba de que Geoffrey estuviera allí en vez de en algún lugar como Birmania, donde las tropas de Kenia sufrían grandes pérdidas. En su carta Geoffrey decía:

La guerra no puede durar eternamente, y cuando termine veremos que de ella surge un mundo nuevo. Ya lo verás, Mona. Las cosas serán diferentes. Será una Edad Moderna y pienso formar parte de ella. Tengo pensador hacer algo drásticamente nuevo cuando vuelva a casa. Me refiero al turismo, Mona. Esta guerra ha abierto el mundo. Ha hecho que la gente circule de un lado a otro y vea otros lugares. Ha despertado el interés por los viajes. Antes, el turismo era un deporte para ricos, pero creo que el hombre corriente, cuando haya vuelto a su vida corriente después de combatir en lugares exóticos, deseará ver más. Y pienso colocar a Kenia en el mapa turístico. Dime qué te parece mi idea; ya sabes cuánto valoro tu opinión.

El otro día me agencí una chuchería maravillosa para ti. Un



viejo árabe la trajo a la guarnición; pedía demasiado dinero por ella, pero conseguí que rebajase el precio. Dice que es una antigüedad auténtica. Se trata de un fragmento de pergamino antiguo, sin duda fabricado en el patio trasero de su casa, pero parece de verdad. Quedaría bien adornando la pared sobre la chimenea en Bellatu. Espero que goces de buena salud, Mona. Gracias por los bombones. Eres un ángel.

Mona dobló la carta cuidadosamente y se la guardó en el bolsillo. La leería varias veces más durante el día, mientras recorría la plantación supervisando a los trabajadores, y luego por la noche, una vez acostada, pensaría en Geoffrey.

Por fin sentía amor. Le habían dicho que la guerra surtía ese efecto, que la amenaza del peligro y la muerte empujaba a las personas a acudir unas a otras. ¿No había una vieja historia de la familia sobre la tía Grace y un romance a bordo durante la primera guerra? Al salir de la cocina para empezar el trabajo del día, Mona se maravilló de la facilidad con que el amor había acudido a ella. Siete años atrás, cuando se encontraba en la habitación de sir James, a la sazón enfermo, en Uganda, había mirado a Geoffrey preguntándose si quizá algún día podría amarle del mismo modo que su tía amaba al padre del muchacho. Así que había decidido dar tiempo al tiempo.

—No te rechazo —le había dicho a Geoffrey al volver de Kenia y pedirle él de nuevo que se casara con él—. Pero acabo de salir de la escuela. Deja que me acostumbre a la idea.

Geoffrey había accedido y los dos años siguientes los habían pasado como «pareja», yendo juntos a las fiestas, formando parte de la juventud distinguida. Hasta se habían besado, pero Mona no había podido permitir mayor intimidad y Geoffrey, respetando su deseo, no había insistido.

Y luego, al estallar la guerra, todo había cambiado. De pronto el mundo se encontró patas arriba. Todos los jóvenes de Kenia se vistieron de uniforme y empezaron a partir con destino a misteriosos puntos del mundo: Geoffrey a Palestina, donde mandaba un regimiento «de color» de la guarnición. Entonces habían empezado a llegar sus cartas y Mona había notado que cada vez lo echaba más de menos y al final sintió deseo -por primera vez en su vida- y se dio cuenta con gran alivio de que, después de todo, no era como su madre: incapaz de amar.

Mona decidió que cuando Geoffrey volviese definitivamente le daría el sí.

* * *

Rose se detuvo ante la puerta del invernadero y vio que habían arrancado el candado, que ahora estaba en el suelo.

«¡Ya han vuelto a entrar! —pensó, alarmada—. ¡La cuarta vez en lo que va de año!»



Nunca había ocurrido antes de la guerra, cuando Valentine siempre andaba vigilando. Pero desde que el bwana se había ausentado durante tanto tiempo, algunos de los habitantes de la región empezaban a no hacer caso de las leyes. Normalmente sólo robaban las herramientas, cosas que pudieran vender, pero en cierta ocasión se habían llevado algunas plantas valiosas. Preocupada, Rose entró apresuradamente.

Una mano surgió de detrás de la puerta y la sujetó, tirando de ella hacia atrás y retorciéndole el brazo en la espalda mientras una voz de hombre le decía al oído:

—No se mueva, *signora*.

Rose miró fijamente sus hileras de flores silenciosas y sintió que la afilada hoja de un cuchillo le rozaba la garganta.



CAPÍTULO 35

Rose se quedó inmóvil con el cuchillo en la garganta y el hombre que estaba detrás suyo sujetándola dolorosa-mente. Miró hacia la puerta entreabierta y pensó en Njeri, que estaba a sólo unos metros del invernadero, preparando el tapiz. Rose abrió la boca y en el acto el cuchillo se clavó más en su cuello.

—¡Silencio! —susurró el hombre.

Rose cerró los ojos.

—No se mueva, *signora*. Escúcheme.

Rose se quedó esperando y notó que al hombre le costaba respirar y temblaba. La mano que le sujetaba el brazo desnudo estaba caliente y húmeda.

—*Per favore... mi aiuti* —la presión en el brazo empezó a aflojarse—. Por favor —susurró el hombre—, ayúdeme...

De pronto el cuchillo se apartó y Rose quedó libre. Dio un salto hacia atrás en el momento en que el desconocido caía de rodillas. El cuchillo hizo un ruido al chocar con el suelo de piedra.

—Por favor —volvió a decir el hombre, apretándose el pecho, la cabeza inclinada—. Necesito...

Rose bajó los ojos y vio que tenía sangre en el brazo: sangre del hombre. Luego vio que el hombre se desplomaba y quedaba tendido de costado, con los ojos cerrados, la cara desfigurada por el dolor.

—*Ascolti* —dijo con voz entrecortada—. *Chiami un prete*. Tráigame un...

Rose se apoyó contra la pared.

—Por favor —gruñó el hombre—. Se lo suplico, tráigame un *prete*.

Rose se echó a temblar. Vio la sangre en la camisa del hombre y las manchas de hierba y suciedad, consecuencia de su huida a través de la selva. Y tenía el rostro sucio y sudoroso.

—Un sacerdote —dijo el hombre—. Me estoy muriendo. Por favor, *signora*. Tráigame un sacerdote.

Rose se apartó, aterrorizada. Tropezó con una maceta y buscó la puerta a tientas. La voz de Mona volvió a sonar en su cerebro:



«Mutilaron a un guardián».

Y entonces vio algo que la hizo detenerse. Unas manchas de sangre estaban empapando la espalda de la camisa del hombre.

Rose miraba fijamente, presa de confusión, tratando de pensar.

—¿Quién...? —empezó a decir—. ¿Quién es usted?

El hombre no contestó.

—Voy a buscar a un policía —dijo. Temblaba tanto, que temió que las piernas no la sostuvieran.

Pero el hombre no contestó, ni se movió.

Rose siguió con la vista clavada en las manchas rojas de la camisa. Luego, cautelosamente, como si se acercara a un animal peligroso y herido, dio un paso hacia el hombre, se detuvo y le observó; luego dio otro paso y otro más, hasta llegar a su lado.

El desconocido yacía de costado, con las piernas encogidas, los ojos cerrados, respirando trabajosamente.

—Es usted uno de los prisioneros que se han fugado, ¿no es así? —dijo Rose con voz trémula.

El hombre siguió gimiendo. Rose se retorció las manos.

—¿Por qué ha venido aquí? ¡Yo no puedo ayudarle! —los ojos seguían clavados en la sangre de la espalda, que iba atravesando la tela de la camisa.

Rose estaba aterrorizada.

—Usted es enemigo —dijo—. ¿Cómo se atreve a pedirme ayuda? Avisaré a los hombres que andan buscándole. Ellos sabrán lo que tienen que hacer con usted.

El hombre susurró una palabra:

—Sacerdote...

—¡Está loco si cree que voy a ayudarle! —exclamó Rose—. ¡Santo Dios! —podía ver que el hombre sufría terribles dolores y pensó que se estaba muriendo.

Cuando se dio cuenta de que el hombre ya no podía hacerle daño y de que probablemente en ningún momento había querido hacérselo, se arrodilló despacio y miró las manchas rojas de la camisa. Se dio por vencida.

—Le han azotado... —musitó.

Los ojos del hombre se abrieron fugazmente. Eran negros y húmedos y hacían pensar en los ojos de un antílope herido. El hombre temblaba y gemía.

—Ayúdeme —susurró—. En el nombre de Dios... —los ojos se cerraron y el cuerpo dejó de moverse.



Rose se mordió el labio. Y de repente se levantó:

—¡Njeri! —llamó, saliendo del invernadero.

La muchacha africana alzó la vista, sobresaltada.

—Vuelve a casa —dijo Rose, jadeando—. Y tráeme jabón, agua y toallas.

Njeri la miró con cara de sentirse intrigada.

—¡Date prisa!

—Sí, memsaab.

—Y mantas —añadió Rose mientras la muchacha se alejaba rápidamente por el sendero que salía del claro.

Mientras bajaba corriendo los escalones que conducían a la misión, a los pies de la selva, Rose intentó pensar dónde estaría su cuñada a esa hora. Grace sabría cómo tratar al herido, se ocuparía de él.

Pero al llegar a la calzada de grava que conducía a la casa de Grace, recordó con pesar que su cuñada estaba en Nairobi.

Rose se detuvo en el cruce de tres caminos de tierra y miró a su alrededor, retorciéndose las manos. Al ver de nuevo la mancha de sangre en el brazo, pensó en la enfermería, el edificio pequeño donde curaban las heridas de poca consideración.

Se acercó a él con pasos indecisos, temerosa de ser vista y sin tener la menor idea de lo que iba a hacer una vez dentro. Subió los escalones y en el momento de cruzar la puerta se le ocurrió una idea.

Poco antes Grace le había hablado de una nueva sustancia «milagrosa», algo que detenía la infección y salvaba vidas incluso en los casos más extremos y que iba a revolucionar la medicina. Pero, ¿cómo se llamaba?

No consiguió recordarlo.

En la enfermería no había nadie. Bajo la luz del sol, su única habitación aparecía limpia y reluciente, esperando pacientes. La recorrió con la mirada. El encargado sin duda llegaría de un momento a otro, después de desayunar. Tenía que darse prisa.

Le parecía recordar que el nombre de la sustancia milagrosa empezaba con «P». Se acercó al armario de las medicinas y miró a través de las puertas de cristal, tratando de leer las etiquetas. Algunas le resultaban conocidas; pero la mayoría, no. Y ninguna empezaba con «P». Al ver el frasco de morfina, decidió llevárselo.

Se disponía a irse apresuradamente cuando la vio: era una caja pequeña, recién llegada, y el nombre aparecía en ella: penicilina. La sustancia milagrosa de Grace.

Tras tomar varias cosas más, aunque en realidad no tenía idea de lo que necesitaba ni en qué cantidad, o ni siquiera de cómo usarlo, Rose lo envolvió todo con una toalla y salió rápidamente de la enfermería.



Al llegar al claro, encontró a Njeri sentada en la glorieta con un cubo de agua, una botella de jabón para limpiar los suelos, una toalla y ninguna manta.

—¡Jabón para las manos, Njeri! —exclamó—. Para lavarse las manos. Y una manta y una almohada. ¡Corre! Y no hables con nadie.

Abrió la puerta del invernadero y se asomó al interior. El hombre no se había movido. Yacía bajo la luz difusa que entraba por el techo de cristal, y su cuerpo maltratado parecía una obscenidad entre las flores de colores y los frutales en macetas.

Rose sintió que la embargaba una emoción intensa, una emoción que era conocida y al mismo tiempo desconocida. Había experimentado esta compulsión en muchas otras ocasiones; era lo que la empujaba a salvar a animales heridos o huérfanos, a protegerlos y cuidarlos. Pero nunca la había experimentado por un ser humano. Se sentía confusa. El hombre era un enemigo; su esposo estaba en el norte combatiendo contra los italianos. Y, pese a ello, Rose no veía ningún enemigo en el cuerpo herido que yacía entre sus flores. Observaba al prisionero, no con los ojos, sino con el corazón, y su corazón únicamente veía un ser vivo que necesitaba ayuda.

Se arrodilló a su lado. El hombre aún vivía, pero Rose temió que fuera a morir de un momento a otro.

—¿Puede oírme? —preguntó—. Voy a tratar de ayudarlo. He traído medicinas.

El hombre no respondió.

Rose alargó la mano, titubeó, luego le tocó la frente. Estaba ardiendo. Miró a su alrededor. Había un espacio despejado al otro lado de su mesa de trabajo, suficiente para que en él cupiera un hombre tendido en el suelo. Dejó a un lado el hatillo con los medicamentos y metió las manos debajo de los brazos del hombre.

Pero no pudo moverle.

—Por favor —dijo—, tiene que ayudarme a trasladarlo.

El hombre gruñó.

El pánico empezaba a apoderarse de Rose. El hombre yacía cerca de la puerta abierta. Casi nadie se presentaba nunca en el claro de los eucaliptos, pero si por casualidad aparecía alguien vería al desconocido.

Y entonces se dio cuenta de que tenía que esconderle. No se le ocurrió poner en duda esa necesidad. Unas corrientes más profundas y complejas la empujaban en ese momento: el instinto de proteger de sus perseguidores a cualquier criatura herida.

Volvió a mirar a su alrededor. Sus nuevos rosales estaban alineados a lo largo de la pared más cercana, recibiendo la suave luz del sol, esperando que los trasplantasen. Con movimientos apresurados, Rose arrastró las pesadas macetas por el suelo de piedra hasta que le pareció que había espacio suficiente para el hombre.



Entonces se acercó a éste de nuevo y, tirando y empujando, consiguió apartarlo de la puerta.

Tras cubrir el suelo con una manta, instaló al extraño entre sus rosas.

* * *

No había nada que Njeri Mathenge no estuviese dispuesta a hacer por su señora.

Aunque era la memsaab Grace quien le había dado la vida al extraerla del vientre de Gachiku hacía veinticinco años, y aunque era también la memsaab Grace la que había tratado de salvarla de la terrible ceremonia de la *irua* hacía ahora siete años, era a la memsaab Rose a quien la medio hermana de David Mathenge quería con verdadera devoción.

Njeri no alcanzaba a recordar ninguna época en la que no anhelase vivir en la gran casa de piedra y estar cerca de la hermosa memsaab que parecía un espíritu del sol. Desde sus primeros años, cuando se escapaba una y otra vez de la shamba de su madre para espiar a la memsaab en el claro, Njeri siempre había notado una magia especial en su señora. Una tristeza dulce envolvía a la esposa del bwana; andaba con un aura de melancolía que nadie más parecía notar, pero que la bondadosa Njeri, en su percepción sin par, advertía claramente.

Siempre estaban juntas, Njeri y lady Rose. En los primeros tiempos Njeri salía sigilosamente de la choza de su madre para sentarse con la señora en el claro; la memsaab nunca decía nada cuando veía aparecer a la niña de repente, la aceptaba con una sonrisa y le daba de comer cosas que sacaba de la cesta de mimbre que siempre llevaba consigo. En aquel tiempo la memsaab Mona, la hija de la memsaab Rose, que tenía su misma edad, también estaba en la glorieta con ellas, recibiendo las lecciones que le daban sus institutrices. Pero luego Mona se había ido a la escuela de Nairobi y Njeri había tenido a la memsaab para ella sola. Después la memsaab Rose se la había llevado a la casa en calidad de doncella personal y le pagaba tres chelines al mes que Njeri entregaba a su madre. Ahora la vida de Njeri era perfecta: llevaba los vestidos que la memsaab desechaba; dormía ante la puerta de su alcoba en la casa grande; le subía el té de la mañana y luego se pasaba una hora peinando la cascada de cabellos.

Njeri no podía comprender por qué a su hermano, David, o a la chica llamada Wanjiru, no les gustaban los *wazungu*. Njeri los adoraba, a ellos y a su blancura y a sus costumbres maravillosas, y pensaba que la tierra de los kikuyu debía de haber sido muy oscura y poco acogedora antes que los *wazungu* llegaran.

Caminaba alegremente por el sendero con la manta, la almohada y una pastilla del jabón de lavanda Yardley especial de la memsaab, sin hacerse la menor pregunta. Njeri nunca se hacía preguntas sobre las órdenes o actos de su señora, y nunca se las haría.



Pero al cruzar la puerta del invernadero, Njeri soltó una exclamación y se le cayeron las cosas.

—¡Silencio! —dijo Rose—. ¡Entra y ayúdame!

Njeri no podía moverse. Los antiguos tabúes kikuyu la tenían clavada en el suelo de piedra.

—¡Njeri!

La muchacha miraba con ojos atónitos al hombre que yacía boca abajo en la manta, sin camisa, con la espalda al descubierto. La memsaab le estaba tocando... tocaba sus heridas, su sangre.

Rose se levantó de un salto, recogió el jabón y sujetó a Njeri por un brazo.

—¡No te quedes embobada! ¡Ven a ayudarme, que este hombre está herido!

Njeri obedeció dócilmente y se arrodilló al otro lado del herido, pero se sintió incapaz de tocarle. Contempló cómo Rose le lavaba con cuidado las heridas de la espalda, que ya estaban medio curadas; contempló cómo aquellas manos finas y blancas, que nunca tocaban nada que estuviera sucio o no fuese bello, eliminaban la sangre y la suciedad, secaban cuidadosamente las heridas y luego aplicaban una pomada curativa. Finalmente Rose se sentó en el suelo y dijo:

—Puede que esto le vaya bien. No sé qué más puedo hacer por él. Me parece que tiene mucha fiebre y eso es peligroso. Podría matarle. Algunas de estas heridas están infectadas y son la causa de la fiebre.

Los ojos de Njeri examinaron la espalda del desconocido. Entonces vio lo que su señora debía de haber visto también: cicatrices viejas entre las nuevas.

—Lo han castigado muchas veces, memsaab.

Rose estudió el frasquito de penicilina. No tenía idea de qué dosis debía administrarle. Sin duda, demasiado poca no serviría de nada. Pero se preguntó si un exceso podía matarle. Y también se preguntó qué diablos era aquello que llamaban «penicilina».

Las manos le temblaban al llenar la jeringuilla hipodérmica tal como se lo había visto hacer a Grace, con dos dedos a través de los anillos de metal y el pulgar guiando el émbolo. Era un instrumento pesado, de manejo engorroso, y la aguja parecía demasiado larga.

Una vez hubo llenado la jeringuilla, Rose miró al hombre inconsciente y musitó:

—¿Dónde le inyecto?

Recordó que las vacunas solían ponerse en el brazo, así que limpió un punto pequeño en el músculo duro cerca del hombro y clavó la aguja en él.

El hombre no reaccionó.



«Dios mío -rezó Rose, mientras apretaba lentamente el émbolo-, haz que ésta sea la cantidad apropiada».

Al terminar, volvió a sentarse y miró atentamente al hombre. Dormía profundamente; Rose pensó que demasiado profundamente. Y entonces reparó en que su perfil era limpio y bien parecido.

Comprobó su pulso en el cuello. Le pareció que no era el normal. Era como si su corazón estuviera debatiéndose, como si cada latido fuese una llamada de auxilio. Rose alargó una mano y acarició el cabello negro que caía sobre la frente del herido.

—Pobre hombre —dijo en voz baja—. ¿Qué habrá hecho para merecer un trato tan inhumano?

Rose se replegó en el silencio, los ojos azules posándose en la cabeza de cabellos negros. El tiempo se detuvo y el aire se volvió húmedo y pesado con el aroma de la tierra rica y las flores exóticas. Algo rozó el tejado de cristal. El sol se ocultó detrás de un eucalipto, suavizando los colores y las sombras en el invernadero. Las dos mujeres, la blanca y la africana, permanecieron sentadas mientras el herido dormía entre ellas.

* * *

Durante el largo rato que pasó junto al hombre dormido, una sensación de impotencia y de inutilidad absoluta abrumó a Rose. Con el cuerpo del pobre hombre tendido ante ella, la vida escapándosele poco a poco, latido a latido, Rose odió su propia debilidad y la imposibilidad de hacer algo.

Faltaba poco para la puesta del sol cuando Njeri recordó a su ama que no tardaría en oscurecer. La noche inspiraba terror a Rose, que siempre procuraba estar de vuelta en casa antes de que se apagara la luz diurna. Pero en ese momento era reacia a irse.

Apoyó una mano en la mejilla ardiente y pensó:

«Probablemente morirás aquí durante la noche, solo, con dolor, y sin nadie que te consuele».

Pero la oscuridad la asustaba y finalmente no tuvo más remedio que abandonar el invernadero. Después de cerciorarse de que el herido estuviese tan abrigado y cómodo como fuera posible, se detuvo en la puerta para mirar la figura patética que dormía en la penumbra.

Pensó en su tapiz. Era lo único que había hecho en su vida. Y, al pensar en ello, por primera vez Rose se despreció a sí misma.

* * *

No podía dormir.

Después de entrar en la casa con sigilo, para no tropezarse con Mona, Rose había subido directamente a su dormitorio, donde ahora se encontraba sentada a la luz de una lámpara a prueba de viento, mirando la selva oscura a través de la ventana.



Incapaz de soportar el silencio, puso la radio con la esperanza de oír música, pero en vez de ello oyó la voz de un locutor que leía las noticias de última hora. Rose se apresuró a bajar el volumen y escuchó con atención:

«Dos de los prisioneros italianos que se fugaron del campo de Nanyuki han sido encontrados. El tercero sigue en libertad y ha sido identificado. Se trata del general Carlo Nobili, duque de Alessandro».

Así que ahora ya tenía nombre.

Pensó en el hombre que yacía en el frío invernadero, muriéndose lentamente. Se preguntó si despertaría y sentiría terror durante los últimos momentos de su vida. Pensó en las heridas de la espalda, las viejas y las nuevas, que decían mucho sobre el trato cruel recibido en el campo de prisioneros. No era raro que se hubiese fugado. Quizás el guardián asesinado merecía morir.

Luego pensó:

«Debería haber hecho más por él. Pero, ¿qué? ¿Qué podía hacer?»

Rompió a llorar. Ocultó la cara entre las manos y siguió llorando. La puerta del dormitorio se abrió y la luz del pasillo cayó sobre la alfombra. Njeri, que nunca había visto llorar a su señora, asomó la cabeza con expresión intrigada y asustada. Rose se volvió hacia ella.

—¿Por qué soy tan inútil? —preguntó entre lágrimas—. ¿Por qué soy una mujer tan inútil y ridícula? ¡Cualquier otra habría podido salvar a ese pobre hombre! ¡Si Grace hubiera estado aquí en vez de en Nairobi! Grace habría sabido lo que había que hacer para... —Rose miró fijamente a la doncella—. ¡Grace! —exclamó—. ¡Por supuesto!

Levantándose precipitadamente, Rose dijo:

—¿Por qué no se me habrá ocurrido antes? —y salió corriendo del dormitorio.

Njeri bajó tras ella y la encontró en la biblioteca, una habitación que olía a cerrado porque raramente se utilizaba y que era todo cuero y latón; las paredes aparecían cubiertas totalmente de libros.

—¡Tiene que estar aquí! —exclamó Rose mientras buscaba frenéticamente en las estanterías—. ¡Ayúdame, Njeri! Es un libro así —añadió, indicando el formato del libro con las manos—. Y es... es... —repassaba rápidamente los lomos de los libros—. Es un libro de tapas verdes. ¡Date prisa, Njeri!

Desconcertada, la muchacha africana, que nunca había aprendido a leer, se acercó a una pared y buscó un libro de papel verde entre las encuadernaciones de cuero con letras de oro. Oyó que a sus espaldas la memsaab exclamaba:

—¡Tiene que haber un ejemplar! ¡Sin duda Grace nos dio uno!

Rose volaba a lo largo de las estanterías, alzándose de puntillas, agachándose luego para mirar en las de abajo. Había tantos libros, tantísimos.



— ¿Memsaab? — dijo Njeri.

Rose se volvió y al ver el manual en las manos morenas de Njeri, exclamó:

— ¡Sí, es éste! ¡El libro de Grace! Tráelo aquí, que hay más luz.

Era la cuarta edición de *Cuando el médico es usted*, publicada en 1936. El libro estaba nuevo porque nunca había sido hojeado, aunque amarillento y lleno de polvo a causa del olvido. Rose pasó el dedo por el índice de contenido.

— Aquí — dijo, señalando una página —. «Heridas infectadas». «Fiebres». «Cómo cuidar a un enfermo grave».

Sacó un bloc y una pluma del cajón y empezó a escribir.

Njeri temblaba de miedo cuando al cabo de pocos instantes ella y su señora salieron por la puerta de la cocina y se encontraron bajo la oscuridad de la noche. Como la mayoría de los kikuyu, la muchacha sentía un miedo instintivo a la noche.

Esta vez iban cargadas de cosas envueltas cuidadosamente, cosas que correspondían a una lista sacada del manual. Rose había encontrado un termómetro y aspirinas en el botiquín del cuarto de baño, y azúcar, bicarbonato de sosa y sal en la cocina, a lo cual había añadido vaselina, algodón en rama, un reloj con manecilla segunda, tres termos de agua hervida y dos linternas, todo ello recomendado por el manual de Grace.

Al mirar hacia el otro lado del jardín y ver la muralla de la selva negra, donde terminaba la luz que salía de la cocina, Rose sintió miedo. Luego pensó en el general Nobili echado en el frío suelo de piedra del invernadero y recobró los ánimos.

— Vamos — susurró, empezando a bajar los escalones.

Miró hacia atrás. Njeri estaba como paralizada.

— ¡He dicho que vamos!

La muchacha permaneció cerca de su señora cuando bajaron rápidamente por el sendero.

— Ruega a Dios que siga vivo, Njeri — susurró Rose cuando se internaron en la espesura —. Ruega que no lleguemos demasiado tarde.

Cruzaron la selva corriendo, con fantasmas invisibles y animales imaginarios tratando de morderles los talones, y llegaron al invernadero temblando de miedo y de frío. Rose se acercó directamente al general y comprobó que aún vivía.

Mientras Njeri sostenía la linterna con manos temblorosas, iluminando al hombre que yacía inconsciente, Rose abrió el manual por la página titulada «Cómo reconocer a un enfermo» y comprobó metódicamente las constantes vitales del herido.

Al ver que el pulso era débil e irregular, y que tenía la piel húmeda, lo que indicaba una conmoción, Rose lo colocó de costado y le puso ladrillos debajo de los pies. Se tranquilizó al comprobar que sus respiraciones eran dieciséis por minuto y al



alzarle los párpados e iluminarlos con la linterna, comprobó que las pupilas eran de igual tamaño y respondían a la luz, lo cual era un buen indicio según el libro de Grace. Pero la temperatura era demasiado alta.

De modo que Rose, siguiendo las instrucciones del manual, buscó la página titulada «Fiebres muy altas» y leyó:

«Pueden producirse lesiones cerebrales cuando no se hace bajar inmediatamente una fiebre alta».

Apartó la manta que cubría al general, como recomendaba el libro, para que el aire nocturno le enfriara el cuerpo; luego llenó una taza de agua y disolvió dos aspirinas en ella. Alzó la cabeza del general y le acercó la taza a los labios. No bebió ni gota. Rose probó otra vez. La aspirina era necesaria para que bajara la fiebre.

Recurrió al libro en busca de ayuda y vio que con letras gruesas decía: A UNA PERSONA INCONSCIENTE JAMÁS HAY QUE ADMINISTRARLE NADA POR VÍA ORAL.

Rose dejó la taza en el suelo y volvió a colocar la cabeza del general en la almohada. Continuó leyendo. Bajo el epígrafe «Señales de peligro» encontró un subtítulo que decía: «Un día sin beber líquido. Véase la página 89». Buscó esa página y leyó, bajo la luz temblorosa de la linterna de Njeri, lo que decía el libro sobre los peligros de la deshidratación.

Rose consultó su reloj y calculó que el herido llevaba inconsciente doce horas.

—Tiene que tomar líquidos pronto —musitó—, o morirá deshidratado. Pero, ¿qué puedo hacer yo? No consigo hacerle beber. Necesita el agua y necesita la aspirina para que le baje la fiebre. ¡Es un círculo vicioso!

Miró la cara bañada por la luz de la linterna. Se preguntó qué edad tendría el general, de dónde sería, si tendría una familia que en esos momentos estaría preocupada por él.

Los dientes de Njeri empezaron a castañetear.

—Vuélvete a casa —dijo Rose—. Ya me quedo yo con él.

Pero Njeri cruzó las piernas y se sentó en el suelo, con la linterna en el regazo.

—Si busco ayuda médica —dijo Rose en voz baja—, lo llevarán de nuevo al campo de prisioneros. Pero si intento cuidarle yo misma, puede que muera. ¿Qué voy a hacer?

Volvió a tocar la frente del herido y le pareció que estaba más fría y más seca que antes. Al tomarle el pulso, le pareció que era más pausado y menos débil. También la respiración parecía más sosegada que antes.

—Njeri, dame esa cesta —Rose preparó una bebida para rehidratar de acuerdo con la receta que daba el manual de Grace: azúcar, sal y bicarbonato de sosa disueltos en agua. La cató para asegurarse de que no fuera «más salada que las lágrimas», como



decía Grace en el libro, luego la dejó junto a la taza con la aspirina disuelta, por si la necesitaba. Si recobraba el conocimiento le haría beber ambas cosas.

Pero decidió que, si el general no había vuelto en sí al amanecer, iría a buscar ayuda.

* * *

El amanecer asomó por encima de las paredes de piedra del invernadero, enviando puntitos de luz a través de las ramas de los eucaliptos. Rose se movió debajo de su manta; le dolía todo el cuerpo por haber dormido en el suelo. Se levantó y buscó a Njeri bajo la luz lechosa. Al parecer, la doncella, ahora que era de día, se había marchado.

Rose miró al general. Tenía los ojos abiertos y clavados en ella. Se miraron durante un largo momento, Rose envuelta en su manta, el general tendido de costado, de cara a ella, la cabeza en la almohada.

De pronto, recordando el contacto del cuchillo en la garganta, el modo doloroso en que le había retorcido el brazo, Rose volvió a ponerse a la defensiva.

El general abrió la boca e intentó decir algo, pero sólo logró emitir un sonido seco, gutural.

Rose tomó la bebida para rehidratar y acercó la taza a los labios del herido. Primero bebió a sorbos, luego se lo tomó todo de un trago y dejó caer la cabeza de nuevo sobre la almohada.

— ¿Le duele? — preguntó Rose con voz dulce.

El general asintió con la cabeza.

Rose le acercó a los labios la segunda taza, la que contenía la aspirina; debía de tener un sabor amargo, ya que el general hizo una mueca. Pero también se la bebió toda y cuando volvió a recostar la cabeza en la almohada, parecía respirar con mayor facilidad.

— ¿Quién...? — empezó a decir.

— Soy lady Rose Treverton. Y sé que usted es el general Nobili.

Los ojos negros del hombre la miraron fijamente, con expresión interrogativa. Luego dijo:

— ¿Le hice daño?

Rose meneó la cabeza. Los cabellos, que se habían soltado mientras dormía, le cayeron sobre los hombros.

El general Carlo Nobili miró los cabellos de Rose con expresión maravillada.

— Sé quién es usted — susurró —. Es uno de los ángeles de Dios.

Rose sonrió y le tocó la frente con la mano.



—Ahora descanse. Le traeré algo de comer.

—Pero, ¿dónde?

—Aquí; es un lugar seguro. Y puede confiar en mí. Voy a cuidarle y me encargaré de que nunca vuelvan a hacerle daño.

El general cerró los ojos y su cuerpo se relajó.



CAPÍTULO 36

La explosión se produjo exactamente al mediodía, durante la llamada a las plegarias musulmanas. La fortaleza de la policía en las afueras de Jerusalén sufrió grandes desperfectos y murieron cinco soldados británicos.

—Ha sido ese maldito Menachem Begin —oyó decir David Mathenge a su oficial superior, Geoffrey Donald.

Y así empezó la intensa persecución del terrorista que obligó a David a levantarse de su camastro en plena noche, reunirse con su regimiento y esperar, bajo el frío y la humedad de la noche de septiembre, las órdenes del capitán Donald.

Era una coincidencia que David estuviese en el regimiento africano de Geoffrey Donald en Palestina. Al alistarse voluntariamente en el ejército británico cuando estalló la guerra, no tenía idea de que iban a destinarle a una simple guarnición, sino que albergaba la esperanza de poder luchar contra los nazis racistas de Hitler. Tampoco esperaba encontrarse bajo el mando de un hombre al que había despreciado durante siete años.

Desde su fuga de la cárcel de Nairobi y su exilio en Uganda, David Mathenge albergaba un odio especial contra los Treverton y, debido a su amistad con esa familia, también contra Geoffrey Donald, a quien David se veía ahora obligado a saludar militarmente.

David llevaba cuatro años en Palestina y ya estaba familiarizado con los diversos bandos que allí combatían: los árabes, los judíos y los británicos. La bomba terrorista que había estallado en la fortaleza de la policía británica tenía que ser obra de la Irgun de Menachem Begin; David sabía que no podía ser obra de la Haganah, el ejército secreto sionista, porque la Haganah siempre avisaba por adelantado para que la gente pudiera ponerse a salvo. Lo que se dirimía en la lucha era de quién era patria ese territorio que se encontraba bajo un mandato de la Sociedad de Naciones. A David Mathenge, que, como todos los kikuyu, se hallaba profundamente ligado a la tierra y comprendía la posesión territorial, le parecía que se trataba de un asunto tribal.

En un bando estaban los árabes, que habían vivido en Palestina durante siglos y ahora se veían expulsados de sus tierras ancestrales por los refugiados europeos, judíos que huían de Hitler. Los judíos reclamaban esa tierra como propia por derecho basándose en un legado ancestral. Y en medio de los dos bandos, haciendo promesas



a ambos e incumplíendolas, se encontraban los británicos. A David no le extrañaba nada que Menachem Begin, hartado de Winston Churchill y de sus palabras huecas, dirigiese sus tácticas terroristas, no contra los árabes, su enemigo natural, sino contra los británicos. Por eso la fortaleza de la policía en las afueras de Jerusalén había sido blanco de una bomba.

David se sentía muy desgraciado.

¿Qué había ocurrido? ¿Dónde había empezado a ir mal su vida? Cuatro años antes, cuando el gobierno colonial había puesto en marcha una gran campaña de reclutamiento para los Rifles Africanos del Rey, David Mathenge y miles de jóvenes africanos como él se habían apresurado a alistarse, creyendo que Hitler iba a invadir Kenia y a llevárselos encadenados. Los jóvenes africanos, que acababan de salir de la escuela, no tenían empleo y ansiaban entrar en acción, se habían alistado convencidos de que iban a luchar contra una maldad monstruosa y que tendrían la oportunidad gloriosa de defender a su país, la libertad y la democracia, así como su forma de vida. Equipado con un elegante uniforme nuevo y un sombrero de ala ancha, levantada y sujeta con una pluma por un lado, David había desfilado orgullosamente ante sus oficiales blancos, con la sensación de ser un guerrero que marchaba hacia la batalla, y había abandonado su patria para descubrir que el mundo era un lugar mayor, muchísimo mayor, de lo que jamás había soñado. En aquel momento creyó que alistarse en el ejército británico era lo más inteligente que había hecho en su vida.

Ahora se daba cuenta de que no era así. Lo más inteligente que había hecho en su vida fue quedarse en Uganda después de que el jefe Muchina, enfermo y moribundo -la gente decía que a causa de una *thahu* que contra él lanzara Wachera-, retirase todos los cargos contra él y declarase que su detención había sido un error. Había quedado en libertad para volver a Kenia, pero había optado por permanecer en Uganda y estudiar en la universidad de Makerere, donde al cabo de tres años había obtenido el título de agrónomo.

Había aprendido agronomía y administración y ahora estaba preparado para recuperar su tierra de manos de los Treverton.

«Pero, ¿cuándo?», se preguntaba al salir del cuartel, con el rifle colgado del hombro. Durante años su madre le había prometido la restitución de sus tierras. ¿Acaso no había lanzado una *thahu* contra los Treverton? ¿Y acaso las maldiciones de Wachera no daban resultado siempre? Pero no con la rapidez suficiente para David.

«La plantación de café de los Treverton prospera -le había dicho Wanjiru en su última carta-. Esa chica blanca que se llama Mona la está dirigiendo personalmente».

David no se había alistado en los Rifles Africanos del Rey para esto, para perder su tiempo en un país seco y dejado de la mano de Dios, cuyos habitantes estaban empeñados en aniquilarse mutuamente, y él en medio, convertido en blanco de



ambos bandos por ser un soldado británico, ¡mientras los Treverton se cebaban en su tierra!

David se sentía abrumado por la desdicha.

¿Qué había en la árida Palestina que fuese digno de amar? En el verano hacía un calor terrible y vientos ardientes abrasaban los pulmones; en invierno había lluvias grises e implacables y un frío atroz que nunca había experimentado en Kenia. Sentía su corazón apesadumbrado por la nostalgia de su patria. Añoraba las selvas, las neblinas limpias del monte Kenia, las canciones de su pueblo, la comida que preparaba su madre y el amor de Wanjiru.

Wanjiru...

Para él Wanjiru era más que la mujer a la que amaba y con quien esperaba casarse; Wanjiru personificaba todas las cosas por las que sentía añoranza. Wanjiru era Kenia. David anhelaba el consuelo de su abrazo.

Al ver los grandes camiones de transporte alineándose, los faros llenando el recinto de luz artificial, David comprendió que estaban organizando una búsqueda masiva. Se preguntó a dónde irían a buscar esa mañana. Se acercó a uno de los camiones y entabló conversación con el conductor.

—En Petah Tiqwa —dijo el hombre, refiriéndose a una ciudad pequeña que no distaba mucho de Tel-Aviv.

David asintió con la cabeza y se apoyó en el guardabarros. A las autoridades les gustaba decir que «la condenada Petah Tiqwa es un nido de terroristas». Y no se equivocaban. El servicio de información británico era muy consciente de que en los bosques y bosques que rodeaban Petah Tiqwa se ocultaban depósitos de armas, además de ser campos de entrenamiento secretos de las fuerzas rebeldes. Registrar aquella zona era peligroso y a los soldados británicos no les gustaba internarse en ella.

David tenía la impresión de que a eso se reducían todas sus obligaciones: a buscar al escurridizo Menachem Begin. Cuando no se encontraba en algún control de carretera, inspeccionando todos los coches que entraban y salían de Tel-Aviv, era porque estaba registrando hoteles o interrogando a peatones en la calle o llamando a alguna puerta a medianoche, sacando a la gente de la cama. La búsqueda de Begin iba intensificándose y los británicos se morían de ganas de echarle el guante al hombre que sabotaba sus comunicaciones y sus oficinas civiles. Y ahora que David Ben Gurion, líder de la Agencia Judía y archirrival de Begin, prácticamente había declarado la guerra a éste y cooperaba plenamente con los británicos en su búsqueda, estaban poniendo patas arriba toda Palestina.

Incluso ofrecían una recompensa de quince mil dólares al hombre que entregase a Menachem Begin a las autoridades.



«Tiene que ser un guerrero feroz -pensaba David Mathenge- para haber confundido tan completamente al servicio de información británico durante cuatro años, para haber cometido con éxito tantos actos de sabotaje, para mantener un liderazgo tan fuerte sobre su ejército clandestino, la Irgun, y todo ello sin haber sido atrapado una sola vez».

A su juicio, estar constantemente en movimiento, llevarles siempre la delantera a los perseguidores, era obra de un hombre inteligente y valiente. De hecho, los británicos sólo tenían una vaga idea acerca del aspecto de Begin. Cuando registraban una calle casa por casa, se les decía que buscasen a un «judío polaco, de unos treinta años y pico, que lleva gafas y que tiene esposa y un hijo pequeño».

—Espero que esta vez encuentren a ese cabrón —dijo el conductor, encendiendo un cigarrillo—. Ese condenado Begin piensa que sólo servimos para hacer prácticas de tiro al blanco. Y no me gusta nada entrar en Petah Tiqwa. Uno de estos días habrán puesto una trampa. Ya lo verás. Begin provocará una sangrienta guerra civil. Los árabes se sentarán tranquilamente, riéndose, mientras los judíos se matan unos a otros, haciéndole el trabajo a Hitler.

David miró al conductor, un hombre rubicundo que hablaba con acento escocés. Sólo en ocasiones como ésta, cuando iban a cumplir una misión o guarnecían un puesto, hablaban los soldados blancos con los hombres del regimiento de David. Por lo demás, parecía haber una barrera invisible o alguna ley extraña, tácita, contra la mezcla racial.

Al llegar a Palestina, los africanos se habían llevado una sorpresa al descubrir que sus alojamientos y su comedor estaban separados de los del resto del batallón. En Kenia era aceptable que los africanos no se mezclaran con los colonos blancos, sencillamente porque había sido siempre así; pero habían creído que el ejército sería democrático. Al fin y al cabo, llevaban todos el mismo uniforme y servían a la misma causa, ¿no? La semana pasada se había enterado de que a los soldados africanos les pagaban menos que a los blancos.

Había sido una sorpresa muy desagradable. Varios de sus camaradas se habían quejado de esa discriminación, declarando que un soldado era un soldado, fuese negro o blanco, y debía recibir la misma paga. Pero los oficiales, blancos todos ellos, habían recordado a los africanos descontentos que estaban mejor que sus compatriotas en casa y debían agradecerle al ejército que les hubiera aceptado en vez de dejarles en Kenia para que trabajaran en los campos como las mujeres.

Observó cómo se alineaban los camiones, los coches blindados y los tanques, las ametralladoras, el material para instalar controles de carretera. Adivinó que iban a rodear Petah Tiqwa por completo, encerrando a los habitantes, que nada sospechaban, y que su regimiento entraría en la población y buscaría a Begin.



En ese momento recordó un incidente habido en Haifa, donde tres soldados habían tropezado con una trampa. El propio David, que se encontraba a sólo unos pasos de ellos, había estado a punto de morir.

«¿Estaría Begin esperándoles en Petah Tiqwa en ese mismo momento? —se preguntó David—. ¿Se trataba de una artimaña de la Irgun? ¿Iba a terminar hoy su estancia en Palestina, de un modo sangriento?»

David no quería morir. Quería volver a casa. A Kenia. A Wanjiru.

Sentado en el parachoques, extrajo la carta de Wanjiru del bolsillo y la leyó a la luz de los faros. Decía:

Rezamos pidiendo que vengan las lluvias. La semana pasada tuve permiso del hospital. Fui a visitar a tu madre. Nos internamos en la selva y encontramos una higuera vieja y juntas rezamos allí pidiendo las lluvias.

Tu madre está bien, David. Le leo tus cartas, una y otra vez. Pero no le leo los periódicos, las crónicas de la guerra en Palestina. Leemos cosas sobre las bombas, David, sobre las minas enterradas, sobre la tortura y el asesinato de soldados británicos. ¿A qué viene esa lucha? ¿Por qué estás ahí? Si los masai y los wakamba lucharan, ¿se entrometerían los kikuyu? No. Dejad que los árabes y los judíos resuelvan sus diferencias. Ésta no es tu lucha, David. No comprendo por qué estás ahí.

David alzó los ojos y contempló el horizonte, que aparecía teñido con la promesa anaranjada del amanecer. Se preguntó si en ese momento estaría saliendo el sol en Kenia; si su madre habría ido a buscar agua en el río. Y Wanjiru... ¿estaría inquieta en la cama, pensando en él?

«¿Para qué estoy luchando?»

Recordó otro incidente que también había ocurrido en Haifa y cuyo recuerdo le perseguía desde entonces.

Hacía seis meses. Durante el registro rutinario de un hotel, había encontrado a un hombre que le había dejado tan asombrado, que tanto él como su compañero, un luo llamado Ochieng, se habían quedado mirándole con expresión embobada.

El hombre vestía el uniforme del ejército norteamericano y ostentaba el rango de capitán. ¡Pero era negro!

—Perdóneme, señor —le había dicho David al norteamericano—. Es sólo una comprobación rutinaria.

Habían entablado conversación y el capitán, debido al acento de David, se había figurado que era de Inglaterra. David le había explicado que era de Kenia. Finalmente, haciendo acopio de valor, se había atrevido a decirle:



—Le ruego que me perdone, señor. Pero, ¿cómo es que es usted capitán? En el ejército británico no hay oficiales negros.

El norteamericano había sonreído a la vez que decía:

—Verás, soldado, es que tengo un título universitario.

—Yo también —había dicho David y entonces le había tocado al norteamericano el turno de poner cara de sorpresa.

La expresión del capitán había perseguido a David durante los meses siguientes; la veía en todas partes: mientras dormía; en el desierto; en los rostros de los judíos a quienes interrogaba. No le dejaba en paz ni un momento. El norteamericano no había pronunciado otra palabra, pero sus ojos habían dicho que era una vergüenza.

Pero David no acertaba a adivinar para quién era una vergüenza: si para el joven soldado o para el propio capitán.

De repente empezó a haber mucha actividad. Los hombres formaron y los oficiales se pusieron a dar órdenes. Vio que se acercaba un jeep y que el capitán Donald se disponía a arengar a la tropa. Pronunció una arenga rutinaria, aunque salpicándola de palabras fuertes, que en esencia decía que era necesario encontrar a Begin a toda costa, antes de que se perdieran más vidas británicas.

Al subir al camión, David tradujo la arenga del oficial a su compañero, Ochieng, que sólo hablaba su lengua natal, el luo, y el suajili. Mientras explicaba las órdenes a Ochieng, diciéndole que tenían que registrar casa por casa el barrio Hassidoff de Petah Tiqwa, reflexionó sobre lo injusta que era la situación.

A su lado estaba Ochieng, analfabeto, campesino de la región del lago Victoria, que apenas entendía nada de lo que le ordenaban, pero cumplía las órdenes plácidamente, gustaba de mirarse vestido de uniforme y después de la guerra, al igual que los otros ochenta mil soldados africanos, volvería a Kenia y reanudaría su vida primitiva, sin hacer preguntas. Y junto a Ochieng estaba él, David Mathenge, uno de los poquísimos africanos educados que había en el regimiento, el único que tenía un título universitario, un hombre lleno de ambición, y nadie reconocía que era diferente de Ochieng. De nuevo pensó en la expresión de los ojos del capitán norteamericano, en que era una vergüenza.

Mientras los camiones se ponían en marcha, David pensó que si su color le hacía indistinguible a ojos de los oficiales blancos, tenía que hacerse diferente de otra manera. Había una recompensa cuantiosa por la cabeza de Begin y una medalla para el soldado que encontrase al terrorista y lo entregara.

David Mathenge iba a encontrar a Menachem Begin.

* * *

Hassidoff era un barrio obrero rodeado de naranjos. Los tanques y los coches blindados del ejército de ocupación, que trabajaban con la policía de Palestina,



rodearon la zona mientras los soldados recorrían las calles y, utilizando altavoces, decían:

—¡Toque de queda! ¡Permanezcan en sus casas! ¡Quien salga a la calle arriesgará su vida!

Los hombres saltaron de los camiones, se desearon «buena caza» y comenzó la búsqueda. David y Ochieng se encaminaban hacia su primera casa cuando un pastorcillo árabe que iba con su rebaño los saludó con la mano.

A los pocos minutos, los soldados reunían los prisioneros y los hacían subir a los camiones; algunos todavía estaban medio dormidos, pues apenas empezaba a amanecer. Eran sospechosos que debían ser trasladados a la jefatura de policía para interrogarlos. La operación fue sorprendentemente silenciosa, pues la gente cooperaba. Observaban desde las ventanas, abrían la puerta y mostraban sus papeles. Aunque los soldados eran inferiores en número a los habitantes -más adelante se comprobaría que varios de éstos eran realmente miembros de la Irgun de Begin-, tenían sus armas, mientras que la gente estaba desarmada.

David se encargaba de los interrogatorios mientras Ochieng vigilaba con el fusil ametrallador.

No era fácil buscar a un hombre cuya presencia en el lugar sólo se sospechaba y a quien nadie había visto realmente. Pero David estaba decidido a dar con él. El cartel que había en la pared del cuartel mostraba una vieja fotografía de Begin vestido con el uniforme del ejército polaco, al lado de una mujer joven y bonita, su esposa. David se había aprendido todos los detalles de la borrosa fotografía: el pelo, la forma de los ojos y de la boca. Y también la imagen de la mujer, Aliza Begin.

David encontró a judíos jóvenes y nerviosos, a los que envió a los camiones que esperaban, hombres cuyos papeles no estaban en regla y unos cuantos que protestaron. Sabía que a la mayoría los pondrían en libertad al día siguiente, tras obtener de ellos poca o ninguna información.

Iba llamando a cada puerta mientras Ochieng vigilaba con la metralleta lista para abrir fuego. Sabían que cada puerta podía ser una trampa, responder a su llamada con tiros.

La mañana fue transcurriendo y David sentía crecer su ansiedad. El capitán Geoffrey Donald recorría las calles en su jeep, interrogando a sus hombres, dándoles órdenes. Ochieng estaba cada vez más nervioso; a cada momento esperaba oír el silbido de las balas, la explosión de una bomba.

Llamó a la puerta de una casita modesta y la abrió un hombre bajo que sonreía.

—Arriba las manos —dijo David. Registró al hombre y, al no encontrar armas, prosiguió—: Sus papeles —y el hombre se los mostró.

Los papeles decían, en inglés y en hebreo, que se llamaba Israel Halperin y era un refugiado procedente de Polonia.



— ¿Profesión? — preguntó David.

El hombre sonrió, hizo un gesto con las manos y dijo algo en una lengua que David no entendió; se apartó un poco y dijo:

— Tendrá que ir a la jefatura de policía.

Y entonces apareció de repente otro hombre, como si hasta ese momento hubiera estado detrás de la puerta, escuchando. Era más alto que el señor Halperin, llevaba barba y vestía una prenda larga de color negro. Dijo que se llamaba Epstein y era rabino.

— Mi amigo no habla inglés. ¿Quizá yo pueda hacer de intérprete?

David miró con atención al rabino. No se parecía en nada a la foto del cartel. Ochieng le cacheó por si iba armado; luego David le preguntó:

— ¿A qué se dedica este hombre?

— Es abogado. Se está preparando para examinarse aquí en Palestina.

David se volvió hacia el más bajito de los dos hombres y lo miró de pies a cabeza. Era tímido y tenía una sonrisa simpática.

— ¿Cuánto tiempo lleva en Palestina? — preguntó David.

El señor Halperin contestó y el rabino tradujo:

— Cuatro años.

— ¡David! — dijo Ochieng y añadió en suajili —: He visto un movimiento cerca de aquella puerta.

David le hizo una seña diciéndole que fuera a investigar. Ochieng echó a andar con el fusil a punto hacia la segunda puerta mientras los dos judíos contemplaban la escena con aparente indiferencia. A los pocos momentos apareció una mujer con un niño pequeño en brazos. Ochieng iba detrás de ella, apuntándola con el arma, nervioso.

— ¿Quién es ésa? — preguntó David.

El señor Halperin habló y el rabino dijo:

— Es su esposa.

David miró fijamente a la mujer. Le resultaba conocida. El corazón empezó a latirle velozmente. Miró de nuevo al señor Halperin, le miró a los ojos, que se cruzaron con los suyos serenamente, con tranquilidad. Se preguntó si aquel nombre de aspecto insignificante podía ser el temible Menachem Begin. Súbitamente David advirtió un parecido con la foto del cartel. Las cejas, la forma de la boca...

Se oyeron gritos en la calle, luego el rugido de los motores de los camiones. Varios ciudadanos protestaron y colmaron de insultos a los soldados.

David y el señor Halperin se miraron durante un largo rato. Luego David dijo:



—Vendrá usted conmigo.

—Amigo mío —dijo el rabino en tono afable—, ¿qué ha hecho el señor Halperin?

David se asomó al interior de la casa, buscando señales de que hubiera más gente escondida, indicios de actividad terrorista, pero sólo vio montones de libros.

—Tiene que interrogarle la policía.

Entonces el señor Halperin dijo algo que pareció una pregunta.

El rabino Epstein tradujo:

—El señor Halperin quiere saber, si eres soldado, ¿por qué estás luchando?

David se quedó un poco cortado.

—¡Todos al camión! ¡La mujer y el niño también!

Pero el señor Halperin, tranquilo e imperturbable, volvió a hablar y el rabino tradujo sobre la marcha:

—Tú eres africano, amigo mío, miembro de una raza oprimida. ¿Por qué luchas por los británicos? ¿Por qué luchas por unos hombres que te tienen sojuzgado?

David titubeó y el hombre bajito siguió hablando en voz baja pero firme.

—¿Sabes lo que está pasando en el mundo? Yo te lo diré. En mi ciudad natal de Polonia éramos treinta mil judíos. Hoy apenas quedan diez. Era nuestra patria, pero nos expulsaron. ¿Qué está sucediendo en su patria, mi joven amigo africano?

Los ojos negros del señor Halperin miraban fijamente la cara de David; había en ellos una mirada penetrante, persuasiva.

—¿Qué te han prometido a cambio de luchar por los británicos, amigo mío? A la India le han prometido la independencia a cambio de luchar en la guerra. ¿También a los africanos os han prometido tanto?

David parpadeó y miró a Ochieng, que, al no entender el inglés, esperaba con impaciencia, apuntando con el fusil a la mujer y al niño. David volvió a sentirse atraído por los ojos penetrantes del señor Halperin.

—Si no os han prometido nada —prosiguió el señor Halperin por mediación del rabino—, entonces estáis combatiendo por nada. Os colonizaron hace años porque no teníais armas ni educación para hacer frente a los británicos. Pero ahora tenéis conocimiento de las armas, tenéis educación. ¿A qué estáis esperando?

David miró al hombrecillo, que apenas le llegaba a los hombros. El señor Halperin estaba pálido, empezaba a quedarse calvo y hablaba con voz suave. Pero había en él un poder extraño del que David no lograba librarse.

—Hay cosas más preciosas que la vida, mi oprimido amigo —dijo el judío polaco—. Y cosas más horribles que la muerte. Si amas la libertad, tienes que odiar la esclavitud. Si amas a tu gente, no puedes por menos de odiar a quienes la oprimen.



Yo te pregunto, si amas a tu madre, ¿no odiarías al hombre que pretendiese matarla? ¿Y no lucharías contra él a costa de tu propia vida?

Un recuerdo se encendió en el cerebro de David. Volvía a tener diecisiete años, se encontraba subido al tocón de una higuera, gritando al jefe John Muchina:

«El hombre que no ama a su país no ama a su madre. Y un hombre que no ama a su madre... ¡no puede amar a Dios!»

Se sintió turbado. Eran las palabras que habían motivado su detención, su tortura y su exilio en Uganda. ¿Cómo era posible que se le hubiesen olvidado?

De pronto fue muy consciente del uniforme que vestía, de la metralleta británica que llevaba al hombro y de los papeles de identidad del «señor Israel Halperin» que tenía en la mano.

—¡Vete! —susurró el judío de voz tranquila—. ¡Vuelve en paz a tu patria y déjanos hacer aquí lo que tenemos que hacer!

—¿Qué tienes ahí, soldado? —dijo una voz a sus espaldas.

David se volvió. Su oficial superior se encontraba de pie en el jeep, los ojos ocultos detrás de gafas ahumadas. Llevaba un bastón y los botones de su uniforme relucían al sol. Era Geoffrey Donald, amigo de los Treverton.

—Nada, señor —dijo David bruscamente, devolviéndole los papeles al señor Halperin—. Aquí todo está en orden.

Hizo una señal a Ochieng, que salió corriendo de la casa. Al cerrarse la puerta tras él, David oyó la palabra *shalom* pronunciada en voz baja.



CAPÍTULO 37

En el distrito todo el mundo sabía que el invernadero estaba embrujado.

De noche, sentados alrededor de las hogueras, los kikuyu hablaban en voz baja del espíritu que moraba en el invernadero; en la escuela los niños hablaban del fantasma; las mujeres murmuraban en el mercado. Antes de que transcurriera mucho tiempo, el rumor llegó a conocimiento de todos los africanos de la región y nadie, ni siquiera los ladrones, se atrevía a acercarse al invernadero tabú del claro de los eucaliptos.

Njeri había hecho bien su trabajo.

Rose iba cantando al salir de casa en esa hermosa mañana de diciembre. Como hacía todas las mañanas últimamente, se había preocupado mucho por su pelo, por su indumentaria. Había probado varios perfumes y escogido las joyas más apropiadas. Deseaba vivamente complacer a Carlo, ganarse su sonrisa. Pero eso era exactamente lo que el general Carlo Nobili había hecho cada día durante tres meses: sonreír a Rose.

En octubre habían encontrado los restos de un hombre blanco en la selva, cerca de Meru. Suponían que eran del tercero de los prisioneros italianos que se habían fugado y que había encontrado la muerte en las fauces de los animales salvajes. Los restos fueron enviados a su finca ducal de Italia, se abandonó la búsqueda y se cerró el caso. Nadie —ni Grace ni sir James, ni Mona ni Tim Hopkins— sabía del misterioso ocupante del invernadero ni sabía que Rose había dejado de trabajar en el tapiz hacía varias semanas y que ahora iba cada día al claro con un propósito muy diferente.

Se detuvo en el borde de la calzada y con la mano se protegió los ojos del sol.

Mona conducía un camión cargado de sacos de café. A Rose le maravillaba la obsesión de su hija con la finca. Era como una locura. En relación con Bellatu y sus dos mil hectáreas, Mona se mostraba tan ferozmente posesiva como Valentine, por lo que Rose se decía que la muchacha era decididamente hija de su padre. Pero se preguntaba también qué iba a pasar cuando terminase la guerra y Valentine regresara a casa para ponerse al frente de la plantación.

Rose sintió frío en el alma.

Valentine.



Albergaba la esperanza de que no volviese nunca.

El general estaba en el invernadero, cortando plantones de delfinio con un cuchillo. Los había plantado en semilleros dos meses antes, una de sus primeras tareas después de la convalecencia. Rose se detuvo en el umbral para observarle. Se encontraba de pie bajo la luz del sol refractada que entraba por el techo de cristal, envuelto en una especie de aura suave, como de gasa. Nada aparecía nítido. Las flores de color azul oscuro y lavándula que le rodeaban aparecían borrosas; las hojas de color verde claro se mezclaban con las de color esmeralda. El propio general estaba transformado: Rose pensó que parecía una figura mítica —tan alto y esbelto, la cabeza de negros cabellos inclinada—, como un dios de complexión aceitunada caminando en algún jardín olímpico.

El general alzó la vista. Rose no había hecho ningún ruido, pero él se había percatado de su presencia.

—Rosa —dijo con voz queda.

Rose entró y dejó la cesta con el desayuno en el suelo.

—¿No es demasiado pronto para dividir los plantones? —preguntó Rose, colocándose a su lado y mirando el semillero.

— ¡En Kenia, no! ¡Este país es fantástico, Rosa! Tenéis un clima tan templado, sin invierno, primavera ni otoño. Nada permanece dormido ¡y las plantas florecen todo el año! —le dirigió su radiante sonrisa—. Esto es el paraíso del jardinero.

Rose había descubierto que Carlo Nobili era experto en flores. En su finca ducal del norte de Italia había pasado años cultivando y experimentando, haciendo cruces, produciendo híbridos nuevos y creando un inmenso jardín de flores que, según él, causaba envidia hasta el Vaticano. Durante su convalecencia en la cama que Rose y Njeri le habían improvisado con paja y mantas, el general había comentado la excelencia de las plantas de Rose con palabras de entendido, y entonces habían descubierto que tenían un interés en común. En las semanas subsiguientes, mientras iba creciendo su casta y dulce amistad, habían pasado horas compartiendo este interés, aprendiendo el uno del otro, hablando de experiencias, de éxitos y de fracasos. El general le había enseñado a cortar las begonias de un modo que las hacía durar más; ella le había enseñado a cultivar el asombroso delfinio azul opalescente que era propio de Kenia y que Rose había encontrado en la selva y trasplantado en su claro.

Él la miró, vio cómo la difusa luz del sol enmarcaba su cara pálida, suavizaba los colores de su vestido. Al duque de Alessandro, el invernadero escondido en el corazón del bosque le parecía un lugar encantado. Sabía que vivía una existencia embrujada bajo su techo de cristal y entre su tierra rica, el perfume embriagador de las flores, las grandes hojas que se mecían, recibiendo cada día la visita de esa mujer hermosa y pura a la que aún no había tocado y que sin duda había salido de un cuadro de Botticelli.



—¿Has dormido bien, Rosa? —preguntó.

Rose contuvo el aliento.

—Sí. ¿Y usted, *signor*?

—Me has construido un palacio aquí —hizo un gesto con el brazo señalando el rincón donde un tosco camastro de paja y mantas, una silla plegable y un palanganero con un jarro de agua formaban su escondrijo—. Y tienes que llamarme Carlo.

Rose se ruborizó y alargó la mano hacia la cesta.

Rose no acertaba a explicarse por qué no podía llamarle por su nombre de pila. Sin duda el duque creía que después de la intimidad de atenderle en su enfermedad, de lavarle las heridas, de darle de comer como a un niño, y ayudarle luego a dar sus primeros pasos... sin duda el duque pensaba que después de varios días así, Rose debería llamarle Carlo. Pero, por increíble que fuese, ella no podía.

Carlo la había visto cambiar mientras se recuperaba; había visto cómo la enfermera dulce pero firme que se había hecho cargo de su vida, que lo había hecho todo por él, se transformaba en una criatura tímida que en ese momento parecía a punto de huir corriendo. Casi era como si a medida que él recuperaba sus fuerzas, ella hubiese perdido las suyas. Cuanto más crecía el poder del duque, más disminuía el de Rose. Y ahora apenas era capaz de mirarle a los ojos.

Rose sacó lo que contenía la cesta, extendió un mantel limpio en el suelo y colocó en él los bizcochos, la mantequilla, el tarro de miel y una tetera llena de té Condesa Treverton. Mientras comían, Carlo habló de su hogar, de la finca donde vivía solo, pues su esposa había muerto hacía cinco años, al dar a luz. Hablaban de jardinería, pintura, música y libros, pero ninguno mencionaba la guerra ni las terribles experiencias de Carlo en el campo de prisioneros. Nunca hablaban de lo que le había traído a ese lugar y ahora le retenía en él.

Cada día Carlo veía en los ojos de Rose una pregunta tácita: «¿Por qué te quedas?» Era como si ella temiese que un día se desvaneciera. Y cada día él se hacía la misma pregunta y no encontraba respuesta, sólo la sensación de que cuanto más tiempo permanecía allí, mayor era su necesidad de quedarse.

Porque ahora Carlo vivía para ese hechizo robado, un fragmento de tiempo hechizado y cortado del horrible tejido de la guerra, como si el pasado y el futuro no existiesen. Pero sabía que pronto tendría que tratar de reintegrarse a su ejército, volver a la ignominia de la derrota.

Pasaron la mañana fertilizando las orquídeas de Rose, empapándolas y haciéndolas girar de la luz del sol a la sombra. Carlo hacía preguntas mientras trabajaban:

—¿Por qué las tienes en unas macetas tan pequeñas, Rosa? Me parece que unas macetas más grandes les sentarían mejor.



La primera vez que él le había hecho una pregunta, varias semanas antes, Rose no había sabido qué decir. Estaba tan poco acostumbrada a responder a preguntas —ni siquiera los sirvientes africanos acudían a ella en busca de órdenes—, que al principio se había quedado perpleja. Pero con el tiempo, al acostumbrarse a las preguntas de Carlo y darse cuenta de que él la escuchaba de verdad cuando hablaba, había cobrado confianza en sí misma y ahora le explicaba las cosas.

—Es que son orquídeas sudafricanas. Les gustan las macetas pequeñas porque les gusta apretarse contra los costados.

Se lavaron las manos por la tarde cuando Njeri les trajo el té, lo sirvió y se fue. Mientras comían los pequeños emparedados, Carlo y Rose se dieron cuenta de que el día se estaba nublando. Cuando las primeras gotas cayeron sobre el tejado de vidrio Rose dijo:

—Tengo que irme ya.

Pero Carlo le tomó súbitamente la mano y dijo:

—No. No te vayas. Por una vez, Rosa, quédate conmigo.

Rose sintió que el corazón le daba un vuelco. Miró la mano morena que le sujetaba la muñeca. Era la primera vez que la tocaba de verdad y se sintió excitada, asustada.

—¿Me tienes miedo, Rosa? —preguntó Carlo en voz baja. Luego se levantó, se acercó más a ella y susurró—: Quédate. Quédate conmigo esta noche.

—No...

—¿Por qué no? —con la otra mano le acarició el pelo—. ¿Quieres irte, Rosa?

Rose cerró los ojos.

—No.

—Pues quédate.

La proximidad de Carlo la hacía sentirse mareada. El perfume de un centenar de flores la atenazaba en el invernadero cálido y húmedo. Sintió los dedos de Carlo entre sus cabellos, en la muñeca. Aunque su relación era platónica, pensaba continuamente en él, tanto en las horas de vigilia como en sueños. De día se acercaba a él recatadamente, castamente, pero de noche tejía fantasías...

Al sentir los labios de Carlo sobre los suyos, abrió rápidamente los ojos y se apartó. Pero él la sujetó y dijo:

—Dime que no me quieres, Rosa. ¡Dímelo!

—*Signor*, por favor, suélteme.

—Me llamo Carlo. Quiero oírtelo decir —le apretó más la muñeca—. ¿Me quieres? Si no me quieres, dilo y yo te soltaré.

Rose miró sus ojos negros y se sintió perdida.



—Sí —susurró—. Sí te quiero.

Carlo la soltó, sonrió y tiernamente tomó la cara de Rose entre sus manos. Rose se preparó para resistir, pero apenas notó su beso.

—Dime qué es lo que te da miedo, querida mía —musitó—. Estamos solos aquí. Nadie puede vernos. Déjame hacerte el amor. Lo he deseado desde la primera vez que abrí los ojos y vi a uno de los ángeles de Dios.

—No...

—¿Por qué no?

«Me odiarás -pensó Rose-. Te decepcionaré y entonces ya no me querrás. Igual que Valentine...»

Bajó la cabeza.

—Porque... no me gusta.

—Entonces debo hacer que te guste —la rodeó con un brazo y la condujo al camastro. Rose se puso rígida, disponiéndose a ofrecer resistencia, pero se llevó una sorpresa cuando él, en vez de acostarla, la invitó a sentarse.

La lluvia caía con fuerza sobre el tejado de cristal. Carlo encendió una lámpara a prueba de viento y se sentó en el camastro al lado de Rose. Le pasó un brazo por los hombros y tiró de ella hacia atrás hasta que las dos espaldas se apoyaron en la pared. Durante largo rato permanecieron sentados, escuchando la lluvia.

Rose se sentía confundida. Una parte de ella lo quería; otra parte lo rechazaba. Sentía algo cercano al deseo, pero no pasaba de cosas sencillas: un roce, un beso. Más allá de eso, un muro de temor se alzaba ante ella.

Carlo empezó a acariciarle el pelo. Le besó la frente. Musitó algo en italiano. Rose notaba el calor de su cuerpo a través de la camisa de seda; sentía sus músculos firmes, la fuerza masculina reprimida. Sabía que, de haberlo deseado, Carlo habría podido forzarla, como Valentine hiciera una vez. Si la forzaba, el hechizo se rompería para siempre.

Pero no había nada imperioso en los gestos de Carlo. Rose no sintió el apremio que había sentido en Valentine. Encerrada en el ambiente cálido y luminoso del invernadero, rodeada por una jungla de helechos, enredaderas y flores tropicales, con la lluvia repiqueteando arriba, empezó a sentirse lánguida. Se apoyó en el abrazo de Carlo. Doblándola y medio sentándose en él, apoyó la cabeza en el hombro masculino. Empezaba a tener la sensación de estar soñando: la voz suave de Carlo, el roce de sus dedos, su proximidad consoladora.

Entonces la mano de Carlo bajó hasta su muslo.

—No —dijo Rose.

—Por favor —susurró él—. Déjame que te cuide, querida mía.



Rose procuró relajarse, trató de admitirle en su cuerpo, pero cuando la mano de Carlo empezó a subir, fue presa de pánico.

—Rosa —dijo él al notar que se ponía rígida—, mírame.

—Yo...

—¡Mírame!

Rose echó la cabeza hacia atrás. Los ojos de Carlo estaban cerca de los suyos. Se apoderaron de ella y la retuvieron mientras su mano continuaba explorando delicadamente.

—Abre las piernas —susurró él—. Sólo un poquito.

—No.

—Ábrete a mí, Rosa.

Su mano se movió hacia adentro. Rose soltó un respingo y se puso más rígida todavía.

—Chist —dijo él—. No luches conmigo. Relájate, querida mía.

—¿Qué estás...? —empezó a decir Rose, el aliento entrecortado.

—Sigue mirándome, Rosa. Te quiero. Te estoy diciendo que te quiero.

Rose notó que le estaba sucediendo algo extraño. Se sobresaltó. La mano de Carlo se movía despacio; sus ojos estaban clavados en los suyos.

—¡Oh! —exclamó Rose.

—Ven a mí, Rosa —dijo él—. Ven a mí.

La mirada de Carlo la tenía cautivada. No podía moverse. Pero algo estaba pasando.

—Espera —susurró Rose—. Voy a...

—¿Qué? ¿Qué vas a hacer?

La mano continuaba acariciando rítmicamente.

—Sí —susurró ella—. Oh, sí.

Entonces él la tocó. Rose soltó una exclamación cuando la oleada pasó por encima de ella. Luego pareció derrumbarse en los brazos de Carlo. Él le levantó la barbilla y la besó apasionadamente.

—¡Carlo! —jadeó Rose—. ¡Oh, Carlo!

—Cuéntame qué es lo que sueñas, querida mía. Cuéntame tus sueños.

Los ojos de Rose se llenaron de lágrimas. Había tenido un sueño en otro tiempo, hacía años, el llegar a Kenia por primera vez. Había soñado que se convertía en una



mujer de verdad. Había creído que el África Oriental haría de ella una mujer completa. En vez de ello, los vientos de las tierras altas se habían llevado su espíritu.

Pero esa noche, bajo la fuerte lluvia, entre los brazos de Carlo, Rose empezó a soñar otra vez.

De repente se levantó de un salto y se acercó a la puerta.

—Njeri —llamó.

La muchacha estaba sentada en la glorieta, esperando a su señora.

—Njeri, vuelve a casa. Me quedaré aquí. Si alguien llama por teléfono o viene a visitarme, dices que estoy en cama, que me duele la cabeza, que no quiero que me molesten. ¿Me has comprendido?

Njeri miró a su señora con expresión indecisa. Luego dijo:

—Sí, memsaab.

Rose cerró la puerta y se volvió hacia Carlo, que la miró con gran ternura.

—Y ahora, querida mía —dijo—, ¿soñarás conmigo?

—Sí.

—¿Y no volverás a tener miedo?

—No —dijo ella—. No volveré a tener miedo.

* * *

Rose lo encontró en el claro, contemplando la luna y las estrellas. La brisa suave agitaba sus cabellos, su expresión era concentrada. Le pareció tan alto y guapo, sin camisa, con la luz de la luna pintando de nácar sus musculosos brazos y su pecho. Era tan magnífico, que a Rose le pareció que, igual que Adán en el Edén, acababa de ser creado como un ser nuevo, mágico y solo.

Pero al acercársele, vio las cicatrices en su espalda y le dolió el corazón. Algunas noches, durante los dos meses que llevaban viviendo juntos y enamorados, Carlo había gritado en sueños. Entonces ella lo consolaba y él lloraba, y luego le hablaba del campo de prisioneros, de las atrocidades infligidas a sus hombres. Un sentimiento de culpabilidad atenazaba el alma de Carlo Nobili. Era un hombre atormentado, profundamente angustiado. Creía haber abandonado a sus hombres y que debería de haber perecido con ellos.

Rose se le acercó y le tocó el brazo.

—La guerra está terminando —dijo él, dirigiéndose al viento.

—Lo sé.

Carlo se volvió para mirarla.



—Ha llegado el final del tiempo que hemos estado juntos aquí. Ya no podemos seguir así.

Rose asintió con la cabeza.

—¿Te quedarás con él? —preguntó Carlo.

Durante las últimas ocho semanas ambos habían evitado hablar de ello. Pero la pregunta no sorprendió a Rose; sabía que algún día tendría que hacerse.

—No —dijo—. No me quedaré con Valentine. No quiero seguir viviendo con él. No quiero estar aquí cuando vuelva a casa.

—¿Y tu hija... tu hogar?

—Mona no me necesita. Y Bellatu sólo ha sido una casa para mí, nunca un hogar. Tú eres mi hogar, Carlo.

—¿Entonces vendrás conmigo?

—Sí.

—¿Adonde yo diga? ¿Adonde yo vaya?

—Sí.

—No sé qué haré, adonde iré. Mi familia me da por muerto. No sé qué me espera en Italia. Quizá no vuelva a casa, quizás empiece de nuevo en otra parte. ¿Eso te asusta, Rosa? ¿Te da miedo que yo sea un hombre sin hogar?

—No tengo miedo, Carlo.

Carlo la abrazó y apretó el rostro contra los cabellos de oro pálido.

—¿Qué he hecho en la vida para merecerte, querida mía? Cuando pienso en los años de dolor que viví tras la muerte de mi esposa... y los años largos y solitarios en la casa de mis antepasados, pensando que nunca volvería a amar. Vivía sólo a medias, Rosa, antes de conocerte.

La besó con gran delicadeza, luego dijo:

—No puedo prometerte nada más que esto, querida mía. Esto y mi amor y mi devoción eternos.

—Es lo único que pido. Es lo único que he querido en la vida. Dejaré todo esto atrás, ahora mismo, si así lo deseas.

Carlo asintió con la cabeza.

—Entonces nos iremos en seguida.

* * *

En ese mismo momento Valentine se encontraba en el andén de la estación ferroviaria de Nairobi y volvía a preguntarse si debería telefonar a Rose y decirle que le habían concedido un permiso inesperado o sería mejor darle una sorpresa.



Quería causar sensación, que su llegada fuese un gran espectáculo como en los viejos tiempos, cuando toda la colonia decía que Valentine Treverton era un maestro del espectáculo.

Ante él tenía seis semanas benditas, seis semanas de estar en su propia casa, dormir en su propia cama y comer alimentos de verdad. Después de cuatro años en el horrible desierto, combatiendo contra los italianos, Valentine sólo pensaba en una cosa: volver a poner los pies en Bellatu.

Incluso esperaba con ilusión el momento de ver a Rose. Y se decía, esperanzado, que quizá cuatro años de soledad la habían hecho más receptiva.

Así pues, le dijo a un chico que llevase su equipaje, se alejó de donde estaban los teléfonos y buscó un taxi. Acababa de decidir que su vuelta a casa sería una sorpresa.



CAPÍTULO 38

Wanjiru había bailado bajo la lluvia. Ahora yacía otra vez en su nuevo lecho de pieles de cabra, el cuerpo desnudo, mojado y reluciente, esperando a David.

Llevaba tanto tiempo esperando esa noche. Cinco años atrás, cuando David había vuelto finalmente a Kenia desde su exilio de Uganda, no habían tenido ninguna oportunidad de gozar el uno del otro. David se había alistado en el ejército y se había ido, casi en seguida, a aquel terrible lugar que llamaban Palestina, donde había estado a punto de morir.

Por eso David se encontraba ahora en casa, antes de que la guerra terminara, debido a las heridas que había sufrido al pasar con su jeep por encima de una mina. Después de doce semanas en un hospital de Jerusalén, y cuatro más en Nairobi, David por fin volvía a estar en casa y a ser de Wanjiru.

Se habían celebrado dos ceremonias de matrimonio: la civil, exigida por las autoridades británicas, y la kikuyu, exigida por la tribu. La segunda era la que estaban celebrando en esa lluviosa noche de abril. Toda la familia había venido del poblado de la otra orilla del río para compartir la felicidad de Wachera. David había pagado treinta cabras a la madre de Wanjiru... ¡un buen precio! Luego él y sus amigos habían levantado las paredes de una nueva choza de barro, tras lo cual, siguiendo la costumbre antigua, Wanjiru y las mujeres se habían pasado la mañana colocando el techo. Dos semanas antes la madre de David le había hecho a Wanjiru el corte que le permitiría tener relaciones sexuales, deshaciendo con ello la labor que ella misma hiciera cuando la *irua* de Wanjiru, hacía ahora ocho años. La herida ya estaba curada y Wanjiru yacía ahora en el lecho, preparada para su hombre.

David empezaba a pensar que la celebración duraría toda la noche. Estaba taciturno y le hubiera gustado sentirse tan alegre como todos sus parientes, que bailaban y se pasaban calabazas llenas de cerveza de caña de azúcar. Pero eran gente feliz e ignorante, gente capaz de ser feliz, mientras que él, demasiado educado y demasiado mundano para su propio bien, se encontraba sentado en la melancólica sombra de la realidad.

Por sus heridas y su servicio a la corona, los británicos le habían dado una medalla y una licencia honrosa y prematura. Pero nada más. Al volver a casa, se había encontrado con que no había ningún empleo para él, que en Kenia no había sitio para un «negro educado», como le dijo alguien. Aunque había maestros africanos en



escuelas «nativas», así como empleados africanos en algunas oficinas del gobierno, y aunque cada vez era mayor el número de africanos que se dedicaba a negocios particulares, nadie parecía necesitar a un brillante joven de veintisiete años con un título universitario de agronomía y una expresión ambiciosa en los ojos.

Alguien puso en sus manos una calabaza llena de cerveza y él bebió.

Sabía que Wanjiru se encontraba ya en la choza nueva, la que él y sus amigos le habían construido junto a la de su madre. Pero aún no se sentía capaz de presentarse ante ella. Estaba demasiado lleno de ira y de amargura para acudir a ella enamorado. Así que se bebió toda la cerveza y pidió más. Vio que su madre lo miraba desde el otro lado de la hoguera, alrededor de la cual bailaban los jóvenes.

David calculaba que su madre tendría cincuenta y cinco años. De no ser porque se afeitaba la cabeza, sin duda se le verían las canas. Pero su rostro seguía siendo terso y hermoso; su largo cuello aparecía adornado con multitud de collares de cuentas. Todavía llevaba el vestido anticuado hecho con pieles suaves y lucía grandes aros de cuentas a ambos lados de la cabeza.

A ojos de su pueblo, Wachera simbolizaba las costumbres que iban perdiéndose, un África en trance de desaparecer. David veía a su madre como una especie de icono sagrado que representaba el viejo orden que estaban borrando de su tierra. El corazón le dolía al verla. ¡Tantos años de soledad! Sin esposo, sin más hijos que él, viviendo sola en una choza que había sido derribada repetidas veces y que ella había vuelto a construir hasta que el hombre blanco finalmente la dejó en paz. La madre de David, Wachera Mathenge, ya era una leyenda en toda Kenia debido a su postura contra los europeos.

Desde su regreso, David había pasado muchas horas hablando con su madre, que le escuchaba en silencio. Le había hablado de su lucha en Uganda, como estudiante sin recursos, para llegar a ser el primero de su clase, así como de sus dolorosos años en Palestina, lleno de añoranza, sin más consuelo que el pensamiento de volver a casa. Y ahora le hablaba de lo decepcionante que era volver y descubrir que, bien mirado, no era sino un ciudadano de segunda clase.

—Nos alaban en los periódicos —le había dicho junto a la hoguera—. Y por la radio. El gobierno alaba a sus tropas «de color». El parlamento vitorea a sus héroes «nativos». Nos inculcan orgullo y amor propio; nos enseñan a leer y a escribir y a luchar por una causa unificada, luo y kikuyu codo a codo. Pero cuando volvemos a Kenia nos dicen que no hay lugar para nosotros, no hay empleos, ¡y que debemos volver a nuestros hogares de las reservas nativas!

»¡Madre! En todo el Imperio británico las colonias están obteniendo su independencia. Y yo te pregunto: ¿Por qué Kenia, no?

David sabía que no era el único que se hacía esa pregunta. Aunque el estallido de la guerra había puesto fin a la creciente concienciación política de los africanos, en la que David había participado en 1937, ahora estaba renaciendo. En ese mismo



instante, mientras vaciaba otra calabaza de cerveza, David sabía que en Nairobi se estaba celebrando una reunión secreta, una sesión de la Unión Africana de Kenia, en la que ciertos líderes clave -hombres jóvenes, educados y enérgicos- trazaban sus planes para la independencia. También se rumoreaba que Jomo Kenyatta, el ramoso «agitador», pensaba volver tras una ausencia de diecisiete años. Con semejantes fuerzas en movimiento, y con la vuelta inminente de setenta mil soldados africanos cuando terminara la contienda, David tenía la certeza de que la faz de Kenia cambiaría para siempre.

Significaba que le sería devuelta su tierra.

Se puso en pie con dificultad y se volvió para mirar el risco que se alzaba sobre el río. Justo por encima de las copas de los árboles podía ver las luces de Bellatu, la monstruosa casa de piedra construida con sangre y sudor de los kikuyu. Pensando en la gente blanca que había dentro de la casa -los Treverton- David dijo para sus adentros:

«Pronto...»

Su madre se le acercó.

—Ve con tu esposa ahora, David Kabiru. Te está esperando —dijo.

David entró en la choza y se detuvo a pocos pasos del umbral. Los rescoldos de una hoguera llenaban el aire de humo; el interior era cálido y cargado entre las paredes de barro; el olor de la lluvia y la cerveza llenaban la cabeza de David. Al ver a Wanjiru acostada, voluptuosa y desnuda, se le hizo un nudo en la garganta.

Se sintió como un impostor.

Una mujer tenía derecho a un hombre por esposo, un hombre de verdad. Según la ley kikuyu, si la mujer no se sentía sexualmente satisfecha, si el esposo no le daba hijos, si no podía cumplir como hombre, la mujer podía repudiarle y volver con su familia. David deseaba desesperadamente demostrarle cuánto la quería y deseaba, tomarla como correspondía a un guerrero y darle placer. Pero se sentía inútil, impotente.

Wanjiru alzó los brazos y David se le acercó. Tras acostarse a su lado, David apoyó la cara en los pechos grandes de Wanjiru y trató de decirle lo que tenía en su corazón. Pero había bebido demasiada cerveza. La lengua no le obedecía. Y lo mismo todas las demás partes de su cuerpo.

Al principio Wanjiru se mostró paciente, pues, como enfermera, conocía a los hombres mejor que la mayoría de las recién casadas. Acarició a David, intentando tranquilizarle. Le musitó palabras cariñosas en kikuyu. Movié el cuerpo de forma excitante. Pero cuando sus esfuerzos no lograron arrancar una respuesta satisfactoria del muchacho, cuando permaneció flácido en la mano de Wanjiru, notó que la rabia de antaño volvía a encenderse.



Ocho años antes había tenido que azuzar a David Mathenge hacia la hombría, cuando él, subido en el tocón de un árbol, recitaba proverbios. Ahora tenía que hacerlo otra vez... ¡en su noche de bodas!

Wanjiru se incorporó a medias.

—David, ¿qué te pasa?

David estaba anonadado. La cerveza, sus sentimientos de humillación, la sensación de haber sido despojado de su hombría...

—¡La *thahu* no se cierne sobre ellos! —exclamó, señalando hacia Bellatu—. ¡Se cierne sobre mí!

Wanjiru se llevó una gran sorpresa. Y al ver que los ojos de David se llenaban de lágrimas y oír el tono de compasión de sí mismo que había en su voz, sintió repugnancia. Nada le parecía más despreciable en un hombre que verle comportarse como una mujer.

—Déjame —dijo—, y vuelve a mi lecho cuando seas hombre.

David salió dando traspiés de la choza. Miró a sus primos y tíos, que seguían celebrando la boda alrededor de la hoguera, luego les volvió la espalda y desapareció en la noche.

* * *

—Oiga —dijo Tim Hopkins cuando sir James se unió a él en la terraza—, parece que está pasando algo allá abajo, en la choza de la vieja hechicera. ¿Qué supone usted que es?

James alzó los ojos hacia el cielo oscuro y se preguntó cuánto tiempo tardaría la lluvia. Volver a Kilima Simba en medio de una tempestad podía ser peligroso. Decidió pues aceptar el ofrecimiento de Valentine y pasar la noche en Bellatu.

—Val dice que el hijo de Wachera se ha casado. Construyeron una choza nueva para la esposa.

—Así que ahora hay tres chozas en el extremo del campo de polo, ¿no?

—Sí, y Val está furioso. Ha declarado que piensa derribarlas todas por la mañana, incluso la choza de la vieja esta vez.

«Estupendo -pensó Tim-. Espero que el muy cabrón cumpla su palabra. Los kikuyu no lo consentirán y se vengarán. ¡Puede que esta vez utilicen a lord Treverton para alimentar a sus cabras!»

Grace apareció en la puerta de dos hojas. Titubeó y se quedó mirando al joven Tim, que hablaba tranquilamente con James en la noche neblinosa. Ahora Grace usaba gafas, pero, como el ojo derecho estaba ciego, uno de los lentes era de cristal sencillo.

—James —dijo, reuniéndose con ellos.



James vio que algo le preocupaba.

— ¿Qué ocurre, Grace?

— ¡Rose acaba de contarme algo extraordinario! —volvió la cabeza hacia el comedor, donde los sirvientes estaban poniendo la mesa para la cena—. Aún no me he repuesto de la sorpresa. Hace un momento me pidió que subiera a su habitación ¡y me he contado una historia de lo más extraordinaria! Ahora ha subido Mona y sin duda le estará contando lo mismo. James, Rose piensa marcharse.

— ¿Marcharse? ¿Qué quieres decir?

— Que se va, que se marcha de Kenia. ¡Rose va a dejar a Valentine!

— ¡Qué! —dijo sir James en voz tan alta, que Grace tuvo que pedirle que bajara la voz.

— Valentine todavía no lo sabe. Rose piensa decírselo durante la cena.

— Esto es absurdo. ¿Acaso está borracha?

— Está completamente sobria, James. Verás... es que hay otro hombre.

James y Tim miraron fijamente a Grace.

— Rose tiene un amante —susurró ella.

— Tonterías —dijo James—. Te ha contado un cuento.

— No lo creo. Quizá recordarás que hace un tiempo te dije que mi cuñada parecía otra desde hacía unos meses. De pronto se volvió animada, enérgica. Empezó a dar órdenes al servicio. Hasta despidió a dos criadas. ¡Pero si una vez llegó a decirme a mí que me ocupase de mis propios asuntos! Mona y yo hablamos de ello entonces y, considerando que Rose tiene cuarenta y seis años, pensé que sería algo propio de la edad. Pero ahora Rose me dice que ha tenido un amante durante todos estos meses y que los dos se fugarán por la mañana.

James frunció el ceño.

— No puedo creerlo. Si Rose hubiese tenido un amante todo este tiempo, sin duda habrían circulado rumores. ¡Ya sabes que Kenia es como una ciudad pequeña llena de chismosos!

— Al parecer, lograron que la cosa permaneciera en secreto. Ninguno de nosotros conoce al hombre y Rose lo ha tenido oculto.

— ¿Se puede saber de qué estás hablando?

— Dice que es uno de los prisioneros italianos que se escaparon, los que tú y Tim estuvisteis buscando en septiembre.

— ¡Pero de eso hace siete meses! Sin duda si el hombre hubiera llegado hasta Nyeri, tratando de esconderse, lo habríamos encontrado.

— No lo habríais encontrado donde Rose lo escondió.



— ¿Dónde?

— En el claro de los eucaliptos. ¡En el invernadero!

James y Tim se miraron.

— ¿Lo tenía escondido allí? — preguntó el joven.

— Dice que cuando lo encontró estaba herido. Rose lo cuidó hasta que recuperó la salud. Después se fueron a la casa de la playa.

— Pero eso es imposible — dijo James—. ¿Cómo pudieron viajar? Sin duda el hombre no tenía papeles.

— Eso mismo le he dicho a Rose, pero afirma que fue lo más fácil del mundo. Lo presentaba diciendo que era una especie de primo lejano, extranjero. Y como el hombre iba con lady Rose, condesa de Treverton, y no intentaban ocultarse, nadie la interrogó, nadie les pidió los papeles. ¡Se fiaron de la palabra de Rose!

James meneó la cabeza.

— Es absurdo. Esto es muy impropio de Rose — reflexionó un momento y añadió— : No sé cómo Valentine puede no estar enterado de esto. La semana pasada fue a esperar a Rose a la estación, para darle una sorpresa. ¿Acaso ese hombre no estaba con ella?

— Sí. Y Rose me ha dicho que cuando el tren entró en la estación y ella vio que Valentine la esperaba, le dijo a Carlo que se apearian por separado y más tarde se encontrarían en el invernadero.

— ¿Y es allí donde ahora está el tal Carlo?

— En el invernadero. Esperándola, según Rose. Se irán en cuanto amanezca.

James miró fijamente a Grace durante un momento, luego se volvió y empezó a pasear por la terraza. Empezaba a llover de nuevo.

— ¿Tú la crees, Grace?

— Al principio, no la creí. Pero se comporta con tanta serenidad, con tanta sensatez. Y además están los detalles. Pues, sí, la verdad es que la creo.

— ¿Deberíamos tratar de impedirselo?

— No sé cómo. Está muy decidida. Por otra parte, ¿tenemos derecho a entrometernos?

— Valentine se pondrá furioso.

Grace se abrigó bien con la chaqueta de punto.

— Ya lo sé — dijo, y entró apresuradamente en la casa para no mojarse.

En el interior de la casa, donde el aroma del cordero asado se mezclaba con la fragancia humosa del fuego de la chimenea, Valentine se apartó de la ventana abierta



por donde acababa de oír toda la conversación y se apoyó en una pared, con la mirada clavada en el infinito.

* * *

Mona apenas probó la comida y se preguntó cómo su madre podía comer teniendo en cuenta lo que se proponía hacer en cuanto amaneciese. Pero allí estaba Rose, cortando la carne, sirviéndose otra ración de boniatos, sonriendo en todo momento, encantadora, hablando de cosas intrascendentes con Tim Hopkins.

Grace y sir James comían en silencio, intercambiando miradas frecuentes por encima de la mesa, mientras Valentine hablaba.

—Te diré lo que pronto va a dar mucho dinero, James. Los cacahuetes —dijo, volviendo a llenar la copa de vino—. Pienso desbrozar unas mil doscientas hectáreas y plantar cacahuetes.

Mona miró a su padre.

—No saldrá bien —dijo.

—¿Por qué no?

—Porque esta región es demasiado alta para los cacahuetes.

—¿Y tú cómo lo sabes?

—Porque lo intenté hace dos años y se murieron.

—Sería porque hiciste algo mal.

Su padre siguió hablando con sir James y Mona notó que se le encendían las mejillas. La forma en que su padre rechazaba todo lo que ella decía la ponía furiosa. Mona había esperado una bronca terrible cuando su padre volviese del norte y se había preparado para ella. Pero con gran sorpresa y decepción por su parte, Valentine había recorrido la plantación en coche, inspeccionando lo que ella había hecho durante su ausencia, y había dicho vagamente:

—Tuviste suerte. Aunque, por supuesto, todo esto habrá que quitarlo.

Ninguna muestra de enfado, ningún grito. Sólo una sencilla y humillante indiferencia ante sus trabajos y sus logros. Mona lo consideraba peor que la bronca.

—A partir de ahora, te mantendrás apartada de mis asuntos —había dicho luego Valentine—. Ya me encargaré yo de llevar la plantación.

—¿Y se puede saber qué he de hacer yo? —había contestado la muchacha.

Y Valentine había dicho:

— ¡Demonio! ¡Tienes veintisiete años! ¡Cásate!

De eso hacía una semana y a Mona aún no se le había pasado el disgusto. Su padre le había dicho que se casara, pero en realidad quería decir que lo dejase en paz y fuese a darle la lata a otro hombre. Valentine se había equivocado incluso en la edad.



Mona pensó en su madre, en la sorpresa que había experimentado al enterarse de su aventura amorosa y de su propósito de fugarse. Al principio se había disgustado, luego se había preocupado por el estado mental de su madre. Pero pronto había empezado a envidiar la vida nueva de su madre, su descubrimiento del amor y la pasión, su entrega total a un hombre. Recordó la expresión de la cara de su madre al hablar de su muy querido Carlo. Mona había sentido dolor en el corazón, y luego se había alegrado por ella.

—Sí —le había dicho finalmente a Rose—. Hazlo. Sigue al hombre al que amas. Aléjate de papá. ¡Ojala pudiera yo hacer lo mismo!

Mientras jugueteaba con la comida en el plato y oía cómo su padre hablaba de los planes que tenía para su plantación, Mona pensó en Geoffrey Donald, que pronto regresaría de Palestina. Casarse con él encajaría a la perfección en su propio plan. Geoffrey no quería seguir trabajando en Kilima Simba; lo que quería era poner en marcha un negocio turístico. Y Mona pensó que podía hacerlo tan fácilmente desde Bellatu como desde cualquier otro lugar. En vez de irse de Bellatu al casarse, como sin duda esperaba su padre, Mona se proponía traer a su esposo a vivir en casa. Porque Mona Treverton no pensaba renunciar nunca a la plantación. No pensaba cedérsela a su padre ni a nadie más.

—¿Sabías, James —dijo Valentine, sirviéndose más vino—, que se habla de un plan nuevo para los ex combatientes? Servirá para reforzar la economía después de la guerra. Los precios de la tierra serán bajos y esto atraerá a más colonos blancos.

—Sí, he oído los rumores y a mí me parece que no hay tierra suficiente.

—Es que obligarán a los nativos a volver a sus reservas. Todos los kikuyu de este distrito tendrán que regresar a las tierras que el gobierno reservó para ellos en un principio.

—No lo harán de buen grado, como en los viejos tiempos —James y Grace se miraron. Había una tensión palpable en torno a la mesa. El buen humor de Valentine parecía forzado y estaba bebiendo en exceso.

Valentine le estaba diciendo algo más a James cuando de pronto Rose empujó la silla hacia atrás y se levantó.

—Voy a desearos las buenas noches a todos. Pero antes de subir, tengo algo que decir.

Los invitados se volvieron hacia ella, expectantes, aprensivos. Sabían que el hombre que ocupaba el otro extremo de la mesa poseía un temperamento fuerte y destructivo.

Rose estaba muy bella, pues para la ocasión se había puesto uno de sus mejores vestidos de noche; era largo, lustroso y negro, el escote bajo y adornado con piedras que imitaban diamantes. Llevaba el pelo recogido sobre el cráneo y sujeto con una orquídea.



—Valentine —dijo—. Tengo algo que decirte.

Todos esperaron.

—Voy a dejarte, Valentine. Me iré por la mañana y nunca más volveré.

Hizo una pausa. Los otros cuatro comensales sentían deseos de mirar a Valentine, pero ninguno se atrevió a moverse.

Rose aparecía serena y segura de sí misma.

—He encontrado a alguien que me quiere sólo por mí, Valentine, no por lo que puede producir utilizando mi cuerpo. Un hombre que me quiere, que me escucha, que me trata como a un igual. Mi vida contigo ha terminado. Empezaré de nuevo, lejos de Kenia. No reclamo tu dinero ni Bellatu. Y te devuelvo tu título. Nunca he sido una buena condesa.

Calló y sus ojos recorrieron la mesa hasta posarse en Valentine. Los que estaban cerca de ella podían ver cómo el corazón le palpitaba debajo del pecho.

—No, Rose —dijo Valentine, suspirando—. Tú no vas a ir a ninguna parte.

Grace miró a su hermano y vio el fuego en sus ojos, el latido en la sien.

—Sí, Valentine. Voy a dejarte y no puedes impedírmelo.

—No lo permitiré.

—No puedes seguir amedrentándome, Valentine. Ya no me das miedo. Carlo me enseñó a no tener miedo. También me enseñó a amar. Era algo de lo que siempre me había creído incapaz, porque tú lo mataste en mí hace años. Podría haberte amado tal como tú querías, Valentine, pero tu impaciencia y tu indiferencia ante mis sentimientos me alejaron de ti. Incluso mi propia hija, a la que podría haber amado de haber hecho tú un solo gesto cuando llegué aquí con ella. Si hubieses reconocido a mi bebé, si hubieses pronunciado una sola palabra de aprecio o afecto, entonces me habría permitido a mí misma amarla. En vez de ello, me hiciste sentir culpable por haberla traído al mundo. Y me castigué a mí misma por ello, y castigué también a Mona.

»Y tu hijo, Arthur, cuyo único deseo en toda su corta vida fue complacerte... también a él lo alejaste de ti. Murió porque intentaba ser valiente, para que te enorgullecieses de él. He encontrado el amor otra vez y no voy a dejar que se me escape esta oportunidad. No te odio, Valentine. Sencillamente no te amo. Y no quiero seguir viviendo contigo.

Miró a los demás y dijo:

—Adiós.

Luego salió del comedor.

Las cinco personas se quedaron inmóviles, escuchando el susurro de la lluvia. Grace esperaba la explosión de Valentine, se preparaba para resistir su furia.



Pero lo único que éste dijo fue:

—Es tarde. Y está lloviendo, así que será mejor que todos os quedéis aquí esta noche. ¡No conviene mojarse!

Lo vieron levantarse y acercarse al carrito del whisky. Uno a uno se pusieron en pie lentamente. Mona y Tim fueron los primeros en salir para irse a sus respectivas habitaciones; luego Grace dijo en voz baja a James que subiría a ver a Rose.

Cuando los dos hombres se quedaron solos, James trató de decir algo. Pero Valentine le dirigió una sonrisa animosa.

—No se irá, ¿sabes? No hablaba en serio. Rose no tiene arrestos para irse.

—Creo que habla en serio, Val.

Valentine bebió el whisky de un trago y se sirvió otro.

—Bueno, puede que en este momento ella crea que habla en serio, James, pero ya lo verás. Mañana por la mañana Rose seguirá aquí. Te lo garantizo.

James se acercó a él.

—Valentine —dijo—, ¿por qué no dejas que se vaya?

Valentine se rió, quedamente y sin rencor.

—Tú no lo comprendes. James —dijo, apoyando una mano pesada en el hombro de su amigo—. Construí esta casa para ella. Todo esto... para mi preciosa Rose. No creerás que va a abandonarlo todo, ¿verdad? Ahora vete a la cama, amigo mío. Mañana mis cafetos empezarán a echar flores blancas. ¡Piénsalo! ¡Miles de hectáreas de cafetos! —sonrió—. Que duermas bien, James. Y no te preocupes por Rose ni por mí.

* * *

Grace despertó de repente.

Parpadeó en la oscuridad, tratando de adivinar qué la había despertado.

Entonces se dio cuenta de que era el ruido del motor de un coche.

Intentó leer la esfera del reloj de la mesita de noche. Eran las cuatro y cinco o la una y veinte. No acertó a distinguirlo. ¿El ruido del motor había sido sólo un sueño? ¿O realmente alguien se había ido en coche de Bellatu en plena noche? Quizá era Tim, preocupado porque su hermana estaba sola en casa.

Grace miró la cabeza que dormía en la almohada de al lado. El ruido no había despertado a James.

Escuchó el silencio de la casa grande y pensó:

«Ha dejado de llover».



Cuando estaba a punto de dormirse otra vez le pareció que el entablado del pasillo crujía, como si alguien anduviera de puntillas.



CAPÍTULO 39

A primera hora del 16 de abril de 1945, justo antes del amanecer, una comadrona europea de la Misión Grace Treverton conducía su coche por la carretera desierta de la ciudad de Kiganjo, donde había trabajado toda la noche asistiendo a una parturienta. En la oscuridad vio que más adelante había un automóvil aparcado a la derecha de la carretera, el morro apuntando en la misma dirección que seguía ella, el motor en marcha, y los faros traseros proyectando dos rayos de luz roja sobre la superficie fangosa de la carretera. Al aflojar la marcha y acercarse, vio a alguien sentado dentro del automóvil, en el lado derecho del asiento delantero, en el asiento del conductor. Detuvo su coche junto al otro y encontró un hombre dormido. Al reconocerle y ver que se trataba del conde de Treverton, la enfermera le habló y le preguntó si necesitaba ayuda. El hombre no se despertó, de modo que la mujer se apeó y fue a mirar por la ventanilla del pasajero.

El conde se encontraba desplomado contra la portezuela del conductor con un agujero de bala en la sien izquierda, una pistola en la mano.

La enfermera se fue inmediatamente al puesto de policía de Nyeri, donde despertó al agente uniformado de tercera Kamau, quien a su vez despertó al cabo de guardia. Junto con dos agentes negros acompañaron a la memsaab a la carretera de Kiganjo, donde a unos dos kilómetros de la desviación de la carretera principal de Nyeri, encontraron el coche de lord Treverton.

Bajo la débil luz del amanecer los policías rodearon el automóvil y se pusieron a discutir sobre lo que había que hacer. Mientras tanto, la enfermera observó que había huellas de bicicleta en el barro, huellas frescas que llegaban hasta el lado del pasajero del coche aparcado y luego volvían a tomar la dirección por donde parecían haber venido: Nyeri. Pero cuando el cabo regresó al puesto para llamar al inspector Mitchell, que vivía en Nyeri, y cuando el inspector llegó a la escena del suceso, las huellas de bicicleta ya habían desaparecido bajo numerosas pisadas.

—¡Santo Dios! —exclamó Mitchell al mirar el interior del coche—. ¡El conde se ha pegado un tiro!

Tener que dar cuenta de lo ocurrido a la familia era un deber desagradable. ¡Y qué sensación iba a causar lo sucedido! ¡El conde incluso vestía de uniforme! Mientras subía por el sendero serpenteante hacia Bellatu, el inspector decidió que la depresión



causada por la guerra era lo que había empujado al conde a quitarse la vida. No eran pocos los combatientes que se suicidaban al volver a casa. Pero, ¿lord Treverton?

Eran las nueve de la mañana cuando el inspector Mitchell de la policía de Nyeri llamó a la puerta principal de Bellatu y dijo al criado africano que deseaba hablar con lady Rose.

En lugar de ella, la doctora Grace Treverton entró en la sala de estar.

—Mi cuñada no está en casa, inspector —dijo la doctora—. Lady Rose se fue de viaje a primera hora de esta mañana. Quizá yo pueda ayudarle.

—Pues verá usted, doctora —dijo el inspector, haciendo girar el sombrero en las manos, incesantemente. El inspector Mitchell detestaba esa parte de su trabajo—. Se trata del señor conde.

—Me temo que mi hermano aún no ha bajado a desayunar. Hasta el momento, sólo sir James Donald y yo nos hemos levantado.

El inspector asintió con la cabeza. Conocía bien a sir James.

—Pues, mire usted, doctora, como es usted hermana del conde, puedo decírselo a usted para que informe a lady Rose cuando vuelva.

—¿Decirme qué, inspector?

En la casa reinaba una quietud de mal agüero. Un reloj dejaba oír su tictac en alguna parte; cabezas de animales con magníficos cuernos miraban hacia abajo desde las paredes. El inspector Mitchell se dijo que ojala el conde no hubiera escogido su distrito para matarse.

—Me temo que su hermano no bajará a desayunar, doctora Treverton, porque no está aquí.

—¿No está aquí? ¡Claro que está!

—Fue encontrado en su coche a primera hora de la mañana en la carretera de Kiganjo. Lo encontró una de sus comadronas, una tal enfermera Billings.

—¿Lo encontró? ¿Qué quiere decir?

—Lamento decirle que lord Treverton salió en su coche durante la noche y se suicidó con una pistola.

Grace quedó paralizada, mirando fijamente al inspector de policía a través de sus gafas con montura de oro. Luego dijo:

—¿Me está diciendo que mi hermano ha muerto?

—Lo siento mucho, doctora.

—¿Está usted seguro de que se trata de lord Treverton?

—Completamente.



Grace se levantó.

—Le ruego que me perdone —dijo, y salió de la sala de estar.

Volvió a los pocos instantes, acompañada de sir James.

—Cuénteme lo que ha ocurrido, inspector —dijo James, sentándose en el sofá al lado de una Grace visiblemente trastornada y disgustada.

El policía lo repitió todo y añadió:

—El motor todavía estaba en marcha cuando la enfermera lo encontró. Creemos que no llevaba mucho tiempo muerto. El cadáver será trasladado al puesto de policía. Pueden... verlo allí.

—¡Oh, Dios mío! —exclamó Grace, y sir James la abrazó.

—Gracias por venir a avisarnos, inspector —dijo sir James con voz tensa cuando el policía se levantó—. Iré al cuartelillo más tarde y verificaré la identidad.

—Se lo agradeceríamos muchísimo, sir James.

El inspector dio la vuelta, disponiéndose a irse, pero se detuvo al ver a Rose Treverton de pie en el umbral del comedor. La miró fijamente. La mejilla izquierda de lady Rose aparecía magullada.

—¿Qué ha pasado? —preguntó lady Rose.

James y Grace alzaron los ojos.

—¡Rose! —exclamó Grace—. ¡Todavía estás aquí! —al ver la magulladura, se puso en pie, se acercó a su cuñada y susurró—: ¿Qué diantres le ha pasado a tu cara?

Pero cuando alargó la mano para tocar la mejilla lesionada, Rose se apartó.

—¿Por qué está aquí este policía? —preguntó Rose.

—Rose —dijo Grace con voz tensa—. Ven aquí y siéntate, por favor.

Pero Rose permaneció en el umbral.

—¿Qué ocurre?

El inspector se movió tímidamente. Había visto a la condesa de Treverton algunas veces, en su palco del hipódromo de Nairobi o paseando en su coche conducido por un chófer. Siempre estaba hermosa y aristocrática en todo. Su aspecto en ese momento le dejó boquiabierto: el pelo en desorden, la mitad sujeto y la otra mitad suelto; la bata arrugada; las ojeras; y aquella magulladura monstruosa.

Grace dijo:

—Rose, ha habido un... —se interrumpió. Había estado en un tris de decir «accidente».

—¿Alguien se ha hecho daño?

Grace, incapaz de hablar, se volvió hacia sir James y éste dijo:



— Valentine ha muerto, Rose.

Rose retrocedió como si acabaran de golpearle con fuerza.

— Al parecer, se disparó un tiro... — la voz de James se quebró.

Rose parecía confundida.

— ¿Que Valentine ha muerto? — susurró—. ¿Que se ha matado? Pero, ¿dónde?

— En su coche, lady Treverton — dijo el inspector—. En la carretera de Kiganjo. Durante la noche. Acepte usted mi más sentido pésame.

Rose se volvió con cara inexpresiva y se acercó a una de las sillas del comedor. Apoyó la mano en el respaldo, como si fuera a sacarla, pero permaneció de pie, los ojos escudriñando la reluciente superficie de la mesa.

— Valentine — musitó—. Muerto...

Luego escondió el rostro entre las manos y exclamó:

— ¡Yo no quería que pasara esto! ¡Oh, Carlo!

Cuando el inspector se hubo ido, James y Grace ayudaron a Rose a entrar en la sala.

— Rose — dijo Grace con voz apagada—, ¿qué ocurrió anoche? ¿Cómo te hiciste daño en la cara? ¿Y por qué no te has ido con Carlo?

Rose clavó la vista en su regazo.

— Valentine me pegó. Subió a mi cuarto y dijo que iba a impedir que le abandonase. Tuvimos una discusión. Me golpeó en la cara.

Grace esperó.

— ¿Y luego qué pasó?

— No lo sé. Sus golpes me hicieron perder el conocimiento. Hace apenas unos minutos que he despertado. No le oí salir de la casa... — Rose empezó a sollozar. ¡Tenéis que creerme! ¡Yo no quería que muriese!

* * *

— Bien — dijo el inspector Mitchell al entrar en el cuartelillo pequeño y sencillo—. ¡Las chismosas van a hacer su agosto!

Un agente africano alzó la mirada de su máquina de escribir Corona y sonrió.

Mitchell meneó la cabeza y colgó su sombrero.

— ¡No hay nada como un suicidio en la alta sociedad para que las lenguas empiecen a moverse!

Se disponía a sentarse ante su mesa y tomar el té y las tostadas de la mañana cuando otro agente uniformado entró corriendo.



— ¡Bwana! ¡Venga rápido!

Soltando un suspiro, y preguntándose por qué se le habría ocurrido abandonar su pacífico Cheshire para emigrar a Kenia, el inspector Mitchell salió detrás del agente y dio la vuelta al edificio hasta llegar al patio de atrás. El automóvil de lord Treverton estaba allí, la portezuela y el maletero abiertos, y dos policías lo estaban examinando.

Al dar la vuelta al coche, Mitchell se detuvo en seco y miró el interior del maletero.

— ¡Dios bendito! ¿Quién es éste?

El agente uniformado de tercera Kamau dijo:

— Todavía no lo sabemos, señor. Parece que no lleva papeles de identidad encima. Pero no lo hemos registrado a conciencia. Quería que usted le viese así antes de moverlo.

— Supongo que está muerto, ¿no?

— Y desde hace mucho, creo.

— Que venga el fotógrafo.

Mitchell miró el cadáver del maletero y sus ganas de desayunar se evaporaron. La víctima llevaba sólo unos pantalones y una camisa de seda, estaba descalza y atada con sogas por los tobillos y las muñecas. Le habían pegado un tiro en la cabeza.

* * *

— ¿Como si hubiera sido una ejecución? — dijo el superintendente Lewis de la División de Investigación Criminal de Nairobi. Acababa de llegar a Nyeri, tras recibir una llamada del inspector Mitchell, a quien en ese momento acompañaba hacia el patio del cuartelillo.

— Así parece — dijo Mitchell—. Atado como una cabra para el sacrificio. Un solo disparo. Le atravesó la cabeza, limpiamente.

— ¿Alguna idea sobre su identidad?

— Ninguna. Hemos preguntado por ahí. Parece que es un extranjero. Nadie lo conoce y no se ha denunciado ninguna desaparición.

Llegaron adonde estaba el coche y miraron el maletero vacío. Había manchas de sangre cerca de la caja de la rueda.

— Sospecho que fue obligado a meterse aquí dentro — dijo Mitchell—. Fue atado de pies y manos y luego muerto de un tiro. El conde se ahorró la molestia de tratar de meter un cadáver en el maletero.

El superintendente Lewis, un hombre bajo y rechoncho, con gafas bifocales y bigote estilo morsa, se acarició la barbilla pensativamente. Le habían pedido que interviniese en el caso Treverton porque ahora se trataba de un caso de asesinato.

— ¿Las fotos ya están preparadas?



— Todavía no, superintendente. Pero les he dicho que se dieran prisa en revelarlas.

Lewis se acercó al lado izquierdo del coche y miró en su interior. En la portezuela del conductor vio una pequeña mancha de sangre a una altura que, según calculó, correspondía a la cabeza del conde cuando éste se encontraba sentado al volante.

— ¿Dice que el motor estaba en marcha?

— Sí, superintendente. En mi opinión, lord Treverton metió al hombre en el maletero, le pegó un tiro, luego se lo llevó con la intención de tirarlo donde los animales pudieran dar buena cuenta de él, o quizá se proponía enterrarlo. Pero durante el camino, en la carretera de Kiganjo, la culpa y el remordimiento se apoderaron de él, detuvo el coche y se pegó un tiro en la cabeza.

— ¿Ha llegado ya el patólogo?

— Ya ha salido de Nairobi y está en camino.

El superintendente Lewis examinó a conciencia el interior del automóvil, tomó nota de las cosas que había dentro -unos guantes de hombre, una revista atrasada, una manta pulcramente doblada-, luego posó sus ojos pequeños e inteligentes en el asiento del pasajero. Había partículas de barro seco en él. El superintendente se echó hacia atrás, miró el estribo y vio dos grandes manchas de barro que podían o no podían tomarse por pisadas.

— ¿La familia se ha enterado ya de esta novedad? —preguntó al inspector Mitchell.

— Todavía no. Les informé de la muerte del conde esta mañana. Decidí no comunicarles lo otro hasta que usted hubiera examinado la situación.

El superintendente miró a Mitchell por encima de la montura de sus bifocales y dijo:

— Si a usted no le importa, inspector, me gustaría ser yo quien les dé la noticia.

Dentro del cuartelillo los dos hombres se sentaron para examinar las fotografías recién reveladas. El superintendente Lewis se entretuvo un buen rato con las fotos de Treverton, la cabeza, en perfil, apoyado en la ventanilla, un agujerito redondo con quemaduras de pólvora en la sien izquierda. También había una foto de la pistola en la mano, apoyada en el asiento a su lado. En la foto eran visibles las partículas de barro en el asiento del pasajero. Y el barro parecía fresco.

* * *

Estaban sentados a la mesa del desayuno con tazas de té frío delante cuando Rose entró y dijo:

— ¡No está!

James se levantó para ayudarle a sentarse en una silla mientras Mona llenaba una taza de té humeante y la ponía en las manos de su madre. Pero Rose no bebió.



— ¡Carlo no está en el invernadero! — dijo Rose—. ¿Dónde puede estar?

Tim Hopkins se acercó a la ventana. Miró los cafetales desiertos, escuchó el silencio del río, donde la maquinaria estaba parada, y oyó, muy a lo lejos, el cántico de luto en el poblado kikuyu. Sabía que iban a echar mucho de menos al conde.

Pero él, no.

— ¿Adonde puede haber ido Carlo? — preguntó Mona, sentándose al lado de su madre y apoyando una mano en su brazo.

Rose meneó la cabeza mientras las lágrimas asomaban a sus ojos.

— Quizá se preocupó al ver que tú no acudías a la cita — dijo James—. Puede que esté en la estación de ferrocarril.

Tim dijo:

— Viene alguien. Ah, es el inspector de policía otra vez. Ahora viene con otro tipo.

— Grace — dijo Rose, sujetando la muñeca de su cuñada—. ¡No quiero hablar con ellos! ¡Por favor, procura que me dejen tranquila!

— No te preocupes, Rose — dijo Grace con acento triste; tenía el rostro blanco y demacrado y no había tocado su té—. James y yo nos ocuparemos de todo.

Pero el superintendente Lewis quería hacerle unas preguntas a lady Rose en particular. La primera fue cómo se había magullado la cara.

Rose se retorció las manos en el regazo y, sin mirar a los ojos del policía, dijo:

— Me caí.

— ¿Se cayó?

— Anoche. Tropecé con la alfombra y me golpeé la mandíbula con el borde del tocador.

— ¿Sabe usted a qué hora salió su esposo de casa anoche?

— No. Yo estaba... durmiendo.

— ¿Sabe por qué salió de casa en plena noche?

— Superintendente — dijo James—, ¿es esto realmente necesario? Lady Rose ha sufrido una conmoción terrible. Sin duda yo mismo podré responder a sus preguntas. Yo también estaba en la casa anoche.

El policía alzó sus pobladas cejas.

— ¿De veras? Pues bien, quizá pueda usted ayudarnos — sacó un bloc pequeño del bolsillo del pecho, lo abrió y dijo a James—: Usted y el conde eran amigos íntimos, ¿no es verdad?

— Nos conocíamos desde hacía años.

— ¿Lord Treverton usaba la mano derecha o era zurdo?



—La derecha. Oiga, ¿a qué viene todo esto? ¿Y por qué interviene en el asunto la División de Investigación Criminal?

—Porque se ha producido una novedad seria en el caso desde que encontraron al conde esta mañana, sir James.

—¿Qué clase de novedad?

El policía sacó una foto del bolsillo del pecho.

—Al parecer, también se ha cometido un asesinato.

Lewis observó la cara de los presentes mientras les hablaba del cadáver del maletero y de su teoría de que Valentine había matado al hombre y también él había muerto cuando se disponía a desembarazarse del cadáver.

—Estamos tratando de identificar a la víctima. ¿Quizá ustedes la conozcan?

Inclinaron la cabeza sobre la espantosa fotografía. Mona apartó la cara, apretándose la boca con la mano. Tim soltó una exclamación y James y Grace la miraron con ojos atónitos.

Mas cuando Rose se inclinó y vio el cuerpo de Carlo en el maletero, atado de pies y manos y con una herida de bala en la cabeza, de repente chilló:

—¡Valentine, eres un monstruo! —y cayó al suelo desmayada.

* * *

—Una reacción bastante interesante —dijo el superintendente Lewis, de vuelta en el cuartelillo—. ¿A usted no se lo parece?

Mitchell bebió unos sorbos de té, los ojos clavados en la pared desnuda de su despacho.

—Yo diría que lady Rose conocía al individuo —dijo.

—Ésa misma fue mi impresión. Los otros reaccionaron de una forma previsible. No vi ninguna señal de reconocimiento en sus caras. Sencillamente estaban mirando la horrible fotografía de un cadáver. Pero lady Rose... ¡eso sí fue una reacción!

—¿Superintendente? —el doctor Forsythe, el joven patólogo enviado desde Nairobi, entró en el despacho—. Acabo de empezar la autopsia del conde, tal como usted ordenó, pero la he interrumpido porque hay algo que debe ver usted.

—¿Qué es?

—Le costará creerlo. Será mejor que lo vea usted mismo.

El «depósito de cadáveres» de la policía era en realidad una habitación que servía para todo, contigua a la única celda con barrotes. El cadáver de Carlo Nobili estaba debajo de una lona sobre unas cajas de embalaje; el de Valentine Treverton yacía sobre una mesa, desnudo.



No fue necesario que el patólogo le señalara al superintendente lo que le había llamado la atención. No era la primera vez que Lewis veía heridas ocasionadas por un cuchillo.

Era una herida muy limpia, justo a la izquierda del esternón, prácticamente sin sangre.

—Esto es lo que le mató —dijo el doctor Forsythe— y no la bala en la cabeza. Me jugaría mi reputación.

Mitchell soltó un silbido. Parecía tan inofensiva, una simple rajita en la piel, de unos tres centímetros y pico de largo, con un hilillo de sangre oscura.

Pero Lewis sabía lo mortal que podía ser aquella señal de aspecto insignificante. Las cuchilladas, especialmente las que penetraban en cavidades del cuerpo como el vientre o el pecho, raras veces producían grandes hemorragias. Los daños eran internos. A Lewis no le cupo ninguna duda de que el cuchillo había cortado un vaso sanguíneo importante, posiblemente el corazón mismo, y de que cuando abrieran el pecho del conde lo encontrarían lleno de sangre.

—¿Está usted seguro de que ésta es la causa de la muerte? —preguntó al doctor.

—Lo estaré más cuando mire dentro, pero, a juzgar por su situación, diría que sí. Y al mirar de cerca la herida de la cabeza, me parece que le fue infligida después de morir.

— ¡Para que el asesinato pareciese un suicidio! —dijo Mitchell.

El superintendente dio media vuelta y entró de nuevo en el despacho, donde recogió las fotografías de la mesa de Mitchell. Estudió con atención especial las del asiento del pasajero, en las que se veía barro. Cuando el inspector se reunió con él Lewis dijo:

—El coche estaba a un lado de la carretera, como si el conde lo hubiera desviado hacia allí por alguna razón, y dejó el motor en marcha, como si no se propusiera permanecer aparcado mucho tiempo. ¿Sabe qué pienso? Pienso que alguien le dio alcance y le hizo desviar el coche. Alguien que llevaba un cuchillo.

—Ahora que lo pienso —dijo Mitchell, cogiendo el expediente del caso y hojeándolo—, la mujer que descubrió el coche, la enfermera Billings, al prestar declaración habló de señales de neumáticos de bicicleta alrededor del coche. ¿Dónde habré metido su declaración? Ah, aquí está.

Lewis leyó lo que había dicho la enfermera sobre las huellas que llegaban hasta el lado del automóvil correspondiente al pasajero y que luego volvían atrás en dirección a Nyeri. Puso el papel sobre la mesa y dijo:

—Tengo otra hipótesis para usted, inspector. Dígame lo que piense de ella. El conde mató al sujeto del maletero. Ya pensaremos en el móvil cuando conozcamos la identidad de la víctima, y podamos hablar con lady Rose de ella. Los de balística en



Nairobi nos dirán si la misma pistola disparó ambas balas. Sin duda el conde asesinó al tipo del maletero y, como usted dice, se disponía a desembarazarse del cadáver. Pero entonces, digamos... —empezó a pasear por el reducido despacho, se detuvo y se volvió hacia el inspector Mitchell—. Digamos que alguien siguió al conde y le dio alcance en la carretera de Kiganjo. Le hizo una señal y el conde se detuvo probablemente porque conocía a la persona de la bicicleta. Entonces esa persona se acercó al coche, subió al asiento del pasajero, dejando manchas de barro porque acababa de llover, y asestó una cuchillada al conde, en el pecho. Luego esa persona fue presa del pánico y, al ver la pistola que lord Treverton había usado contra el hombre del maletero, decidió simular un suicidio.

—Sin duda sabría que la cuchillada sería detectada.

—No necesariamente. No había sangre en la ropa del conde. Y si no iba a practicársele ninguna autopsia, fácilmente hubiese podido pasar inadvertida. Y así estuvo a punto de ocurrir, porque yo no ordené que se hiciera la autopsia hasta después de que usted descubriera el sujeto del maletero.

—Lo que significa —dijo Mitchell lentamente— que la persona del cuchillo no sabía nada del cadáver del maletero.

Lewis arqueó las cejas.

—Puede ser —dijo, acariciándose la barbilla—, puede ser que esa persona creyera que estaba impidiendo que el conde cometiese el asesinato sin saber que ya era demasiado tarde.

Los dos policías se miraron fijamente. La enormidad del caso, que había tenido lugar en el distrito de Mitchell, que normalmente era pacífico y tranquilo, empezaba a pesar en los hombros del inspector, que en cuestión de unos segundos se encorvaron de forma pronunciada.

—Quiero que traigan a todos los posibles testigos —dijo bruscamente Lewis, sacando su bloc y poniéndose a escribir—. Quiero que se sigan todas las pistas, por insignificantes que parezcan. Quiero que encuentren esa bicicleta. Quiero que encuentren el cuchillo. Pero le diré algo, Mitchell. Las cosas no están bien del todo en esa elegante mansión de la colina.

* * *

Grace se detuvo en la galería de Bellatu para taparse los ojos con el velo negro del sombrero. Era la segunda vez que vestía de negro desde que prestara servicio en la armada, hacía ahora veintiséis años.

Se quedó mirando mientras todos subían a los coches que esperaban para llevarles al cementerio particular de los Treverton, donde iban a enterrar a Valentine al lado de Arthur, su único hijo. Grace estaba desolada y necesitaba desesperadamente poder apoyarse en el brazo de James.



Morgan Acres, el hijo mayor del banquero, era el abogado de la familia Treverton y acababa de decirle a Grace algo asombroso.

Por la mañana se había leído el testamento de Valentine, que no contenía ninguna sorpresa: Rose era ahora una viuda rica, heredera de la plantación de café de Bellatu más la finca ancestral, Bella Hill, en Inglaterra. Pero después de que los demás salieran, el señor Acres le había dicho a Grace que lamentablemente, a causa de la muerte de lord Treverton, la aportación anual a la cuenta bancaria de la misión, iniciada años antes, iba a terminar.

Grace había tenido que sentarse a causa del asombro.

— ¿Valentine? —había dicho—. ¿Mi hermano era el benefactor anónimo? Siempre había creído que era James...

«Después de tanto tiempo, Val -pensó Grace con tristeza-. Y nunca tuve la oportunidad de darte las gracias».

James salió finalmente a la veranda y la tomó del brazo. Subieron a una limusina, que compartían con Rose y Mona, y la procesión se puso en marcha. Tim Hopkins iba detrás en su propio camión, pensando en la tumba que estaba a punto de visitar y que no había visto desde hacía ocho años: la tumba de Arthur.

La columna de coches avanzaba despacio por la carretera sin asfaltar que bordeaba la inmensa plantación hacia el lugar solitario donde había un terreno acotado. A lo largo de la carretera numerosos africanos agitaban las manos con tristeza, despidiéndose de su *bwana*. Entre ellos estaba David Mathenge, con su madre, observando en silencio mientras los blancos apesadumbrados iban a meter a otro de los suyos dentro de la tierra.

* * *

El superintendente Lewis estaba estudiando las fotografías clavadas en el tablero de anuncios -fotografías del automóvil y el cadáver de lord Treverton- y el mapa de la escena del asesinato, donde una línea de puntos indicaba la ruta que, según la enfermera Billings, había tomado la bicicleta, cuando el inspector Mitchell entró jadeando.

— ¡Ya lo tenemos! —exclamó, entregando a Lewis un sobre voluminoso.

Lewis lo sopesó pensativamente. Estaba cansado. Los dos policías llevaban cinco días trabajando en la investigación, utilizando todos los hombres disponibles del reducido cuerpo de policía de Nyeri y pidiendo especialistas forenses de Nairobi. Habían dormido poco y bebido demasiado café y ambos tenían los ojos enrojecidos. El contenido del sobre era la culminación de sus cinco días de indagaciones.

El día anterior habían encontrado la bicicleta.

La habían abandonado en la selva, en un lugar más o menos equidistante entre el coche del conde y la ciudad de Nyeri, tirada de costado con un reventón en el



neumático de atrás. Los dos policías suponían que al reventar el neumático, el asesino había arrastrado la bicicleta al interior de la selva y luego había recorrido el resto del camino a pie. La bicicleta había sido identificada: pertenecía a la plantación Treverton.

Los interrogatorios habían sido concienzudos e intensos. Ambos habían salido con una pareja de policías negros y habían hablado con toda persona, por remota que fuese su relación con el conde, que pudiera proporcionarles algún indicio, la más pequeña pista. Hasta habían interrogado a los africanos que trabajaban y vivían en tierras de los Treverton, incluyendo la hechicera, Wachera, que se había limitado a hablar una y otra vez de una *thahu*. Pero las entrevistas más reveladoras habían sido las celebradas con los propios miembros de la familia.

Lady Rose se negaba a hablar. No había dicho ni una palabra desde que cinco días antes sufriera un desmayo al ver la foto del muerto. Había permanecido sentada, quieta y silenciosa, durante el interrogatorio, el rostro anormalmente pálido, lo que hacía que la magulladura destacase todavía más. Las preguntas las había contestado la doctora Treverton.

La doctora había explicado que el hombre del maletero era un prisionero de guerra italiano que se había fugado y se llamaba Nobili.

—En el distrito nadie más le conoce —había dicho el superintendente Lewis—. ¿Cómo es que usted sí?

—Rose me habló de él.

—¿Dónde vivía? —preguntó Lewis, el lápiz preparado para tomar nota de la dirección.

Pero al hacer ella una pausa demasiado larga y hablarle finalmente del invernadero y de la intención de Rose de marcharse de Kenia con Nobili, Lewis lo había visto todo más claro.

Y ahora, según el inspector Mitchell, tenían la prueba definitiva.

Habían destinado tres hombres a la plantación, para que vigilaran las idas y venidas de la familia, interrogasen al personal y buscaran posibles pistas. Esa mañana uno de los agentes negros había informado de que estaban quemando basura en un hoyo, no muy lejos de la casa. Era una operación rutinaria, pues los trabajadores de la plantación quemaban basura con regularidad, generalmente una vez a la semana. Lewis envió a uno de los especialistas forenses a que echase un vistazo. Y el sobre contenía el resultado. Lo abrió y, al ver lo que había dentro, movió la cabeza de arriba abajo, satisfecho. Por lo que se refería al superintendente Lewis de la División de Investigación Criminal, el caso estaba cerrado.

* * *

Se encontraban de pie bajo un cielo gris oscuro, un puñado de personas con la cabeza inclinada alrededor de un agujero en el suelo. El reverendo Michaelis, el



ministro de la misión de Grace, leyó la oración fúnebre mientras bajaban el féretro hacia el interior de la sepultura. Había tristeza, desconcierto y dolor en el corazón de los presentes. Pero un corazón estaba lleno de amargura y odio; otro, de siniestra satisfacción por la muerte del conde.

Mentalmente James rezó una oración sincera despidiéndose de su amigo, el mismo que, veintiocho años antes, le había salvado la vida cerca de la frontera de Tanganika y que, empujado por el orgullo, le había hecho jurar que guardaría el secreto. James sabía que Grace pensaba que él le había salvado la vida a Valentine, pero éste le había hecho prometer que jamás hablaría de su extraordinario acto de valor al salvar la vida de James casi a costa de la suya.

Mona se despidió de un desconocido. Ahora la plantación era suya.

Tim Hopkins, que se encontraba separado de los demás, tenía los ojos clavados en la lápida sepulcral de la única persona a la que había querido en la vida. Rezó pidiendo que Arthur, desde el cielo, pudiese ver a su padre en el infierno.

A cierta distancia, no mucha, al otro lado de la reja de hierro forjado, estaban unos cuantos africanos: los sirvientes de la casa, sinceramente tristes al ver que su bwana se iba; Njeri, que no lloraba por el difunto, sino por su pobre y afligida señora; y David Mathenge, que con el corazón frío pensó:

«*Adhabu un kaburi ajua maiti*», un proverbio suajili que significaba: «Sólo los muertos conocen los horrores de la tumba».

Al echar un puñado de tierra sobre el ataúd de su hermano, Grace tuvo la sensación de que la muerte de Valentine señalaba el final de una era. El cambio estaba en el aire; Grace lo notaba y temía que una Kenia antigua, conocida y amada estuviese desapareciendo mientras algo nuevo y aterrador se acercaba para ocupar su lugar.

El superintendente Lewis y el inspector Mitchell esperaron hasta que el entierro hubo terminado y cuando los asistentes volvían a sus coches se acercaron a lady Rose, que caminaba entre su cuñada y sir James.

El superintendente Lewis pidió perdón por la intrusión y mostró algo a Rose.

— ¿Puede usted identificar esto, lady Rose?

Rose no miró lo que le mostraba el policía. Miró la cara del hombre sin enfocar los ojos, como si hubiera ido caminando dormida.

Pero Grace y James sí miraron lo que el policía tenía en la mano: un trozo de lino, medio quemado y ensangrentado.

— ¿Éste es su monograma, lady Rose? — preguntó el policía.

Rose miró más allá de él.



—Este pañuelo fue hallado esta mañana en el hoyo donde queman la basura. Envuelto en él había una daga ensangrentada. Vamos a ver, lady Rose, ¿tiene usted algo que decirme sobre la noche en que murió su esposo?

Rose siguió sin mirarle, los ojos vueltos hacia las hectáreas y más hectáreas de cafetos en flor.

Lewis alargó la mano para tomar el pañuelo que lady Ros llevaba en la suya. Lo acercó al pañuelo medio quemado y los dos policías lo compararon. Los monogramas eran idénticos.

—Lady Rose Treverton —dijo el superintendente Lewis sin alzar la voz—, la detengo en nombre de la corona por el asesinato de su esposo, Valentine, conde de Treverton.



CAPÍTULO 40

El sensacional proceso de la condesa de Treverton empezó el 12 de agosto de 1945, cuatro meses después de su detención. El ministerio fiscal tardó todo ese tiempo en preparar la acusación contra ella. Mientras tanto, la condesa permaneció encerrada en una celda especial de la cárcel de Nairobi, donde, después de apelar al juez y a las autoridades de la cárcel en su nombre, su abogado consiguió que le permitiesen trabajar en su tapiz.

Era la segunda de las dos únicas peticiones de Rose.

La primera la había hecho inmediatamente después de ingresar en la cárcel. Rose no había pronunciado ni una palabra desde que viera la foto del cadáver de Carlo; ahora pidió que llamasen a Morgan Acres, el abogado de la familia. Los dos pasaron tres horas a solas en la celda, durante las cuales Rose dio al señor Acres instrucciones explícitas sobre lo que había que hacer con el cadáver del general Nobili. Lady Rose pidió al señor Acres que no hablase de sus planes con el resto de la familia, pero al cabo de una semana, cuando vieron llegar al claro de los eucaliptos una brigada de trabajadores de Nairobi con camiones, tractores y material de construcción, Grace y Mona supieron que era cosa de Rose. Mientras tanto, el cadáver de su amado permanecía en una funeraria de Nairobi.

La segunda petición, la del tapiz, se la había hecho una semana después a Grace.

—No está terminado —dijo Rose, sentada en la cama de hierro con las manos en el regazo, mirando hacia las lejanas llanuras de Athi a través de los barrotes de su ventana.

—Rose —dijo Grace, sentada en la única silla de la sencilla celda—, escúchame. Todo este asunto está amañado. Al superintendente le da lo mismo que seas culpable o no; lo único que quiere es cerrar el caso. Ha basado la acusación contra ti en pruebas puramente circunstanciales. ¿Por qué no les dices lo que ocurrió en realidad? ¡Diles que Valentine te pegó hasta que perdiste el conocimiento y que te era imposible montar en bicicleta en plena noche y por una carretera enfangada! Rose, tu silencio es como reconocerte culpable. ¡Por el amor de Dios, defiéndete!

Rose siguió con sus ojos azules clavados en el paisaje africano, mucho más allá de la cárcel de piedra, y con voz queda dijo:

—Dejé de trabajar en el tapiz el día en que conocí a Carlo. Ahora debo terminarlo.



— ¡Escúchame, Rose! ¡Mientras les dejas que te hagan esto, el asesino de Valentine anda en libertad! ¡Ese pañuelo lo robaron de tu dormitorio y tú lo sabes!

Pero Rose no quiso seguir hablando. Así que Grace y el defensor de Rose, el señor Barrows, abogado de la corona, traído especialmente de Sudáfrica, habían presentado la petición de lady Rose al director de la cárcel, señalando las circunstancias extraordinarias de su situación: que había mil trescientos presos en la cárcel de Nairobi, que sólo ocho de ellos eran europeos y que Rose era la única mujer blanca. Se hicieron excepciones, concediéndose a la condesa el derecho a trabajar en su tapiz, a que la comida se la sirviesen del hotel Norfolk, donde era preparada personalmente por el primer cocinero; también le permitieron que le trajesen bombones, ropa de cama y una alfombra para el frío suelo de piedra y, como los presos estaban obligados a tener limpias sus propias celdas, se permitió la visita diaria de Njeri, la doncella personal de lady Rose, que cuidó de su señora durante todo el calvario.

* * *

— Su cuñada me está poniendo las cosas muy difíciles, doctora Treverton —dijo el señor Barrows, el abogado sudafricano—. No quiere hablar conmigo. Ni siquiera me mira. Su silencio la condena, ¿sabe usted?

— Si la declaran culpable, ¿qué pasará?

— Por ser una colonia, Kenia tiene el sistema inglés de juicio por jurado. Y las mismas penas. Si declaran a lady Rose culpable de asesinato, la condenarán a la horca —el abogado se levantó del sofá y caminó hasta el borde de la veranda, donde se sumió en profundas reflexiones.

Durante el juicio, Grace y James, Mona y Tim Hopkins se habían trasladado a Nairobi y tomado habitaciones en el club, que no quedaba lejos del palacio de justicia. En ese momento, la víspera del comienzo del juicio, se encontraban sentados en una sala privada para socios, donde abundaban el cuero y el junquillo, las pieles de cebra y las cabezas de animales.

— ¿Sabe usted, doctora? —dijo Barrows con voz queda—, el fiscal tiene argumentos muy sólidos contra su cuñada. En primer lugar, está el móvil. Estos triángulos amorosos siempre traen complicaciones. Lady Rose reconoció ante cuatro personas, es decir, ante ustedes, y en presencia de algunos criados, que pensaba dejar a su esposo por otro hombre. La simpatía del jurado se decantará por Valentine, doctora, y no por su cuñada. En segundo lugar, está el cuchillo, que el patólogo ha demostrado, sin dejar lugar a dudas, que es el mismo que mató al conde. Es un cuchillo que su cuñada utilizó durante años en el invernadero, para podar las plantas, y lo encontraron envuelto con uno de sus propios pañuelos.

Mona dijo:



—Cualquiera pudo tomar el cuchillo del invernadero y robar un pañuelo en la habitación de mi madre.

—Es muy cierto, señorita Treverton. Pero, por desgracia, su madre no quiere dar testimonio de ello. No niega haber envuelto el cuchillo con el pañuelo ni haber tratado de librarse de él en la hoguera que encienden cada semana para quemar la basura. De hecho, señorita Treverton, ¡hasta el momento su madre no ha negado ni una sola vez haber cometido el asesinato! Y, en tercer lugar, está el hecho de que no puede dar razón de su paradero en el momento del asesinato, ni tiene testigos que puedan darla. Ustedes dicen que estaban todos durmiendo.

El señor Barrows volvió al sofá y acomodó en él su larguirucha figura.

—Me temo que los casos de este tipo los deciden las emociones en vez de los hechos concretos. La acusación tratará de presentar a lady Rose como una mujer dura, cruel e insensible. Sacará a relucir el sórdido asunto de la aventura amorosa en el invernadero y pintará a Valentine como la esencia del marido burlado. Tenga usted en cuenta, señorita Treverton, que el jurado se compondrá exclusivamente de hombres. Y ahorcarán a lady Rose por su adulterio, se lo puedo asegurar.

—¡Pero no podemos permitirlo! —exclamó James.

—No, no podemos. Y voy a hacer lo imposible para que el jurado simpatice con nosotros.

—Y mientras tanto —dijo Tim con acento tranquilo—, el verdadero asesino sigue en libertad.

—Eso no es lo que nos preocupa en este momento, señor Hopkins. Debemos concentrarnos en obtener un veredicto de inocencia para lady Rose.

El señor Barrows miró al grupo desde debajo de sus cejas rojizas. Los ojillos verdes y duros que revelaban el genio del abogado sudafricano, que era famoso por ganar casos difíciles y sensacionales, miraron fijamente a cada uno de los presentes. Y luego dijo:

—Antes de entrar en la sala mañana, quiero estar seguro de que conozco todos los hechos de este caso, absolutamente todos. No quiero sorpresas. Si alguno de ustedes sabe algo que no me haya dicho, o si alguno de ustedes piensa algo sobre el caso que no me haya dicho, alguna sospecha, lo que sea, que me lo diga ahora.

* * *

Al día siguiente el juicio comenzó en un ambiente casi festivo. El tribunal central de Nairobi se había convertido en el foco de los habitantes de la colonia, que estaban cansados ya de la guerra y ansiaban presenciar un buen espectáculo, por lo que se apretujaban en la sobriedad eduardiana de la sala, llenaban los pasillos laterales y abarrotaban las galerías destinadas al público. La cúpula de cristal proyectaba una luz difusa sobre colonos que habían llegado de sitios tan lejanos como Moyale, sobre rancheros y agricultores, sobre hombres uniformados, sobre mujeres que lucían su



mejor vestido, el mismo que normalmente reservaban para la semana de las carreras. El ruido era ensordecedor y todo el mundo esperaba con ansiedad el comienzo de lo que prometía ser todo un espectáculo. Todas las personas corrientes de Kenia, personas trabajadoras que durante los últimos cuatro meses se habían entretenido con rumores, chismorrerías y especulaciones, que leían con avidez lo que publicaba la prensa sobre el «nido de amor en el invernadero», que estaban agotadas después de seis años de guerra y sacrificios, habían acudido con la esperanza de poder atisbar la vida íntima y sórdida de su aristocracia.

Poco antes de que la acusada fuera introducida en la sala, la entrada de una espectadora más causó primero murmullos y luego un silencio escandalizado mientras ella se abría paso en la galería de los africanos, donde la gente se apartaba para abrirle camino. Cuando Wachera, la hechicera, llegó por fin a la barandilla y miró hacia abajo, los europeos de las otras galerías y los de abajo la miraron con ojos atónitos.

No había ninguna persona en la sala que no hubiese oído hablar de la legendaria mujer kikuyu que continuaba desafiando a la autoridad europea y que era la fuerza espiritual que había detrás de la mayor tribu de Kenia. De pie junto a la barandilla, parecía una emperatriz pasando revista a sus súbditos. En cualquier otro momento quizá los hombres y las mujeres blancos habrían encontrado su vestido pintoresco y divertido, o de mal gusto y fuera de lugar en la sala, pero esa mañana en el cuerpo alto y fuerte vestido con pieles y cubierto de cuentas y conchas de arriba abajo, la cabeza rasurada y entrecruzada por cintas con abalorios, había algo que hizo sonar una nota desagradable en la mente de los europeos. Wachera les recordó algo en lo que preferían no pensar: que en otro tiempo el país había sido de ella, de Wachera, y que ellos habían llegado después.

Los periódicos también hablaban de una antigua *thahu* pronunciada mucho tiempo antes en una fiesta de Navidad. Los europeos pensaban ahora en ella, mientras miraban fijamente a la hechicera, y se preguntaban si estaba allí para ver los frutos de aquella maldición.

«Han muerto dos Treverton –pensaban-. Quedan tres...»

Sir Hugh Roper, el presidente del tribunal supremo, vestido con una toga negra y peluca blanca, entró en la sala y ocupó su lugar en el asiento del juez. Y luego trajeron a lady Rose de la celda. Anduvo hasta el banquillo de los acusados como una mujer en trance y no pareció oír a sir Hugh cuando éste leyó la acusación de asesinato. Rose permaneció de pie como una estatua, con los ojos vidriosos, sin apenas parpadear. Se hizo un gran silencio en la sala mientras todos los presentes miraban con curiosidad la figura pálida y frágil de Rose. Muchos espectadores se llevaron una decepción al no advertir en ella el menor indicio de que fuese una mujer adúltera o una asesina.



En el momento en que el fiscal de la corona se levantaba para pronunciar su primera alocución, Rose miró por encima del hombro hacia la galería de los africanos y sus ojos se cruzaron con los de Wachera.

Rose se sintió transportada veintiséis años atrás y se vio a sí misma de pie en el risco, con la pequeña Mona en brazos, mirando a la joven africana que estaba abajo con un bebé en la espalda.

También Wachera, mientras observaba a la *mzungu*, recordó aquel día de cincuenta y dos cosechas atrás en que había alzado los ojos hacia el risco y había visto la figura vestida de blanco y se había preguntado qué significaba.

Y entonces comenzó el proceso.

Se prolongó diez semanas durante las cuales fueron compareciendo testigos y más testigos, desde el más oscuro trabajador de la plantación Treverton que jamás había visto a su patrón, hasta miembros de la propia familia. Trajeron especialistas. Uno de ellos fue el doctor Forsythe, el patólogo, que comparó un defecto de la hoja del cuchillo con un surco que había detectado en las costillas de lord Treverton y con ello demostró que el cuchillo era efectivamente el arma con que se había cometido el asesinato; asimismo declaró que la autopsia le había permitido ver que el conde ya estaba muerto, a causa de una tremenda hemorragia interna, cuando la bala le atravesó el cráneo.

Interrogaron a los criados.

— ¿Eres uno de los vigilantes de la plantación Treverton?

— Sí, bwana.

— ¿Sabes durante qué horas estuviste patrullando por la plantación en la noche del quince de abril?

— Sí, bwana.

— ¿Sabes distinguir la hora?

— Sí, bwana.

— Haz el favor de mirar el reloj de la sala y decirnos qué hora es.

El vigilante forzó la vista para mirar el reloj y dijo:

— Es la hora de almorzar, bwana.

Gran parte de los interrogatorios, tanto de la acusación como de la defensa, resultaron pesados y no parecían tener ninguna relación con el caso.

— ¿Es usted la modista de lady Rose?

— Lo soy.

— ¿Acostumbraba lady Rose venir a Nairobi para las pruebas o subía usted a su casa?



—Las dos cosas, según las lluvias.

Los días en que interrogaban a los jardineros, o cuando se estudiaban con una minuciosidad rayana en la locura las pruebas más insignificantes, tales como las cartas que el conde escribiera a su esposa desde su puesto en la frontera norte, el número de espectadores disminuía e incluso había asientos vacíos en la sala. Pero a medida que la acusación y la defensa fueron acercándose a lo esencial del juicio -la aventura amorosa y el asesinato mismo-, de nuevo se llenó la sala.

Njeri Mathenge, la doncella personal de la condesa, compareció ante el tribunal y prestó declaración. Mientras la interrogaban, sus ojos se movían nerviosamente de lady Rose a Wachera, que estaba en la galería, y de nuevo a lady Rose.

—¿Estaba usted con su señora cuando encontró al prisionero fugitivo en el invernadero?

—Sí.

—Hable más alto, por favor.

—Sí.

—¿Con qué frecuencia visitaba la memsaab al hombre del invernadero?

—Todos los días.

—¿También de noche?

—Sí.

—¿Usted los observó alguna vez cuando estaban en el invernadero?

Njeri miró a lady Rose.

—Haga el favor de responder a la pregunta.

—Miraba por la ventana.

—¿Y qué vio?

Los ojos de Njeri se desviaron hacia la coesposa de su madre, Wachera; luego miró a David y volvieron a posarse en Rose.

—¿Qué vio usted, señorita Mathenge?

—Estaban durmiendo.

—¿Juntos?

—Sí.

—¿En la misma cama?

—Sí.

—¿Estaban vestidos?

Njeri rompió a llorar.



—Haga el favor de responder a la pregunta, señorita Mathenge. ¿Lady Rose y Carlo Nobili estaban desnudos y juntos en la cama?

—Sí.

—¿Alguna vez los vio hacer algo aparte de dormir?

—Cenar juntos.

—¿Observó usted alguna vez actos de naturaleza sexual entre ellos?

Njeri inclinó la cabeza y las lágrimas cayeron sobre sus manos.

—Señorita Mathenge, ¿alguna vez vio que lady Rose y Carlo Nobili tuvieran una relación sexual?

—Sí.

—¿Cuántas veces?

—Muchas...

Durante todo el interrogatorio Rose permaneció pálida y silenciosa en el banquillo, como si estuviese muy lejos de la sala del tribunal. No habló en ningún momento, tampoco miró a los testigos e incluso parecía no darse cuenta de lo que estaba pasando. La gente empezó a preguntarse por qué, si era inocente, no lo decía claramente.

* * *

—No quiere hablar conmigo —dijo Mona al reunirse con los demás en la pequeña sala del club. En el centro de la mesa había una bandeja de emparedados sin tocar, pero el whisky y la ginebra eran objeto de mucha atención.

La tensión del juicio empezaba a notarse en la joven y sus negros ojos sobresalían en su cara pálida.

—Le he dicho que tenía que hablar claro y defenderse. Pero ha continuado trabajando en el maldito tapiz sin decir nada.

—¿Es posible que lo hiciera? —preguntó James.

Grace meneó la cabeza.

—No creo a Rose capaz de cometer un asesinato. Especialmente de esa manera... con un cuchillo manejado de forma tan experta.

—¡Hubo un tiempo en que no habríamos creído a mi madre capaz de esconder a un prisionero de guerra fugitivo tener una aventura amorosa en secreto con él!

Grace miró a su sobrina.

—No seas tan dura con tu madre, Mona. Piensa lo mucho que debe de estar sufriendo.



—¡Desde luego, ella no pensó que nosotros podíamos sufrir por culpa de su egoísmo! ¡Esa gente horrible que llena la sala, moviendo las orejas cuando el maldito fiscal airea los asuntos de nuestra familia en público! ¡Y usted! —se volvió hacia Barrows, el abogado de su madre—. ¿Por qué sacó a relucir el lamentable asunto de Miranda West?

—Era necesario, señorita Treverton —dijo tranquilamente con su acento sudafricano—. La acusación trata de apoyar sus argumentos en la inmoralidad de su madre. Está convenciendo al jurado de que su padre era un santo, que matando al italiano prácticamente le hizo un favor al mundo, y que su propia muerte fue la mayor pérdida que jamás haya sufrido Kenia. Al sacar a relucir su aventura con la señora West, recordé al jurado que Valentine Treverton era un hombre con flaquezas y defectos y señalé que mucho antes de que su madre se embarcase en su única aventura adúltera, su padre ya había tenido varias.

Los ojos de Mona se llenaron de lágrimas. Deseaba de todo corazón que Geoffrey volviera a casa. De hecho, tenía que llegar de un momento a otro.

—¿Qué creéis que están construyendo en el claro? —preguntó Tim Hopkins para variar de tema y aliviar la tensión alrededor de la mesa—. Parece una especie de templo pagano.

Como no podía ausentarse de su misión durante mucho tiempo, Grace volvía al norte con frecuencia, donde tenía ocasión de comprobar los progresos de la misteriosa estructura de cemento que Rose había encargado construir entre sus eucaliptos. Era bastante grande -habían tenido que desbrozar una extensión considerable de selva para ella- y su aspecto recordaba claramente una iglesia. Los obreros trabajaban día y noche, como si fuese una carrera contra reloj. Grace se había atrevido a mirar en el interior y lo había encontrado curiosamente vacío. Unas columnas de mármol sostenían un techo abovedado y las paredes y el suelo aparecían desnudos. Pero la semana anterior habían instalado algo dentro y el edificio ya no era un misterio.

Los trabajadores habían instalado un sarcófago de-alabastro.

Y ahora estaban labrando unas palabras en el dintel de la entrada: Sacrario Duca d'Alessandro.

—Es la última morada de Carlo Nobili —dijo Grace con voz queda.

—¿Una cripta? —preguntó Mona—. ¿Piensa enterrarlo en su claro detrás de mi casa? ¡Es monstruoso!

—Mona...

—Voy a salir a tomar un poco el aire, tía Grace. Y me parece que luego cenaré a solas en mi habitación.

Grace intentó detenerla, pero Mona ya cruzaba el espacioso vestíbulo del club, seguida de numerosas miradas de curiosidad y susurros.



Al salir a la calle, Mona se detuvo y se apoyó en un sicómoro, las manos en los bolsillos de sus pantalones. Los ocupantes de los coches que pasaban por allí la miraban fijamente; un grupo de mujeres que estaba en la galería se puso a murmurar y a mirarla de reojo. El viento arrastraba un periódico atrasado por la calle. No era de Kenia, sino un fragmento del *New York Times* y en la primera página hablaba del juicio que seguía celebrándose, el del escandaloso asesinato de Treverton. Mona trató de dominar las lágrimas y la rabia, su humillación, la sensación de haber sido traicionada.

En la otra acera, bajo la luz fugaz y humosa del crepúsculo, un grupo de africanos vestidos con uniforme militar hablaba en voz baja mientras se pasaba un solo cigarrillo. Al ver acercarse a una pareja blanca, los soldados bajaron de la acera y saludaron tocándose el sombrero como estaba mandado, y Mona se dio cuenta de que uno de ellos era David Mathenge.

David se había sentado en la galería todos los días desde que empezara el juicio. Mona pensó que él y su madre contemplaban las sesiones como buitres, como dos grandes cuervos esperando que la presa exhalara su último suspiro. Les odiaba, del modo que odiaba a los blancos que acudían a la sala con el propósito de recrearse con la contemplación de la innoble caída de la familia a la que en otro tiempo adoraban.

Casualmente David miró en su dirección y los ojos de ambos se cruzaron.

—¡Mona! —llamó una voz detrás de ella.

Al volverse, vio a Grace en la entrada del club, haciéndole señas para que entrase de nuevo.

—¿Qué ocurre? —preguntó Mona al llegar junto a su tía.

—¡Ven conmigo, que tengo una sorpresa para ti!

Intrigada, Mona entró detrás de ella en el vestíbulo y vio un grupo de personas de pie junto a la enorme chimenea de piedra. Al ver quién estaba en el centro del grupo, Mona echó a correr hacia él después de exclamar:

—¡Geoffrey!

Él la tomó entre sus brazos y la apretó hasta quitarle la respiración.

—¡Geoffrey! —exclamó nuevamente Mona—. ¡Qué maravilloso es verte!

—Mona, estás tan bella como siempre. Tenía la esperanza de volver antes, ¡pero ya sabes cómo es la burocracia militar! —se apartó un poco y la miró con expresión solemne—. Lamento mucho lo del tío Val y la tía Rose.

Mona miró a Geoffrey y le pareció que estaba más alto y más guapo después de sus cinco años en Palestina. También parecía mucho mayor, como si el viento cálido y las arenas del Oriente Medio le hubiesen curtido. Aunque sólo contaba treinta y tres años, Geoffrey Donald empezaba a tener canas en las sienes, igual que en el bigote. Mona vio las arrugas que la guerra y las penalidades habían trazado



alrededor de sus ojos y recordó lo cerca que había estado, en más de una ocasión, de morir a causa de una bomba terrorista.

No habían hablado de matrimonio desde antes de la guerra, desde que ella le dijera que necesitaba tiempo. Geoffrey no lo había mencionado en sus cartas, sin duda porque esperaba que ella diese el primer paso, que era lo que iba hacer ahora que él había vuelto.

«Ahora que has vuelto -pensó Mona-, podré salir de esta pesadilla...»

—Y ésta es Ilse —dijo Geoffrey, apartándose y tendiendo la mano a una mujer joven y rubia.

—¿Ilse? —dijo Mona.

—Mi esposa. Ilse, ésta es Mona, la vieja y querida amiga de la que tanto te he hablado.

La señora Donald extendió la mano, pero Mona sólo fue capaz de mirar fijamente los cabellos rubios, los ojos azules y la sonrisa tímida.

—Me temo que Ilse no habla mucho inglés.

Mona miró a Geoffrey.

—¿Tu esposa? No sabía que te hubieses casado.

—Nadie lo sabía —dijo James, apoyando una mano en el hombro de su hijo—. ¡Por lo que veo, Geoffrey ha llegado antes que sus cartas!

—Me alegro tanto por ti —dijo Grace—. Y bienvenida a Kenia, Ilse.

—Gracias —dijo la novia en voz baja.

—Ilse es una refugiada alemana —explicó Geoffrey, sin darse cuenta del profundo efecto que la noticia hacía a Mona. La muchacha tuvo que retroceder y buscar apoyo en el sofá—. Se llevaron a toda su familia a los campos de Hitler —prosiguió Geoffrey—. Ilse consiguió huir gracias a unos simpatizantes, que la llevaron clandestinamente a Palestina. Nos costó horrores obtener papeles para ella. Y estuvieron a punto de negarme el permiso para casarnos.

—Es terrible —musitó Grace. El único cine de Nairobi tenía en cartel los noticiarios que empezaban a salir de Alemania, películas norteamericanas que mostraban lugares llamados Dachau, Auschwitz...—. No te quepa duda de que haremos todo lo que podamos para que Ilse se encuentre a gusto aquí, Geoffrey. Lástima que hayas llegado cuando se está celebrando este terrible juicio.

—Los periódicos de Jerusalén hablan de ello desde hace meses. ¡No podía creerlo! Iré a visitar a la tía Rose si me dejan. Y si puedo ayudar en algo...

—El señor Barrows es un excelente abogado.

—Ya he oído hablar de él.



—Lo conocerás durante la cena.

—A mí me parece —dijo James— que, considerando que Geoff ha vuelto y que acaba de casarse, un poco de champán no estará de más. Iré a reservar la mesa más próxima a la pajarera; el servicio siempre es mejor allí.

—Con permiso —dijo una voz discreta—. ¿Puedo hablar un momento con usted, capitán Donald?

Al volverse todos, vieron a Angus McCloud, uno de los dignatarios del club, a unos pasos de ellos.

—¿Sí? —dijo Geoffrey—. ¿De qué se trata?

El hombre parecía estar nervioso.

—Esto... ¿podríamos hablar en privado, capitán?

Geoffrey se encrespó, como si ya supiera lo que McCloud quería decirle.

—¿Algún problema? —preguntó James—. Supongo que habrá una mesa libre para cenar, ¿no es así?

El escocés enrojeció.

—Si hace el favor de venir conmigo...

—Dígalo aquí mismo, señor McCloud —dijo Geoffrey—, delante de mi esposa y mis amigos.

Grace miró a James con expresión intrigada.

—¿Qué pasa?

—Me temo que es el reglamento del club, capitán Donald —dijo Angus McCloud—. Yo no inventé las reglas, sencillamente tengo que velar por su cumplimiento. Si de mí dependiera, compréndalo... —hizo un gesto de impotencia con las manos—. Pero, ya sabe, hay que pensar en los otros socios.

—¡Santo Dios! —exclamó de pronto James—. ¡No estará diciendo lo que creo que está diciendo!

McCloud parecía cada vez más azorado.

—Geoffrey —dijo Grace—, dime a qué viene todo esto.

Geoffrey apretó las mandíbulas y dijo:

—Se trata de Ilse. Es judía.

—¿Y qué?

—Y una de las reglas del club prohíbe que los judíos entren en el comedor.

Grace miró a Angus, que desvió los ojos.

James dijo:



—Al diablo las reglas. Esta noche vamos a cenar aquí y en la mesa de la pajarera.

—Me temo que no puedo permitirlo, sir James, si la señora Donald les acompaña.

—No pretenderá decirme que podría usted...

—No te preocupes, padre —dijo Geoffrey, alargando la mano hacia Ilse, que le miró con expresión interrogativa—. No me apetece cenar en este asqueroso club. No quiero ser socio, gracias. Mi esposa y yo iremos adonde nos acojan como es debido. Y si no nos acogen bien en ninguna parte de Kenia, ¡nos iremos a otra parte del mundo donde nos reciban con agrado!

—¡Geoffrey! —llamó James cuando el muchacho ya salía.

Mona, aturdida y sentada todavía en el respaldo del sofá, siguió a la pareja con los ojos, miró la figura deslumbrante que iba de uniforme y a la mujer bonita que la acompañaba. Luego se volvió bruscamente y salió corriendo del vestíbulo, bajó por el sendero del jardín hasta su bungalow y se encerró bajo llave.

* * *

Rose estaba trabajando silenciosamente en el tapiz al entrar Grace. En el exterior, una noche humosa se extendía desde la ventana con barrotes hasta un horizonte que se juntaba con estrellas cristalinas.

Grace se detuvo y recorrió con los ojos la humilde celda que ahora era el hogar de Rose. Luego se sentó y dijo:

—Rose, ¿quieres hablar conmigo esta noche?

—¿El lugar de descanso de Carlo está ya casi terminado?

—Así es, Rose.

Con un suspiro Rose clavó la aguja, apartó el tapiz y por primera vez desde hacía meses miró directamente a los ojos de su cuñada.

—Cuando esté terminado, hazme el favor de decirles a los de la funeraria que coloquen a Carlo allí. Y luego pídele al padre Vittorio que diga una misa por él.

—Así lo haré.

—¿Sabes, Grace? —añadió Rose sin alzar la voz—, Valentine no era malo. Sencillamente era incapaz de amar. Carlo era un hombre dulce y gentil que no le deseaba nada malo a nadie. Lo torturaron en el campo de prisioneros. Vi las cicatrices en su pobre cuerpo. Valentine no tenía derecho a matarle de aquella manera, como a un animal, atado e indefenso. Espero que Valentine arda eternamente en el infierno.



CAPÍTULO 41

El juicio iba de mal en peor para Rose, hasta que incluso Barrows empezó a perder la esperanza. Al parecer, todas las pruebas apuntaban directamente a la condesa, acusándola.

El superintendente Lewis del Departamento de Investigación Criminal compareció para declarar.

—Superintendente —dijo el fiscal, un hombre robusto que llenaba su toga negra hasta casi reventar y llevaba una peluca blanca sobre la calva—, ¿preguntó usted a lady Rose cómo se había magullado la cara?

—En efecto.

—¿Y qué le contestó?

—Que se había caído y golpeado con el borde del tocador.

—¡Pero a su familia le dijo que su esposo la había golpeado! Dicho de otro modo, lady Rose contó dos historias diferentes, una de las cuales es, por consiguiente, mentira. O puede que ambas sean falsas. ¿Estaría usted de acuerdo, superintendente, en que es posible que lady Rose se magullase el rostro al montar en bicicleta y caer por culpa de un reventón?

El inspector Mitchell, de la policía de Nyeri, declaró varias veces.

—Dijo usted, inspector, que la doctora Treverton tenía la impresión de que lady Rose se había ido de viaje aquella mañana, ¿no es así?

—Sí. Pero lady Rose estaba en casa, vestida con una bata. No me pareció que tuviese intención de ir a ninguna parte.

—¿Cuál fue la reacción de la doctora Treverton y de sir James cuando vieron a lady Rose en casa?

—Se llevaron una gran sorpresa. Los dos creían que ya se había marchado.

—¿Adonde?

—Pues, pensaba fugarse con su novio italiano.

Y más adelante:



—Inspector Mitchell, ¿quiere decirnos, por favor, cómo reaccionó lady Rose al recibir la noticia de que su esposo había muerto?

—Dijo: «No quería que pasara esto».

—¿Y qué quiso decir con «esto»?

—¡Protesto!

—Se acepta la protesta.

—¿Dijo lady Rose algo más?

—Sí, una palabra.

—¿Qué palabra?

—Bueno, en realidad fue un nombre. Dijo: «Carlo».

Grace estuvo observando a su cuñada durante todo el juicio, estudiando su expresión inescrutable, la cara que parecía cada vez más pálida y delgada.

«¿Qué diantres -se preguntaba Grace- pasará detrás de aquellos ojos azules, de mirada fija?»

Finalmente, el ministerio fiscal llamó a declarar a la doctora Treverton. Grace miró los rostros blancos y llenos de curiosidad, la sala atestada de gente, los ojos ávidos en las galerías.

—Doctora Treverton, ¿examinó usted la magulladura en el rostro de lady Rose?

—Sí.

—Y, según su opinión profesional, ¿un golpe como aquél pudo impedirle montar en bicicleta en la noche del quince de abril?

—Me dijo que había perdido el conocimiento.

—Le ruego que conteste mi pregunta, doctora. ¿Un golpe así en la cara produce siempre la pérdida del conocimiento?

—No siempre, pero...

—¿Hay alguna forma médica de probar si lady Rose perdió el conocimiento o no?

—No.

—Por favor, doctora Treverton, cuéntenos lo que su cuñada le dijo después de que el inspector Mitchell les comunicara la noticia de la muerte de lord Treverton.

—Rose dijo que no había querido que muriese.

Sacaron un caballete en el que se podía ver un plano de Bellatu.

—Doctora Treverton, ¿es esto un plano del piso de arriba de Bellatu?

—Sí.



—Haga el favor de señalar la habitación donde usted dormía. ¿Es la que está marcada con una equis roja? Gracias, doctora. Veamos, en este plano podemos ver que su habitación venía después de la última de las de este ala. ¿Puede decirnos, por favor, a quién pertenecía ese último dormitorio?

—A lady Rose.

—Querrá decir a lady Rose y a lord Valentine.

—No. El dormitorio de mi hermano estaba enfrente del mío.

—¿Debo interpretar, pues, que el conde y la condesa no dormían juntos?

Grace dirigió una mirada feroz al pomposo fiscal.

—Tenían dormitorios separados. No sé si dormían juntos o no.

—Muy bien, pues. El último dormitorio era el de lady Rose. ¿Y no lo compartía con nadie?

—Así es.

—Por consiguiente, cuando oyó pasos delante de su puerta en plena noche, ¿esos pasos sólo podían proceder del dormitorio de lady Rose?

—O caminar hacia allí...

—Veamos, doctora, nos ha dicho que miró su reloj. ¿A qué hora oyó el motor del coche?

—Tal como dije a la policía, eran las cuatro y cinco o la una y veinte. No llevaba puestas las gafas.

—Ha quedado demostrado que la muerte del conde tuvo lugar aproximadamente a las tres de la madrugada. Así pues, debemos suponer que oyó usted el motor del coche a la una y veinte y que los pasos que oyó procedían de la habitación de lady Rose y salían de la casa.

—¡La persona que estaba en el pasillo podía ser cualquiera! Hay un cuarto de baño...

—Doctora Treverton, ¿estaba usted sola en su dormitorio aquella noche?

Grace lo miró fijamente.

—¿Cómo dice?

—¿Estaba usted sola en su dormitorio aquella noche, doctora?

—No veo qué tiene eso que ver con el caso.

—Pues sí tiene que ver. Nos estamos esforzando por determinar el paradero de todo el mundo en la noche del asesinato del conde. Le ruego que conteste la pregunta. ¿Estaba sola?

Grace miró hacia James, que estaba sentado con Geoffrey y Mona, y él sonrió.



—No, no estaba sola.

—¿Quién estaba con usted?

—Sir James estaba conmigo.

—Entiendo. ¿Y sir James dormía en el suelo o, tal vez, en un diván?

—No.

—Entonces díganos, por favor, dónde estaba sir James.

—Estaba en la cama, conmigo.

Un murmullo sordo surgió de la multitud y sir Hugh tuvo que hacer una llamada al orden.

El ayudante de Barrows escribió apresuradamente en un bloc e hizo pasar la nota a lo largo de la mesa. Decía:

«Se han propuesto colgar a toda la condenada familia».

Finalmente, el ministerio fiscal empezó sus comentarios definitivos.

—Señores del jurado —su voz sonó como un trueno en la sala abarrotada—. Les hemos demostrado lo que sucedió en la mañana del dieciséis de abril del año en curso en la carretera de Kiganjo, a unos dos kilómetros de la desviación de Nyeri. Han oído ustedes el testimonio de expertos que han probado, más allá de toda duda, que el arma encontrada en el pañuelo de lady Rose, quemándose en el hoyo de la basura de su casa, era la que mató al conde de Treverton y que el cuchillo pertenecía a lady Rose. Han visto los resultados del análisis de laboratorio que relacionan de forma concluyente el barro que había en el asiento del pasajero y en el estribo del coche del conde con el de aquel tramo concreto de la carretera de Kiganjo. Han oído decir a los testigos que un automóvil salió de Bellatu a altas horas de la noche y que poco después se oyeron en el pasillo pasos que procedían del dormitorio de lady Rose. Y hemos encontrado la bicicleta abandonada en la huida, una bicicleta perteneciente a la plantación Treverton.

»Ahora bien —prosiguió el acusador dando cortos paseos, la toga negra ondeando tras él, la peluca blanca y empolvada añadiendo unos centímetros a su ya considerable estatura—, tomando todos estos factores y añadiéndoles los móviles que empujaron a lady Rose a cometer el hecho, podemos reconstruir lo que sucedió aquella noche.

Volvió a describirlo todo para el jurado, usando una prosa tan vivida y una oratoria tan convincente, que ninguna de las personas que se encontraban en la sala dejó de ver la carretera solitaria, el conde deteniendo el automóvil, el ciclista subiendo a él, el cuchillo clavándose, el tiro en la cabeza y la huida del asesino presa de pánico.

—Es inconcebible —prosiguió el fiscal— que, transportando un cadáver en el maletero de su coche, lord Treverton se parase en una carretera oscura y desierta por



indicación de un desconocido. Por consiguiente, podemos sacar la conclusión de que la persona que le siguió en la bicicleta ¡era conocida del conde y que el conde la dejó subir a su coche sin sospechar nada!

»Yo les digo, señores, que esa persona era lady Rose, la esposa adúltera del conde, quien, temiendo por la vida de su amante y habiendo sido abofeteada por un esposo justificadamente furioso, lo siguió, empujada por el miedo y el deseo de venganza, con la esperanza de impedirle que hiciera daño a Carlo Nobili, ¡un enemigo de la corona!

»Les advierto, señores, que no se dejen engañar por las apariencias. Esa mujer que se sienta en el banquillo no es tan desvalida como quiere hacernos creer. Es una mujer que albergó a un soldado enemigo, a sabiendas de que era un soldado enemigo; que ocultó el paradero de dicho soldado cuando supo que le estaban buscando por todas partes; y que luego tuvo una sórdida e ilícita aventura sexual con él. ¡Una mujer así, les digo yo, señores, no es incapaz de asesinar a sangre fría!

Mientras el fiscal hablaba, un alguacil entró por una puerta lateral, se acercó a la mesa del señor Barrows y le entregó una nota.

Barrows la leyó y se levantó inmediatamente. Sir Hugh Roper, el presidente del tribunal supremo, se volvió hacia Barrows y éste le pidió permiso para acercarse a él. La sala se llenó de murmullos mientras el juez y los dos letrados sostenían un diálogo acalorado, en voz baja para que el jurado no pudiera oírles. Sir Hugh decretó un descanso y pidió a los dos hombres que pasasen a su despacho para conferenciar en privado y entonces se produjo en la sala una erupción de sorpresa y especulaciones. ¡Interrumpir la sesión en una fase tan avanzada, cuando el fiscal elevaba a definitivas sus conclusiones provisionales!

Nadie se alejó mucho del edificio durante la conferencia entre el juez y los dos ministerios. De hecho, corrió la noticia y al reanudarse la sesión entraron más espectadores que antes y todo el mundo contempló con pasmo y excitación cómo el señor Barrows llamaba a un testigo sorpresa.

— ¿Quiere hacer el favor de decir su nombre al tribunal?

— Hans Kloppman.

— ¿Dónde vive usted, señor Kloppman?

— Tengo una granja cerca de Eldoret.

— ¿Tendrá la amabilidad de decirnos qué le ha traído hoy al tribunal central de Nairobi?

— Pues, verá, mi granja está aislada y...

Mientras hablaba, casi todos los presentes en la sala, especialmente los miembros del jurado, vieron a un hombre a quien no conocían personalmente, pero que era conocido en otro sentido: el granjero keniano. Todos vieron el rostro bronceado, la



ropa de trabajo cubierta de polvo, las manos honradas, ásperas. O bien se parecía mucho a ellos o a un buen amigo, a un vecino próximo. Todo el mundo escuchó lo que Hans Kloppman tenía que decir y nadie dudó de su palabra.

—Mi granja está aislada. No recibo muchas noticias. He perdido el contacto durante estos últimos meses y no me enteré de que se estaba celebrando este juicio hasta que fui a buscar provisiones en Eldoret. Y fue entonces cuando supe que tenía que venir y hablar.

—¿Por qué, señor Kloppman?

—Porque están ustedes muy equivocados. Esa señora no cometió ningún asesinato.

—¿Usted cómo lo sabe?

—Porque yo estaba en la carretera de Kiganjo aquella noche y vi a la persona que iba en la bicicleta.

La sala se llenó de exclamaciones y comentarios y sir Hugh tuvo que echar mano de su mazo. Una vez restaurado el orden, el señor Barrows pidió al agricultor bóer que contara al tribunal lo que ocurrió exactamente en la carretera de Kiganjo en la noche del quince de abril.

—Había estado en Nyeri por negocios y para visitar a unos amigos. Iba con mi camioneta por la carretera de Kiganjo cuando vi un coche aparcado más adelante, a la derecha de la carretera. Los faros delanteros estaban encendidos. Al acercarme, vi que un hombre montaba en una bicicleta, le daba la vuelta y se alejaba por la carretera a toda velocidad.

—¿Un hombre, señor Kloppman?

—Oh, sí, no me cabe duda de que era un hombre. ¡Y pedaleaba a toda velocidad! Pasó por mi lado como una centella, ni siquiera se dio cuenta de mi presencia. ¡Parecía como si lo estuviese persiguiendo el mismísimo demonio!

—¿Qué pasó luego, señor Kloppman?

—Me acerqué al coche aparcado y vi que tenía el motor en marcha. Miré dentro y vi un hombre dormido, y me dije: «Bueno, a veces yo también he tenido que pararme y dormir hasta que se me pasara la borrachera». Así que lo dejé en paz.

—Dice usted, señor Kloppman, que la persona de la bicicleta era un hombre. ¿Está usted seguro?

—Sí, segurísimo. No le vi la cara porque se la tapaba el sombrero. Pero era un hombre de espaldas anchas y muy alto. La bicicleta parecía demasiado pequeña para él. Y tenía que ser fuerte para pedalear por el barro fresco.

—Señor Kloppman, ¿quiere hacer el favor de mirar a la acusada, lady Rose, sentada en el banquillo? ¿Y quiere decirnos por favor si hay alguna posibilidad de que esa mujer fuera la persona que usted vio pasar en bicicleta?



El agricultor miró a lady Rose y en su cara apareció una expresión de sorpresa.

—¿Esa personilla? ¡Oh, no, señor! —dijo sin titubear—. No era ella, desde luego. Era un hombre, se lo digo yo.

El caos se apoderó de la sala y sir Hugh golpeó con el mazo para imponer orden mientras el señor Barrows pedía a voz en grito:

—¡Señoría, en vista de esta nueva declaración, solicito que el juicio se declare viciado de nulidad y se retiren los cargos contra lady Rose!

* * *

—¿Mamá? —dijo Mona llamando a la puerta del dormitorio—. ¿Estás despierta?

Sosteniendo en equilibrio la bandeja del desayuno en un brazo, abrió la puerta y miró dentro. El dormitorio estaba vacío y nadie había dormido en la cama.

Mona dejó la bandeja y bajó apresuradamente. Sospechaba dónde encontraría a su madre.

Habían pasado tres semanas desde el final del juicio. El señor Kloppman había sido objeto de un detallado interrogatorio por parte del fiscal y, más adelante, del superintendente Lewis. Le habían mostrado fotografías de diversas personas, le habían pedido que mirase a hombres en bicicleta, todo ello en busca de un nuevo sospechoso, pero había sido inútil. El ministerio fiscal se había opuesto a que se retirasen los cargos contra lady Rose, pero al final decidieron que las pruebas no bastaban y que el caso de la muerte del conde debería permanecer abierto indefinidamente, hasta que se encontrasen más pruebas. Durante estas tres semanas Rose había pasado todos los momentos de luz diurna en el claro, indiferente a la marcha de las gestiones judiciales y policiales, sin expresar preocupación alguna por la posibilidad de que la sometieran a un nuevo juicio con otro jurado. Había hecho limpiar y enmarcar el tapiz, que ya estaba terminado. La noche anterior ella y Njeri lo habían colgado en el mausoleo de Carlo Nobili.

Mona siguió el sendero que cruza la selva por detrás de Bellatu. Antes de llegar pudo ver el techo de mármol del *sacrarío*, como un antiguo templo griego escondido en un paraíso silvano. Rose se había gastado mucho dinero en la última morada de su amante y también había abierto un fondo perpetuo para la conservación y el mantenimiento del lugar en el futuro.

La glorieta y el invernadero todavía estaban en el claro, pero habían desbrozado la selva en el lado norte. El mausoleo brillaba bajo el sol matutino. Era un monumento increíble si se tenía en cuenta el breve espacio de tiempo en que lo habían construido. Mona calculaba que tendría más o menos las mismas dimensiones que la pequeña iglesia presbiteriana de Nyeri y que, de haber bancos en el interior, en él habrían cabido unas cincuenta personas. Pero el mausoleo era una cáscara vacía, sin más contenido que un sencillo sarcófago de alabastro.



Mona se detuvo en seco y miró la glorieta. Luego profirió una exclamación y echó a correr hacia ella.

La muchacha africana había utilizado una escalera de mano. Se había atado uno de los pañuelos de seda de lady Rose alrededor del cuello, luego había pasado el otro extremo por encima de la viga central que sostenía el techo de la glorieta y finalmente, apartando la escalera de un puntapié, se había ahorcado.

Mona no necesitó examinarla de cerca para ver que estaba muerta.

—¿Mamá? —llamó. Recorrió el tranquilo claro con los ojos. Pájaros y monos parloteaban en los árboles. La luz del sol jugueteaba con el suelo de la selva. El invernadero se alzaba como una joya bajo el sol, las flores del interior brillaban en facetas multicolores a través de los cristales—. ¡Mamá!

Echó a correr hacia el mausoleo. La puerta no estaba cerrada con llave. Al abrirla, Mona vio bostezar ante sí la fría oscuridad de la muerte.

La llama que ardía en la cabecera del sarcófago del general Nobili, una llama que tenía que arder perpetuamente, despedía un resplandor sobrenatural. Mona se detuvo en la puerta, contemplando fijamente el ataúd de piedra del duque, la figura que reposaba grácilmente, trágicamente, sobre él.

Lady Rose parecía dormir. Tenía los ojos cerrados y la cara era tan blanca como la tapa de alabastro sobre la que yacía. Unos hilillos rojos manaban de sus muñecas y formaban un pequeño charco en el suelo de piedra.

Después el forense diría que había muerto antes del amanecer, pero que forzosamente se habría infligido las heridas poco antes de la medianoche. Al parecer, pues, lady Rose había muerto lentamente en la oscuridad y el frío, sola con su amado Carlo.



CAPÍTULO 42

David Mathenge contemplaba el paso de los camiones por la carretera. Sabía quién los conducía y qué significaban. Eran inmigrantes blancos que llegaban a Kenia para montar granjas aprovechando el nuevo plan británico para los ex combatientes.

Ya habían puesto en marcha un plan igual antes, en 1919, cuando la corona no sabía qué hacer con los soldados que volvían de la primera guerra y no tenían empleo ni sitio adonde ir. La solución había consistido en mandarlos a las colonias. Y de nuevo en esas primeras semanas de 1946, los soldados que volvían a una Inglaterra arruinada, que no encontraban empleo, recibían concesiones de tierra de labranza en Kenia, en las «tierras altas blancas». Por supuesto, para que los recién llegados pudieran instalarse, los «intrusos» africanos se veían desposeídos de las mejores tierras y obligados a volver a las reservas nativas.

Era una locura.

David se preguntaba qué clase de miopes gobernaban el imperio para suponer que los africanos tolerarían semejante ultraje por segunda vez.

Ya se estaban sembrando las semillas de la rebelión. Los kikuyu jóvenes se preguntaban unos a otros:

—Si en las tierras más ricas hay suficiente espacio para los colonos blancos, ¿por qué no encuentran un espacio para nosotros?

La respuesta era que se produciría una grave depresión económica si no se hacía algo pronto y que sólo los europeos disponían del capital y de los contactos internacionales necesarios para obtener beneficios apresuradamente. Pero esta respuesta no satisfacía a los inquietos kikuyu jóvenes.

—Dadnos una oportunidad —habían dicho a sus sordos amos coloniales, y fue así cómo nacieron los «chicos furiosos de Nairobi».

Casi cien mil soldados africanos volvieron al África Oriental después de combatir en algunas de las campañas más sangrientas de Inglaterra; y al volver se encontraron que en Nairobi había casas nuevas y grandes automóviles, hoteles y comercios llenos de artículos de lujo. Eran hombres a los que habían enseñado muchos oficios útiles, que buscaban una ocupación honrada. Quince mil de ellos habían aprendido a conducir camiones y habían vuelto a un país donde sólo había dos mil camiones. Sencillamente no había empleos para absorber esta súbita llegada de jóvenes



educados y con oficio que creían merecer una compensación y un reconocimiento por los servicios prestados en la guerra. Los que encontraron empleo descubrieron que su sueldo era muy inferior al que les pagaban en el ejército. Amargados y resentidos, e incapaces de expresar sus agravios utilizando medios legales normales, estos jóvenes sin hogar y sin tierra -los chicos furiosos de Nairobi- empezaban a celebrar reuniones secretas en toda la provincia. Y David sabía que esta vez triunfarían donde habían fracasado sus predecesores, que lo habían dejado correr al estallar la guerra en 1939.

Y había una diferencia entre los jóvenes revoltosos de hoy y los de la primera época política de David: a los chicos furiosos de Nairobi les habían enseñado a combatir... sus oficiales blancos.

Pero David no podía entretenerse pensando en ello. Tenía sus propios problemas apremiantes y no podía permitirse el lujo de preocuparse por sus compatriotas. Entre otras cosas, porque también él estaba sin empleo; y, además, Wanjiru esperaba un hijo por fin.

Volviéndose de espaldas a la carretera, David Mathenge, de veintiocho años de edad y preocupado por su futuro, echó a andar hacia el río, en una de cuyas márgenes se alzaban tres chozas alrededor de una *shamba* cultivada. Su madre y su esposa estaban allí en ese momento, labrando las parcelas, cuidando las cabras, transportando agua, reparando los tejados, elaborando cerveza y preparándole la cena mientras él, su hijo y esposo, su protector, su guerrero, era tan inútil como una calabaza agujereada.

La frustración le llenó la boca de sabor amargo.

Al menos debería haber sentido algún consuelo al pensar que la plantación Treverton pasaba apuros. Pero ni siquiera eso hacía feliz a David. De hecho, al enterarse de que la memsaab Mona tenía dificultades con los braceros, no se había alegrado, como hubiera hecho en otro tiempo, sino que había pensado que era una mala noticia. Después de todo, aquella tierra era suya y le sería devuelta algún día, según la promesa y la profecía de su madre. Y por ello odiaba ver la tierra descuidada sencillamente porque los capataces, que en otro tiempo habían servido lealmente al conde, ahora se negaban a recibir órdenes de su hija, una simple memsaab.

David se detuvo en la carretera de tierra roja que se desviaba del risco para adentrarse en la plantación, y pensó en las dos mujeres con quienes vivía: la hechicera indomable, que miraba a su hijo como castigándole silenciosamente, y su insatisfecha esposa, que se quejaba de la lentitud con que los hombres hacían las cosas. Wanjiru había intentado azuzar a David para que se apuntase en la Unión Africana de Kenia, la nueva organización política que empezaba a cobrar forma en todo el país. Pero David ya se había hartado de combatir en Palestina. También sabía que los kikuyu desarmados, por numerosos que fuesen, nada podrían hacer contra los tanques y los aviones de Inglaterra.



David creía que los cambios en Kenia tenían que ser resultado del pensamiento racional y de un proceso cuidadoso. Pero, ¿qué podían hacer él y otros como él, educados pero sin empleo, para poner en marcha las ruedas que llevarían a ese cambio necesario?

David no había pensado en otra cosa durante el último año, desde que volviera del Oriente Medio. Para ser escuchado, para convencer a los que tenían el poder en sus manos, así como al resto del mundo, de que la independencia de Kenia era una causa justa, él mismo tenía que ser un hombre responsable, un hombre pensante. Sabía que los británicos no hacían caso a los chicos furiosos de Nairobi ni a los exaltados de la Unión Africana de Kenia. Sin embargo, sí se sentaban a hablar con africanos cuando éstos eran maestros, comerciantes y hombres de cierta influencia.

Como terrateniente propietario de una plantación considerable, en el corazón de la mejor tierra de la provincia más próspera, los británicos escucharían a David Mathenge, que sería un líder.

Tierra...

Ansiaba tener tierra, del mismo modo que la raíz ansia el agua y el pájaro ansia el cielo. Había nacido hijo de la tierra, estaba ligado a ella en cuerpo y alma, y toda aquella tierra habría sido suya si su padre no se hubiese dejado engañar casi treinta años antes, entregándola al hombre blanco. Las palabras de Wachera volvieron a sonar en los oídos de David mientras contemplaba la plantación Treverton:

—Cuando alguien te roba la cabra, hijo mío, la asa, se la come y tú te olvidas de ella. Cuando alguien te roba el trigo, lo convierte en harina, se lo come y tú lo olvidas. Pero cuando alguien te roba tierra, la tierra siempre está allí y tú jamás puedes olvidarla.

David nunca olvidaría que aquellas ricas hectáreas le habían sido robadas al ignorante de su padre, que eran el legado de David y que lo legítimo era que le fuesen devueltas. Pero sabía que la fuerza y la impulsividad, que eran los pilares de los chicos furiosos de Nairobi, nunca le ayudarían a recuperar su tierra. Las armas de David Mathenge tendrían que ser la planificación cuidadosa y la cautela, moverse como un león, estudiar la presa, seguirla y estar alerta para captar su momento de debilidad.

Iba a recobrar su tierra, de un modo legal y honorable, y en un estado de prosperidad.

Miró las dos mil hectáreas de cafetos y tomó su decisión.

* * *

David encontró a Mona Treverton en el sector sudeste de la plantación, no muy lejos, a decir verdad, de la fatídica desviación de la carretera de Kiganjo. Mona estaba en la caja de su camión, protegiéndose los ojos con la mano y mirando a su alrededor.

—¡Maldita sea! —musitó, y se disponía a bajar cuando vio a David.



Él la miró y de pronto recordó varias cosas: que Mona había soportado estoicamente el juicio de su madre; su forma de montar a caballo en el campo de golf; la noche en que un incendio los había atrapado a los dos en la choza de cirugía.

Mona lo miró fijamente y de pronto sintió frío bajo el cálido sol. Varias veces durante el juicio, al alzar la mirada, había visto que David Mathenge la estaba contemplando. Ahora la contemplaba del mismo modo, con expresión inescrutable.

— ¿Qué estás buscando, memsaab? — preguntó David en inglés.

— Busco a mis braceros. Han vuelto a escaparse. Ya van cuatro veces este mes — bajó del camión y se apartó los cabellos negros de la cara—. Estas bayas ya están listas para la recolección.

— ¿Dónde están las mujeres y los niños?

— Los envié a la sección norte, a escardar los sembrados. ¡Necesito a esos hombres!

David la miró con atención. La memsaab estaba enfadada y se sentía frustrada; ahora se encontraba sola en el mundo, en la gran casa de piedra al borde de las dos mil hectáreas, sin esposo, sin ningún hombre.

Mona metió las manos en los bolsillos y se alejó unos pasos. Se volvió de cara a las onduladas colinas cubiertas de cafetos, el pañuelo de la cabeza ondeando al viento, y aspiró hondo para calmarse.

— ¿Qué puedo hacer para que trabajen? — preguntó en voz baja.

— Sé dónde están los hombres — dijo David.

— ¿De veras? — preguntó Mona, volviéndose.

— Se han ido a beber cerveza en Mweiga. Tardarán varios días en volver.

— ¡Pero hay que recoger el café! ¡No dispongo de días! ¡En una semana habré perdido toda mi cosecha!

«Mi cosecha», pensó David. Luego dijo:

— Puedo hacer que vuelvan.

Mona lo miró con cierta desconfianza.

— ¿Lo harías? ¿Por qué?

— Porque usted, memsaab, necesita un encargado y yo necesito un empleo.

— ¿Quieres trabajar para mí? — Mona puso cara de sorpresa.

David asintió con la cabeza.

Mona lo miró fijamente.

— ¿Crees que podrías hacerlo? Me refiero a todo esto... — hizo un gesto con los brazos.



David le habló de sus estudios en Uganda, del diploma que le habían dado. Mona se puso a reflexionar, a pensar si podía confiar en él.

—Llevo tiempo tratando de encontrar un encargado, de hecho —dijo, hablando despacio—. Pero todo el mundo quiere crear su propia granja. Nadie quiere trabajar por cuenta ajena. Te pagaría un buen sueldo, y puedes construirte una casa en la plantación.

—Necesitaré tener autoridad absoluta sobre los trabajadores. También necesitare tener una libertad sin límites. Es la única manera.

Mona se lo pensó un poco. Entonces se acordó de los números rojos que había en sus libros de contabilidad, en las deudas que iban acumulándose a causa del descuido de la plantación durante el juicio y los meses siguientes, y dijo:

—Muy bien, pues. Trato hecho.

Cuando Mona le ofreció la mano, David se quedó cortado, pero la muchacha no la retiró. David titubeó un poco más, luego alzó la mano derecha y estrechó la de Mona.

—Puedes empezar ahora mismo —dijo ella.

David posó los ojos en las dos manos que se estrechaban, la morena y la negra.



Sexta parte

1952



CAPÍTULO 43

Cuando empezaron los dolores de parto, Wanjiru supo que algo iba mal. Apoyó una mano en la parte baja de la espalda y la otra en el abdomen, se enderezó y aspiró hondo varias veces. Mamá Wachera le había advertido que tuviera cuidado con ese embarazo, pero Wanjiru, que era tozuda e incapaz de estar ociosa siquiera un momento, no había hecho caso a su suegra y se había adentrado en el bosque para recoger hojas de lantana.

Mientras esperaba que las contracciones disminuyeran, Wanjiru pensó que la culpa era de David. Su suegra estaba a punto de llegar a esa etapa de la vida en que necesitaría contar con la ayuda de las varias esposas de su hijo en la *shamba*, en vez de conformarse con una sola. Pero David sólo se había casado con Wanjiru y, durante los siete años transcurridos desde entonces, ni siquiera había hablado de comprar otra esposa. Por eso Wanjiru había tenido que cruzar el río e ir en busca de lantana: porque mamá Wachera necesitaba las hojas para elaborar sus medicinas.

El egoísmo de David molestaba más a Wanjiru que a mamá Wachera, porque ésta siempre se mostraba dispuesta a perdonar al irresponsable de su hijo. Wachera afirmaba que aún quedaba mucho tiempo para comprar más esposas y que David estaba demasiado ocupado llevando la plantación Treverton para atender a más de una mujer. Además, según la anciana, Wanjiru no veía a su esposo tanto como le hubiera gustado y aún sería mucho peor si tuviera que compartirlo. Wanjiru no estaba de acuerdo. Una coesposa, aunque fuese una sola, habría hecho más llevadero el trabajo en la *shamba*, y la madre de David y su nuera habrían tenido tiempo para descansar al sol.

Al sentir otra punzada de dolor, Wanjiru se apretó el abdomen con ambas manos y se dijo que no debía perder ese hijo.

En los siete años que llevaba casada con David, Wanjiru había experimentado seis embarazos. De ellos, uno había terminado en aborto; otro hijo había nacido muerto; y tres no habían superado la infancia. Sólo la última, Hannah, una niña robusta que se encontraba en la *shamba* con su abuela, había sobrevivido. Wanjiru deseaba con ansias otro hijo sano. Y rezaba pidiendo que fuese varón, así el espíritu de su padre volvería a vivir.

David y Wanjiru habían discutido por el nombre del niño. Si era varón, ella quería ponerle Kamau, en honor de su padre, como dictaba la ley kikuyu. Pero David quería que sus hijos tuviesen nombres *mzungu* porque afirmaba que algún día Kenia iba a



ser una nación moderna e independiente y tenía que ponerse a la altura del resto del mundo. David quería que se llamase Sarah si era chica y Christopher si era chico. Pese a ser testaruda, Wanjiru se sometió a la voluntad de su esposo. Para ella, sin embargo, el chico se llamaría Christopher Kamau Mathenge.

Al notar otra contracción aguda y dolorosa, Wanjiru alzó los ojos hacia el cielo para ver qué hora era. Hacía algún tiempo, las autoridades europeas habían impuesto el toque de queda en el distrito de Nyeri, debido, según dijeron, a «ciertas actividades ilegales». Había «bandidos» operando en la zona y de noche se celebraban mítines prohibidos. Wanjiru sabía que se referían a una organización escurridiza y misteriosa que se hacía llamar mau-mau, nadie sabía por qué motivo. Sus afiliados se escondían en la selva, lanzaban ataques repentinos e inesperados contra las granjas de los blancos, eligiéndolas al azar, y luego desaparecían entre las neblinas del monte Kenia. Según las autoridades, eran elementos radicales que vivían al margen de la sociedad, eran pocos en número y no tenían líderes, por lo que, en realidad, no había razón para preocuparse, sólo que algunos colonos blancos se habían quejado de que les robaban reses. Y, en vista de ello, habían impuesto el toque de queda. Entre el crepúsculo y el amanecer ningún africano podía estar fuera de su choza.

Por el sol descendente, un círculo acuoso en el cielo encapotado, Wanjiru vio que aún disponía de tiempo antes de tener que regresar a la *shamba*. Buscó un lugar donde sentarse, para mitigar la carga de su cuerpo y comprobar si los dolores eran una falsa alarma.

Había sentido dolores como éstos con Hannah, un mes antes de salir de cuentas. Se había limitado a descansar unos cuantos días, los dolores habían aflojado y Hannah había permanecido dentro de su madre hasta el momento de recibir la llamada del Señor de la Luz. Y, sentándose en un tronco, Wanjiru se consoló pensando que lo mismo ocurriría con el de ahora.

No obstante, mientras permanecía sentada esperando sentir alivio, mientras el aire iba haciéndose húmedo y fresco y el cielo aparecía cada vez más gris y oscuro, Wanjiru se dio cuenta con alarma de que no sólo no disminuían las contracciones, sino que su frecuencia y su intensidad iban en aumento.

Tras decidir que lo mejor era emprender el regreso, se levantó y echó a andar en dirección al río.

Súbitamente se detuvo.

Entre los árboles se movía una forma oscura y grande, acompañada de sonidos conocidos y aterradores: ruidos sordos y gruñidos, el ruido que hace la corteza cuando la arrancan de un árbol.

¡Un elefante!



Se quedó observando y escuchando, preguntándose cuántos serían; si era uno sólo o un rebaño; si había hembras con pequeñuelos o eran machos jóvenes y sin pareja. De repente Wanjiru sintió miedo al ver cómo las copas de los árboles se movían a medida que la bestia iba avanzando a través de la espesura. Wanjiru sabía que el elefante acostumbraba emigrar de las selvas de bambú cuando empezaban las lluvias, para ir a alimentarse en selvas menos densas, donde los riscos no fueran tan escarpados. Pero nunca había visto elefantes en esos parajes.

Intentó averiguar la dirección del viento. Si había pequeñuelos en el rebaño, o si era un macho viejo o furioso, el olor de Wanjiru causaría alarma y provocaría una carga.

Wanjiru miró a derecha e izquierda. Oyó las pisadas lentas y pesadas a ambos lados de ella, el «rugido de tripas» que era el lenguaje de los elefantes, el ruido de ramitas y cortezas al quebrarse. Se le acercaban por tres lados... ¡un rebaño grande!

Wanjiru miró por encima del hombro, hacia la selva que se espesaba y el comienzo de la ladera de la montaña. Los árboles que tenía detrás no se movían y tampoco se escuchaban ruidos entre ellos. Decidió retirarse poco a poco por ese lado, alejándose del rebaño, y luego describir un círculo, evitando a los animales, y volver a casa.

Apenas había recorrido una corta distancia hacia el interior de la selva cuando una fuerte contracción la obligó a detenerse. Se encorvó apretándose el abdomen al mismo tiempo y sofocando un gruñido. Miró hacia atrás y vio que los elefantes se acercaban y entre los árboles se veían de vez en cuando sus colmillos blancos.

Cada vez más asustada, Wanjiru aceleró la huida adentrándose en la parte más densa de la selva, moviéndose tan rápida y silenciosamente como le permitía su cuerpo abultado, deteniéndose sólo cuando el dolor se apoderaba de ella, y mirando hacia atrás con frecuencia para medir la distancia que había entre ella y los elefantes.

Si la matriarca del rebaño captaba el olor humano...

Wanjiru se movía con toda la rapidez posible bajo la creciente oscuridad. Aunque la luz diurna iba apagándose rápidamente, no se atrevía a volver a casa describiendo un círculo mientras que no estuviera segura de que la separaba mucha distancia de los elefantes.

Tropezó con una enredadera y cayó, soltando una exclamación. Se quedó echada en el suelo, escuchando atentamente. Los gruñidos de los elefantes comunicándose unos con otros en la selva se oían por doquier; estaba rodeada. Permaneció completamente inmóvil en medio de la oscuridad creciente, sobre el suelo duro y húmedo.

Presas de pánico, pensó que el rebaño se movía a paso de caracol. Al parecer, se detenían en un punto hasta haber acabado con la corteza de todos los árboles, moviendo las orejas y aplastándolo todo bajo sus enormes patas. Las melodías



diurnas de la selva dieron paso a las siniestras llamadas nocturnas. La noche aterraba a Wanjiru, que estaba a punto de verse atrapada por ella.

Mientras esperaba con angustia que los elefantes siguieran avanzando, pensó que sólo podía ocurrir una cosa peor: que empezara a llover.

Y empezó, justo en el momento en que se levantaba para encaminarse hacia casa.

Era sólo una llovizna, pero ella únicamente podía ver unos palmos más adelante, las formas de los árboles y las plantas gigantescas. Buscó cobijo debajo de un castaño y sufrió otra contracción violenta. Profirió una nueva exclamación y cayó de rodillas.

Esta vez el dolor duró más que los anteriores y Wanjiru notó que los huesos de la pelvis se movían de un modo que no presagiaba nada bueno.

El bebé iba a nacer.

«¡No! -pensó, presa de pánico-. ¡Que no sea aquí, donde las bestias de la selva me lo arrebatarán!»

Haciendo un gran esfuerzo, logró levantarse y apoyarse en el tronco del árbol, arañándose las manos hasta que sangraron, y luego, una vez de pie, intentó sobreponerse al dolor para poder andar.

Olvidándose de los elefantes, de las hojas de lantana en la cesta abandonada y del toque de queda del hombre blanco, consiguió apartarse del árbol y dar unos cuantos pasos inseguros bajo la llovizna. Comprobó que podía andar. Se apretó el abdomen y empezó a caminar ciegamente, sin darse cuenta, a causa del dolor físico y de la confusión de la lluvia, de que tomaba una dirección equivocada.

* * *

Wanjiru no tenía idea de cuánto tiempo llevaba andando. Le pareció que era de noche desde hacía un buen rato y que llovía ininterrumpidamente desde hacía horas. Su *kanga*, el trozo de tela de colores vivos que llevaba en la cabeza a modo de turbante, estaba empapada y pegada a la cabeza. La falda se le pegaba a las piernas y casi le impedía andar. Pero siguió avanzando bajo la lluvia y la oscuridad, trepando por los peñascos y los troncos caídos, andando a tientas entre árboles que cada vez estaban más cerca unos de otros, tratando desesperadamente de encontrar la dirección de su casa.

Sabía dónde estaba. Subía trabajosamente la ladera de uno de los montes que el hombre blanco llamaba Aberdare. Para los blancos los montes eran un parque nacional, pero para Wanjiru eran Nyandarua, el «pellejo que se seca», la selva de sus antepasados. También sabía que indefensa, sola y a punto de dar a luz, se encontraba ahora en el territorio del búfalo muerto y el leopardo negro.

En cierto momento, el dolor fue tan fuerte, que se desplomó y permaneció mucho tiempo tendida en el barro, empapada por la lluvia gélida, cortándose con las piedras y las ramas caídas.



Tenía las manos y los pies entumecidos y no notaba las laceraciones ni la sangre caliente que manaba de sus heridas. Apenas era consciente siquiera del agua, del frío y de los agujonazos del hambre. Wanjiru estaba centrada en el vientre, donde el bebé exigía ser liberado. Pero ella lo retenía en su interior, llevaba el dolor y la tortura dentro de ella, a través de la selva tenebrosa y hacia la noche aterradora.

«Dios bendito -rezó, desesperada, al tropezar, caer y volver a levantarse del barro para seguir adentrándose en el vacío ártico-. ¡Señor de la Luz, ayúdame!

Siguió adelante, sollozando cada vez que una rama mojada le abofeteaba el rostro o le pinchaba los brazos. Los pies desnudos resbalaban en el suelo embarrado de la selva. La lluvia seguía cayendo con fuerza y parecía penetrar incluso en su piel, calándola hasta los huesos. Pensó en su choza cálida y seca, el lecho de pellejos de cabra, el estofado de *ugali* burbujeando en la hoguera y la presencia consoladora de la madre de David, preparando pacientemente el té medicinal. Pero lo único que no contenía la selva de pesadilla era calor y sequedad, y Wanjiru lo sabía.

Sonaron unos truenos y el suelo se estremeció. Wanjiru oyó los berridos de los elefantes sobresaltados. Se preguntó dónde estarían, si era el mismo rebaño, si se alejaba de ellos o iba en su dirección. Un viento helado penetraba por sus vestidos mojados e intensificaba los dolores del parto.

Continuó adentrándose en la noche.

* * *

Finalmente dejó de llover y neblinas sobrenaturales se alzaron del suelo. Wanjiru tenía que apartar ramas cargadas de agua, el viento frío azotaba su cuerpo mojado. Tenía la impresión de que el mundo se estaba convirtiendo en hielo y que los lagos y nieblas helados de la temible montaña iban a tragársela.

Algo cálido bajaba formando un hilillo entre sus piernas. Los dolores del parto eran una cinta de fuego sin fin. Se quedó sin aliento. Fue a caer contra un árbol. Ahora sabía que se hallaba lejos de casa, que llevaba horas perdida y caminando sin rumbo fijo y que el bebé iba a nacer en ese infierno frío y oscuro. A su alrededor se oían los ruidos que hacían los animales de la selva, y se daba cuenta de que las hienas no le quitaban el ojo de encima, esperando ávidamente que cayese por última vez. En el mercado había oído contar el caso de una mujer que había dado a luz en los campos y las hienas le habían arrebatado el bebé recién nacido.

«Antes mataré a mi hijo -pensó aferrada al árbol, jadeando y esforzándose por retener al bebé dentro un poco más-. Y después me mataré...»

Sintió como si la estuvieran despedazando y soltó un quejido, luego chilló con todas sus fuerzas.

Se deslizó hacia el suelo, cortándose la mejilla con la corteza rugosa del árbol, notando el sabor de la sangre, viendo la sangre y oyendo en la densa neblina los gruñidos de los malévolos animales depredadores.



— ¡Fuera! — gritó.

Wanjiru palpó el suelo mojado en busca de un arma y encontró una piedra. Intentó arrojarla, pero la debilidad se lo impidió. La vida se le estaba escapando y una vida nueva y fuerte trataba de abrirse paso hacia el exterior de su cuerpo. El dolor se alzó, salió de su piel y emprendió el vuelo hacia las nubes bajas y las selvas de bambúes envueltas por las neblinas. Wanjiru estaba en la cima de la montaña y sabía que nunca volvería a bajar.

Pero su bebé no serviría de alimento para las bestias. Ella no permitiría que los animales de la selva terrible se dieran un banquete con el nieto del jefe Mathenge.

Aturdida y débil, el bebé casi nacido ya, Wanjiru empezó a excavar en el barro. Una sepultura, lo suficientemente grande...

* * *

Tenía la sensación de estar durmiendo en un lugar cálido y seco. La mitad de ella le decía que era una ilusión, que seguía a la intemperie, excavando una sepultura para el bebé. Pero otra parte de ella le decía que era muy real.

Volvía a estar en el hospital nativo de Nairobi, donde había trabajado de enfermera durante cinco años antes de irse a vivir al distrito de Nyeri y casarse con David Mathenge.

Discutía con alguien:

— ¿Por qué nuestros uniformes son diferentes de los vuestros? ¿Por qué nos pagan mucho menos que a vosotras? ¿Por qué a vosotras os llaman «hermanas» y a nosotras, «doncellas»?

El rostro de su supervisora blanca se materializó delante de Wanjiru. Era el rostro santurrón de una mujer que dijo a Wanjiru que las enfermeras africanas sencillamente no tenían derecho a gozar de la misma categoría que las blancas.

Y entonces Wanjiru, en medio de su extraño sueño, recordó que éste era el motivo que la había empujado a abandonar la profesión de enfermera.

—Nos discriminan —se había quejado a David—. Las africanas recibimos la misma formación y hacemos el mismo trabajo, pero no nos consideran igual que a las hermanas blancas. ¿Para qué iba a tomarme la molestia de seguir allí?

En ese momento Wanjiru abrió los ojos y, al cabo de unos minutos, se dio cuenta de que estaba mirando el techo de una cueva. Siguió echada y pensando, tratando de descubrir si lo de ahora era real u otro sueño. El lecho de hojas secas que tenía debajo parecía bastante real, tanto como el dolor en las manos y los pies. El aire de la cueva misteriosa era cálido y seco, suavemente iluminado por una hoguera en el centro del suelo rocoso. Alrededor de la hoguera, sentadas en cuclillas, comían varias personas.

Wanjiru las miró fijamente. Luego se exploró a sí misma, buscó dentro de su cuerpo y se dio cuenta de que el bebé no estaba.



Intentó hablar, pero sólo le salió un gruñido. Una de las personas de la hoguera se levantó y se acercó a ella. Era una mujer y llevaba un recién nacido en los brazos.

—Tu hijo —dijo la mujer.

Desconcertada, Wanjiru alzó los brazos y tomó a su hijo Christopher para acercárselo al pecho, donde el bebé empezó a alimentarse en seguida. Observó con atención a la mujer arrodillada junto a ella. Por sus rasgos, supuso que era de la tribu meru.

—¿Dónde estoy? —preguntó finalmente Wanjiru.

—Con nosotros no corres peligro. No te preocupes, hermana.

Wanjiru estiró el cuello para recorrer con los ojos la espaciosa cueva. Vio más gente, mucha más, junto a las paredes, durmiendo en los rincones y en salientes de piedra. Vio muebles hechos con bambú, grandes cajas de embalaje en las que aparecían impresas palabras en inglés, fusiles en pabellón, envueltos por las sombras. Un silencio extraño llenaba la cueva, teniendo en cuenta el número de personas que había en ella, pero los aromas eran conocidos y reconfortantes, y la mujer que estaba a su lado sonreía de un modo tranquilizador.

—¿Quiénes sois? —preguntó Wanjiru.

—Te encontramos en la selva y te trajimos aquí. Estás entre amigos —la mujer hizo una pausa, luego dijo—: La tierra es nuestra —miró a Wanjiru como si esperara una respuesta en concreto.

Pero Wanjiru, agotada y confundida, no acertó a decir más que:

—No... no lo entiendo. ¿Quiénes sois?

La sonrisa se esfumó del rostro de la mujer y con voz solemne, casi triste, dijo:

—Somos *uhuru*, hermana. Somos mau-mau.



CAPÍTULO 44

Mona pensó que el tren no llegaría nunca.

Pero por fin apareció: el silbido, el temblor de los raíles, el humo alzándose hacia el cielo azul. El andén estaba abarrotado de gente; unos, como Mona, esperaban a alguien, y otros aguardaban el momento de subir y luchar por un buen asiento para el viaje hasta Nanyuki. Mona permaneció junto a su Land-Rover y contempló ansiosamente cómo el tren aminoraba la marcha hasta detenerse. No prestó atención a los vagones de primera y segunda clases, donde viajaban los blancos y los asiáticos, pero clavó los ojos en el de tercera. Finalmente -le pareció una eternidad- vio que bajaba del tren.

—¡David! —llamó, agitando la mano.

Él alzó los ojos, sonrió y le devolvió el saludo. Mona se abrió paso entre la multitud y le recibió a medio camino, diciendo:

—¡Empezaba a pensar que no llegarías nunca! ¡Te he echado de menos, David! ¿Qué tal Uganda?

Metieron el equipaje en la parte posterior del Rover, luego abandonaron la ruidosa estación; Mona iba al volante.

—No he podido traer ningún parásito del café —dijo él en el momento en que el vehículo enfilaba la carretera asfaltada—. Pero pasé por el Centro de Investigación de Jacaranda y pude observar la labor que están haciendo allí. Han aparecido unos cuantos parásitos del café.

—¿Han conseguido encontrar algo para exterminarlos?

—Hasta el momento, no.

—Ha habido dos brotes de enfermedad del café en el distrito de Alto Kiambu.

—Sí, ya me lo han dicho, Pero sólo se perdió una parte pequeña de la cosecha y han conseguido frenar el brote.

Siguieron la carretera estrecha, una de las muchas que habían construido los prisioneros italianos durante la guerra; serpenteaba a través de las colinas entre Kiganjo y la plantación Treverton, una región rica y llena de verdor donde las chozas redondas y pequeñas de los kikuyu se encontraban entre cultivos de maíz, plátanos y caña de azúcar. Los niños africanos dejaban de jugar para llamar a los ocupantes del



vehículo que pasaba ante ellos. Mujeres que caminaban trabajosamente por el sendero paralelo, inclinadas bajo el peso de odres llenos de agua o haces de leña sujetos a la frente por medio de una tira de cuero, saludaban levantando las manos. Mona les devolvía el saludo, sintiéndose repentinamente feliz después de dos meses de llevar la plantación sin David.

— ¿Qué más has aprendido en Jacaranda? — preguntó, mirando de reojo al hombre que iba a su lado. Hacía unos días la tía Grace había dicho que David Mathenge era la viva imagen de su guapo padre el guerrero.

— Siguen considerando que la grasa es el método más seguro para controlar los parásitos. El Gremio de Cultivadores de Café recomienda Synthorbite y Postico. En el centro de Jacaranda están haciendo experimentos con dieldrina, un nuevo insecticida de la Shell — David se movió en el asiento, apoyó el brazo en la ventanilla y miró a Mona —. ¿Qué tal va la plantación?

— Logré vender la última cosecha a cuatrocientos veinticinco la tonelada.

— Es un aumento considerable si lo comparamos con el año pasado.

Mona se rió.

— ¡También han subido los costes de explotación! Me alegro tanto de que hayas vuelto, David.

David la miró durante un momento, luego apartó la vista. Colinas verdes y caminos de tierra roja pasaban velozmente por su lado; espesos grupos de plataneros se recortaban sobre el cielo azul. Espirales de humo surgían de multitud de techos cónicos de paja. La escena era apacible y conocida y David la había echado mucho de menos. También había echado de menos a Mona.

— ¿Tomarás el té conmigo? — preguntó Mona, dirigiendo el vehículo hacia el lado de Bellatu. Lo aparcó entre un destartalado camión Ford y una limusina Cadillac cubierta de polvo; el primero se utilizaba todos los días, la segunda no se había movido desde el entierro de lady Rose siete años antes —. ¿O quieres descansar?

David se apeó y sacudió el polvo de los pantalones.

— Dormí en el tren. Me encantaría una taza de té.

— ¡Estupendo! — dijo Mona, empezando a subir los escalones hacia la puerta de la cocina.

Al entrar, Mona dijo:

— He tenido que ponerme seria otra vez con Solomon. Esta mañana le pillé calentando las tostadas en la chimenea.

— ¿Y eso qué tiene de malo?

— ¡Que las sostenía entre los dedos de los pies!



David se echó a reír. Mona, sonriendo también, se disponía a decir algo más cuando la sobresaltó la súbita aparición de alguien en el umbral de la puerta del comedor.

—¡Geoff! —exclamó—. No he visto tu coche.

—Me ha traído papá. Ha ido a la misión para ver a la tía Grace.

—¿Ilse ha venido contigo? Nos disponíamos a tomar el té.

Geoffrey dirigió una mirada de desaprobación hacia David, luego dijo:

—Me temo que no es una visita de cortesía. Necesitamos hablar en privado, Mona. Tengo que darte una noticia bastante desagradable.

—¿De qué se trata?

Geoffrey volvió a mirar significativamente a David, que se apresuró a decir:

—Ya tomaré el té más tarde, Mona. Ahora tengo que ir a ver a mi madre y a Wanjiru.

—David —Mona alargó la mano y le tocó el brazo—, vuelve después, por favor, y almuerza conmigo.

—Sí —dijo David—. Hay que echar un vistazo a los libros.

—En serio, Mona —dijo Geoffrey cuando David se hubo ido—. No sé cómo permites que ese criado tuyo te tutee.

—No seas tan altanero, Geoffrey —dijo Mona, maravillándose una vez más al pensar que en otro tiempo había querido casarse con un hombre tan estirado—. Ya te he dicho varias veces que David Mathenge no es un «criado»; es mi encargado. Y es un amigo también. Bueno, ¿qué noticia es esa que querías darme?

—¿Has puesto la radio esta mañana?

—Geoffrey, me levanté antes del amanecer y me pasé toda la mañana en los cobertizos de preparación. Luego tuve que ir a la estación para recoger a David. No, no he escuchado la radio. ¿Por qué me lo preguntas?

A Geoffrey le hubiese gustado decir algo al respecto, que Mona hubiera podido enviar a otra persona a recoger a David, lo que hubiera sido más apropiado, pero, a sabiendas de que era inútil discutir con ella, decidió abordar el motivo de su visita.

—El gobernador ha declarado el estado de excepción en Kenia.

—¡Qué!

—Anoche a última hora, en un intento de poner fin al mau-mau, detuvieron a Kenyatta y a varios de sus compinches.

—¡Pero si no hay ninguna prueba de que Kenyatta esté detrás del mau-mau! ¡Hace sólo dos meses denunció públicamente los actos de terrorismo!



—Bueno, de una forma u otra hay que pararles los pies, y apuesto todo lo que tengo a que, estando el viejo Jomo entre rejas y sin poder enviar mensajes al exterior, la violencia cesará.

Mona miró hacia otro lado, apretándose la frente con la mano.

—¿Qué significa eso de «estado de excepción»?

—Pues que en tanto los bandidos no salgan de la selva y se entreguen, viviremos bajo condiciones policiales especiales.

Mona se acercó al mostrador de azulejos, donde una radio de plástico amarillo se encontraba entre una cafetera eléctrica y un exprimidor de naranjas también eléctrico. Desde 1919, el año de su construcción, la cocina de Bellatu había sido objeto de varias renovaciones, la última de ellas hacía dos años, cuando una moderna cocina de gas por fin había sustituido la vieja cocina Dover que funcionaba con leña.

Mona puso la radio y la melodía de *Tu corazón engañoso* llenó el aire. Al manipular los mandos, captó brevemente una emisora del lejano El Cairo, donde un joven coronel llamado Gamal Abdel Nasser encabezaba una revuelta contra la presencia británica en Egipto. Luego encontró la emisora de Nairobi.

«No hay ninguna duda de que Kenia se encuentra en una situación difícil -era la voz del gobernador, sir Evelyn Baring-, pero pido a todos los ciudadanos que conserven la serenidad y procuren no sembrar la alarma haciéndose eco de rumores. He firmado la proclamación del estado de excepción en toda la colonia, medida grave que el gobierno de Kenia ha tomado muy a su pesar. Pero no había otra alternativa ante la creciente oleada de actos ilegales, violencia y desorden en una parte de la colonia. Este estado de cosas es fruto de las actividades del movimiento mau-mau. Con el fin de restaurar la ley y el orden y permitir que todas las personas pacíficas y leales, cualquiera que sea su raza, puedan hacer su vida normal sin peligro, el gobierno ha tomado medidas de excepción que le permiten detener a ciertas personas que, en su opinión, constituyen un peligro para el orden público».

Mona miró a Geoffrey.

—¿Ciertas personas? ¿Qué quiere decir?

«A tal efecto -prosiguió sir Evelyn-, se ha llevado a cabo una redistribución de las fuerzas policiales y militares y, además, un batallón británico se dirige hacia Nairobi por vía aérea, después de que anoche llegaran las primeras tropas. En el día de hoy también llegará a Mombasa un buque de la armada real, el *Kenya*».

—¡Tropas! —exclamó Mona, apagando la radio—. ¿De veras es todo esto necesario? ¡No tenía idea de que las cosas estuviesen tan mal!

—No lo estaban al principio. Como tú sabes, el mau-mau, y vete a saber qué querrá decir eso, empezó con unos cuantos elementos fanáticos de Nairobi, los chicos furiosos, gente sin empleo y sin dinero, que se escondían en la selva y de vez en cuando lanzaban ataques arbitrarios, sobre todo para obtener comida y dinero.



Desaparecieron uno o dos policías africanos; hubo robos de ganado; alguien se encontró con que le habían quemado la choza. Pero al parecer, cada vez son más los nativos jóvenes y descontentos que se unen a ellos, y la cosa se está extendiendo. Me temo que nos ha pillado desprevenidos a todos.

De repente Mona sintió frío. Se acercó a la cocina y puso la marmita en el fuego. «Mau-mau» era un término del que había oído hablar por primera vez dos años antes, cuando pocas personas ajenas al servicio secreto prestaban atención al mismo. Y luego empezaron a ocurrir incidentes: robo de municiones en la jefatura de policía; incendio de un cultivo de maíz; notas amenazadoras que aparecían misteriosamente en toda la ciudad de Nairobi. Hacía ahora un mes que una banda había atacado la misión católica y se había ido con dinero y una escopeta dejando a los misioneros encerrados bajo llave en una habitación. Una semana después el cadáver de un perro estrangulado apareció colgado en el mercado de Majengo, a modo de advertencia del mau-mau a los colonos blancos. Finalmente, hacía de ello sólo dos semanas, se había producido el asesinato, a plena luz del día, de un anciano jefe de tribu, hombre muy respetado, tanto por los africanos como por los blancos.

Geoffrey entró en la cocina y se apoyó en el fregadero con los brazos cruzados.

—El colmo ha sido lo de esta mañana a primera hora —dijo—. ¿Conoces a Abel Kamau, el lechero de Mewiga?

Mona dijo que sí con la cabeza. Abel Kamau era uno de los soldados africanos que habían vuelto de la guerra casados con europeas. Los Kamau se habían instalado unos pocos kilómetros al norte de Bellatu con el propósito de llevar una existencia tranquila y pacífica. Eran una de las escasísimas parejas interraciales de Kenia, y todo el mundo les hacía el vacío, tanto los africanos como los blancos, así como las respectivas familias, hasta el punto de que llevaban una vida solitaria y apenas tenían amigos. Mona los había conocido y le parecían personas simpáticas y agradables. Tenían un hijo de cuatro años.

—Fueron atacados mientras dormían durante la noche —dijo Geoffrey—. Los mataron. Según la policía, Abel y su esposa quedaron casi irreconocibles a causa de las cuchilladas que les asestaron con *pangas*.

Mona tuvo que sentarse en una silla.

—¡Dios mío! ¿Y el chico?

—Se salvó, pero no creen que viva mucho tiempo. Esos desalmados le arrancaron los ojos.

—¡Cielo santo! ¿Por qué?

—Usan los ojos en las ceremonias en que prestan juramento —Geoffrey se sentó de cara a Mona en el otro lado de la mesa—. Los Kamau eran un blanco del mau-mau por haber roto los tabúes raciales. Como tú sabes, los matrimonios mixtos ofenden a los africanos tanto como a los blancos. El tremendo crimen de Abel Kamau era



haberse casado con una mujer blanca, además de ser leal. Aparte de atacar a unos cuantos blancos aislados, parece ser que la campaña del mau-mau va dirigida contra los africanos que apoyan al gobierno colonial.

La marmita empezó a silbar y Mona la miró, pero no hizo ningún movimiento.

—¿Y se puede saber qué crimen había cometido ese pobre niño? —preguntó en voz baja.

—Su padre se había acostado con una mujer blanca.

Mona se levantó finalmente y preparó el té con gestos maquinales. La alegría que sintiera por el regreso de David se había esfumado ya.

—¿La policía tiene alguna idea de quién ha sido?

—Saben exactamente quién los mató. Chege, el criado de los Kamau.

—¡No es posible! —exclamó Mona, volviéndose rápidamente—. ¡Pero si Chege es un anciano cariñoso y amable que no le haría daño ni a una mosca! ¡Pero si era el mejor amigo del padre de Abel!

—Sí, eso es lo más monstruoso de todo el asunto. El mau-mau empieza a valerse de personas allegadas a sus víctimas.

—Pero, ¿cómo es posible? ¡Chege sentía verdadera devoción por Abel y su esposa!

—El amor y la devoción, Mona, no son nada comparados con el poder de un juramento del mau-mau.

Mona sabía lo de los juramentos, había oído hablar de ellos toda su vida. El juramento era lo que ataba a un kikuyu a su palabra; era parte integrante de la estructura social de la tribu y estaba tan impregnado de supersticiones y tabúes ancestrales, que pocos kikuyu podían infringir el que habían prestado.

—Pero, ¿cómo consiguieron que alguien prestara juramento contra su voluntad y cometiera luego un crimen tan terrible?

—Se valen del juramento para forzar a la gente. Obligan a prestarlo por medio del terror. Lo más probable es que secuestrasen a Chege, se lo llevaran a la selva, le sometieran a un ritual obscuro y luego le soltaran.

—Pero, ¿cómo podían estar seguros de que Chege cumpliría sus órdenes?

—Los mau-mau pueden estar seguros de cualquier persona a la que hayan obligado a prestar juramento, Mona. Si el juramento por sí solo no es suficiente para que el pobre desgraciado cumpla sus exigencias, recurren a la amenaza de ejecutarle. Y eso da resultado.

Mona puso la tetera, las tazas, el azúcar y la leche en una bandeja y salió de la cocina. Encontró a Ilse, la esposa de Geoffrey, sentada en la sala de estar, hojeando un catálogo Sears. Ilse había engordado mucho durante los siete años que llevaba casada con Geoffrey y ahora aparecía aún más gruesa debido al embarazo.



—¡Santo cielo! —exclamó, dejando el catálogo—. ¡Cuánta maldad! ¡Y pensar que ha pasado tan cerca de nosotros!

Al ver lo pálida y consternada que estaba Ilse, Mona recordó que la casa de los Kamau se encontraba a poco más de medio kilómetro de Kilima Simba.

Profundamente ensimismada, Mona se puso a remover su té. Aunque nunca había oído a Kenyatta, había leído extractos de sus discursos en la prensa. Era el líder de la Unión Africana de Kenia, la poderosa y creciente organización política que, según declaraciones de Kenyatta, tenía por objetivo eliminar las barreras raciales en Kenia y obtener más tierra, más educación, más liderazgo para los africanos, con la meta final de gobernarse a sí mismos.

—Buscamos una sola cosa —había dicho el carismático Jomo—, y esa cosa es la paz.

A pesar de que Kenyatta había denunciado al mau-mau en varias ocasiones, el gobierno había decidido que él y la Unión Africana de Kenia estaban detrás del terrorismo y, por consiguiente, había ordenado su detención. Mona pensó que era una medida peligrosa y posiblemente insensata.

—No hay razón para preocuparse, Mona —dijo Geoffrey—. El mau-mau se disgregará sin sus líderes. Baring ha prometido que Kenyatta nunca volverá a ser un hombre libre. Y para que los terroristas vean que vamos en serio, tenemos el equivalente de seis batallones distribuidos por toda la provincia, además de los tres batallones kenianos de los Rifles Africanos del Rey, un batallón ugandés que opera en el Rift y dos compañías de batallones de Tanganika. Anoche los Fusileros de Lancashire llegaron por vía aérea del canal. Aterrizaron en la base de Eastleigh y están en Nairobi a modo de reserva. También estamos creando una guardia nacional con ex combatientes africanos que lucharon en la guerra y son leales. Personalmente, Mona, me alegro de que por fin les estemos tratando con mano firme. Vamos a demostrar a los negros y al mundo que podemos defender esta colonia en cualquier momento, por aire y por mar.

—Me pregunto... —dijo Mona. Estaba mirando por la gran ventana de la sala de estar, a través de la cual entraba un día glorioso que derramaba luz ecuatorial sobre los muebles antiguos, elegantes y sombríos de Bellatu. Buganvillas de vivos colores, rosa y naranja, enmarcaban la galería, hileras de verdes cafetos cubrían las leves ondulaciones del paisaje y a lo lejos, purpúreo y coronado de nieve, se alzaba el monte Kenia en su majestad sin nubes—. Me pregunto, Geoffrey, si las medidas que ha tomado el gobernador no serán un error. Al echar mano de tanta fuerza militar, ha venido a reconocer ante el mundo, y también ante el mau-mau, que el gobierno de los colonos blancos de Kenia es incapaz de defender la colonia sin ayuda.

—¡Dios mío, Mona, hablas como si quisieras que los negros gobernasen el país!

—Su deseo de autogobierno no me parece irrazonable.



—Bueno, estoy de acuerdo contigo en parte. Llevo años pidiendo a gritos el autogobierno, y tú lo sabes. No tiene ningún sentido que sigamos dependiendo de Whitehall. Pero lo que yo quiero es el autogobierno para los blancos.

—Geoffrey, los blancos de este país somos cuarenta mil ¡y los africanos son seis millones! Tiene que ser evidente para ti y para todo el mundo que el modelo de «apartheid» rodesiano nunca funcionará aquí en Kenia. No tenemos ese derecho.

—Te equivocas, Mona. Sí tenemos derecho. No olvides los milagros que nuestra pequeñísima minoría ha obrado en el África Oriental. El contribuyente británico, Mona, el que más apuros ha pasado después de la guerra, ha destinado grandes sumas de dinero a esta colonia, ¡dinero que ha ayudado a los africanos! Cuando uno tiene en cuenta todo lo que hemos hecho por ellos, que en realidad les hemos sacados de la edad de piedra, y que les hemos estado cuidando durante años, resulta escandaloso que se haya permitido que la situación llegara a este extremo. Si quieres que te diga, Mona, fuimos unos necios al no aceptar el plan de Montgomery cuando tuvimos la ocasión.

—¿A qué plan te refieres?

—En el cuarenta y ocho, el mariscal de campo Montgomery propuso que se crearan bases militares en Kenia porque previo las disensiones que tenemos hoy. Como no le escuchamos, los africanos les han hecho el juego a los comunistas y eso es exactamente lo que ahora tenemos que afrontar. La totalidad del mau-mau se basa en principios comunistas, te lo digo yo.

—Oh, Geoffrey —dijo Mona, impacientándose—. Sigo diciendo que es su país tanto como el nuestro, y no deberíamos cerrar los ojos ante las necesidades y los sentimientos de seis millones de personas.

Geoffrey sonrió torcidamente.

—¿De veras crees que son capaces de gobernarse? —se echó a reír—. ¡Es como si estuviera oyendo a los negros! «¡Dadnos el trabajo y terminaremos las herramientas!»

—Eres injusto.

—¡Y yo digo que ellos son unos ingratos! Pero, ¿qué podía esperarse de ellos? En la lengua kikuyu ni siquiera hay una palabra que signifique «gracias». Nosotros tuvimos que enseñarles a dar las gracias.

Geoffrey se levantó bruscamente. Detestaba estas discusiones con Mona. La muchacha lo ponía furioso. Todo lo de Mona lo sacaba de quicio: sus opiniones políticas, su forma de vivir... especialmente su forma de vivir.

Pensaba que Mona era una mujer bien parecida, que incluso podía ser muy guapa si no insistiera en vestirse y actuar como una vulgar agricultora. En su opinión, Mona había heredado una atractiva combinación de la belleza de su madre y la guapura morena de su padre, y debería sacarle partido vistiendo mejor y visitando de vez en cuando la peluquería. Pero Mona se empeñaba en recogerse el largo cabello negro en



una cola de caballo sencilla y en llevar camisas de hombre. No tenía ni un gramo de estilo y se pasaba los días en los cafetales, trabajando al lado de sus africanos. Mona no parecía haber heredado ni pizca de la elegancia de sus padres. Desgraciadamente, los días de champán y partidos de polo habían terminado hacía mucho tiempo; parecían haber muerto con Valentine. Geoffrey sabía que las habitaciones para los invitados llevaban muchos años cerradas. Ninguna limusina subía ahora por la calzada, ninguna fiesta alegre llenaba las sombrías habitaciones. Mona sólo recibía en su casa a hombres del Gremio de Cultivadores de Café, plantadores como ella, con los que fumaba cigarrillos y bebía coñac mientras hablaban de los precios en los mercados mundiales. Lo que necesitaba Mona era un hombre que le recordase que era una mujer. Y Geoffrey decidió que ese hombre era él.

Un aguijónazo de la conciencia lo hizo mirar a su esposa, que estaba sentada y llevaba una prenda de algodón para futuras mamás, gorda y satisfecha de sí misma, sin más interés en la vida que sus hijos. Ilse se había descuidado. Después de cuatro hijos y embarazada de nuevo, había perdido todo el atractivo sexual que la hacía deseable. Geoffrey reconocía que era una buena madre. Pero como compañera de cama hacía ya mucho tiempo que había perdido su atractivo. Se preguntó en qué estaría pensando cuando decidió casarse con ella porque la habían perseguido y le daba lástima. ¡Debería haberse casado con Mona!

Cada vez le resultaba más difícil dominar el deseo que Mona le inspiraba. Le asombraba que la muchacha fuera capaz de llevar una vida tan célibe. Era antinatural. Sin duda también ella anhelaba intimidad con un hombre. Pese a ello, por extraño que resultara, en su vida no había ningún hombre, excepción hecha de los que tenían con ella relaciones estrictamente comerciales. Geoffrey estaba seguro de que Mona tenía que sentir algún anhelo, que de noche, sola en la cama, debía de pensar en la esterilidad de su vida. Se dijo que Mona debía de estar madura para que la recogiese un hombre como era debido y se prometió a sí mismo que uno de esos días, o una de esas noches, daría rienda suelta a su lujuria e iría a Bellatu cuando la muchacha estuviera sola. Y ella estaría tan preparada para él como él lo estaba para ella.

—De todos modos —dijo, acercándose a la ventana, el cuerpo, que a sus cuarenta años seguía siendo delgado, recortándose sobre el sol de octubre—, pienso enseñarles a estos bandidos del mau-mau que a mí no pueden intimidarme. Seguiré con mi negocio como si nada, pese a lo que la mala prensa ha hecho. Una vez haya pasado esta tontería del mau-mau, y pasará, te lo prometo, volveré a tener mis clientes.

Geoffrey se refería a su agencia turística embrionaria, la que había fundado al ser licenciado del ejército. Su profecía en el sentido de que la guerra sería el origen de una nueva época del turismo se había hecho realidad. En todo el mundo, los soldados que volvían a casa contaban a sus familias historias sobre los lugares exóticos que habían visto: París, Roma, Egipto, las Hawái, el Pacífico Sur. Estos



descubrimientos, junto con la reciente introducción de los aviones a chorro en la aviación comercial, que reducían drásticamente la duración de los viajes, habían despertado un súbito interés mundial por el turismo. La Agencia de Viajes Donald, que funcionaba en la sala de estar de Geoffrey Donald en Kilima Simba, se encontraba todavía en su primera y difícil etapa, pues Kenia aún no se había convertido en un punto de atracción turística. De momento, Geoffrey sólo organizaba safaris de caza, pero su propósito era crear algo totalmente nuevo: los safaris fotográficos.

—Estoy trabajando en una nueva campaña de publicidad —dijo, volviendo a la mesa para tomarse el té y cambiando de tema con esa agilidad que enfurecía a Mona—. Me están haciendo el borrador de un folleto con fotografías de leones y jirafas y nativos. Y el folleto dirá que el obrero de Manchester puede disfrutar de dos semanas de aventuras africanas con la seguridad y la comodidad garantizadas. Ahora que tenemos estas reservas de fauna y flora naturales, gracias a la diligente labor de la tía Grace, vale la pena que saquemos provecho de ellas.

—Pero es que, aparte de la naturaleza —dijo Mona—, no veo qué puede ofrecer Kenia al turista normal y corriente. Una persona puede cansarse fotografiando animales todo el día, sin hacer otra cosa.

Geoffrey pensó que uno de los problemas de Mona era la falta de imaginación.

—Eso va a formar parte de mi nuevo programa. En el folleto habrá fotografías de los hoteles de Nairobi. Haré hincapié en el lujo, en la cocina, la vida nocturna. Ahora que Nairobi ha alcanzado por fin la categoría de ciudad, pienso ponerla en el mapa del mundo.

Mona se rió.

—Lo único que necesitas es una cancioncilla o un eslogan para la publicidad. ¿Qué te parece «Bienvenidos a Nairobi, ciudad al sol»?

Mientras recogía las tazas de té vacías, Mona no vio que Geoffrey sacaba una libretita del bolsillo de su chaqueta caqui y anotaba algo.

—No te preocupes —dijo Geoffrey al cabo de unos minutos, mientras él e Ilse se despedían en la cocina. Tenía una mano en el brazo de Mona, apretándolo con fuerza—. Puedo garantizarte que con Kenyatta aislado de sus bandidos de la selva, se retirarán con el rabo entre las piernas y todo este asunto pasará.

Se acercó más a ella y Mona pudo ver las arruguitas tostadas por el sol que tenía alrededor de los ojos.

—Pero si tienes miedo —añadió Geoffrey—, si te despiertas y crees que hay alguien en la casa, llámame por teléfono y vendré en seguida. ¿Me prometes que lo harás?

Mona se apartó de él y entregó una cesta a Ilse, diciendo:



—Aquí tienes un poco de miel para los niños.

Al salir, Geoffrey se detuvo un momento y dijo:

—Oye, están interrogando a tu criado.

Mona miró y vio que tres agentes africanos de la reserva de policía de Kenia, con jerséis azul marino y un fez alto y rojo, se encontraban a poca distancia de la calzada y parecían estar examinando los papeles de identidad de David.

Geoffrey se volvió hacia Mona.

—Quiero que tengas cuidado con ese tipo.

No era ningún secreto que David Mathenge inspiraba una intensa antipatía a Geoffrey. Él y Mona discutían a menudo debido a las críticas constantes que Geoffrey dedicaba a la relación entre la muchacha y su encargado africano.

—Confío en David —dijo ella.

—A pesar de todo, durante las próximas semanas, mientras dure el estado de excepción, quiero que tengas mucho cuidado con él.

Mona se separó de Geoffrey y su esposa cuando ellos empezaron a bajar hacia la misión mientras ella seguía andando por la calzada hacia el lugar donde estaban David y los policías.

—¿Qué ocurre? —preguntó Mona.

Los tres agentes se mostraron corteses y hablaron con el melodioso acento británico del africano educado.

—Perdone la intrusión, memsaab, pero esta mañana han incendiado una granja y estamos interrogando a todo el mundo.

—¿Una granja? ¿Cuál?

—La de Muhori Gatheru. Han destruido su casa y matado todas sus reses. Ha sido obra del mau-mau.

—¿Cómo lo sabes?

—Dejaron un mensaje que decía «La tierra es nuestra».

—¿Y eso qué significa?

—Es el juramento del mau-mau.

—Yo respondo por el señor Mathenge. Esta mañana estaba en el tren de Nairobi.

—Usted perdone, memsaab, pero el tren sufrió un retraso y estuvo parado en Karatina durante cierto tiempo esta mañana, y la granja de Muhori Gatheru está en Karatina.

—Aunque así sea, respondo por él. Buenos días.



Mientras caminaban hacia la casa, donde ella y David pasarían la tarde revisando los libros, las facturas y la correspondencia, además de comentar la visita de David a Uganda, donde esperaba encontrar una solución para sus problemas con los parásitos del café, Mona dijo:

—¡Me cuesta creer que este horrible asunto del mau-mau sea verdad! ¿Has oído hablar del estado de excepción?

—Sí.

Al entrar en la cocina, Mona dijo:

—Le diré a Solomon que nos prepare unos emparedados. ¿Dónde se habrá metido ese perezoso?

—No te preocupes por mí, Mona. No tengo hambre. Comí en el tren.

—¿Sabes por qué el tren sufrió un retraso en Karatina?

David hizo una pausa, luego dijo:

—No.

Hacía tiempo que Mona había convertido el despacho de su padre en el suyo después de guardar todos los trofeos, premios y fotografías de Valentine. Cortinas de algodón estampado ocupaban ahora el lugar de los gruesos cortinajes de antes, y el pesado mobiliario, traído de Inglaterra treinta y tres años antes aparecía cubierto con fundas también estampadas que ocultaban las señales del paso del tiempo.

Mona se sentó en su lugar detrás de la gran mesa de roble y David se sentó en una silla a su lado.

—¿Cómo está el bebé? —preguntó Mona, sacando los libros del cajón.

—Mi hijo está bien.

—¿Y Wanjiru?

—Hemos vuelto a discutir —David suspiró—. He estado fuera dos meses y mi esposa me recibe con quejas.

Mona estaba al corriente de las discusiones. Wanjiru quería coesposas, para que le hicieran compañía y la ayudasen a trabajar en la *shamba*; quería que David se hiciera elegir líder del capítulo local de la Unión Africana de Kenia; también quería que David dejara el bungalow de encargado que se había construido seis años antes y que viviese con ella y su madre a la orilla del río.

Wanjiru no dejaba de repetir estas exigencias y Mona sabía que David nunca cedía lo más mínimo. Y se alegraba de ello. Sobre el asunto de la Unión Africana de Kenia, Mona no tenía ninguna opinión, pero le complacía que David no se hubiese buscado una segunda y una tercera esposas y que prefiriese vivir solo en la casita junto a la carretera. Mona se decía a sí misma que se alegraba de ello porque de esta forma David gozaba de libertad para concentrarse en dirigir la plantación.



Pero lo que Mona no sabía y David no iba a decirle era que la discusión de ese día con Wanjiru había girado en torno a otro asunto. Habían discutido por el mau-mau.

—Christopher es un niño estupendo —dijo Mona, entregando a David las facturas que se habían acumulado—. ¡Sólo tiene siete meses y ya empieza a gatear!

David miró a Mona y sonrió.

—Deberías tener hijos —dijo.

Mona miró hacia otro lado.

—¡Ya se me ha pasado la edad! ¡A los treinta y tres años no puedo pensar en fundar una familia!

—Todas las mujeres deberían tener hijos.

—Tengo la plantación, y con eso me doy por satisfecha —a Mona le molestaba muchísimo que David sacase a relucir su condición de soltera.

Le ponía furiosa su presunción masculina de que una mujer sin hijos no era feliz. Cierta vez había tratado de explicarle que la cuestión del matrimonio y los hijos no se reducía sencillamente a comprar una esposa por unas cuantas cabras. También intervenía en ella el amor.

—Antes me daba miedo la posibilidad de convertirme en una mujer como mi madre —le había dicho a David en una noche lluviosa de abril, cuando los dos se estaban calentando cerca del fuego después de un día de trabajo vigoroso en la plantación—, porque creía equivocadamente que mi madre era incapaz de amar. Y luego descubrí que mi madre era una de esas mujeres que sólo pueden amar a un solo hombre en la vida, amarle de forma tan completa y exclusiva, que les es absolutamente imposible sobrevivir sin él.

Mona se había interrumpido entonces, al darse cuenta súbitamente de que se estaba acercando a cosas demasiado privadas para confesarlas. Nadie, ni siquiera su tía Grace, que era su amiga y confidente más íntima, sabía que Mona estaba decidida a esperar toda la vida si hacía falta, sola y sin hijos, hasta que apareciese el hombre apropiado. Mona pensaba que conformarse con cualquiera, sólo para estar casada, únicamente servía para traer infelicidad y remordimiento.

David se había subido las mangas de la camisa. Al clasificar las facturas, sus brazos desnudos entraban y salían de la luz del sol que caía sobre la mesa. Mona se dio cuenta de que estaba observando el movimiento de los músculos debajo de la piel oscura.

Cogió la carta de Bella Hill. «Mi querida lady Mona -había escrito el agente-: Lamento de veras molestarla con estas cosas, pero, el hecho insoslayable es que hay que hacer algo o perderemos el último de nuestros inquilinos».

Mona dejó la carta. No tenía ganas de leer la relación de los problemas de Bella Hill, que, al parecer, eran interminables. Cuando su tía Edith se había ido a vivir con



su prima de Brighton, Mona había ordenado convertir la mansión de Suffolk en pisos de bajo alquiler. Soldados que volvían de la guerra y se casaban los habían alquilado en seguida. Pero al volver la prosperidad a Inglaterra, al mejorar las condiciones de vida, al empezar las esposas a tener hijos y al empezar Bella Hill a acusar el paso del tiempo, la mansión ancestral que otrora había sido una fuente de ingresos cuando Bellatu necesitaba dinero se había convertido en una sangría económica. Los inquilinos se quejaban de las cañerías, de que la calefacción era insuficiente, pedían mejoras que modernizasen los pisos, se marchaban a otra parte y al agente le costaba encontrar otros. Mona sabía que iba a tener que hacer algo para resolver el problema, y pronto.

Bella Hill...

Miró de reojo a David, que estaba manejando la máquina de sumar, la cabeza inclinada, su rostro bien parecido concentrándose en la tarea.

Mona recordó tres incidentes. El primero había ocurrido veinticuatro años antes, en un oscuro pasillo de Bella Hill, cuando una Mona pequeña y desgraciada había tratado de obligar a la hermana de David, Njeri, a escaparse con ella. El segundo incidente había tenido lugar poco tiempo después del primero: Mona y David habían quedado atrapados en la choza incendiada. Pero ahora, mientras lo veía trabajar, recordó que el tercer incidente había sucedido hacía siete años, poco después de que David empezase a trabajar de encargado de la plantación.

—Quiero pedirte perdón, David —le había dicho Mona—. Fui cruel contigo cuando éramos niños y ahora lo lamento. Por mi culpa estuvimos a punto de morir los dos.

Por la cara de David había pasado una expresión que Mona no había acertado a descifrar, y luego había dicho:

—Ocurrió hace mucho tiempo. Está olvidado.

Como si se diera cuenta de que le estaba mirando, David apartó los ojos de la máquina de sumar y sonrió.

—Por poco se me olvida —dijo, apartándose de la mesa—. Te he traído algo de Uganda.

Mona vio que metía la mano en el bolsillo de los pantalones y sacaba algo grande envuelto en un pañuelo. Se lo entregó.

Intrigada, Mona lo tomó. Era la primera vez que David le regalaba algo. Y al desenvolverlo y ver qué era, la curiosidad dio paso a la sorpresa.

—¡Cielo santo! —susurró—. ¡Qué bello es!

—Es el collar que hace la gente de Toro. ¿Ves estas cuentas verdes? Es malaquita del Congo Belga. Y esto es ébano tallado.



Mona miró atentamente el collar bajo la luz del sol. Era una creación asombrosa de cobre bruñido, pedazos de ámbar, rosas de marfil y eslabones de hierro: africano y primitivo, pero al mismo tiempo extrañamente moderno, casi intemporal. A Mona le pareció una obra de arte que merecía algo mejor que acabar colgada del cuello de alguien.

—Deja que te lo ponga —dijo David.

Se acercó a ella por detrás y Mona notó cómo sus manos le apartaban los cabellos. Vio cómo el collar descendía delante de sus ojos y sintió que se posaba en su pecho, pesado y confortable a la vez. Los dedos de David le rozaron el cuello al abrochárselo.

—Acércate al espejo, Mona, y mírate.

Mona no podía dar crédito a sus ojos. Pensó que su aspecto había cambiado, que ya no parecía vulgar y corriente, sino transformada de algún modo. El collar reposaba sobre su blusa de algodón en una especie de gloria que hacía que todo lo demás -la habitación, los muebles, el sol en el exterior- pareciera prosaico.

—Es magnífico, David —dijo.

—Las mujeres de Toro los llevan.

—Las mujeres de Toro son hermosas. A mí no me sienta bien.

—En cuanto lo vi pensé en ti, Mona.

Mona se imaginó las mujeres ugandesas de Toro, con sus cuellos negros y esbeltos, y sus cabezas orgullosas.

—Yo no le hago justicia —dijo—. Mi piel no es la apropiada.

En voz muy baja David dijo:

—No hay nada malo en tu piel, Mona.

Mona miró a David reflejado en el espejo. Estaba detrás de ella, muy cerca. Sus ojos se cruzaron en el cristal.

En el momento en que Mona se volvió para darle las gracias, una radio quebró súbitamente el silencio.

Era la emisión en lengua kikuyu del mediodía. Solomon acababa de poner la radio en la cocina. El locutor leía la noticia del asesinato de Abel Kamau y su esposa europea por el mau-mau. Luego añadió que el hijo de cuatro años de la pareja, que había sufrido graves heridas en los ojos, acababa de morir en el hospital Rey Jorge.



CAPÍTULO 45

Wanjiru y su suegra cantaban juntas mientras trabajaban. Era una canción sencilla, con las mismas palabras repetidas una y otra vez, y la cantaban en agradable armonía, cambiándola, improvisando sobre la marcha. Era un himno a Ngai, el dios que vivía en el monte Kenia; era una plegaria pidiendo *uhuru*, libertad.

El corazón de mamá Wachera estaba apesadumbrado en ese día fresco y vigorizante antes de que comenzasen las lluvias. Mientras recogía boniatos y arrancaba las hojas para alimentar a las cabras, la anciana hechicera pensaba en la inminente partida de su nuera. No quería que la esposa de su hijo se fuese, pero mamá Wachera no intentaría detenerla. La madre de David sabía que en el corazón de la mujer joven había una llamada que sólo ella, Wanjiru, podía oír y que se sentía empujada a contestar. Mamá Wachera había soportado la soledad antes y volvería a soportarla.

¡En qué extraña situación se encontraba el mundo! Ni siquiera su bolsa de preguntas habría podido predecir la guerra encarnizada que en estos momentos dividía la tierra de los kikuyu. Ni siquiera el más profético de sus sueños habría podido mostrar a su hermano kikuyu luchando contra otro hermano kikuyu ante los ojos de las demás tribus de Kenia. Mamá Wachera pensó en lo tristes que debían de estar los antepasados al ver cómo los luchadores de la selva bajaban de la montaña y daban muerte a sus hermanos africanos y al ver cómo los camaradas de los asesinados respondían persiguiendo y torturando a los sospechosos de estar confabulados con los hombres de la selva. ¿Cómo se había llegado a semejante locura?

Mamá Wachera se irguió para mirar el risco cubierto de hierba desde el cual se dominaba el río.

Pensó que todo había empezado con la llegada del hombre blanco. Ellos, los blancos, eran los causantes de esta guerra terrible que estaba destruyendo a su tribu. Habían llegado hacía muchas cosechas, con sus carretas provistas de toldos y sus esposas de piel blanca como la leche, y habían empezado a diseminar su veneno. La anciana hechicera se preguntó cuándo terminaría. ¿Cuándo dejarían los kikuyu de matarse entre ellos y se unirían para expulsar al hombre blanco de Kenia? ¿Cuándo se percatarían de la necedad y la vergüenza de esa guerra infructuosa y unirían sus fuerzas para combatir al único enemigo verdadero?



Mamá Wachera pensó en su hijo y se preguntó hacia dónde se inclinaría la lealtad de David.

Al igual que muchos kikuyu, David trabajaba para el hombre blanco y vivía en una casa de piedra cerca del trabajo, dejando que su esposa se ocupara de la *shamba*. Wanjiru era más afortunada que la mayoría de las mujeres, pues David no vivía lejos de su choza. Las esposas dignas de lástima eran aquellas cuyos maridos las abandonaban para trabajar en Nairobi, donde vivían en pisos, bebían cerveza europea y se acostaban con prostitutas. Esas pobres esposas raramente veían a sus hombres, a veces pasaban años sin verles, mientras que Wanjiru recibía la visita de David una vez a la semana, y entonces David pasaba la noche en su choza *thingira* y comía los alimentos que le preparaban su madre y su esposa. En esas visitas David Mathenge honraba a sus mujeres regalándoles *american*, azúcar y aceite. La madre de David reconocía que en muchas cosas su hijo actuaba como un kikuyu verdadero.

Pero, al ver pasar un camión por uno de los caminos de tierra que había entre los cafetos de los Treverton, se preguntó cómo podía trabajar precisamente para la mujer cuyo padre había robado su tierra. Era un misterio que mamá Wachera no acertaba a descifrar. Pero como era una madre respetuosa y tenía en cuenta la intimidad de su hijo, no pensaba preguntárselo nunca.

Mamá Wachera se fue al otro lado de la *shamba*, donde Wanjiru estaba recogiendo hojas de calabaza, y echó una ojeada a sus plataneros.

Sabía que su nuera había prestado un juramento mau-mau. Muchos años antes, en una noche de espantosa tempestad, mientras su abuela yacía moribunda, esperando que las hienas devorasen su carne, una Wachera joven había comido un juramento similar. Prestar juramento formaba parte del modo de vida de los kikuyu; era algo tan antiguo como las neblinas del monte Kenia. Sin juramentos los Hijos de Mumbi dejarían de existir. Pero el juramento que Wanjiru comiera había sido alterado de una forma inquietante. Por motivos que mamá Wachera no comprendía, su nuera había prestado juramento mientras sostenía en la mano la Biblia de los *mzungu*; había comido la tierra y dado su palabra poniendo por testigo a Jehová.

¿Qué significado tendría? ¿Por qué habría cometido semejante subversión del ritual sagrado de la tribu?

Mamá Wachera temía que el malvado mau-mau destruyese para siempre las costumbres antiguas. Se dijo que los hombres de la selva no eran verdaderos y honorables Hijos de Mumbi, sino que eran exactamente lo que el hombre blanco decía: «bandidos». La disciplina tribal se estaba rompiendo, la sociedad se desintegraba y jóvenes equivocados se burlaban de sus mayores.

«No luchan por la tierra -pensó mamá Wachera mientras llenaba su cesta-. Luchan para ser perversos y para desafiar a los antepasados».

El himno terminó cuando las dos mujeres volvían andando a sus chozas, donde espirales gemelas de humo surgían de sendas hogueras. Wanjiru sabía que a su



suegra no le parecía bien su decisión de irse. También sabía que en eso nunca estarían de acuerdo, porque mamá Wachera era una mujer vieja, de más de ciento veinte cosechas según sus propios cálculos, lo que significaba sesenta años según los cálculos de Wanjiru, y vivía en el pasado. Cuando hablaban de que los Hijos de Mumbi recuperarían la tierra que era legítimamente suya, a mamá Wachera sólo se le ocurría mencionar una *thahu*.

—Han sido maldecidos —le decía repetidamente a Wanjiru—. Yo les dije que sólo conocerán la desgracia y la desdicha hasta que la tierra le sea devuelta al africano. ¿Y ves? Han conocido la desgracia. Todos han muerto, salvo una, y no tienen hijos que hereden la tierra.

La anticuada forma de pensar y la tozudez de su suegra molestaban a Wanjiru, pero, como le habían enseñado a ser modesta y respetuosa en presencia de sus mayores, no había discutido. En lo que creía Wanjiru era en luchar. Sólo la guerra devolvería al africano la tierra que le habían robado.

—El árbol de la libertad se riega con sangre —le había dicho a su suegra.

Pero Wanjiru no luchaba sólo para recuperar la tierra. Al igual que muchas mujeres que se unían al mau-mau, Wanjiru luchaba por los derechos de su hija. Veía un futuro en el que Hannah gozaría de libertad para ir a la escuela sin ser hostigada por chicos crueles, como por desgracia le había ocurrido a ella en su tiempo; libertad para trabajar fuera de casa al lado de los hombres; libertad para escoger y seguir una carrera honorable; libertad para caminar al lado de su esposo como su igual, y no detrás de él como su bestia de carga. Wanjiru creía que las madres kikuyu les debían esta lucha a sus hijas.

—Toma la corteza del espino —dijo mamá Wachera a la esposa de su hijo cuando ésta se preparaba para partir—. De las ramas más jóvenes. Frótala con sal y chúpala. Esto curará los males del estómago y la diarrea.

Wanjiru escuchaba mientras su suegra iba hablando. Estaban metiendo medicinas y amuletos curativos en una cesta. Encima colocaron arrurruces hervidas y boniatos fríos, unos cuantos plátanos y un poco de harina de maíz. Una vez llena la cesta, Wanjiru la envolvió con la manta con que la llevaría colgada, puso a su lado una calabaza de agua y metió en los costados las balas y las tres pistolas que le habían hecho llegar por la mañana. Finalmente añadió notas y mensajes escritos apresuradamente por las esposas de los hombres que luchaban en la selva.

Cuando todo estuvo preparado Wanjiru se puso dos vestidos sobre el que ya llevaba, se envolvió la cabeza con una *kanga* de color rojo vivo y con la ayuda de su suegra se echó la pesada manta a la espalda. Una tira de cuero en la frente sujetaba la manta para que las manos quedasen libres y pudieran llevar a Christopher, atado a su pecho con una *kanga*, y a Hannah, a la que llevaba apoyada en la cadera.

Al salir de la choza, mamá Wachera se detuvo para bendecir a su nuera, sospechando que quizá nunca volvería a verla.



—Cuidaré de David por ti —dijo.

—David ya no es mi esposo —dijo Wanjiru, añadiendo seguidamente las palabras con que, según la tradición kikuyu, una mujer podía disolver su matrimonio—. Me divorcio de él. No temas por mí, pues nací una sola vez y una sola vez moriré.

Mamá Wachera miró con ojos tristes cómo la joven y fuerte Wanjiru, inclinada bajo el peso de su carga, con un bebé en el pecho y una niña en la cadera, cruzaba el río y finalmente se perdía de vista.

* * *

Caminaba bajo el sol de la tarde, siguiendo un sendero que dividía en dos un campo recién sembrado que esperaba las lluvias. Wanjiru caminaba bajo el calor y la pereza del día, las moscas zumbando bajo el sol ardiente, levantando el polvo con sus pies desnudos. Christopher, que ya tenía casi un año y pesaba mucho, dormía apoyado en el cómodo pecho de su madre, mientras que Hannah, de tres años, movía la cabeza sobre el hombro materno.

Al poco se unió a Wanjiru en el sendero una mujer más joven que ella, que llevaba cuatro vestidos, una *kanga* amarilla en la cabeza y un fardo lleno de comida y agua sobre la espalda. La mujer salió de la selva y, sin decir palabra, siguió andando al lado de Wanjiru. Más adelante se encontraron con la anciana mamá Gachiku, la madre de Njeri, que había sido sacada de su vientre por una memsaab y se había ahorcado en la glorieta de otra. Mamá Gachiku, al igual que mamá Wachera, era viuda del legendario jefe Mathenge y llevaba consigo el machete kikuyu, llamado *panga*.

Al poco llegaron a un arroyo y, tras ayudarse unas a otras a dejar la carga en el suelo, se arrodillaron para beber. Refrescaron sus cabezas afeitadas con el agua del arroyo y luego volvieron a ponerse las *kangas* a modo de turbante. Mamá Gachiku y la mujer joven compartieron un boniato frío mientras Wanjiru daba el pecho a los dos pequeños.

Volvieron a echarse las cargas a la espalda y siguieron subiendo la suave ladera de la montaña, sin hablar, concentrándose en su destino. Aparecieron más mujeres en el sendero hasta alcanzar el número de doce cuando se adentraron en la selva espesa.

Siguieron a Wanjiru, que había pasado muchas veces por allí en sus misiones secretas, llevando comida y armas de fuego a los guerrilleros que se escondían en la selva. Al llegar a una cascada, mamá Gachiku cortó una hoja de arrurruz, la dobló y, tras llenarla de agua, la hizo circular entre sus compañeras.

Después prosiguieron su camino, silenciosas y decididas, cada una de ellas impulsada por una visión. Mamá Gachiku veía el cuerpo de su pobre hija colgada de una viga en el claro de los eucaliptos: Njeri, hechizada por las costumbres del hombre blanco y empujada a una muerte vergonzosa e infamante. Nduta veía el rostro de su esposo, tundido a palos por miembros de la reserva de policía de Kenia.



A Njambi y a Muthoni las impulsaba el recuerdo del asesinato de su padre a manos de unos chicos blancos. Y Nyakio, la más joven de todas, avanzaba empujada por el recuerdo de su brutal violación por cuatro soldados británicos borrachos. Las doce mujeres habían recibido el juramento de Wanjiru; todas habían jurado renunciar a su vida de antaño para combatir por la libertad. Todas se habían comprometido por su honor a luchar hasta que el último hombre blanco se marchase de Kenia y, si era necesario, a morir en el empeño. Todas sabían que el juramento, una vez prestado, las ataba en cuerpo y espíritu a su palabra. Si alguna de ellas traicionaba el juramento, si alguna daba información a las autoridades sobre el campamento secreto de la selva, si alguna desobedecía las órdenes de la mariscal de campo, sufriría una muerte terrible.

A medida que el día fue haciéndose frío y oscuro y la selva se llenó de sombras y formas, las mujeres se acercaron más unas a otras y siguieron el turbante rojo de Wanjiru como si fuese un faro.

Finalmente, antes de que la luz desapareciese por completo de la selva, Wanjiru hizo que el grupo se detuviese a los pies de una higuera vieja, inmensa. Sin decir nada, dejó la carga y los niños en el suelo, ayudó a las demás a hacer lo mismo y luego se arrodilló a los pies del árbol.

Las otras la imitaron y se arrodillaron formando un círculo, apretando la frente contra el tronco de la higuera, y entonaron una plegaria a Ngai, el dios de sus antepasados. Después Wanjiru se sentó en el suelo, recogió un puñado de tierra negra y rica, clavó los ojos en ella y dijo:

—La tierra es nuestra.

Sus compañeras hicieron lo propio hasta que las doce se encontraron recitando en voz baja:

—La tierra es nuestra. La tierra es nuestra.

Finalmente, antes de que el manto de la noche cayera sobre la selva, Wanjiru se metió un poco de tierra en la boca y la masticó solemnemente. Sus hermanas en la guerra hicieron lo mismo. Comieron la tierra, renovando su juramento, y juraron una vez más que la tierra era suya.



CAPÍTULO 46

Cuando descubrieron el letrero, a Mona no le sorprendió ver que decía BIENVENIDOS A NAIROBI, CIUDAD AL SOL.

Las trescientas personas que asistían a la ceremonia en ese paraje tranquilo situado en los límites del parque natural de Nairobi, de pie en la sombra o sentadas en sillas plegables, aplaudieron y elogiaron el ingenio de Geoffrey Donald. Sin duda el eslogan mejoraba la imagen internacional de su ciudad, según declararon todas, lo cual era especialmente necesario en vista de que la prensa extranjera mostraba mucho interés por el asunto del mau-mau. La nueva imagen mejoraría los negocios con las agencias turísticas del extranjero.

Mona miró disimuladamente su reloj. No le gustaban esos rituales organizados, pero sabía que cumplían un fin necesario en la perturbada colonia. Entre otras cosas, participar en ceremonias de esta clase durante unos momentos de confusión creaba una sensación de unidad y estabilidad entre los colonos blancos. Además, los actos de esa índole tenían por objeto demostrar que, de hecho, en Kenia las relaciones raciales eran buenas a pesar del mau-mau, y que la mayoría de los africanos eran personas obedientes que respetaban las leyes. Casi la mitad de los asistentes a la ceremonia eran «nativos» y se encontraban sentados en el suelo o apoyados en bastones, escuchando el discurso de Geoffrey Donald. Había entre ellos varios jefes prominentes, orgullosos ancianos kikuyu que vestían la mezcla característica de indumentaria occidental y africana. Uno de ellos era el anciano y majestuoso Irungu, el jefe poderoso e influyente que había convencido a su pueblo para que asistiese al acto y demostrara así sus buenos sentimientos para con los blancos. Irungu vestía pantalones cortos de color caqui, un mantel a cuadros sobre los hombros y calzaba sandalias confeccionadas con neumáticos de automóvil. Llevaba las tradicionales clavijas en los lóbulos de las orejas; una bolsa de tabaco le colgaba del cuello, junto con una cajita de rapé. Llevaba relojes en ambos brazos y estaba sentado al lado del gobernador suplente, que vestía un sobrio traje azul marino y una corbata de Eton. El mau-mau parecía ser lo más alejado del pensamiento de estos dignos líderes.

Mona volvió a consultar el reloj, sin prestar atención al discurso de Geoffrey, y buscó con los ojos a David en los bordes de la multitud. Pero sólo vio soldados británicos con sus metralletas formando un círculo grande y protector en torno al público. Se temía que los actos en que europeos y africanos leales se reunían fuesen el principal blanco del mau-mau, aunque de momento, en los cinco meses transcurridos



desde que se declarase el estado de excepción, no se había producido ninguno de los temidos atentados.

Era mediodía y Mona se preguntó dónde estaría David. Le hubiera gustado no tener que asistir a esos actos, pero como era una Treverton y como los blancos de Kenia estaban muy apegados a sus preciosas tradiciones, no tenía más remedio que hacer acto de presencia. Años antes sus padres habían satisfecho el anhelo de aristocracia de los colonos. Ahora el papel les correspondía a Mona y a Grace. Detestaba que la llamasen «lady Mona», pero a las esposas de los agricultores les gustaba hacerlo. Aún más, en un día tan caluroso como éste, con vientos secos que barrían las calles, Mona detestaba el vestido de gabardina azul que tenía que llevar, con su chaqueta ceñida, como dictaba la moda, sus mangas estrechas, la cintura apretada y la falda amplia y acampanada. Por si fuera poca su incomodidad, llevaba guantes blancos y un bolso de plástico también blanco, y los pies embutidos en zapatos estrechos del mismo color. Ansiaba el momento de llegar a casa y ponerse algo más cómodo.

Notó el nerviosismo de los que la rodeaban. Una tos aquí, un gesto para ahuyentar las moscas allí y numerosos abanicos improvisados tratando de refrescar rostros acalorados. Las lluvias de noviembre no habían llegado; tampoco las de febrero. Y ahora, en marzo, no había el menor indicio de lluvia inminente. Mientras pensaba en sus cafetos secándose bajo el sol ardiente, Mona decidió que no era el momento apropiado para que Geoffrey demostrase su talento para pronunciar discursos largos. Los ingresos que proporcionaría el turismo eran el tema principal de su poco inspirado discurso y, al parecer, se proponía obtener tales ingresos para la colonia sin ayuda de nadie, organizando safaris para turistas de clase media.

Mona cerró los oídos al zumbido nasal de la voz de Geoffrey y se puso a pensar en David.

Había subido en coche con ella a Nairobi por la mañana, viaje que ahora duraba sólo tres horas gracias a la nueva carretera asfaltada de Nyeri. Sólo habían tenido que pararse dos veces por reventones y otra para que el radiador se enfriase. Luego había dejado que David se llevase el Mercedes mientras asistía a la ceremonia con Geoffrey e Ilse.

David quería usar el Mercedes para buscar a su esposa. Como era extraño ver a un africano conduciendo un automóvil tan lujoso y forzosamente le harían detenerse para interrogarle, Mona le había dado una carta de permiso. Pero ya debería haber vuelto y Mona esperaba que no le hubiese ocurrido nada malo. Era bien sabido que algunos miembros de la guardia nacional, ex soldados africanos que se habían ofrecido voluntariamente para luchar contra el mau-mau y que abusaban de sus privilegios policíacos temporales con arrogancia y métodos propios de la Gestapo, pegaban primero e interrogaban después. Mona procuró tranquilizarse pensando que David sabría cuidar de sí mismo.



A pesar de todo, estaba preocupada. De hecho, empezaba a sentirse cada vez más preocupada por David. Los incidentes relacionados con el mau-mau iban en aumento. En vez de «pasar» como Geoffrey predijera en octubre, la campaña terrorista había ido a más y la mayoría de las víctimas eran leales, es decir, africanos que trabajaban por cuenta de europeos o eran amigos de éstos.

David había subido a Nairobi para buscar a Wanjiru, que unos días antes había desaparecido misteriosamente con los dos pequeños.

Desde la declaración del estado de excepción las carreteras de Kenia eran testigo de un insólito e inexplicable movimiento de mujeres y niños en masa. Mona los había visto caminar trabajosamente por los senderos polvorientos que bordeaban su plantación, mujeres silenciosas que transportaban cargas sobre la espalda y niños aferrados a sus faldas. Todo el mundo se preguntaba adonde irían, qué había puesto en marcha tan extraño éxodo. Y la gente sacaba la conclusión de que «se estaba cocinando algo». El caso era que miles de mujeres llegaban a Nairobi, la mayoría de ellas asustadas por el mau-mau y con la esperanza de reunirse con sus esposos en la ciudad. David había ido allí con la tenue esperanza de que Wanjiru se hubiese unido al éxodo y él pudiera encontrarla.

Cuando los espectadores se rieron con uno de los chistes de Geoffrey, Mona salió de su ensimismamiento. De pronto se percató de que se había pasado la mañana pensando en David. Otra vez.

No sabía con precisión cuándo había empezado David Mathenge a introducirse en sus pensamientos, apareciendo sin ser llamado, ya fuera encarnado por su sonrisa resplandeciente o por el recuerdo de algo que había dicho. A veces Mona estaba leyendo un libro o poniendo unas flores en un jarrón cuando se daba cuenta de que pensaba en él. Después de pensarlo detenidamente, se dijo que había empezado mucho tiempo antes.

Al rebuscar en su memoria, encontró en ella a David desde su infancia. De niña le había mirado con malos ojos debido a la atención que su madre prestaba a la hermana de David; en la adolescencia lo había visto convertirse en un arrogante agitador político; luego le había echado la culpa de la muerte de su hermano; y finalmente había oído hablar del heroísmo de David en Palestina y de la Cruz Victoria que le habían dado. David había asistido al juicio de su madre todos los días y luego había aceptado el empleo de encargado de la plantación, donde ya llevaba trabajando siete años. Para Mona fue una gran sorpresa ver hasta qué punto el hijo de Wachera había formado parte de su vida; de hecho, no había habido en su vida ninguna época en la que no pensara un poco en David Mathenge.

Pero ahora, con creciente desánimo, empezaba a darse cuenta de que los pensamientos se estaban convirtiendo en sentimientos. Y, al reflexionar un poco, se percató de que también los sentimientos anidaban en ella desde hacía mucho tiempo.



Un par de jirafas que pacían cerca de un espino de copa plana hicieron una pausa para mirar a la multitud. Mona las observó mientras permanecían quietas, los cuerpos altos y desgarbados recortándose sobre un fondo de llanuras amarillas que se extendían hacia las lejanas colinas de color lavándula; luego los dos animales se volvieron y continuaron su camino, indiferentes, al parecer, a la presencia humana. Mona pensó que tal vez las dos jirafas no habían aprendido a temer a los seres humanos porque vivían en una reserva protegida. Cazar animales estaba prohibido en esa región gracias a Grace Treverton y su incesante campaña a favor de la conservación de la fauna keniana. Era por regiones parecidas por donde Geoffrey Donald llevaba a sus turistas, garantizándoles que tendrían buenas oportunidades de fotografiar leones, jirafas, elefantes y cebras.

Mona volvió a prestar atención a la carretera y notó que su preocupación iba en aumento. David tardaba mucho.

* * *

Conducía despacio, previendo el siguiente control, el siguiente interrogatorio por parte de guardias nacionales semieducados y fanfarrones que disfrutaban avasallando a hombres como él.

David apretó el volante hasta que los dedos se le clavaron en la palma de la mano. Se había pasado varias horas buscando inútilmente a Wanjiru.

Pero recordaba con horror lo que había encontrado.

Miles de mujeres sin hogar y sin esposo vivían en los barrios africanos de Kariokor, Bahati y Shauri Moyo Locations, hacinadas en pisos de una sola habitación que carecían de instalaciones sanitarias y cocina, conformándose con el agua que sacaban de los grifos comunitarios que había en las calles, viviendo en condiciones miserables porque habían abandonado sus granjas, donde se sentían vulnerables a los ataques del mau-mau, por la seguridad imaginaria de la ciudad. Durante su búsqueda David había averiguado lo que la mayoría de aquellas mujeres hacía para ir tirando: conceder sus favores sexuales a los hombres a cambio de protección. Al declararse el estado de excepción, se había creado un sistema de pases cuyo objetivo era ayudar a las autoridades a controlar los movimientos de la gente e identificar y capturar a los rebeldes. Todas las personas residentes en Nairobi estaban obligadas a tener una cartilla de pases, y los requisitos para obtenerla eran la prueba de que se tenía un empleo, en el caso de los hombres, o de que alguien la mantenía en el de las mujeres. A cualquier mujer que no pudiera presentar un marido o un hombre responsable de ella, como, por ejemplo, un hermano o el padre, se la calificaba de prostituta, y era detenida y deportada a su poblado, donde ya no tenía ningún hogar. Como ninguna quería que la obligasen a volver a la *shamba*, las mujeres se escondían o vivían con el temor de que las encontrasen o recurrieran a algún modo de obtener «maridos».



Escandalizado ante la suciedad, el olor, la desgraciada existencia de aquellas mujeres desprotegidas y abandonadas, David había buscado en todos los bloques y a cada expresión temerosa u hosca que encontraba pedía a Dios que su esposa y sus hijos no estuviesen allí.

Y ahora circulaba por la carretera que salía de la ciudad e iba a reunirse con Mona en el lugar donde Geoffrey Donald había instalado su nuevo letrero.

Mientras encauzaba su ira y su frustración hacia el hombre al que odiaba, David se preguntó si era el momento de escribir eslóganes para atraer turistas. Cuando Jomo Kenyatta, hombre al que David consideraba inocente y pacífico, era sometido a un proceso injusto y a una cruel detención, cuando veinte mil niños africanos no podían ir a la escuela porque los británicos habían cerrado las escuelas independientes de los kikuyu, cuando la gente era asesinada en sus chozas, cuando las mujeres se veían aterrorizadas y violadas por miembros indisciplinados de la guardia nacional y se entregaban a desconocidos a cambio de protección, cuando unos kikuyu mataban a otros kikuyu y toda Kenia se venía abajo y se deshonoraba ante los ojos del mundo... ¿era un momento apropiado para soltar discursos y descubrir letreros?

«¡Dios mío! -pensó David-. Este hombre debe de ser tan estúpido como su cara».

Pero David sabía que Geoffrey Donald no era estúpido; al contrario, era muy listo y, por consiguiente, había que vigilarle con mucha atención. Ésa era una de las razones por las cuales David odiaba a Geoffrey. Otra era su estrecha amistad con Mona. David había observado que Geoffrey intentaba dirigir la vida de Mona, que andaba siempre dándole consejos innecesarios o criticando su forma de hacer las cosas. Y, por motivos que escapaban a la comprensión de David, Mona se lo consentía. Tampoco le gustaba a David que Geoffrey estuviera siempre en Bellatu y pasara más tiempo con Mona que con su propia esposa. Pero lo que más disgustaba a David era la forma en que a veces Geoffrey Donald miraba a Mona.

Recordó que en otro tiempo Geoffrey y Mona montaban a caballo en el campo de polo. Recordó la vez en que Mona se había caído del caballo y Geoffrey la había besado al ayudarla a levantarse.

David apretó el volante con más fuerza.

Bastantes soldados africanos que habían estado en el extranjero durante la guerra habían tenido relaciones íntimas con mujeres blancas, principalmente con prostitutas, pero también con mujeres europeas que sentían curiosidad por los africanos y no habían crecido con los prejuicios raciales que albergaban la mayoría de las mujeres blancas de Kenia. Aquellos soldados se habían jactado mucho y en sus cuarteles segregados decían a sus camaradas que las mujeres europeas respondían más y eran más fáciles de satisfacer que las africanas, porque no les habían hecho la operación de la *irua*. Más aún, las europeas apreciaban las habilidades amatorias del guerrero africano.



Todo ello había dado asco a David, cuyo corazón y cuerpo ardían por Wanjiru. Y, terminada la guerra, había criticado a los hombres que volvían con una esposa europea, diciendo que era un insulto a sus hermanas africanas.

Al divisar por fin la multitud junto a la carretera, David aflojó la marcha hasta que el automóvil se detuvo. Buscó a Mona entre el gentío y vio con enfado que había una división clara entre los africanos y los blancos, pues aquéllos se encontraban sentados en el suelo, bajo el sol ardiente, y éstos estaban sentados en sillas instaladas en la sombra. Le habían dicho que después de la ceremonia servirían un refrigerio en el hotel Norfolk: los blancos en el frescor del elegante comedor, los «nativos» en el jardín.

«A eso llamo yo integración racial», pensó con amargura.

Vio a Mona sentada cerca de la tarima y mientras la contemplaba volvió a pensar en aquella lejana mañana, hacía dieciséis años, en que la había visto montar a caballo con Geoffrey en el campo de polo. Se los imaginó de nuevo: abrazados, las bocas juntas. Los hombres kikuyu que habían descubierto el beso, debido a sus contactos con europeas, declaraban que era el mejor don que la civilización había hecho al África.

Vio que Mona le buscaba discretamente entre la multitud. Cuando sus ojos se cruzaron, una sonrisa iluminó fugazmente la boca de la muchacha y a David le pareció ver una expresión de alivio en su rostro, como si hasta ese momento hubiera estado preocupada por él.

Maldijo lo que sentía por Mona; le parecía una traición a su pueblo.

Mientras escuchaba los aplausos que señalaban el final del soso discurso de Geoffrey Donald, intentó una vez más analizar y comprender, y por ende encontrar, la forma de librarse del creciente deseo que sentía por Mona Treverton.

Como hombre pensante y educado, David Mathenge creía que todas las dificultades podían vencerse y resolverse por medio de un proceso racional, consciente. Hablaba de ello en los mítines de la Unión Africana de Kenia, instando a sus camaradas a no recurrir al terrorismo, explicándoles que en Palestina había visto con sus propios ojos que el terrorismo sólo servía para provocar represalias y que el resultado era una guerra interminable.

—Necesitamos el respeto de todas las naciones del mundo —decía repetidamente—. Si queremos ser independientes, gobernarnos a nosotros mismos como otros países, debemos ser hombres honorables. Los mau-mau no lo son. No quiero una *uhuru* alcanzada por estos medios. El mau-mau no debe vencer.

David creía que era el único modo de librar a Kenia de un mal indeseable. Por lo tanto, deseaba liberarse de la misma forma de sus sentimientos indeseables por Mona.



¿Cuándo había nacido el deseo? David no lo sabía. Posiblemente el nacimiento de esta segunda e indeseable hambre había ocurrido al morir su amor por Wanjiru, hacía ahora seis años, cuando Wanjiru, con su voz cortante, sus palabras mordaces, su desprecio indisimulado por su creencia en la revolución pacífica, había matado el amor que anidaba en su corazón. Quizás al desaparecer de su corazón el deseo y el afecto por su esposa, dejándolo frío y necesitado, había quedado en una situación vulnerable. Pero, ¿por qué Mona Treverton? ¿Por qué una mujer que, de hecho, era su enemiga? ¿Por qué sus afectos no se habían decantado por alguna de las numerosas mujeres sin esposo que había en el poblado, todas las cuales se habrían mostrado ansiosas de complacerle, sin contar que no eran pocas las mujeres jóvenes y bonitas que había entre ellas? ¿Por qué esa mujer blanca que era demasiado pálida y flaca según los cánones de belleza africanos, a la que en otro tiempo había odiado y que llevaba una vida distinta de la suya y no conocía ni comprendía de verdad la forma de vida de los kikuyu?

«Yo podría enseñársela», susurró su corazón traicionero.

Sin embargo, la cosa no era tan sencilla. Había obstáculos insuperables entre él y la escandalosa fantasía que albergaba en su cerebro.

Los kikuyu que se casaban con mujeres blancas eran expulsados de la tribu y desheredados, pues era tabú que un kikuyu yaciese con una mujer no circuncidada. La vergüenza caía sobre el hombre y su familia; el nombre de su padre y sus antepasados se hundía en la deshonra. David sabía que su madre quedaría anonadada si sospechaba lo que sentía por la mujer blanca: más aún, cien veces más, porque esa mujer blanca en concreto pertenecía a la familia que su madre maldijera en la víspera de Navidad casi treinta y cuatro años antes.

David golpeó el volante. ¡Todo era tan complicado! Respetaba, temía y creía en la *thahu* de su madre. Creía que Mona estaba verdaderamente condenada como antes lo estuvieran su hermano y sus padres. Quería salvar a Mona de la maldición de su madre. Pero desafiar a Wachera sería deshonorarse y ultrajar a sus antepasados. No sería entonces mejor que los mau-mau y, por lo tanto, no sería un hombre digno de vivir.

Pero había un obstáculo todavía mayor entre él y su locura: los sentimientos de Mona por él.

Al contratarlo para que llevara su plantación, Mona le había pedido perdón por haberle tratado cruelmente cuando eran niños. Su voz había sido tan sincera, su sonrisa tan cálida, y le había ofrecido la mano -gesto que, de haber habido testigos, habría significado la cárcel para un africano-, que la enemistad que inspiraba en David, sus planes de venganza, habían recibido una fuerte sacudida. En los siete años transcurridos desde entonces, Mona lo había tratado como a un amigo, de igual a igual. Eran poquísimas las ocasiones en que él se daba cuenta de que pertenecían a razas diferentes.



«Pero, sin duda -se dijo a sí mismo mientras veía cómo el público se dispersaba al terminar el discurso de Geoffrey-, sin duda eso era lo único que representaba para Mona: ¡un amigo!»

Finalmente, había que tener en cuenta la barrera racial. Era lo que hacía que su loco deseo por ella fuese ridículo y lo que le convencía de que ella le vería siempre como a un amigo, nada más: el hecho de que, sencillamente, los africanos se dispersaban poco a poco y empezaban la tantísima barrera.

David puso el motor en marcha y se acercó un poco más. Aparcó el vehículo, se apeó y esperó que Mona acabara de hablar con Geoffrey. Entre los blancos había muchos apretones de mano y frases de enhorabuena mientras los africanos se dispersaban poco a poco y empezaban la larga y calurosa caminata hacia el Norfolk en busca de los refrescos gratuitos.

Geoffrey acompañó a Mona hasta el coche, la mano en el brazo, riéndose los dos. Al ver a David, Geoffrey, sin bajar la voz, dijo:

—De veras, Mona, ¿no te parece bastante irregular que ese criado tuyo conduzca tu coche?

Mona se detuvo y apartó el brazo.

—Preferiría que no hubieses dicho eso, Geoff. Y te agradeceré que no vuelvas a decir nada por el estilo en mi presencia.

Geoffrey la miró mientras se iba; en su rostro había una expresión fría y resentida.

—Lo siento, David —dijo Mona—. Lamento que lo hayas oído.

—Tiene derecho a sus opiniones, mientras yo lo tenga a las mías.

Mona sonrió. Luego, recordando el motivo por el que David había necesitado el coche, le preguntó qué tal le había ido en Nairobi.

David miró más allá de la muchacha, hacia las llanuras. Mona volvía a llevar el perfume de lavándula.

—Mal. No he encontrado ni rastro de Wanjiru ni a nadie que pudiera darme información. Ahora me temo que no está en Nairobi.

David no quería recuperar a su esposa, ya que ella se había divorciado de él y era libre de irse; pero los niños eran suyos y era a ellos, a Christopher y a Hannah, a quienes buscaba.

Iba a decir algo más cuando de repente un gran rugido llenó el cielo. Todo el mundo alzó los ojos y vio cuatro cazas a reacción neozelandesas que cruzaban el azul del firmamento. Iban camino de la selva de Aberdare, en el norte.

—¡Así aprenderán que vamos en serio! —dijo alguien—. ¡Eso dará un susto mortal a esos cabrones del mau-mau!



Un coche de la policía apareció en la carretera. Iba a gran velocidad y no aflojó la marcha hasta encontrarse cerca del gobernador suplente. Antes de que el vehículo se detuviera, un policía blanco con uniforme caqui se apeó de un salto y corrió hacia el gobernador suplente con un papel en la mano. Todo el mundo observó al dignatario mientras leía el despacho. Al soltar una exclamación, Geoffrey tomó el papel y lo leyó.

— ¿Qué dice? — preguntó Mona.

— ¡Ha habido una matanza en el poblado de Lari! ¡Los mau-mau cerraron las chozas y prendieron fuego a las techumbres! ¡Ciento setenta y dos personas perecieron abrasadas o muertas a cuchilladas con *pangas* al tratar de huir!

— ¿Cuándo?

— Esta mañana. Nadie conoce la identidad de los atacantes...

Geoffrey miró a David.



CAPÍTULO 47

El 14 de junio de 1953 cuatro mujeres africanas entraron en el comedor del muy lujoso y elegante hotel Reina Victoria de la avenida de Lord Treverton y se sentaron a una mesa en la que había un mantel de lino irlandés, platos de porcelana y cubiertos de plata.

Los blancos que se encontraban en el comedor enmudecieron a causa del asombro mientras las cuatro mujeres hacían tranquilamente sus encargos al escandalizado camarero africano. Las mujeres, que llevaban vestidos de algodón estampado y turbantes *kanga*, pidieron *irio* y *posho*, platos tradicionales de Kenia que, por supuesto, no se servían en el Reina Victoria.

Al reponerse de su asombro y darse cuenta de lo que pasaba, los indignados clientes blancos abandonaron el comedor. Pocos minutos después llegó la policía. Las dos mujeres se resistieron ferozmente, lo que provocó la rotura de mucha porcelana y cristal, jarrones de flores y el carrito de los postres. Tres fueron detenidas, pero la cuarta logró escapar corriendo a través de la cocina, con su bebé rebotando en la espalda. Antes de desaparecer por el callejón y perderse entre las callejas tortuosas de los populosos barrios africanos de Nairobi, la mujer se volvió y arrojó una piedra por una de las ventanas del Reina Victoria. Atada a la piedra había una nota que decía «La tierra es nuestra» e iba firmada por la «mariscal de campo Wanjiru Mathenge».

* * *

—¡James, ya te lo he dicho y hablo en serio! ¡No llevaré armas! —Grace devolvió el revólver a James y se apartó de él.

—¡Maldita sea, Grace! ¡Haz el favor de escucharme! ¡La situación es desesperada! Todas las misiones sufren ataques. Ya sabes lo que le pasó a la misión escocesa la semana pasada.

En la boca de Grace se pintó una expresión de tozudez. Sí, se lo habían contado, se había puesto mala y no había dormido desde entonces. ¡Lo que los terroristas del mau-mau les habían hecho a aquellas pobres personas inocentes! Era aún peor que la matanza de Lari en marzo. ¡Y el ataque contra la misión escocesa había tenido lugar a plena luz del día! Los mau-mau eran cada vez más atrevidos y sus tácticas, más repugnantes.



A juicio de Grace, el gobierno había cometido un grave error al declarar culpable a Jomo Kenyatta y condenarle a siete años de trabajos forzados. Para empezar, no deberían haberle detenido, ya que no había ninguna prueba de que fuese la fuerza detrás del mau-mau. Y en lugar de poner fin al movimiento a favor de la «libertad», el trato injusto dispensado a Kenyatta sólo había servido para avivar las llamas. Cada día huían a las selvas miles de jóvenes sin empleo y disolutos que no tenían ninguna razón para vivir y sólo querían matar y robar.

Las principales actividades del mau-mau se desarrollaban en la región de los alrededores de Bellatu y la misión de Grace. La RAF bombardeaba constante y sistemáticamente las selvas de los Aberdare; se veían soldados británicos en gran número que colocaban controles en las carreteras e interrogaban a todo el mundo; el gobierno se había hecho cargo de todos los teléfonos, se controlaban todas las conversaciones y sólo se permitía hablar en inglés.

El mau-mau estaba en auge, no sólo en lo referente al número de guerrilleros que luchaban en la selva, sino también al de simpatizantes entre los kikuyu en general. A los niños africanos les enseñaban a cantar himnos sustituyendo la palabra «Dios» por «Jomo»; sirvientes que antes eran leales y de confianza ahora se transformaban, de buen grado o a la fuerza, en agentes del mau-mau; a los colonos blancos les pedían que se encerrasen en casa a las seis de la tarde, dejando fuera al servicio, y que no volvieran a permitirle la entrada hasta la mañana siguiente. En general, nadie sabía en quién podía confiar, de quién debía sospechar.

Y las atrocidades iban en aumento, por ambos bandos. Cada día moría asesinado algún capataz leal; las misiones eran atacadas; el ganado de los colonos, mutilado; los hombres de la guardia nacional torturaban a los sospechosos quemándoles los tímpanos con cigarrillos. La ceremonia de prestación de juramento, que en otro tiempo había sido descrita por los periódicos, se hacía cada vez más salvaje y obscena -ahora utilizaban niños, y animales-, por lo que ya no podían publicarse descripciones de la misma.

El mundo entero parecía haberse vuelto loco.

—Te pido que lo hagas por mí, Grace —dijo James, siguiéndola a la sala de estar—. No descansaré hasta que sepa que estás protegida.

—Si llevo un revólver, James, quiere decir que tengo intención de matar a alguien. Y no quiero matar a nadie, James.

—¿Ni siquiera en defensa propia?

—Puedo cuidar de mí misma.

Exasperado, James enfundó el revólver y lo dejó sobre la mesa. Todos los colonos de la provincia, absolutamente todos, iban armados excepto esa mujer testaruda, obstinada. A sus sesenta y cuatro años Grace seguía comportándose con la decisión de antaño, con aquella voluntad recia y animosa que era una de las razones por las



cuales James se había enamorado de ella. Pero ahora tenía el pelo gris y usaba gafas. ¡A ojos del mau-mau, era una mujer blanca frágil e indefensa!

Mario entró en la sala, un poco encorvado y con el pelo totalmente canoso después de tantos años con la memsaab Daktari. Llevaba una bandeja con el té y los emparedados y se disponía a dejarla sobre la mesa cuando vio el arma.

—Malos tiempos corren, bwana —dijo con tristeza—. Muy malos.

—Mario —dijo James, apartando el arma para que pudiese dejar la bandeja—, sospechamos que en esta zona hay alguien que obliga a los demás a prestar juramento. ¿Tú sabes algo?

—No, bwana. Yo no creo en los juramentos. Yo soy un buen hombre cristiano.

«Sí», pensó James sombríamente. Y otro blanco de primera para el mau-mau. ¿Era ésa la defensa de Grace? ¿Un criado envejecido cuya devoción a su señora blanca podía significar su propia sentencia de muerte?

—Memsaab —dijo Mario—. Daktari Nathan dice que necesitará que usted le ayude en el quirófano esta tarde. Hay que hacer otros doce chicos.

—Gracias, Mario. Dile que allí estaré —Grace se sentó al lado de la radio—. Pobre doctor Nathan. Ahora hace veinte circuncisiones diarias. Y tengo entendido que los hospitales de Nairobi están repletos de casos.

Todo se debía a que los hechiceros, que eran los encargados de circuncidar a los jóvenes de la tribu, habían sido detenidos y encarcelados porque se sospechaba que pertenecían al mau-mau. Los padres kikuyu, deseando vivamente conservar la tradición recurrían a los hospitales, donde los cirujanos llevaban a cabo la operación en condiciones menos que tradicionales. Sólo a las chicas las seguían circuncidando al modo antiguo; la operación la efectuaba mamá Wachera.

Grace puso la radio. Al escuchar los compases de la canción que estaban *tocando*, musitó:

—Ahora todo es norteamericano.

Cambió de emisora. El noticiario de la radio de Nairobi habló primero de acontecimientos internacionales -en los Estados Unidos, los Rosenberg, acusados de espionaje, habían sido ejecutados; la URSS había hecho estallar su primera bomba de hidrógeno- y luego se oyó la voz del general Erskine, el nuevo jefe del mando del África Oriental.

Primero anunció que el gobierno había prohibido la Unión Africana de Kenia e impuesto restricciones a la formación de cualquier grupo político africano. Luego dijo:

«Por propia y amarga experiencia, del mau-mau saben ustedes más que yo. Lo único que sé es que este credo malévolos ha hecho que se cometieran crímenes del mayor salvajismo y violencia y que es preciso restaurar sin demora el respeto a la ley



y el orden. El Ministerio de la Guerra me ha enviado y pondré manos a la obra inmediatamente. No me daré por satisfecho hasta que todos los ciudadanos leales de Kenia puedan hacer su trabajo sin correr ningún peligro».

* * *

Después de las noticias James y Grace salieron de la casa y echaron a andar por uno de los senderos asfaltados que cruzaban las doce hectáreas de la Misión Grace. Habían elegido este sitio por considerarlo el mejor para los mítines de urgencia de los colonos. La misión se encontraba en un Jugar de fácil acceso desde la mayoría de las granjas y una de las aulas tenía cabida para la multitud que asistía siempre a los mítines. Al llegar, encontraron a Tim Hopkins subido a una caja enfrente del encerado y pidiendo atención.

En el aula hacía un calor tremendo, pese a que todas las ventanas estaban abiertas. Casi un centenar de colonos furiosos y asustados, con la pistola enfundada en la cadera y el rifle en las manos, sudaban a causa de la elevada temperatura que oprimía ininterrumpidamente a la colonia desde marzo. La tensión que había en el aire era debida a algo más que al mau-mau: debido a la sequía pertinaz se preveía que iba a malograrse el noventa y cinco por ciento de las cosechas.

—¡Un poco de silencio, por favor! —les gritaba Tim en vano.

Todos parecían hablar a la vez. Hugo Kempler, un ranchero de Nanyuki, hablaba con Alice Hopkins de las treinta y dos vacas que los mau-mau le habían envenenado.

—Al hacerles la autopsia, se encontraron con arsénico en el maíz.

Por su parte, Alice le contó que todos sus trabajadores habían desaparecido.

—Los sesenta sin excepción. Se fueron todos en una sola noche. Ocurrió la semana pasada y no ha vuelto ni uno de ellos. No tengo a nadie para la recolección del sisal y el piretro. Si no encuentro braceros pronto, toda mi plantación se irá al cuerno.

Finalmente, al ver que no conseguía hacerse oír, Tim desenfundó su pistola y disparó al aire. Inmediatamente se hizo el silencio.

—¡Ahora escuchadme! —gritó Tim, frotándose la cara sudorosa con un pañuelo—. ¡Tenemos que hacer algo! ¡En esta región hay alguien que obliga a los demás a prestar juramento! ¡Tenemos que encontrarle! ¡Y pronto!

De la multitud surgieron murmullos de aprobación. La señora Langley, que había llegado a Kenia con su marido en 1947, a raíz de la independencia de la India, se levantó con su vestido de algodón estampado y su pistolera y dijo:

—Hemos tratado de hablar con nuestros hombres, pero no llegamos a ninguna parte. Probamos con sobornos y amenazas, pero sencillamente se niegan a hablar.

Algunos asintieron con la cabeza y se oyeron murmullos. Todos sabían que era imposible hacer que un kikuyu hablase del mau-mau. Aunque muchos africanos eran simpatizantes, también había muchos que no lo eran, pero el miedo los hacía



callar. El mes pasado, sin ir más lejos, un hombre había declarado ante un tribunal especial de Nairobi y luego cuatro hombres le habían obligado a subir a un coche y no se lo había vuelto a ver. Incluso los que prestaban testimonio al ser interrogados por la policía y firmaban una declaración, luego no se presentaban ante el tribunal y había pocas probabilidades de que volviera a saberse de ellos.

El señor Langley se encontraba de pie al lado de su esposa. Era un hombre bajito y curtido por la intemperie y se había ido de la India porque, al igual que otros cientos de hombres que habían llegado a Kenia en 1947, no quería vivir bajo el gobierno «nativo».

—Perdí a mi mejor capataz hace dos noches —dijo—. Le encerraron en su choza, con su mujer y sus dos hijos, y los quemaron vivos. Y luego envenenaron a todos mis perros —hizo una pausa. Tenía los ojos llenos de lágrimas—. No nos habían atacado hasta entonces. Estoy seguro de que fueron nuestros propios hombres. Nos habían sido fieles hasta que les obligaron a prestar juramento.

El miedo aparecía pintado en el rostro de todos los colonos. El poder del juramento, una vez prestado, era la mayor y la más insidiosa de las amenazas del mau-mau. Criados que llevaban años con una familia, que eran tratados como miembros de ella, podían convertirse en asesinos de la noche a la mañana. Aunque el juramento le fuese impuesto por la fuerza, una vez un kikuyu había comido carne de perro cruda y bebido la copa de sangre, no podía desobedecer una orden del mau-mau.

—Lo malo —dijo Tim— es que tenemos que encontrar una forma mejor de combatir a estos monstruos. ¿Cómo se puede luchar contra un enemigo que nunca da la cara? Todos sabemos cómo actúan los mau-mau. Viven en campamentos ocultos en la selva, las mujeres les suministran alimento, ropa y medicinas, y reciben información sobre los movimientos de las fuerzas de seguridad. Tienen una red de comunicaciones increíble. ¡Utilizan troncos huecos a guisa de buzones! La semana pasada lograron organizar un boicot contra los autobuses de Nairobi y han conseguido que los africanos no compren cigarrillos y cerveza europeos. ¡A los negros les impresiona mucho más el miedo al mau-mau que cualquier deseo de restaurar la ley y el orden!

De nuevo empezaron todos a hablar a la vez y Tim tuvo que disparar su pistola una vez más.

—¡Lo que tenemos que hacer —gritó— es averiguar quiénes obligan a prestar juramento! Ésa es nuestra prioridad. Luego tenemos que encontrar la red secreta, averiguar quién suministra armas de fuego y municiones al mau-mau. ¡Y una vez hecho esto, podremos cortar sus líneas de abastecimiento y el hambre les hará salir de la maldita selva!

Mona, que se encontraba en la parte trasera del aula con Geoffrey, miró fijamente a Tim Hopkins. Nunca lo había visto de esa manera. Tenía el rostro enrojecido y le



llameaban los ojos. Estaba a punto de reventar de furia y sed de sangre. Durante los últimos meses Tim se había transformado en lo que la gente llamaba «un cowboy de Kenia», un vigilante que se había nombrado a sí mismo como tal y actuaba con un contingente de jinetes, una especie de caballería de agricultores cuyo objetivo era prestar ayuda a las granjas aisladas. Los miembros de estas fuerzas privadas eran principalmente hijos de colonos, muchachos europeos que habían nacido en Kenia y que luchaban por conservar una tierra que ellos creían tan suya como de los africanos. A los jóvenes como Tim les molestaba oír la palabra «nativos» aplicada a las tribus negras y argüían que los blancos nacidos en Kenia eran tan «nativos» como los negros y tenían el mismo derecho a ser propietarios del país. Si bien algunos de esos «cowboys» actuaban impulsados por un propósito noble, y se comportaban civilizadamente, muchos de ellos eran tan sádicos y bárbaros como los mau-mau. Se sabía que detenían arbitrariamente a africanos y les propinaban tremendas palizas por cualquier motivo. Mona rezaba pidiendo que Tim no fuera como ellos.

—Lo que yo no comprendo —dijo la voz afable del padre Vittorio—, es por qué el gobierno sencillamente no les da lo que quieren.

—¿Y por qué debería dárselo? —preguntó el señor Kempler.

—Al fin y al cabo, los africanos no piden tanto, ¿verdad? Mejores salarios, sindicatos, libertad para cultivar café, la eliminación de la barrera racial... —contestó pacientemente el padre Vittorio.

—¡Si cedemos un poco ante los negros —gritó otro hombre—, lo querrán todo!

—Pero el mau-mau no tendría razón de ser si el gobierno diera a los africanos igualdad económica y política con nosotros.

—¿Por qué sencillamente no se lo damos todo, hacemos las maletas y nos largamos?

—¡Señores! —gritó Tim—. ¡Por favor! No nos peleemos entre nosotros. Tenemos que decidir lo que hay que hacer acerca del asunto de los juramentos.

Mona se estaba impacientando. Nadie decía nada nuevo, el calor era deplorable y la funda de la pistola pesaba demasiado y resultaba incómoda. Retrocedió unos pasos, acercándose a la puerta abierta, y recorrió con los ojos el recinto de la misión. Reinaba en él un silencio desacostumbrado.

Pensó en David, que estaría trabajando bajo el sol ardiente en alguna parte de la plantación, luchando por salvarle la cosecha. Pensó que debería estar con él.

Mona recordó su conversación de dos días antes, cuando habían hecho una pausa en el trabajo para sentarse bajo un árbol con un termo de limonada fría. David había hablado en voz baja, apenas más fuerte que el zumbido de las abejas a su alrededor:

—La violencia perjudica la causa africana. Es esencial que las soluciones de nuestros problemas se basen en la verdad y en la no violencia. Vi los resultados que el terrorismo tuvo para Palestina y veo los que sigue teniendo en el nuevo estado de



Israel. Dudo que dentro de treinta años hayan terminado las luchas entre árabes y judíos. Todos deberíamos seguir el magnífico ejemplo de Mahatma Gandhi.

»El mau-mau estaría acabado si Inglaterra concediese la libertad económica y política a los kenianos. Pero en vez de ello, ha metido la pata prohibiendo la Unión Africana de Kenia. Mi partido político no tenía nada que ver con el mau-mau. Nos reuníamos pacíficamente y tratábamos de resolver nuestras diferencias siguiendo los cauces legales. Pero el gobierno ha puesto a la Unión Africana de Kenia fuera de la ley, y eso fue un error tremendo.

David siempre le hablaba de esa manera: honradamente, directamente y con el propósito de que su postura quedase clara. A diferencia de Geoffrey, que le soltaba discursos, dándose aires de superioridad, como si ella fuese una niña. En aquella tarde bochornosa bajo el árbol, los dos a solas, lejos de ojos indiscretos, compartiendo la limonada, David había dicho:

—De esta última guerra ha nacido un mundo nuevo, Mona. Inglaterra ya no es dueña del mundo. Tiene que ver que África y Asia la rechazan. Una vez la gente recurre a ella, la violencia es imparable y al final el gobierno hará concesiones. Eso es sabido. Entonces, ¿por qué no las hace ahora mismo?

Se había vuelto de cara a ella, hablando con vehemencia:

—Durante los últimos cincuenta años la política británica ha obligado a los africanos a recurrir a la violencia con el fin de arrancar poco a poco unas migajas de libertad humana. Ahí tienes los ejemplos trágicos de Irlanda, Israel, Malaya y Chipre. ¡Me pregunto, Mona, cuándo aprenderá Inglaterra que la represión y la negación de la dignidad humana son una locura!

Se levantó una brisa cálida y Mona salió con la esperanza de encontrar alivio. El aire era pesado. Moscas y abejas llenaban el calor con sus zumbidos. Los tejados de cinc ondulado de los numerosos edificios de la misión brillaban bajo el sol y despedían olas de calor transparentes. El silencio era profundo. Parecía que el mundo estuviese dormido. La Misión Grace, que normalmente era centro de constante actividad, dormía bajo la tarde opresiva. Intrigada, reparó en que, de hecho, no se observaba el constante ir y venir de gente. Daba la impresión de que durante los últimos minutos hubiese desaparecido todo el mundo: las enfermeras, los pacientes, los doctores con sus batas blancas, las visitas que traían alimentos y flores.

Mientras dentro del aula James intentaba decirles a los asustados colonos que no perdiesen la cabeza, Mona vio que de pronto aparecía un coche en uno de los callejones asfaltados. Se acercaba a una velocidad tremenda y el conductor hacía sonar la bocina. Al ver que David se apeaba de un salto y corría hacia ella, Mona salió a su encuentro.

—¿Qué pasa, David?

Él le apretó el brazo.



— ¡Tienes que irte! ¡Ahora mismo!

— ¿Qué...?

David empezó a tirar de ella.

Los de dentro, al oír la bocina y el chirrido de los frenos, corrieron a asomarse por la puerta y las ventanas.

— ¡Corran! — les gritó David —. ¡Los mau-mau!

Y entonces se produjo el ataque.

Aparecieron de la nada, todos a la vez, rodeando el aula. Hombres con *pangas*, lanzas y fusiles surgieron de detrás de los matorrales y los árboles, el pelo largo retorcido hasta formar las temibles trenzas del mau-mau.

David echó a correr con Mona mientras a su alrededor empezaban a sonar tiros por todas partes. Antorchas encendidas surcaban el aire y caían dentro de las aulas tras romper los cristales. Del interior surgían chillidos.

Una piedra estuvo en un tris de estrellarse contra la cabeza de Mona. Las balas pasaban silbando cerca de sus oídos mientras corría con David, que le sujetaba la mano con fuerza. Llegaron a un pequeño cobertizo que hacía las veces de almacén. Mona dio un traspié y cayó. David la ayudó a levantarse y la atrajo hacia sí. Se abrazaron con fuerza detrás del refugio que les ofrecía el cobertizo. Oyeron los alaridos frenéticos de los hombres de la selva que sitiaban el aula. Tronaban las armas de fuego y los cristales saltaban en pedazos. Se oían gritos y chillidos. A lo lejos se oyó el quejido de la sirena de alarma.

Mona y David siguieron abrazados durante un momento. Luego él se apartó y dijo:

— ¡Vete a la choza de mi madre! ¡Allí estarás a salvo!

— No.

— ¡Mona, maldita sea! ¡Haz lo que te digo! ¡Vienen por nosotros! ¿No lo entiendes?

— ¡No te dejaré solo!

David sacó el revólver de la funda de Mona.

— Corre hasta el coche tan aprisa como puedas. Yo los tendré a raya con esto.

— ¡No!

Una lanza se estrelló en el tejado de cinc del cobertizo y una bala hizo explosión en la obra de albañilería cerca del brazo de la muchacha. David volvió a tomarla de la mano y salieron corriendo de detrás del cobertizo, refugiándose en un espeso seto. Mona contempló con ojos horrorizados la escena que se desarrollaba ante ella.

El aula ardía y el suelo ya estaba lleno de cadáveres de mau-mau y colonos. Vio que David alzaba el arma, apuntaba y hacía fuego. Un terrorista que se disponía a



arrojar una bomba incendiaria quedó paralizado, luego se desplomó. David volvió a disparar. Otro mau-mau cayó al suelo. Vio que Geoffrey y su padre estaban en las ventanas del aula, disparando a través de los cristales rotos contra la oleada de africanos. Una mujer -la señora Langley- salió corriendo y una lanza mau-mau le atravesó el estómago.

Parecía haber cientos de ellos, hombres feroces que blandían *pangas* y lanzas, vestidos de harapos, las caras con expresión enloquecida, sedientas de sangre. Mona vio que uno de ellos trataba de colarse en el aula por una de las ventanas de atrás.

—¡Allí! —gritó.

David hizo fuego y el hombre cayó muerto.

Seguían viniendo y caían cuando las balas de los colonos daban en el blanco. Pero también los mau-mau tenían armas de fuego y sus balas entraban por las ventanas y encontraban blancos dentro. Había llamas por doquier y el humo se elevaba hacia el cielo plácido. Dos hombres blancos salieron del aula, tambaleándose y tosiendo; ambos cayeron bajo los *pangas* de los mau-mau que les esperaban.

Mona vio que el señor Kempler caía de rodillas y era acuchillado por seis africanos.

El padre Vittorio salió agitando un trapo blanco. Alguien le arrojó una antorcha encendida y su sotana negra empezó a arder.

Mona oyó que el arma de David emitía un clic.

—Necesito más balas —dijo él, y Mona le miró fijamente.

—¡No tengo ninguna!

Un mau-mau les vio detrás del seto, soltó un alarido y varios de sus camaradas le siguieron. David y Mona se levantaron de un salto y corrieron en zigzag entre los edificios de la misión. Saltaron por encima de setos y doblaron esquinas a todo correr. Los mau-mau les seguían aullando como perros de caza, arrojando piedras y lanzas, disparando pistolas.

Ante ellos apareció la entrada de la misión, una verja ancha y arqueada, de hierro forjado. Más allá se extendía el campo de polo, cubierto de malas hierbas y amarillo por efecto de la sequía. En el extremo del campo, al otro lado de una valla hecha con cadenas herrumbrosas, se encontraban las chozas de mamá Wachera y de la mujer que en otro tiempo había sido la esposa de David.

—¡Vete con mi madre! —volvió a decir David—. ¡Ella te protegerá! Yo me iré por aquí y me seguirán.

—No, David. ¡No quiero dejarte solo!

David la miró; luego dijo:

—¡Por aquí!



Encontraron abierta la puerta del taller. El interior era fresco y oscuro y había coches y camiones en diversas fases de reparación. Al igual que en el resto de la misión, no había nadie. David tomó la mano de Mona y entraron corriendo.

Se movieron con rapidez y en silencio entre los vehículos, sorteando bidones de petróleo, esquivando neumáticos colgados del techo. Luego la luz de la puerta quedó bloqueada por las siluetas de sus perseguidores. Los terroristas titubearon.

David llevó a Mona hasta el rincón más oscuro, donde se agazaparon detrás de una mesa de trabajo. Buscó un arma y encontró una cadena de bicicleta. Mona se aferró a él; le costaba respirar y tenía la boca seca a causa del miedo.

Vieron que las siluetas se movían en el umbral, oyeron que los hombres discutían en voz baja.

Mona notó que los músculos de David se tensaban. Su cuerpo estaba duro, dispuesto a saltar. Mona temblaba. David la rodeó con un brazo y la acercó más a él.

De repente una figura se alzó a su lado y una mano salió disparada de las tinieblas. Mona profirió un chillido. Le pareció salir volando del abrazo de David; sus pies se separaron del suelo.

David vio la manaza que acababa de asir los cabellos de Mona. Vio elevarse la otra mano, el *panga* ensangrentado a punto de degollarla.

Golpeó la cabeza del mau-mau con la cadena. La mano soltó a Mona, que cayó entre las herramientas. Aturdida, vio que los dos hombres forcejeaban. Luego vio que los otros entraban corriendo.

Buscó frenéticamente en la oscuridad y su mano se posó en un hierro de neumático.

El primer mau-mau que llegó hasta ella recibió un golpe tremendo en las espinillas, soltó una exclamación y dejó caer la lanza.

Mona se levantó y golpeó de nuevo. Oyó cómo se rompía el hueso cuando el hierro chocó contra el hombro.

Pero los otros ya se les echaban encima. Mona vio que David caía bajo sus golpes y puntapiés. Sintió que unas manos tiraban de ella, tratando de arrancarle la ropa e intentó luchar, golpeando ciegamente con el hierro. Pero sabía que no había ninguna esperanza.

«David...»

De repente los terroristas retrocedieron y empezaron a salir corriendo del garaje. Mona parpadeó, desconcertada. Entonces oyó las sirenas de la policía, el rugido de motores de avión.

Se arrodilló junto a David, que yacía de costado, gimiendo.

—Se han ido... —dijo Mona—. Han llegado los soldados.



Al cabo de un momento, pudieron ayudarse mutuamente a levantarse. Se quedaron de pie en la oscuridad, abrazados para mantener el equilibrio; luego, con pasos vacilantes, salieron a la luz del sol.

Cuando llegaron al aula, donde estaban echando cubos de agua para apagar el incendio mientras los soldados ponían las esposas a los mau-mau capturados, Mona se acercó corriendo a su tía, que le estaba vendando la cabeza al señor Langley.

—Hemos sufrido ocho muertos —dijo Grace, que no había resultado herida, pero - tenía la cara sucia de tierra; se le había deshecho el moño y los cabellos plateados le caían sobre los hombros—. Han matado a ocho de nosotros...

Mona miró a su alrededor. Vio que sir James, Geoffrey y Tim conferenciaban con el oficial que mandaba la tropa. Vio a la señora Kempler llorando ante el cadáver apenas reconocible de su esposo, consolada por una enfermera. Los mau-mau prisioneros eran tratados sin miramientos; varios recibieron porrazos en la cabeza. En la periferia de la brutal escena unos cuantos africanos miraban con cara inexpresiva. Mona sabía quiénes eran: trabajadores de la misión.

«¿Dónde estaban? -se preguntó-. ¿Cómo se habían enterado del ataque?»

Y entonces el pobre y viejo Mario, temblando y llorando, salió corriendo de la casa y se detuvo junto a Grace, retorciéndose las manos.

Mona miró por encima del hombro y vio que cuatro soldados británicos rodeaban a David. Súbitamente, uno de ellos le asestó un puñetazo en el estómago y David cayó de rodillas, doblado por la mitad.

—¡Basta! —gritó Mona, corriendo hacia ellos. Geoffrey, al oírla, corrió también—. ¡Basta! —volvió a gritar, abriéndose paso a empujones. Se arrodilló junto a David y le rodeó con sus brazos—. ¿Qué os proponéis? —gritó a los soldados.

—Es un sospechoso, señorita Treverton. Le estamos sacando información.

—¡Idiota! ¡Este hombre no es ningún sospechoso! ¡Es el encargado de mi plantación!

—Pues a mí me parece un mau-mau —dijo otro.

—¿Qué pasa aquí? —preguntó Geoffrey, acercándose al grupo.

—Este chico ofrecía resistencia, señor. Nos lo vamos a llevar para interrogarle.

—¡No! —exclamó Mona.

Geoffrey miró a Mona, que estaba arrodillada junto a David Mathenge.

—Tienen que llevárselo, Mona. Tienen que interrogar a todo el mundo.

—Nos os atreváis a tocarle. ¡Me ha salvado la vida!

Los soldados se miraron unos a otros, y Geoffrey dirigió una mirada ceñuda a Mona.



—Vino a prevenirnos del ataque —dijo Mona—. Y tú lo sabes, Geoffrey.

—Sí, y llegó un poco tarde para ayudarnos, ¿no te parece? Me pregunto cómo sabía él que iban a atacarnos.

Mona le miró con enojo, rodeando a David con un brazo protector.

Geoffrey sostuvo su mirada durante un momento, vio la expresión de desafío en sus ojos, la mueca decidida de la boca y le pareció estar viendo el rostro de Valentine Treverton; luego se dio una palmada en el muslo y dijo a los soldados:

—Ya lo habéis oído. Este chico nos estaba ayudando a luchar contra los mau-mau. No es uno de ellos. Podéis dejar que se vaya.

Cuando Geoffrey y los soldados se hubieron ido Mona dijo:

—¿Estás bien, David?

David asintió con la cabeza. Pero tenía un corte muy feo en la frente y la mejilla magullada; por la comisura de la boca le salía un hilillo de sangre.

—Ven a que te vea la tía Grace.

Pero David dijo:

—No —salió de debajo del brazo de Mona y se puso en pie—. Iré a que me vea mi madre. Ella me curará.

Mona se quedó mirándole mientras se alejaba cojeando, luego se acercó a la señora Kempler, que sollozaba de forma incontenible con las manos manchadas por la sangre de su esposo.

No pocas de las personas presentes, tanto africanas como blancas, amargadas, furiosas y llenas de deseos de venganza, habían observado cómo Mona Treverton rodeaba con su brazo a David Mathenge.



CAPÍTULO 48

Las lluvias habían llegado por fin.

Una suave llovizna susurraba al otro lado de las gruesas cortinas que cubrían las ventanas de Bellatu, mojando las buganvillas de color rojo y lavanda que crecían a lo largo de las columnas y los aleros de la veranda. En el interior, un fuego reconfortante chisporroteaba en la sala de estar, proyectando dedos de resplandor amarillo sobre los muebles, las pieles de cebra y los colmillos de elefante cruzados en las paredes.

David cerró el libro de contabilidad y dijo:

—Es tarde. Tengo que irme.

Mona no contestó. En silencio volvió a poner orden en la mesa de despacho donde habían trabajado toda la tarde, buscando la forma de pagar las deudas que iban acumulándose desde la pérdida de la cosecha. Las lluvias tardías estaban regando los nuevos plantones, pero los ingresos de esa futura cosecha no llegarían a tiempo. Mona había decidido que si quería salvar la plantación, no quedaba más remedio que vender Bella Hill.

—Escribiré al señor Treadwell mañana a primera hora —dijo, apagando la lámpara de la mesa—. Le diré que acepto su oferta. El precio me parece razonable. Y Bella Hill es muy apropiada para convertirla en un internado. No me importa perderla. Esa casa sólo contiene recuerdos desagradables para mí.

Durante unos instantes Mona y David se miraron en la penumbra del despacho. Luego ella se volvió bruscamente y echó a andar hacia la luz y el calor de la sala de estar.

Estaba asustada. Se había pasado todo el día dudando si debía enseñarle a David la nota que había encontrado en su buzón. Normalmente le habría hablado de ella en seguida. Pero su relación había cambiado drásticamente durante las dos semanas transcurridas desde el ataque mau-mau contra la misión de la tía Grace.

Mona se percataba de que ahora había algo entre los dos, algo oscuro, amorfo y aterrador. Era como un gigantesco león dormido, que no era una amenaza si se le dejaba tranquilo, pero representaba un peligro mortal si se le molestaba. Era la pasión letal engendrada por su deseo mutuo, que les había llevado hasta el terrible umbral de los tabúes raciales.



Mona no podía dejar de pensar en el día del ataque. Se concentraba en el recuerdo del contacto de la mano de David sujetando la suya, la forma en que la había atraído hacia sí, la firmeza de su cuerpo, el fuerte abrazo que le había dado. Ella lo había mirado a los ojos, cuando se encontraban escondidos en el cobertizo, y en su expresión había visto el reflejo de su propio anhelo desesperado. Durante un momento fugaz él la había abrazado con más fuerza, los cuerpos se habían unido, separándose luego para huir corriendo.

Revivía la escena una y otra vez, se sentía obsesionada por ella, no amorosamente, sino con temor. Mona sentía miedo del borde peligroso en que ella y David se encontraban. En otro tiempo se habrían visto sencillamente despreciados por la sociedad, rechazados por la familia y los amigos. Pero ahora, debido a la pesadilla del mau-mau, debido a que el odio racial había adquirido proporciones monstruosas, debido a que el pánico, el terror y la suspicacia gobernaban el país, Mona sabía que el amor del uno por el otro era suicida.

Tenía que combatirlo. Era necesario por su vida. Y por la de David.

Aquella mañana, en un poblado cerca de Mera, una pandilla de guardias nacionales, con el pretexto de hacer salir a un simpatizante del mau-mau, habían irrumpido en la casa de un hombre de negocios africano que estaba casado con una europea. Los guardias habían torturado al hombre, violado a su esposa blanca y se habían ido dejándolos muertos a ambos.

—Te ayudaré a cerrar la casa —dijo David cuando entraron en la sala de estar—. Ya es hora de decirles a los criados que se vayan a sus casas.

Era una forma indigna de vivir. En toda la provincia Central —en el rancho Donald, en la casa de Grace en la misión, en Bellatu— los blancos y las blancas hacían salir a sus sirvientes africanos cuando se ponía el sol y volvían a dejarles entrar por la mañana.

—Solomon lleva años con mi familia —había protestado Mona cuando el comisario del distrito había insistido en que cumpliera la regla—. ¡No sería capaz de hacerme daño!

—Usted perdone, lady Mona, pero si le han obligado a prestar juramento, corre usted peligro con él. Y en tanto no encontremos a quien les obliga a prestar juramento en esta región, puede usted considerar peligrosos a todos sus sirvientes.

Luego Geoffrey le había instalado una sirena en la galería y dos cohetes, uno junto a la puerta de la cocina, el otro junto a la puerta principal. Al encenderlos, subían muy alto y estallaban en el cielo, por lo que podían verse desde el puesto de observación de Allsop Hill, en Nyeri, que era una torre construida por un sij que se llamaba Vir Singh y guarnecida por tropas asiáticas.

Aunque muchos europeos abandonaban sus granjas para trasladarse a la relativa seguridad de Nairobi, o incluso huían a Inglaterra, algunos se quedaban en su tierra,



decididos a no darse por vencidos. Con la ayuda de sirenas y cohetes, además de la periódica vigilancia aérea a cargo de aviones y helicópteros, los colonos se mantenían firmes.

Solomon le había servido la cena en la mesa de la cocina. Mona deseó las buenas noches a sus doncellas y criados y cerró la puerta con llave cuando hubieron salido. David recorrió toda la casa con una linterna, comprobando que puertas y ventanas estuviesen bien cerradas, que no hubiera nadie escondido en los balcones o en las galerías. Luego volvió a la cocina y se dispuso a irse.

Se detuvo en la puerta y miró a Mona.

—Tengo miedo —dijo ella con voz queda.

—Lo sé.

—Afuera está oscuro. Y el camino hasta tu casa es largo. Los mau-mau podrían estar acechando ahí fuera...

—No puedo escoger, Mona. Tengo que irme. Ya ha sonado el toque de queda. Iré de prisa.

—David, espera —metió la mano en el bolsillo de la falda—. Esta mañana encontré esto en el buzón.

David leyó la nota. Contenía tres palabras:

«Amante de negros».

—¿Quién puede haber sido? —preguntó Mona, mirando las cortinas que cubrían las ventanas de la cocina y sintiendo la noche oscura que se agazapaba al otro lado. Por mucho tiempo que viviese, Mona no olvidaría nunca la imagen de la señora Langly con el estómago atravesado por la lanza kikuyu, del padre Vittorio corriendo y chillando con la sotana en llamas y de David en el garaje, cayendo bajo las patadas y los golpes.

—Me temo que tú y yo estamos en una posición singular, Mona —dijo sombríamente—. En lugar de tener un solo enemigo, ambos bandos nos odian. Nos encontramos atrapados en medio de algo que no es obra nuestra y que no podemos controlar.

Mona contuvo el aliento. David se acercaba peligrosamente a despertar la cosa innombrable que dormía entre ellos. Durante las últimas dos semanas habían trabajado arduamente en la plantación, arrancando los cafetos muertos, plantando los nuevos, hablando raras veces salvo por motivos de trabajo, y separándose luego para irse cada uno a su casa antes de que cayera la noche. Habían existido en una especie de mundo cerrado herméticamente, en un lugar esterilizado donde el mau-mau era algo inaudito, donde el odio y el amor quedaban encerrados fuera. Pero esa tarde habían tenido que hablar de las serias pérdidas económicas de Bellatu. Y habían trabajado hasta después de sonar el toque de queda.



Y ahora estaban atrapados. La noche los había pillado.

Mona tenía una idea sobre quién había escrito la nota. Sospechaba de un tal Brian, el alocado hijo de un colono, al que habían detenido en una ocasión por maltratar a uno de sus vaqueros africanos. Brian había pasado una cuerda por los lóbulos perforados del hombre y luego, sosteniendo el otro extremo, se había alejado galopando en su caballo, obligando al pobre hombre a seguirle corriendo.

—¿Por qué las cosas han llegado a este peligroso extremo, David? —susurró Mona—. ¿Qué hemos hecho para merecer esto?

David la miró durante largo rato, los ojos tristes, la cara preocupada. Luego alargó la mano hacia el pomo de la puerta.

—No te vayas —dijo ella.

—Tengo que irme.

—Los mau-mau podrían estar ahí fuera, esperándote. O un chico blanco vengativo.

—No puedo quedarme aquí.

—¿Por qué no? Aquí estarías a salvo.

David meneó la cabeza.

—Tú sabes por qué no puedo quedarme, Mona —habló en voz baja, apenas audible sobre el susurro de la lluvia—. Una cosa es estar contigo de día, cuando hay otras personas presentes, haciendo trabajos agrícolas, pero sería completamente distinto que me quedase en esta casa a solas contigo durante la noche.

Mona le miró fijamente desde el otro lado de la habitación. El corazón le latía con violencia.

—Mona —dijo él con voz tensa—, entre tú y yo nunca podrá haber nada. Quizá en otro lugar, en otro tiempo, entre personas tolerantes. Pero estamos en Kenia, en medio de una vergonzosa guerra racial. No debemos dar ese paso final, irreversible, porque una vez se ha dado nunca es posible volver a cruzar la línea para pasar al lado de la inocencia y la seguridad.

—¿Tan malo es lo que sentimos?

—Para ti y para mí, sí.

Hizo girar la llave en la cerradura y se disponía a abrir la puerta cuando se oyó un estruendo en la sala de estar.

El miedo asomó a los ojos de Mona.

—¡Dame tu revólver! —susurró David. Luego añadió—: Quédate aquí —pero ella lo siguió y salieron de la cocina. Cruzaron lentamente el comedor a oscuras. David se



detuvo en la puerta que daba a la sala de estar, Mona detrás de él, muy cerca, y miró a su alrededor.

No habían encendido ninguna lámpara y la única luz era la que despedía el fuego de la chimenea, que iluminaba los cubos de latón para el carbón, los morillos, la complicada obra de ladrillo, una pata de elefante que contenía un atizador y los tres sofás de cuero colocados de cara al fuego. Pero a partir de allí la luz disminuía. Se dispersaba entre las mesas de caoba, vacilando en una periferia poco definida. Las cosas parecían moverse con la luz del fuego: revistas, ceniceros, una pata de antílope que era un encendedor. Y más allá, sombras oscuras abrazaban las paredes, ocultando librerías y otros umbrales. De vez en cuando el resplandor caía sobre una cabeza de animal disecada y brillaban los ojos de vidrio de un órix o una gacela.

David avanzó sigilosamente, pegado a la pared. Al llegar a las cortinas de terciopelo que cubrían los ventanales que daban al monte Kenia, se detuvo, alzó el revólver y apartó las cortinas. Mona, detrás suyo, miró por encima de su hombro.

La veranda estaba oscura, barrida por la lluvia. Una bombilla solitaria sobre los escalones proyectaba un círculo de luz amarilla y tenue sobre los muebles de mimbre, las palmeras plantadas en macetas y los pétalos rojos y color lavanda de las buganvillas.

David y Mona vieron los fragmentos de tiestos, la tierra esparcida, la azalea en el suelo de la galería. Unos pasos más allá vieron lo que la había derribado: una figura pequeña y torpe que husmeaba con curiosidad las plantas de las macetas.

—¡Un erizo! —exclamó Mona.

—Sin duda trata de cobijarse de la lluvia —David se volvió hacia Mona, riéndose. La muchacha también se rió, nerviosamente, de alivio.

Luego sus sonrisas se borraron y se quedaron mirándose en la intimidad de la penumbra, cerca del borde de la luz de la chimenea.

—Quiero que me prometas —dijo David en voz baja al cabo de un momento— que te irás de esta casa mañana y te alojarás con tu tía Grace. Tim Hopkins está con ella. En casa de tu tía Grace no correrás tanto peligro como aquí. ¿Me lo prometes, Mona?

—Sí.

David enmudeció y sus ojos buscaron el rostro de Mona, siguieron la línea de los cabellos, el cuello, los hombros.

—No es aconsejable que estés sola —dijo finalmente, pensando en la nota—. Aparte de los mau-mau, alguien te ha amenazado.

—Y también a ti.

—Sí...

David alzó la mano y la apoyó dulcemente en la mejilla de Mona.



—Me he preguntado tantas veces cómo sería tu piel —dijo—. Es tan suave...

Mona cerró los ojos. La mano de David era dura y callosa y su roce le producía una sensación de languidez. Notó que respiraba de forma entrecortada, que el corazón empezaba a latirle con más fuerza.

—Mona —dijo él en voz baja.

La muchacha le acarició la mejilla con la punta de los dedos. Siguió las líneas de su cara, de la nariz a la comisura de los labios, el surco entre las cejas, las arrugas en el borde de los ojos.

La mano de David se movió hacia su nuca y los dedos se hundieron en sus cabellos. Se inclinó para besarla, pero titubeó. Cuando por fin sus labios se encontraron fue tentativamente, como si dieran un primer paso, un paso inseguro. Luego ella le rodeó el cuello con sus brazos y le alentó a besarla, guiándolo, mostrándole cómo se hacía. Sus cuerpos se juntaron en el resplandor trémulo del fuego.

Al cabo de un momento, David se apartó un poco y le desabrochó los botones de la blusa. Quedó maravillado al ver los senos pequeños y blancos, que sus manos cubrían por completo. La muchacha le abrió la camisa y apoyó las manos en su pecho. Cuando David estuvo desnudo, Mona vio el legado de sus antepasados masai en las nalgas finamente esculpidas y los muslos fuertes y delgados.

David la tomó en sus brazos y la dejó enfrente del fuego. Exploró su cuerpo. La tocó. Mona respondió porque nunca había conocido el cuchillo de la *irua*.

David volvió a colocar su boca sobre la de Mona y ella arqueó el cuerpo hacia arriba para recibirle. Yacieron bajo la luz inquieta del fuego, piel negra contra piel blanca.

* * *

Mona despertó de repente y se preguntó qué la habría arrancado de su sueño. Se volvió hacia el hombre que yacía a su lado en la cama: David dormía profundamente. Se preguntó cuánto tiempo habría dormido. Nunca se había sentido tan bien. Nunca había sido tan feliz.

Habían hecho el amor varias veces, cada una de ellas mejor que la anterior. A David le habían enseñado las artes y habilidades de sus antepasados guerreros; Mona le había deleitado con sus respuestas intensas, inesperadas.

—¡Mona! —llamó una voz desde abajo.

Mona se incorporó. ¡Eso era lo que la había despertado! ¡La entrada de alguien en la casa!

Era Geoffrey. Iba de un lado a otro por la planta baja, llamándola.

Mona se levantó de un salto y se puso una bata. Volvió a mirar a David para asegurarse de que seguía durmiendo, salió al pasillo y cerró la puerta.



Encontró a Geoffrey en la sala de estar, donde aún había algunos rescoldos en la chimenea.

— ¿Se puede saber qué haces aquí, Geoffrey?

— ¡Cielos, Mona! ¡Me has quitado diez años de vida! ¡Al encontrar la puerta de la cocina cerrada sólo de golpe, no he sabido qué pensar!

Mona se tapó la boca con la mano. ¡Habían dejado la casa abierta!

— ¿Qué haces aquí? — volvió a preguntar, observando que el impermeable de Geoffrey estaba empapado, que gotas de lluvia caían del ala de su sombrero. Llevaba un rifle en la mano y cerca de la puerta que daba al comedor había dos hombres de la reserva de policía de Kenia.

— Una patrulla nocturna encontró un gato muerto colgado en la entrada de Bellatu. Ya sabes lo que esto significa.

Mona sabía lo que significaba. Era una señal del mau-mau para indicar que los habitantes de la casa iban a ser las víctimas siguientes.

— Así que estamos haciendo una redada general de todos los negros de la zona. Pero cuando llegué al bungalow de David Mathenge y descubrí que no estaba en casa, que, de hecho, no parecía haber estado allí en toda la noche, decidí subir a preguntarte si sabías dónde estaba.

Mona se apretó los senos con la bata. En la casa hacía un frío abominable.

— ¿A qué hora se fue de aquí anoche, Mona?

«¿Añoche?»

— ¿Qué hora es, Geoffrey?

— Casi el amanecer. Tengo varias patrullas buscándole. Siempre he sospechado que ese chico simpatizaba con el mau-mau. Incluso es posible que sea el sujeto que andamos buscando, ese que obliga a los demás a prestar juramento.

— No digas tonterías. ¿Y quieres hacerme el favor de decirles a esos hombres que salgan? No estoy vestida.

Geoffrey dio una orden en suajili a los policías negros y cuando se hubieron ido dijo:

— ¿Sabes dónde está David Mathenge?

— No ha tenido nada que ver con el gato muerto.

— ¿Y tú cómo lo sabes?

— Lo sé y basta.

— No comprendo cómo puedes confiar en él tan ciegamente. ¿Qué clase de influencia ejerce David Mathenge en ti, si puede saberse?



— Sé que es inocente.

— Bueno, quiero llevármelo para interrogarle. Ya va siendo hora de que le detengamos. Le has defendido durante demasiado tiempo. Ahora dime, ¿a qué hora se marchó anoche?

Mona no contestó.

— ¿Sabes adonde fue? ¿Sabes dónde está en este momento?

Mona se mordió los labios.

— Si no me lo dices, le encontraremos de todas formas y puedo garantizarte que no lo pasará bien cuando le interroguemos. Ha infringido el toque de queda.

— No fue culpa de David. Yo soy responsable de ello.

— ¿Qué quieres decir?

Mona trató de pensar. Si sospechaban que David había tenido que ver con el asunto del gato muerto, lo torturarían al interrogarle. Pero si ella hablaba por él, si demostraba que era inocente porque había estado con ella toda la noche, confesaría lo que habían hecho.

Antes de que Mona pudiera tomar una decisión, Geoffrey dijo:

— ¡Qué diablos!

Al volverse, Mona vio que David estaba en el umbral. Vestía sólo pantalones y empuñaba una pistola.

— He oído voces, Mona — dijo—. Y he pensado que estabas en apuros.

Geoffrey se sentía demasiado escandalizado para hablar.

Mona se acercó a David y apoyó una mano en su brazo.

— Nos olvidamos de cerrar la puerta de la cocina, David. Geoffrey ha venido a decirme que han colgado un gato en mi puerta durante la noche. Pensó que habías sido tú — miró a Geoffrey y añadió—: Pero no pudo ser David porque ha estado aquí conmigo toda la noche.

Varias expresiones pasaron por el rostro de Geoffrey antes de que pudiera hablar.

— Ya entiendo — dijo, acercándose a Mona—. Sospechaba algo así. Pero no podía estar seguro. Después de todo, me decía a mí mismo que Mona sin duda no podía caer tan bajo.

— Será mejor que te vayas, Geoffrey. Esto no es asunto tuyo.

— ¡Ni que lo digas! ¡No quiero tener nada que ver con esto! ¡Dios mío, Mona! — exclamó—. ¡Tú acostándote con un negro asqueroso!

Mona le asestó una fuerte bofetada.



—Fuera de aquí —dijo en tono amenazador—. Vete o usaré esta pistola contra ti. Y no vuelvas jamás a mi casa.

Geoffrey abrió la boca para decir algo. Luego lanzó una mirada asesina, amenazadora, a David, dio media vuelta y salió.

Cuando se oyó la puerta de la cocina cerrándose de golpe, Mona se cubrió la cara con las manos y cayó en los brazos de David.

—¡Lo siento tanto! —exclamó—. ¡Es una persona odiosa! ¡La culpa es mía, David!

—No —dijo él quedamente, acariciándole el pelo, los ojos clavados en la luz lechosa que se filtraba entre las cortinas. Amanecía—. No es culpa de nadie, Mona. Sencillamente somos víctimas de fuerzas que escapan a nuestra comprensión —se echó hacia atrás, sujetándola por los brazos—. Mona, mírame y escucha lo que voy a decirte. Éste no es un mundo en el que podamos vivir; nuestro amor no sobreviviría. Algún día harán que me mires y pienses que soy un negro asqueroso, o yo te miraré y pensaré que eres una perra blanca. Y nuestro bello amor será destruido.

David hablaba apasionadamente.

—Tiene que haber un futuro en el que podamos vivir juntos y amarnos libremente y sin miedo. Tenemos que poder vivir como marido y mujer, Mona, en vez de andar sigilosamente al amparo de la noche. Te amo con todo mi corazón, más de lo que he amado a nadie en mi vida y, pese a ello, ¡no he sido capaz de defenderte cuando este hombre te insultaba! ¡No puedo permitir que me despojen de mi hombría, porque sería lo mismo que estar muerto! ¡Ahora me doy cuenta de que he estado en un error todo este tiempo, que la única forma de hacer que el futuro sea nuestro es luchar por él! ¡No puedo seguir siendo el criado del hombre blanco!

Mona alzó los ojos hacia él, hipnotizada, aterrada.

—Ahora voy a hacer lo que debería haber hecho hace mucho tiempo, Mona. Y lo haré por nosotros. Recuerda sólo que te amo. Puede que pase mucho tiempo antes de que vuelvas a verme, pero estarás conmigo en mi corazón. Y si alguna vez tienes miedo o estás en peligro, y si necesitas ponerte en comunicación conmigo, ve a ver a mi madre. Ella sabrá lo que haya que hacer.

—¿Adonde vas, David? —susurró Mona.

—Me voy a la selva, Mona. Voy a unirme al mau-mau.



CAPÍTULO 49

Iba a ser el mayor ataque lanzado por el mau-mau hasta la fecha. Y lo dirigiría la mariscal de campo Wanjiru Mathenge.

Mientras contaba el último de los cartuchos de dinamita que había recibido sintió que el pulso se le aceleraba, se le subía al cerebro, y notó el sabor del miedo y la excitación. Era la misma sensación que experimentaba siempre al internarse en la selva llevando armas de matute, dejando alimentos y comunicaciones en troncos huecos para que los guerrilleros los recogiesen. Sentía una especie de vértigo al pensar en el ataque que iba a dirigir: lanzar una bomba contra el hotel Norfolk.

Por la tarde iba a celebrarse una reunión en el hotel. El gobernador y el general Erskine habían convocado un consejo general de colonos blancos con el fin de trazar los planes de una nueva e importante ofensiva contra el mau-mau. Una de las lugartenientes de Wanjiru, una hermosa joven meru que se llamaba Sybill, se había acostado con uno de los ayudantes del gobernador. El hombre, sin sospechar nada, le había hablado de la reunión secreta.

¡Las cosas ocurrían ahora con tanta rapidez! El mau-mau había intensificado su lucha. La guerra empezaba a adquirir proporciones increíbles. Wanjiru sabía que era debido a que había un nuevo líder en la selva, un hombre que había aparecido de pronto cierto día de julio. Ella nunca lo había visto -las órdenes las recibía de un subordinado de aquel hombre- y sólo el alto mando del mau-mau conocía su verdadera identidad. Wanjiru y los demás guerrilleros, así como los europeos, lo conocían solamente por el apodo de Leopardo. Quienquiera que fuese, cualquiera que fuese su procedencia, Wanjiru lo admiraba. Desde que se uniera a los ejércitos de la selva, el mau-mau había lanzado una gran ofensiva contra los blancos. Leopardo les había enseñado tácticas nuevas, nuevas formas de luchar; tenía la experiencia y la astucia de un soldado y parecía conocer el funcionamiento interno de las fuerzas militares británicas. Los ataques afortunados contra los colonos en los últimos meses eran obra suya, como lo era también el ataque de ese día, que llevaba preparándose desde hacía semanas. El atentado contra el hotel más importante de Nairobi, con los líderes de Kenia dentro, iba a ser un golpe devastador para los blancos.

Era la primera vez que Wanjiru visitaba Nairobi desde el incidente en el hotel Reina Victoria. Después de arrojar la piedra contra la ventana del hotel, había huido a la selva, donde había participado en la organización de nuevos campamentos, en la



fabricación de armas caseras con cañerías, en la supervisión de las mujeres y en la formación de redes secretas de comunicaciones. La mariscal de campo Wanjiru había ascendido en las filas del mau-mau y ahora se la consideraba la más poderosa de las guerrilleras. Los británicos la buscaban por todas partes y ofrecían cinco mil libras por su cabeza.

Había llegado a Nairobi la semana pasada, disfrazada, viajando a pie desde los Aberdare. Sus amigas le habían confeccionado un *buibui* como el que llevaban las musulmanas, un velo negro que cubría todo el cuerpo, dejando sólo una ranura para los ojos. Traía consigo a Christopher y Hannah desde el campamento secreto de la selva, caminando penosamente bajo el sol ardiente, pidiendo de comer en los poblados, bebiendo en los arroyos. Al acercarse a la ciudad y encontrar controles de carretera, fingía no saber inglés, suajili ni kikuyu, y sólo hablaba un dialecto somalí que ninguno de los soldados entendía. Su aspecto era inocente -una refugiada del distrito fronterizo del norte que viajaba con dos niños de corta edad-, por lo que los soldados la dejaban pasar. Una vez en la ciudad, no obstante, las cosas serían diferentes. Necesitaba documentos de identidad. Habían hecho lo necesario para que se convirtiera en la «esposa» de un simpatizante del mau-mau, un musulmán que trabajaba en el ferrocarril de Uganda y que, por consiguiente, casi nunca estaba en su habitación. El hombre la había acompañado a la Oficina de Trabajo de la avenida de Lord Treverton, donde, tras tomarle las huellas digitales y fotografiarla, le dieron una cartilla de pases a nombre de Fatma Hammad.

Ahora, en esa abrasadora tarde de octubre, mientras se acercaba el momento del atentado, Wanjiru ató el último cartucho de dinamita al estómago de Sybill.

Llevaba en ello toda la mañana. Al salir el sol, Wanjiru había ido al mercado que había cerca de Shauri Moyo, el bloque de pisos donde el simpatizante musulmán tenía una sórdida habitación. En el mercado se encontró con ciertas mujeres, según estaba previsto, y les entregó los cartuchos de dinamita escondidos entre panochas de maíz y calabazas, mientras les ordenaba, en forma breve y en voz baja, que se encontraran en el Norfolk a la una.

Aunque el ataque contra el hotel había sido idea de Leopardo, los medios eran de Wanjiru. Los hombres no gozaban de libertad para circular por Nairobi. Los soldados británicos y los guardias nacionales interrogaban a todo el mundo, llevaban a cabo registros, practicaban detenciones arbitrarias. Pero Wanjiru había observado que prestaban menos atención a las mujeres. Aunque interrogaban a muchas y se las llevaban en camiones, a la mayoría las dejaban en paz para que hicieran la compra, lavasen la ropa, vendieran verduras y pariesen hijos, es decir, la interminable rutina de la mujer africana.

Wanjiru sabía que registraban las cestas y las calabazas, incluso los niños que las mujeres llevaban en la espalda. Pero los soldados raramente se entretenían examinando el vientre de las embarazadas. Por eso había dicho a las mujeres que se fingieran embarazadas ocultando la dinamita bajo los cojines que simularían



abultados vientres. Ahora hacía un último ajuste en las sábanas que Sybill llevaba sobre el abdomen.

Cada mujer tenía señalado un lugar. Tres días antes Wanjiru había reconocido los terrenos del hotel y dibujado un plano, señalando con lápiz las posiciones de sus saboteadoras. Mientras ella y Sybill sudaban en la habitación de Shauri Moyo, que parecía un horno, las demás se estaban reuniendo allí, dieciocho mujeres que pasaban desapercibidas entre el gentío que abarrotaba las aceras, una de ellas deteniéndose para extraerse una astilla del pie, otra para dar el pecho a su bebé, y así sucesivamente, hasta que rodearon el hotel formando un círculo inconspicuo y sin relación aparente entre sus componentes. Wanjiru sería la última en llegar. Al dar la una, gritaría «¡Madres de Kenia!» y entonces sus hermanas encenderían los cartuchos y los arrojarían por las ventanas del Norfolk.

El plan había merecido grandes elogios de Leopardo.

Cuando Sybill estuvo preparada, se colocó una *kanga* de color amarillo vivo en la cabeza afeitada, se echó a la espalda su pesada carga de cebollas -las extendería sobre un paño enfrente del hotel, fingiendo que trataba de venderlas- y salió tras decirle a Wanjiru:

—La tierra es nuestra.

Al quedarse sola, Wanjiru comenzó sus propios preparativos finales. Mientras creaba un vientre de embarazada con la última almohada que le quedaba, hizo una pausa para mirar a los dos pequeños que dormían en la cama de hierro. Hannah estaba creciendo mucho y Christopher, a los dieciocho meses, era fuerte y guapo, la imagen clavada de su padre, David.

Al pensar en ello, la expresión de Wanjiru se hizo más sombría. Despreciaba al hombre de quien se había divorciado y se censuraba a sí misma por haberle querido en otro tiempo. David Mathenge era un cobarde, una vergüenza para los Hijos de Mumbi. Wanjiru esperaba que fuese desdichado, trabajando en la plantación de la perra blanca.

Al recordar a Mona Treverton, Wanjiru se sintió más animada. En el informe de Sybill sobre la reunión secreta que los colonos iban a celebrar había un detalle maravilloso: la doctora Grace Treverton y su sobrina, Mona, iban a estar presentes.

«¿Qué harás entonces, David? ¿Sin tu memsaab?»

Despertó a los niños.

—Venid conmigo, hijos míos. Vamos a dar un paseo.

Estaban lánguidos y se movían despacio a causa del calor. Hannah se puso su único vestido, que estaba sucio y roto y era demasiado pequeño para su cuerpo en crecimiento. Christopher llevaba sólo unos pantaloncitos cortos. Los dos tenían hambre e iban descalzos. Al prepararse para salir del bloque de pisos con la cesta de



arrurruces que fingiría vender en la acera, enfrente del hotel Norfolk, la mariscal de campo Wanjiru Mathenge reafirmó su decisión:

«Hago esto por mis pequeños, por su porvenir, para que nunca tengan que sufrir la misma degradación que sus padres».

La ciudad se había vuelto verde después de las lluvias de julio. Mientras caminaba bajo el sol, con Christopher en la cadera, Hannah caminando a su lado, cogida de la mano, los arrurruces pesándole en la espalda y los explosivos apretados contra su vientre, recordó el aspecto de Nairobi al llegar ella a la ciudad dieciséis años antes, cuando era una muchacha, la primera estudiante de enfermería en el hospital para nativos. En aquel tiempo la ciudad parecía mucho más pequeña y tranquila. Las líneas estaban trazadas con claridad; las reglas raciales y sociales eran sencillas. Los africanos permanecían en sus míseros barrios y los blancos tenían todo el resto. Ahora le pareció a Wanjiru que en aquel tiempo una especie de paz inocente envolvía Nairobi y la gente no prestaba mucha atención a los discursos de adolescentes como ella y David. En aquel tiempo los africanos sabían «cuál era su sitio».

Al pasar por el lugar que había sido escenario de la gran protesta, la protesta que había fracasado, en el día del desfile, el día que el hijo de Treverton había muerto y David había huido a Uganda, Wanjiru vio qué cambiadas estaban las cosas. Los edificios eran más grandes, había calles asfaltadas, más coches y más gente y casi añoró los viejos tiempos.

«Pero eran malos tiempos -se recordó a sí misma al tomar la calle del Norfolk-. Eran tiempos de injusticia y ahora combatimos por tiempos mejores».

Se detuvo en una esquina y miró a su alrededor. Nairobi se había transformado en un campamento militar. Nunca desde la guerra se habían visto tantos uniformes en sus calles arboladas. Los soldados británicos patrullaban arriba y abajo, sin prestar atención a las miradas hoscas de los africanos. Y los guardias nacionales, kikuyu como ella misma y, a juicio de Wanjiru, tan malos como los blancos, se pavoneaban con sus placas de policía y sus porras. Wanjiru no sabía a cuáles temía más.

Al acercarse al Norfolk, divisó a sus hermanas entre los transeúntes. Vio a Ruth, llenando calmosamente su calabaza en la fuente pública; Dámaris se había quitado el hatillo de la espalda y ahora volvía a ponérselo; Sybill tenía las cebollas extendidas ante sí; Muthoni se encontraba sentada en el bordillo, amamantando a su hija; y también estaba la anciana mamá Josephine, que había escrito una carta a la reina Isabel pidiendo la liberación de Kenyatta, apelando al instinto maternal de la soberana. Se fundían con la multitud que circulaba por las aceras, no eran más que unas cuantas mujeres africanas que iban a lo suyo. Los soldados, después de examinar los pases, se habían olvidado de ellas, pensando que eran insignificantes y no merecían más atención. Wanjiru sabía que también las demás estaban en sus puestos, mujeres que parecían no pensar en nada pero que de hecho permanecían alerta, esperando su mortífera señal.



Notó con satisfacción que en la calle estaban aparcados los coches de los colonos blancos, vigilados por soldados que se aburrían. Reconoció el que pertenecía a Mona Treverton; era el mismo coche en que habían asesinado al conde ocho años atrás.

Así que estaban todos dentro, como ovejas en el corral, esperando el momento de ir al matadero. Wanjiru miró el reloj de la torre de la iglesia. Faltaban diez minutos para la una.

—¡Quieta ahí, mamá! —dijo una voz detrás de ella.

Se volvió y sonrió a la pareja de guardias nacionales que se le acercaban. Como no podía permitirse estorbos en ese día, Wanjiru no llevaba el *buibui* protector.

—Tu pase, mamá.

Wanjiru se lo entregó.

Mientras un guardia examinaba la fotografía y los datos, el otro, un embu joven, miró a Wanjiru de la cabeza a los pies.

—¿Qué haces aquí, mamá? —preguntó el primer guardia, devolviéndole la cartilla.

Se volvió para que pudiesen examinar la cesta de arrurruces.

—Voy a venderlos.

—¿Por qué aquí? ¿Por qué no los vendes en el mercado?

—¡Ja! ¡En el mercado hay demasiada competencia! ¡Y necesito el dinero! ¡Mi marido es un inútil, un gandul, y se gasta todo nuestro dinero en cerveza!

—Una mujer guapa como tú tiene formas más fáciles de ganar dinero —dijo el segundo guardia, sonriendo.

—Señor, soy una musulmana devota. ¡Lo que ha dicho me insulta!

La observaron con expresión pensativa. Wanjiru quería mirar el reloj de la torre, pero no se atrevió.

—¿De dónde eres? —preguntó el primero.

—Lo dice en la cartilla.

—Dímelo tú.

Wanjiru procuró seguir sonriendo, aparentando despreocupación. Había pasado por muchas situaciones parecidas y necesitaba conservar la calma para salir bien librada de ésta.

—Del norte —dijo—. Cerca de la frontera.

—Hoy es viernes, mamá —dijo el segundo guardia, que ya no sonreía—. ¿Por qué no estás en la mezquita?

El corazón de Wanjiru dio un vuelco. ¡Se le había olvidado!



—Mi marido va por los dos. Alá es comprensivo.

El segundo guardia le dirigió una mirada larga y atenta, entornando los ojos, y durante unos instantes de pánico Wanjiru creyó que su rostro le era conocido. Pero no recordaba de cuándo ni de-dónde. Luego el guardia le dijo algo en voz baja a su compañero. Wanjiru sintió que el sudor le bajaba por la espalda, pensó en las mujeres que rodeaban el Norfolk y se preguntó si alguna de ellas se pondría nerviosa y empezaría el ataque antes de oír su señal.

Deseaba desesperadamente seguir su camino, llegar a su posición. Pero debía aparentar que no tenía prisa, que no la inquietaba el interrogatorio.

Finalmente, con inmenso alivio, oyó que los dos guardias le decían:

—Puedes irte, mamá. Y no te metas en líos.

—*Inshallah* —dijo, saludando con la mano y volviéndose.

Miró el reloj de la torre. Faltaban cuatro minutos para la una. Vio que Sybill la miraba con inquietud, que las demás mujeres también daban muestras de nerviosismo.

«Espera -pensó Wanjiru-. No actúes todavía...»

Los ataques por sorpresa eran lo que Leopardo les había enseñado a sus guerrilleros de la selva, lo que había aprendido del ejército británico y había visto hacer a terroristas de otros países. Wanjiru sabía que era importantísimo que las mujeres encendieran sus cartuchos al mismo tiempo y que los arrojaran juntos. Tenían que hacerlo con un solo y rápido movimiento antes de que los soldados pudiesen reaccionar. De lo contrario, todo sería en vano.

Tuvo que detenerse en el bordillo a causa de la congestión del tráfico. Wanjiru miró a Sybill, que estaba en la otra acera y en ese momento se ponía en pie a la vez que metía la mano dentro del vestido. Faltaban dos minutos para la una, y todas las mujeres sacaban subrepticamente sus cerillas. Cuando el minuterero señalase la una menos un minuto tenían que sacar los cartuchos de dinamita y prestar atención a la señal.

El tráfico se detuvo, sonaron bocinas y los gases de escape le llenaron la cabeza. Decidiendo que no había tiempo, Wanjiru sujetó con fuerza a sus hijos y se metió entre los automóviles y los camiones, creando más cacofonía de bocinas y frenos. Al llegar a la otra acera y saltar en el momento en que una motocicleta militar pasaba velozmente junto a ella, sus ojos se cruzaron con los de Sybill.

Wanjiru pasó la mano por el bolsillo de su vestido, donde había hecho un agujero, y palpó la dinamita.

Alzó la mirada hacia el reloj.

Las mujeres esperaban la señal.



La manecilla avanzaba lentamente hacia el número doce. El pulso de Wanjiru se disparó, llenándole los oídos. El ruido del tráfico y la gente pareció retroceder. Lo único que existía eran las manecillas del reloj y el cartucho de dinamita en su mano. Sólo unos segundos más... Cuando la manecilla estuviera directamente encima del doce gritaría «¡Madres de Kenia!» y dieciocho cartuchos de dinamita caerían dentro del comedor donde se encontraban reunidos los colonos blancos.

Ahora ya sólo faltaban unos segundos...

—¡Mamá! —llamó una voz.

Wanjiru se volvió rápidamente.

Los dos guardias nacionales cruzaban corriendo la calle.

Wanjiru se quedó paralizada, preguntándose si debía dar la señal o huir.

—¿Qué...? —empezó a decir. Pero los guardias habían sacado sus pistolas y disparaban al aire.

La gente que circulaba por la acera se dispersó en el acto. Soldados británicos bajaron corriendo los escalones del Norfolk, apuntando a Wanjiru con sus metralletas. Notó que detrás de ella Sybill daba un salto y echaba a correr. Las otras mujeres también huían.

—¡Eres Wanjiru Mathenge! —exclamó el guardia embu—. ¡Me parecía haberte visto en alguna parte!

—¡Te equivocas! —exclamó Wanjiru y sintió que el corazón se le paraba al recordar dónde lo había visto antes. El guardia había sido ordenanza del hospital para nativos hacía unos años.

—Ya veremos si eso es verdad o no —dijo un cabo británico, sujetándola con rudeza por un brazo—. Vas a venir conmigo para que te interroguen.

Hannah rompió a llorar. Wanjiru la tomó en brazos, igual que al niño, y subió al camión militar detrás de los soldados.



CAPÍTULO 50

Mona escribió:

Queridísimo David:

Han pasado cuatro meses desde que te fuiste y no encuentro palabras para expresar cuánto te echo de menos. Tal como me pediste, ahora vivo con la tía Grace y Bellatu está cerrada. Lamento decir que la plantación va mal. Después de tu desaparición, muchos de los braceros me abandonaron. Unos cuantos leales se han quedado, pero me parece que voy a perder la mayor parte de la cosecha. Recibí el dinero de la venta de Bella Hill. Me ayudará durante una temporada; después, no sé qué voy a hacer.

Ayer oí por la radio que Wanjiru fue detenida en Nairobi. Dijeron que la llevaron al campo de detención de mujeres de Kamiti y tus dos hijos están con ella.

Había concebido la esperanza de verte durante los últimos cuatro meses, queridísimo, y poder darte estas cartas personalmente. Pero ahora me doy cuenta de que no volveremos a estar juntos hasta que haya terminado este terrible conflicto. Haré lo que tú me aconsejaste que hiciera; llevaré estas cartas a tu madre. Dijiste que ella sabría cómo ponerse en comunicación contigo.

¿Sigues creyendo, David, amor mío, que habrá un lugar para nosotros en la nueva Kenia? Ruego a Dios que estés en lo cierto.

Al oír pasos en la galería, Mona alzó los ojos en el momento en que entraba Grace con una inmaculada bata blanca y un estetoscopio alrededor del cuello.

—Venía a ver si sabes algo del envío que estoy esperando. ¿Alguna noticia?

—Ninguna, tía Grace.

Grace frunció el ceño. Necesitaba desesperadamente la nueva vacuna Salk contra la polio que le habían enviado de Norteamérica y rogó a Dios que el envío no hubiera caído en poder del mau-mau.



—Me apetece una taza de té —dijo Grace—. ¿Y a ti?

Mona nunca dejaba de maravillarse ante la energía aparentemente inagotable de su tía. Al borde ya de los sesenta y cinco años, Grace seguía dirigiendo su enorme misión con el brío y la eficacia de una mujer mucho más joven.

Mona dejó la pluma y entró en la cocina detrás de su tía. Mario estaba cortando lonchas de jamón para la cena. Al ponerse el sol, Mario abandonaría la casa.

—Gracias a Dios que las actividades del mau-mau no afectan a las plantaciones de té —dijo Grace echando unas cucharaditas de Condesa Treverton en la tetera—. ¡Los británicos se rendirían si su té se viese amenazado!

Mario miró por encima del hombro y sonrió.

Mona le devolvió la sonrisa y meneó la cabeza. La actitud valiente de Grace ante tantos peligros era lo que hacía que su misión siguiese funcionando cuando otras se habían dado por vencidas. Se habían producido otros dos ataques del mau-mau y, pese a ello, Grace se mantenía firme. A pesar de las tropas estacionadas cerca, a pesar de las noticias diarias sobre cuerpos de africanos mutilados, de reses estranguladas y gatos empalados en los postes de las vallas, y a pesar del ruido constante de los aviones que sobrevolaban la selva, instando a los terroristas a salir y rendirse, Grace se las arreglaba para conservar el equilibrio y el optimismo.

—De nada sirve poner las noticias —dijo Mona mientras preparaba la mesa. Pensaban sentarse a la cálida luz del sol, junto a una ventana enmarcada por flores—. Siguen buscando al que obliga a prestar juramento en esta zona. Las autoridades concentran sus esfuerzos en esta tarea, dicen que cuando le hayan encontrado desaparecerá gran parte del peligro.

Grace se encontraba de pie ante la cocina, esperando que hirviese el agua. Observó con atención a su sobrina, que llevaba sus habituales pantalones y una camisa de hombre demasiado grande para ella.

—No pretendo ser grosera, Mona —dijo Grace—, pero me parece que estás engordando. ¡No puede ser por culpa de la comida que prepara Mario!

—Sí, estoy engordando —dijo Mona, de espaldas a su tía—. Pero no tiene nada que ver con Mario. Es que estoy embarazada.

Grace miró a su sobrina a través de las gafas con montura de oro. Parpadeó y dijo:

—¿Qué?

Mario, que conocía a Mona desde que era niña, se volvió.

Mona continuó poniendo la mesa, colocando servilletas de papel en los platos de emparedados.

—Voy a tener un hijo, tía Grace. Un hijo de David Mathenge.

A Mario se le cayó el cuchillo, que chocó contra el suelo y turbó la paz de la tarde.



— ¡Mona! — susurró Grace—. ¿Se puede saber en qué estabas pensando?

— Estaba enamorada, tía Grace. Todavía lo estoy. David y yo nos queremos mucho.

— Pero... ¡David ha desaparecido!

— Sí. Me dijo que tenía que irse y le dejé que se fuera.

— ¿Sabes dónde está David Mathenge?

Mona hizo una pausa. Empezaba a sentir un nudo en la garganta y lágrimas en los ojos. No se había sentido capaz de decirle a nadie que ahora David era uno de «ellos».

Grace observó atentamente a su sobrina durante unos momentos, luego dirigió una mirada significativa a Mario, que, captando el sentido, salió discretamente de la cocina. Grace y Mona se sentaron cara a cara.

— Pobrecita mía — dijo Grace—, ¿y ahora qué vas a hacer?

— ¿Hacer? Voy a tener el hijo de David.

— ¿Y luego qué? ¿Cómo vivirás?

— Igual que he vivido los últimos treinta y cuatro años.

Como vive todo el mundo, de día en día. Esperando que David vuelva a mí.

— ¿Entonces es que sabes dónde está?

— Sí.

Grace miró en el interior de los ojos de su sobrina y leyó una respuesta que prefirió no saber.

— ¿Y qué será del pequeño? ¿Qué clase de vida será la suya?

— Recibirá amor, tía Grace. Fue concebido con amor, y será criado con amor.

— ¿Y si David no vuelve nunca?

— Vuelve... — a Mona se le cortó la voz—. Entonces criaré al niño yo sola, y le enseñaré a sentirse orgulloso de su padre, de sus dos razas.

Grace se miró las manos. Escuchó el canto de los pájaros en el exterior, la razón por la cual su primera casa, la que se había quemado muchos años antes, se llamaba Birdsong Cottage. Pensó en la noche del incendio de la choza de cirugía y en las voces infantiles que llamaban desde el interior.

— Mona — dijo lentamente—, tienes que hacerte cargo de que si David vuelve, ya no será el mismo hombre. Habrá cambiado.

— No lo creo.

— Si se ha unido al mau-mau, habrá prestado el juramento y ya no será de fiar.



—David, no.

—¡Conoces de sobras el poder de ese juramento, Mona! Puede hacer que hombres racionales, inteligentes, se transformen en monstruos. Es una especie de enfermedad psicológica. Creen en la atadura del juramento. ¡David es kikuyu, Mona!

—David es diferente.

—¿Ah, sí? ¿Has oído hablar de los prisioneros en los campos de detención? Africanos que en otro tiempo eran capataces leales, pero que luego se volvieron contra sus amigos blancos, son sometidos a rigurosos programas de rehabilitación. ¡El gobierno tiene hechiceros auténticos que visitan los campos y obligan a prestar juramento contra el mau-mau! ¿No te das cuenta, Mona? ¡David es uno de ellos! Y se unió al mau-mau voluntariamente, no porque le obligasen. Aunque un hombre haga protestas de lealtad al gobierno, no es posible confiar en él, especialmente cuando es un hombre que se ha unido al mau-mau por voluntad propia.

Mona se levantó bruscamente.

—David nunca me hará daño. Lo se.

—Mona, escúchame...

—Tía Grace, necesito que me ayudes. Quiero pedirte un favor.

En la boca de Grace se dibujó una línea delgada.

—¿De qué se trata?

—He escrito unas cartas a David. Quiero hacerlas llegar a su poder.

—Bueno, tú sabes dónde está.

—No sé exactamente dónde está, y no sé qué hacer para que estas cartas lleguen a sus manos. Me dijo que si necesitaba ponerme en comunicación con él, acudiera a su madre. Dijo que ella sabría lo que había que hacer.

—Sí —dijo Grace con voz triste, sintiendo por primera vez desde el comienzo de las hostilidades el verdadero crimen de esa guerra obscena—. Hay una red clandestina. Les dejan mensajes en árboles huecos.

—Mamá Wachera sabrá lo que hay que hacer para que David reciba mis cartas.

—¿Y qué quieres que haga yo?

—Mamá Wachera no habla inglés y yo sólo sé un poco de kikuyu. ¿Me acompañarás para explicarle lo que quiero?

Grace alzó los ojos.

—¿A la choza de Wachera?

Mona dijo que sí con la cabeza.



—Llevo años sin hablar con esa mujer. Desde la *irua*... cuando traté de salvar a Njeri.

—Por favor —dijo Mona.

* * *

El campo de polo no se utilizaba desde el suicidio de Rose. Mona siempre hablaba de abrirlo de nuevo o de convertirlo en un gran jardín, pero nunca acababa de decidirse. Ahora aparecía cubierto de malezas y la verja se estaba oxidando. Últimamente Grace había pensado añadirlo a su misión porque sería un buen campo de juego para los trescientos alumnos africanos de su escuela.

Una senda trillada seguía la margen cubierta de hierba. Mona y Grace anduvieron por ella después de pasar por debajo del arco de hierro que había en la entrada de la misión. Dos soldados británicos se brindaron a acompañarlas, pero ellas les aseguraron que no había nada que temer de mamá Wachera. Los africanos de ambos bandos respetaban a la legendaria hechicera y la dejaban en paz.

Al acercarse al grupo de chozas humildes, los recuerdos acudieron al cerebro de Grace: el día lluvioso de su llegada en 1919, en las carretas tiradas por bueyes, la recién nacida Mona en brazos de Rose; la primera vez que estrechó la mano de James; el día en que Valentine ordenó que cortasen la higuera, en un punto próximo a la meta sur; la noche del incendio y los días que pasó luego recuperándose en la choza de Wachera. Mientras caminaba por el borde de la *shamba* de la hechicera, donde las judías y el maíz esperaban las lluvias, Grace sintió que su misión moderna, con su electricidad y su material médico del último modelo, se alejaba de ella poco a poco, a medida que sus pasos la llevaban al interior de otra época, de la Kenia de muchos años antes.

Mamá Wachera estaba sentada al sol, arrancando hojas de lo que Grace reconoció como una planta con propiedades medicinales. La hechicera cantaba mientras iba preparando su medicina y luego la guardaba en calabazas señaladas con amuletos mágicos. Wachera llevaba la indumentaria por la que era conocida: collares de cuentas, brazaletes de cobre, grandes pendientes que alargaban los lóbulos de sus orejas hasta los hombros. La cabeza afeitada relucía al sol y amuletos ceremoniales y talismanes sagrados tintineaban en sus muñecas.

Alzó la vista para mirar a la memsaab de cabellos de plata, bata blanca y un adorno de metal y caucho al cuello. No habían hablado desde hacía muchas cosechas.

Mona sentía aprensión en presencia de la anciana mujer africana. Había oído tantas cosas sobre Wachera, cuya choza estaba allí desde que ella tenía uso de razón. Y había un recuerdo elusivo, como un sueño, el recuerdo de un incendio, y luego de lluvia y finalmente de un lecho de pellejos de cabra y de manos dulces que aliviaban su fiebre. Mona sabía que en cierta ocasión mamá Wachera le había salvado la vida.



Grace abordó a la madre de David con una cortesía extremada, con muchísimo respeto, hablando el excelente kikuyu que había perfeccionado a lo largo de los años. Mamá Wachera correspondió con gran cortesía y modestia, pero Grace se fijó en que no le ofrecía una calabaza de cerveza.

—Estas cartas, mamá Wachera —dijo Grace, dándole el fajo atado con un cordel—, son para tu hijo, David. ¿Podrías hacérselas llegar?

Mamá Wachera miró fijamente a Grace.

Esperaron mientras las moscas zumbaban en medio del calor y una nube vagabunda cubría el sol. Pero la hechicera no dijo nada.

—Por favor —dijo Mona en inglés y luego, con su propio y rudimentario kikuyu, intentó explicar lo mucho que las cartas significarían para David.

Los ojos de Wachera se desplazaron hacia la cintura de Mona, luego volvieron a subir hacia su rostro. Había desprecio en la mirada, como si la africana conociese el secreto que se ocultaba debajo de la camisa de Mona.

—Mamá Wachera —dijo Grace—, tu hijo se pondría muy contento si pudiese leer estas cartas. No sabemos dónde está. Lo único que sabemos es que se adentró en la selva. Pero al marcharse, le dijo a mi sobrina que podía ponerse en comunicación con él por medio de ti. Dijo que tú la ayudarías.

Mamá Wachera miró a la mujer que muchos años antes había construido una extraña choza que consistía únicamente en cuatro postes y un techo de paja, la misma mujer que ahora poseía muchos edificios de piedra con calles asfaltadas y automóviles. Dijo:

—No sé dónde está mi hijo.

A pesar de ello, Grace dejó el fajo de cartas en el suelo, al lado de la hechicera y se volvió después de decir «*mwaiga*», que significa «todo está bien, vete en paz».

Al emprender la vuelta a la misión, Grace dijo a Mona:

—No te preocupes. Sabe dónde está David. Además, querrá cumplir los deseos de su hijo. Le hará llegar las cartas.



CAPÍTULO 51

Simón Mwacharo, uno de los guardianes del campo, odiaba y al mismo tiempo deseaba a Wanjiru Mathenge. La hacía llamar a su despacho una y otra vez, a cualquier hora del día o de la noche, interrumpiendo una comida o arrancándola del sueño, para interrogarla, para quebrantar su espíritu.

—¿Quién es tu superior inmediato en el mau-mau? —le preguntaba cientos de veces—. ¿Cuáles son las líneas de comunicación? ¿Cómo recibes tus órdenes? ¿Quién es Leopardo? ¿Dónde está el campamento?

Mwacharo llevaba a cabo estos interrogatorios fortuitos en su despacho, que era una barraca construida apresuradamente, paredes y techo de cinc ondulado, con sólo una mesa, una silla y un radioteléfono en el interior. Siempre interrogaba a Wanjiru en presencia de un oficial blanco y cuatro soldados de color, y durante horas, obligándola a permanecer de pie, tanto si el día era ferozmente caluroso y la cabaña se convertía en un horno, como si las lluvias frías creaban un ambiente gélido dentro de ella. Wanjiru temblaba o sudaba, se sentía débil y agotada, pero siempre permanecía en silencio. Desde su llegada al campo de máxima seguridad de Kamiti no había dicho ni una palabra a las autoridades.

Finalmente, después de una o dos horas de interrogatorio incesante, al ver que no averiguaba nada, Simón Mwacharo, la dejaba ir.

Pero era un hombre decidido. El mau-mau había dado a Wanjiru Mathenge el rango de mariscal de campo y las autoridades la habían calificado de «recalcitrante» y le habían dado una tarjeta negra, lo que quería decir que se encontraba entre los detenidos más peligrosos. Mwacharo sabía que arrancarle información significaría recibir elogios y posiblemente un ascenso de sus superiores.

Llevaba cinco meses interrogando a Wanjiru y sabía que al final la haría hablar.

* * *

—¡Presta atención, Hannah! —dijo Wanjiru a su hija de cuatro años—. Fíjate bien en lo que hago porque algún día serás una hechicera como tu abuela.

Las historias sobre mamá Wachera, la madre de su padre, eran las que más gustaban a Hannah, más aún que los cuentos sobre el monte Kenia. Le hubiera gustado que su madre le contase una ahora, en vez de enseñarle a extraer una asquerosa ningua de un dedo del pie.



—Ya está —dijo Wanjiru a la anciana embu sentada en el suelo con la espalda apoyada en la pared del barracón—. Lávate bien los pies y fíjate dónde los pones.

Wanjiru limpió su aguja, uno de sus bienes más preciosos, y la clavó en el cuello del vestido, luego se ocupó de la siguiente mujer.

Las tres mil mujeres internadas en el campo de detención de Kamiti ocupaban solamente una cuarta parte de las más de cuatro mil hectáreas de la prisión; estaban segregadas de la sección de hombres por una elevada valla metálica, torres de vigilancia y alambre de púas. A las personas encerradas en Kamiti las consideraban presos políticos peligrosos y, por consiguiente, el campo era de máxima seguridad; las condiciones eran duras tanto para los hombres como para las mujeres y los niños; la comida, deplorable; los presos vivían hacinados en las celdas y había demasiada gente para que la asistencia médica fuese suficiente para todos. Por eso Wanjiru, debido a su formación de enfermera, se había convertido en casi la única asistente sanitaria del Recinto D.

Después de examinar los brazos de la mujer, que presentaban heridas ulcerosas a causa de las torturas, Wanjiru dijo amablemente:

—Procura tenerlas siempre limpias, mamá. Y deja que el sol de la Madre África las cure.

Wanjiru se sentía impotente. Sin medicinas, sin vendas y sin alimentos apropiados, poco más podía hacer por aquellas pobres mujeres. Con todo, hacía cuanto le era posible, basándose en la formación que había recibido de las enfermeras británicas, que le habían enseñado medicina e higiene modernas, y recurriendo también a las curas tradicionales que había aprendido de mamá Wachera. A veces bastaba con que Wanjiru Mathenge echase un vistazo a sus dolencias o escuchara sus penas para que las prisioneras se sintiesen mejor. Todas coincidían en decir que era una suerte tenerla con ellas.

Después de atender a la última mujer, Wanjiru tomó la mano de su hija. Era la hora de recoger agua del pozo comunal.

Llevaba a Christopher atado a la espalda. El pequeño tenía dos años y empezaba a pesar. Wanjiru hubiese podido dejar a sus hijos bajo el cuidado de otras mujeres del recinto, como hacía la mayoría de las mujeres del campo, pero nunca los había perdido de vista desde el día de su nacimiento. Y no pensaba separarse de ellos ahora.

El cielo estaba gris y encapotado mientras andaba penosamente bajo la mirada vigilante de los guardianes africanos y blancos apostados en su torre, donde ondeaba la bandera británica. Pasó junto a grupos de mujeres sentadas o echadas en el suelo o apoyadas en las paredes de los barracones para protegerse del frío, pues muchas de ellas vestían de forma poco apropiada. Una vez más se preguntó qué crímenes habían cometido aquellas pobres criaturas. Sin duda, de las tres mil mujeres del



campo habría sólo unas cincuenta que eran del mau-mau como ella. ¿Qué habían hecho las demás para merecer semejante trato?

«No tienen esposo –pensó-. No las quiere nadie. Las consideran inútiles. Y ése es su gran crimen».

El agua era salobre y sucia, pero mejor que nada, por lo que Wanjiru exhortaba constantemente a las mujeres de su recinto a lavarse y a lavar a sus pequeños. Las enfermedades eran el peor enemigo en el campo de Kamiti y Wanjiru no paraba de proclamar lo que había que hacer para combatirlas.

Hizo una pausa con la calabaza en la mano para mirar a través de los enormes rollos de alambre de púas que rodeaban todo el campo. Era un lugar desolado. Sus ojos llegaban hasta muy lejos, hasta el lugar donde lluvias torrenciales caían sobre las montañas. Le pareció que el viento volvía a traerle las palabras del juez:

—Cargo: actividades terroristas contra la corona. Sentencia: cadena perpetua, prisión de máxima seguridad.

Cadena perpetua...

¿De veras iban a hacerle aquello? ¿Tenerles a ella y a sus hijos encerrados durante el resto de sus vidas? Wanjiru tenía sólo treinta y seis años y cadena perpetua significaba mucho tiempo.

Sintió a Christopher, cálido y pesado, sobre la espalda, y la diminuta mano de Hannah en la suya y de pronto el pánico y la furia se apoderaron de ella. ¿Qué crímenes habían cometido los dos pequeños salvo haber nacido con derecho a la libertad?

Una guardiana se le acercó. Era una mujer alta, de la tribu de los wakamba, y llevaba dos perros con cara de pocos amigos; la guardiana le ordenó que volviese a su barracón. Wanjiru pensó en David.

«¿Dónde estará? ¿Qué le ha hecho a él esta guerra?»

* * *

—Érase una vez —dijo Wanjiru en voz baja sobre el ruido de la lluvia— una hechicera muy sabia que vivía en una choza a la orilla de un río. Vivía con su abuela y su hijo, y eran muy felices allí en la orilla de aquel río, que les daba agua y alimentaba sus cultivos de maíz, mijo y judías. Un día llegó al río un hombre extraño. La hechicera jamás había visto un hombre como él. Su piel era del color de la rana verde pálido y hablaba en una lengua que los Hijos de Mumbi desconocían. La hechicera le llamó Mzungu, porque era tan extraño.

Las mujeres que compartían la celda con Wanjiru, acurrucadas unas contra otras para combatir el frío, prestaban mucha atención a su cuento. Nunca lo habían oído.

—Mzungu le dijo a la hechicera que le gustaba aquel lugar a la orilla del río y que le gustaría vivir allí. La hechicera le dio la bienvenida y le dijo que había comida,



agua y el sol suficientes para todos. Así que Mzungu se fue a construir su casa en otro lugar a la orilla del río.

»La hechicera, su abuela y su hijo vivían en paz a la orilla del río. Eran muy felices y se querían. Y no les importaba tener a Mzungu por vecino. Pero un día Mzungu se volvió codicioso.

Christopher se movió en el regazo de su madre. Ya había oído esa historia otras veces y ahora quería oír la del pavo silvestre y cómo había conseguido sus manchas. Hannah, acurrucada contra el costado de su madre, dormía con tres dedos metidos en la boca.

En la celda, construida para dar cabida a diez personas, veintiséis mujeres, algunas con niños pequeños y bebés, estaban sentadas junto a las paredes frías y húmedas o yacían en el suelo, escuchando el relato de Wanjiru. No importaba que no fuese un cuento conocido, tradicional -aunque éstos eran los mejores-; bastaba con que les proporcionara distracción y pudieran olvidar de momento lo cansadas que estaban después de pasarse todo el día trabajando en los campos, cultivando alimentos para los prisioneros, acarreando piedras para construir carreteras o enterrando a los numerosos muertos. Todas tenían hambre, pero durante un rato Wanjiru conseguía que no pensaran en la cena de gachas de maíz mal preparadas y servidas sin sal ni azúcar.

—Mzungu le dijo a la hechicera que quería más tierra, que la que tenía no era suficiente. Así que ella le dijo: «Toma lo que necesites; hay bastante para todos». Así que Mzungu tomó más tierra y amplió su *shamba*.

La lluvia caía con fuerza sobre el tejado de cinc ondulado y azotaba la única ventana de la celda. Aunque era de día, la luz en el interior de los barracones era escasa y no había lámparas ni bombillas. Las mujeres no tenían nada que hacer salvo dormir y despertar por la mañana a otro día de penalidades, de preguntarse dónde estarían sus esposos y cuándo las pondrían en libertad, de no saber por qué estaban encerradas.

Todas sabían que era por algo relacionado con el mau-mau. Pero la mayoría de ellas se preguntaban si el gobierno realmente creía que todas eran guerrilleras. ¿Lo era la desdentada mamá Margaret, o la coja Mumbi? Aquella tarde se había presentado en el Recinto D un «hechicero de rehabilitación» para administrar antijuramentos a las mujeres. A muchas les había parecido un ritual inútil, porque, para empezar, no habían prestado ningún juramento.

—Mzungu volvió de nuevo a la choza de la hechicera y le dijo que necesitaba todavía más tierra. Y ella dijo: «Toma la que necesites. Hay suficientes para todos». Mzungu hizo esto día tras día, hasta que para llegar a su *shamba* ya no hacía falta recorrer un largo camino. ¡Lindaba con la de la hechicera! Entonces Mzungu dijo: «Necesito más tierra». Y ella dijo: «Toma la que necesites. Hay suficiente para todos». Pero ahora Mzungu quería la tierra donde estaba la higuera sagrada, y la hechicera le



dijo cortésmente: «No, amigo mío. No puedes tomar ese terreno, porque, como puedes ver, pertenece a Ngai, el Señor de la Luz».

Las oyentes de Wanjiru expresaron con murmullos la aprobación que les merecía la respuesta de la hechicera. Pero todas profirieron exclamaciones cuando Wanjiru les contó que Mzungu había arrancado la higuera de todos modos.

—La hechicera lanzó una *thahu* contra Mzungu y todas sus generaciones venideras y dijo que la maldición duraría hasta el día en que la tierra sagrada les fuera devuelta a los Hijos de Mumbi.

Las mujeres aplaudieron y todas afirmaron que había sido una historia muy buena. Luego se prepararon para la larga noche de sueño y hambre, procurando abrigarse con la única manta que habían proporcionado a cada una de ellas; algunas intentaron amamantar a sus bebés con sus secos pechos; otras lloraban al recordar los hogares de donde las habían arrancado. En la mayoría de los casos, los soldados se habían presentado inesperadamente en el poblado y se las habían llevado en camiones, tras separarlas de sus hombres, mientras otros soldados entraban en las chozas y salían con los brazos cargados.

—¡Mamá Wanjiru! —dijo una voz apremiante desde la entrada sin puerta de la celda—. ¡Ven en seguida! ¡Mamá Njoki está muy enferma!

Wanjiru acompañó a la mujer a la celda contigua, donde Njoki se encontraba sentada con la espalda contra la pared. Bajo la luz acuosa que entraba por la ventana Wanjiru vio que la mujer tenía la lengua hinchada y muy enrojecida. También tenía llagas en el cuerpo y la piel aparecía curiosamente suelta en algunas partes.

—¿Cómo te encuentras, mamá? —preguntó dulcemente Wanjiru—. ¿Has vomitado? —la mujer asintió con la cabeza—. ¿Has tenido diarrea? —otro gesto afirmativo con la cabeza—. ¿Te arde la garganta? —Wanjiru vio que la mujer abría y cerraba las manos varias veces, sin poder evitarlo. También vio que el delirio no estaba lejos y, después del delirio, la muerte.

—¿Hay otras como ella? —preguntó a la mujer que la había avisado.

Sí, había otras, pero ninguna estaba tan mal como mamá Njoki.

—Tengo que ver a Simón Mwacharo —dijo Wanjiru a la guardiana encargada del barracón—. ¡Es urgente!

Dwyer, el oficial británico, se hallaba en el despacho de Mwacharo. Habían estado jugando a los naipes bajo el ruido atronador de la lluvia sobre el tejado. Los dos se sorprendieron al ver entrar a Wanjiru calada hasta los huesos. Durante unos breves instantes Mwacharo pensó, esperanzado, que Wanjiru iba a darle la información que quería, pero la esperanza se esfumó cuando la recién llegada dijo:

—Hay un brote de pelagra en el Recinto D.

—¿Cómo lo sabes?



—He visto a las víctimas. Algunas están muy enfermas. Morirán si no mejoráis nuestra alimentación. ¡Necesitamos algo más que maíz!

—¿De qué estás hablando? —preguntó el oficial Dwyer—. Si es lo único que coméis.

—¡Necesitamos judías verdes! Comer sólo maíz produce una deficiencia de vitamina B.

Dwyer puso cara de sorpresa.

—¿Y cómo puedes saberlo tú?

Wanjiru dirigió una mirada de desprecio al oficial blanco.

—Estudié para enfermera en Nairobi. Conozco la relación que hay entre la nutrición y la salud. ¡Y os digo que la comida en este campo no es sana!

El oficial Dwyer se sintió impresionado durante unos momentos. Era la primera vez que se encontraba con una africana educada.

—¿Y por qué crees que deberíamos alimentarnos? ¿Para que repongáis fuerzas y podáis volver a la selva y luchar contra nosotros un poco más?

—¿De modo —dijo Mwacharo, acercándose a ella— que quieres que os ofrezca un banquete todas las noches?

—Bastará con que nos dejéis cultivar judías. O que el *daktari* distribuya tabletas de vitaminas. La pelagra se propagará si no la cortamos ahora.

Mwacharo sonrió y de repente a Wanjiru le entró frío.

—¿Y qué harás a cambio? —preguntó.

—Por favor, dadnos mejor de comer —dijo Wanjiru con voz queda.

El guardián apoyó la mano en un seno y lo apretó. Wanjiru cerró los ojos.

—Cuando me des la información que necesito —dijo Mwacharo— sobre la organización secreta del mau-mau y sobre Leopardo; entonces me ocuparé de que recibáis vuestras vitaminas.

* * *

Mamá Njoki murió al día siguiente, al igual que otras dos mujeres y tres niños. Sacaron a Wanjiru de la cantera, donde se pasaba el día picando piedra, y la destinaron a un piquete de enterramiento. Por la noche visitó todas las celdas del Recinto D y vio que los casos de pelagra iban en aumento.

Comenzó su protesta entre las mujeres de su propia celda y de allí se extendió a todo el recinto.

—¡Madres de Kenia! —gritó—. ¡Nos están matando con su mísera comida! ¡Debemos unirnos y resistir! ¡No podemos permitirles que nos asesinen de esta manera insidiosa! ¡No dejemos que el tribalismo nos impida formar un frente unido!



¡No debemos ser kikuyu, luo o wakamba, sino que tenemos que recordar que todas somos madres kenianas y estamos luchando por el futuro de nuestros hijos!

Como castigo por sus palabras instando a la insurrección, Wanjiru, junto con mamá Ngina, la esposa de Kenyatta, fue obligada a acarrear los cubos con los excrementos de las prisioneras.

Pero siguió predicando a sus compañeras, incitándolas, por lo que al final la encerraron en una celda de aislamiento, sin sus hijos, durante veintiún días. Pero incluso desde allí continuó Wanjiru organizando una huelga de hambre. A sabiendas de que los guardianes no eran kikuyu, cantaba por las noches y su voz sonaba por todo el recinto y en sus canciones kikuyu les decía a las madres de Kenia que rechazasen la comida que les daban por la mañana, y que dejaran los azadones y se negaran a acarrear piedras en tanto no mejorase la alimentación.

Cuando la soltaron al cabo de tres semanas y salió parpadeando de la celda, Wanjiru vio con alegría que su plan había dado resultado; las mujeres habían escuchado sus canciones y hecho lo que en ellas les pedía. El boicot a la comida había dado por fruto la concesión de permiso para cultivar judías y una distribución semanal de tabletas de vitaminas.

Pero ya era demasiado tarde para la pequeña Hannah.

—Hicimos cuanto pudimos —le dijeron las mujeres de su celda—. Pero la ayuda llegó demasiado tarde. Ahora no puede comer.

Wanjiru se sentó con la niña desfallecida en sus brazos, acunándola, cantándole una canción de cuna kikuyu mientras Christopher las miraba con ojos grandes y solemnes. A medianoche Hannah se movió, dijo «mamá» y murió.

Al día siguiente, la propia Wanjiru cavó la sepultura, una de las muchas que tuvieron su origen en el brote de pelagra, y devolvió su hija a la tierra de la Madre África.

* * *

Llevaban ya varias horas en ello y Wanjiru apenas podía sostenerse en pie. Simón Mwacharo no daba pausa a su interminable interrogatorio:

—¿De quién recibías las órdenes? ¿En qué parte de la selva estaba tu campamento? ¿Quién es Leopardo?

La sesión resultó demasiado larga incluso para el oficial Dwyer, que finalmente se fue.

—Déjame dormir —dijo Wanjiru—. Por favor...

—Después de que me digas lo que quiero saber. Dame la información sobre el mau-mau y podrás tener todo lo que quieras. Te lo prometo.

Wanjiru se sentía mareada. Llevaba más de un día sin comer y Simón Mwacharo la había tenido de pie durante horas.



—Mujer estúpida —dijo Mwacharo—, tu tozudez será tu sentencia de muerte, ¿o es que no te das cuenta de ello?

Y si no te preocupas por ti misma, ¿qué me dices de tu hijo?

Wanjiru pensó en Christopher, que estaba en la celda bajo el cuidado de las otras mujeres.

«Si tiene que morir por la *uhuru*, sea —pensó Wanjiru—. No traicionaré mi causa sólo para salvarle la vida a mi hijo».

—Dime lo que quiero saber —dijo Mwacharo—, o te lo arrancaré a la fuerza.

Se acercó a la puerta y la cerró con llave. Al verle hacer una señal a los cuatro soldados negros, Wanjiru se puso alerta de pronto.

—Te lo estás buscando desde hace tiempo —dijo, empezando a desabrocharse el cinturón—. Con tus vitaminas, tus boicots y tus aires de superioridad. Ya te demostraré yo lo que eres en realidad. Te enseñaré lo que te mereces.

Y ya puedes gritar cuanto quieras, que nadie te hará caso aunque te oigan.

Los soldados negros la obligaron a tenderse en el suelo. Dos le sujetaron los brazos; los otros dos, las piernas.

Simón Mwacharo se desabrochó los pantalones y dijo:

—Cuando yo acabe, estos cuatro se turnarán para hacer lo mismo.

Wanjiru clavó sus ojos horrorizados en el techo. Se concentró en las colinas y los valles del cinc de color gris, recordando las colinas y los valles verdes de su hogar en el distrito de Nyeri. Pensó en los bosques de pino y en su dulce aroma, en los arroyos y las cascadas, en la abundancia de pájaros y flores, en los niños que cantaban en el poblado, en las mujeres trabajando alegremente al sol, en el esposo al que tanto había querido en otro tiempo...

Wanjiru echó la cabeza atrás y chilló:

—¡David!



CAPÍTULO 52

Mona llevaba casi dos horas sentada junto a la ventana, observando el exterior, cuando por fin su vigilancia se vio recompensada.

—¡Tío James! —exclamó, levantándose de un salto.

Salió corriendo a la galería de la casa de Grace para recibirle, su bebé de tres meses en brazos, pero en cuanto vio la expresión de James al apearse del coche, supo que su viaje a Nairobi había sido en vano.

—Lo siento. Mona —dijo James, subiendo la escalera cojeando. James tenía ya sesenta y seis años y la vieja herida de la primera guerra mundial le hacía la vida imposible—. He hecho muchas indagaciones y David Mathenge sencillamente no está entre los detenidos.

—Lo cual quiere decir que todavía está en la selva.

—O que ha muerto —dijo James, apoyando una mano en el hombro de la muchacha—. Tienes que aceptar esa posibilidad, Mona. Murieron muchos.

James Donald se refería a la Operación Yunque, que había tenido lugar hacía tres meses, en abril: los británicos habían lanzado una campaña masiva contra el mau-mau cuyo resultado había sido la detención y el encarcelamiento de treinta y cinco mil africanos. Como Mona no había tenido noticias de David durante el año transcurrido desde su desaparición, y como tampoco había recibido respuesta a ninguna de las cartas que continuaba entregando a mamá Wachera, decidió que debía de estar en algún campo de detención y que, por consiguiente, no podía ponerse en contacto con ella.

De modo que James se había brindado a valerse de su influencia y hacer algunas indagaciones. Él, Geoffrey, Grace y Mario, el criado, eran las únicas personas que estaban enteradas de que David se había unido al mau-mau y que era el padre del bebé que Mona llevaba en brazos.

Toda la colonia estaba llena de especulaciones sobre el bebé ilegítimo de Mona Treverton. ¿De quién podía ser? Decían los chismosos que siempre había parecido una mujer tan simpática, tan decente, aunque claro, ya se sabía cómo había terminado su madre. La opinión más generalizada decía que el bebé era de Geoffrey Donald, que siempre estaba en Bellatu.



A Mona no le preocupaban los rumores. La niña tenía poco pelo en la cabeza y su piel era de color crema. Se parecía a cualquier otro bebé. Pero Mona sabía que llegaría un momento en que la ascendencia africana de su hija empezaría a notarse, y entonces sin duda abundarían las expresiones de extrañeza. Mona tenía la esperanza de que para entonces Kenia ya habría resuelto sus diferencias y que su hija no tendría que sufrir un estigma social y racial.

—Tiene que haber un futuro para nosotros —le había dicho David aquella noche de junio del año pasado, cuando habían hecho el amor y se habían jurado devoción eterna— en el que podamos caminar juntos bajo el sol, como marido y mujer.

«¿Habrà tal futuro para nosotros? -se preguntó Mona al entrar con sir James en la cocina, donde Mario estaba preparando el almuerzo-. ¿Un futuro en el que David y yo podamos casarnos sin ser rechazados, en el que podamos viajar juntos en el mismo vagón de tren, entrar juntos en el comedor de un hotel, sentarnos y encargarnos algo de comer?»

Ya avanzada la noche, cuando estaba acostada con el bebé en brazos, Mona anhelaba a David y ello le hacía creer que dicho futuro no sólo era posible, sino que estaba muy cerca. A la luz del día, sin embargo, cuando se ceñía el revólver al cinto y oía las noticias de nuevos asesinatos, nuevas atrocidades por ambas partes, el hermoso futuro se desvanecía como una rosa de té expuesta a un exceso de sol. En Kenia los blancos siempre habían viajado en los vagones de primera clase y los africanos en los de tercera y nunca se sentaban a comer juntos. Su fantasía era descabellada, como desear la luna.

—*Jambo, bwana* —dijo Mario sirviendo el té de James—. ¿*Habari gani?*

—*Mzuri sana*, Mario. ¿Y tú?

—Corren malos tiempos, bwana. Muy malos.

Malos, sí, reconoció James, pero mejorando día a día. En los tres meses transcurridos desde la Operación Yunque los británicos había empezado a notar una disminución clara de la fuerza del mau-mau. Aunque no todos los treinta y cinco mil detenidos eran mau-mau, al lanzar una red tan amplia las autoridades habían atrapado por coincidencia unos cuantos peces gordos. Si lograban echarle el guante al que hacía prestar juramento en la región, así como a miembros del alto mando terrorista, tales, como Dedan Kimathi, o el llamado Leopardo, James estaba seguro de que la rebelión se apagaría como una llama.

Y después, ¿qué?

James removió el té con gesto ensimismado. Más allá de las ventanas las abejas zumbaban alrededor de las caléndulas y los pensamientos de Grace, en las calles pavimentadas se observaba el habitual ajeteo de la misión y soldados británicos patrullaban por el perímetro con las armas a punto para disparar.



A James Wonald no le cabía la menor duda de que el mau-mau había cambiado a Kenia para siempre. Sabía que cuando terminase la guerra civil se harían innovaciones drásticas. De hecho, ya había sucedido algo que ningún colono blanco hubiera soñado jamás: en el gobierno había ahora un ministro africano, el primero.

«Pero si los africanos esperan el autogobierno -pensó James-, ¿a quién elegirían como líderes?»

— ¿Has visto a Geoffrey? —preguntó.

—Estuvo aquí hace un rato —dijo Mona, empezando a darle el biberón a Mumbi—. Él y Tim Hopkins se han ido con el oficial del distrito para buscar de nuevo al sujeto que obliga a prestar el juramento. Piensan llevar a cabo una redada por sorpresa.

James tomó una rebanada de pan y la untó de mantequilla. No sabía qué había ocurrido entre su hijo y Mona, sólo que había sido lo bastante grave como para causar una desavenencia irreparable entre ellos. A James le daba la impresión de que Geoffrey y Mona no se hablaban desde hacía casi un año. Y siempre que Geoffrey llegaba de visita con Ilse y los cinco niños, Mona inventaba alguna excusa para salir de la habitación. James sospechaba que lo sucedido tenía algo que ver con David Mathenge.

—Mario —dijo James—. Me parece que se me ha acabado la compota. ¿Por casualidad hay...?

Al volverse, vio con sorpresa que el criado ya no estaba allí.

* * *

Las neblinas bajaban del monte Kenia y se enroscaban en los troncos de los árboles, tragándose la hierba y los matorrales, depositando gotas de humedad en las hojas y los pétalos. Al dar la medianoche, la selva ya se había transformado en un reino humoso y misterioso, una especie de mundo sobrenatural como aquel en que, según la creencia kikuyu, vivían los antepasados.

Dos hombres caminaban solos a través de la niebla que les adornaba el pelo y mojaba sus ropas harapientas. Habían recorrido una gran distancia desde los marjales cubiertos de nubes que había en lo alto de los Aberdare, donde selvas de bambúes gigantescos y pantanos traicioneros ocultaban su campamento secreto. Caminaban con cautela, sus sentidos agudizados, como de animales, después de vivir tanto tiempo en la selva. Oían como oye el leopardo, olfateaban como olfatea el antílope y andaban como si tuvieran garras, silenciosamente, letalmente. Se sabían rodeados de peligros, no sólo a causa de las fieras de la selva, sino también de los soldados británicos que habían empezado a infiltrarse en las selvas de la montaña utilizando una nueva táctica guerrillera.

Los dos hombres eran mau-mau. Eran hombres desesperados y estaban cumpliendo una misión.



De repente se detuvieron los dos y escucharon con atención. No muy lejos de donde se encontraban había un campamento. Hasta sus oídos llegaba el crepitar del bambú en las hogueras. El líder de los dos avanzó sigilosamente, el fusil dispuesto a hacer fuego. Caminaba con el pulgar en el seguro y un dedo en el gatillo. Si los soldados advertían su presencia, tendría que apresurarse a disparar.

Pero él y su compañero vieron a través de los árboles que los soldados estaban comiendo y tratando de protegerse del frío bajo unas lonas embreadas. Estaban pálidos y cariacontecidos, fuera de lugar en la selva silenciosa llena de neblinas y enredaderas.

Los dos mau-mau siguieron su camino. Su misión era demasiado importante para desviarse con el fin de matar a un puñado de soldados británicos.

Sus órdenes las habían recibido de las instancias más altas de la organización, del mismísimo Dedan Kimathi, el comandante supremo del mau-mau. Los espías habían informado de que en casa de la memsaab Daktari, Grace Treverton, tenían un recién nacido blanco. Kimathi quería ese bebé, y lo quería vivo.

Desde la Operación Yunque, que había perjudicado al mau-mau hasta el extremo de que muchos guerrilleros veían ahora cortadas sus líneas de abastecimiento y pasaban hambre, estaban enfermos y vestían harapos, Kimathi había decidido poner en marcha la mayor campaña de reclutamiento llevada a cabo hasta la fecha. En ese momento sus hombres hacían incursiones en los hogares kikuyu, obligando a sus habitantes a prestar juramento. Era la única forma de incrementar los efectivos del ejército mau-mau. Pero como había leales recalcitrantes, kikuyu que llevaban dos años resistiéndose al mau-mau, Kimathi sabía que el juramento tenía que ser de un tipo especialmente potente y virulento. En la ceremonia no iban a utilizarse perros ni vírgenes, sino al hijo de una memsaab blanca. Una vez comida la carne tabú, ninguno de los obligados a prestar juramento podría desobedecer las órdenes de Kimathi.

Cuando los dos hombres -el líder, llamado Leopardo, y su compañero, el que obligaba a prestar juramento- salieron por fin de la selva, encontraron un mundo bañado por la luz de la luna. Minúsculas *shambas* ocupaban las laderas cubiertas de hierba de las colinas paralelas al río; dedos de humo se elevaban de los tejados cónicos; la extensa Misión Grace, que parecía una ciudad pequeña, dormía detrás de ventanas y puertas cerradas con llave. Los dos mau-mau vieron soldados que hacían sus rondas en silencio. Uno de ellos, el que se encargaba de hacer prestar juramento, señaló a su compañero la casa grande que se alzaba en el centro de un jardín con árboles, donde vivía la memsaab Daktari. Dijo que el bebé estaba allí, en la habitación que quedaba enfrente del sicómoro gigante. Y aseguró a su compañero que la ventana no estaba cerrada con llave.

Antes de bajar por el sendero que llegaba hasta el río, Leopardo se detuvo. Extendido ante él, misterioso y fantasmagórico bajo la luz de la luna, se encontraba el rectángulo olvidado del campo de polo con tres chozas kikuyu en el extremo sur. Sus ojos se desplazaron hacia el risco que quedaba enfrente, donde, iluminada también



por la luz de la luna llena, había una magnífica casa de dos plantas que parecía una joya sobre terciopelo verdinegro. La casa estaba a oscuras. Pensó en su habitante, dormida en la oscuridad, y recordó la cama en que dormía. Y durante unos segundos el dolor se apoderó de él.

Pero todo -el río tranquilo, las tres chozas, la casa de la colina- se había ido para siempre.

Mona dormía agitadamente, acosada por sueños desagradables, y despertó más de una vez con el corazón disparado.

Esta vez, al despertar, se quedó mirando fijamente el techo oscuro y escuchó el silencio que reinaba en la casa. En el cuarto del otro extremo del pasillo dormían la tía Grace y el tío James. Tim Hopkins había instalado un petate en la despensa contigua a la cocina. En esos tiempos del estado de excepción los colonos que se habían quedado en Kenia se arracimaban en busca de seguridad.

Mona siguió escuchando la casa, el corazón latiéndole con fuerza. Le pareció oír un ruido.

Pero la casa estaba cerrada a cal y canto; James y Mario se habían encargado de ello. Y había soldados a su alrededor.

Levantó la cabeza de la almohada y miró la silueta de la camita a los pies del lecho. Su hija, la alegría de su vida, soñaba pacíficamente, sumida en su inocencia infantil.

Y entonces una sombra bloqueó de pronto la luz de la luna que entraba por la ventana. Mona soltó un respingo y se incorporó. Tomó su pistola, saltó de la cama y encendió la luz.

Soltó una exclamación.

Dos mau-mau harapientos, uno de ellos con barba y pelo largo, el otro con una cara conocida, de confianza, llenaron de repente la minúscula habitación. Mona alzó el arma y apuntó. Y entonces sus ojos se cruzaron con los del barbudo.

—¿David? —susurró.

El hombre la miró fijamente y en su rostro se pintó la confusión.

Mona miró al otro hombre: Mario. Su rostro era el mismo, ¡pero sus ojos! Había en ellos una expresión de salvajismo que la llenó de terror. Y súbitamente se dio cuenta de lo que querían. Venían por la niña.

—No —susurró Mona—. ¡David, no hagas esto! ¡Es nuestra hija! ¡Es tu hija!

David miró en la camita. Su cara parecía la de un hombre que acabase de despertar de un largo trance. Se veía desorientado, como si le sorprendiera verse allí.

—¡David! —exclamó Mona. ¡Tú nunca recibiste mis cartas!



Con un movimiento repentino y rápido, Mario metió las manos en la camita y se apoderó de Mumbi.

—¡No! —gritó Mona. Disparó la pistola y la bala hizo saltar astillas de la pared.

Mario alzó su *panga* para arrojarlo contra Mona. David le sujetó el brazo, pero Mario lo apartó de un empujón y David chocó contra la pared con violencia, y quedó aturdido.

La puerta del dormitorio se abrió bruscamente y James entró corriendo con un garrote en la mano. Intentó golpear a Mario. Pero el *panga* dio en el blanco antes. Sujetándose el cuello, James cayó de rodillas.

Mona se abalanzó sobre Mario y trató de arrebatarle el bebé. Mario le quitó la pistola e hizo fuego, pero erró el tiro.

David volvió a levantarse y se puso a forcejear con Mario. La niña cayó al suelo, entre los pies de los dos hombres.

Mona intentó gatear hasta ella.

La pistola de Mario hizo fuego y David salió disparado hacia atrás, apretándose el pecho con las manos.

Mona corrió hacia él y David cayó en sus brazos.

Y entonces sonó otro disparo. Grace Treverton acababa de aparecer en el umbral, sujetando su pistola con las dos manos. Hizo un segundo disparo y Mario cayó muerto al suelo.

* * *

El doctor Nathan cerró silenciosamente la puerta del dormitorio de Grace y dijo:

—Ahora dormiré. Le he administrado un sedante.

—Sí —dijo Geoffrey. Estaba aturdido a causa de la conmoción. Había llegado a la mayor velocidad posible desde Kilima Simba al recibir la llamada telefónica, pero su padre había muerto minutos antes a causa de la herida de *panga*.

Tim Hopkins, que había llegado después de dispararse la última y fatal bala, salió ahora de su estupor y sus ojos recorrieron la cocina abarrotada. Estaba llena de soldados que interrogaban a kikuyu medio dormidos. El que obligaba a prestar juramentos era Mario, según descubrieron. Pero nadie parecía saber qué relación tenía David Mathenge con el mau-mau.

—¿Dónde está Mona? —preguntó Tim.

—No lo sé ni me importa —ahora Geoffrey odiaba verdaderamente a Mona. Todo había ocurrido por su culpa. Se alegraba de que su amante negro hubiera muerto, como también había muerto el bebé mestizo de los dos. Geoffrey creía que era un castigo justo.



—Perdone, señor —dijo uno de los soldados—. Si se refiere a la señorita Treverton, salió de la casa hace un rato y subió por aquel sendero.

Tim miró por la puerta abierta. El soldado señalaba hacia Bellatu.

—¿Y la dejaste salir? ¡Idiota!

Salió corriendo de la casa de Grace y empezó a subir la escalera de madera que llevaba al risco cubierto de hierba.

Al llegar arriba, se detuvo y miró a su alrededor. La noche era clara, con luna llena y estrellas. Los cafetos marchitos y sin recolectar formaban miles de hileras bañadas por la luz de la luna que se extendían hasta un monte Kenia plateado y envuelto por las neblinas. Se volvió hacia la casa. Estaba oscura. Pero vio que la puerta de atrás se encontraba abierta.

Entró y aguzó el oído. Se oían ruidos sobre su cabeza. Cruzó corriendo el comedor y la sala de estar y subió los peldaños de dos en dos hasta llegar al segundo piso. Se detuvo y sus ojos recorrieron todo el pasillo sumido en la penumbra. El aire olía a lugar cerrado. Vio que de una de las habitaciones salía una luz tenue.

Tim encontró a Mona en una habitación llena de polvo y telarañas que parecía no haber sido utilizada desde hacía muchos años. Dominaba la habitación una antigua cama con pabellón cuyo cobertor y fruncidos aparecían amarillentos debido al paso del tiempo. Y había también un tocador lleno de frascos de perfume vacíos. Mona estaba arrodillada, revolviendo frenéticamente el contenido de un cajón.

—Mona —dijo Tim, entrando en la habitación—. ¿Qué haces?

Con mano temblorosa Mona sostenía una linterna mientras la otra mano revolvía prendas de encaje, seda y raso.

Tim se acuclilló a su lado y volvió a decir:

—¿Qué haces, Mona?

—No lo encuentro —dijo ella.

—¿Qué es lo que no encuentras?

—No... no lo sé —del cajón salían volando batas, primorosas camisas de dormir de color de rosa y prendas interiores delicadas como telarañas—. ¡Pero tiene que estar aquí!

Tim miró a su alrededor y vio que Mona había buscado en todos los cajones de la habitación. El suelo estaba lleno de cosas: prendas de vestir, papeles, fotografías. Recordó con un escalofrío que esa habitación había sido la de lady Rose, y que la habían cerrado muchos años antes. Y entonces recordó la noche del asesinato del conde, el desesperado paseo en bicicleta.

—Mona —dijo dulcemente—, ¿qué es lo que buscas?



—No lo sé. Pero tiene que estar aquí. En otro tiempo estaba aquí... —rompió a llorar.

Tim la rodeó con sus brazos y trató de consolarla. Mona apoyó la cara en su pecho y siguió llorando. Tim la hizo levantarse y la abrazó con fuerza mientras ella sollozaba y desahogaba todo su dolor y toda su angustia.

—¡Siento tanto dolor! ¡Oh, Tim, el dolor!

Tim no sabía qué decir. Pero comprendía los sentimientos de Mona porque él había sentido lo mismo hacía muchos años, al entrar en el callejón y recibir la noticia de que Arthur había muerto al intentar salvarle la vida.

—¡Tim! ¡Tim! —sollozó Mona—. ¡Abrazame! ¡Por favor, abrazame! ¡No me sueltes!

Tim la abrazó con más fuerza y Mona se aferró a él. Los recuerdos, la simpatía, hicieron que las lágrimas aflorasen a los ojos de Tim.

—¡Siento tanto dolor! —susurró Mona—. No puedo soportarlo.

Acercó la boca a la suya y Tim dejó que lo besara.

—No me dejes —dijo Mona—. No puedo soportarlo.

Tim lloró con ella, volviendo a sentir el dolor de antaño, los años vacíos y sin amor que habían seguido a la muerte de Arthur. Cuando Mona se apoyó en él, como si no pudiera seguir de pie, Tim la condujo hacia la cama polvorienta que había hecho el largo viaje desde Bella Hill en 1919.

Tim la acostó sin dejar de abrazarla, intentando calmarla. Mona lloró entre sus brazos, aferrándose a él, besándole la cara.

Dijo cosas que Tim no quería oír.

Y susurró:

—El dolor, Tim. Haz que el dolor se vaya. No puedo soportarlo...

Y de esta manera Tim Hopkins, que jamás había amado a una mujer, pensando ahora en el hermano de Mona, la única persona a quien había querido en la vida, y adivinando por las manos de Mona lo que ella quería de él, la consoló a su modo, torpemente, angustiadamente.



Séptima parte

1963



CAPÍTULO 53

Deborah miraba con fascinación los reflejos del sol en el agua pensando que parecían ámbar sobre diamantes.

Se arrodilló en la margen del río, envuelta en un rayo de luz dorada, una niña pequeña y descalza cuyos largos cabellos negros se habían escapado de la cola de caballo y ahora colgaban la mitad sobre la espalda y la otra mitad sobre un hombro. Estaba inmóvil y parecía haber surgido de la arcilla, como el bambú, los helechos y la hierba que la rodeaban. Su blanco vestido de algodón recibía la luz del sol y la suavizaba; la multitud de matices verdes del follaje exuberante se reflejaba en la piel morena de sus brazos y piernas. La rodeaba una especie de aura forestal, como si fuese una ninfa del bosque.

Deborah permanecía tan quieta porque estaba observando un par de nutrias que jugueteaban en un estanque entre los grandes peñascos de la orilla. Sus cuerpos de color marrón rojizo relucían bajo el sol; sus cabecitas redondas, de orejas cortas, se sumergían en el agua para salir de nuevo a los pocos instantes, moviendo los bigotes. Parecían darse cuenta de la presencia de la niña mientras jugaban; Deborah estaba segura de que lo hacían especialmente para ella.

El calor del sol penetró en la tela del vestido y la pequeña de ocho años empezó a sentirse adormilada de un modo agradable. Sus ojos grandes y negros contemplaban las ondas en la superficie del estanque, hipnotizados por los guijarros amarillos, marrones y grises que brillaban en el fondo. Parecían huevos de pájaro o joyas del tesoro de algún rey antiguo. Metió la mano en el agua. Estaba helada. Estaba helada porque procedía de las cimas de las montañas, de un lugar que, según su institutriz, se llamaba los montes Aberdare. El agua había recorrido todo el camino desde los picos neblinosos y pantanosos, atravesando selvas tan espesas que ningún ser humano las había penetrado jamás, siguiendo corrientes secretas y saltando cascadas hasta llegar finalmente a esta garganta llamada río Chania.

Deborah amaba el río. Era el único mundo que conocía.

Un parloteo en lo alto la arrancó de su ensueño. Protegiéndose los ojos con la mano, alzó la mirada y vio una familia de monos que se abría paso entre los castaños. Deborah se echó a reír y los llamó. Parecían bellos adornos en los árboles cubiertos de líquen, el pelo largo y blanco y la cola poblada cubrían las ramas como musgo claro. Se silbaban unos a otros y miraban a la niña con ojos de persona mayor. Estaban acostumbrados a ella, porque siempre la veían en ese lugar del río.



Deborah se echó boca arriba y miró el cielo a través de las ramas. Era un azul sin fin. Aún no había ninguna señal de las lluvias que su madre esperaba.

Cerrando los ojos, inhaló los perfumes embriagadores de la orilla; la tierra húmeda; la hierba, los árboles y las flores; el aire cristalino de la montaña que llegaba de los Aberdare. Notaba un pulso debajo de las manos; oía respirar el viento. África estaba viva.

Deborah abrió los ojos, sobresaltada.

A pocos pasos de ella, observándola, había un chico.

Deborah se levantó y dijo:

—Hola. ¿Quién eres?

El chico no contestó.

Deborah lo miró con atención. Nunca lo había visto y se preguntó de dónde vendría.

—¿Hablas inglés? —preguntó.

El niño la miraba fijamente, con expresión recelosa. A Deborah le pareció que estaba a punto de dar la vuelta y huir corriendo. Así que le preguntó en suajili:

—¿Hablas inglés?

El niño dijo que no con la cabeza.

—¿Suajili?

El niño asintió lentamente con la cabeza.

—¡Estupendo! ¡Yo también! ¿Cómo te llamas?

El niño titubeó, y al hablar lo hizo con voz suave, tímida:

—Christopher Mathenge.

—Y yo Deborah Treverton. Vivo en esa casa grande que hay allí arriba.

Señaló el risco cubierto de hierba. Christopher se volvió y miró hacia arriba. Desde la orilla del río la casa no era visible; sólo se veían hileras de cafetos muertos.

—¿De dónde eres? —preguntó Deborah.

—De Nairobi.

—¡Oh, Nairobi! ¡Nunca he estado allí! ¡Debe de ser muy grande y maravilloso! ¡Cómo te envidio! —metió la mano en el bolsillo y luego se la tendió—. ¿Quieres un caramelo?

El niño miró los caramelos. Parecía indeciso. «Tan serio que es», pensó la niña. Finalmente, cuando Christopher tomó uno, Deborah dijo:

—¡Toma dos! ¡Son buenísimos!



Comieron caramelos juntos y cuando se los hubieron comido todos, Christopher ya empezaba a sonreír.

—¡Así está mejor! —dijo Deborah—. Eres nuevo aquí. ¿Dónde vives?

El niño señaló las chozas de barro que se arracimaban en el borde del campo de polo abandonado.

—¡Oh! —exclamó Deborah, sintiendo un estremecimiento delicioso—. ¡Vives con la hechicera! ¡Tiene que ser de lo más emocionante!

Christopher no parecía demasiado seguro de que lo fuese.

—Es mi abuela.

—Yo no tengo abuela. Pero sí tengo una tía. Es dueña de la misión que hay allí. ¿Tienes padre?

Christopher dijo que no con la cabeza.

—Yo tampoco. Mi padre murió antes de que yo naciera. Vivo sola con mi madre.

Se miraron bajo la luz difusa, quebrada por los árboles. De repente a Deborah le pareció muy significativo que el niño tampoco tuviera padre y se percató de que había algo triste en él. Era mayor que ella -aparentaba unos once o doce años-, pero tenían algo muy importante en común.

—¿Te gustaría ser mi mejor amigo? —le preguntó Deborah.

El niño frunció el ceño, sin entenderla.

—¿O ya tienes un mejor amigo?

Christopher pensó en los chicos a los que apenas había conocido en Nairobi. Como su madre cambiaba de domicilio tan a menudo y habían vivido en tantos sitios desde que salieran del campo de detención, Christopher y su hermana pequeña, Sarah, nunca habían tenido amigos permanentes.

—No —dijo con voz queda.

—¿Es que no tienes ningún amigo?

Christopher bajó los ojos y clavó los dedos desnudos de los pies en la tierra.

—Ninguno.

—¡Yo tampoco! ¡Entonces seremos amigos tú y yo! ¿Te gustaría?

El pequeño dijo que sí con la cabeza.

—¡Muy bien! Voy a enseñarte mi lugar especial. ¿Te dan miedo los fantasmas?

Christopher la miró con suspicacia.

—Dicen que mi lugar especial está encantado. ¡Pero yo no me lo creo! Ven conmigo, Christopher.



Echaron a andar a lo largo del río, Deborah charlando sin parar.

—Tendría que estar estudiando mis lecciones, pero la señora Waddell está echando la siesta. La señora Waddell es mi institutriz y no es muy buena. Tenía que ir a la escuela blanca de Nyeri, pero la cerraron porque se marchan tantos blancos de Kenia que ya no quedaban suficientes alumnos para tener la escuela abierta. ¿Por qué crees tú que pasa esto? ¿Por qué todos los blancos se marchan de Kenia?

Christopher no estaba seguro, pero sabía que tenía algo que ver con un hombre que se llamaba Jomo Kenyatta. Su madre le había contado muchas cosas sobre Jomo, que había estado en la cárcel tanto tiempo como ella y que había salido al mismo tiempo también, ahora hacía dos años. Christopher había oído decir que los blancos le tenían miedo a Jomo. Pensaban que iba a vengarse de ellos por haberlo tenido encarcelado durante tantos años.

—De hecho, sí tengo un amigo —iba diciendo Deborah mientras bordeaban el campo de polo. Movía los brazos al caminar y chutaba piedras con los pies descalzos—. Se llama Terry Donald e iba a la escuela para chicos blancos de Nyeri; pero también la cerraron. Tiene dos hermanos y dos hermanas, y están todos en un internado de Nairobi. Pero Terry es demasiado pequeño para ir. Sólo tiene diez años. Un profesor particular le da clases. Vive en Nyeri. Su padre era propietario de un gran rancho ganadero que se llamaba Kilima Simba, pero lo vendieron el año pasado. Lo compraron unos africanos. ¿Te imaginas? Terry viene a jugar conmigo. Será cazador cuando sea mayor ¡y ya tiene su propio rifle!

Se detuvieron en la entrada de la Misión Grace. Una carretera asfaltada pasaba por debajo del impresionante arco de hierro forjado y se ensanchaba formando una calle bordeada de árboles que tenía una señal de stop al final y un quiosco de policía. Grandes edificios de piedra se alzaban entre los castaños y había gente por todas partes. De uno de los tres edificios destinados a escuela salían voces de niños cantando.

—Es la misión cristiana más grande de Kenia —dijo Deborah con orgullo—. Y mi tía Grace la construyó hace muchos años. Es médica, ¿sabes? Yo también lo seré cuando me haga mayor. Voy a ser igual que ella.

Christopher procuraba no mirar fijamente a esa niña desconocida y parlanchina, pero sentía curiosidad. Y la envidiaba. Se la veía tan segura de sí misma y del mundo que la rodeaba; sabía lo que quería ser. Semejante confianza era algo desconocido para Christopher. La vida en el campo de detención había sido incierta, de día en día, y había crecido sin conocer otra cosa que la inseguridad. Personas a las que conocía y llegaba a querer se iban repentinamente al día siguiente. Y había tenido otra hermanita, hacía mucho tiempo, que había muerto en brazos de su madre. Cuando finalmente les habían permitido salir del campo de detención, cuando él tenía nueve años y Sarah seis, sólo habían conocido una existencia nómada y sin raíces, viviendo aquí y allí en Nairobi, vigilados por la policía, su madre haciendo faenas humildes por unos cuantos chelines que le permitieran alimentarlos y vestirlos.



Pero su madre le había asegurado que las cosas irían mejor a partir de ahora. Finalmente había encontrado un empleo permanente en un hospital de Nairobi, un empleo de *ayah*, es decir, de «doncella», pese a que era enfermera titulada. Por esto él y Sarah vivían ahora con la madre de su padre. La madre de Christopher compartía un piso con otras dos enfermeras y no podía permitirse el lujo de tener a sus hijos con ella. Pero les había prometido que las cosas no tardarían en cambiar. Ahora que Jomo era el primer ministro de Kenia, los africanos y los blancos serían iguales. A la madre de Christopher la llamarían «hermana» y cobraría el mismo sueldo que las enfermeras blancas.

Los dos niños dieron la vuelta al perímetro de la misión y llegaron a un tramo de destartalados peldaños de madera. Subieron al risco y Christopher vio por fin la casa grande.

—Se llama Bellatu. Es terriblemente grande y solitaria. Mi madre casi nunca está en casa. Trabajaba en los campos. Dice que trata de salvar la plantación.

El pequeño africano miró fijamente la casa, que le recordaba los lugares maravillosos que había visto en Nairobi. Sacó la conclusión de que esa niña blanca era riquísima; sus ojos de niño no habían reparado en la pintura desconchada, las persianas rotas, las flores marchitas en el jardín, los surtidores secos. Bellatu no era más que el fantasma de su gloria de antaño, una sombra ajada y triste, pero a Christopher Mathenge se le antojó un palacio.

Siguió a la niña por un sendero estrecho que se adentraba en la espesura. Se dio cuenta de que el sendero era viejo, que nadie había transitado por él desde hacía mucho tiempo. Al poco llegaron a un claro extraño en medio de un círculo de eucaliptos. En el centro se alzaba una estructura semiderruida y sin paredes; en el extremo más alejado había un pequeño edificio de piedra con tejado de vidrio. Pero directamente frente a él había algo de lo más extraordinario, algo que hizo pensar a Christopher en las iglesias de Nairobi.

—Hay un portero viejo —dijo Deborah, bajando la voz—, pero está sordo. ¿Te gustaría entrar?

Se acercaron despacio a la fachada de piedra, en la que aparecían labradas unas palabras que ninguno de los dos sabía leer, y subieron los escalones. Christopher creía que encontrarían a alguien adentro, por lo que se llevó una sorpresa al ver que estaba vacío exceptuando un voluminoso bloque de piedra en el centro. Curiosamente, en un extremo del bloque ardía una llama.

—Mira —susurró Deborah. Tomó la mano de Christopher y lo condujo hasta una pared. Allí, bajo la luz tenue, había un enorme tapiz colgado en un bastidor de madera.

Christopher quedó sobrecogido. No tenía la menor idea de lo que era. Parecía un cuadro, pero no lo era. Los árboles, la hierba y el cielo parecían tan reales. Los ojos



dorados del leopardo mirando a través de frondas gigantescas le hicieron temblar. ¡Y también se veía el monte Kenia!

Lo que cautivaba a Deborah era una parte del tapiz, un poco al lado, un poco fuera de lugar, como si hubiera sido fruto de una idea tardía.

Era la figura de un hombre. Aparecía envuelto en la neblina de la montaña, como si quisiera ocultarse detrás de las enredaderas y el musgo. Miraba desde su mundo de lino con ojos negros, solemne. A Deborah le parecía muy guapo, con su frente alta, su nariz grande y recta. Quizá como un príncipe salido de un cuento de hadas. Y su piel era morena, pero no como la de los africanos. Deborah no tenía idea de quién era el hombre del tapiz, ni de qué hacía atrapado en aquella jungla de hilos y puntos.

Miró al chico que estaba a su lado y se alegró al ver que estaba impresionado, que no le daba miedo su lugar « fantasmagórico».

—Eres muy valiente —susurró—. ¡Seguro que eres un guerrero!

Christopher la miró. Poco después sacó un poco el pecho y dijo:

—Lo soy.

Dejaron el mausoleo, con su formidable y silencioso bloque de piedra y sus curiosas y tenues manchas rojizas en el suelo, y echaron a andar, hacia el edificio con tejado de vidrio. Estaba medio en ruinas, con todos los cristales rotos, y en su interior no había nada más que plantas muertas. Deborah y Christopher no entraron, pero desde el umbral pudieron ver algo que parecía una cama, en muy mal estado y cubierta de hierbajos y enredaderas.

—¿Qué te gustaría hacer ahora? —preguntó Deborah cuando de nuevo se encontraron en el sendero soleado—. ¿Tienes hambre?

Christopher no recordaba ningún momento en que no hubiese tenido hambre. De modo que cuando Deborah sugirió que subieran a la casa grande, para ver qué había en la cocina, la boca se le hizo agua y de repente se alegró de haber ido a mirar a la niña blanca que estaba echada en la margen del río.

Encontraron bollos de melado recién sacados del horno y un jarro de leche fría. Comieron con las manos y se limpiaron los dedos en la ropa. Luego Deborah dijo:

—¿Te gustaría ver mi lugar más favorito de todos? Es secretísimo. Nadie lo conoce. ¡Ni siquiera Terry Donald!

—Sí —dijo Christopher, sintiéndose importante y lleno y disfrutando de su aventura con la niña blanca. Era consciente de que la casa grande se alzaba alrededor de él y sobre su cabeza y se preguntó cómo sería vivir en una casa tan grandiosa, tener una cocina de donde salía comida sin parar.

Así que Deborah volvió a tomar la mano de Christopher Mathenge y cruzaron el comedor que nadie usaba y la sala de estar y subieron a las habitaciones de arriba, que estaban cerradas con llave y les hacían sentir miedo y emoción.



* * *

Mona se sacudió el polvo de los pantalones y se quitó el sombrero de paja. Al colgarlo dentro de la puerta de la cocina, vio que Solomon no estaba preparando la comida, como era su deber. De hecho, la única prueba de que el criado había atendido a sus habituales tareas matutinas era la bandeja de bollos calientes. Mona no se sorprendió. Desde la elección de Jomo Kenyatta al puesto de primer ministro en junio, el viejo Solomon se mostraba cada vez menos fiel a sus deberes.

Pero Mona sabía que Solomon no era el único. Una rara enfermedad había infectado a toda la población nativa de Kenia; la enfermedad de la arrogancia y la codicia.

Al echar una ojeada al correo de la mañana, que consistía en avisos de acreedores y bancos y ofertas de compra de Bellatu, Mona reflexionó sobre la infortunada situación en que se veía la colonia.

Aunque el mau-mau había sido derrotado en 1956, poniéndose así fin a las hostilidades, en realidad no había sido más que una victoria pírrica para los británicos. El mau-mau podía haber perdido la batalla, pero, en esa víspera aterradora de la independencia de Kenia, a Mona le parecía que había ganado la guerra. En 1957 los africanos votaron por primera vez y muchos de ellos ocuparon escaños en la legislatura. Entonces empezaron a presionar para que les concedieran el autogobierno. El gobierno de su majestad redactó el borrador de un plan por el que poco a poco se concedía el poder a los africanos hasta el momento de alcanzar la independencia final transcurridos veinte años. Pero los acontecimientos posteriores conspiraron para obligar a Whitehall a revocar bruscamente su decisión, con gran sorpresa y disgusto de los colonos blancos, que se sintieron traicionados y «vendidos».

Primero, una salvaje guerra civil en el Congo Belga, en 1960, había obligado a los blancos a salir huyendo en coche y en tren. Muchos se habían refugiado en Kenia, asustando a los colonos con la perspectiva de que una rebelión parecida se propagase por toda el África. Fue entonces, hacía ahora tres años, cuando los blancos de Kenia habían comenzado su triste éxodo.

Luego se produjo la inesperada salida de Jomo Kenyatta de la cárcel, pese a que Londres había prometido que no saldría jamás de ella. Pero lo malo era que las hostilidades estaban empezando de nuevo en Kenia y flotaba en el aire la sensación de que el mau-mau volvía a las andadas. Lamentándolo mucho, el gobierno de su majestad comunicó a los colonos que esta vez no podrían contar con el apoyo de fuerzas militares británicas y que lo mejor que podían hacer era dejar que la colonia se independizara

Y de esta manera el «diablo», como le habían llamado, el «líder de la muerte y las tinieblas», se encontró súbitamente convertido en un hombre libre y popularísimo. Los votantes africanos colocaron inmediatamente a Jomo Kenyatta, símbolo de la



uhuru, al frente del KANU, es decir, la Unión Nacional Africana de Kenia, el nuevo y poderoso partido político africano. Y al declarar Kenyatta que Kenia no tardaría en quedar racialmente integrada -en las escuelas, los hoteles y los restaurantes-, el éxodo de blancos se aceleró.

Nuevos brotes de actividades parecidas a las del mau-mau, más las crecientes presiones por parte de la delegación africana en la conferencia celebrada en Lancaster House, acabaron por obligar al gobierno de su majestad a olvidarse de la constitución multirracial que pensaba otorgar a Kenia y sustituirla por una mayoría africana basada en el sistema de un hombre, un voto. El resultado fue que en las últimas elecciones Jomo Kenyatta, al frente del gobierno de coalición, se vio aupado al cargo de primer ministro.

La mayoría de los blancos se negaron a vivir bajo semejante gobierno.

—Usted perdone, señora Treverton.

Mona alzó la mirada y vio entrar a la señora Waddell, la institutriz, con la cara enrojecida y jadeando como si acabase de recorrer una gran distancia.

—Ha vuelto a escabullirse —dijo la señora Waddell, refiriéndose a la etérea e indomable Deborah.

Mona dejó la correspondencia y se levantó para preparar el té. Así eran las cosas en la «nueva Kenia»: los criados exigían más sueldo por menos trabajo y se iban a la mitad de la jornada cuando les apetecía, y sus patronos no tenían más remedio que prepararse el té ellos mismos. Ahora que Jomo Kenyatta estaba sentado en la poltrona de primer ministro, Solomon y muchos como él habían experimentado extraños cambios de personalidad. Solomon ya no aceptaba órdenes de Mona y con frecuencia descuidaba caprichosamente sus obligaciones.

—Dentro de dos meses seremos iguales, memsaab —había dicho al entregar su largo kanzu blanco y su chaleco rojo—. De ahora en adelante, me tendrá que proporcionar pantalones.

Sin duda esa mañana se había ido a Nyeri, a beber cerveza. Así estaba Kenia en esos días.

—¿La ha buscado abajo en el río? —preguntó Mona a la institutriz.

—Sí, señora Treverton. Su hija no aparece por ninguna parte.

Mona puso cara de mal humor mientras preparaba el té. Hasta principios del año en curso no había tenido que preocuparse demasiado por Deborah. La niña había vivido casi constantemente en el internado. Pero ahora que las escuelas blancas se veían amenazadas por la integración racial y cerraban sus puertas porque los colonos sacaban a sus hijos de ellas, Deborah tenía que recibir su enseñanza en casa.

Y Mona no quería a su hija en casa.

—¿Tiene usted alguna idea de dónde debería buscarla, señora Treverton?



El título de «señora» lo había elegido la institutriz, seguramente porque confería cierto aire de respetabilidad a su trabajo. Por supuesto, la señora Waddell sabía que Mona no estaba casada y que su hija era natural. Toda la colonia lo sabía.

Mona recordaba pocas cosas de la noche de la muerte de David. Más adelante le dijeron que había enloquecido transitoriamente y que Tim la había encontrado en Bellatu, removiendo las cosas de su madre, buscando algo. Mona no se acordaba de que Tim le hiciera el amor; Tim nunca habló de ello ni dio señales de que deseara probarlo por segunda vez. Al cabo de tres meses, al descubrir que estaba embarazada, Mona se había quedado atónita.

La noticia había causado un gran disgusto a Tim. Le había propuesto matrimonio, galantemente, para luego respirar aliviado al rechazar ella la oferta. Mona le había dicho que no estaban enamorados y que, como ninguno de los dos estaba hecho para el matrimonio, la idea era innecesaria y poco práctica. Había llevado el bebé con indiferencia durante los seis meses siguientes y después le había dado nombre inspirándose en el personaje de un libro, como su madre hiciera antes con ella. Desde el momento en que la tía Grace puso el bebé en sus brazos, Mona no había sentido ni pizca de cariño por él.

—¡Me llevé una sorpresa tan grande! —dijo la señora Waddell.

Mona la miró. La institutriz había estado hablando sin que ella la escuchase. Sin duda se trataba de otra sarta de quejas. La señora Waddell se sentía en la obligación de poner a Mona al corriente de los últimos «incidentes».

—Allí estábamos —prosiguió la institutriz—, Gladys Ormsby y yo, con el neumático pinchado, paradas en plena carretera, y entonces aparece un camión lleno de africanos. Y en vez de ayudarnos, como nos habrían hecho en otros tiempos, van y nos gritan: «¡Quitaos de en medio, perras blancas!».

Mona puso el té sobre la mesa, sacó unas cuantas galletas de una lata y se sentó con la institutriz.

—¿Se imagina? —decía la señora Waddell mientras se servía una taza de té—. Se están gastando más de un cuarto de millón de libras en ampliar el edificio de la comisión legislativa. Porque los miembros africanos lo exigen. Bueno, ¡supongo que será porque las palabras huecas necesitan mucho espacio!

Mona miró por la ventana, contempló la luz del sol sobre las flores polvorientas, la hierba amarillenta, las malezas. Trabajo le costaba ya mantener un número suficiente de braceros en los cafetales; el presupuesto sencillamente no permitía contratar un jardinero.

—¿Sabe que Tom Westfall ha vendido su propiedad? ¡Nada menos que a unos kikuyu! Será el fin de esa plantación.



Mona sabía a qué se refería la señora Waddell. Debido a la rapidez de los cambios, a que los africanos compraban tierras y los europeos se retiraban apresuradamente, la transición estaba resultando desastrosa para las plantaciones.

Al anunciar Jomo que, con el fin de evitar la amenaza de un segundo mau-mau, treinta mil africanos se instalarían en tierras de los blancos antes de la declaración de la independencia, para la que faltaban tres meses, doscientas familias blancas del Rift Valley habían recibido indemnización del gobierno británico por renunciar a las granjas que habían construido con sus propias manos muchos años antes. Los africanos habían ocupado dichas tierras con la rapidez de las langostas.

—He oído decir que es sencillamente ruinoso —dijo la señora Waddell—. ¡Tienen las gallinas en el comedor y las cabras en los dormitorios! Y no arreglan nada, por supuesto. La semana pasada vi la casa de los Collier... ¡qué desastre! Las rosas de la pobre Trudie estaban pisoteadas, el huerto devastado, los cristales de las ventanas rotos, las puertas arrancadas de los goznes. ¡Y tenían una hoguera encendida en medio de la sala de estar! A Trudie se le partiría el corazón si lo viera. Pero ahora Trudie estaba en Rodesia, por suerte para ella. Dígame usted, señora Treverton, si las cosas han llegado a este extremo ahora, ¿qué pasará después de la independencia?

Mona no tenía la menor idea, pero el asunto preocupaba mucho a los blancos que seguían en Kenia. Los africanos que antes se comportaban de modo servil y obsequioso eran cada día más atrevidos y descarados. Obligaban a los blancos a bajar de la acera, los insultaban, les robaban los animales a plena luz del día. Los africanos eran una raza que de pronto se había vuelto loca. La independencia parecía una especie de licor fuerte. El sentimiento general entre los africanos era «ésta es *nuestra* casa ahora y vosotros los blancos haréis bien en marcharos porque no os vamos a tolerar más».

Mona se preguntaba si era ése el hermoso futuro que David había imaginado para los dos.

—En diciembre —dijo la institutriz—, la policía británica cederá su autoridad a los africanos. Y entonces, ¿a quién vamos a llamar cuando estemos en apuros?

Ésa era precisamente la razón que había empujado a Alice Hopkins a vender su inmenso rancho en el Rift -el mismo que había salvado cuando tenía sólo dieciséis años y marcharse a Australia. Veía avecinarse días terribles, días en que los africanos, libres del brazo de la justicia británica, desencadenarían una campaña de venganza contra los blancos.

Y ahora también Tim pensaba irse a Australia para reunirse con su hermana, que se dedicaba a la cría de ovejas.

—Vende la plantación, Mona —había dicho Tim—. No conseguirás salir adelante. Bellatu no ha dado beneficios desde hace años. Que se la queden los negros. Vente a Tasmania, a vivir con Alice y conmigo.



Pero Mona no pensaba vender. Aunque fuese la última persona blanca que quedara en Kenia, jamás vendería la plantación.

—Bien, señora Treverton —dijo la institutriz, apurando el té y pensando que ojalá fuera acompañado de emparedados como Dios manda—, supongo que será mejor que le dé mi propia noticia ahora mismo. El señor Waddell y yo hemos decidido irnos a Sudáfrica y vivir con nuestra hija. Hemos vivido treinta años en Kenia, ¿sabe? Nuestros hijos nacieron aquí. Convertimos unos parajes selváticos en un paraíso. Sacamos cosechas de donde sólo había terreno duro como la roca. Invertimos dinero y trabajo en esta colonia. Pero ahora ya no nos quieren. Hemos vendido la granja a unos africanos. Y quiero irme para no ver lo que hacen con ella.

Mona recibió la noticia sin sorprenderse. La señora Waddell era la tercera institutriz que había contratado para Deborah durante los últimos meses. Kenia era un barco que estaba naufragando y toda la tripulación desertaba de él.

—¿Cuándo se irán?

—Dentro de dos semanas. Sólo quería avisarle con tiempo, por su hija.

Al ver que su señora no decía nada más y se sumía en el silencio, la señora Waddell tomó otra galleta y se encogió mentalmente de hombros. La institutriz pensaba que la señora Treverton era un pájaro raro porque vivía en la vieja y arruinada plantación, luchando por mantenerla en funcionamiento cuando cualquier persona que tuviese ojos podía ver que luchar era inútil. La señora Treverton no encontraba suficientes trabajadores africanos, ya que todos pedían jornales más altos. Por este motivo, su café había perdido calidad, lo cual le hacía aún más difícil colocarlo en el mercado internacional. La señora Waddell no entendía por qué Mona se empeñaba tan tenazmente en conservar una plantación arruinada, viviendo sola en aquella casa tan cara de mantener, sin marido y con una hija ilegítima y alocada, cuando había montones de africanos incautos esperando la oportunidad para comprársela.

De haber querido explicar su postura, Mona le habría dicho a la señora Waddell que seguía allí porque Bellatu era lo único que le quedaba, la tierra imparcial, que no juzgaba. No había ninguna persona en la vida solitaria de Mona; no tenía amigos, ningún ser querido. El amor, la compasión o la devoción habían muerto con David y su hijita.

Al despertar la mañana siguiente y enterarse de la extraña huida al dormitorio de sus padres -su ataque de locura pasajera-, Mona había descubierto un dolor frío en medio del pecho, un dolor que ella sabía que siempre estaría allí.

Mona no superó su pesar como hiciera su tía Grace después de llorar a James Donald durante seis meses. La indomable tía de Mona se había concedido a sí misma un año de dolor profundo; luego había hecho de tripas corazón y había seguido ocupándose de la misión y de los necesitados. Mona pensó que Grace tenía una capacidad envidiable para regenerar el amor, del mismo modo que a la lagartija le



sale una cola nueva después de perder la otra. Pero la capacidad de amar de la propia Mona, una vez cortada, nunca volvería. Y sin amor, en su vida no podía haber personas; sólo la plantación.

Súbitamente comprendió por qué su madre había optado por el suicidio tras la muerte de Carlo Nobili.

Aunque ella no había tenido valor para quitarse la vida, se había replegado en una especie de suicidio. Veía a su tía de vez en cuando, y también a Geoffrey y a Tim, aunque menos, pero se había retirado a una vida de reclusión, dedicándose a las dos mil hectáreas y a los cafetos enfermos que le habían dejado. El bebé, Deborah, lo había entregado a una doncella el mismo día de su nacimiento, y no había vuelto a tocarlo. Creía que la niña era fruto de un acto estéril, casi perverso, y no tenía ningún derecho a vivir.

Pero ahora Deborah se encontraba en casa porque las escuelas cerraban y las institutrices no duraban mucho. De pronto Mona se encontraba en una situación muy desagradable.

—Si me permite decirlo —dijo la señora Waddell— hará bien en vender e irse como los demás, señora Treverton A partir de diciembre, este clima será poco saludable para cualquier persona de piel blanca.

Pero Mona, mientras retiraba el servicio de té dijo:

—Nunca venderé esto. Nací en Kenia; éste es mi hogar. Mi padre hizo mas por este país de lo que puedan haber hecho un millón de africanos. ¡Construyó Kenia señora Waddell! Tengo más derecho a quedarme en este país que la gente que está ahí fuera y que no ha hecho más que vivir en chozas de barro.

Mona hizo una pausa al llegar al fregadero y luego se volvió:

—De hecho —dijo sin alzar la voz, pero con una luz en los ojos negros—, son los africanos quienes deberían irse. No se merecen esta tierra rica y hermosa. No han hecho nada para ganarse Kenia. Lo único que harán será echarla a perder, permitir que se arruine. Cuando mi padre llegó aquí los africanos vivían en chozas construidas con excrementos de vaca y vestían pieles de animales. Llevaban una existencia mísera, la misma que habían llevado durante siglos, sin más ambiciones que beber cerveza. Y seguirían viviendo de esa forma si los blancos nunca hubiéramos venido a Kenia. ¡Nosotros creamos granjas y construimos presas, asfaltamos carreteras y les dimos medicinas y libros! ¡Hemos puesto a Kenia en el mapa! ¡Y nos dicen que nos marchemos!

La señora Waddell miró fijamente a su patrona. Nunca había oído a la señora Treverton pronunciar tantas palabras seguidas. ¡Y con tanta emoción! ¿Quién iba a decirlo, siendo una persona que toda la colonia tenía por dura y falta de sentimientos?



De repente la institutriz recordó algo que le habían contado hacía años: unas habladurías desagradables acerca de Mona Treverton y un africano. Pero ni siquiera la señora Waddell, que disfrutaba oyendo semejantes chismes de vez en cuando, era capaz de dar crédito a aquella historia tan desagradable. Era impensable: ¡la hija del conde liada con su encargado kikuyu!

Pero ahora, al captar la amargura en la voz de la señora Treverton y ver la pasión en sus ojos, la señora Waddell se dio cuenta de que su patrona albergaba algún odio profundo y extraordinario contra los africanos, y se preguntó si aquel rumor horrible sería verdad.

Finalmente, la institutriz se fue y Mona volvió a quedarse sola. Se acercó al fregadero y se agarró al borde, como para no ahogarse. El dolor frío del pecho había vuelto. Subía y le llenaba la garganta. No podía respirar, tenía la sensación de estar asfixiándose.

Pero logró vencerlo y recobrar el dominio de sí misma. Nueve años atrás, poco después de la muerte de David, aquellos dolores habían alarmado a Grace, que le había hecho un electrocardiograma. Pero el corazón de Mona -su corazón físico- gozaba de una salud excelente. El dolor constante y los episodios de pérdida del aliento nacían de una fuente espiritual que la medicina moderna de Grace no podía tocar.

—Te hará bien llorar, Mona —le había dicho Grace—. Te estás reprimiendo las ganas de llorar y eso no es bueno.

Pero Mona había perdido la capacidad de llorar. Al morir David en sus brazos, se había replegado hacia una especie de conmoción gris que había continuado envolviéndola mucho después de que enterrasen a los muertos y desapareciera el mau-mau. Después de su noche con Tim, Mona no había derramado ni una sola lágrima por la muerte de David y del bebé.

Mona oyó un ruido en el piso de arriba.

Miró hacia el techo y escuchó.

Se oyó otro ruido y luego el murmullo de voces apagadas.

¡En el dormitorio de sus padres!

Mona salió corriendo de la cocina y subió las escaleras.

* * *

Deborah había aprendido los misterios de las cerraduras y las llaves en la escuela, en una lección sobre cómo atarse los zapatos, servirse un vaso de leche y manejar las tijeras sin hacerse daño. Unos meses antes, estando sola en la casa, investigando, había encontrado unas llaves viejas y sucias escondidas en un armario. Tras probarlas en varias cerraduras, como le enseñara la señorita Naismith, había logrado abrir la puerta de ese dormitorio fabuloso, de cuento de hadas.



Al poner los ojos por primera vez en la cama con dosel y fruncidos, los cojines de raso en la ventana, el tocador cubierto de polvo y lleno de hermosos frascos de perfumes antiguos, había creído que acababa de dar con la torre secreta de una princesa. Pero luego se había dado cuenta de que allí no vivía nadie y, por consiguiente, era libre de explorar sus tesoros maravillosos.

Había encontrado viejos vestidos de lentejuelas, otros de encaje y gasa, tiaras enjoyadas y boas de plumas. Había jugado con cosméticos secos y lápices de labios que se desmenuzaban al tocarlos. Había abierto frascos con vestigios de perfumes exquisitos. Su imaginación infantil la había hecho pensar en Nabiza y la Bella Durmiente y se había preguntado qué princesa había vivido allí.

Ahora compartía su habitación secreta con Christopher Mathenge, su nuevo mejor amigo.

Estaban sentados en el suelo, examinando el contenido de lo que Deborah llamaba la «caja de los papeles». Era pequeña, de madera, y contenía paquetes de fotografías viejas y amarillentas, cartas, tarjetas de felicitación, recuerdos de acontecimientos de los que Deborah nada sabía. Como tampoco sabía quiénes eran las personas que aparecían en las fotos, les inventaba nombres e historias.

—Ésta soy yo —dijo, enseñándole una a Christopher. Le había dado por identificarse con la niña de corta edad que llevaba un salacot anticuado y un vestido raro, sin darse cuenta de que realmente se parecía mucho a ella. La niña estaba sentada entre los árboles, al lado de una mujer rubia, de ojos tristes, que tenía un mono en el regazo. Había algo en sus rostros que impulsaba a Deborah a pasarse horas contemplando la fotografía; las dos parecían tan desgraciadas. En el dorso de la foto había algo escrito: «Rose e hija, 1927».

—¡Oh! —exclamó Deborah, sacando un librito de la caja—. ¡Aquí hay uno que puedes ser tú! ¿Ves? ¡Hasta te pareces un poco a él!

Christopher se sorprendió al ver que lo que Deborah le ofrecía era una cartilla de pases, muy parecida a la que su madre había llevado durante años. Miró con atención la cara de la foto.

—¿Quién es? —preguntó Deborah—. ¿Puedes leer el nombre?

Christopher se quedó perplejo. El hombre se llamaba David Mathenge.

—¡Pero si es tu apellido! —exclamó Deborah. No entendía nada de apellidos, no tenía idea de que ella no debería llevar el mismo apellido que los padres de su madre. Deborah no sabía nada de matrimonios y padres ni del cambio de apellido de las mujeres al casarse. Suponía que su propia situación era la de todas las madres e hijas.

Christopher no podía apartar los ojos de la foto. Había un parecido, sí, pero su fascinación iba más lejos: la cartilla indicaba que el domicilio del hombre era el



distrito de Nyeri, y que sus padres eran el jefe Kabiru Mathenge y Wachera Mathenge.

Christopher no sabía nada de su propio padre: cómo se llamaba, quién había sido, cuándo y por qué había muerto. Su madre siempre se negaba a hablar de él. Cuando les contaba historias a él y a Sarah, primero en el campo de Kamiti, que Christopher apenas recordaba y donde había nacido su hermana, y luego en el campo de Hola, donde habían vivido cinco años, su madre solamente les hablaba de su abuela, la hechicera, y del jefe que había vivido hacía mucho tiempo, el primer Mathenge.

Pero ese hombre que se llamaba David...

—Puedes quedártela si quieres —dijo Deborah al ver que Christopher no soltaba la cartilla.

El pequeño la metió cuidadosamente en la cintura de los pantalones cortos.

De pronto, cuando Deborah iba a sacar más tesoros del cajón, algo impidió que la luz siguiese entrando por la puerta abierta.

Mona miraba sin poder dar crédito a sus ojos.

La habitación que había cerrado con llave hacía nueve años estaba abierta e iluminada por la luz del pasillo. Objetos conocidos y olvidados durante tanto tiempo se alzaron ante ella en oleadas de recuerdos que parecían puñaladas. El tocador ante el cual su madre se pasaba horas sentada, sin prestar atención a su hija mientras Njeri peinaba sus largos cabellos de color platino. El látigo de piel de rinoceronte de Valentine colgado en la pared, símbolo del poder totalitario que ejercía sobre ella y sobre Bellatu. Y la gran cama con dosel donde habían sido concebidas varias generaciones de la familia Treverton: la propia Mona, en Inglaterra, hacía cuarenta y cinco años, y Deborah, su hija, la noche en que muriera David.

* * *

Mona miró con ojos atónitos a la niña descalza de brazos y piernas bronceados y abundante cabellera negra que en ese momento alzaba la cara hacia la luz, como un girasol moreno.

—Hola, mamá —dijo la pequeña.

Mona no podía hablar. Nueve años atrás había cerrado esa puerta con llave, dejando encerrados en el interior todos los recuerdos insoportables y los demonios privados. Se había alejado de esa terrible habitación con sus secretos polvorientos, sintiéndose libre del pasado, a salvo mientras no se permitiera salir a los demonios.

Pero ahora la habitación aparecía abierta y amenazadora, su seguridad violada por una niña pequeña que había sido engendrada sólo porque David había muerto.

—¡Cómo te atreves! —gritó Mona.

Una expresión de desconcierto pasó por la cara de Deborah.



—Sólo le estaba enseñando a mi nuevo amigo... —fue lo único que tuvo oportunidad de decir antes de que su madre la sujetara dolorosamente y tirase de ella hasta ponerla de pie. Asustada, Deborah profirió una exclamación y cuando su madre empezó a abofetearla intentó protegerse con el brazo que le quedaba libre.

—¡No! —gritó Christopher en suajili—. ¡Basta!

Mona miró al niño africano, sobre el que caía la luz del pasillo, y aflojó un poco la presión en el brazo de Deborah.

—¿David? —susurró Mona, frunciendo el ceño.

Y entonces los recuerdos volvieron a ella, recuerdos más antiguos, enterrados a mayor profundidad: el incendio de la choza de cirugía, el collar de Uganda.

La habitación pareció inclinarse. El dolor frío volvió a su pecho y subió hasta su garganta, asfixiándola. Buscó apoyo en la jamba de la puerta.

Deborah, que se estaba frotando el brazo, tratando de no llorar, le dijo:

—Éste es mi mejor amigo, mamá. Se llama Christopher Mathenge y vive con la hechicera, que es su abuela.

Mona no podía respirar. Se apretó el pecho con la mano.

«¡El hijo de David!»

Christopher miraba con los ojos muy abiertos, aterrados, a la mujer que se encontraba en el umbral. La mujer le contemplaba de una forma extraña, con los ojos llenos de lágrimas. Cuando dio un paso hacia él, Christopher retrocedió.

—David —musitó la mujer.

El pequeño pensó en la cartilla que llevaba sujeta en la cintura.

Mona alargó las manos y Christopher, al tratar de retroceder un poco más, dio un traspie y chocó con uno de los postes de la cama.

La mujer se acercó más. Los dos niños contemplaban con miedo y fascinación los brazos que se extendían hacia Christopher, las lágrimas que surcaban sus mejillas. Al llegar a pocos centímetros del pequeño, Deborah y Christopher contuvieron el aliento.

Y entonces Deborah vio con asombro que una sonrisa tierna se pintaba en el rostro de su madre, un rostro en que la niña sólo había visto una expresión dura que nunca desaparecía.

—El hijo de David —dijo Mona en voz muy baja, maravillada.

Christopher, apoyado en el poste de la cama, hizo acopio de valor cuando las manos se posaron suavemente en su cara.

Una expresión de maravilla asomó a los ojos lagrimosos mientras estudiaba aquellas líneas dulcemente conocidas: el surco entre las cejas; los ojos almendrados;



la mandíbula prominente que era el legado de guerreros masai. Christopher no era más que un niño todavía, pero ya podía verse en él al hombre que iba a ser algún día. Y Mona se percató de que se parecería mucho a David.

—El hijo de David —dijo de nuevo con una sonrisa triste—. David vive en ti. No ha muerto, después de todo...

El corazón de Christopher se disparó al acercarse un poco más la mujer, las manos frías en sus mejillas, hasta que sólo quedaron unos centímetros entre los dos rostros.

Entonces la mujer se inclinó para besarle con mucha dulzura en la boca.

Al apartarse, la cara de Mona pareció derrumbarse y un sollozo se escapó de su garganta.

Tocó la cara de Christopher por última vez, siguió con la punta de un dedo el pliegue que iba de la nariz a la comisura de la boca, luego, volviéndose, salió corriendo de la habitación.



CAPÍTULO 54

Después de tantos años, Geoffrey Donald todavía deseaba a Mona Treverton. Mientras el Land-Rover circulaba velozmente por la carretera hacia el brillante sol ecuatorial, asustando a cebras y antílopes, Geoffrey dirigía frecuentes miradas de reojo a la mujer sentada a su lado. Mona iba en el asiento delantero, entre él y la tía Grace, la expresión fija detrás de enormes gafas de sol. Estaba pálida y había perdido peso durante las últimas semanas, por motivos que Geoffrey desconocía, pero a él le gustaba así. A los cuarenta y cuatro años Mona le parecía tan atractiva como siempre.

Ya habían desaparecido el enojo y la amargura que empezara a sentir contra ella en la noche de la muerte de su padre. Los años habían calmado su dolor y de nuevo sentía el apetito de antes, especialmente porque su esposa se volvía más gorda e indolente cada año, desde el nacimiento de Terry, su último hijo. Sin embargo, Mona no alentaba aquel sentimiento, en realidad ni siquiera parecía fijarse en él y sus relaciones eran puramente superficiales. Pero eso formaba parte de lo que la hacía fascinante: su altivez y su actitud distante. A sus cincuenta y un años, Geoffrey Donald era un hombre delgado y moreno, con toques de plata en los cabellos y un encanto que atraía a sus clientes del sexo opuesto. Sus conquistas eran demasiado fáciles y numerosas y empezaba a estar harto. Pero la indiferencia aparente de Mona, sus nueve años de celibato, hacían que la caza resultase fresca y excitante. Al acceder Mona a participar en ese safari en territorio masai, la sangre de Geoffrey había empezado a correr con lujuria y esperanza renovadas.

Tenía una sorpresa para ella al final de la carretera.

Se dirigían hacia el campamento de safaris Kilima Simba, solitario puesto avanzado en un roquedal a unos treinta y pico de kilómetros de la base del monte Kilimanjaro. Se encontraba en el corazón de la reserva de caza Amboseli, una inmensa región natural propiedad de la tribu masai, que se encargaba de supervisarla y la destinaba a pastos. La carretera por la que en ese momento circulaba Geoffrey en pleno calor del día, con Deborah y Terry pegando botes en la parte posterior del Rover, como si fueran sacos de grano, apenas era algo más que una cinta de tierra que cruzaba una sabana lisa y amarilla. A lo lejos, de color malva y coronado de nieves, el monte Kilimanjaro se alzaba hacia un cielo sin nubes. Hasta donde llegaba la vista, no se advertían señales de civilización; espinos de copa plana salpicaban el paisaje; impalas y alces pacían tranquilamente; las jirafas se movían con



grácil despreocupación; unos leones haraganeaban a los pies de un árbol. Era una de las regiones de caza más ricas de África y Geoffrey Donald pensaba sacarle partido.

—¡Un pabellón de caza! —le había explicado a Mona—. Las tiendas no gustan a todo el mundo. Pocos de mis clientes se sienten a gusto en el campamento al cabo de uno o dos días, entre dormir en camastros, soportar los mosquitos y sin retretes como es debido. Estaba buscando la forma de mejorar las cosas, de atraer a más turistas y entonces se me ocurrió. ¡Un centro turístico en medio de la selva africana!

Sólo un puñado de amigos de Geoffrey opinaban que la idea era buena. Los demás decían que fracasaría y le recordaban que el turismo desaparecería de Kenia después de la independencia.

—Este lugar no será seguro para los blancos —decían—. Todo el mundo sabe que este país se sumirá en el salvajismo cuando el gobierno de su majestad se haya retirado.

Pero Geoffrey veía las cosas de otro modo.

—El viejo Jomo no está loco ni es tonto —argüía—. Sabe que nos necesita. Los europeos todavía monopolizamos las grandes compañías, los bancos y los hoteles de Kenia. Jomo sabe que necesita que sigamos aquí, tenernos contentos, para que la economía del país conserve la estabilidad. Sin nosotros y nuestras relaciones, sin nuestro capital y nuestra experiencia, Kenia se derrumbaría como un castillo de naipes, ¡y los negros lo saben!

Lo que Geoffrey decía empezaba a verse confirmado en la realidad. En los cinco meses transcurridos desde que Kenyatta ocupara el cargo de primer ministro, no se había producido ninguna de las venganzas y represalias que los colonos habían temido. A decir verdad, con gran sorpresa de todos, Kenyatta hacía llamamientos a la moderación y la coexistencia pacífica entre las razas y para demostrar la sinceridad de sus palabras, había empezado a colaborar con la Asociación de Agricultores Europeos.

Sin embargo, sus amigos argumentaban que Kenia aún no era independiente del todo, que en el país aún había tropas británicas y que «ya veremos lo que va a suceder al cabo de un mes, cuando el gobierno pase oficialmente a manos africanas».

Pero Geoffrey estaba decidido. Percatándose de la dirección del «viento de cambio», había vendido el rancho ganadero Donald cerca de Nanyuki para instalarse en Nairobi en calidad de agente turístico. Cuando no estaba en la lujosa residencia de Parklands o en su casa de Nyeri, donde Ilse vivía con el pequeño Terry, Geoffrey recibía a sus pocos turistas intrépidos en el aeropuerto y los acompañaba por toda Kenia en un convoy de Land-Rovers.

A pesar del mau-mau y de los temores que la independencia inspiraba a los colonos, empezaban a llegar turistas al África Oriental, aunque en número escaso. Geoffrey quería que llegasen muchos más y buscaba la forma de hacer más atractivos



sus safaris. Los campamentos eran demasiado incómodos, por muchos que fuesen los africanos que se encargaban de plantar las tiendas, preparar comidas dignas de gastronomos, hacer las camas y lavarles la ropa a los turistas. El aspecto romántico de la aventura duraba poco y pocos clientes volvían a casa con la impresión de haber aprovechado su dinero.

Y entonces se le había ocurrido la idea de instalar un hotel en medio de la selva, un «pabellón de safari», como él lo llamaba, el primero de su clase en todo el mundo, con sus dormitorios, un comedor, personal cortés y amigable y un bar desde donde el aventurero perezoso podría contemplar la flora y la fauna del país.

—Un lugar donde los turistas no se ensucien, puedan emborracharse y no corran ningún peligro —declaraba—; donde puedan sentirse como Alian Quatermain sin verse amenazados por animales ni nativos. Como estar dentro contemplando lo de afuera, por así decirlo. Un lugar que caiga lejos de Nairobi y de las zonas donde actuó el mau-mau, lejos de toda señal de política u hostilidad. Mis clientes vivirán la Kenia de hace cincuenta años. La vivirán tal como la vivieron nuestros padres, cuando era un lugar primitivo, en estado natural, y cuando el hombre blanco disfrutaba de una vida graciosa y elegante. Y os garantizo que pagarán mucho dinero a cambio de esa oportunidad.

Geoffrey había hecho un safari de exploración y visitado todos los rincones de Kenia, observándolos con ojos de turista, comprobando el viento, siguiendo la caza y hablando con los jefes locales. Se había decidido por Amboseli debido a la belleza del lugar y a la abundancia de caza, y había alquilado a los masai el lugar donde ahora se encontraba su campamento de tiendas. La construcción del hotel empezaría a principios de año.

Ardía en deseos de llegar al campamento. Pensaba instalar a Mona en una tienda contigua a la suya y durante la noche, cuando todos los demás durmieran, le haría una visita especial.

Cada vez que el Rover daba un salto por culpa de un bache o de un pedrusco, los dos niños se agarraban con fuerza y soltaban chillidos de entusiasmo. Deborah y Terry viajaban en los asientos laterales, cara a cara. Habían subido el toldo de los lados y el viento les azotaba porque el padre de Terry conducía el jeep a toda velocidad. Los negros y revueltos cabellos de Deborah se habían escapado de la cinta y volaban a impulsos del viento.

Era su primer safari y apenas podía dominar la excitación. El Rover se metía entre las manadas de cebras, que se dispersaban asustadas, y Deborah reía y batía palmas. Se volvía de un lado a otro para ver las jirafas que corrían junto al vehículo, los rinocerontes que de pronto emprendían la huida levantando una gran polvareda. No se cansaba de ver los halcones en el cielo, los buitres que seguían las corrientes de aire, los leones adormilados, los pájaros tejedores construyendo sus nidos en los espinos. Nunca había visto tantos animales en libertad, una extensión tan grande de



tierra y cielo. El espectáculo le quitaba el aliento. No tenía idea de que África fuese tan grande.

Pasaron también junto a manadas y rebaños de ganado doméstico, vigilados por hombres masai con todo el cuerpo pintado de rojo, con un solo pie en el suelo. Se apoyaban en sus lanzas, hombres altos, angulosos, de largos cabellos trenzados y *shukas* de color rojo anudadas sobre un hombro, moviéndose a impulsos de la brisa. Cuando pasaban los Rovers, alzaban las manos en generosos gestos de saludo. Deborah y Terry los saludaban también con la mano, pensando que eran seres terriblemente extraños e interesantes al compararlos con los kikuyu europeizados entre los cuales vivían, y luego saludaban al tío Tim y al tío Ralph, que iban en el Rover que transportaba las provisiones y el material.

Deborah envidiaba a su amigo de diez años y la envidia casi le producía un dolor físico. Terry tenía tanta suerte. ¡La vida de su padre era de lo más emocionante! Y llevaba a su hijo a los safaris porque la escuela blanca de Nyeri estaba cerrada y Terry aún era demasiado pequeño para el internado de Nairobi, donde se encontraban sus hermanos y hermanas. Terry ya conocía el campamento de safaris Kilima Simba y había ido a cazar leopardos con su padre. A Deborah le hubiese gustado que la acompañaran Christopher y Sarah Mathenge, pero al preguntarle a su madre si podía invitarlos, había recibido, a modo de respuesta, un silencio que equivalía a una negativa.

Deborah decidió que cuando volviese a Bellatu les contaría a sus dos nuevos amigos todo lo referente a la maravillosa aventura y les daría algunas de las fotografías que pensaba tomar con su Box Brownie.

Cuando llegaron al campamento, cansados, hambrientos y cubiertos de polvo rojo, el sol estaba en el horizonte. El personal residente de Geoffrey, jóvenes masai con pantalones cortos de color caqui y camisas blancas y limpias, dio la bienvenida a los viajeros que se apeaban de los jeeps y estiraban los brazos y las piernas, y luego se apresuraron a descargar el material y los equipajes.

Deborah dio una vuelta con los brazos abiertos. ¡Era glorioso! El aire mordiente, las sombras largas, el silencio inimaginable que llegaba hasta el horizonte llano. Era un mundo sin paredes, una tierra sin ordenadas hileras de árboles, un lugar natural que prometía sorpresas y aventuras. Pensó que el monte Kilimanjaro era mil veces más bello que su viejo monte Kenia. Volvió a desear, más desesperadamente que nunca, que Christopher Mathenge estuviera con ella para compartirlo.

—Parte de mi campaña publicitaria —explicó Geoffrey a los adultos mientras caminaban por el terreno desigual hacia las tiendas— se basará en que aquí fue donde acampó Hemingway. Además, fue aquí donde se rodó la película *Las nieves del Kilimanjaro* en 1952, y también algunas secuencias de *Las minas del rey Salomón*. Ese poblado nativo por el que hemos pasado al venir... las chozas salieron en la película. Y aquí, junto a estos peñascos gigantescos, es donde pienso construir el pabellón principal...



* * *

Todo el mundo dijo que la cena había sido excelente, servida por camareros vestidos con *kanzus* y guantes blancos, utilizando vajilla de porcelana y cubiertos de plata, bajo la luz romántica de una puesta de sol de acuarela. Como en el África ecuatorial no hay crepúsculo, pronto encendieron los faroles, que llenaron el recinto de luz acogedora. La tienda comedor era muy espaciosa, con tres lados de gasa para que desde dentro pudiera admirarse la vista panorámica sin tener que luchar con los mosquitos. Mientras daban buena cuenta del consomé, las chuletas de gacela con patatas nuevas y salsa, y el sorbete de limón, Geoffrey continuó explicándoles sus planes a los demás.

—Tengo varios inversionistas —dijo, pidiendo con una señal otra botella de vino, la segunda—. Uno de ellos es un *disc jockey* famoso.

Grace alzó la mirada del plato.

—¿Qué es un *disc jockey*?

—Un norteamericano —dijo Ralph, y todos rieron.

Incluso Mona, que había sufrido en silencio el viaje de ocho horas desde Nyeri. Tampoco había pronunciado palabra durante la breve inspección del campamento, tras la cual se había lavado y arreglado en su tienda. Al entrar en la tienda comedor para tomar una copa antes de la cena, había mostrado aquella expresión reservada que todos conocían ya. Pero ahora, después de unas cuantas copas de vino y en la intimidad del grupo, también ella sentía la inmensidad de las llanuras, la atmósfera de otro mundo que reinaba en la sabana aislada, y empezaba a bajar sus defensas.

Geoffrey fue el primero en percatarse.

—Organizaremos lo que yo llamo «recorridos de caza» —dijo Geoffrey, encendiendo un cigarrillo.

Mientras oía el ruido de la noche -el estruendo constante de los grillos, el rugido de los leones cerca del campamento- Geoffrey volvió a felicitarse por lo que consideraba una medida excepcionalmente acertada. Gracias a la venta del rancho ganadero de su padre a unos africanos que ansiaban comprarlo, había podido invertir dinero en una empresa que con toda seguridad daría grandes beneficios. Pensó que si tenía que ser blanco y vivir en Kenia, quería ser un blanco rico.

—Haremos que los turistas se levanten al amanecer y los llevaremos por ahí en Rovers, en busca de animales para fotografiarlos. Los animales son siempre muy y visibles a hora tan temprana. Luego los llevaremos de vuelta al pabellón, donde les serviremos un copioso desayuno, y pasarán el resto del día alrededor de la piscina. A última hora de la tarde, que es cuando los animales se despiertan y empiezan a merodear, volveremos a pasearlos en Rovers equipados con coñac y emparedados. Por la noche será obligatorio vestir de etiqueta para ir al comedor y daremos un buen espectáculo con bailarines masai.



—Desde luego, resulta un programa atractivo —dijo Ralph, el hermano de Geoffrey—. Si el viejo Jomo consigue que el país conserve la estabilidad, no hay motivo para que esto no salga bien.

Ralph había regresado a Kenia un año antes, a raíz de la independencia de Uganda. El presidente Obote, decidiendo que el sistema británico de provincias ya no hacía falta en su país, había despedido a todos sus funcionarios blancos. Ralph Donald, que seguía soltero a sus cuarenta y ocho años, había sido comisario provincial y recibido una compensación por sus años de servicio a la corona. Tras una breve temporada en un puesto de control para la recepción de refugiados blancos del Congo Belga que pasaban por Uganda, Ralph había vuelto a Kenia para trabajar con su hermano en el nuevo negocio turístico.

Con el pelo plateado y el cutis rojizo, Ralph Donald, que tenía reputación de ser excelente cazador de elefantes, era el segundo de los comensales que tenían los ojos puestos en Mona.

—En mi opinión —dijo mientras llenaba y encendía su pipa—, como tantos europeos se van de Kenia, los pocos que quedemos vamos a ser los dueños del cotarro. Nos vamos a forrar. Los negros mirarán a su alrededor, se darán cuenta de que no tienen puñetera idea de cómo se gobierna un país y vendrán corriendo a pedirnos ayuda.

Grace, que apenas había tocado la comida, miró a Ralph. Costaba creer que aquel tipo egocéntrico, aquel voceras, fuese hijo de James.

—Lo que me intriga —dijo Grace— es de dónde sacan los africanos tanto dinero para comprar las granjas de los blancos. ¡Me han dicho que la plantación Norich-Hastings se vendió por una suma astronómica!

—No es ningún misterio, tía Grace —dijo Geoffrey—. El dinero no es africano; es británico. Cuando el gobierno de su majestad prácticamente nos dejó abandonados aquí, al decir que no enviaría otro ejército si estallaba una segunda revuelta mau-mau, y luego decidió entregar todo el poder a los negros, tuvo que buscar la forma de aplacar sus sentimientos de culpabilidad y ayudar a la misma gente a la que había traicionado. La cosa funciona de la siguiente manera: el dinero procedente de Inglaterra pasa por el Banco Mundial, luego por intermediarios africanos y finalmente va a parar a manos de los colonos. Entonces el colono, tras librarse de su propiedad, hace las maletas y se vuelve a Inglaterra, llevándose consigo su dinero. Según me han contado, ¡en algunos casos el dinero ni siquiera sale de Inglaterra!

—Apuesto a que los negros no tienen ni idea de lo que está pasando —dijo Ralph y luego miró a Mona, recordando aquel día en que llegara a Entebbe con su tía para llevar a su padre a casa.

—Con vuestro permiso —dijo Grace, levantándose—. Estoy muy cansada... Y no estoy acostumbrada a viajar tanto.



Geoffrey se levantó con ella, pensando que, para tener setenta y tres años, Grace había aguantado muy bien el viaje. Dijo:

—Le diré a uno de los negros que te acompañe a tu tienda. No debes andar nunca por el campamento de noche sin escolta. A veces se cuele algún animal y los hay que son muy agresivos.

—¿Los niños no correrán peligro solos en una tienda?

—Terry ya ha acampado aquí otras veces. Él se encargará de proteger a Deborah.

Al quedarse a solas, minutos después, Grace suspiró y se sentó en la cama. Tenía que reconocer el mérito de Geoffrey: las tiendas eran lujosas. Le recordaban las que Valentine había plantado en 1919, al llegar ella y Rose y encontrarse con que la casa aún no estaba construida.

«Hace tanto tiempo –pensó-. Tantísimo tiempo...»

Luego recordó que al día siguiente era el cumpleaños de James, que habría cumplido los setenta y cinco.

Mientras un viento solitario silbaba y se filtraba por la lona, haciendo que los faroles se mecieran, Grace se preparó para acostarse. No sabía realmente por qué había accedido a participar en esa excursión, excepto, quizá, porque Geoffrey se había mostrado muy deseoso de enseñarle su nueva idea, de recibir su aprobación. Además, había pensado que unos días alejada de la misión le sentarían bien. Llevaba años sin tomarse unas vacaciones como era debido; tal vez el safari le daría tiempo para pensar, para reflexionar sobre la propuesta de la orden de monjas africanas que querían encargarse de la escuela de la misión. Ella y James siempre habían hablado de hacer un safari juntos, pero no habían tenido tiempo. Y ahora estaba allí con los dos hijos de James.

Tomó el libro que se había traído para leer, el último recibido de Norteamérica, *La nave de los locos*. Luego lo dejó, incapaz de concentrarse. Pensaba en James. James llenaba todos sus pensamientos, vivía en su alma.

Se acercó a la entrada de la tienda y a través de la tela mosquitera contempló el paisaje sereno, bañado por la luz de la luna, un paisaje que parecía engañosamente esterilizado y sin vida, pero que estaba lleno de muerte, de procreación y de vida. Pensó en su amado James y volvió a preguntarse, como en miles de ocasiones anteriores, por qué había muerto.

Ahora ella vivía en un mundo nuevo, extraño, un mundo que quizá no habría gustado a James. A ella misma le costaba entenderlo.

En Nairobi acababan de estrenar una película norteamericana titulada *¿Teléfono rojo?, volamos hacia Moscú*; Geoffrey e Ilse la habían llevado a verla. A Grace le parecía que todo el mundo andaba preocupado con el aniquilamiento nuclear del globo. La radio parecía dar únicamente canciones norteamericanas, cantadas por una nueva raza de gente, por alguien que se llamaba Joan Baez, que protestaba contra el odio



racial y hacía llamamientos a favor del amor y la paz. Los noticiarios hablaban una y otra vez de manifestaciones a favor de los derechos civiles en Alabama; de disturbios y palizas; de doscientos mil manifestantes descendiendo sobre Washington. Los jóvenes bailaban algo que se llamaba «el watusi»; en Inglaterra, adolescentes disolutos llevaban el pelo largo y adoptaban nombres tales como «mods» y «rockers». El mundo corría a una velocidad de vértigo: un astronauta norteamericano, Gordon Cooper, acababa de dar veintidós vueltas alrededor de la Tierra; en Texas, el doctor Michael de Bakey hacía historia abriendo el pecho y operando directamente el corazón.

Y hacía tres días, el presidente Kennedy había muerto asesinado.

Mientras contemplaba las plácidas y vírgenes llanuras africanas, Grace se preguntó qué tenían que ver con todo aquello.

Y Kenia se veía atrapada en su propia carrera vertiginosa para convertirse en parte del mundo nuevo y moderno. Apenas hacía sesenta años la gente de Kenia vivía en la Edad de Piedra, sin alfabeto, sin concepto de la rueda, sin tener idea de las naciones poderosas que se extendían al otro lado de la montaña. Ahora los africanos conducían automóviles y aviones; los abogados africanos llevaban pelucas blancas y empolvadas en los tribunales de Nairobi y hablaban el inglés de la reina; las mujeres kenianas empezaban a descubrir el control de la natalidad y los empleos de secretaria. La lengua aparecía sazonada con palabras nuevas tales como *uhuru*, «libertad», y *wananchi*, «el pueblo».

¡Qué extraño le había resultado a Grace, en 1957, votar al lado de los africanos por primera vez! ¡Y qué sorpresa se había llevado al encontrarse con la anciana mamá Wachera en el colegio electoral el pasado mes de junio! Se habían mirado y Grace había sentido frío hasta la médula de los huesos. El encuentro fortuito con la hechicera le había traído el penoso recuerdo del día siguiente a la muerte de James. Mamá Wachera se había presentado en casa de Grace para reclamar el cadáver de su hijo, y, sin decir palabra, había arrojado un paquete a los pies de Grace. Aturdida a causa de la terrible tragedia de la noche anterior -la muerte de James entre sus brazos, la del bebé de Mona, de Mario, su criado, que había resultado ser el que obligaba a los demás a prestar juramento-, Grace había recogido el paquete y se había encontrado con que contenía todas las cartas que Mona escribiera a David.

Grace aún las tenía, no sabiendo qué hacer con ellas, las había guardado con la intención de pasárselas a Mona algún día. De esto hacía ahora nueve años. Al principio había pensado que Mona estaba demasiado apesadumbrada para darle las cartas; luego, que sólo iban a servir para abrir de nuevo las heridas.

«Quizá -pensó ahora Grace-, debería destruirlas sin más y cerrar para siempre ese sombrío capítulo».

Oyó pasos fuera de la tienda y una voz queda que decía:

— ¿Doctora T.?



Era Tim. Siempre la había llamado «doctora T.». Entró en la tienda y, tras pedirle perdón por molestarla, le preguntó si podía hablar con ella.

—En realidad he venido para decirle adiós, doctora T. —dijo Tim, sentándose—. Nos vamos la semana próxima.

—Sí, lo sé.

—Ahora que todo ha concluido, no vale la pena quedarse hasta el Día de la Libertad. No tengo ganas de ver cómo arrían la bandera británica para siempre.

—Quizá no sea tan malo.

Tim reflexionó unos instantes, dando vueltas al sombrero en las manos. Luego dijo:

—Nos gustaría tanto que se viniera con nosotros. A Alice le va de maravillas criando ovejas, y Tasmania es un lugar tan hermoso. Limpio y tranquilo, si usted me comprende lo que quiero decir.

Grace sonrió y meneó la cabeza.

—Kenia es mi hogar. Soy de aquí. Y aquí me quedaré.

—No creo que vuelva nunca. Nací aquí, ¿sabe?, pero me siento extranjero. «Kenia para los kenianos», dicen ahora. Entonces, ¿qué soy yo sino un keniano? Espero que las cosas le vayan bien, doctora T.

—Así será, Tim. Además, no estaré sola. Tendré a Deborah.

Tim evitó que sus ojos se cruzaran con los de Grace. Deborah era un tema de conversación que le resultaba incómodo. Tal vez si ocho años antes Mona hubiera accedido a casarse con él...

Pero no. Tim no era de los que se casaban. Necesitaba su libertad, necesitaba sus amistades especiales, entre las que no había mujeres. En cuanto a la niña, bueno, Mona opinaba lo mismo, que Deborah era una equivocación y el recordatorio turbador de una noche que ambos preferían olvidar.

—Antes de irme, doctora T. —dijo con voz queda, los ojos clavados en el suelo de lona—, hay algo que quiero decirle. No sé, sencillamente no me siento capaz de irme a Australia sin antes desahogarme. Es algo relacionado con la noche en que mataron al conde.

Grace esperó.

Finalmente Tim alzó los ojos.

—Yo era el tipo de la bicicleta.

Grace lo miró fijamente.

—¡Aunque yo no maté al conde! Pero no era eso lo que quería decirle. Lo que ocurrió fue que no podía dormir aquella noche, así que bajé a tomar una copa y vi al



conde en la calzada, subiendo a su coche. Me pregunté qué se traería entre manos. Cuando se hubo ido, salí y vi la bicicleta. Decidí seguirlo. Vi que el coche tomaba la carretera de Kiganjo. Conducía a tanta velocidad, que trabajo me costaba seguirle, de modo que tardé bastante en darle alcance. Vi que el coche estaba parado junto a la carretera, con el motor todavía en marcha. Al acercarme, creí, que el conde se había dormido. Como había bebido tanto...

—Sí, lo recuerdo.

—Me detuve al lado del coche y miré dentro. Entonces pensé que quizá estaba enfermo o algo así. De manera que me apeé de la bicicleta y resbalé por culpa del barro. Por eso había barro en el asiento del pasajero. En cuanto vi la pistola en su mano y la herida de bala en la cabeza, comprendí lo que había sucedido. Quien lo hizo debió de huir momentos antes de mi llegada. No vi a nadie, no oí nada. Y luego, como estaba muy asustado, tiré la bicicleta entre los matorrales cuando se me reventó un neumático y volví corriendo a Bellatu.

—¿Por qué no le dijiste esto a la policía?

—¿De qué hubiera servido? No podía decirles quién lo había hecho. Y me habrían detenido sospechando que era el asesino del conde. Todo el mundo sabía que nos odiábamos.

Miró a Grace y añadió en voz baja:

—Supongo que nunca sabremos quién lo hizo, ¿verdad?

—No, supongo que nunca. Pero me parece que ya no tiene importancia. Casi todos los que tuvieron que ver con ello han muerto. Lo mejor es olvidarlo.

—Entonces le deseo unas buenas noches, doctora T. ¡Mañana por la mañana Geoffrey nos va a llevar de paseo!

Grace le ofreció la mano y Tim la tomó.

—Cuidate, Tim —dijo—. Y buena suerte.

* * *

Geoffrey sabía por experiencia que las mujeres que más se resistían acababan sucumbiendo ante la magia y el hechizo de la selva africana. Tenía incontables clientes que podían atestiguarlo. Así que cuando se dirigía en plena oscuridad hacia la tienda de Mona, recordando su animación durante la cena, cómo le ardían las mejillas, albergaba grandes esperanzas. Y llevaba una botella de champán frío.

Mona no pareció sorprenderse nada al verle en la entrada de su tienda, lo que aumentó todavía más las esperanzas de Geoffrey. Pero el tono de voz de Mona le pilló desprevenido al decirle:

—Me alegro de que hayas venido, Geoff. Tengo algo que decirte.



— ¿De qué se trata? — preguntó él, descorchando la botella. Cuando le ofreció una copa a Mona, ella dijo que no.

— He vendido la plantación, Geoffrey.

Geoffrey la miró y luego, aturdido, se sentó.

— ¡No lo dices en serio! ¿Toda?

— Hasta la última de las dos mil hectáreas.

— ¡Dios mío, creía que nunca ibas a venderla! ¿Qué te hizo cambiar de parecer?

Mona apartó la mirada. Había aplazado hasta ahora el momento de darle la noticia porque sabía que acabarían discutiendo. Pero casi no quedaba tiempo y tenía que decírselo.

Sin embargo, no podía decirle la verdad. Que había decidido vender la plantación de café a causa de un niño pequeño.

Tras encontrar a Deborah y Christopher Mathenge en el dormitorio de sus padres, Mona había llorado como nunca. Se había acostado y finalmente había desahogado todas las lágrimas y todo el dolor que llevaba dentro desde la noche en que muriera David. Y luego, al serenarse, una vez derramadas todas las lágrimas, afrontó la fría realidad y comprendió que no podía seguir viviendo en Bellatu y ver cómo aquel niño crecía hasta convertirse en un segundo David.

Y había sacado la conclusión de que tenía que irse de Kenia para siempre, volver la espalda al país donde había nacido, el único país que conocía, y encontrar un lugar nuevo en otra parte.

— Sabes que la plantación tiene dificultades para mantenerse a flote, Geoff. Después de perder la cosecha en 1953, después de que la mayoría de mis trabajadores se fueran durante lo del mau-mau, y después del año lluvioso de 1956, cuando las lluvias duraron demasiado y las bayas se pudrieron en los árboles... bueno, sencillamente no he podido rehacerme. Así que le vendí la plantación a un asiático que se llama Singh. Estoy segura de que hará algo provechoso con ella.

— ¡No puedo creerlo! ¡Asiáticos viviendo en Bellatu!

— La casa no se la vendí. Me la he quedado. Después de todo, la casa es la herencia de Deborah.

— Hiciste bien. Y te diré algo más, Mona. Me alegra que hayas vendido la plantación. Ahora podrás venir a trabajar para mí. Voy a abrir una oficina muy elegante en Nairobi, y necesito a alguien que me la lleve.

— ¡Oh, Geoffrey! — exclamó Mona, volviéndose para mirarle cara a cara—. ¡Qué locura! ¡Turistas! ¡En Kenia! ¡Te ha dado una insolación! ¿De veras crees que la gente querrá venir aquí de vacaciones? ¿Es que no ves hacia dónde se encamina Kenia? ¡De vuelta a la jungla y a las chozas de barro! ¡En cuanto se declare la independencia, este



país se desintegrará, se hundirá en la anarquía, y tu piel blanca no valdrá ni seis peniques!

Geoffrey la miró con fijeza, sorprendido al principio por su arranque, pero finalmente comprendió lo que Mona decía. Hablando lentamente dijo:

—¿Qué quieres decir con eso de que mi piel blanca no valdrá ni seis peniques? ¿Dónde estarás tú?

Mona tomó asiento en el borde de la cama y se miró las manos.

—Me voy a Australia con Tim.

—¡Qué! —Geoffrey se levantó de un salto—. ¡No lo dirás en serio!

—Hablo en serio, Geoff. Alice me ha pedido que vaya a vivir con ella. Tim lo decidió hace ya meses. No queremos seguir viviendo en Kenia.

—¡No puedo creerlo! —gritó Geoffrey—. ¡Te vas a escapar con ese... ese maricón!

—¡No eres justo, Geoffrey!

—¿Es a causa de Deborah? Al fin y al cabo, todo el mundo sabe que es hija suya.

—No, no es por Deborah. No vamos a casarnos ni nada parecido. Los tres sencillamente viviremos y trabajaremos juntos, criando ovejas. Ya he terminado con los hombres y los maridos y toda esa monserga. Seremos sencillamente una familia que vive en paz. Es lo que queremos Tim y yo. Sé que te cuesta creerlo, Geoffrey, pero Deborah no significa nada para mí. De hecho, no voy a llevarla conmigo. He dispuesto que viva con la tía Grace.

Geoffrey se había quedado sin habla. De pronto se encontraba ante una mujer a la que no conocía, a la que no quería conocer. Finalmente, con voz apagada, dijo:

—Pienso que es monstruoso.

—Piensa lo que quieras, Geoff...

—¡Maldita sea, Mona! ¿Cómo puedes abandonarla así? ¡Tu propia hija! ¿Qué clase de madre eres?

—No me vengas con sermones sobre el deber y las responsabilidades, Geoffrey Donald. Párate a pensar, siquiera un minuto, en qué clase de marido eres tú. ¡Pero si toda la colonia está enterada de tus escapadas con tus clientes femeninas y las esposas de tus clientes masculinos! Antes eras un hombre honorable, Geoffrey. ¿Qué pasó?

—No lo sé —dijo él en voz baja—. No sé qué es lo que nos ha pasado. Todos hemos cambiado.

Se acercó a la puerta de la tienda, la botella de champán en la mano, y se detuvo para mirar a Mona. Habían crecido juntos; él le había dado a Mona su primer beso.



Sus cartas le habían ayudado a soportar la soledad en Palestina. ¿Qué error habían cometido? ¿Qué desvío erróneo en el camino los había conducido a esa situación?

— Buenas noches — dijo, sintiéndose desdichado, y se fue.

Mona lo observó, vio su silueta fundiéndose con la oscuridad de la noche, hasta que sólo quedó el ruido de sus pasos, que luego también se apagaron.

Se aferró al poste de la tienda y escuchó el rugir de los leones en la selva cercana. Parecían tan solitarios, tan tristes, como si intentaran encontrarse los unos a los otros. Mona contempló Kenia, su hogar, y pensó en el pequeño tren, ahora una curiosidad de museo, que en cierta ocasión avanzara en una noche como ésta mientras la asustada condesa daba a luz en uno de los vagones.

Finalmente, cerró los ojos y susurró un «*kwa heri*» a Kenia, un adiós.



CAPÍTULO 55

Mamá Wachera observó a la bestia con cautela.

Aunque ahora ronroneaba inofensivamente, momentos antes rugía y levantaba una nube de tierra. Era enorme y amenazadora, y mamá Wachera no se fiaba de ella.

—Ven, mamá —dijo el doctor Mwai, abriéndole la portezuela del automóvil—. Tendrás el honor de viajar en el asiento delantero.

Christopher y Sarah ya estaban sentados detrás, a ambos lados de su madre.

Mamá Wachera miró el rostro sonriente de aquel africano que vestía un traje europeo y llevaba reloj y anillos de oro. Sabía que debía tenerle respeto. Era un sanador como ella misma, lo que llamaban «médico», pero en nada se parecía a los sanadores de antaño. ¿Dónde estaban su calabaza mágica, su saco de preguntas, su bastón sagrado, adornado con orejas de cabra? ¿Por qué no se cubría con el tocado ceremonial? ¿Dónde estaba la pintura ritual en la cara y los brazos? ¿Conocía las canciones y los bailes sagrados? Sin poder evitarlo, la hechicera sentía un ligero desprecio por aquel hombre.

—¡No temas, mamá! —dijo Wanjiru alegremente desde dentro del automóvil—. No te hará daño.

¿Temer? Wachera no había tenido ningún miedo en toda su vida.

Adoptó una postura digna y se acercó al vehículo ronroneante. Durante unos momentos el pasado y el presente se encontraron cuando el cuerpo pequeño y oscuro de mamá Wachera, con las cuentas y pellejos tradicionales, cruzó la portezuela abierta. Luego se encontró dentro y se puso a mirar estoicamente por el parabrisas.

La ocasión era tan monumental -¡mamá Wachera iba a Nairobi en automóvil!- que gentes del poblado y del otro lado del río y de la misión habían acudido a despedirla. Era el Día de la Independencia y los Mathenge iban a asistir a las ceremonias en el estadio de la Uhuru. A los que acudieron a despedirle no les pasó por alto la importancia del hecho: que su querida y venerada hechicera fuese testigo del nacimiento de Kenia. Cuando el coche empezó a moverse, todos prorrumpieron en vítores y corrieron tras él, gritando y agitando las manos.

Al notar que el automóvil se ponía en marcha, el primer impulso de Wachera fue agarrarse al borde del asiento. Pero, como habría sido indigno mostrar miedo ante



otras personas, permaneció sentada tranquilamente con las manos en el regazo. Su expresión se mantuvo serena mientras árboles y chozas pasaban velozmente, pero el corazón le latía con violencia al ver que el mundo se movía mientras ella se encontraba sentada.

—Todo irá bien, mamá —le había dicho Wanjiru, intentando tranquilizarla—. El doctor Mwai tiene un Mercedes y conduce muy bien.

Esas palabras no significaron nada para Wachera, que había anunciado su intención de ir a pie hasta Nairobi.

—¡Pero tardarías semanas en llegar! —había exclamado Wanjiru—. En el coche son sólo tres horas.

Aun así, Wachera no estaba segura de que fuese decente. Andar era honorable; era lo que hacían los antepasados. Viajar sobre ruedas era una costumbre de los *mzungu* y, por ende, no podía ser africana ni respetable.

Pero no tenía elección. Si quería ir al estadio y ver cómo arriaban la bandera británica, tendría que viajar en el coche del doctor Mwai.

Pensó en sus nietos, que viajaban en el asiento de atrás, excitadísimos a causa de la emoción. Aunque Christopher y Sarah habían viajado en camiones de transporte del ejército, para ellos nada podía compararse con la emoción de viajar en un «Benzi». Sarah, de ocho años, apenas podía estarse quieta, con su vestido y sus zapatos nuevos. Christopher iba sentado cerca de la ventanilla y saludaba a todo el mundo con la mano, la sonrisa tan radiante como la camisa blanca que llevaba con sus pantalones largos. Por ellos había accedido mamá Wachera a ir en el Benzi del doctor Mwai. Y ahora estaba contenta porque oía su charla y sus risitas en el asiento de atrás, y eso la ayudaba a vencer el temor que le producía ir en un automóvil. La hechicera vivía para sus dos nietos. Eran todo lo que tenía y hubiese sido capaz de hacer cualquier cosa por ellos.

Pasaron por delante del gran campo vallado donde, hacía incontables cosechas, se alzaba la higuera sagrada y donde la anciana Wachera había construido su nuevo hogar, mucho antes de la llegada del hombre blanco. El bwana había desbrozado el campo para aquel juego que se jugaba montado a caballo, pero ahora estaba olvidado desde hacía años. Mamá Wachera se sintió satisfecha al ver que el vengativo Ngai había llenado el campo de malezas, plantas rastreras y hierba muerta.

El Benzi pasó por delante de la entrada de hierro de la misión y en un abrir y cerrar de ojos desaparecieron los decenios. Wachera vio la selva tal como era en su niñez, y vio la primera choza pequeña de la memsaab Daktari, que consistía sólo en cuatro postes y un techo de paja. Ahora había edificios de piedra, muy grandes, y senderos asfaltados, y la selva se había esfumado hacía mucho tiempo.

Al principio no había querido que sus nietos asistiesen a aquella escuela -cuya propietaria y directora era una Treverton- pero Wanjiru la había convencido con sus



argumentos y finalmente había matriculado a Christopher y Sarah en la escuela de la misión blanca. Wanjiru le había recordado a su suegra que ella misma, Wanjiru, había ido a la misma escuela cuando era niña. ¿Y acaso no había estudiado en ella también David, convirtiéndose así en un hombre culto? Además, todos los maestros y todos los alumnos eran africanos.

De modo que Christopher y Sarah iban a la escuela de la Misión Grace, levantándose cada mañana para comer gachas de maíz con su abuela, tras lo cual se iban con sus uniformes azules y sus libros metidos en bolsas de lona.

—En la nueva Kenia —le había asegurado Wanjiru a su abuela—, nuestros hijos serán cultos y libres de seguir cualquier carrera que deseen. Christopher será un médico excelente. Tiene el cerebro despierto y la lógica de su padre. Y Sarah tendrá un porvenir que yo no pude tener ni siquiera en sueños. Cuando yo iba a la escuela, a las niñas nos enseñaban servicio doméstico; nos preparaban para ser esposas. ¡Pero mi pequeña Sarah puede ser lo que quiera!

«La nueva Kenia», pensaba mamá Wachera con desdén. ¡Lo que tenían que hacer era volver a la antigua Kenia! Los africanos debían contemplar las costumbres y las tradiciones de los antepasados y recuperarlas, porque en ellas estaban el honor y el orgullo, y entonces los Hijos de Mumbi podrían ser virtuosos y justos una vez más.

Pero de nada servía discutir por estas cosas con la tozuda Wanjiru. La hechicera sabía que siete años de cárcel habían endurecido a su nuera, habían plantado una obsesión en su espíritu, ¡y hasta le habían hecho olvidar el deber de mostrar respeto y deferencia ante las personas mayores!

Wachera sabía por lo que había pasado Wanjiru desde su detención nueve años antes. Sabía que Sarah había sido concebida a causa de una violación y que, por lo tanto, no era una verdadera Mathenge; también sabía que Wanjiru había padecido otros abusos innumerales en los campos de detención y que estas experiencias la habían transformado en una mujer obstinada, intratable. Y después, al ser liberada por fin y encontrarse de pronto en un mundo despiadado, sin dinero y sin esposo, con dos hijos de corta edad, había tenido que pasar por la humillación de mendigar para comer, de hacer trabajos humildes para los europeos, para poder dar de comer a sus hijos. Wanjiru era enfermera titulada, una mujer con oficio y educación, pero no podía encontrar empleos respetables porque los hospitales eran dirigidos por blancos que temían contratar a una ex mau-mau. Durante dos años Wanjiru había vivido en las casas de pisos de Nairobi como miles de mujeres abandonadas, preservando su virtud y protegiendo a sus pequeños, hasta que por fin el hospital para nativos había adquirido un administrador africano que no sólo no tenía miedo a una ex mau-mau, sino que, de hecho, admiraba las actividades de Wanjiru en la guerrilla. Y entonces, por fin, le dieron un empleo decente.

Fue entonces cuando finalmente llevó a Christopher y a Sarah a vivir con su abuela. Wanjiru les mandaba dinero cada semana, y alimentos y ropa, y ahora, como



hacia poco que la habían ascendido a enfermera jefa, comenzaba a intimar con hombres poderosos y en auge tales como el doctor Mwai.

Aunque mamá Wachera se alegraba muchísimo de que los niños viviesen con ella, porque ello ponía fin a su soledad, y aunque agradecía los alimentos extra que enviaba Wanjiru -con los chelines, sin embargo, no sabía qué hacer-, se sentía desgraciada a causa de la falta de armonía en sus vidas. Nunca estaban de acuerdo, la hechicera y la esposa de su hijo, y Wanjiru insistía siempre en discutir hasta el final. ¡No hubiera ocurrido igual en los viejos tiempos, cuando la palabra de una abuela era ley!

El Benzi subió por la carretera que llevaba a lo alto del risco, y allí Wachera vio la casa grande construida hacía ochenta y ocho cosechas. Estaba oscura, tenía las ventanas cerradas con tablones, y su estado era deplorable.

Mamá Wachera sabía que la memsaab llamada Mona había vendido la plantación de café arruinada a un asiático y que luego se había ido de Kenia para siempre. Había sido una noticia maravillosa para ella, que veía cumplirse así una parte de su *thahu*. Los blancos se marchaban del país de los kikuyu. Estaba segura de que el asiático no tardaría en darse por vencido y por fin cedería la tierra a los Hijos de Mumbi. Pero había recibido con disgusto la noticia de que la memsaab había dejado a su hija, la nieta del maldito Bwana Lordy, al cuidado de la memsaab Daktari.

Mientras la casa grande retrocedía detrás de los árboles, mamá Wachera recordó el día en que, por primera vez en su vida, había visitado la casa de la memsaab Daktari en la misión. La mañana siguiente a la muerte de su hijo. Había recogido las cartas que la memsaab Mona le había dado y las había depositado a los pies de la memsaab Daktari. Wachera ignoraba qué había en las cartas, pues no sabía leer. Con la muerte de David se habían intensificado la amargura y el odio que sentía por los blancos. Mientras los *wazungu* se reunían para llorar la muerte de uno de los suyos -aquel al que llamaban Bwana James-, Wachera se había retirado a su choza solitaria para llorar a solas el asesinato de su único hijo.

Luego, al llegar Christopher un día a casa con la cartilla de pases de David, y al ver Wachera la fotografía, había sido como ver a David vivo otra vez y ver también a su amado Kabiru Mathenge, que había muerto muchos años antes.

Fue entonces cuando le habló a su asombrada nuera del papel que David había desempeñado en el mau-mau, revelándole que, contrariamente a lo que pensaba Wanjiru, no había sido un cobarde, sino un héroe de la *uhuru*.

Y cuando el Benzi, tomando la carretera principal, se encaminó hacia Nairobi, mamá Wachera pensó que si toda Kenia iba a reunirse hoy en el estadio de la Uhuru, era para honrarle, para rendir homenaje al espíritu y al recuerdo de David Kabiru Mathenge y de su padre, el jefe Kabiru Mathenge.



* * *

La recién bautizada avenida Kenyatta, que antes era la avenida de Lord Delamere, aparecía adornada con banderas de todas las naciones. Durante los últimos días habían llegado a Nairobi primeros ministros y jefes de estado de todo el mundo para asistir a los festejos. El aire estaba cargado; las carreteras aparecían abarrotadas de kenianos de todas las tribus que llevaban días caminando desde sus tierras ancestrales para presenciar el nacimiento de su nuevo Estado. Doscientos cincuenta mil entraron en el estadio de la Uhuru, llevando a remolque sus esposas sus hijos y sus cabras, creando una babel ensordecedora con sus dialectos y lenguas tribales. El Rolls-Royce del presidente Obote de Uganda se atascó en el barro y el primer magistrado del país vecino tuvo que ir a pie hasta el palco real. El duque de Edimburgo llegó con cincuenta minutos de retraso y se vio obligado a abrirse paso a empujones entre una multitud excitadísima que había desbordado las barreras de la policía. Una suave lluvia caía incesantemente sobre damas que lucían vestidos de noche y masai vestidos con *shukas* de color rojo. Grandes cantidades de cerveza y naranjada eran consumidas por las masas que desde las graderías aplaudían a los bailarines tribales, que daban un espectáculo tras otro con tambores y lanzas y pellejos. Todos los pueblos de Kenia se hallaban representados y la muchedumbre aullaba con frenesí chauvinista. Cuando apareció un puñado de guerrilleros -los últimos mau-mau que habían resistido en las selvas- Jomo Kenyatta los abrazó e intentó presentárselos al duque de Edimburgo, que cortésmente dijo que no con la cabeza.

Finalmente llegó el momento esperado. Poco antes de la medianoche del 11 de diciembre de 1963, la bandera británica fue arriada solemnemente mientras la banda militar interpretaba *Dios salve a la reina* y se izaba la nueva bandera de Kenia, roja, negra y verde. Ondeó bajo la luz del foco, mostrando con orgullo las armas de Kenia -un escudo con dos lanzas cruzadas- y la multitud prorrumpió en grandes vítores. Luego hubo un saludo real al duque de Edimburgo, seguido de la entrega oficial de la bandera de los Rifles Africanos del Rey a los Rifles de Kenia. El antiguo fez de color granate fue sustituido por una gorra negra; ahora Kenia tenía su propio ejército moderno.

Acto seguido, Jomo Kenyatta se levantó en el podio y en el estadio se hizo el silencio. El aspecto del anciano era impresionante, con su sobrio traje europeo y su tradicional gorro kikuyu adornado con cuentas. Sus ojos vivos y penetrantes pasaron sobre los miles de africanos que llenaban las gradas y su voz sonó en la noche.

—Compatriotas, todos tenemos que trabajar mucho, con nuestras manos, para salvarnos de la pobreza, la ignorancia y la enfermedad. Antes, echábamos a los europeos la culpa de todo lo que iba mal. Ahora el gobierno es nuestro... Vosotros y yo debemos trabajar juntos para desarrollar nuestro país, para que nuestros hijos reciban educación, para tener médicos, para construir carreteras, para mejorar los aspectos esenciales de la vida cotidiana. Ésta debería ser nuestra tarea, con el espíritu



que os voy a pedir hagáis vuestro, que gritéis bien fuerte, para romper los cimientos del pasado con la fuerza de nuestro nuevo propósito...

Hizo una pausa para mirar a la multitud, luego abrió los brazos y exclamó:

—¡Harambee! ¡Harambee!

—¡Harambee! —contestaron los espectadores—. ¡Harambee! —repitieron como una sola voz—. ¡Todos juntos!

Sonriendo, Kenyatta se volvió hacia el duque y dijo:

—Cuando volváis a Inglaterra, transmitid nuestros saludos a la reina y decidle que seguimos siendo amigos. Será una amistad desde el corazón, mayor que la que existía antes.

La multitud enloqueció. Sombreros y calabazas volaron por los aires, los espectadores se abrazaban unos a otros. En el estadio se alzó un rugido como el de un león, un rugido que debió de oírse en todo el mundo.

Y luego, por fin, con gran solemnidad y dignidad, la banda militar keniana atacó los primeros acordes del nuevo himno nacional y doscientas cincuenta mil personas se levantaron como una sola.

Mientras las notas tristes y dulces sonaban en la noche lluviosa, inspirando en los presentes una especie de orgullo melancólico, una sensación, por primera vez en el recuerdo de todos, de verdadera unidad africana, ese último baluarte del imperialismo británico, el último rincón colonial en separarse de un Imperio que ya no era poderoso, entró en la edad moderna.

Desde su puesto en un palco privilegiado, en compañía de Geoffrey Donald y otros blancos destacados hombres de negocios de Nairobi, Grace Treverton recorrió con los ojos el estadio abarrotado y se dio cuenta de que nunca había visto tantos africanos juntos. El espectáculo la abrumó. También le hizo sentir mucho más frío que la lluvia. Por primera vez Grace comprendió de verdad por qué habían luchado los africanos. Miró las caras negras y llenas de orgullo y pensó en el futuro borrascoso e incierto. Sabía que en los corazones africanos aún anidaban la furia y el resentimiento y se preguntó si alguna vez llegarían a olvidar su pasado ignominioso y la humillación que habían sufrido a manos de los colonizadores. Apenas cincuenta años separaban esos corazones de los salvajes corazones de sus padres guerreros. ¿Caerían de nuevo en la barbarie y en la sed de sangre una vez la ley de Inglaterra se marchara de Kenia? Grace sabía que aquellas gentes estaban embriagadas con su nuevo poder y que anhelaban los lujos que ingenuamente creían que el autogobierno iba a traerles. Recordando el mau-mau, se preguntó cómo les iría a los blancos que se quedaban en Kenia en el supuesto de que estallara una segunda rebelión. La próxima vez no habría tropas británicas para protegerlos.

Sus ojos volvieron a posarse en Kenyatta. Con inmensa sorpresa de todo el mundo, su esposa europea, con quien se había casado en Inglaterra hacía años, había



llegado en avión para unirse a él y a sus dos esposas kenianas como gesto de buena voluntad interracial. Kenyatta pronunciaba discursos convincentes sobre la moderación y la tolerancia. Pero, ¿lograría controlar a su volátil población de seis millones de seres si estallaba una segunda revolución?

Llena de ansiedad, Grace se preguntó cómo sería el futuro que empezaba al día siguiente.

Mientras sonaban las últimas notas del himno nacional y la muchedumbre volvía a prorrumpir en vítores y aclamaciones, Deborah, con sus ocho años de edad, se puso a aplaudir y reír. ¡Era mejor que la Navidad! Temblorosa a causa del frío de la noche, se encontraba entre la tía Grace y el tío Geoffrey, y al otro lado del estadio, en otro palco reservado especialmente, se encontraba Christopher Mathenge con su hermana, su madre y su abuela.

Deborah vio que Christopher la estaba mirando y le sonrió.

Y él le devolvió la sonrisa.



Octava parte

1973



CAPÍTULO 56

— ¿Te emociona pensar que vas a ir a California? — preguntó Sarah, removiendo la cera fundida en el bote.

Deborah, sentada a los pies de un castaño, las rodillas levantadas y la espalda apoyada en el tronco, estaba repasando una revista famosa, la edición para estudiantes de *Mademoiselle*, que llevaba lo último de la moda para ir a la universidad. Se detuvo en una página llena de modelos vestidas con falda larga y zapatos de suela gruesa; luego alzó los ojos para mirar a su amiga.

— Me asusta, en cierto modo, Sarah. ¡California es tan extranjera, está tan lejos!

Sarah se inclinó para examinar la consistencia de la cera. La olfateó y después echó otro pedacito de cera de abeja al bote. Mientras se fundía, dijo:

— ¡Me cuesta creer que hayas tardado tanto en decidirte! Si esa beca me la hubiesen ofrecido a mí, ¡la habría aceptado en seguida!

Deborah volvió a mirar las modelos, que sonreían con confianza joven, norteamericana, y sintió crecer de nuevo sus temores. ¿Cómo iba a encajar ella con unas muchachas tan sofisticadas?

Había sido una gran decisión, la de aceptar la beca Uhuru. Significaba ausentarse de Kenia durante tres años, estar lejos de todos sus amigos, de la tía Grace y de su hogar en la misión, y, sobre todo, lejos de Sarah, que era como una hermana para ella. Además, Christopher iba a volver después de pasar dos años estudiando en Inglaterra. Deborah tendría el tiempo justo de saludarle y al poco debería despedirse otra vez.

Deborah envidiaba a Sarah. Se la veía tan segura, tan llena de confianza en sí misma, exactamente igual que las modelos de la revista. Sarah siempre había sido valiente; según ella, se debía a haber nacido en un campo de detención. Nada le daba miedo y siempre estaba dispuesta a afrontar cualquier desafío. La forma de dejar la escuela, por ejemplo, había sido típica de Sarah, una decisión valiente que había hecho que su madre, Wanjiru, se enfadase tanto que ahora no se hablaban. También Deborah se había escandalizado al ver que Sarah dejaba los estudios al cabo de sólo un año. Pero su amiga, con aquella certeza tan característica en ella, le había explicado:



—Egerton ya no puede ofrecerme nada más. No tengo tiempo que perder siguiendo sus cursos. No sirven para nada. Sé lo que quiero y Egerton no me lo puede dar, así que lo buscaré por mi propia cuenta.

Sarah se refería a su ambición de ser diseñadora de modas. Desde muy pequeña había sabido lo que iba a ser de mayor. En la escuela secundaria había ido a todas las clases de arte, diseño y costura. Luego había ido a la escuela de Egerton en Njoro, donde, al amparo de su programa para el diploma de economía doméstica, uno de los poquísimos cursos de educación superior que se ofrecían a las mujeres de Kenia, había estudiado la identificación y el cuidado de los tejidos, la costura a mano y a máquina, la confección de patrones, de vestidos, y otros aspectos del oficio de modista. Como el segundo año del curso se concentraba en la nutrición y la crianza de niños, había dejado la escuela y vuelto a casa para tratar de alcanzar su sueño por otro camino.

Ahora trabajaba para una mujer asiática de Nyeri, la señora Dar. Sarah era auxiliar de costura, cobraba muy poco, trabajaba muchas horas en condiciones duras, pero la señora Dar confeccionaba vestidos exquisitos para las esposas de acaudalados hombres de negocios del distrito y Sarah aprendía todo lo que le era posible de ella. Pero eso no era suficiente. Aunque tenía la esperanza de que algún día sería dueña de sus propias máquinas de coser, de su negocio propio con sus propias auxiliares, Sarah soñaba con algo más grande: diseñar todo un estilo nuevo.

Por esto se encontraba junto al río con Deborah, removiendo un bote de cera caliente colocado en una hoguera. Sarah había descubierto recientemente el «batik», el arte de teñir tela utilizando cera, y llevaba varios días haciendo experimentos.

—Me sentiré tan extraña en California —dijo Deborah, dejando la revista—. No sabré nada. Y estoy segura de que todas las chicas serán más listas que yo.

Sarah se irguió y apoyó las manos en las caderas.

—¡Qué tonterías dices, Deb! ¿Por qué crees que te han dado esa beca? ¿Por ser tonta? ¡La pidieron mil quinientos estudiantes y te la dieron a ti! ¿Y no te dijo el profesor Muriuki que California salía ganando y la universidad de Nairobi salía perdiendo?

Deborah pensó que el profesor Muriuki lo había dicho sólo para ser amable. Había estudiado cuatro cursos con él en la universidad de Nairobi y le había caído bien al profesor.

Con todo, el profesor Muriuki había añadido:

—No puedo negar que el nivel de educación en la universidad de California es superior al nuestro. Hace usted bien en ir allí, señorita Treverton. Cuando vuelva a Kenia y asista a la facultad de medicina, les llevará mucha ventaja a sus condiscípulos.



Las dos muchachas de dieciocho años disfrutaban del cálido sol de agosto y de la paz del río. A través de los árboles les llegaba el griterío de los niños que jugaban al rugby en el campo de polo que la madre de Deborah había cedido a la Misión Grace al irse de Kenia hacía diez años. Cerca, a unos treinta metros de donde las dos muchachas se encontraban sentadas a la orilla del río, varias chozas se alzaban en un marco bucólico entre cultivos de maíz y judías, un rebaño de cabras de saludable aspecto y un granero lleno a rebosar. Allí vivía Sarah con su anciana abuela, mamá Wachera, pero en su propia choza, que ella había hecho cómoda instalando una alfombra y sillas como era debido. También había una choza para Wanjiru, que se alojaba en ella cuando subía desde Nairobi para visitarlas. La cuarta choza era la de Christopher. En otro tiempo había sido la *thingira* de su padre, es decir, su choza de soltero, y Christopher pensaba alojarse en ella siempre que tuviera vacaciones en la facultad de medicina.

Al pensar en Christopher, Deborah consultó su reloj. Su vuelo desde Londres tenía que llegar esa mañana; su madre iría a esperarle al aeropuerto y le traería en el coche.

Deborah pensó que ya era tarde. ¿Dónde estarían?

No había dormido durante la noche, apenas dormía desde hacía una semana, pensando en el regreso de Christopher. ¿Cómo serían las cosas después de cuatro años? El corazón se le disparaba al pensar en tenerle de nuevo en casa, al imaginar las largas conversaciones que sostendrían.

«¿Habrá cambiado mucho?», se preguntaba.

Sarah dejó el bote de cera y fue a inspeccionar los retazos de tela extendidos sobre unos peñascos. Cada uno de ellos se hallaba en una etapa del proceso de teñirlos; cada uno preparado de forma diferente. Los examinó con atención.

—Me parece que por fin he dominado el problema de los crujidos —dijo, alzando y mostrando un retal—. ¿A ti qué te parece, Deb?

Deborah estudió la muselina que Sarah le enseñaba. El dibujo era de una mujer y una criatura, muy básico y primitivo, y la tonalidad de los colores era de tierra. Le gustaba la forma en que la luz del sol brillaba a través de la tela, revelando venas negras de tinte donde la cera se había roto.

—Es muy bonito. Sarah dejó la tela y retrocedió un paso.

—No estoy tan segura.

—Has dominado la cera. Los colores apenas se corren.

Sarah frunció los labios mientras contemplaba su obra. Había aprendido el «batik» ella sola, mediante un largo proceso consistente en probar suerte una y otra vez, experimentando con restos de piezas de tela que la señora Dar le vendía y en los que se gastaba casi la mitad del sueldo. La cera y el tinte los compraba en una *duka* asiática de Nyeri y se le comían el resto de sus ingresos, por lo que andaba



constantemente sin blanca. Pero valía la pena. Había dominado el «batik» y sus tejidos eran hermosos.

A pesar de todo, faltaba algo.

—No sé, Deb —dijo Sarah, sentándose en la hierba al lado de su amiga. Clavó los pies desnudos en la arcilla roja y se puso a contemplar los peces que nadaban en las aguas cristalinas—. No es suficiente.

Deborah, que no tenía nada de artista y, por ende, quedaba impresionada con lo que hacía su amiga, dijo:

—Podrás hacer vestidos preciosos con este tejido, Sarah. ¡Si tuviese dinero, compraría uno!

Sarah sonrió. Pese a llevar el apellido Treverton y ser propietaria de la enorme casa que había en lo alto de la colina, justo en medio de la plantación de café del señor Singh, y pese a que su tía era propietaria de la Misión Grace, Deborah no tenía dinero. Ello era debido a que la casa prácticamente no valía nada; costaba demasiado dinero vivir en ella y mantenerla, y nadie quería comprarla porque estaba rodeada por los cafetos del señor Singh. Y todo el mundo sabía que la misión producía pérdidas casi desde su fundación, porque la escuela y el hospital eran gratuitos para quienes no podían pagar y el dinero que la doctora Treverton conseguía era reinvertido en su totalidad en la misión. De hecho, corrían rumores de que si las monjas católicas no hubiesen acudido en su ayuda, hacía ya unos años, la misión hubiera quebrado. Así que Deborah Treverton era tan pobre como Sarah Mathenge; era una de las muchas cosas que tenían en común.

—¿Te imaginas? —dijo Deborah, pasándole la revista a su amiga—. ¡En Norteamérica todavía se lleva la minifalda!

Sarah miró los modelos con ojos de envidia. Llevar minifalda estaba prohibido en Kenia. Era «indecente e impropio de señoritas», según el gobierno, «y provocaba la lujuria de los hombres».

—No encajaré —dijo Deborah—. ¡Vestida de este modo! —llevaba un vestido de algodón y sandalias. Le parecía bien para la Kenia rural, pero muy poco apropiado para el sofisticado ambiente de una universidad californiana.

—Hoy día en Norteamérica puedes llevar cualquier cosa que se te ocurra —dijo Sarah, intentando tranquilizarla—. Ya lo ves aquí... mini-vestidos, vestidos de abuelita, vestidos de campesina, trajes-pantalón, téjanos con remiendos de vivos colores. ¡Hasta pantaloncitos cortísimos! Lo importante es que recuerdes —miró a Deborah de un modo significativo— que serás una estudiante de primera y volverás a casa con matrículas de honor. Justamente como dijo el profesor Muriuki.

Deborah rogaba al cielo que así fuese. Su mayor sueño era ser la mejor médica posible, ser como la tía Grace y seguir sus pasos.



—¡Si tuviera dinero! —dijo Sarah, tirando un guijarro al agua—. ¡Sé que podría hacerlo mejor que la señora Dar! Es tan conservadora. No tiene ni pizca de imaginación. ¡Y no me permite expresar mis opiniones! La semana pasada vino la esposa del doctor Chandra y la señora Dar le recomendó un verde que no le sentaba nada bien. Yo me di cuenta en seguida de que lo que necesitaba era un marrón suave, quizá con ribete dorado. ¡Y hay que ver cómo le cuelgan las faldas! Deb, si tuviera dinero, podría comprar una máquina de coser y establecerme por mi cuenta. Podría trabajar aquí mismo, en mi propia casa. Y cuando tuviera unos cuantos clientes de pago, clientes regulares, podría comprar muselina en gran cantidad, sin teñir y teñirla del modo que mejor les sentara a determinadas clientes.

—Son preciosos —dijo Deborah, señalando con la cabeza los «batiks» que se estaban secando sobre los peñascos.

Sarah cogió uno teñido de distintos matices rojos y anaranjados y dijo:

—A ver cómo te sienta.

Deborah se rió y dijo:

—Los *kangas* no me sientan bien, Sarah —pero se puso en pie y dejó que su amiga la envolviera con la tela rígida.

Pese a ser *mzunga*, la piel de Deborah no era mucho más clara que la de Sarah, toda vez que se había pasado toda la vida bajo el feroz sol ecuatorial. Mientras que la mayoría de los blancos de Kenia procuraban por todos los medios protegerse de los rayos del sol, a Deborah le encantaba sentirlos sobre los brazos desnudos y el rostro. Con todo, eso no quería decir que las dos muchachas se pareciesen. Aunque Deborah tenía el pelo negro, corto y ensortijado, y los ojos negros también, seguía siendo muy europea, mientras que Sarah era muy africana. Llevaba el pelo peinado en un estilo nuevo, con muchas trenzas apretadas que culminaban en una cascada de cabellos sobre la coronilla. El efecto del peinado era alargar un cuello que ya era naturalmente largo y coronar la gracia de sus brazos flexibles y su cuerpo esbelto. Sarah Mathenge era excepcionalmente hermosa, a juicio de Deborah, que envidiaba la elegancia natural y el estilo de su amiga.

—Te sienta estupendamente, Deb —dijo Sarah, apartándose un poco y estudiando su obra.

Deborah se volvió lentamente bajo la luz del sol, tratando de ver su reflejo en el río. Sarah le había puesto la tela como si fuera un *kanga*, cruzada sobre el pecho y atada en la nuca.

Sarah volvió a fruncir el ceño.

—¿Qué pasa? —preguntó Deborah—. ¿No te gusta?

—No es lo que busco, Deb. Resulta tan vulgar y corriente —la expresión de Sarah se hizo pensativa—. ¿Te acuerdas del estilo Liverpool de hace unos años? ¿Y luego



del de Carnaby Street? No existe un estilo Kenia; ningún estilo que sea característico del África Oriental.

— ¿Qué me dices del *kanga*? Yo diría que sólo se ve en el África Oriental.

Y era verdad. Nacidos en la costa de Kenia en el siglo diecinueve, los grandes rectángulos de algodón de vivos colores, conocidos por el nombre de *kangas*, se llevaban en toda el África Oriental y en todas partes las mujeres se los ponían para trabajar en los campos e ir al mercado. El *kanga* formaba un vestido sencillo al colocárselo debajo de los sobacos; a veces se ataba sobre un hombro o en la nuca. Se usaba a modo de falda, de chal, para llevar un bebé en la espalda, o enrollado en la cabeza como un turbante. El *kanga* era una prenda barata, sencilla y fácil de cuidar, y satisfacía las necesidades de la campesina africana. Pero Sarah no pensaba diseñar prendas para la *wananchi*.

— Pienso en las mujeres que trabajan en las ciudades, Deb; cada día son más. Hay tantas mujeres trabajando en oficinas, estudiando para ser secretarias y recepcionistas. Las mujeres empiezan a trabajar en bancos y empresas. ¡Incluso las hay que son abogadas! Éstas no pueden llevar *kangas*. Así que, ¿qué llevan? — señaló la revista—. ¡Pues se compran imitaciones baratas de los estilos norteamericano y británico!

— Bueno, en tal caso —dijo Deborah—, podrías diseñar vestidos de confección hechos con tela de *kanga*. Éstos sí que serían un estilo nuevo y decididamente keniano.

Sarah dijo que no con la cabeza, sus grandes pendientes en forma de aro atrapando la luz del sol.

— No quiero usar tela de *kanga*. Detesto esos refranes horribles que llevan estampados.

Sin que nadie supiera la razón, años atrás había nacido entre los fabricantes de tela de *kanga* la costumbre de estampar un aforismo en suajili en cada pieza. Muchos de ellos eran tan antiguos, de origen tan oscuro, que no tenían ningún sentido: *Vidole vitano, kipi in bora?* «De cinco dedos, ¿cuál es el mejor?» Y la mayoría de ellos eran trillados: *Akili in mali*, «El ingenio es riqueza».

Sarah tomó el «batik» de Debarah y lo extendió sobre el peñasco.

— No quiero usar tela que ya esté hecha. Quiero crear una tela nueva. ¿No lo ves, Deb? — Sarah empezaba a dar muestras de excitación—. ¡Lo que quiero es crear todo un estilo nuevo! No sólo una tela, o un vestido nuevo, sino todo un estilo nuevo. Algo que diga «Kenia», ¡un estilo que conserve y perpetúe la tradición africana! Y algo que las mujeres de Europa y Norteamérica quieran llevar.

— ¿Cómo será?

— Todavía no lo sé — Sarah miró fijamente la tela que se estaba secando al sol. Había hecho experimentos con los colores y el diseño, pero, al parecer, lo único que



le salía era una imitación del *kanga*—. ¿Qué hay que sea keniano, aparte del *kanga*? —preguntó.

—No tengo ni idea —Deborah se encogió de hombros.

—¿Sabes qué voy a hacer, Deb? Voy a darme una vuelta por este país nuestro y ver lo que lleva la gente.

—¿Qué idea más maravillosa!

—Piensa en todas las tribus que no se han europeizado, Deb. ¡Los luo, los kipsigis, los turkana! Seguramente continúan llevando el vestido tradicional. Voy a estudiarlos. Los dibujaré. Serán mi inspiración, Deb. ¡Encontraré mi estilo Kenia entre el pueblo!

—Me parece estupendo, Sarah. ¡Y tú eres la más indicada para hacerlo!

—¡Ah, las cosas que podría hacer si tuviese dinero!

—¡Sarah! —exclamó Deborah—. ¡Se me acaba de ocurrir una idea maravillosa! ¡Puedo vender algunas de las cosas que hay en Bellatu! ¡Entonces tendrás todo el dinero que necesites!

Pero Sarah sonrió y dijo:

—No, Deb. No puedes hacer eso. Te instalarás en Bellatu cuando salgas de la facultad de medicina. ¡No querrás vivir en una casa vacía! —dio media vuelta y se acercó al borde del agua—. Ya me las arreglaré para encontrar el dinero. Me consta que lo lograré. Y empezaré mi propio negocio.

—Sí, sin duda —dijo Deborah—. Y cuando yo sea médica, ¡te compraré a ti todos mis vestidos!

Sarah se volvió con los brazos abiertos.

—¡Y me enviarás a todas tus amistades ricas! ¡Estaré tan ocupada, que tendré cincuenta personas trabajando para mí y todo el mundo llevará mi ropa!

—¡Serás el Rudy Gerneich del África Oriental!

Sarah se echó a reír.

—¡Preferiría ser Mary Quant!

—¿Quién es Mary Quant? —preguntó esta vez una voz masculina.

Al volverse, las dos muchachas vieron que un joven bajaba por la margen cubierta de hierba hacia ellas. Llevaba pantalones oscuros, camisa blanca con las mangas subidas y gafas de sol.

—¡Christopher! —exclamaron.

Deborah permaneció en su sitio, presa de un súbito acceso de timidez, pero Sarah echó a correr hacia su hermano y le rodeó con sus brazos. Christopher la levantó y dio una vuelta con ella.



— ¡Has vuelto! — exclamó Sarah.

— ¡Y tú has crecido! — la depositó en el suelo y los dos prorrumpieron en sonoras carcajadas. Luego Christopher se volvió hacia Deborah y dijo —: Hola.

— Hola, Christopher. Bienvenido a casa.

Se quedaron de pie bajo la luz del sol que atravesaba el ramaje de los castaños, mirándose, cada uno de ellos pensando que los cuatro años le habían parecido una eternidad pero que ahora daban la impresión de haber transcurrido en un abrir y cerrar de ojos. Christopher quedó maravillado al ver lo cambiada que estaba Deborah, que de una muchacha traviesa de catorce años se había transformado en una joven preciosa, a la vez que Deborah se preguntaba adonde había ido aquel chico desgarrado de diecisiete años y quién sería este hombre tan guapo que acababa de llegar.

— Estás más alta — dijo Christopher con voz queda.

— También tú.

Se hizo otro momento de silencio; luego Sarah dijo:

— ¿Dónde está mamá?

— En tu choza, quejándose de que no hay *ugali* para nosotros y de que tus modales son atroces.

Sarah alzó los ojos hacia el cielo con expresión de sufrimiento, luego dijo:

— Iré a buscar a la abuela. Creo que está en el poblado. ¡Oh, Christopher! — le abrazó de nuevo—. ¡Me alegra tanto que hayas vuelto! Dime que es para siempre, que no volverás a irte.

— No volveré a irme — dijo él, riendo.

Sarah se fue corriendo entre los árboles, dejando solos a Deborah y Christopher.

A Deborah le costaba creer que Christopher se encontrara realmente ante ella por fin, después de cuatro años de cartas y llamadas telefónicas en Navidad, de echar de menos a su querido amigo y compañero de juegos en la infancia, de crecer y comprobar que su afecto se convertía en amor de mujer, de experimentar sueños extraños e inquietantes en los que aparecía Christopher, de anhelar su presencia, de estar despierta en la cama, no reviviendo las aventuras de antes como en otro tiempo, sino imaginando encuentros románticos. Durante la ausencia de Christopher Mathenge, Deborah se había enamorado de él y ahora, inesperadamente, se sentía tímida a causa de ello.

— Te echaba de menos — dijo Deborah.

— Yo también a ti, Deb. No sabes lo que tus cartas significaban para mí — dio unos pasos hacia ella, luego se detuvo y miró en dirección al río—. Ya no hay selva.



Deborah miró hacia la multitud de *shambas* que cubría la ladera hasta la cima del risco que había en la otra orilla. Cuando eran niños, la selva llegaba hasta la orilla del río. Luego el nuevo gobierno africano había dado la tierra a los kikuyu, que inmediatamente se habían puesto a desbrozar la selva para tener sus campos de cultivo. Ahora había muchas chozas -que ya no eran redondas, sino cuadradas, siguiendo la norma de los *mzungu-*, fabricadas todavía con barro y excrementos y con techo de juncos. Y había unos cuantos automóviles maltrechos en los senderos de tierra que se entrecruzaban.

Deborah miró a Christopher y pensó que también él había cambiado. ¿De dónde habían salido aquellos músculos sin grasa, y aquellos hombros anchos y cuadrados que tensaban la tela de la camisa? Había fluidez en su postura. Recordó los *morani* masai que recorrían las llanuras de Amboseli, jóvenes guapísimos, cimbreños y angulosos, que eran tan altivos, que se consideraban la raza más hermosa de la tierra. Christopher daba la misma impresión, sólo que en él no había arrogancia. Se volvía hacia ella y le sonreía como ningún *morán* le hubiera sonreído.

—¿Qué tal Inglaterra? —preguntó Deborah.

—Fría y lluviosa. Me alegro de haber regresado.

También su forma de hablar era diferente. Había desaparecido el acento kikuyu que antes daba color a su modo de hablar. Christopher ya no mezclaba las *eles* y las *erres*, como hacían los kikuyu porque la *erre* no existía en su lengua. Hablaba como un estudioso de Oxford, es decir, como lo que era.

—¿Cómo está tu tía? —preguntó él.

—Está bien. Trabaja mucho, como siempre. Yo le recuerdo que ya tiene ochenta y tres años y debería tomarse las cosas con más calma. Pero la tía Grace piensa que la misión se vendrá abajo si ella se retira.

—Quizá tenga razón.

Deborah miró fijamente las gafas de sol de Christopher. Le daba cierto alivio que las llevase, porque la protegían de sus ojos.

—¿Y tu madre? —preguntó Christopher—. ¿Qué noticias tienes de ella?

Deborah recordaba cosas. Tenía ocho años y estaba en el campamento de safaris Kilima Simba. Tuvo necesidad de ir al retrete y, al pasar por delante de la tienda de su madre, oyó que dentro una voz decía:

«Deborah no significa nada para mí, Geoffrey. He dispuesto que viva con la tía Grace».

—Mamá casi nunca nos escribe ahora —dijo, pensando en la última carta impersonal, de compromiso—. Pero dice que el negocio de las ovejas les va bien y que le continúa gustando Australia. Cada Navidad nos envía jerséis de lana a la tía Grace y a mí.



Volvieron a guardar silencio, Christopher detrás de sus gafas de sol, Deborah contemplando cómo el agua del río pasaba por encima de los guijarros y el musgo. El calor de agosto era desacostumbrado, parecía salir del suelo y envolverles. Las hogueras de los kikuyu llenaban el aire de perfumes acres, humosos. Del campo de rugby llegaban gritos y en lo alto, entre los cafetos del señor Singh, se escuchaban motores. Una abeja se posó en el brazo de Deborah, que la ahuyentó.

Christopher miró de nuevo a su alrededor, volviéndose lentamente, absorbiéndolo todo, las incontables granjas que ahora cubrían la campiña. En otro tiempo había allí una espesa selva. En el mismo sitio, hacía muchas generaciones, se habían librado guerras contra los masai, sus antepasados habían adorado los árboles y los animales, y, más recientemente, los guerrilleros del mau-mau habían encontrado refugio allí. Ahora lo único que veían los ojos de Christopher eran retazos verdes y pulcros sobre la tierra roja. Chiquillos desnudos vigilaban las cabras y las vacas; las mamás, con las piernas rectas, las rodillas entrecruzadas, se agachaban para arrancar las malezas y recolectar las verduras. La escena era apacible, tranquilizadora, y Christopher la había echado muchísimo de menos durante sus cuatro años de estudiante en Inglaterra.

Finalmente miró a Deborah, que se encontraba de pie bajo un rayo de sol, contemplando el agua como el primer día en que Christopher la vio, hacía ahora diez años.

Christopher pensó en las cartas que la muchacha le había mandado, una a la semana durante cuatro años. Las conservaba todas.

Al principio, añorando Kenia pero al mismo tiempo excitado por su aventura en Oxford, Christopher sólo había echado de menos a la alegre compañera de su juventud, la niña pequeña y delicada que le había hecho soportable la vida con su abuela. Había echado de menos a Deborah como echaba también de menos a Sarah y a su madre, a sus camaradas del equipo de rugby.

Pero luego, una vez transcurrido el primer año, y mientras las cartas de Deborah seguían llegando fielmente cada semana, se había dado cuenta de que esperaba con ilusión leer sus palabras, buscar un rincón donde pudiera estar a solas con la carta, imaginar durante unos momentos mágicos que se encontraba con ella en Kenia. Los sentimientos que la muchacha le inspiraba habían empezado a cambiar cuando cambiaron también sus cartas. El infantilismo desapareció poco a poco de las cartas, que comenzaron a reflejar una madurez nueva. Deborah hablaba de cosas importantes -del gobierno, de acontecimientos mundiales, de sus sueños de llegar a ser médica- y le hacía mil preguntas acerca de él, de sus estudios, de sus planes para el futuro. Las cartas de Deborah eran un vínculo directo con Kenia, y gracias a ellas nunca se sintió aislado del hogar. Y nunca se sintió separado de ella, sino cada vez más cerca. La muchacha había llegado a significar para él mucho más que antes.

De la choza de Sarah salieron voces que discutían.



—Vaya por Dios —dijo Deborah—. Ya estamos otra vez. Tu madre está enfadadísima con Sarah. ¿Te lo ha dicho?

—Sí. Yo me opuse al principio, cuando me escribió diciendo que había dejado los estudios en Egerton. Pero conozco a mi hermana. Encontrará la forma de conseguir lo que quiere. A estas alturas, mi madre ya debería saber que no sirve de nada discutir con Sarah.

—Se parecen mucho, ¿verdad?

—Me pregunto dónde estará mi abuela.

—Ha ido a asistir en un parto —Deborah se sentía tímida, obligada a hablar para llenar el espacio entre ella y Christopher—. A mamá Wachera le ha ido muy bien desde la independencia. La gente vuelve a las curas tradicionales, y los viejos hechiceros y hechiceras, desde que salieron de sus escondrijos, han prosperado mucho. Como en el caso de tu abuela.

Christopher se puso pensativo. Sacaría el título de médico al cabo de cuatro años y también él quería prosperar.

—Christopher, tengo algo que decirte —dijo Deborah, hablando de prisa—. No lo mencioné en ninguna de mis cartas porque quería decírtelo personalmente. Me han concedido una beca Uhuru para estudiar en California.

No vio ninguna reacción en él, sólo su propio reflejo por partida doble en las gafas de sol. Christopher permaneció callado durante unos momentos; luego dijo:

—California. ¿Durante cuánto tiempo?

—Tres años.

Él volvió a guardar silencio, los ojos escondidos detrás de las lentes oscuras. El mundo parecía contener el aliento. El río corría en silencio; los pájaros cesaron en sus trinos. Luego Christopher se acercó a Deborah y puso las manos en sus brazos desnudos. Los dos sintieron de pronto como una carga de electricidad. Christopher aumentó la presión de sus manos y la miró.

Deborah era su más vieja amiga y la más querida. Le había salvado de la soledad en la infancia y le había introducido en su círculo soleado. Sus cartas habían sido un consuelo para él, que había esperado con ilusión el momento de verla de nuevo. Pero ahora todo era diferente. Algo había cambiado.

De repente Deborah le pareció tan pequeña y vulnerable.

—Debes andarte con cuidado —dijo él en tono apremiante—. El mundo es un lugar grande, mucho más de lo que te imaginas. Sólo conoces Kenia, Deborah, y, de hecho, sólo una pequeña parte de Kenia... —se le cortó la voz. Quería decirle algo más, expresar la emoción nueva y extraña que de pronto se había apoderado de él. La miró, sintió la piel cálida bajo sus manos.

«Es tan inocente».



Le invadió el deseo de protegerla, de abrazarla y ponerla al abrigo de todas las cosas que él mismo había descubierto en el mundo. Kenia era un país tan pequeño, tan aislado. Y Deborah era hija de una provincia rural, atrasada. ¿Qué sabía ella de la vida?

—Saldré adelante —dijo Deborah, desconcertada y sobrecogida por la fuerza de su contacto, de la pasión que había en su voz. ¿Qué le había pasado a Christopher? ¿De dónde procedía su intensidad?

Deborah alzó las manos y le quitó las gafas de sol. Christopher la estaba mirando fijamente con unos ojos que, en generaciones anteriores, habían medido el avance de un león entre la hierba alta y tostada. Se sintió atrapada en aquella mirada, sintió la energía que pasaba de sus manos a sus propios brazos. Christopher la abrumaba. De repente se quedó sin aliento.

—Deborah —dijo él en voz baja, sin soltarle los brazos—. No te diré que no vayas. No tengo derecho a hacerlo. Debes irte. Debes llegar a ser tan buena como puedas. Pero... prométeme, Deborah, que...

Deborah se quedó esperando. Una brisa cálida agitaba las ramas de los árboles y la luz del sol caía sobre el guapo rostro de Christopher.

—¿Qué debo prometerte? —susurró, el corazón disparado.

«Dilo, Christopher. Por favor, dilo».

Pero las palabras no acudían a sus labios. Había sucedido con demasiada rapidez, el salto repentino de querer a Deborah Treverton como una amiga a quererla como mujer. A Christopher le pareció que en un instante cruzaba un umbral terrible, un umbral de cuya presencia no se había percatado. No estaba preparado para esa repentina oleada de deseo, ese impulso inesperado, furioso, de tomarla entre sus brazos y besarla. Y más.

No sabía cómo decirlo. Pensó en California, en los hombres que Deborah conocería allí, hombres que eran como ella... de raza blanca. Lleno de temor, Christopher comprendió que Deborah se iría de Kenia y no regresaría jamás.

—Deborah —dijo por fin—, prométeme que recordarás siempre que Kenia es tu hogar. Éste es tu sitio. Aquí está tu gente. Ahí fuera, en el mundo, serás una forastera. Serás una curiosidad y te comprenderán mal. El mundo no nos conoce, Deborah; no sabe nada de nuestras costumbres, de nuestros sueños. En Inglaterra me trataban como si fuese una curiosidad. Me veía rodeado de gente que quería conocerme, pero no hice ningún amigo, ni uno solo. No pueden imaginarse cómo es ser keniano, lo singulares que somos. Pueden hacerte daño, Deborah. Y yo no quiero que te hagan daño.

Deborah se sentía perdida... en los ojos de Christopher, en el roce de sus manos. El mundo extraño y aterrador de que hablaba ya no existía, sólo existían ese paraje del río, ella misma y Christopher.



—Prométeme —dijo él con voz tensa— que volverás.

Deborah apenas podía hablar.

—Te lo prometo —susurró. Y cuando las manos de Christopher se separaron de sus brazos y él se volvió bruscamente, fue como si el sol se apagara en su vida.



CAPÍTULO 57

Sarah estaba enfadada.

Después de dos semanas de recorrer Kenia buscando su «estilo», había llegado al final del camino en la costa, y no estaba más cerca de la meta que al salir de casa.

Mientras caminaba por las antiguas calles de Malindi, ciudad exótica y en decadencia que en otro tiempo había sido puerto donde los árabes embarcaban esclavos, y contemplaba las paredes cegadoramente blancas, las mujeres que usaban velo, los mercados abarrotados de gente y los mangos en flor, con la sensación de estar andando por un siglo muy remoto, su exasperación iba en aumento.

Había empezado su búsqueda a orillas del lago Victoria, donde había visitado a la tribu luo. Los había estudiado y dibujado -mientras trabajaban, en el mercado, sentados ante sus hogueras- y se había encontrado con que la mayoría de los hombres usaba pantalones largos o cortos y que las mujeres se envolvían en *kangas*. Luego había visitado a los masai y los samburu, y había encontrado sencillos *shukas* de color rojo, atados sobre un hombro o envolviendo el cuerpo por debajo de los sobacos, tanto en los hombres como en las mujeres. Las mujeres kamba y taita también vestían *kangas*, a veces incluso sobre un vestido o una blusa a la usanza europea, o en la cabeza a modo de pañuelo. El rojo parecía ser el color dominante, lo cual se debía al color ocre del suelo de Kenia; también predominaba el marrón, sobre todo entre la gente que todavía llevaba taparrabo y capa de cuero suave. En la costa, donde la influencia árabe era grande, Sarah encontró mujeres musulmanas vestidas totalmente de negro, tan tapadas que sólo se les veían los ojos, y mujeres asiáticas que llevaban saris de vivos colores importados de la India. Sarah había viajado por toda Kenia, su bloc de dibujo estaba lleno de apuntes y la ansiada inspiración brillaba por su ausencia.

Le habría gustado que Deborah la hubiese acompañado. Podrían haber sido como unas vacaciones, viajando en el Benzi del doctor Mwai y visitando la campiña. Habría sido una buena despedida antes de que Deborah se fuera a Norteamérica; además, Deborah la habría aconsejado o hubiese escuchado sus ideas. Pero iban a darle una fiesta de despedida en el pabellón de caza Kilima Simba en Amboseli, y Deborah se había sentido obligada a asistir a ella. Así que se había ido con Terry Donald mientras Sarah le contaba su problema al doctor Mwai, que se había mostrado comprensivo y le había prestado su coche.



Ya habían transcurrido las dos semanas y tenía que devolver el Benzi. Sarah había estado en todas partes y lo había visto todo, y lo único que tenía era un centenar de dibujos sin inspiración.

Se sentó en un banco desde el que se divisaba una amplia franja de playa de arenas blancas y verdes arrecifes de coral, a la sombra de una palmera, y observó el avance titubeante de un grupo de europeos que exploraba el perímetro de una mezquita semiderruida.

Convencidos de la estabilidad del gobierno Kenyatta y de que no habría más revoluciones, los turistas empezaban a llegar en gran número a Kenia. En Nairobi y en la costa se estaban construyendo hoteles a la vez que surgían lujosos pabellones de caza en la selva; minibuses Volkswagen recorrían las carreteras de Kenia, ahuyentando a los animales y deteniéndose en los poblados para que sus ocupantes pudieran tomar fotografías. Algunos llegaban muy al norte, hasta Nyeri, camino del hotel Treetops; una vez Sarah se había encontrado con un grupo de norteamericanos empeñados en fotografiar a mamá Wachera delante de su choza.

Mientras observaba a los turistas, que se habían metido en el cementerio musulmán buscando la forma de entrar en la mezquita abandonada, Sarah se fijó en sus pantalones de poliéster, sus téjanos y sus camisetas de manga corta. Y pensó:

«¿Por qué hemos de ser nosotros los imitadores? ¿Por qué tratamos de parecer norteamericanos? ¿Por qué no pueden ser ellos los que nos imiten a nosotros?»

Volvió a pensar en las mujeres jóvenes de Nairobi, recién salidas de la escuela de secretariado, caminando elegantemente por las aceras en protectores grupos, confiadas, riéndose, el pelo peinado al estilo africano para decirle orgullosamente al mundo que ellas, al igual que su país, ahora eran libres e independientes. ¡Pero vestían a la usanza europea, y encima mal imitada!

«En otro tiempo París dictaba la moda -se dijo Sarah, levantándose del banco para seguir su camino-. Hace diez años, la dictaba Inglaterra. Y ahora es Norteamérica. ¿Cuándo le tocará el turno a África?»

Era la primera vez que visitaba la costa y se sentía casi tan forastera como una turista. Malindi se parecía muy poco al resto de Kenia. Era una ciudad antiquísima, fundada por los portugueses hacía muchos siglos. Había florecido bajo el gobierno del sultán de Zanzíbar. Sarah pensó que Malindi era un lugar que parecía sacado de *Las mil y una noches*, con sus viejos bazares árabes, sus cúpulas y minaretes, sus callejuelas angostas y sus carretillas de mano. Los hombres aparecían sentados y vestidos con largas túnicas blancas, fumando pipas burbujeantes y bebiendo café en tazas diminutas. Las mujeres eran sombras negras y furtivas que se recortaban con nitidez sobre las paredes enjalbegadas. En las playas, las palmeras se inclinaban empujadas por el viento, sus grandes y verdes frondas meciéndose hacia la ciudad vieja, como saludándola. En el agua, entre los arrecifes de coral, los pescadores



gobernaban sus pintorescos *dhow*s, velas blancas y triangulares pintadas sobre un cielo intensamente azul.

Sarah se dijo que Malindi era una ciudad hermosa y encantadora, llena de mística. Pero difícilmente se la podía considerar típica de Kenia.

Mientras paseaba entre los hibiscos, los jazmines y las buganvillas por el concurrido mercado de carbón vegetal y pescado, pasando por delante de las lujosas villas de los ricos de otros tiempos, con el bloc de apuntes en la mano, Sarah pensó en los turkana, pueblo al que había observado en el norte. Con sus preciosos camellos, que no usaban como bestias de carga sino para obtener leche, sus hombres tocados con curiosas gorras de arcilla y cabellos de antepasados y su preocupación por adornarse el cuerpo, los turkana le habían parecido tan extraños, que había pensado que tampoco ellos eran típicos de Kenia.

Al llegar a Birdland, extenso zoológico ornitológico, se detuvo para contemplar a una familia asiática que merendaba en la hierba entre tamariscos y otros árboles. El padre llevaba camisa y pantalones de estilo europeo y un turbante en la cabeza; la madre y la abuela vestían saris de color turquesa vivo y amarillo limón; los niños y las niñas llevaban vestidos y pantaloncitos normales y corrientes. Sarah sabía que muy posiblemente eran descendientes de los trabajadores asiáticos que habían sido traídos de la India para construir el ferrocarril hacía más de setenta años. Sin duda los representantes de las tres generaciones que disfrutaban de su almuerzo en la hierba habían nacido y se habían criado en Kenia. Y pese a ello, irónicamente, Sarah, como la mayoría de los africanos y los blancos, no consideraba kenianos a los asiáticos.

Llena de frustración, siguió caminando. Dirigió sus pasos hacia la playa, donde los vientos de la tarde empezaban a alborotar las dunas cremosas y a arrojar motas bañadas de sol a las verdes aguas. Al notar que su irritación bordeaba el desánimo, se preguntó si entre todas las tribus y pueblos del país no había nadie que fuese verdaderamente keniano. Hasta sus propios kikuyu habían abandonado la tradición. Los hombres llevaban pantalones en vez de *shuka* y las mujeres usaban *kangas*.

¿Dónde, entonces, estaba el estilo Kenia?

Se sentó en una pared baja y cubierta de musgo y se puso a observar cómo los pescadores de largas faldas blancas sacaban las capturas del día. Olió el perfume salobre del océano índico, escuchó los graznidos de las gaviotas, sintió el sol en los brazos.

«El sol de Kenia –pensó–, que brilla por igual sobre todos».

Abrió el bloc y repasó los apuntes: guerreros masai dando saltos; un kisii tallando esteatita; un pastor samburo apoyado en su largo bastón. Sarah había dibujado los ojos de mujeres musulmanas mirando tímidamente por encima del velo; había captado a una feliz novia tharaka que lucía como mínimo doscientos cinturones confeccionados con conchas de cauri; mujeres pokot bailaban en una página,



desnudos los pechos, los pendientes en forma de aro sobresaliendo de sus cabezas. Sarah incluso había dibujado un hombre de negocios africano que caminaba apresuradamente por una calle de Nairobi, la cartera en la mano. Y en otra página aparecía el sonriente portero del nuevo hotel Hilton. Finalmente llegó a los últimos apuntes del bloc: las mujeres jóvenes de Nairobi que se vestían a imitación norteamericana, lo que no hacía juego con sus orgullosos y complicados peinados africanos.

Sarah levantó los ojos del bloc y se preguntó dónde estaba Kenia en todos aquellos apuntes.

El viento cálido arreciaba, agitando las páginas del bloc. Un velo tenue de arena corría por encima de las dunas. Las frondas de las palmeras se mecían y chocaban unas con otras. Sarah se protegió los ojos con la mano y miró hacia las aguas verdiazules. Empezaba a ser tarde. Ya era hora de ponerse en marcha para volver a Nairobi. Pero no podía moverse.

De pronto, inexplicablemente, Sarah se sintió clavada en el sitio en que se encontraba.

Era como si el viento tropical la tuviese aprisionada, como si las palmeras susurrantes la instaran a quedarse, quedarse... Miró fijamente el cielo, las olas que avanzaban entre los arrecifes lejanos, las dunas de formas cambiantes, y de repente sintió deseos de dibujar. Rápidamente buscó una página en blanco, sacó un lápiz del bolso y se puso a trazar líneas.

Apenas era consciente de lo que hacía; el lápiz parecía moverse por propia iniciativa. La mano volaba sobre el papel, depositando líneas y curvas y formas, trazando contornos y sombreados. Los ojos se movían del bloc al paisaje y de nuevo al bloc, rápidamente, y el paisaje iba surgiendo lentamente en la página.

Y cuando hubo terminado, apenas unos minutos después, parpadeó de asombro.

Había captado la playa antigua sobre el papel. No sólo su aspecto, porque eso podía hacerlo cualquier cámara, sino su espíritu. Había vida en los trazos largos y las curvas, casi podía oírse el fragor del oleaje, las llamadas de las gaviotas. El agua trazada por el lápiz parecía ondular. Y aunque era sólo gris plomo, había color en el dibujo. Sarah podía verlo, podía sentirlo. Y su corazón empezó a latir con fuerza.

Tomó otra página en blanco, cambió de postura y empezó a dibujar la bonita mezquita pequeña que se encontraba a unos treinta metros de ella, detrás de unos tamariscos. Al terminar, dibujó la callejuela estrecha con sus balcones y sus celosías árabes. Y cuando el alma de Malindi quedó plasmada en el papel, cerró los ojos y se imaginó las llanuras de Amboseli, donde merodean los leones y los espinos de copa plana sostienen el cielo. Sus manos volaban. Pasaban las páginas una tras otra. Iba sacando nuevos lápices. La tarde iba cayendo y la noche rutilante de África estaba cada vez más cerca, pero ella seguía dibujando sin respiro.



Dibujó las orillas del extenso lago Victoria y los picos del monte Kenia y del monte Kilimanjaro. Los ojos de su mente veían las chozas redondas, las *manyattas* de los masai y las tiendas de los turkana, y su mano las trasladaba al papel. Dibujó pájaros y otros animales, insufló vida en las flores silvestres. Y luego nubes, grandes concentraciones de nubes que giraban alrededor de un sol central, deslumbrante. Finalmente, atardeceres y amaneceres pasaron al bloc de apuntes, y el Chania fluyendo sobre su lecho, impetuosamente, y el humo que surgía de la hoguera de su abuela, y el autobús de Karatina con las mujeres que volvían del mercado.

Cuando todas las páginas estuvieron llenas, cuando todos sus lápices estaban romos, cuando se dio cuenta con sorpresa de que la envolvía la oscuridad de la noche, se apoderó de ella una emoción extraña, casi aterradora.

Comprendió que había buscado donde no debiera haber buscado y la revelación fue como un golpe. En sus manos, encerrada en un cuaderno de poco precio, tenía Kenia. De pronto, con emoción, se percató de que el «estilo» del África Oriental no estaba en la forma de vestir de su gente, sino en la propia África Oriental. El alma keniana no se encontraba en las *shukas* ni en los *kangas*, sino en el sol y en las hierbas y la tierra roja; en las sonrisas de sus niños; en el trabajo de sus mujeres; en el halcón que se remontaba hacia lo alto, en el andar a paso largo de las jirafas, en las velas latinas de los *dhow*s al ponerse el sol.

Sintió un estremecimiento. Se levantó de un salto y echó a correr hacia el coche, apretando el precioso bloc de apuntes contra su pecho. No veía las callejas oscuras por donde pasaba, ni las mujeres que la miraban con curiosidad desde las ventanas. Sólo veía inmensas sabanas amarillas y manadas de elefantes, los desiertos desolados del norte y las caravanas de camellos, los rascacielos de vidrio y cemento que surgían de los arrabales de Nairobi. Y todo lo veía con los colores y las formas de la nueva tela que iba a crear.

Sarah Mathenge iba a dar al mundo un estilo keniano por fin.

* * *

—Así que déjame que te diga lo que hace este tipo —dijo Terry Donald, abriendo su tercera botella de cerveza Tusker.

Deborah no le escuchaba. Sentada con Terry en el salón de observación de Kilima Simba, contemplaba un elefante solitario que había venido a beber en la aguada. En el pabellón reinaba ahora el silencio, pues todos los huéspedes estaban en sus habitaciones, cambiándose el traje de baño por las ropas con que se tomarían unos cócteles. Al ponerse el sol, cuando gran número de animales aparecían siempre en la aguada, un centenar de turistas harían funcionar sus cámaras.

—Ya te he hablado de Roddy McArthur, ¿verdad? —dijo Terry, tratando de atraer su atención. Comprendía que Deborah estuviese distraída. Faltaban sólo dos semanas para que se fuera a Norteamérica—. De todos modos —prosiguió—, lo que hace Roddy cuando no tiene ningún cliente para llevarlo de caza es irse él solo y



cobrar los trofeos más grandes que encuentra. Se los vende a Swanson, el taxidermista de Nairobi, que los prepara y los esconde. Luego, cuando Roddy tiene clientes, o cuando otro tipo tiene clientes que cobran trofeos pequeños y no están satisfechos, Swanson cambia las cabezas a la chita callando, ¿comprendes?, y los clientes se van a casa la mar de satisfechos con los grandes trofeos, y luego se jactan de haberlos cobrado ellos mismos. Yo no quiero saber nada de estos chanchullos, Deborah. Pienso que la caza debería seguir siendo un deporte honrado —se inclinó un poco y le dio unos golpecitos en el hombro—. ¿Deborah?

La muchacha le miró.

—Perdona, Terry. Volvía a tener la cabeza en las nubes.

—Apuesto a que ya tienes las maletas hechas.

No, no las tenía. En realidad, a medida que se acercaba el día de la partida, más fuerte era el deseo de Deborah de no irse.

Y la causa de esto era Christopher.

Deborah no lograba quitarse de la cabeza el recuerdo de su reencuentro a orillas del río dos semanas atrás. Lo revivía una y otra vez, llenaba todos sus momentos de vigilia con la imagen de Christopher bajo el sol. Cada vez que la veía, sentía una oleada desesperada de deseo sexual, un deseo que crecía dentro de ella de día en día.

—Oye, Deborah —dijo Terry—. Me gustaría que accedieras a salir conmigo otra vez antes de que te vayas para estar ausente tres años.

Deborah lo miró. Tenía veinte años, era delgado y estaba moreno y era guapo de una forma un tanto tosca, como su padre, Geoffrey, y su abuelo, sir James. Y era un apasionado de la caza. Al recibir su licencia restringida hacía tres años, Terry la había llevado en su primer safari de caza.

Habían ido en el Land-Rover hasta Serengeti, en Tanganika. Como su licencia era restringida, Terry no había podido cazar ningún ejemplar de los «cinco grandes»: elefante, rinoceronte, búfalo, león y leopardo. Pero se habían encontrado con un león viejo que tenía una púa de puerco espín clavada en la mejilla, hasta muy adentro, y que, enloquecido por el dolor, atacaba a los inocentes habitantes de los poblados. Terry había abatido al peligroso animal de un solo y piadoso disparo y le habían permitido quedarse con la piel como premio al servicio prestado.

De su segundo safari hacía ahora un año, poco antes de que Deborah ingresara en la universidad de Nairobi para cursar los estudios preparatorios. Ella y Terry habían ido a Uganda con el propósito de cazar elefantes. Después de largos y cálidos días caminando trabajosamente entre hierbas altísimas, acarreando pesados rifles, bolsas llenas de municiones y cantimploras, siguiendo huellas y excrementos hacia el interior de densas selvas y sintiéndose rodeados de peligros por todas partes, habían encontrado un pequeño grupo de machos dotados de excelentes colmillos.



Terry le había cedido a ella el honor de hacer el primer disparo; pero la muchacha no se había sentido capaz, así que él había dado muerte a los mejores del grupo y luego había supervisado la extirpación de los colmillos. Al ofrecerle a Deborah el marfil, en un gesto de extrema generosidad, ella lo había rechazado.

Desde entonces la muchacha no había podido convencerle de que no le gustaba la caza y desaprobaba que estuviera permitida en Kenia. Tampoco había logrado Terry hacerle ver las cosas desde su perspectiva: que los cazadores prestaban un servicio valioso. Impedían que las manadas llegasen a ser un peligro al crecer demasiado; salvaban las cosechas y los poblados de los ataques de los merodeadores; y vigilaban a los cazadores furtivos, que tenían formas muy crueles de matar a los animales.

Deborah meneó la cabeza y se bebió un sorbo de «ginger ale».

—No, Terry. Nunca volveré a ir de safari, como no sea para observar a los animales, sin disparar contra ellos.

Ni siquiera estaba segura de que esto le pareciese bien, ya que sabía que cada vez eran más los turistas que llegaban a Kenia en busca de animales y se metían por todas partes, turbando la paz de parajes que antes eran vírgenes. A veces se preguntaba si semejante invasión de seres humanos y gasolina no echaría a perder el delicado equilibrio de la naturaleza. Había visto vehículos cargados de turistas que gritaban persiguiendo a los animales, provocando ciegas estampidas de cebras y antílopes. Los turistas metían sus vehículos de alquiler en medio de las manadas, dispersándolas, separando sin darse cuenta a los pequeños de sus madres, expulsando a los grupos de su territorio, haciéndolos correr hasta el agotamiento, debilitándolos y convirtiéndolos en presa fácil de los depredadores que acechaban cerca. Deborah se preguntaba qué emoción podía proporcionar el perseguir a unos pobres animales hasta que caían rendidos, total para filmar unos metros de película.

Y había algo aún peor: los turistas fotografiaban a la gente. Había visto autobuses que llegaban a los poblados cargados con gente dispuesta a disparar la cámara. Los pastores masai se sentían ofendidos y, tapándose la cabeza con sus capas, daban media vuelta y se iban. Las mujeres se ponían furiosas y trataban de ahuyentar a los intrusos a gritos. ¡Qué ignorancia! ¡Qué falta de respeto! Los africanos sabían que aquellos *wazungu* venían a fotografiar animales y se preguntaban si también a ellos los consideraban como tales.

Recorrió con los ojos el lujoso pabellón. Había sido el primero de Kenia y ahora tenía numerosos imitadores, desde la frontera con Uganda hasta la costa. Geoffrey Donald era propietario de tres, además de su creciente parque de minibuses, los mismos que paseaban a los turistas por las tierras de los masai. El pabellón de safaris Kilima Simba era un lugar sereno, de buen gusto y elegante. Los huéspedes llegaban en grupos, depositados en el hotel por sus cansados chóferes africanos, y durante uno o dos días eran agasajados con danzas nativas, holganza al borde de la piscina, comida digna de gastrónomos y la contemplación de una aguada justo a los pies del pabellón de observación, una aguada que los animales usaban desde hacía siglos. En



las paredes de bambú había letreros pidiendo a los huéspedes que guardasen silencio, para no asustar a los animales.

Los turistas comenzaban a acudir al bar, vestidos con las prendas de color caqui, nuevas y rígidas, que se habían comprado en Nairobi y que les hacían sentirse nerviosos y tímidos. Pero todo ello formaba parte de la aventura keniana. Le pedían al camarero bebidas de las que jamás habían oído hablar -margaritas, té helados Long Island- y curioseaban en las tiendas caras, donde una bonita muchacha africana vendía prendas de vestir importadas de Norteamérica.

Deborah contempló el paisaje africano. Oyó la respiración de la tierra y sintió que frescos brazos tropicales se tendían hacia ella, intentando abrazarla. Una vez más el resto del mundo -aquel lugar temible sobre el cual Christopher con tanta gravedad la había advertido- pareció desvanecerse y dejarla sola con la tierra roja, los animales y las montañas lejanas.

El eco de la voz de Christopher resonaba sobre las inmensas llanuras:

«Kenia es tu hogar. Éste es tu sitio».

De repente Deborah se sintió desamparada. Tres años le parecían una eternidad. ¿Cómo sobreviviría lejos de la tierra que la sostenía? Se sentiría como un pájaro enjaulado, privada del cielo.

«¿Me amas, Christopher? -preguntó al silencio que bajaba del Kilimanjaro con su cumbre nevada-. ¿Me amas tanto como yo te amo a ti? ¿Con un anhelo doloroso de ser abrazada, de tocar, de besar? ¿O me consideras como a una hermana? ¿Me quieres del mismo modo que quieres a Sarah? ¿La habrías abrazado como me abrazaste a mí, le habrías hablado como me hablaste a mí, si fuera ella la que se iba a Norteamérica? ¿Perecerás cuando me aleje de ti, Christopher, con tanta seguridad como yo pereceré?»

— ¿Quieres tomar algo más, Deborah? —preguntó Terry.

«Ojala Sarah estuviese aquí», pensó. Necesitaba desesperadamente hablar con su mejor amiga; quizá Sarah conocía la respuesta al enigma que era su hermano. Pero Sarah no habría venido al pabellón aunque Deborah se lo hubiese pedido; estaba recorriendo Kenia en el coche del doctor Mwai.

—No, gracias, Terry —dijo, levantándose—. Me voy un rato a mi habitación.

— ¿Te encuentras bien, Deborah?

—Sí, muy bien. Nos veremos en la fiesta.

Cruzó apresuradamente el puente colgante que unía las habitaciones «de estilo nativo» con el pabellón principal, entró en su habitación y se apoyó en la puerta cerrada, contemplando los parajes naturales que se extendían más allá de su balcón, y exclamó para sus adentros:

«¡Christopher!»



* * *

—*Asante sana* —dijo Sarah al amigo que acababa de traerla en coche desde Nairobi. Se despidió de él agitando la mano, luego echó a andar por el sendero que llevaba desde lo alto del risco hasta las chozas de su abuela en la amplia margen del río. Había sonreído al amigo al despedirse de él, pero la sonrisa era forzada. En realidad, se sentía furiosa, y mientras se acercaba a mamá Wachera, que estaba cuidando sus cultivos de hierbas, volvió a maldecir a todos los banqueros de Nairobi.

Habían dicho que no a su petición de un pequeño préstamo para montar un negocio, ¡todos!

Al levantar la cabeza y ver a su nieta, la hechicera dejó el azadón y se acercó a la muchacha para abrazarla.

—Bienvenida a casa, hija —dijo—. Te he echado de menos.

La anciana era pequeña y frágil entre los brazos de Sarah. Nadie sabía con exactitud qué edad tenía Wachera, pero, basándose en sus recuerdos infantiles —David, el padre de Christopher, ya había nacido cuando llegaron los Treverton, hacía ahora cincuenta y cuatro años—, calculaba que la hechicera rondaba los ochenta. Sin embargo, a pesar de su edad y su estatura, mamá Wachera seguía siendo una mujer fuerte.

—¿Christopher está aquí, abuela? —preguntó Sarah antes de irse a su choza para dejar la maleta y tomar dos calabazas de cerveza de caña de azúcar.

—Tu hermano no ha vuelto desde el día en que regresó del otro lado del agua.

Sarah se quitó el vestido bueno que se ponía para viajar y se envolvió en un *kanga*. Al salir de la choza con la cerveza se preguntó por qué Christopher seguía en Nairobi.

—Es irrespetuoso, Sarah —dijo mamá Wachera, aceptando la cerveza que la muchacha le ofrecía—. Mi nieto debería estar aquí conmigo. Después de todo, ingresará pronto en la escuela de curación y entonces no le veré nunca.

—Estoy segura de que Christopher no pretende faltarte al respeto, abuela. Debe de tener muchas cosas que hacer, prepararse para ingresar en la facultad de medicina.

Se sentaron en el suelo delante de la vieja choza de Wachera, dos mujeres africanas, separadas por generaciones, bebiendo juntas en un antiquísimo ritual femenino de compañerismo e intimidad.

—Dime —dijo mamá Wachera—, ¿encontraste lo que fuiste a buscar?

Sarah contó a su abuela la portentosa revelación que había tenido en Malindi y los maravillosos planes que se había trazado para el futuro. Pero, al llegar a la parte del relato referente a sus intentos de conseguir un poco de dinero en Nairobi, en la voz de Sarah apareció un tono de amargura.



—Fue humillante, abuela. Me hicieron sentir como si estuviese pidiendo limosna. «Garantía», dijeron. ¡Para obtener un préstamo, hay que demostrar que no lo necesitas? Les enseñé el bloc de apuntes y el «batik» que hice. Les dije: «¡Esto es mi garantía! ¡Mi futuro es mi garantía!». Y entonces me preguntaron si tenía un esposo o padre que firmara la solicitud de préstamo. Luego me dijeron que me fuese. Dime, abuela, ¿qué tiene que hacer una mujer para montar un negocio?

Mamá Wachera meneó la cabeza. Para ella todo era un misterio. Las mujeres nacían para criar hijos y trabajar en la *shamba*. Las cosas de que hablaba su nieta escapaban a su comprensión.

— ¿Por qué sueñas con estas cosas, hija mía? Primero debes buscarte un esposo. Ya tienes la edad suficiente para tener hijos, pero no tienes ninguno.

Sarah trazaba dibujos en la tierra. La experiencia en Nairobi había sido dura y reveladora. Varios banqueros se habían negado a hablar siquiera con ella; dos se habían reído sin disimulo de su plan; y tres le habían hecho proposiciones sexuales. A cambio de ciertos favores, quizá podrían gestionarle un préstamo...

Se sentía muy frustrada.

Las mujeres se estaban emancipando en toda el África Oriental. Se matriculaban en los institutos y universidades y salían convertidas en médicas y abogadas, hasta en arquitectas y químicas. Pero Sarah había sacado la conclusión de que tales profesiones eran sancionadas por los hombres. A aquellas mujeres les hacía seguir cuidadosamente cauces masculinos, se encontraban de forma constante bajo la guía y la autoridad masculinas. Había una especie de aceptación paternalista de las mujeres que se ponían la peluca de abogada y acudían al palacio de justicia. Todavía se encontraban bajo la dominación masculina, por muy liberadas que ellas se creyesen. Pero las mujeres que querían montar un negocio propio eran otra casta. Exigían una independencia total y eso las convertía en un caso aparte.

—Representamos una amenaza para ellos —había tratado de explicarle Sarah a su madre en Nairobi—. Una mujer propietaria de su propio negocio es verdaderamente una mujer independiente. No hay ningún hombre por encima de ella, ningún hombre que tome las decisiones definitivas. Esto los asusta. Además, les hacemos la competencia a sus propios negocios. Pero no voy a permitir que me impidan llevar a la práctica mis planes. Ya encontraré la manera de empezar.

Sarah había acudido a su madre con la tenue esperanza de obtener un poco de apoyo, pero Wanjiru se oponía a los planes de su hija tanto como los banqueros.

—Termina tus estudios —le había dicho una y otra vez—. ¿Por qué crees que sacrificué tantas cosas por ti? ¿Por qué crees que me divorcié de tu padre, viví en la selva y pasé tantos años en campos de detención? Fue para que pudieras recibir una buena educación y llegar a ser algo.



—Yo no quiero vivir tu sueño, mamá. ¡Quiero vivir el mío propio! ¿No es ése el verdadero significado de la libertad?

Sin decir nada a nadie, Sarah había acudido al doctor Mwai, con quien su madre vivía en el distrito de Karen. Pero, pese a mostrarse comprensivo con ella, el doctor había dicho:

—Si te diese dinero, Sarah, tu madre jamás volvería a hablarme. Así que en este caso tendré que ponerme de su lado.

—¡Abuela! —exclamó Sarah—. ¿Qué voy a hacer?

Mamá Wachera miró a su nieta, a quien quería a pesar de que no era una auténtica Mathenge.

—¿Por qué es tan importante para ti, niña?

—No sólo es importante para mí, abuela. ¡También lo es para Kenia!

Viendo que su abuela no la comprendía, Sarah fue a su choza, sacó el bloc de la maleta y volvió con él.

—Mira —dijo, hojeando el bloc lentamente—. ¿Ves cómo he captado el alma del pueblo?

Mamá Wachera nunca había visto dibujos. Sus ojos no estaban preparados para captar y comprender una imagen. A pesar de todo, reconoció algunas joyas: un collar masai, unos pendientes embu. Miró con atención las líneas desconcertantes que aparecían en el papel y trató de comprender lo que sentía la muchacha. Aunque las palabras de Sarah resultaban extrañas para la anciana, había un lenguaje que Wachera sí entendía: el del espíritu.

Y ahora lo sintió, mientras se encontraban sentadas al sol y Sarah iba pasando las páginas y hablando con entusiasmo de los tejidos que crearía, los vestidos que pensaba diseñar, el «estilo» que iba a dar a sus hermanas africanas. Mamá Wachera sintió que una energía juvenil salía de Sarah y se introducía en su propio y viejo cuerpo.

—¿Y para esto necesitas dinero? —preguntó finalmente Wachera.

—La señora Dar me ha prometido venderme una de sus máquinas de coser viejas. Entonces necesitaré alquilar un lugar pequeño en la ciudad... poca cosa, pero ha de tener electricidad y espacio para extender mis tejidos y cortarlos.

Wachera movió la cabeza de lado a lado.

—No entiendo el dinero. ¿Por qué no haces un trueque con la señora Dar? Puedes tomar lo que haya en mi huerto. En el maizal de la orilla del río hay más abundancia que nunca. ¿O quizá preferiría unas cabras? Soy una mujer rica, Sarah. ¡Poseo casi un centenar de cabras!



Presa de exasperación, la muchacha se levantó de un salto. Su abuela vivía en el pasado. ¡Comprar una máquina de coser con cabras!

—Necesito dinero de verdad, abuela. Libras y chelines. Si tuviera que conseguirlo trabajando y ahorrando, tardaría años. ¡Lo necesito ahora!

Mamá Wachera reflexionó un poco, luego dijo:

—Quizá buscas donde no deberías buscar, niña. Deberías buscar tu respuesta en la tierra.

Sarah se esforzó por reprimir su impaciencia. Intentar hablar con su abuela resultaba casi tan imposible como hablar con su madre. La gente mayor sencillamente no comprendía nada. ¡Vivía en el pasado! Si al menos Deborah hubiese vuelto de Kilima Simba... Deborah sí la comprendería.

Wachera se levantó lentamente, recogió su azadón y le dijo:

—Ven conmigo.

Sarah sintió deseos de protestar, pero habría sido una falta de respeto. Así que siguió a su abuela hasta el maizal de la orilla del río.

—Los Hijos de Mumbi han vivido de la tierra desde el primer hombre y la primera mujer —explicó mamá Wachera mientras conducía a su nieta entre los altos tallos de maíz—. Nacimos de la tierra. Cuando prestamos juramento comemos la tierra para ligar nuestro espíritu a nuestras palabras. La tierra es preciosa, hija, no lo olvides jamás.

Al llegar a la esquina del maizal, Wachera se inclinó para clavar el azadón en la tierra que se encontraba a la sombra de altos plataneros.

—Cuando se olvidan las antiguas costumbres —dijo, mientras cavaba— todo está perdido. En la tierra se encuentran nuestras respuestas.

Sarah miró fijamente el río, sintiendo cómo su enojo iba en aumento. No estaba de humor para lecciones de agricultura.

Pero cuando el azadón chocó con algo, de pronto puso más atención.

Wachera siguió doblada por la cintura, las piernas rectas como si estuviera escardando o recolectando, y cavó en la tierra suelta. Sarah vio con asombro que extraía una voluminosa bolsa de cuero.

—Toma —dijo mamá Wachera, entregando la bolsa a su nieta.

Intrigada, la muchacha deshizo el nudo del cordel que cerraba la bolsa y vio que ésta contenía gran número de monedas de plata. ¡Habría por lo menos cien libras!

—Abuela —dijo—, ¿de dónde sacaste esto?

—Ya te he dicho, hija, que el dinero no me sirve para nada. Cada semana, durante veinte cosechas, tu madre me envió dinero para tu manutención. Yo no lo necesitaba,



ya que os alimentaba a ti y a tu hermano con lo que me daba mi propia *shamba*. No necesitaba comprar medicinas porque las hacía yo misma. Y cuando la escuela insistía en que os pagara los uniformes y los libros, enviaba cabras y me las aceptaban. No entiendo las monedas. Pero las guardo, porque sé que contienen poder.

Sarah contempló fijamente a la anciana durante un momento; luego exclamó:

— ¡Abuela!

— ¿Es esto lo que necesitas? ¿Esto te hará feliz, niña?

— ¡Muy feliz, abuela!

— Entonces es tuyo.

Sarah abrazó a la anciana, luego, como transportada, giró sobre el suelo, danzando. Wachera rió y le dijo:

— ¿Qué harás ahora, hija?

Sarah se detuvo, los ojos reluciéndole. Sabía exactamente qué iba a hacer con el dinero. Pero tendría que darse prisa. No disponía de mucho tiempo.

Deborah se iría al cabo de dos semanas.



CAPÍTULO 58

Grace se quitó el estetoscopio y lo guardó en el bolsillo de la bata blanca. Se volvió hacia la hermana que estaba a su lado, una monja africana que vestía el hábito azul claro de su orden, y dijo:

- Téngalo en observación y si advierte algún cambio, avísame en seguida.
- Sí, memsaab Daktari.

Grace echó un último vistazo a la gráfica médica del muchacho, luego, frotándose distraídamente el brazo izquierdo, salió de la sala de pediatría.

Mientras caminaba por la calle bordeada de árboles camino de su casa muchas personas la saludaron: un sacerdote que se dirigía apresuradamente a un bautismo; estudiantes de enfermería que llevaban libros en la mano; monjas católicas vestidas con hábitos azules; pacientes en sillas de ruedas; visitantes que traían flores. La Misión Grace era como una pequeña ciudad; era una comunidad independiente que se bastaba a sí misma y llenaba hasta el último centímetro de sus doce hectáreas. Y decían que era la misión más grande de África.

Grace Treverton seguía siendo la directora, pero gran parte de la tarea de dirigir la misión estaba en manos de otras personas, en quienes Grace había ido delegando autoridad a lo largo de los años, gradualmente. A sus ochenta y tres años, ya no podía hacer ella misma todo el trabajo, como le hubiera gustado.

Los faroles se encendieron porque la noche caía ya. La gente caminaba de prisa hacia los comedores, las clases nocturnas, las vísperas en la iglesia. Grace subió despacio los escalones de su cómoda y familiar veranda y, al entrar por la puerta principal, se alegró de ver que Deborah había vuelto de Amboseli.

—Hola, tía Grace —dijo Deborah, abrazándola—. Llegas en el momento justo. Acabo de preparar el té.

El interior de la casa había cambiado poco con los años. Los muebles, que ahora eran considerados antiguos, aparecían protegidos por fundas y antimacasares. Como siempre, su enorme mesa de trabajo estaba llena de facturas, pedidos, revistas médicas, correspondencia de todo el mundo.

—¿Qué tal Kilima Simba? —preguntó Grace acompañando a su sobrina a la cocina.



—¡Tan lujoso como siempre! ¡Y tan lleno, que han tenido que obligar a los huéspedes a compartir las habitaciones y aun así no hay suficiente! El tío Geoffrey dice que va a construir un pabellón nuevo aquí mismo, en los Aberdare. Dice que le hará la competencia al Treetops.

Grace meneó la cabeza, riendo.

—El tío Geoffrey es de esos que saben ver el futuro. Hace diez años todos dijimos que estaba loco. Ahora es uno de los hombres más ricos del África Oriental.

Aunque se habían registrado algunos problemas en los primeros años de la independencia -el ejército de Kenia se había rebelado, algunos forajidos habían tratado de aterrorizar a los blancos-, no había ocurrido nada serio, como predecían muchos; no se había producido una segunda rebelión del mau-mau. Mediante el trabajo arduo y la cooperación y el espíritu de *harambee*, «permanecer juntos», y bajo el fuerte liderazgo de Jomo Kenyatta, Kenia se había convertido en una nación unida y próspera, ganándose el título de «joya del África negra». Sólo el tiempo diría si esa estabilidad iba a durar durante los próximos diez años de *uhuru*.

Mientras untaba los bizcochos con mantequilla y ponía la compota y la crema en la mesa, Grace observó con atención a su sobrina. Deborah no aparecía tan animada como de costumbre.

—¿Todo va bien? —preguntó Grace, sentándose a la mesa—. ¿Te encuentras bien, Deborah?

La sonrisa que recibió a modo de respuesta fue una sonrisa sin vida.

—Estoy bien, tía Grace.

—Pero algo te preocupa. ¿Se trata de tu viaje a California?

Deborah clavó los ojos en el té.

—Tienes dudas sobre si ir o no ir —dijo Grace con dulzura—, ¿verdad?

—¡Oh, tía Grace! ¡Estoy tan confusa! Sé que es una oportunidad maravillosa para mí, pero...

—Te da miedo, ¿no es así?

Deborah se mordió los labios.

—¿Entonces es que hay algo más? No estarás preocupada por mí, ¿verdad? Ya hemos hablado de eso. Yo quiero que vayas. No me sentiré sola. Y los tres años pasarán volando.

Para una muchacha de dieciocho años como Deborah tres años eran como tres siglos.

Grace esperó. En los años que llevaban juntas, viviendo más como madre e hija que como tía y sobrina, Deborah siempre había acudido a ella con sus temores, sus preguntas, sus sueños. Habían pasado muchas noches junto al fuego, hablando.



Grace le había contado historias sobre los Treverton que la muchacha escuchaba con embeleso. Jamás había habido secretos entre ellas, exceptuando la identidad del padre de Deborah; Mona había hecho prometer a Grace que guardaría ese secreto. Y al marcharse Mona y escribir sólo de vez en cuando, impersonalmente, Deborah no tenía más familia que su tía. Estaban tan unidas como se podía estar y vivían la una para la otra.

Finalmente Deborah dijo con voz queda:

—Se trata de Christopher.

—¿Qué le pasa?

Deborah removió el té con la expresión propia de quien busca las palabras justas.

—No os habréis peleado, ¿verdad? —dijo Grace—. ¿Es por eso que se fue a Nairobi el día en que volvió de Inglaterra? —Grace recordó el niño de corta edad que Deborah había traído a tomar el té cierto día, un niño que ella, Grace, había reconocido inmediatamente como reencarnación de David Mathenge. Desde aquel día hasta que Christopher se había ido a Oxford, Deborah y él habían sido inseparables.

—No sé por qué se fue a Nairobi, tía Grace. No sé por qué no viene por aquí.

—Bueno, sí viene. Debéis hacer las paces mañana.

Deborah alzó la cabeza.

—¿Qué quieres decir? ¿Que está aquí?

—Lo vi a primera hora de la tarde. Llevaba una maleta y se disponía a entrar en su choza.

—¡Ha vuelto!

Al notar la expresión en los ojos de su sobrina y el tono de excitación de su voz, Grace de pronto lo comprendió todo.

—Tengo que verle —dijo Deborah, levantándose—. Tengo que hablar con él.

—Ahora, no, Deborah. Espera hasta mañana.

—No puedo esperar, tía Grace. Hay algo que debo saber. ¡Y debo saberlo ahora!

Grace meneó la cabeza. ¡La impaciencia de la juventud!

—¿Qué es tan importante que te hace ir corriendo a verle ahora mismo?

—Es que —dijo Deborah en voz baja— estoy enamorada de él. Y necesito saber qué siente él por mí.

Grace no se sorprendió.



«Hace veinte años -pensó con tristeza- tu madre siguió el mismo camino. Pero tú tienes suerte. Hoy no existe ninguna barrera racial. Mona y David nacieron demasiado pronto. Su amor estaba condenado».

—No deberías ir a verle ahora, Deborah. Deberías esperar hasta mañana.

—¿Por qué?

—Porque cuando una muchacha soltera entra en la choza de un hombre soltero, lo hace sólo por una razón. Los kikuyu lo llaman *ngweko*. Es una costumbre antigua que los misioneros han tratado de borrar, pero estoy segura de que todavía se practica en secreto en muchos lugares.

—¿Qué es *ngweko*?

—Es una forma de noviazgo, y está gobernada por reglas y tabúes. Si visitaras la choza de Christopher esta noche, Deborah, significaría una sola cosa para quien te viese.

—Me da igual lo que piense la gente.

—Entonces considera lo que podría pensar Christopher. ¿Él siente por ti lo mismo que tú por él?

—No lo sé —repuso Deborah con acento compungido.

Grace apoyó una mano en el brazo de la muchacha y dijo dulcemente:

—Sé lo que estás pasando. Yo también estuve enamorada, hace muchos años, y sufría las mismas angustias que tú sufres ahora. Pero debes proceder despacio y con cuidado, Deborah. Tenemos que vivir de acuerdo con ciertas reglas. A Christopher lo gobierna la tradición kikuyu tanto como a nosotras nos gobierna la moral europea. Si le visitas en su choza de soltero, corres el riesgo de echar a perder tu reputación. Y él podría perderte el respeto. Espera hasta mañana. Invítale a tomar el té aquí.

Grace se levantó de la mesa y, dándose masaje en el brazo, dijo:

—Será mejor que me vuelva a la sala de pediatría. Tengo en observación a un chiquillo que me temo que tiene meningitis.

—¿No puede hacerlo otra persona, tía Grace? Trabajas demasiado. Pareces cansada.

Grace sonrió tranquilizadamente.

—En cincuenta y cuatro años, Deborah, exceptuando las pocas veces que me he ausentado de la misión, nunca he dejado de hacer la ronda nocturna. No te preocupes por mí, querida. Descansa un poco y piensa en tu emocionante viaje a California.

Cuando su tía se hubo ido, Deborah se sentó junto al fuego, triste e indecisa, preguntándose si debía esperar o ir a verle en seguida.



Recorrió la sala de estar con la mirada. Una de las paredes aparecía cubierta de libros, muchos de ellos muy viejos, de los primeros tiempos de Grace en el África Oriental. Deborah, acercándose, echó un vistazo a los títulos. Encontró lo que buscaba: *De cara al monte Kenia*, de Jomo Kenyatta.

Había una descripción de la costumbre denominada *ngweko* en la página 155.

* * *

Yacía despierta en la cama, escuchando la noche. La misión dormía y en lo alto de la colina la plantación de café estaba vacía de trabajadores y máquinas. Deborah se encontraba en la cama que había ocupado durante diez años, la misma cama, de hecho, en que su madre había dormido durante el estado de excepción y en el mismo dormitorio donde habían muerto David Mathenge y sir James, aunque esto ella no lo sabía. La noche era de viento y luna llena. Las ramas torcidas del Jacaranda y las gráciles varitas de los alisos y los álamos trazaban dibujos móviles en las paredes enjalbegadas del dormitorio. El viento movía los árboles y las sombras de la pared hacían pensar en una escena submarina. Deborah tenía la impresión de estar flotando entre algas y hierbas submarinas que se mecían a impulsos de las profundas corrientes oceánicas. También el silencio se parecía al silencio del mar.

Escuchó el ritmo acompasado de su corazón, sintiendo su pulso en el cuello, las puntas de los dedos, los muslos. La noche era fría, pero Deborah tenía calor. De un puntapié apartó las mantas y se quedó tendida boca arriba, con los ojos clavados en el techo. El viento gemía. Una nube cubrió la luna y Deborah se vio sumida en las tinieblas. Luego la luz volvió y el mundo quedó bañado por un resplandor sobrenatural.

No podía dormir pensando en lo que acababa de leer en el libro de Kenyatta, la descripción del *ngweko*. «Los kikuyu no besan a las muchachas en los labios como hacen los europeos; por consiguiente, el *ngweko*, las caricias, sustituyen a los besos. La muchacha trae al muchacho su comida preferida como muestra de afecto. El muchacho se quita toda la ropa. La muchacha se quita la prenda de arriba y conserva la falda puesta. Los enamorados se tumban uno de cara al otro, con las piernas entrecruzadas. Se acarician mutuamente y hablan de hacer el amor. Esto es el disfrute del calor del pecho».

Deborah suspiró con el viento.

Desde la sala de estar le llegaron las quedas campanadas del reloj de la repisa. Era medianoche.

Finalmente, incapaz de seguir en la cama, se levantó y con movimientos rápidos se puso una falda y una blusa. Pasó sigilosamente por delante del dormitorio de su tía y entró en la cocina, donde llenó una cesta con provisiones: dos botellas de cerveza Tusker, un pedazo grande de queso y todo un pastel de especias, el favorito de Christopher. Titubeó un solo momento en la puerta de atrás, lo suficiente para pensar



en lo que iba a hacer y decidir que gustosamente arriesgaría cualquier cosa para saber, antes de marcharse a Norteamérica, lo que Christopher sentía por ella.

Sabía que el sendero que bordeaba el río no era peligroso, pues hacía ya mucho tiempo que los animales salvajes habían desaparecido de esa zona y ahora sólo cabía encontrarlos en lo más hondo de las selvas de la montaña.

Estremeciéndose, caminó a través del viento besado por la luna. Dio la vuelta a la choza de mamá Wachera, que estaba oscura y silenciosa, pasó por delante de la de Sarah y llegó a la entrada de la de Christopher.

Miró atentamente hacia la oscuridad del interior, temerosa y cada vez más excitada. Tenía la sensación de que su cuerpo formaba parte del viento, como si hubiera salido de los árboles susurrantes, o como si el río la hubiese creado, depositándola luego en una ola delante de la choza. Se movía empujada por algo que le era imposible dominar, y que no tenía ningún deseo de dominar. Al llamar a Christopher, el viento se llevó el nombre de sus labios hacia la noche. Esperó un momento de silencio y entonces dijo:

— ¿Christopher? ¿Puedo entrar?

Le pareció que transcurría un año antes de que súbitamente Christopher surgiera de la oscuridad, un guerrero alto, delgado, vestido solamente con pantalones cortos de futbolista.

— ¡Deborah! — exclamó él.

— ¿Puedo entrar? Hace frío aquí fuera.

Christopher la observó con atención un momento, luego se echó a un lado.

Deborah conocía el interior de la choza; habían jugado allí cuando eran niños. Las paredes eran de barro cocido al sol y el techo estaba construido con hierba larga. El único mueble era una cama consistente en una armazón de madera con correas de cuero cubiertas con mantas.

— Deborah — volvió a decir —, es muy tarde. ¿Qué haces aquí?

Deborah se volvió de cara a él. La luz de la luna entraba en la choza y delineaba los contornos de las extremidades largas y musculosas de Christopher. Deborah tuvo la sensación de estar contemplando un fantasma del pasado de Christopher.

«Dadle un escudo y una lanza», pensó.

— ¿Qué haces aquí, Deb? — preguntó Christopher, bajando un poco la voz.

— ¿Por qué te fuiste a Nairobi, Christopher? ¿Por qué has tardado tanto en volver?

Christopher puso cara de turbación y miró hacia otro lado.

— ¿Estás enfadado conmigo? — susurró Deborah.

— ¡No, Deb! No...



—Entonces, ¿por qué?

—Fue porque...

El corazón de Deborah latía con violencia. Había sólo una distancia corta entre los dos. Sabía que le bastaba alzar la mano para tocarle.

—Fue un golpe tan fuerte, Deb —dijo él con voz tensa—, volver a casa después de cuatro años y encontrarme con que te ibas a Norteamérica. Pensé que lo mejor era permanecer alejado de aquí hasta que te hubieses ido. De esta forma tu partida habría sido más soportable.

—Pero has vuelto demasiado pronto. No me voy hasta la próxima semana.

Christopher la miró, contempló la forma en que la luz de la luna le blanqueaba la piel.

—Lo sé —dijo—. No podía permanecer más tiempo lejos de aquí.

Escucharon silbar el viento a través del techo de hierba y sintieron que las frías corrientes de aire se movían alrededor de sus tobillos. Finalmente Christopher preguntó con voz queda:

—¿Por qué has venido, Deb?

La muchacha le ofreció la cesta.

—¿Qué es?

—Tómala —dijo ella.

Christopher tomó la cesta y, al abrirla y ver su contenido, supo por qué había venido.

Al ver que él no decía nada, la muchacha se volvió de espaldas a él, se quitó la blusa y la dejó cuidadosamente en el suelo. Luego se acercó a la cama y se echó en ella, de costado, de cara a él. Con un brazo se cubría pudorosamente los senos; temblaba.

—¿Se hace así? —susurró.

Christopher, con la cesta, en brazos, la miró durante un momento; luego dejó la cesta, se quitó los pantalones cortos y fue a acostarse a su lado.

Quedaron echados cara a cara en la oscuridad. Christopher le apartó el brazo y le puso una mano sobre el pecho.

—Si tú me pides que no vaya a Norteamérica —musitó Deborah—, entonces no iré.

Christopher le tocó la mejilla y le acarició los cabellos con los dedos.

—Yo no puedo pedirte eso, Deb. ¡Pero, por Dios, no quiero que te vayas! —la tomó entre sus brazos y apretó la cara contra su cuello—. ¡Quiero que te cases conmigo, Deb! Te amo.



—Entonces me quedaré. No iré a Norteamérica.

Christopher se apartó un poco y dulcemente le tapó la boca con la mano. La miró bajo la luz plateada de la luna, que hacía que su piel fuera casi luminiscente, y tuvo la seguridad de que estaba soñando. ¡Sin duda Deborah no estaba entre sus brazos por fin, no la estaba acariciando y haciéndole el amor como había soñado tan a menudo! Pero sí, sí estaba, el cuerpo firme apretado contra el suyo, el pecho desnudo calentando el suyo, la boca alzándose en busca de la suya.

La besó. Luego apoyó la mano en el muslo de la muchacha y lentamente le levantó la falda.

—Sí —susurró ella.

* * *

Grace abrió los ojos y miró al techo. El viento y los árboles dibujaban formas extrañas en las paredes de su dormitorio. Siguió echada durante un largo rato, pensando.

Había oído salir a Deborah, sabiendo adonde iba. No había intentado detenerla, consciente de que era inútil tratar de tenerla separada de Christopher. Grace sabía que era tan imposible como en otro tiempo hubiera sido tener a la madre de la muchacha apartada de David, o a su abuela del duque italiano. Se dijo que las mujeres Treverton eran muy tozudas en el amor.

Grace, que siempre había dormido bien, no comprendía por qué ahora estaba tan despierta. Tal vez era a causa de Deborah; quizá se debía sólo al viento. Al levantarse e ir a la cocina para calentar un poco de leche, Grace pensó en su sobrina y comprobó que, curiosamente, no la preocupaba lo que hiciera la muchacha. Sabía que Christopher era un hombre bueno y que no haría ningún daño a Deborah. Si la quería tanto como Grace esperaba que la quisiese, juntos serían muy felices en la Kenia nueva e interracial.

«¿Qué pensará Mona cuando se entere?», se preguntó mientras echaba la leche en un tazón.

Sospechó que a Mona no le importaría. Ella y Tim se habían lavado las manos de su «error» hacía años.

Dándose cuenta de que la leche no surtía efecto y que, por alguna razón inexplicable, el sueño no quería acudir a ella esa noche, decidió hacer una visita a la sala de pediatría y echarle un vistazo al posible caso de meningitis.

Se abrigó bien con el suéter mientras recorría con pasos apresurados la carretera desierta. Resultaba extraño pensar que en otro tiempo todo aquello había sido una selva espesa y que no hubiera podido salir sola sin un rifle o un policía negro. Mientras subía los escalones del bungalow del hospital alzó los ojos hacia el cielo nocturno y vio que, debido a las nubes, la luna tenía forma de corazón.



La sala estaba iluminada tenuemente, con una enfermera junto a una mesa en un extremo y la hermana Perpetua sentada junto a la cama del niño. No se sorprendió al ver aparecer de repente a la memsaab Daktari. La doctora Treverton era conocida por su dedicación a los pacientes, y a veces pasaba largas horas velándolos. Después de recibir un informe sobre el estado del pequeño, Grace le dijo a la monja que se fuese a tomar una taza de té, que ella la sustituiría durante un rato.

Al sentarse en la silla que la hermana acababa de dejar vacante, Grace se dio cuenta de que le dolía el estómago y pensó que tal vez por eso no podía dormir.

Recordó lo que ella y Deborah habían comido para cenar: chuletas de ternera con puré de patatas y salsa.

Decidió que era demasiado para una mujer de su edad y pensó que debería modificar su dieta.

Bajó los ojos hacia la cara dormida y pensó en todas las caras dormidas que había visto a lo largo de los años. ¿Era sólo ayer que había supervisado la construcción de cuatro postes y una techumbre de paja? Y luego recordó Birdsong Cottage.

Se sobó el estómago. El dolor estaba empeorando.

El viento parecía levantar más que hojas y polvo esa noche; levantaba también recuerdos viejos, olvidados. Su cabeza se llenó de imágenes y de rostros de personas cuyos nombres ya no recordaba. Hasta vio a Albert Schweitzer, a quien una vez había visitado en su clínica de la jungla.

Al notar que las náuseas aumentaban y que de pronto le sudaban las manos y la cara, comenzó a preguntarse si la comida se encontraría en mal estado. Phoebe, su cocinera meru, normalmente era muy exigente en la cocina. Grace no había tenido, que preocuparse por la comida desde los tiempos de Mario, que no tenía nada de exigente.

En ese momento se le cortó la respiración y su preocupación se convirtió en alarma.

Aquello era algo más que un trastorno vulgar y corriente del estómago.

Finalmente, cuando un dolor agudo nació de su pecho y le bajó por el brazo izquierdo, supo lo que era.

«¡Todavía no! ¡Me quedan tantas cosas por hacer...!»

Intentó ponerse en pie, pero volvió a caer sobre la silla, apretándose el pecho. Trató de llamar pidiendo ayuda, pero no tenía aliento. Sus ojos recorrieron la larga sala y se posaron en la mesa del extremo. Las hermanas no estaban allí.

—Socorro —susurró.

De nuevo trató de levantarse, pero el dolor se lo impidió. Parecía tenerla clavada en la silla, como si una lanza le hubiera atravesado el corazón. La sala se inclinaba y



giraba a su alrededor. Luchó por tomar aire. Una debilidad la invadía, como si sus huesos se hubieran derretido de pronto. Y el dolor era inmenso.

Oyó voces, lejanas y metálicas, como si sonaran en una Victrola antigua.

«Che Che, ¿no puedes hacer que esas carretas vayan más aprisa?»

«¿Me estás diciendo, Valentine, que la casa ni siquiera ha sido construida aún?»

«Grace, te presento a sir James Donald».

«¡Thahu! ¡La maldición pesará sobre ti y sobre tus hijos hasta que esta tierra sea devuelta a los Hijos de Mumbi!»

El grito patético de una muchacha joven, Njeri, en la ceremonia de la *irua*.

— Socorro — volvió a susurrar Grace.

Se aferró a los brazos de la silla. El dolor parecía partirla en dos. Se imaginó que su corazón estallaba.

«Aún no. Déjame terminar mi trabajo...»

Pero su única compañía eran voces del pasado.

«Lamento tener que informarles que lord Treverton se fue en su coche durante la noche y se suicidó con una pistola».

«Voy a tener un bebé, tía Grace. El bebé de David Mathenge».

«Debemos unirnos todos en nuestra nueva Kenia. ¡Harambee! ¡Harambee!»

Notó que la luz disminuía a su alrededor, que las tinieblas penetraban en los bordes de su visión. Notó también que todas las sensaciones huían de su cuerpo, dejando sólo el intenso dolor coronario. No podía moverse, no podía pedir auxilio. Una sensación extraña, de estar flotando, se apoderó de ella. Y entonces sintió que una presencia preocupada y amorosa daba vueltas a su alrededor, como una neblina cálida.

Inclinó la cabeza.

— James — fue la última palabra que pronunció.



CAPÍTULO 59

El oficio de difuntos se celebró en la capilla de la Misión Grace, donde, cincuenta y un años antes, Grace Treverton se había acercado decididamente al reverendo Thomas Masters, a quien la sociedad misionera había mandado para que se hiciese cargo de la misión, y le había dicho:

—Quiero que se marche usted, señor, y que no vuelva nunca más. Es usted un hombre antipático, gazmoño y mal cristiano y les está haciendo más daño que bien a mi gente. También puede comunicarles a sus superiores de Suffolk que ya no necesito su apoyo.

Ninguna de las personas que ese día asistían al entierro estaban enteradas de aquel incidente; nadie lo había presenciado, exceptuando unos cuantos kikuyu que no hablaban inglés. Pero había sido una hora monumental en la vida de Grace.

En ese momento el lord mayor de Nairobi hablaba a la nutrida concurrencia sobre la vida de la doctora Grace Treverton, y aunque no dijo nada sobre el despido del reverendo santurrón, habló de otros muchos logros de Grace.

Deborah, con los ojos enrojecidos e hinchados, se encontraba sentada en el primer banco con Geoffrey y Ralph Donald. En el ataúd sencillo yacía la mujer a quien Deborah había considerado su madre, fuente de amor, protección y comprensión hasta donde llegaba su memoria. Aunque le dolía, se permitió pensar en el cariño con que la tía Grace se había hecho cargo de ella al irse su madre de Kenia. Había modificado un dormitorio para ella; había comprado juguetes y muñecas; de noche leía cuentos en voz alta a una Deborah que se sentía infeliz y abandonada; escuchaba sus temores y sueños de niña pequeña. Deborah recordó la ternura de su tía, la mano fría y dulce en su frente durante un acceso de sarampión, su paciencia al enseñarle, las palabras sencillas con que le había explicado las cosas al llegar Deborah a la adolescencia, aquella risa que a veces era tan fuerte, que se le saltaban las lágrimas. Y luego los días pasados en las diversas instalaciones sanitarias de la misión mientras la tía Grace le enseñaba a usar el estetoscopio, le dejaba estar presente en el dispensario durante la mañana, le ponía en las manos la primera jeringuilla hipodérmica, explicándole en qué consistían las constantes vitales, le instruía en los misteriosos secretos de la curación y la medicina.



La tía Grace siempre había estado a su lado. Era imposible imaginar un mundo sin ella. Deborah sentía un vacío terrible en su interior, la pérdida súbita, desoladora, de su familia.

«Todos tenemos que morir algún día -intentó decirse a sí misma-. Y es apropiado que la hayan encontrado muerta en una silla junto al lecho de un enfermo. Ella lo hubiera querido así».

Pero esto le servía de poco consuelo.

Cuando finalmente introdujeron a Grace en la tierra, en una parcela especial al lado de la capilla, donde un día se alzaría un monumento de bronce a su memoria, Deborah echó el primer puñado de tierra roja de Kenia sobre el ataúd. Hizo un ruido sordo, triste.

* * *

Deborah dejó el diario y pensó que algún día, cuando hubiese superado el dolor, volvería a abrirlo. Pero de momento estaba demasiado triste para leer las palabras privadas de su tía.

Una vez más se secó los ojos con un pañuelo y se preguntó cuándo dejaría de llorar. ¿Cuándo se disolvería por fin el tremendo dolor ocasionado por la pérdida y aceptaría el carácter definitivo de la muerte?

«Íbamos a trabajar juntas, tía Grace. Pero ahora yo seré la memsaab Daktari».

Se encontraba sentada en el centro de la sala de estar, calentada por la luz del sol que entraba por las ventanas y puertas abiertas. Deborah había abierto la casa para que estuviera llena de luz y alegría, como su tía hacía siempre. Y estaba examinando unas cajas que contenían cosas personales de Grace, reunidas a lo largo de los años. Al parecer, Grace Treverton era incapaz de tirar nada. Deborah encontró fotografías, recibos de compras, tarjetas de felicitación, cartas de sir James.

Encontró la medalla militar de la tía Grace, la Cruz de Servicios Distinguidos en su estuche de terciopelo, que le habían concedido por su valor durante la primera guerra mundial. Encontró también un pequeño anillo de diamantes que la dejó perpleja porque parecía un anillo de boda o de compromiso y nunca se lo había visto puesto; y el broche de turquesas que Grace valoraba tanto, con un sentimiento tan grande. Grace lo llamaba «piedra de la suerte» y decía que la piedra perdía su color cuando la suerte ya había sido utilizada. Deborah se puso el broche en el vestido, pero las demás joyas las guardó nuevamente en la caja.

Entre las cosas de su tía había curiosidades inexplicables: un recorte de periódico viejo y amarillento que anunciaba la presencia de Grace en el África Oriental británica a un hombre llamado Jeremy Manning; un menú del hotel Norfolk; una flor que había estado entre las páginas de algún libro. Había cartas de gente famosa -Eleanor Roosevelt, el presidente Nehru- y tarjetas dibujadas con lápices de colores y firmadas con letra infantil.



Grace lo guardaba todo. Le pareció a Deborah que las cajas conservaban cuidadosamente todos los momentos de la vida de su tía, todo su aliento. Y ahora todo esto le pertenecía a ella.

Grace también le había dejado la casa, para que viviese en ella todo el tiempo que deseara. La misión, sin embargo, había pasado a poder de la orden de monjas católicas, en virtud de una disposición previa que establecía también que se permitiera a Deborah ejercer en ella cuando terminase los estudios en la facultad de medicina. Pero Deborah no quería vivir en esa casa. Quería abrir de nuevo Bellatu, quitar los tablonos que tapaban las ventanas, las fundas de los muebles, y llenar la casa de vida, con Christopher, con los hijos de ambos. La casa de Grace se la cedería a las monjas.

Una sombra apareció de pronto en el umbral.

Al alzar los ojos, Deborah vio a Sarah, que llevaba un paquete en las manos.

—Lo siento, Deb —dijo Sarah con voz queda—. Acabo de enterarme de lo de tu tía. He estado trabajando en Nairobi y no había visto los periódicos.

Deborah se levantó para abrazar a Sarah. Permanecieron abrazadas un momento. Luego Sarah dijo:

—Me lo dijo Christopher. Habrá sido terrible para ti. También me dijo que no irías a California, que los dos os vais a casar. Es demasiado, Deb. Una noticia tan buena después de otra tan triste.

—Me alegro de que estés aquí, Sarah. Me cuesta acostumbrarme a la idea de que la tía Grace se ha ido. A cada momento creo que va a entrar por la puerta o a llamarme para tomar el té. Me cuesta imaginar cómo será vivir en esta casa completamente sola. ¿Crees que llegaré a acostumbrarme?

—Te ayudaremos, Deb.

—Me siento como una huérfana. Ahora no tengo familia. Me siento tan sola en el mundo.

—De ahora en adelante Christopher y yo seremos tu familia.

—Me alegro de verte aquí, Sarah.

—He venido a enseñarte algo. Pero pienso que debería volver otro día.

—Entra, por favor. Toma el té conmigo.

Se sentaron a la mesa de la cocina, bebiendo té Condesa Treverton. Sarah no desenvolvió su paquete en seguida.

—¿Sabes, Deb, que mi abuela rezó una plegaria kikuyu a Ngai por tu tía?

La noticia sorprendió a Deborah.



—Siempre las había tenido por archirrivalas. A tu abuela nunca le gustó ninguno de nosotros. Una vez hasta maldijo a mi abuelo. Al menos eso dicen los rumores.

—A pesar de todo, respetaba a tu tía. Ambas se dedicaban a curar.

—¿Qué es eso que querías enseñarme, Sarah? —preguntó Deborah, que no deseaba seguir hablando de la muerte—. ¿Y qué hacías en Nairobi? Christopher me dijo que habías traído algunos diseños nuevos al volver de Malindi.

Sarah colocó el paquete sobre la mesa de la cocina y lo abrió; luego se volvió y desplegó el tejido como si fuera una pancarta, sujetándolo con las manos extendidas.

Deborah quedó impresionada.

—Sarah —susurró.

El tejido no se parecía en nada a los «batiks» que Sarah había hecho en la orilla del río. Era una creación totalmente nueva y Deborah tuvo la seguridad de que era algo que no existía en ninguna otra parte de la Tierra.

Mientras sus ojos recorrían los colores asombrosos, seguían las formas, las curvas y las líneas, empezó a distinguir los temas que giraban y se fundían unos con otros: la puesta de sol que se fundía con el mar, que a su vez se transformaba en palmeras verdes, que se curvaban contra la espalda de una madre africana, que caminaba por la cinta roja de una carretera, que llevaba a unas lejanas montañas de color púrpura, que aparecían coronadas de nieve plateada.

— ¡Qué hermoso es, Sarah! ¿Se puede saber cómo lo has logrado?

—Me he pasado casi tres semanas trabajando en ello. No te puedes hacer una idea de lo que me ha costado.

Deborah se estremeció. El dibujo era hipnótico. La gente era como el paisaje y el paisaje parecía gente. Era tan africano. Tan keniano.

—Quiero usarlo para hacer vestidos, Deb. Incluso se me ha ocurrido un diseño nuevo. Deja que te lo enseñe.

Sarah se envolvió con el tejido, que formaba pliegues sutiles de modo que las escenas eran continuas. El vestido tendría mangas anchas y sería acampanado por el borde, que llegaría hasta el suelo. El corte era sencillo, pero elegante. Realzaba la reluciente piel negra de Sarah, su corona de trenzas.

—¿Crees que las mujeres lo comprarán?

—Sí, Sarah. Es maravilloso.

Sarah plegó cuidadosamente el tejido, lo envolvió con el papel y dijo:

—Estuve en la fábrica de tejidos Maridadi de Nairobi, Deb. Les enseñé esto y me dijeron que pueden fabricármelo si tengo pedidos garantizados. Verás, es que yo sola nunca podría hacerlo. Un solo vestido me llevaría semanas. Y tendría que venderlo a un precio tan alto, que sólo unas cuantas mujeres podrían pagarlo. Pero en Maridadi



pueden producirlo en serie utilizando su maquinaria y después yo coseré los vestidos. Pero necesito tener pedidos garantizados, Deb. Visité las tiendas de modas de Nairobi, pero no quisieron darme ninguna garantía. ¿Se te ocurre alguna otra idea?

Deborah trató de pensar. Pero lo único que se le ocurrió fue:

«Ojala la tía Grace estuviera aquí. Ella podría aconsejarnos».

— Estaba pensando —dijo Sarah— que quizá tu tío podría vender mis vestidos en sus hoteles. Ya sabes, a los turistas.

— ¿El tío Geoffrey? —Deborah se imaginó el pabellón de safaris Kilima Simba con su pequeña tienda donde vendían vestidos importados de Europa. Al pensarlo, recordó que no hacía mucho su tío se había quejado de las restricciones a la importación que el gobierno había impuesto poco antes con el fin de potenciar las manufacturas y la economía nacionales. De hecho, el tío Geoffrey hasta había hablado de cerrar la tienda, que nunca daba dinero, o dedicarla a la venta de objetos de artesanía nativa.

— Por supuesto —dijo Deborah a Sarah—, tus vestidos serían perfectos para los hoteles de mi tío. A los turistas les encantarían.

— Eso espero, Deb —dijo Sarah con voz queda.

— Mañana tengo que ir a Nairobi para comunicarle al profesor Muriuki que voy a rechazar la beca. Veré si el tío Geoffrey está en su oficina. Le enseñaré tu vestido.

— Gracias, Deb. Me hago cargo de que estos momentos son difíciles para ti.

— Necesito estar ocupada. Es lo que haría la tía Grace. Me matricularé en la universidad y pondré mi vida en orden.

Anduvieron hasta la puerta principal, donde las buganvillas escarlata y color salmón proyectaban arcos iris de colores bajo el sol de la tarde.

— Me alegro de que no te vayas a Norteamérica, Deb. Estaré en casa si me necesitas.

— Volveré de Nairobi pasado mañana. Por favor, ven y hazme compañía. Quizá te gustaría instalarte aquí conmigo durante una temporadita. Podrías utilizar uno de los dormitorios para cuarto de coser.

— Sí me gustaría, Deb. Gracias —se abrazaron otra vez—. Me alegro tanto de que te cases con Christopher. Seremos hermanas.

Observándola mientras se iba, Deborah pensó que los pasos de Sarah eran tan ligeros, tan confiados, que apenas parecía tocar el suelo con los pies; después, volvió a entrar en la sala de estar, donde la esperaban las cajas.

No se sentía con ánimos de verlas, prefería dejarlo para otro momento. Inmediatamente después del entierro, Christopher le había dicho que se reuniría con



ella a la orilla del río, en su lugar favorito. Pero Deborah pensó que le debía a su tía cumplir este último deber, no dejar nada por hacer.

Fue en la última caja donde encontró las cartas.

Curiosamente, los sobres estaban en blanco. Al abrir uno, le sorprendió que no llevase fecha y fuera dirigida a «Mi querido David...»

Deborah dio la vuelta a la carta y leyó la firma.

Mona.

Su madre.

Deborah se quedó inmóvil, sentada al sol, con la carta de amor en la mano. Recordó el día aquel, diez años atrás, en que ella y Christopher se habían colado en el dormitorio de sus abuelos en Bellatu y habían registrado el cajón de cosas secretas. Habían encontrado la cartilla de pases de David Mathenge, que Christopher todavía conservaba.

Miró la carta, miró las demás también, y volvió a preguntarse por qué la cartilla de pases estaba entre las cosas de su madre.

«¿David Mathenge y mi madre eran... amantes?»

Hechizada, Deborah leyó las cartas. Ninguna de ellas llevaba fecha.

«Le daré estas cartas a tu madre —había escrito Mona—, como tú me dijiste que hiciera. Y tu madre te las hará llegar. En estos tiempos terribles, mi único consuelo es que estemos vinculados de esta manera».

Deborah se sentía intrigada. Se preguntó cómo habrían llegado las cartas a poder de su tía.

Continuó leyendo. Las palabras escritas sobre el papel de color de rosa y azul claro, con el blasón de los Treverton en la parte superior, ¡no podía haberlas escrito una mujer dura y sin sentimientos como su madre! Aquellas palabras de amor y devoción las había escrito una mujer joven y llena de vida y pasión; había puesto en el papel exactamente lo que Deborah sentía ahora por Christopher.

Los ojos de Deborah se llenaron de lágrimas. ¡Qué terrible debía de ser verse separada del hombre amado, que la sociedad te condenara por amar a un hombre de otra raza!

De repente deseó que su madre estuviera allí con ella, en la sala de estar, para retroceder juntas en el tiempo y empezar de nuevo. ¡Qué diferentes podrían haber sido las cosas!

Deborah sabía que a David Mathenge lo habían matado durante el estado de excepción. Pero ignoraba exactamente cuándo y dónde. Del mismo modo que nunca le habían explicado la muerte de su propio padre. Lo único que le había dicho su madre era que había muerto «antes de nacer tú».



«¿A mi padre también lo mataron durante el estado de excepción? —se preguntó Deborah, muy intrigada—. ¿Mi madre lo conoció antes o después de enamorarse de David Mathenge?»

Súbitamente, por primera vez en su vida, Deborah sintió curiosidad por su padre. Se lo había imaginado siempre como una figura sonriente y misteriosa que había pasado brevemente por la vida de su madre. Nunca se había casado con Mona; ¿la había querido realmente siquiera?

Deborah siguió leyendo las cartas. A media lectura, encontró el fulminante anuncio del embarazo. Deborah se puso a leer más aprisa. Había nacido una niña y Mona le había puesto el nombre de Mumbi en honor de la primera mujer. Escribió a David hablando de su hermosa «hija del amor».

Y luego, misteriosamente, las cartas terminaban.

«Eso debió de ser cuando mataron a David».

Deborah recogió las cartas y las miró con expresión ceñuda.

«¿Qué fue de aquel bebé? ¿Dónde está Mumbi ahora?» Su madre nunca había hablado de otra hija, como tampoco lo había hecho la tía Grace. ¿La habrían adoptado otras personas? ¿O también Mumbi habría muerto?

De repente, sintiendo la necesidad de saberlo, Deborah se puso en pie y miró a su alrededor, como si las respuestas estuvieran escondidas en la sala de estar. Podía escribirle a su madre. Pero pasarían semanas antes de recibir contestación. Además, tal vez a su madre no iba a gustarle que le recordaran aquel penoso episodio de su pasado y se negaría a hablar de ello.

¿Quién más lo sabría? Quizá el tío Geoffrey. Pero, suponiendo que no lo supiese, Deborah no quería revelar el secreto de su madre.

«La tía Grace lo sabría, pero ya no está aquí».

Deborah se acercó a la galería y se asomó. Había otra persona que sabría lo que había sido de aquel bebé. Después de todo, era la madre de David y las cartas se las habían entregado a ella.

Pero Deborah no se atrevía a acudir a la hechicera. Mamá Wachera siempre le había inspirado un temor vago, siempre la había acobardado con aquella mirada inescrutable. Pero, al fin y al cabo, Wachera era la abuela de Christopher y pronto sería pariente suya también, al casarse con él.

Y Wachera seguro sabría la suerte que había corrido aquel bebé.

Mientras caminaba por el viejo y trillado camino que pasaba entre el campo de juego y el río, notó que poco a poco su dolor daba paso a la excitación. ¡No estaba sola, después de todo! Había una probabilidad de que aquella niña no hubiese muerto, de que viviera todavía. ¡Mumbi... una medio hermana!



Mamá Wachera estaba en su choza, envolviendo boniatos con hojas mientras un estofado de mijo burbujeaba en la hoguera del exterior. Deborah se le acercó tímidamente, carraspeando al principio y luego musitando los tradicionales saludos de respeto en kikuyu. Hablaba bien esa lengua; Christopher se la había enseñado.

La anciana la miró con expresión pétrea. No le devolvió el saludo, ni le ofreció cerveza o algo de comer. Dándose cuenta de que la había recibido con el no va más de la grosería kikuyu, Deborah habló apresuradamente.

—Por favor, he encontrado estas cartas entre las cosas de mi tía. Necesito saber algo sobre ellas. Tú eres la única persona que se me ocurre que puede decírmelo.

Los ojos de la hechicera se desviaron hacia las cartas que Deborah tenía en la mano.

—¿Qué quieres saber?

—Fueron escritas a tu hijo, David. Las escribió mi madre. En ellas le habla de un bebé, una hija llamada Mumbi. Esta niña sería mi hermana y quiero saber qué le pasó. ¿Tú lo sabes, Wachera? ¿Mumbi todavía vive?

La anciana la miró sin pestañear y dijo:

—No sé nada de ningún bebé.

—Lo dice en estas cartas. Mi madre le dice a David que Mumbi es su hija. Nadie me habló jamás de esa niña. Sin duda tú sabrás qué se hizo de ella. Dímelo, por favor.

—Yo no sé nada de ningún bebé —dijo Wachera—. Tú eres la única hija que salió del cuerpo de tu madre.

Deborah intentó pensar en una forma mejor de abordar el asunto. Quizá con la ayuda de Christopher...

—Tú eres la única hija que salió del cuerpo de tu madre —repitió Wachera.

—Pero había también ésta —arguyó Deborah—. La que se llamaba...

Calló y se quedó mirando los ojos enigmáticos de la hechicera. Luego miró las cartas que tenía en la mano. No llevaban fecha, pero sabía que las habían escrito durante el estado de excepción.

«Yo nací durante el estado de excepción...»

Volvió a mirar a la hechicera.

—¿Qué dices? —susurró Deborah, sintiendo de repente frío y miedo—. ¿Qué dices?

Mamá Wachera no dijo nada.

—¡Contéstame! —exclamó Deborah.

—Vete de aquí —dijo finalmente la hechicera—. Eres *thahu*. Estás maldita.



Deborah la miró fijamente, con ojos horrorizados.

—¿Soy...? —susurró—. ¿Soy aquel bebé?

—Vete de aquí. Vete de esta tierra que no es tu sitio. Eres *thahu*. Eres tabú.

—¡No puede ser!

—*Thahu!* —gritó Wachera—. ¡Eres hija de la maldad! ¡Y te has acostado con el hijo de tu padre!

—¡No! —chilló Deborah—. ¡Te equivocas!

Retrocedió, dando un traspié, luego se volvió y echó a correr.



CAPÍTULO 60

Las cuatro jóvenes negras mostraban la tranquilidad y la confianza en sí mismas de las personas que saben quiénes son y adonde van. Iban peinadas de acuerdo con el nuevo estilo afro, cúmulos finamente esculpidos de rizos prietos y negros. Sus vestidos estaban confeccionados con tejido nigeriano de vivos dibujos y bordados profusamente con hilo de seda blanca en las mangas y el cuello. Lucían enormes pendientes en forma de aro e hileras de brazaletes de cobre, así como collares de hierro y madera. Llevaban nombres tales como Dará, Fatma y Rasheeda. Eran elegantes, hablaban rápidamente, tenían sabiduría política y eran bellas. Y hacía unas semanas que habían excluido a Deborah Treverton de su círculo.

Deborah las miró desde el otro lado de la enorme sala de fiestas, donde había mucha gente celebrando la Navidad. Los ojos de Deborah reflejaban sentimientos de confusión, envidia y soledad. No había querido ofender a nadie intentando trabar amistad con ellas, pero había descubierto que un abismo enorme la separaba de esas mujeres afro-norteamericanas, un abismo que jamás podría cruzar. Su esperanza inicial, la esperanza de haber encontrado algo de Sarah en ellas, se había desvanecido en septiembre, cuando, a las dos semanas de empezar el trimestre en la universidad de California, Deborah había solicitado entrar en su grupo.

«Mujeres Contra la Represión es un grupo de mujeres negras -le había dicho la que se hacía llamar Rasheeda, aunque su verdadero nombre era LaDonna-. ¿Por qué quieres afiliarte?»

A Deborah le había resultado imposible expresar con palabras sus sentimientos de pérdida, la necesidad de pertenecer a algo, el recuerdo de Sarah, la soledad que sentía en ese país nuevo y desconcertante.

Norteamérica le parecía tan extraña como Deborah se imaginaba que Kenia debía de haberles parecido a los primeros blancos que llegaron a ella. No entendía la lengua, a pesar de que era inglés, porque predominaba el argot y la gente decía «malo» cuando quería decir «bueno». No alcanzaba a descifrar las completas reglas sociales, tan diferentes de las de Kenia. Y le extrañaban las numerosas capas subculturales por las que todos los norteamericanos parecían nadar tan fácilmente. Deborah andaba buscando su lugar en esa tierra nueva y desconcertante que parecía tener uno para todo el mundo. De modo que había contestado:

—Porque soy negra.



Y la habían aceptado, con gran sorpresa por su parte. Le habían explicado que una sola gota de sangre negra colocaba a una persona en las filas de los oprimidos. Y durante un tiempo la acogieron como hermana.

Pero pronto pudo comprobar que la piel negra no las hacía africanas. Aunque ellas se empeñaban en considerarse como tales, Deborah no había visto a ninguna de sus amigas kikuyu en aquellas mujeres agresivas, mundanas y enemigas de los hombres que hablaban libremente, escandalizando con ello a Deborah, del aborto, el sexo y la castración del varón negro norteamericano. No había en ellas ni pizca de la ingenuidad africana, el recatado respeto a los ancianos, el pudor femenino que Deborah estaba acostumbrada a ver en Sarah y sus amigas. Eran mujeres furiosas y luchaban contra un enemigo mutuo que hasta el momento Deborah no había encontrado tan amenazador como ellas afirmaban que era: el varón blanco.

A pesar de todo, había tratado de seguir con ellas, de conservar su lugar entre ellas, porque necesitaba un lugar, del mismo modo que necesitaba rodearse de una barrera ¡que impidiera el paso a las abrumadoras oleadas de dolor que se encontraban justo en el borde de una playa amenazadora.

Se había ido de Kenia sin despedirse de Christopher ni de Sarah.

Alguien pasó apresuradamente por su lado y le dio un golpe en el brazo, haciéndole derramar su Coke. Retrocedió hasta la pared para no obstaculizar el paso pero sin dejar de formar parte de la multitud. La música navideña sonaba estruendosamente en los altavoces instalados en lo alto; las mesas largas crujián bajo el peso de las fuentes de comida; las dos chimeneas, una en cada extremo de la sala, ardían alegremente a pesar de que era una noche calurosa y fragante de California y todo el mundo llevaba ropa de verano.

Deborah se apretó contra la pared y observó a la multitud bulliciosa, feliz y polifacética. Empezaba a sentirse mareada, como si estuviera contemplando un tiovivo que diese vueltas cada vez más rápidas.

No estaba acostumbrada a las multitudes. En Nairobi, las clases de la universidad eran pequeñas y las reuniones de estudiantes siempre eran íntimas. Pero en esta universidad con vistas al océano Pacífico había veinte mil estudiantes y a Deborah le parecía que todos ellos se encontraban en la fiesta de Navidad de esa noche.

Las multitudes y la velocidad de la vida californiana eran sólo dos de los numerosos choques culturales que Deborah había experimentado desde que se refugiara allí huyendo de Kenia. Había tantas cosas que no comprendía y que temía no llegar a comprender nunca: chistes y alusiones para enterados que provocaban respuestas de todo el mundo pero que a ella no hacían más que dejarla perpleja. En una ocasión había preguntado dónde estaba la cuarta dimensión y todo el mundo se había reído. De modo que no había hecho más preguntas. Finalmente había descubierto que gran parte de la vida de California nacía de la televisión, que era algo nuevo para ella. Tenía la impresión de haberse perdido una parte de la historia,



como si fuera una especie de Rip van Winkle⁴ que hubiese estado dormido durante una revolución. Tantas de las cosas que observaba y oía parecían estar relacionadas de algún modo con la televisión o nacer de ella: la forma de hablar, gestos, musiquillas, hasta modas y alimentos. Pero lo que más perpleja la dejaba era que, directamente al lado de semejante anclaje cultural en la televisión, ¡estas mismas personas afirmaban no verla nunca!

De pronto las cuatro mujeres afro-norteamericanas rieron. Se encontraban en el núcleo de la popularidad, a gusto con su condición de negras y con su sentido de superioridad. La que se hacía llamar Fatma -en realidad se llamaba Francés Washington- era la que había excluido a Deborah de su círculo.

Fatma, la militante más activa del grupo, era miembro de las Panteras Negras y amiga íntima de Ángela Davis. Pronunciaba discursos y hablaba contra tres siglos de abusos raciales.

—¿Por qué el hombre blanco habla de nosotras como si fuéramos comestibles? —había exclamado en un mitin de hermanas—. ¡Leed sus novelas! ¡Escuchad cómo habla! Al describir a las mujeres negras, dice que tienen la piel de cacao, café con leche, chocolate, regaliz o azúcar moreno. ¡Somos negras! ¡No somos comestibles!

Era Fatma la que se había acercado a Deborah un día de principios de octubre, cuando aún formaba parte del grupo, y le había preguntado cómo podía costearse una escuela tan cara. Fatma, que, como todo el mundo, suponía que Deborah era inglesa, se había llevado una sorpresa al saber que era de Kenia y que estudiaba en los Estados Unidos gracias a una beca Uhuru de la universidad.

—Pero —había dicho Fatma—, ¡esas becas son para africanos!

—Yo soy africana. Nací en Kenia.

—Pero ese dinero tenía que ser para una estudiante negra.

—Yo soy medio negra.

—Pero no lo suficiente —había dicho Fatma—. Ya sabes a qué me refiero. Ese dinero iba destinado a nuestros hermanos y hermanas negros y oprimidos. Estudiantes que necesitan nuestra ayuda.

—¡Yo necesito la ayuda! No tengo dinero, ni familia. Y gané la beca limpiamente. Competí con mil quinientos estudiantes.

—Deberías habérsela dado a una hermana negra.

⁴ Personaje del escritor Washington Irving que, huyendo de la arpía de su esposa, se duerme y despierta al cabo de veinte años, encontrándose con que el mundo ha cambiado por completo. (N. del T.)



- ¿Por qué?
— Porque tú tienes ventajas que ella no tiene.
— ¿Qué ventajas tengo yo?
— Eres blanca.

En aquel tiempo, el bronceado keniano de Deborah ya empezaba a convertirse en un tono dorado oscuro, a la vez que el pelo corto y ensortijado empezaba a crecer y a hacerse lacio. En aquel momento comprendió que las afro-norteamericanas no la consideraban realmente como hermana suya porque no poseía la apariencia necesaria.

«¡Pero soy africana en el alma! -había querido gritar-. ¡Soy más africana que cualquiera de vosotras! ¡Mi padre fue David Mathenge, el gran guerrillero del mau-mau!»

En ese momento las vio moverse entre la multitud con una seguridad y una arrogancia que casi eran un desafío. Diez años antes, quizá a las cuatro no las habrían aceptado en una escuela tan exclusiva; a Deborah le parecía que ahora, en esa época de súbita conciencia liberal, todo el mundo ansiaba ganarse la amistad de aquellas mujeres.

Había asistido a una pequeña fiesta en el piso de Dará, en donde las hermanas, Deborah y unos cuantos blancos se habían mezclado en una especie de ostentación racial. En la fiesta Deborah había conocido el vino californiano, lo había bebido en exceso y había terminado ofendiendo a los dos bandos con una de las anécdotas graciosas de la tía Grace sobre Mario:

— Un día lo pilló en la cocina, ¡para hacer albóndigas se frotaba la carne picada en el pecho y luego las echaba en la sartén!

La risa de Deborah se había apagado pronto al ver que los demás la miraban con cara seria, que en la habitación reinaba el silencio, roto únicamente por la música de *Hair* en el tocadiscos.

Dará había preguntado:

— ¿Por qué dices que era vuestro «criado»?

Y Deborah no había sabido qué contestar.

— A mí me parece —había dicho otra persona— que los imperialistas kenianos no son diferentes de los rodesianos y los sudafricanos. ¡Unos cabrones racistas todos ellos!

Deborah había querido explicarles que estaban equivocados, que Kenia no era de aquella manera. Bueno, su tío Geoffrey era racista, pero su tía Grace y muchas otras personas nunca lo habían sido, y a ella le parecía que en Kenia había mucho menos prejuicio racial que en ese país pretencioso donde las personas cambiaban de nombre, se disfrazaban y pretendían ser amigos por una noche porque era la moda



del momento. Se había puesto furiosa con aquellos norteamericanos. Le habían entrado deseos de decirles a las «hermanas» que no tenían nada de africanas, que eran una parodia ridícula y que Sarah no las habría reconocido como gente suya, y que, de haber sabido la verdad, no habrían ansiado tanto ser «africanas», porque serlo significaba encontrarse bajo el dominio de un esposo o del padre, y trabajar en los campos, y tener un bebé tras otro, y transportar cargas sobre la espalda como un animal. Luego pensó en Sarah y en su bello tejido y en la imposibilidad de obtener ayuda para producirlo, y pensó en Christopher y su hogar junto al río Chania y había llorado y aquello había sido el final de su pertenencia al movimiento de mujeres negras.

Pero en la universidad había otros grupos donde podía encontrar un hogar: asociaciones, coaliciones de jóvenes blancos progresistas que, al parecer, no juzgaban a una persona por el color de su piel, su ropa o su forma de hablar. Deborah había buscado su compañía a modo de panacea contra la soledad y la alienación, que iban en aumento. Y también se había llevado un desengaño.

—Hola —dijo una voz a su lado.

Al volverse, Deborah se encontró ante un rostro sonriente y barbudo. Lo había visto en la escuela; había mil como él. Tomaba parte en las manifestaciones contra la guerra, esquivaba el reclutamiento y se preguntaba cómo Nixon había llegado a la presidencia cuando él y diez millones insistían en que no lo habían votado.

—Bonita fiesta, ¿eh?

Deborah sonrió forzosamente. El chico estaba cerca de ella y la hacía sentirse atrapada. Y el dolor, que llevaba consigo a todas partes como una joya pequeña y negra, empezaba a crecer en intensidad.

—¿Estudias aquí? —preguntó él.

—Sí.

—¿Qué especialidad?

—Voy a hacer medicina.

—No me digas. Yo, filosofía, aunque no sé para qué diablos me servirá. Medicina, ¿eh? ¿A qué facultad piensas ir?

—No lo sé. «Vivo los días de uno en uno».

—Me gusta tu acento. ¿Eres inglesa?

—No. De Kenia.

—¡No me digas! Un primo mío fue allí con los Voluntarios para la Paz. Pero no estuvo mucho tiempo. Dijo que era demasiado sucio. Yo no sabía que quedaban blancos en Kenia. ¿No hubo allí una sublevación de los zulúes hace veinte años o algo así?



—De los mau-mau —dijo Deborah.

Él se encogió de hombros.

—Da lo mismo. Oye, ¿quieres que te traiga algo de comer? Tienen un curry increíble. ¡Eh! ¿Adonde vas?

Deborah huyó a través del gentío, encontró las puertas dobles que daban al patio y se entregó a la cálida noche californiana.

Cruzó corriendo el césped y encontró un banco desocupado. Se sentó en él, con los ojos llenos de lágrimas, y sintió que la negra gema de dolor crecía dentro de ella hasta llenar su cuerpo y empezar a cortar con sus facetas afiladas. Una noche extraña la envolvió; el alma de una tierra que no era la suya se movía sigilosamente a su alrededor, como si le estuviera tomando las medidas, dudando si debía dejarla permanecer allí o no.

«No debo amarte, Christopher. Jamás debo pensar en ti de esta manera...»

Finalmente Deborah dio rienda suelta a las lágrimas. Lloró como había llorado casi todos los días desde que se marchara de Kenia, desde el día en que había encontrado las cartas de su madre. Deborah apenas recordaba lo sucedido después. Con las palabras de mamá Wachera resonando en sus oídos, había vuelto a la misión para telefonar al abogado de su tía:

—Quiero cederles esta casa a las monjas —le había dicho—. Y quiero que venda Bellatu tan rápidamente como sea posible. No me importa lo que le den por ella. Y todo lo que hay dentro será para el comprador. Me voy de Kenia y no volveré jamás.

Ni siquiera había pasado la noche en la misión; estaba demasiado embrujada. Tras hacer el equipaje a toda prisa, había ido a Nairobi, donde, después de una noche terrible en el hotel Norfolk, había tomado el primer vuelo con destino a Los Ángeles. La escuela le había permitido instalarse en el dormitorio, pese a que era aún demasiado pronto. Y allí Deborah había pasado una semana de soledad y agitación espiritual. Después, al comenzar las clases, se había entregado a un agotador programa de estudios.

Había intentado escribir a Christopher y Sarah. Pero no había podido. Christopher no debía conocer la verdad nunca. El incesto era uno de los peores tabúes de los kikuyu, uno de los más condenatorios. Lo hubiera perseguido durante el resto de su vida, llenándosela de infelicidad.

Tampoco había sido capaz de escribir a Sarah. Deborah había dejado el tejido al cuidado de la hermana Perpetua, con instrucciones de devolvérselo a Sarah Mathenge y no había vuelto a ver a su amiga.

Alguien cruzaba el césped por delante de Deborah. La reconoció. Era Pam Weston. Deborah esperó que no la viese sentada a solas en el banco y vio con alivio que Pam se reunía con los demás en la sala de recreo.



Pam Weston había sido una de las nuevas amistades liberales de Deborah.

—Dios mío —había declarado Pam una noche durante la cena—. La virginidad no es más que un estado mental. Las chicas sencillamente ya no se reservan para el matrimonio. Y cualquier chica que se reserve no hace sino engañarse a sí misma. Se deja manipular por la tiranía del machismo.

Pam había pronunciado esas palabras tres semanas antes, cuando Deborah estaba tomando el café de después de la cena con sus nuevas amigas. La habían aceptado con mayor facilidad que las militantes negras, pero, a pesar de ello, había que reunir ciertos requisitos para pertenecer al grupo.

—Cualquier chica que todavía se depile las piernas no está liberada —decía Pam, y el grupo estaba de acuerdo.

Eran unas mujeres extrañas para Deborah, que nunca había oído hablar de la liberación de la mujer. Las noticias del extranjero llegaban con retraso a Kenia y estaban sujetas a la censura gubernamental. Sus nuevas amigas, que debido a su acento la tomaban por inglesa, se habían llevado una sorpresa al ver lo ignorante que era. A Deborah no le sonaban nombres tales como Gloria Steinem y Betty Friedan y no tenía la menor idea de lo que era el machismo. Deborah les parecía una paradoja: por un lado era blanca y perspicua, educada e inteligente, pero, por otro lado, era irremediabilmente ingenua y provinciana.

—Si examinas el vestido de la mujer a lo largo de la historia —declaró Pam Weston—, verás lo esclavizadas que hemos estado. ¡Corsés, cotillas, cinturas de cuarenta y cinco centímetros! Pero por fin las mujeres están despertando y se visten como quieren. ¡Ya no seguiremos a merced de los diseñadores de moda machistas!

—Mi mejor amiga —se aventuró a decir Deborah con voz queda— está diseñando unos vestidos preciosos. Hasta confecciona su propio tejido, por el método «batik».

—¡Me encanta el «batik»! —exclamó la estudiante de ciencias empresariales—. Intenté hacerlo una vez, pero se me corrían los colores.

—Sarah aprendió el método ella sola. Es muy inteligente. Sus tejidos son verdaderas obras de arte. No me extrañaría que llegase a ser famosa algún día.

—¿Crees que me haría un vestido? —preguntó la de ciencias empresariales—. Se lo pagaría, por supuesto.

—Verás, es que Sarah no está aquí. Está en Kenia.

—Oh, «batik» africano. ¡Mejor todavía!

—¿Qué hace tu amiga en Kenia? —preguntó Pam Weston—. ¿Es de los Voluntarios para la Paz?

—Vive allí.



—Los blancos ya han explotado el África Oriental durante suficiente tiempo — intervino una estudiante de ciencias políticas—. Tu amiga debería dejar Kenia a la gente del país.

—Bueno —dijo Deborah—, Sarah no es blanca.

Todos la miraron.

—¿Tu mejor amiga es negra? —preguntó Pam Weston—. ¿Por qué no lo dijiste de buen principio? ¿O es que te da vergüenza?

Deborah no hizo caso. Sencillamente no entendían nada. Empujadas por el vivo deseo de demostrar su tolerancia racial, aquellas mujeres de mentalidad liberal perpetuaban la conciencia del color de la piel. A Deborah jamás se le había ocurrido pensar en Sarah o en Christopher de otra forma que como amigos, como personas.

En aquel momento se había dado cuenta de que nunca encajaría. No la aceptaban los negros ni la entendían los blancos. Estaba condenada a vagar por una especie de olvido racial. Las costumbres norteamericanas no eran las suyas; la historia y los dialectos del país le resultaban extraños. Era una mujer sin raza, sin país y ahora, finalmente, sin familia.

«Nunca podré volver a Kenia. Jamás debo ver a Christopher otra vez. La tía Grace ha desaparecido. Estoy sola. Debo forjarme una vida aquí, entre extraños, en un mundo en el que no nací».

—Hola. ¿Te importa que me siente contigo?

Deborah alzó los ojos y vio a una joven que vestía jersey de cuello redondo y téjanos. Su cara le pareció conocida.

—Vamos a la misma clase de fisiología —le explicó la joven—. Te he visto en clase. Me llamo Ann Parker. ¿Puedo sentarme contigo?

Deborah le hizo sitio.

—No sé por qué he venido a esta fiesta —dijo Ann—. Sólo que el dormitorio está tan vacío y solitario. Todo el mundo se ha ido a pasar las vacaciones en casa. No estoy acostumbrada a las multitudes.

—Yo tampoco —Deborah sonrió.

—Soy de una ciudad pequeña del Medio Oeste, así que ya sabes lo que quiero decir.

—¿Dónde está el Medio Oeste?

—¡Buena pregunta! —Ann rió—. A veces me pregunto si me equivoqué al venir a estudiar aquí. Esta universidad es mayor que la ciudad donde crecí. A veces me da miedo.

—Comprendo lo que sientes.



Ann sonrió.

—Me gusta tu acento. ¿Eres de Inglaterra?

Deborah vio las sabanas doradas de Amboseli y la silueta de los pastores masai recortándose sobre el cielo azul. Olió la tierra roja, el humo y las flores silvestres de la orilla del Chania. Oyó el tintineo de los cencerros de las cabras y el habla aguda y rápida de las mujeres kikuyu en mis *shambas*. Sintió los brazos fuertes y el cuerpo de guerrero del hombre al que tenía prohibido amar.

—Sí, soy de Inglaterra —dijo Deborah, consultando el reloj, y se permitió pensar, por última vez, que en ese mismo momento, en el otro lado del mundo, el sol se alzaba sobre el monte Kenia.



Novena parte

EL PRESENTE



CAPÍTULO 61

Deborah permanecía con los ojos clavados en la última anotación que Grace había hecho en su diario, con fecha 16 de agosto de 1973.

Deborah está enamorada de Christopher Mathenge. Y creo que él lo está de ella. No puedo imaginarme a ningún otro con quien me gustaría ver casada a mi Deborah, y ruego a Dios que me conceda vida suficiente para asistir a la boda, así podré darle mis bendiciones y desearles un futuro largo y feliz juntos.

Eran las últimas palabras que Grace había escrito en su libro. Murió aquella misma noche.

Tras cerrar el diario y dejarlo sobre la cama, Deborah descruzó las piernas entumecidas y se acercó a la ventana. Al apartar las cortinas, la luz del sol le hirió inesperadamente los ojos. Sorprendida al ver que ya era de día, se apresuró a cerrar las cortinas. Se dio cuenta de que había leído durante toda la noche y parte de la mañana, sin tener noción del tiempo.

Se apartó de la ventana y fue a sentarse en el pequeño sofá que completaba el mobiliario de la habitación. Apoyó los pies en la mesita de centro, buscó una postura cómoda y alzó los ojos hacia el techo. Al otro lado de la puerta sonidos de vida llenaban el pasillo: los carritos del servicio de habitaciones; los empleados que se llamaban unos a otros en suajili; el ruido periódico de los ascensores. Más allá de las ventanas Nairobi dejaba oír su cacofonía diurna de motores, bocinas y gente que gritaba en la calle.

Deborah se abrazó. Las lágrimas se encontraban detrás de sus ojos.

Era demasiado... la historia de su familia. Tenía la sensación de que un diluvio acababa de pasar por encima de ella, como si estuviese nadando en un mar embravecido.

Habían estado allí siempre, las respuestas que una vez le había pedido a Wachera acerca del otro bebé, el hijo del amor que habían tenido Mona y David. Las respuestas habían estado en el diario durante todos aquellos años, anotadas con la letra pulcra de Grace:

Perdimos cuatro vidas a manos del mau-mau aquella noche: mi amado James; Mario, que había estado conmigo desde el principio; David Mathenge; y la niña, que murió pisoteada...



Y luego, dos páginas después:

Mona vuelve a estar embarazada. Dice que el hijo es de Tim Hopkins, un error, que estaba enloquecida por el dolor y no sabía lo que hacía.

Las lágrimas asomaron a los ojos de Deborah cuando la verdad llegó a su alma.

«No fui una hija del amor, después de todo. Sino un error».

Encogió las piernas y se las abrazó, luego inclinó la cabeza y lloró quedamente sobre las rodillas.

Llamaron a la puerta.

Deborah levantó la cabeza. Al oír que metían la llave en la cerradura, se levantó y fue a abrir.

Un empleado se encontraba en el pasillo con su carrito de la limpieza y el brazo cargado de toallas limpias. Sonrió como pidiendo disculpas y por medio de gestos indicó que quería limpiar la habitación.

—No, gracias —dijo Deborah en inglés, luego lo repitió en suajili al ver que el hombre no la entendía. El empleado volvió a sonreír, hizo una inclinación de saludo y se fue con su carrito. Deborah buscó un letrero de «No molesten», encontró uno que decía «USISUMBUE» y lo colgó en el pomo de la puerta por la parte de fuera.

Se apoyó en la puerta y cerró los ojos.

«¿Por qué estoy aquí? ¿Por qué he venido?»

El ruido del exterior parecía atravesar los cristales en oleadas apremiantes. Oía la llamada de Nairobi, pero no quería hacerle caso. De pronto sintió miedo.

«Tienes miedo de algo -le susurró una voz en la memoria. Jonathan, seis meses antes, preguntándole: ¿Por qué huyes de mí? ¿Es de mí de quien tienes miedo, Deborah, o sencillamente te da miedo comprometerte?»

Se imaginó a Jonathan Hayes, trató de hacerle cobrar vida, en cuerpo y alma, en la habitación del hotel. Trató de imaginarse cómo estaría en ese momento, haciéndole hablar, extrayendo sus sentimientos, ayudándola a salir del tremendo laberinto en que se había perdido. Sentía consuela al pensar en Jonathan, al imaginar su presencia. Pero como espectro Jonathan era demasiado tenue y se desvaneció cuando se oyeron voces altas en el pasillo.

Deborah tuvo la sensación de encontrarse dispersa por todo el mundo, la mitad de las piezas en el África Oriental, la otra mitad girando sin sentido alrededor de Jonathan en San Francisco. Desde sus primeros tiempos en California, hacía ahora quince años, cuando huía ciegamente de una realidad demasiado fuerte para que la afrontara una muchacha tan joven y sincera, Deborah había llevado una existencia a trozos, uniéndolos para formarse una identidad cuando y donde podía.



— ¿Exactamente de qué parte de Cheshire es usted, doctora Treverton? —le había preguntado Jonathan la tarde en que se conocieron.

Deborah acababa de ingresar en la plantilla del hospital y le habían asignado el puesto de ayudante de Jonathan en las operaciones. Y con gran sorpresa por su parte le había confesado que no era de Inglaterra, sino de Kenia.

Ahora, al pensar en ello, supo la causa de aquella sinceridad inesperada. Era el propio Jonathan. Había algo en él, en sus ojos grandes y castaños, unos ojos que veían el alma y eran tan compasivos como los de un sacerdote, y en su voz confesional, una especie de voz de ordenador, le había parecido a ella al conocerle. Todo el mundo pensaba lo mismo del doctor Jonathan Hayes. La gente acudía a él con sus amores y sus miedos y él la escuchaba con paciencia consumada.

Pero ello no quería decir, como Deborah había comprobado durante los dos años que llevaban juntos, que fuese un hombre dado a revelar sus sentimientos. Jonathan no era demostrativo. Si tenía sentimientos, los ocultaba cuidadosamente debajo de un exterior ecuánime, despreocupado. Y por ese motivo el beso inesperado, impulsivo, que le había dado en el aeropuerto —¿cuándo? ¿ayer? ¿anteayer?— la había sobresaltado tanto.

Deborah se estremeció y descubrió que tenía frío.

El pelo estaba seco desde hacía rato, pero todavía llevaba el albornoz y nada más. Pero no se sentía con fuerzas para decidir si vestirse o no.

«Christopher», pensó por fin.

No era su hermano, después de todo.

Llevaba rato esforzándose por no pensar en él; desde el momento de cerrar el diario daba la espalda a lo que tenía que afrontar. Ahora le produjo la sensación de que el suelo acababa de desaparecer debajo de sus pies. Se aferró al pomo de la puerta como para no caer. De pronto había dejado de existir lo que llevaba quince años esforzándose tanto por negar.

No era la hija de David Mathenge. No pertenecía a la raza negra de Kenia.

Se quedó sin aliento. Logró apartarse de la puerta y entrar en el cuarto de baño. Miró fijamente su imagen reflejada en el espejo, la cara que había examinado mil veces en busca de señales de una estirpe que durante mucho tiempo había creído que estaba allí. ¡Con qué frecuencia se había estudiado a sí misma! Escudriñando cada pestaña, cada una de las líneas y pliegues de su rostro, buscando las pistas africanas, al mismo tiempo que rezaba pidiendo que nunca apareciesen, para que nadie pudiera sospechar.

Se aferró al borde del lavabo.

«Huía sin motivo. No hubo ningún crimen. Era libre de amar a Christopher. Podría haberme quedado».



Las lágrimas volvieron a asomar. Se sentía atrapada. Jonathan la habría ayudado a dominarse, de haber estado con ella; le habría enseñado a dominar su confusión. Pero Jonathan no estaba en Nairobi. Sólo estaba la imagen burlona de la mujer blanca en el espejo.

Se acercó a la cama y recogió las fotografías: lord Valentine montado en un caballo de polo; lady Rose mirando por encima del hombro; la tía Grace de joven; cuatro niños descalzos bajo el sol. Deborah miró ahora las últimas tres fotografías.

Cuando su huida precipitada de Kenia, hacía ya tanto tiempo, sólo se había llevado unas cuantas cosas: el diario de Grace; las cartas de amor, un puñado de instantáneas. Las había envuelto todas con papel y cordel y así habían permanecido durante quince años. Deborah no sabía de quiénes eran las tres fotos restantes ni por qué las había escogido, pero al tomarlas ahora sintió un extraño anhelo. Un anhelo del pasado.

En una aparecía Terry Donald, el pie derecho sobre el cadáver de un rinoceronte, la mano derecha empuñando un rifle. Era la imagen de los hombres de la familia Donald: atractivo y viril, sonriendo con confianza en sí mismo y masculinidad, tostado por el sol y cansado a causa del safari, la tercera generación nacida en Kenia.

Miró luego a Sarah. Estaba joven en la foto, aún no llevaba el pelo peinado en trenzas, la sonrisa todavía era insegura e infantil. Sarah vestía un uniforme escolar y la envolvía una conmovedora aura de inocencia. La foto recordó a Deborah días más sencillos, mejores.

La última era de Christopher, de pie en la orilla del río, bajo la luz moteada del sol, vestido con unos pantalones oscuros y camisa blanca con las mangas subidas y el cuello abierto. Llevaba gafas de sol. Sonreía. Y estaba tan guapo.

Contempló la foto con ojos maravillados. El tabú había desaparecido. Era libre de volverle a amar.

Y entonces pensó:

«¿Qué hago ahora?»

Miró el teléfono de la mesita de noche. Recordó la misión, que las monjas la estaban esperando.

«Debería llamarles y decirles que ya he llegado».

Pero cuando sus ojos se posaron en las tapas azules de la guía de teléfonos, se quedó inmóvil, mirándola fijamente, presa de un temor innombrable. Era como si acabaran de invadir su segura habitación del hotel. Las cortinas echadas y la puerta cerrada con llave tenían por fin impedir la entrada de las cosas amenazadoras. Pero estaban allí, después de todo, en la habitación con ella. En la guía manoseada.



La tomó al mismo tiempo que pensaba en toda la gente que el libro podría haber contenido, gente que eran caminos que llevaban a su pasado, y sintió una excitación curiosa. Era como ir de viaje.

Encontró el número de la agencia de turismo Donald.

Deborah había cortado completamente los lazos al huir de Kenia. Durante los quince años empleados en construirse cuidadosamente una vida nueva, una personalidad también nueva, no había querido pensar en los nombres conocidos y amados de Kenia. Empujada por la inmadurez, había decidido que si Christopher no podía ser suyo, no quería saber nada de ese país y de la gente que vivía en él. Junto con los Mathenge, había excluido de su vida a los Donald.

La guía de teléfonos le indicó que el pabellón de safaris Kilima Simba aún existía y funcionaba en Amboseli; había otros cuatro pabellones Donald en distintos lugares de Kenia. Encontró un anuncio. Aparecía en él un minibús Volkswagen pintado con franjas de cebra y debajo decía: «Viajes Donald, con el mayor parque de autobuses y conductores seguros del África Oriental».

De modo que seguían en el país y, al parecer, prosperaban. Los Donald. Descendientes de sir James, el hombre al que su tía había amado, a quien Deborah nunca había conocido.

De pronto la invadió el deseo de volver a ver a Terry. Y al tío Geoffrey y al tío Ralph. Ahora le parecían algo más que simplemente viejos amigos; de repente los Donald eran como de la familia.

«¡La familia!», pensó, presa de excitación. Después de tantos años había alguien con quien podría hablar de los viejos tiempos, alguien que la conocía, que la comprendería.

Súbitamente le dio miedo volver las páginas de la guía de teléfonos, pensar que vería en ella el nombre de Christopher con un número de teléfono. Lo pondría demasiado cerca. No tendría más que descolgar el aparato y marcar...

Empezó a volver las páginas con manos trémulas, mirándolas fijamente. Había muchos Mathenge, debía de haber casi treinta. Recorrió la lista con el dedo. Los Mathenge iban de Barnabas a Ezekiel.

Volvió a leer los nombres, con más atención. Llegó hasta el final y volvió a empezar por el principio. Pero no había ningún Christopher entre ellos.

¿Quería decir que no estaba en Kenia?

Había tres Sarah Mathenge. Pero pensó que seguramente Sarah se habría casado y ahora llevaría otro apellido.

Deborah no podía con su alma. Los efectos del viaje en reactor se unían a los dos días sin dormir, más las dieciocho horas que llevaba sin comer nada. El agotamiento



físico se sumó a la emoción para hacer que se sintiese derrotada de algún modo. Dejó la guía a un lado y escondió la cara entre las manos.

Se sentía atrapada entre la nada y la nada, como si estuviera haciendo un largo viaje y el tren la hubiese dejado en una estación desierta. Era como estar obligada a seguir adelante por el hecho de haber llegado tan lejos, pero sin saber adonde tenía que ir.

«¿Por qué, oh, por qué mamá Wachera me ha mandado llamar?»

Al sonar al teléfono, soltó una exclamación.

Clavó los ojos en el aparato, presa de pánico, pensando irracionalmente que las personas cuyos nombres acababa de ver en la guía habían cobrado vida y ahora la perseguían.

Luego suspiró y descolgó el teléfono.

— ¿Diga?

— ¿Debbie? ¿Oiga? ¿Me oyes?

— ¿Jonathan? —escuchó los ruidillos del cable de larga distancia—. ¡Jonathan! ¿Eres tú?

— ¡Cielos, Debbie! ¡Me tenías preocupado! ¿Cuándo has llegado? ¿Por qué no me has llamado?

Deborah miró el reloj de viaje en la mesita de noche. Se preguntó si era posible que hiciese sólo catorce horas que su avión había aterrizado.

— Lo siento Jonathan. Estaba cansadísima. Me dormí...

— ¿Estás bien? Te noto la voz rara.

— La culpa es de la línea. Y son los efectos del viaje en reactor. ¿Estás bien, Jonathan?

— Te echo de menos.

— Yo a ti también.

Hubo una pausa que la línea llenó de ruidillos.

— ¿Debbie? ¿Seguro que estás bien? —insistió Jonathan.

Deborah apretó el teléfono con fuerza.

— No lo sé, Jonathan. Estoy hecha un lío tan grande.

— ¡Un lío! ¿En qué sentido? Debbie, ¿qué ocurre? ¿Has visto ya a la vieja? ¿Cuándo volverás a casa?

A pesar de la sinceridad espontánea que Jonathan Hayes inspiraba en las personas, Deborah nunca le había revelado su secreto, nunca le había hablado del hombre al que tomara por su hermano, Christopher, a cuya choza había ido una



noche. Aquel secreto espantoso y la culpa que había proyectado sobre ella. ¿Cómo iba a hablarle de ello a Jonathan ahora y explicarle los sentimientos de confusión que la embargaban desde su llegada a Kenia?

— ¿Debbie?

— Lo siento, Jonathan. Sé que me estoy dejando llevar por las emociones. Pero es que acabo de sufrir una conmoción. He descubierto ciertas cosas...

— ¿De qué me estás hablando?

El tono de Jonathan era tan áspero, tan impropio de él. Deborah intentó aferrarse a él.

— Mañana iré a Nyeri —dijo con voz más sosegada—. Alquilaré un coche y subiré a la misión. Trataré de tomar una habitación en el hotel Outspan.

— ¿Quieres decir que te irás de Kenia pasado mañana?

Deborah no pudo contestar.

— ¿Debbie? ¿Cuándo volverás a casa?

— No... no lo sé, Jonathan. Todavía no puedo decírtelo. He decidido visitar a unas cuantas personas. Amigos...

Jonathan guardó silencio. Deborah intentó imaginárselo. Se dio cuenta de que en San Francisco debía de ser muy temprano. Sin duda Jonathan se acababa de levantar para prepararse para las operaciones que iba a practicar por la mañana. Llevaría puesta la ropa de deporte; se pasaría media hora corriendo por el parque Golden Gate, luego se daría una ducha caliente, se pondría una camiseta y unos tejanos y se iría al hospital. Se tomaría un café y un bollo integral en la cafetería y luego, tras subir al quirófano, se pondría la bata verde para operar. De súbito, desesperadamente, Deborah sintió la necesidad de hacer aquellas cosas prosaicas con él, como hacían todas las mañanas, como habían hecho durante el año que llevaban viviendo juntos. Deseó estar de vuelta en San Francisco, en la niebla y en medio de la familiaridad consoladora de su ritual cotidiano.

Pero estaba en Kenia y tenía que terminar lo que había empezado.

— Te quiero, Debbie —dijo Jonathan.

Deborah rompió a llorar.

— Yo también te quiero.

— Llámame cuando sepas en qué vuelo regresarás.

— Lo haré.

Jonathan hizo otra pausa, como si esperase que ella dijera algo. Así que Deborah dijo:

— Que corras bien esta mañana.



—Lo haré. Adiós, Debbie —dijo él, y colgó.

Sin quitarse el albornoz, se metió entre las sábanas. Se sintió a la vez asustada y aliviada cuando apagó la luz y la habitación se sumió en una oscuridad casi total. Las gruesas cortinas no dejaban pasar ni un ápice del brillante sol ecuatorial. Pero no podían impedir que el ruido incesante penetrase el cristal, el pulso constante, apremiante, del África Oriental.

Permaneció tendida mirando fijamente la negrura, sintiendo cómo sus fuerzas abandonaban su cuerpo gramo a gramo. Los párpados se volvieron pesados. Los pensamientos parecieron soltarse de sus áncoras y subir flotando hasta la superficie de su mente, donde navegaron a la deriva en una especie de incoherencia perezosa. Deborah medio soñaba y medio recordaba.

Se remontó a dos años atrás, al día en que había empezado a trabajar en el hospital de Saint Bartholomew en San Francisco. Tenía treinta y un años y acababa de terminar una residencia quirúrgica de seis años. Era su primer día en el nuevo trabajo. Por fin era una doctora de verdad e instalada completamente por su cuenta. Se puso la ropa de operar en el vestuario de las enfermeras y luego se encaminó hacia la sala 8, donde debía ayudar al doctor Jonathan Hayes en la extirpación de una vesícula biliar.

—Bienvenida al Saint Bartholomew, doctora Treverton —le dijo la enfermera encargada del instrumental—. ¿De qué talla son sus guantes?

—De la seis.

La enfermera metió la mano en el armario de los guantes, luego dijo:

—Vaya. Se han acabado los de la seis —y salió de la habitación.

Mientras Deborah contemplaba el quirófano, que, como esas instalaciones son iguales en todas partes, le resultaba a la vez conocido y desconocido, entró un hombre alto, de ojos castaños, sujetándose la mascarilla en la nuca.

—Hola —dijo el hombre—. ¿Dónde está nuestro anestesista?

—No lo sé.

El hombre le sonrió a través de sus gafas con montura de asta. El resto de su cara se hallaba oculto debajo de la mascarilla.

—Sin duda es usted nueva aquí —dijo con una sonrisa en la voz—. Soy el doctor Hayes. Según me dicen, es fácil trabajar conmigo, así que estoy seguro de que nos llevaremos estupendamente. Tengo unas cuantas idiosincrasias que conviene que sepa usted. Utilizo dos, repito, dos puntos de seda para cerrar el conducto cístico, y me gusta que ambos estén en una sola pinza. Téngamelos preparados, por favor. Además, compresas grandes en varillas de esponja. No soporto aquellas otras cosillas. Téngame un montón de ellas alineadas, por favor.

Deborah lo miró fijamente.



—Sí, doctor.

Jonathan se acercó a la mesa de instrumentos, donde éstos ya se encontraban colocados, le echó un vistazo y asintió con la cabeza.

—Bien, bien. Veo que se me ha anticipado. ¿Dónde está el Bacitracin? No olvide tener siempre un poco en su mesa.

Se acercó a la puerta, miró de un lado a otro del pasillo, donde había mucho movimiento, luego dijo:

—A propósito. Esta mañana vendrá uno nuevo a ayudarme. Un tal doctor Treverton. Así que necesitaré que usted me ayude de forma extraespecial, ¿de acuerdo? —guiñó un ojo a Deborah—. Avíseme cuando traigan al paciente. Estaré en la sala de médicos.

Deborah seguía observándolo mientras se alejaba cuando una mujer joven entró apresuradamente, atándose la mascarilla y oliendo ligeramente a humo de cigarrillo.

—¿Era el doctor Hayes ese a quien acabo de ver? Estupendo, ya podemos dar comienzo a la función. Usted debe de ser la doctora Treverton. Yo soy Carla. ¿Qué talla de guantes gasta?

Quince minutos después el doctor Hayes acababa de lavarse las manos. Deborah se encontraba detrás de él, también ultimando los preparativos. El doctor cerró el grifo, cruzó el pasillo y entró en la sala 8, las manos levantadas. Al entrar Deborah en la sala, el doctor se estaba secando los brazos. La enfermera instrumentista se le acercó con la bata y entonces el doctor miró a Deborah con expresión desconcertada. Y al darse la vuelta para que la enfermera le abrochase la bata por detrás, volvió a mirar a Deborah y parpadeó.

—Doctor Hayes, ¿le han presentado a la doctora Treverton? —preguntó la enfermera instrumentista, entregando a Deborah una toalla esterilizada.

—¿La doctora Treverton? —dijo Hayes. Luego, al darse cuenta de su error, se puso colorado.

—No —dijo Deborah, riendo quedamente—, no nos han presentado.

Entonces Jonathan rió también y comenzaron la operación.



CAPÍTULO 62

Deborah se dio cuenta de que miraba con curiosidad a todos los hombres que entraban en el restaurante. Cualquiera de ellos podía ser Christopher.

Estaba desayunando copiosamente. Dos horas antes, al despertar, había descubierto que acababa de dormir catorce horas seguidas; se sentía sorprendentemente fresca y descansada y, además, famélica. Un baño caliente le había devuelto la vitalidad, y ahora estaba en el restaurante Mará, que daba al vestíbulo del Hilton, donde camareras de uniforme verde y peinado afro acompañaban a hombres de negocios africanos a sus mesas. Mientras comía *croissants* y compota, rodajas de papaya y piña, y una tortilla acompañada de setas, cebollas, aceitunas, jamón y queso, Deborah examinaba con disimulo a todos los hombres que entraban.

La mayoría eran africanos vestidos a la europea o con prendas tropicales hechas a la medida, de algodón verde o azul claro. Llevaban carteras en la mano, lucían anillos y relojes de pulsera y se estrechaban la mano antes de sentarse a desayunar. Hablaban diversos dialectos y, al prestar atención, Deborah comprobó que entendía gran parte de lo que decían en suajili o en kikuyu. Mientras bebía el café pensó que seguramente Christopher no estaba en Kenia, ya que su nombre no constaba en la guía de teléfonos. En tal caso, ¿dónde estaría? ¿Por qué se habría ido?

«Fue en mi busca, hace quince años», pensó.

Pero luego se dijo que, en tal caso, hubiera ido a la universidad que le había dado la beca y la hubiese encontrado.

Prescindiendo de lo que hubiese hecho y de adonde hubiera ido, Deborah sabía que no podría irse de Kenia sin averiguar qué había sido de Christopher.

Después de desayunar se acercó a recepción, pagó la factura, pidió que le reservaran una habitación en el Outspan y encargó un coche con chófer. Cuando le dijeron que el coche tardaría un poco en llegar, miró a su alrededor en busca de un lugar donde pudiera esperarlo.

En el vestíbulo había un ajetreo monstruoso. Al parecer, varios grupos de turistas estaban llegando y marchándose al mismo tiempo, causando un atasco de gente en recepción, de equipaje cerca de las puertas dobles de cristal y de camionetas de safari en la calle. Los guías turísticos andaban como locos de un lado a otro, gritando



órdenes en inglés y suajili, mientras los viajeros cansados buscaban asiento en alguno de los numerosos sofás instalados en el espacioso vestíbulo. Deborah había oído decir que el turismo era un gran negocio en Kenia y supuso que, después del café y del té, sería la principal fuente de ingresos con que contaba el país.

«Gracias a hombres como el tío Geoffrey», pensó mientras se dirigía hacia la puerta.

Se detuvo en los escalones de la entrada para recobrar el aliento.

¡La luz!

Se le había olvidado lo tersa y flotante que era la luz de Kenia. Era como si el aire no estuviese hecho de oxígeno, sino de algo indescriptiblemente ligero, por ejemplo de helio. Todo era tan claro, tan nítido. Los colores parecían más vivos que en cualquier otra parte; los contornos y los detalles parecían sobresalir. Aunque el aire olía a humo y a gases, era asombrosamente tenue y fresco. Según había leído en el diario de su tía, ésta era una de las razones que habían hecho que su abuelo, el conde de Treverton, se hubiese enamorado del África Oriental.

A Deborah le gustó ese pensamiento: el de que compartía algo con el hombre responsable de que ella hubiese nacido en Kenia. Le daba una sensación de herencia, de linaje familiar.

Echó a andar hacia la calle de Joseph Gicheru, que en otro tiempo había sido la avenida de Lord Treverton, y en pocos minutos llegó a la avenida de Jomo Kenyatta, donde se encontró ante la oficina principal de Viajes Donald.

No se atrevía a entrar.

Así que retrocedió hacia el bordillo, donde un árbol que nacía de la acera agrietada protegía con su sombra de los cortantes rayos del sol. Entrar en la agencia era como entrar en su pasado. Tal vez el tío Geoffrey estaría en la oficina. Deborah no dudaba de que, pese a haber cumplido ya los setenta, estaría tan vigoroso y robusto como siempre. O posiblemente estaría Terry, organizando algún safari de caza. Se preguntó si se habría casado, si habría sentado la cabeza y tendría hijos. ¿O poseería el espíritu inquieto y aventurero de sus antepasados? Deborah recordó lo que su tía había escrito en el diario en 1919: «Sir James me ha dicho que su padre fue uno de los primeros que exploraron el interior del África Oriental británica. Albergaba la esperanza de adquirir fama e inmortalidad haciendo que dieran su nombre a algo, como en los casos de Stanley y Thompson. Por desgracia, lo mató un elefante antes de que ese sueño se hiciera realidad».

«La inmortalidad», pensó Deborah mientras contemplaba el moderno rótulo colocado sobre el gran escaparate de cristal. El sueño de aquel primer e intrépido Donald se había hecho realidad, después de todo.

Entró.



La puerta daba a una oficina decorada con gusto en la que había un mostrador, alfombras y asientos con revisteros. Al cerrarse la puerta, el ruido de Nairobi quedó fuera y Deborah oyó una música suave. Una mujer joven alzó los ojos de la terminal de un ordenador y sonrió.

—¿Se le ofrece algo? —preguntó.

Deborah miró a su alrededor. Las tres paredes estaban cubiertas de murales, vistas panorámicas de los elegantes hoteles Donald y de los paisajes impresionantes que podían contemplarse desde ellos. Encima del mostrador había folletos y prospectos de vivos colores, uno para cada hotel, así como otros que hablaban de diversas excursiones. La joven africana era bonita, iba bien vestida y lucía un peinado complicado. Toda la agencia Donald daba la impresión de prosperidad y riqueza.

—Me gustaría ver al señor Donald, por favor. Dígale que Deborah Treverton pregunta por él.

La joven puso cara de sorpresa.

—¿Cómo dice usted, señora?

—¿El señor Donald no está?

—Lo lamento, señora, pero aquí no hay ningún señor Donald.

—Pero ésta es la agencia turística Donald, ¿no es así? ¿La propietaria del pabellón de safaris Kilima Simba?

—Sí, en efecto, pero no hay ningún señor Donald aquí.

—Quiere decir que está de safari.

—No tenemos ningún señor Donald.

—Pero...

En ese momento una mujer salió de detrás del tabique que separaba la oficina principal de la de atrás. Era asiática y vestía un elegantísimo sari de color rojo vivo; sus cabellos eran negros y espesos, recogidos en un moño.

—¿Busca usted al señor Donald, señora? —preguntó.

—Sí. Soy una vieja amiga.

—Lo siento muchísimo —dijo la mujer con una expresión que daba a entender que lo sentía de veras—. El señor Donald murió hace unos años.

—Oh. No lo sabía. ¿Y su hermano, Ralph?

—El otro señor Donald también murió. Se mataron en un accidente de automóvil en la carretera de Nanyuki.

—¿Se mataron! ¿Iban juntos cuando sucedió?

La mujer asintió con la cabeza, tristemente.



—Fue toda la familia, señora. La señora Donald, sus nietos...

Deborah buscó apoyo en el mostrador.

—No puedo creerlo.

—¿Me permite ofrecerle una taza de té? Quizá le gustaría a usted hablar con el señor Mugambi.

Deborah se sentía aturdida y oyó su propia voz que decía:

—¿Quién es el señor Mugambi?

—El dueño de esta agencia. Tal vez él...

—No —dijo Deborah—. No, gracias —se dirigió apresuradamente hacia la puerta—. No hace falta que le moleste. Yo era amiga de la familia. Gracias. Muchísimas gracias.

Se mezcló entre las numerosas personas que circulaban por la acera y se dejó llevar. Una sensación de náusea se apoderó de ella al pensar que habían muerto juntos, luego se le pasó, dejándola como vacía, como si una parte de ella hubiese muerto.

Anduvo durante lo que le pareció largo rato, cruzando calles llenas de coches, recibiendo bocinazos por cruzar mirando primero a la derecha, mezclándose con mujeres africanas que calzaban zapatos de tacón alto y lucían vestidos a la última moda, pasando por delante de lisiados y mendigos harapientos, haciendo caso omiso de jóvenes insistentes que trataban de venderle brazaletes de pelo de elefante y cestas kikuyu, cruzándose con turistas que caminaban temerosamente en grupos, los brazos entrelazados. Pasó por delante de guardias de uniforme en la puerta de comercios caros, prostitutas altas que lucían grandes aros de oro en las orejas y policías de uniforme mal cortado, y mujeres sentadas en el suelo con niños mal alimentados en los brazos. Por la calle congestionada circulaban limusinas Mercedes-Benz, los cristales ahumados de las ventanillas ocultando a los pasajeros de élite que iban dentro; taxis desvencijados luchaban por el espacio; camionetas de safari llenas de turistas avanzaban a paso de caracol hacia las salidas de la ciudad; pasó un autobús tan repleto, que la gente colgaba de los lados, donde un letrero rezaba LA VIOLENCIA CONTRA LAS MUJERES... ¡VA CONTRA LA LEY!

Deborah apenas se daba cuenta de nada. Recordaba su primera noche en el pabellón de safaris Kilima Simba, cuando no era más que un campamento en la selva y había oído por casualidad cuando su madre le decía al tío Geoffrey que se iba con Tim Hopkins y no quería llevarse a su hija con ella. Aquella noche había llorado en la tienda que compartía con Terry. Y Terry, que a la sazón sólo tenía diez años, había intentado consolarla a su manera, infantilmente.

Finalmente se detuvo al darse cuenta de que había ido a parar al recinto de la Universidad de Nairobi. Dieciséis años antes había recibido allí clases de hombres como el profesor Muriuki. Al bajar por el sendero y ver el hotel Norfolk, se sobresaltó



al pensar que debía de estar andando por donde antes se encontraba la cárcel vieja y que, probablemente, era en ese mismo sitio donde habían matado a Arthur Treverton. Aquella protesta organizada, que Grace describía en su diario, había tenido por objeto expresar el deseo del pueblo de que se creara una universidad africana en Kenia. Irónicamente, el lugar formaba ahora parte del recinto de la Universidad de Nairobi.

Deborah regresó al Hilton.

El coche de alquiler aún no había llegado, así que se acercó al pequeño quiosco de prensa y compró un periódico.

Miró los escaparates de las tiendas que había en la arcada del Hilton. Detrás del cristal aparecían expuestas antigüedades valiosas: Biblias etíopes de la Edad Media; una antiquísima silla árabe para montar en camello; palmatorias de hierro del Congo; collares confeccionados por los toro de Uganda. Las tiendas de *souvenirs* ofrecían «artesanía nativa auténtica», postales, guías y camisetas adornadas con leones, hipopótamos, espinos bajo la puesta de sol. Las tiendas de ropa eran elegantes y caras y ofrecían una amplia gama de «conjuntos para ir de safari» que no existían hacía quince años.

Deborah se detuvo delante de un escaparate. Había un maniquí con un asombroso vestido de incomparable diseño africano que le resultó conocido.

Presa de súbita excitación, entró en la tienda.

La etiqueta indicaba el precio en chelines. Deborah hizo un cálculo y le salieron más de cuatrocientos dólares. Alargó una mano para buscar la etiqueta del fabricante en el cuello. La encontró; decía: «Sarah Mathenge».

— ¿Desea algo, señora?

Al volverse, Deborah se encontró ante la sonrisa esnob de la dependienta asiática. Llevaba un sari de color lavanda y el pelo negro en una larga trenza que le caía sobre la espalda.

— Este vestido — dijo Deborah —, ¿lo ha confeccionado Sarah Mathenge?

— Sí.

— ¿Sabe usted dónde fue confeccionado? ¿En Nyeri, tal vez?

— No, señora. Fue confeccionado aquí, en Nairobi.

— ¿Sarah Mathenge viene aquí muy a menudo?

La joven frunció el ceño.

— Lo que quiero decir es si sabe usted cuándo volverá a verla.

— Lo siento, señora. Nunca he visto a la señorita Mathenge.



—Verá, es que soy una vieja amiga suya. Me gustaría ponerme en contacto con ella.

La expresión ceñuda se disolvió y de nuevo apareció la sonrisa de superioridad.

—Quizá la encuentre en el edificio Mathenge. Allí tiene su oficina principal.

—¡Oficina principal!

—Sí, en el edificio Mathenge. Al salir del hotel, señora, tire hacia la derecha. Está justo enfrente, al lado de los archivos.

—¡Gracias! ¡Muchísimas gracias!

Deborah echó a andar apresuradamente y esta vez se fijó mucho en la multitud que transitaba por la acera, porque le estorbaba.

¡El edificio Mathenge!

Deborah se había imaginado que Sarah confeccionaba sus vestidos en su casa de Nyeri y luego los ofrecía de tienda en tienda. ¡Pero tenía una oficina principal!

Se detuvo en el bordillo y miró hacia el edificio que se alzaba en la acera de enfrente, al lado de los archivos nacionales. Era un edificio alto y moderno, como mínimo de siete pisos, y había un rótulo enorme que decía Edificio Mathenge.

Cruzó rápidamente la calle entre el tráfico, pasó por delante de las tiendas y pequeños negocios que ocupaban la planta baja del edificio, encontró la entrada, que estaba vigilada por un negro uniformado, y entró. Un vestíbulo pequeño, donde se percibía el olor penetrante de algún producto para la limpieza, contenía un indicador de secciones y dos ascensores. Al leer el indicador, Deborah vio con asombro que todo el edificio se encontraba ocupado por las Empresas Sarah Mathenge.

Entró en el ascensor y apretó el último botón; le pareció que el viaje iba a durar eternamente. Pero al final la puerta se abrió en una pequeña sala de recepción donde una joven africana escribía a máquina y hablaba por teléfono al mismo tiempo.

—Quisiera ver a Sarah Mathenge, por favor —dijo Deborah.

—Creo que la señorita Mathenge ha salido y no volverá en todo el día.

—Pero si es muy temprano. Compruébelo, por favor.

La recepcionista descolgó el teléfono, apretó uno de los muchos botones y habló rápidamente en suajili. Alzó los ojos para mirar a Deborah.

—¿Me da su nombre, por favor?

—Deborah Treverton.

La recepcionista repitió el nombre por teléfono, esperó un momento, luego colgó el aparato y dijo:

—La señorita Mathenge saldrá en seguida.



Deborah se dio cuenta de que estaba retorciendo la correa de su bolso. Se preguntó cómo sería Sarah después de tantos años, cómo la recibiría.

«¿Se enfadaría conmigo por desaparecer, por abandonarla tras prometerle que le ayudaría a colocar sus vestidos en los hoteles del tío Geoffrey? ¿Seguirá enfadada conmigo?»

—¡Deborah!

Se volvió. Una puerta sencilla, sin ninguna placa, daba a la pequeña sala de recepción y en ella se encontraba una mujer hermosa, una visión de color y elegancia.

Sarah avanzó hacia ella con los brazos abiertos. Las dos mujeres se abrazaron con la misma naturalidad con que lo hubieran hecho de haberse visto la noche antes.

—¡Deborah! —volvió a decir Sarah, retrocediendo un par de pasos—. ¡Tenía la esperanza de que vinieras a verme! Hace un rato llamé a la misión y me dijeron que no habías llegado anteanoche, como esperaban.

Deborah apenas podía hablar. Sarah seguía siendo su vieja amiga; había cambiado muy poco, exceptuando que su vestido, una creación de tonalidades cobrizas realzadas espectacularmente por negros y púrpuras, era algo que la Sarah de dieciocho años nunca habría podido llevar. La cabeza aparecía cubierta por un turbante del mismo tejido; llevaba unos enormes pendientes de cobre que reposaban sobre sus hombros, y brazaletes, igualmente de cobre, en ambas muñecas. Deborah tenía la sensación de haber vuelto a su pasado feliz.

—¿Sabías que iba a venir a Kenia? —preguntó.

—La misión se puso en contacto conmigo hace tres semanas, cuando mi abuela ingresó en el hospital que hay allí. La madre superiora me dijo que mi abuela preguntaba por ti. Quería saber si yo sabía dónde estabas. Les di el nombre de la Universidad de California que te dio la beca.

—¿Cómo sabías que me había ido allí?

—El profesor Muriuki nos lo dijo. ¡Pero me alegro tanto de verte! ¡No has cambiado nada, Deb! Bueno, puede que un poquito. Se te ve más madura, más sabia. Por poco no me encuentras. Estoy citada en casa del presidente dentro de un rato.

—¡En casa del presidente!

—Soy la modista de la señora Moi —Sarah rió al tiempo que enlazaba su brazo con el de Deborah—. Ven a mi casa conmigo, Deb. Debo hacer algo antes de acudir a la cita. ¡Y la señora Moi puede que me entretenga durante horas! Hablaremos durante el viaje.

Un Mercedes-Benz esperaba junto al bordillo, con un sonriente chófer africano que sostenía abierta la portezuela de atrás. Al subir, Sarah rió y dijo:

—Ahora soy una *wabenzi*, Deb. ¿Qué te parece?



Era la primera vez que Deborah oía esa palabra, pero sus conocimientos de suajili eran suficientes para saber que *wa* significa «gente de».

—Somos una raza totalmente nueva, Deb —dijo Sarah mientras el Mercedes luchaba por encontrar espacio entre el tráfico—. A los que dirigimos Kenia nos llaman miembros de la raza benzi. Es un insulto que la gente vulgar nos lanza. Pero no te dejes engañar, Deb. ¡Ellos también aspiran a ser *wabenzis*.

Permanecieron en silencio unos momentos, sentadas en el suntuoso interior del automóvil, rodeadas por el olor del cuero fino, la música de la radio apagando el grosero ruido de Nairobi.

—No encuentro palabras para decirte cómo me has impresionado, Sarah. Has llegado muy lejos.

—¡Prefiero no pensar en ello! —dijo Sarah, riendo—. Dejo el pasado en el pasado. Y procuro que muy poca gente sepa de las chozas miserables a orillas del río Chania. Pero háblame de ti, Deb. ¿Qué te hizo huir de aquella manera? ¿Por qué no nos escribiste nunca?

Deborah habló entrecortadamente al principio, pero, al mencionar el descubrimiento de las cartas de amor de su madre a David, sus dudas sobre la suerte que había corrido el fruto de su amor, se dio cuenta de que las palabras acudían a ella con una rapidez y una facilidad asombrosas. Al llegar a la parte que hacía referencia a la visita a Wachera y a lo que ésta le había dicho, Sarah se volvió bruscamente.

Pero Deborah se apresuró a añadir:

—No, Sarah. Christopher no es mi hermano. Por algún motivo, Wachera quería hacerme creer que lo era. Y yo lo creí, ¿comprendes? Y habíamos hecho el amor en su choza. No podía soportarlo. Era demasiado inmadura. Lo único que quería era huir y esconderme. Desde luego, no podía seguir viviendo en Kenia. ¡Estaba enamorada de mi propio hermano! Al menos eso creía -acabó contándole a Sarah las respuestas que había encontrado en el diario de su tía, con quince años de retraso.

—Mi abuela —dijo Sarah, mirando los barrios bajos de Nairobi, donde, la calle se convertía en un camino polvoriento y los edificios parecían inclinarse bajo el peso de la pobreza—. Esa vieja estúpida. Siempre les tuvo manía a los blancos, siempre esperó que se fueran de Kenia. Tenía algún sueño loco en el que todos íbamos a volver al pasado en cuanto se fueran los blancos. Supongo que trató de librarse de ti para completar su necia maldición.

El Mercedes tuvo que aflojar la marcha porque había niños jugando en la calle. Sarah se inclinó hacia adelante, abrió la ventanilla del cristal que separaba el asiento delantero del trasero y dijo en suajili al chófer:

—Date prisa, ¿quieres?

Al volver a recostarse en el asiento, miró a Deborah y dijo:



— ¿Así que al final te hiciste médica?

— Sí.

— ¿Estás casada? ¿Tienes hijos?

— No y no.

Sarah enarcó sus finas cejas.

— ¿No tienes hijos? Deb, una mujer debe tener hijos.

Habían dejado atrás el centro de la ciudad y ahora el Mercedes circulaba por una calle arbolada de uno de los distritos ricos. Detrás de los setos y las vallas Deborah podía ver los tejados de casas antiguas y señoriales. Estaban en Parklands, uno de los barrios residenciales más elegantes de Kenia.

— ¿Y tú, Sarah? ¿Estás casada?

— ¡Ni soñarlo! Una de las lecciones que aprendí de mi madre fue no ser la esclava de un marido. Sé lo que sufrió en el campo de detención a manos de los hombres. Sé cómo fui concebida. Aprendí de ella a utilizar a los hombres del modo que ellos siempre han utilizado a las mujeres. Volví las tornas, por así decirlo, y lo encuentro bastante refrescante. Pero tengo amigos especiales. Como el general Mazrui. En estos momentos es uno de los hombres más poderosos del África Oriental, y me conviene cultivar una relación íntima con él.

Sarah miró su reloj y volvió a decirle algo al chófer en tono de impaciencia.

— Me gustaría que conocieras al general Mazrui, Deb. Creo que te impresionará mucho. Esta noche doy una cena en honor del embajador francés; por eso tengo que pasar ahora por casa. Si no estoy constantemente encima del servicio, nunca hacen las cosas como es debido. ¿Vendrás a la cena, Deb?

— Salgo para Nyeri dentro de poco. Tengo una habitación en el Outspan. Y no sé cuánto tiempo le queda a tu abuela.

Sarah se encogió de hombros.

— No he hablado con ella desde hace años. Pero puedes darle recuerdos de mi parte si quieres.

El chófer metió el automóvil en una calzada corta y se detuvo ante una valla metálica. Había letreros de advertencia que con letras grandes decían:

«¡PERROS KALI! ¡NO SE APEE DEL COCHE!»

Y luego un negro de uniforme que llevaba un fusil en la mano salió de una garita y, al ver el coche, abrió la puerta y saludó a su señora.

La calzada cruzaba una gran extensión de césped y flores que despertó la admiración de Deborah. Había más vigilantes, sujetando las correas de perros que ladraban.



—¡Sarah! —exclamó Deborah—. ¡Me has dicho que íbamos a tu casa y no a la del presidente!

—¡Ésta es mi casa! —dijo Sarah cuando el Mercedes se detuvo cerca de la puerta principal.

—¡Parece una fortaleza! —dijo Deborah, mirando la valla coronada por alambre de púas. Parecía rodear toda la propiedad.

—No finjas que tú no vives así también, Deb.

Deborah miró a Sarah con expresión de sobresalto, intrigada, y en ese momento un africano de edad avanzada que llevaba un *kazu* largo y blanco a la antigua usanza abrió la puerta principal. Se mostró muy serio y ceremonioso y Deborah vio con sorpresa que incluso llevaba guantes blancos.

El interior de la casa dejó a Deborah boquiabierta.

Era una de las antiguas mansiones coloniales que en otro tiempo utilizaran a modo de refugio los colonos aristocráticos, como los abuelos de Deborah, cuando acudían a Nairobi para la semana de las carreras. Pero no había retratos de la reina Victoria ni del rey Jorge, ni espadas regimentales en la pared; tampoco se veía ninguna bandera británica ni ninguna cabeza de animal disecada y montada. Deborah pensó que era como si Sarah hubiera tomado una escoba para barrer todos los vestigios del imperialismo colonial y los hubiese sustituido por... África.

Alfombras de punto cubrían relucientes suelos de baldosas rojas; los sofás de cuero aparecían protegidos por mantas procedentes de la India; y sobre las sillas de junquillo había cojines confeccionados por el método «batik». Las paredes se encontraban totalmente cubiertas por máscaras africanas colgadas con cuidado, talladas y pintadas, algunas de ellas antiquísimas, representando las tribus y las naciones del continente. Deborah reconoció muchos de los objetos que decoraban la habitación: calabazas samburu, un tocado masai confeccionado con una melena de león, muñecas turkana, una calabaza pokot, lanzas, escudos y cestas. Era como un museo.

—Hace unos diez años me di cuenta —explicó Sarah, invitando a Deborah a sentarse— de que la cultura africana estaba desapareciendo rápidamente. Se estaban olvidando tantas cosas; las antiguas artesanías ya no eran transmitidas a las nuevas generaciones; y se estaban abandonando antiguas ceremonias. De modo que empecé a coleccionar ciertos artículos que sabía que algún día tendrían mucho valor.

Sarah dijo algo al criado anciano, luego se sentó en un sofá de cuero y cruzó las piernas. Pero su postura era rígida; parecía una mujer en movimiento incluso cuando se encontraba sentada y quieta.

—Es una colección preciosa, Sarah.

—La he hecho tasar. Vale casi un millón de chelines.



— ¿Por esto tienes vigilantes y perros?

—No, no. Los vigilantes y los perros los necesitaría aunque en la casa no hubiera nada. Los vigilantes y los perros están para impedir que entren delincuentes. Pero gracias a mi amistad especial con el general Mazrui, estoy completamente fuera de peligro aquí. Pero, sólo para estar segura, cada mes pago un *magendo* a la policía local.

Deborah no comprendía.

— ¿Delincuentes?

— ¡Sin duda también los tenéis en Norteamérica! —dijo Sarah, riendo sonoramente. Miró su reloj y luego miró hacia la cocina—. En todas las partes del mundo hay delincuencia, Deb. Tú lo sabes. En Kenia tenemos nuestras bandas de delincuentes. Es debido a la elevada tasa de desempleo. Según la cifra oficial, hay un noventa por ciento de parados. Nairobi está llena de jóvenes parados e inquietos. ¿Los has visto?

Deborah los había visto. Circulaban en parejas o grupos, jóvenes vestidos de modo bastante decente, llenos de educación y energía, sin ningún lugar adonde ir, sin empleos para ganarse la vida.

—Atacan las residencias particulares —explicó Sarah—. Un grupo de veinte o treinta escoge una casa y la asaltan en plena noche con garrotes y arietes. La semana pasada, sin ir mas lejos, al vecino de al lado le despertó el ruido de un ataque. Consiguió meter a su esposa y a sus hijos en un armario del piso de arriba y allí se quedaron esperando mientras abajo les limpiaban la casa.

— ¿No podía haber llamado a la policía?

— ¿De qué le hubiera valido? Sencillamente se niega a pagar *magendo*.

— ¿Magendo?

Sarah frotó los dedos unos con otros.

—Un soborno. El dinero es la única lengua que la gente comprende hoy día. Y el dinero es la única forma de sobrevivir.

Dio una fuerte palmada y dijo:

— ¿Por qué tardará tanto ese viejo tonto? ¡Simón! *Maraka!*

El anciano del *kanzu* apareció en ese momento con el carrito del té. Bajo la mirada vigilante de Sarah sirvió el té de una tetera de plata con toda la finura de un criado de los viejos tiempos y Deborah se preguntó si alguna vez habría trabajado para un amo británico. También le sorprendió que Sarah hubiera adoptado el sistema.

Sarah invitó a Deborah a servirse del contenido de las bandejas de emparedados y galletas, frutas y quesos, y dijo:

— ¿Cuánto tiempo vas a estar en Kenia, Deb?



—No lo sé. ¡Hace cuatro días ni siquiera sabía que iba a venir!

—¿Cómo es tu vida en California? ¿El ejercicio de la medicina te resulta provechoso?

En ese momento una joven con uniforme de doncella entró en la habitación y se quedó esperando. Al verla, Sarah le hizo una señal para que se acercase y le dijo a Deborah que la dispensara un momento mientras echaba un vistazo al papel que la doncella tenía en la mano.

—No, no —dijo Sarah con cierta impaciencia—. ¡Dile al cocinero que la sopa fría tiene que ser de pepinos y no de puerros! Y el Cabernet Sauvignon en lugar del Chardonnay —Sarah hablaba en suajili y Deborah escuchaba—. La disposición de los invitados me parece bien, excepto... —tomó el lápiz de la doncella y escribió algo en el papel—. Pon al obispo Musumbi a la derecha del embajador. Y al general Mazrui aquí, al lado del ministro de Asuntos Exteriores. Y dile a Simón que los bailarines tienen que estar reunidos y listos para actuar a las nueve en punto.

Cuando la doncella se hubo ido, Sarah volvió a pedirle disculpas a Deborah.

—Si no estoy siempre encima de ellas, no hacen nada a derechas. ¡Estas chicas campesinas son tan lentas!

Deborah se dio cuenta de que miraba con curiosidad a su vieja amiga, preguntándose si aquella elegante dama de sociedad de Nairobi era la misma Sarah que una vez, descalza y sentada en la orilla del Chania, había deseado una minifalda. Deborah tuvo la sensación de que la mansión colonial se movía a su alrededor, como si también ella se sintiera incómoda de pronto.

—¿Nunca te sientes sola, Sarah, viviendo en esta casa tan grande?

—¡Sentirme sola! ¡Deb, no tengo tiempo para sentirme sola! En mi casa siempre hay algo en marcha... casi todas las noches. Y los fines de semana me los llenan los invitados. Y durante las vacaciones me visitan mis hijos, por supuesto.

—¡Hijos!

—Tengo dos chicos y tres chicas. Los chicos están estudiando en Inglaterra y las chicas en Suiza.

—Pero me dijiste que nunca te habías casado.

—¡Qué provinciana eres, Deb! Te tenía por una mujer liberada. Una mujer no necesita casarse para tener hijos. Yo quería tenerlos, pero no quería un marido. Verás, Deb, el varón keniano es muy machista. Si me casara con uno, me vería convertida en su sirvienta. ¡Hasta podría apoderarse de mi negocio! Mis hijos son de cinco padres diferentes. Quise que fuera así. Y ahora se están educando en Europa. Cuando vuelvan a Kenia, tendrán asegurado un puesto en la buena sociedad.

Deborah contempló su té. Algo iba mal. Sarah parecía tan dura, tan competitiva. Hablaba de la liberación de la mujer y usaba palabras como «machismo» y había



adoptado el sistema de amo y sirviente que en otro tiempo denunciara. Al verla salir por aquella puerta sencilla en el Edificio Mathenge, Deborah había experimentado un alivio muy grande porque su vieja amiga parecía no haber cambiado ni pizca. Pero ahora, llena de tristeza, se daba cuenta de que Sarah sí había cambiado. A cada minuto que pasaba, la mujer que tenía delante iba transformándose en una desconocida.

En otra habitación sonó un teléfono y a los pocos momentos entró Simón y le dijo algo a su señora en voz baja. Sarah le contestó en suajili, por lo que Deborah la entendió:

—Diles que voy para allí.

Pero Deborah necesitaba saber algo primero, antes de salir de la casa de Sarah.

—¿Qué sucedió cuando me fui? —preguntó—. ¿Qué hiciste?

—¿Qué podía hacer, Deb? ¡Sobrevivir! Al principio usé el dinero de mi abuela para comprar la máquina de coser vieja de la señora Dar. Hice unos cuantos vestidos y los ofrecí a las tiendas de Nairobi. Pero cuando se me terminó aquel dinero —hizo una pausa para dejar la taza en su platillo con gesto elegante, medido—, no tuve más remedio que acudir de nuevo a los banqueros de Nairobi, los que estaban dispuestos a tratar conmigo a cambio de ciertos «favores». Y al cabo de un tiempo, Deb, comprendí que no era tan terrible. ¡Qué estupidez es el orgullo!

Sarah hizo otra pausa, miró su reloj y luego continuó:

—Al final, el éxito empezó a sonreírme. Compré las empresas más pequeñas que la mía y de esta forma reduje la competencia. Cuando vi que confeccionar vestidos para la típica secretaria de Nairobi no era rentable, lo dejé correr y me puse a diseñar originales, que me dieron mucho más dinero. Resultó una jugada muy ventajosa para mí —Sarah hacía girar una y otra vez los brazaletes de cobre de la muñeca—. Ahora mis vestidos se venden en todo el mundo. Hay una tienda en Beverly Hills que los vende, y otra en los Champú-Élysées de París.

—Me alegro por ti —dijo Deborah con voz queda.

—¿Y tú has tenido éxito, Deb? Me parece recordar que tenías una idea bastante curiosa... que pensabas dirigir la misión de tu tía cuando ella se fuese. ¡Espero que te lo quitaras de la cabeza!

—Ejerzo con otro cirujano. Nos va bien.

Se sumieron en un silencio embarazoso, evitando mirarse a los ojos. Finalmente Deborah le preguntó por Christopher.

—Le va bien —dijo Sarah bastante a la ligera, y seguidamente preguntó por la madre de Deborah.

Deborah no le dijo la verdad: que se había sentido tan mal quince años antes, creyendo haber hecho el amor con su hermano -se había puesto tan furiosa con su



madre por no haberle dicho nunca la verdad-, que había escrito una carta terrible a su madre, una carta llena de odio en la que desahogaba toda su amargura. Dos semanas después había recibido la respuesta por correo, pero la había roto en pedacitos sin leerla. Después había recibido varias cartas más de Australia, y las había tirado todas sin abrirlas, hasta que finalmente dejaron de llegar.

—Sarah —preguntó Deborah—, ¿tú sabes por qué tu abuela pregunta por mí?

—No tengo la menor idea. Probablemente quiere hacer el numerito de los huesos de pollo delante de ti o algo por el estilo —Sarah se levantó, grácil y majestuosa, como una reina dando por terminada una audiencia—. Lo siento, Deb. Pero de veras tengo que irme. ¿Estás segura de que no vendrás esta noche?

—Segurísima. Tengo que ir a Nyeri —al llegar a la puerta, Deborah se detuvo para mirar a aquella desconocida que en otro tiempo había sido como una hermana para ella—. ¿Dónde está Christopher, Sarah? ¿Alguna vez recibes noticias tuyas?

—¿Que dónde está? Déjame ver. ¿A qué día estamos? Me imagino que estará en Ongata Rongai.

—¿Quieres decir que está en Kenia?

—Por supuesto. ¿En qué otra parte iba a estar?

—Busqué su nombre en la guía de teléfonos y...

—Aparece con el nombre de su clínica. Wangari. El tonto de mi hermano encontró a Jesús hace unos años, después de morir su esposa. Ahora es predicador laico además de médico. Hace obras de caridad entre los masai. ¡Como si fueran a agradecerse alguna vez! Le tengo dicho que sólo conseguirá perder el tiempo.

El silencio descendió sobre ellas, como si saliera de detrás de las máscaras africanas, de debajo de los viejos tambores tribales, de calabazas y de faldas de hierba que se usaban para la *irua*. Deborah se imaginó que la mansión colonial volvía a moverse, como si se sintiera tan desconcertada y perdida como ella y como si los pasos susurrados de los numerosos e invisibles sirvientes de Sarah dijeran:

«El pasado ha muerto, el pasado ha muerto...»



CAPÍTULO 63

El chófer de Deborah era un somalí amistoso que se llamaba Abdi y vestía pantalones y una camiseta con la imagen de los Beach Boys; cubría su cabeza una gorra de punto de color blanco lo que quería decir que era un musulmán que había hecho la peregrinación a La Meca

—¿Adonde vamos, señorita? —preguntó mientras colocaba la maleta en el maletero del Peugeot pequeño y blanco.

—A Nyeri. Al hotel Outspan —Deborah hizo una pausa. Luego dijo—: Primero me gustaría detenerme en Ongata Rongai. Es un poblado masai. ¿Sabes dónde está?

—Sí, señorita.

Tardaron cierto tiempo en abrirse paso entre el tráfico congestionado y llegar a una de las carreteras principales que salían de la ciudad. Deborah iba en el asiento de atrás, contemplando Nairobi.

Se preguntó cuántos habitantes habría ahora en la ciudad; le parecía que muchos más que al irse. Y se veían tan pocas caras blancas entre la corriente incesante de transeúntes, que se preguntó cuántas personas formarían ahora la pequeña minoría blanca.

Debido a un accidente de tráfico delante de ellos, permanecieron detenidos algunos minutos en la avenida Harambee, enfrente del Centro de Conferencias Kenyatta. Deborah pudo observar con mayor atención el nuevo y bello edificio, y vio lo que las postales no mostraban: las señales de descuido, la falta de reparación y mantenimiento, la sordidez general de lo que por lo demás era una notable obra arquitectónica. Como en toda la ciudad, vio allí a la gente de la calle: lisiados y mendigos; niñas pequeñas con bebés famélicos en brazos. Pero en el otro lado de la valla, en el aparcamiento del centro, había filas de limusinas relucientes.

Abdi tomó la avenida Haile Selassie y la siguió hasta la calle Ngong, por la que acabaron saliendo de la densa ciudad y entrando en el campo, cada vez menos urbanizado y más rural. No tardaron en entrar en Karen, que era un distrito de cultivos verdes, bosques y casas de gente rica. Mientras circulaban velozmente por carreteras llenas de grietas y baches, Deborah contemplaba las casas coloniales que se alzaban detrás de la protección de los árboles, con vallas altas y vigilantes de uniforme.



Aparecieron luego las *shambas* sencillas, donde las mujeres trabajaban con la espalda doblada. En otros tiempos aquellas vastas hectáreas habían pertenecido a agricultores europeos; ahora estaban divididas en parcelas propiedad de africanos, pequeñas como un sello de correos.

Al pasar junto a un grupo de minibuses turísticos aparcados ante lo que parecía una *shamba* vulgar y corriente, Deborah preguntó a Abdi qué era.

El somalí aflojó la velocidad del Peugeot y dijo:

—La sepultura de Finch Hatton. ¿Ha visto usted *Memorias de África*, señorita? ¿Quiere pararse?

—No, no, sigue, por favor.

Volvió la cabeza para mirar a los turistas que se arremolinaban alrededor de la sepultura con las cámaras y pensó que, al parecer, la necesidad de peregrinar era un rasgo universal del hombre.

La carretera bajaba, cruzaba la selva y salía luego por un sitio donde había hectáreas y hectáreas de granjas diminutas, cruzando poblados ruinosos y pasando por delante de «tabernas» de carretera, estructuras cuadradas construidas con hojalata y cartón, donde había grupos de hombres ociosos con botellas en las manos.

Deborah se puso a pensar en esa inexplicable sensación de encontrarse en una tierra extraña; era como estar en un país que nunca antes hubiese visitado. ¿Era realmente posible que en quince años hubiera olvidado la pobreza de Kenia, la brutalidad de las distinciones sociales, las masas de mujeres y niños que apenas comían lo suficiente para subsistir? ¿Acaso la ausencia de quince años había pintado una pátina engañosa sobre las realidades más desagradables del África Oriental, como hacían las guías para turistas?

Llegó por fin a Ongata Rongai, que era un poblado masai de casas destartaladas y callejas cubiertas de barro. De cara a la carretera se hallaba el «centro de la ciudad», típico de los poblados kenianos: toscas estructuras de madera con tejados de cinc, pintadas de horribles tonalidades turquesa y rosa, una de ellas con un rótulo que decía:

SALÓN Y HOTEL MATHARI, CARNICERÍA Y PIENSOS PARA ANIMALES.

Algunos viejos haraganeaban cerca de los sombríos umbrales o se encontraban sentados en el suelo, vestidos prácticamente con harapos. El poblado propiamente dicho era un grupo desordenado de casuchas, muchas de ellas sin puertas ni ventanas, orientadas todas hacia el lecho de un río, donde las vacas se encontraban en el agua llena de excrementos, con la que las mujeres masai llenaban calabazas para beber. Reinaba en el lugar una atmósfera general de derrota y desesperanza.

Mientras, Abdi maniobraba el Peugeot entre chozas de piedra y restos oxidados de automóviles abandonados, seguido por chiquillos desnudos con la cara cubierta de moscas, brazos y piernas delgados como cerillas, los vientres hinchados por la mala



nutrición. Los chiquillos miraban fijamente a la mujer blanca que iba en el coche con ojos demasiado grandes para sus cabezas.

Al encontrar lo que andaba buscando, Deborah dijo:

—Para aquí, por favor.

Tras parar el motor, Abdi se apeó y dio la vuelta al vehículo para abrirle la portezuela. Pero Deborah meneó la cabeza. Intrigado, Abdi volvió a colocarse detrás del volante y esperó.

Deborah miraba un edificio de piedra en cuyo tejado de hierro había una cruz de madera. Aparcado enfrente vio un Land-Rover con unas letras en un lado que decían: Clínica Wangari. La obra del Señor. Sarah le había dicho que Wangari era el nombre de la esposa de Christopher. Pensó que él debía de estar dentro del edificio porque la multitud que esperaba en el exterior se encontraba de cara a una puerta cerrada. Deborah se quedó observando la puerta, sin atreverse a parpadear por miedo a que se esfumara.

Finalmente la puerta se abrió y el corazón de Deborah dio un salto al ver al hombre que salió por ella.

No había cambiado en absoluto. Christopher caminaba con la misma gracia que en su juventud; su cuerpo seguía siendo esbelto y sus movimientos revelaban un poder masculino oculto. Llevaba unos tejanos y una camisa y de su cuello colgaba un estetoscopio. Cuando se volvió, Deborah vio los reflejos del sol en la montura de oro de sus gafas. La multitud avanzó al verle. Fue entonces cuando Deborah se fijó en que todos los niños llevaban algo en las manos. Algunos sostenían escudillas; muchos sujetaban con fuerza botellas vacías; y vio con sorpresa que algunos tenían unos objetos que parecían tapacubos. Descubrió en seguida el motivo al ver que del edificio sacaban grandes peroles y los colocaban sobre una larga mesa de madera. Los niños se alinearon de una forma extrañamente silenciosa y ordenada, mientras sus madres, casi todas ellas con bebés a cuestas, se colocaban respetuosamente a un lado.

Un joven africano que estaba sentado en el suelo, con las piernas cruzadas, tocó un acorde con su guitarra y se puso a cantar, y entonces empezaron a dar de comer a los niños.

Era una escena sobrenatural. No había empujones ni rivalidad, ni el menor asomo de codicia. Sólo la tarea silenciosa de servir una especie de potaje de maíz en los recipientes que traían los pequeños. Mientras servían la comida, los ayudantes cantaban al unísono con el guitarrista -un himno suajili que Deborah reconoció- y Christopher, ayudado por una enfermera, empezó a examinar a los pacientes.

La enfermera era africana, joven y bonita, y también ella cantaba mientras hacía su trabajo.

Abdi miró a su pasajera por el espejo retrovisor.



— ¿Quiere irse ahora? — preguntó.

Deborah alzó la mirada.

— ¿Cómo dices?

Abdi dio unos golpecitos en su reloj.

— ¿Nos vamos a Nyeri ahora, señorita?

Deborah volvió a mirar por la ventanilla. Pensó en apearse del coche, acercarse a la clínica y saludar a Christopher. Pero algo la retuvo en su sitio. Todavía no estaba preparada para presentarse ante él.

— Sí — dijo —. Ahora nos vamos a Nyeri.

* * *

La carretera de Thika atravesaba una llanura en la que había gran número de pequeños cultivos. En un momento dado, Deborah vislumbró una mezquita pequeña y modesta entre unas acacias. Más allá había algunas industrias: Cervecerías Kenia, Neumáticos Firestone, fábricas de papel, curtidos y conservas. Curiosamente, algunas parecían abandonadas.

Cables de teléfonos y de electricidad seguían la carretera; había estaciones de servicio de la Shell y anuncios de Coca-Cola. Un anuncio de cigarrillos Embassy King decía: SAFIRI KWA USALAMA («Conduce en paz»). La carretera era un río de automóviles: Audis, Mercedes, Peugeots. Muchos llevaban una pegatina que decía YO AMO A KENIA en el parachoques. Pasaban *matatus*, vehículos para nueve pasajeros en los que se hacinaban quizá veinte o más personas, avanzando trabajosamente. Junto a la carretera, otro letrero decía: CUIDADO AL CONDUCIR: VEINTICINCO PERSONAS MURIERON AQUÍ EN MAYO DE 1985.

Inesperadamente, Abdi salió de la carretera y detuvo el coche en el aparcamiento del hotel Blue Posts.

— ¿Por qué nos paramos aquí? — preguntó Deborah.

— Un lugar muy histórico, señorita. Todos los turistas se paran aquí.

Deborah miró el edificio viejo y bajo que era apenas una sombra de su gloria colonial de antaño. En otro tiempo el Blue Posts había sido lugar de recreo para colonos blancos. Ahora había carteles anunciando cuellos de pollo a la parrilla y barbacoa de costillas de cabra.

— No quiero detenerme aquí — dijo Deborah —. Sigamos hasta Nyeri.

Abdi la miró con expresión divertida, luego se encogió de hombros y volvió a tomar la carretera. De vez en cuando miraba a su pasajera por el retrovisor.

Puso la radio. Dieron un breve anuncio sobre un producto para aclarar la piel llamado Mona Lisa y luego un locutor de La Voz de Kenia dijo:



—Nuestro amado presidente, el honorable Daniel Arap Moi, ha dicho hoy que el gobierno se esfuerza por colocar la asistencia sanitaria al alcance de todos los kenianos antes del año 2000.

Deborah recordó el poblado de Ongata Rongai, los niños famélicos y enfermos, la suciedad, las moscas, y pensó en Christopher, que intentaba introducir un poco de esperanza, un poco de alivio, en aquellas vidas miserables. Pensó en Sarah, que cruzaba las turbulentas calles de Nairobi a bordo de su Mercedes con chófer, y pensó también en los mendigos sentados a la sombra del ostentoso y mal cuidado centro de conferencias. Deborah se dio cuenta de que era como si dos mundos completamente distintos ocupasen el mismo espacio.

Dio unos golpecitos en el hombro de Abdi, señaló la radio y dijo:

—Si no te importa.

—Oh, perdone, señorita —cerró la radio, se sacó el tallo de una hoja de *miraa* del bolsillo de la camisa y se lo metió en la boca. Aunque la *miraa* era considerada un estimulante, Deborah sabía que en realidad servía para levantar el ánimo y los keniatas la masticaban porque les ayudaba a soportar sus problemas.

El Peugeot avanzaba velozmente entre kilómetros y kilómetros de tierras de labranza. Había mujeres en los campos y mujeres transportando cargas pesadas sobre sus espaldas por los caminos. Deborah se fijó en que casi todas estaban embarazadas o llevaban un bebé a cuestas. Había mujeres en los cruces con niños colgados de sus faldas; otras caminaban con paso cansino por el borde de la carretera, donde unos tenderetes vendían verduras. Las había también en los estanques sucios donde estaban las vacas, inclinadas para llenar las calabazas. Otras se encontraban de pie en las paradas de autobús, esperando los *matatus* que ya iban peligrosamente sobrecargados. Deborah pensó que más allá de los límites de Nairobi, Kenia era una nación de mujeres y chiquillos.

—Pronto llegarán las lluvias —dijo Abdi, interrumpiendo sus pensamientos.

Deborah miró el cielo azul.

—¿Cómo lo sabes?

—Mamas en los campos, cavando.

Deborah se había olvidado, pero ahora recordó que las mujeres en las *shambas* eran unos barómetros muy seguros. Aunque no hubiese ni una nube en el cielo ni se notara presagio alguno de lluvia en el aire, una podía tener la seguridad de que se aproximaban las lluvias al ver a las mujeres trabajando afanosamente la tierra.

«Pronto llegarán las lluvias».

¿Cómo podía habersele olvidado? De niña se había acostumbrado al ritmo de los períodos de lluvia y de sequedad y había aprendido a presentir el cambio como las mujeres africanas. Pero había perdido esa intuición en California, donde había



experimentado sus primeros veranos de verdad seguidos de otoños de tonalidades castañas y doradas, gélidos eneros y primaveras floridas.

«¿Qué más habré perdido?», se preguntó mientras contemplaba los campos de maíz y de té.

El paisaje empezó a cambiar y una ansiedad creciente se apoderó del corazón de Deborah. La carretera recta y lisa fue estrechándose y empezó a serpentear mientras subía entre colinas cubiertas de lujuriantes rectángulos de tierra de labranza. Al acercarse al monte Kenia, también Deborah vio las oscuras nubes de lluvia que comenzaban a extenderse por el cielo.

—Llegaremos a Nyeri pronto, señorita —dijo Abdi, cambiando de marcha para adelantar a un camión de cerveza Tusker.

Sufrieron un retraso por culpa de un accidente de carretera. Al pasar lentamente el Peugeot por la caótica escena del accidente, Deborah miró a los policías y a los indiferentes hombres de las ambulancias y vio que una enorme multitud de mujeres y niños contemplaba los retorcidos restos de cuatro automóviles. Pensó en el tío Geoffrey y en el tío Ralph.

«Toda la familia se mató...»

De pronto se acordó de otro accidente, ocurrido el año anterior en San Francisco. Era la noche en que se inauguraba la temporada de ballet. Actuaba Baryshnikov y las entradas estaban agotadas desde hacía meses. Jonathan, valiéndose de su influencia, había conseguido unas entradas de palco y una invitación al banquete que se celebraría después. Llevaban semanas esperando con ilusión que llegara la gran noche y Deborah se había comprado un vestido especialmente para la ocasión. Jonathan la había recogido en su piso y habían llegado ya al cruce de Masón con Powell cuando presenciaron el accidente. La calzada estaba resbaladiza a causa de la lluvia y un automóvil derrapó y fue a chocar con un coche de teleférico.

Con la misma tranquilidad con que hubiera organizado una merienda campestre, Jonathan se había hecho cargo de la situación, separando los heridos de los muertos, dando órdenes a los enfermeros que acudieron al lugar, tranquilizando a las víctimas, ensuciándose el esmoquin, utilizando la bufanda blanca a guisa de venda, poniendo orden en el caos para facilitarles las cosas a los policías y los sanitarios, trasladándose al hospital en una de las ambulancias. Deborah había trabajado con él y entre los dos habían salvado vidas y atajado los brotes de histeria. Aquella noche se perdieron el ballet y el banquete, y a Deborah se le estropeó el vestido nuevo. Pero tuvo la impresión de haber sido compensada más que generosamente, porque se había enamorado de Jonathan.

En las afueras de Nyeri pasaron por delante de una escuela para niñas. Deborah había estudiado en ella cuando era pequeña. Se preguntó si la señorita Tomlinson seguiría siendo la severa directora, y luego se dijo que seguramente la escuela ya habría sido africanizada. La directora sería una mujer negra. Deborah forzó la vista



para ver algo cuando pasaron por delante de la escuela. Los edificios y los jardines parecían descuidados y entre las estudiantes que se encontraban en los polvorientos campos de juego no vio ni una sola cara blanca.

Finalmente, vio un letrero grande y descolorido que se alzaba junto a un camino de tierra: COOPERATIVA AFRICANA DE CAFÉ, DISTRITO DE NYERI.

La antigua plantación Treverton.

—Métete allí, por favor —dijo al chófer. El camino de tierra seguía el curso del río Chania, que pasaba por un barranco a la izquierda del coche. Al llegar al punto donde empezaba la plantación, Deborah dijo—: Por aquí, por favor —y Abdi desvió el coche hacia un lado. Al enmudecer el motor, un silencio impresionante les envolvió.

Deborah miró fijamente por la ventanilla. La plantación estaba exactamente tal como la recordaba. Pulcras hileras de cafetos cargados de bayas verdes cubrían dos mil hectáreas de terreno suavemente ondulado. A su derecha, en el horizonte, el monte Kenia se alzaba de la tierra llana hasta alcanzar un pico perfecto, «como un sombrero chino», había escrito Grace en su diario. A la izquierda de Deborah estaba Bellatu, que parecía restaurada y llena de vida.

Deborah se apeó del coche y dio unos pasos por el camino de tierra. Se volvió de espaldas al viento que presagiaba lluvia y miró la casa grande.

¿Quién la habrá comprado? ¿Quién vivirá ahora en ella?

Entonces vio que alguien salía por la puerta principal y se detenía un momento en la galería. Era una monja católica que vestía el hábito azul de la orden que se había hecho cargo de la Misión Grace.

¿Sería Bellatu una residencia para hermanas? ¿Quizá un convento?

Deborah se volvió, cruzó el camino hasta un risco cubierto de hierba y miró hacia el otro lado de un barranco ancho por cuyo fondo pasaba el Chania. Ahora estaba completamente desforestado; la tierra aparecía afeitada y cubierta de cicatrices, dividida en humildes *shambas*. Vio las chozas de barro y las mujeres trabajando en los campos.

Forzando los ojos para mirar hacia abajo, Deborah pudo ver el campo de rugby, que en otro tiempo había sido de polo, donde en ese momento jugaban dos equipos de muchachos africanos. Intentó imaginarse a su abuelo, el gallardo conde, montado en su poney y cabalgando hacia la victoria.

Junto a la valla metálica había un hogar modesto consistente en pulcras parcelas de verduras, un corral para cabras y cuatro chozas de barro con techo de cinc. Unas mujeres con bebés trabajaban la tierra. Deborah se preguntó quiénes serían.

Finalmente miró hacia el Chania y vio un fantasma en la orilla: el joven Christopher, los ojos escondidos detrás de las gafas de sol. Le pareció que por encima



del agua sonaba una risa fantasmagórica, la risa de una Sarah más amable, más inocente.

Sintió grandes deseos de volverse de espaldas a la dolorosa escena.

Pero estaba clavada en aquel lugar, en la tierra roja que sus pies descalzos habían conocido tan bien cuando era niña. Se estremeció. El viento alzó los cabellos, recogidos detrás del cuello y cayéndole sobre la espalda. Le pincharon las mejillas, revolotearon enfrente de sus ojos. Se los apartó con la mano y continuó de pie en el risco cubierto de hierba.

La tierra seguía siendo tan bella, el aire tan terso y puro y tan lleno de la magia que la había nutrido en una tierna edad. Deborah volvía a sentirse como una niña pequeña, corriendo libremente por la orilla del río, enamorada de África, sin más compañía que una familia de monos y un par de nutrias. No había fealdad ni pobreza en aquel mundo; aquella Kenia era un lugar burbujeante y lleno de fantasía. Y a aquel país había esperado volver Deborah, para encontrar el principio y empezar de nuevo, esperando también encontrarse a sí misma.

Pero, al parecer, aquella Kenia ya no existía y Deborah empezaba a preguntarse si había existido alguna vez. Y si no podía empezar de nuevo desde el principio, ¿cómo encontraría sus raíces, las pistas que la ayudarían a estar en paz consigo misma?

Finalmente miró hacia la misión, donde una vieja hechicera yacía moribunda.



CAPÍTULO 64

Comprobó con sorpresa que la dirección del hotel Outspan la instalaba en Paxtu Cottage, el último hogar de lord Baden-Powell, fundador de los Boy Scouts.

En su bungalow, consistente en un dormitorio, sala de estar, dos chimeneas y dos cuartos de baño, el jefe de los exploradores había vivido sus últimos años y había muerto. Estaba enterrado en Nyeri, en una sepultura de cara al monte Kenia, en el mismo cementerio donde reposaba sir James Donald. El hotel estaba lleno hasta los topes, según le había explicado el director. Normalmente, la casita de Baden-Powell no la utilizaban, pues era un venerado monumento nacional. Pero no tenían ninguna otra habitación libre. El director era el señor Che Che y Deborah se preguntó si sería descendiente del mismo Che Che que había guiado la carreta de bueyes de su tía desde Nairobi hacia ahora sesenta y nueve años.

Paxtu Cottage se hallaba situado entre suaves pendientes cubiertas de césped verde con un perímetro de selva. Era un lugar aislado y silencioso y Deborah se alegró de que se lo hubiesen asignado. El empleado del hotel le llevó la maleta y mientras apartaba las cortinas, revelando una galería espaciosa y una vista del monte Kenia, Deborah echó una ojeada a las fotos y cartas históricas que aparecían cuidadosamente conservadas y enmarcadas en las paredes. Baden-Powell había bautizado el lugar con el nombre de Pax, que era su hogar ancestral en Inglaterra; Deborah se preguntó si habría seguido el ejemplo de Bellatu, que se encontraba cerca de allí.

Como ya había pasado la hora del almuerzo y los grandes grupos de turistas ya habían llegado, comido y vuelto a irse montaña arriba para pasar la noche en Treetops, el comedor y la terraza panorámica aparecían silenciosos y casi vacíos. Se sentó a una mesa y se puso a contemplar el monte Kenia, cuyos picos de carbón vegetal se recortaban sobre nubes de acero y parecían burlarse de su regreso al África Oriental. Un camarero de hablar sosegado, pantalones negros y chaqueta blanca le trajo una tetera y señaló una mesita en la que había pastas y emparedados.

A pesar de la «africanización» y la «kenianización» como iniciativas oficiales del gobierno para borrar los vestigios coloniales del país, Deborah pensó que esa clase de tradiciones estaban demasiado arraigadas. Había visto servir el té de las cinco también en el Hilton y no le cabía la menor duda de que, como muchas otras



costumbres británicas de los tiempos coloniales, el té de las cinco y los camareros con guantes blancos perdurarían.

— ¡Que me cuelguen si no es Deborah Treverton!

Deborah alzó los ojos, sobresaltada, y vio que un desconocido la estaba mirando fijamente.

Le devolvió la mirada y luego dijo:

— ¿Eres Terry?

El hombre se le acercó con la mano extendida.

— ¿Eres Terry? — volvió a decir ella, incrédula, creyendo que veía un fantasma. Pero la mano que apretó la suya pertenecía a un hombre muy vivo.

El hombre tomó una silla y se sentó.

— ¡Menuda sorpresa! Te he visto aquí sentada y me he dicho: «¡Que me aspen si esa mujer no se parece muchísimo a Deborah Treverton!» Y luego me he dicho: «¡Es ella!».

Deborah siguió mirándolo fijamente, incapaz de pronunciar palabra. Terry estaba igual a como ella lo recordaba, sólo que su parecido con el tío Geoffrey era todavía mayor, en el rostro tostado por el sol, en el aire de confianza en sí mismo. Terry Donald era un hombre muy atractivo, vestido con su camisa de algodón beige, el suéter de color verde oliva, los pantalones cortos, los calcetines hasta las rodillas y las botas. Los cabellos de color castaño oscuro aparecían mucho más claros de lo que ella recordaba, sin duda por efecto de muchos años de sol, y los ojos eran más azules.

— ¡Dios mío, Deb! ¡No puedo creer que seas tú! ¿Cuánto tiempo ha pasado?

El camarero se les acercó.

— *Nataka tembo baridi, tafadhali* — le dijo Terry, pidiéndole una cerveza —. ¿Cómo es que nunca me escribiste, Deb? ¿Acabas de llegar o llevas ya mucho tiempo en Kenia?

— Te creía muerto — fue lo único que Deborah pudo decirle.

Terry rió.

— ¡Ni pensar! En serio, Deb. Me parece recordar que en el entierro de tu tía dijiste que no irías a Norteamérica, después de todo. Y al día siguiente fuiste. ¿Qué pasó?

Deborah trató de recordar. El entierro de Grace. Había decidido no aceptar la beca y seguramente se lo había dicho a todo el mundo. Sonrió forzosamente.

— Cambiar de idea es prerrogativa de la mujer. Al final me fui a California.

— ¿Es ésta la primera vez que vuelves a Kenia?



—Sí —Deborah le miró, todavía bajo los efectos de la sorpresa. ¡Cuántos recuerdos le despertaba Terry!—. No lo entiendo, Terry. De veras que te creía muerto. En la agencia me dijeron que tu familia se había matado en un accidente de automóvil.

La sonrisa agradable de Terry se esfumó.

—Y así fue.

El camarero le trajo la cerveza. Terry abrió la botella y llenó un vaso alto. Luego sacó un cigarrillo y lo encendió con el encendedor que llevaba en una bolsa de cuero colgada del cuello. Dio una chupada al pitillo, aspiró el humo y luego, en un gesto de consideración, volvió la cabeza para expulsarlo.

—Papá, mamá, el tío Ralph y mis dos hermanas —dijo—, todos de una vez. Sucedió en la maldita carretera de Nanyuki. Iban camino del Club Safari. Uno de esos malditos *matatus* se les echó encima, al tratar de adelantar a otro *matatu*. Doce personas que iban en el otro vehículo murieron también —soltó una carcajada breve, de amargura—. Lo que me obsesiona es que yo tenía que ir con ellos, pero se me pinchó un neumático cuando subía de Nairobi, así que se fueron sin mí. Cuando me dirigía al Club Safari pasé por el lugar del accidente. Justo en el momento en que los metían en la ambulancia.

—Oh, Terry, lo siento muchísimo.

—Estas condenadas carreteras —dijo él, haciendo girar el vaso sobre la mesa—. No hacen nada para conservarlas en buen estado, ¿sabes? Y cada año están peor. Pronto no quedará ninguna.

—¿De modo que vendiste la agencia?

—¡Venderla! ¡Ni lo sueñes! ¡Viajes Donald es una de las empresas más rentables del África Oriental! ¿Por qué habría de venderla?

—Estuve en la agencia esta mañana y me dijeron que ahora el propietario es un tal señor Mugambi.

—Ah, eso —Terry se sonrojó y rió un poco—. ¡Yo soy el señor Mugambi! Cambié de nombre. Ya no me llamo Donald.

—¿Por qué lo hiciste?

Terry alzó los ojos e inspeccionó discretamente la terraza.

—Se me ocurre una idea, Deb —dijo en voz baja—. ¿Estás muy ocupada en este momento? ¿Por qué no te vienes a casa conmigo? Me gustaría presentarte a mi esposa. Mi casa está aquí en Nyeri, no cae lejos.

Deborah, siguiendo la dirección de la mirada de Terry, volvió la cabeza y vio a dos africanos que bebían té, sentados a una mesa en un rincón, hablando en voz baja.

—¿Quiénes son? —preguntó.

—Ven, cariño. Tengo el Rover ahí enfrente.



Cuando estuvieron solos en el camino que cruzaba los jardines del hotel, Terry dijo:

— Esos hombres eran de la brigada especial. Hoy en día, hay que tener cuidado con lo que se dice.

En el momento en que el Rover tomaba la carretera principal, Terry dijo:

— ¿Cómo has subido hasta aquí? ¡Espero que no conduciendo tú misma!

— Alquilé un coche con chófer. Le he dicho que se tomara libre el resto del día.

— Entonces, ¿qué es esto para ti? ¿Unas vacaciones? ¿Has vuelto para ver los viejos lugares? Verás que han cambiado muchas cosas. Oh, puede que no por fuera, pero por debajo de la superficie Kenia ha cambiado.

Deborah se puso pensativa cuando pasaron por delante de la iglesia en cuyo cementerio estaba enterrado el abuelo de Terry, sir James. Su abuela, Lucille, a quien ninguno de los dos había conocido, estaba enterrada en Luanda, igual que la tía Gretchen. Deborah, en vista de ello, se preguntó si Terry sería el último de los Donald.

— ¿Tienes hijos? —le preguntó, sintiendo súbitamente la necesidad de saberlo.

— Tengo un chico y una chica. Pero no has contestado a mi pregunta. ¿Qué te ha traído a Kenia?

— ¿Te acuerdas de mamá Wachera, la hechicera que vivía en una choza junto al campo de polo?

— ¡Aquella pájara rara! Sí, la recuerdo. ¿Todavía vive? ¡Dios mío, juraría que es la última de su generación!

Deborah le habló de la carta de las monjas.

— ¿Qué crees que querrá de ti? —preguntó Terry mientras el Rover rebotaba por culpa de los baches.

— No tengo la menor idea. Pienso ir a la misión por la mañana y averiguarlo.

— ¿Vas a quedarte en Kenia, Deb? —preguntó Terry, mirándola de reojo.

La pregunta sorprendió a Deborah. Y entonces, de repente, pensó:

«¿He venido para quedarme?»

— No lo sé, Terry —contestó con sinceridad.

Llegaron a una valla metálica donde unos letreros decían: ¡HATARI! ¡PELIGRO! ¡PERROS KALI! SIGA EN EL COCHE Y HAGA SONAR LA BOCINA.

— ¿Incluso aquí? —dijo Deborah cuando un africano de uniforme les abrió la puerta.



—Hay mucha delincuencia en toda Kenia. Y va en aumento. Es el problema demográfico, ¿comprendes? Kenia tiene la tasa de natalidad más alta del mundo. ¿Lo sabías?

—No, no lo sabía.

—No hay suficiente tierra para alimentar a todos, ni suficientes empleos para todo el mundo. Kenia se está convirtiendo en una nación de jóvenes. Sin duda los habrás visto, africanos jóvenes en Nairobi, sin nada que hacer. ¡Te costaría creerlo si te contase las jugarretas que les gastan a los turistas inocentes! Siempre les estoy diciendo a mis clientes que no tengan ningún trato con extraños. A muchas clientas mías les han robado el bolso.

—¿Entonces es que los policías son ineficaces?

—¡Ineficaces! Sólo lo son si no les pagas suficiente *magendo*. Pero yo tengo un sistema mejor para asegurarme de la honradez de mi gente. Si a alguno o alguna de mis clientes le desaparece algo, hago correr la voz de que voy a llamar a un hechicero. Nunca falla. Al día siguiente, el objeto robado, sea cual fuere, le es devuelto a su dueño.

—¿Tanto predomina aún la superstición?

—Sospecho que más que nunca.

Entraron en un recinto polvoriento donde los africanos reunían a unos perros con cara de pocos amigos. La casa era muy antigua; Deborah reconoció la construcción original de paredes de barro enjalbegadas y techo de paja. Era grande, larga y baja, de aspecto desaplomado, pero se encontraba en buen estado y parecía bien cuidada.

—Tengo tres residencias —explicó Terry cuando entraron—. Una en Nairobi, otra en la costa. Pero en ésta es donde tengo la familia. Es la más segura. Hasta el momento.

El interior de la casa era fresco y oscuro, con un techo bajo y suelo de madera reluciente, sofás de cuero y trofeos animales por todas partes. Un africano que llevaba pantalones caqui y un suéter estaba poniendo la mesa para el té.

—Lo tomaremos aquí, Augustus —dijo Terry al hombre, luego condujo a Deborah hacia unos sofás colocados alrededor de la mayor chimenea que había visto en su vida.

Se sentaron. Terry encendió otro cigarrillo y dijo:

—¿Cuánto hace que te fuiste, Deb? ¿Catorce años? ¿Quince? No has vuelto a la vieja Kenia que conocías. Entre otras cosas, ¡el gobierno es una broma! Fíjate cómo trata de poner coto al crecimiento de la población. Las mujeres que no tienen marido, lo que quiere decir casi todas las mujeres de este desdichado país, reciben algún tipo de apoyo económico por cada hijo que tienen. Como medida para controlar la natalidad, el gobierno de Moi ha dicho que de ahora en adelante sólo recibirán ayuda



los cuatro primeros bebés; los que vengan luego tendrán que arreglárselas como puedan. ¡Ya me dirás tú de qué va a servir eso!

El criado colocó la bandeja del té en una mesita baja delante de ellos.

—*Asante sana*, Augustus —dijo Terry. Luego prosiguió—: Los organismos extranjeros que velan por la salud y los misioneros médicos tratan de promover el control de la natalidad, pero los hombres de Kenia no quieren saber nada del asunto. De modo que las mujeres, si lo desean, lo practican a hurtadillas. Si un hombre descubre que su esposa toma la píldora o usa un diafragma, le pega una paliza impresionante, y tiene derecho a pegársela.

Terry apagó su cigarrillo y sonrió a Deborah.

—¡Cielos! ¡Qué cosas digo! ¿Qué clase de reencuentro es éste? ¡No sé cómo expresar lo mucho que me alegro de verte, Deb! ¿Qué tal ha resultado vivir en California?

Deborah le habló de su vida, pero sólo superficialmente.

—Este tipo con el que vas a casarte, ¿quiere venir a vivir en Kenia?

—Nunca ha estado aquí. No sé si le gustaría.

Apenas hubo terminado de decirlo, Deborah se dio cuenta de algo que nunca se le había ocurrido antes: lo poco que Jonathan sabía de Kenia.

«En tal caso, ¿cómo puede conocerme a mí?», se preguntó.

—Miriam no está en este momento, ha ido a visitar a su hermana. Pero volverá pronto. Quiero que la conozcas.

—¿Y los niños?

—Los dos están en la escuela. Aguarda un momento —dijo, levantándose. Tomó dos fotografías que había en la repisa de la chimenea y se las entregó a Deborah—. Éste es Richard. Tiene catorce años.

—Es un chico guapo —dijo Deborah, contemplando una versión joven de Terry.

—Y ésta es Lucy. Tiene ocho años.

Deborah puso cara de sorpresa. Lucy era africana.

Como si leyera sus pensamientos, Terry se sentó, encendió otro cigarrillo y dijo:

—La madre de Richard fue mi primera esposa. Nos divorciamos cuando él era muy pequeño. Fue cuando yo empezaba en el negocio de mi padre. Anne no podía soportar mis largas ausencias cuando me iba de safari. Y tenía celos de mis clientes femeninas. Así que me dejó y se casó con un exportador de Mombasa. Richard pasa medio año conmigo y la otra mitad con Anne.

—¿Y Lucy?

—Es la hija que tuve con mi segunda esposa, Miriam.



— ¿Kikuyu?

Terry asintió con la cabeza y expulsó humo.

— De hecho, el apellido que adopté es el de mi esposa. Mugambi.

— ¿Por qué? — preguntó Deborah, dejando las fotos sobre la mesita.

Terry se encogió de hombros.

— Más que nada para sobrevivir. Tratan de echar a los blancos de Kenia. Hay muchísimos prejuicios contra los negocios europeos. No voy a entrar en detalles, pero comprendí que lo que más me convenía para conservar la agencia era adoptar un apellido africano.

— Creía que todo eso se había terminado hace ya muchos años.

— Desde que murió Jomo, en 1978, las cosas andan un poco revueltas en Kenia. Por supuesto, hay tipos que no están de acuerdo conmigo. Pero hablo por experiencia personal. La educación de mi hijo, por ejemplo.

Antes de seguir con sus explicaciones, Terry llamó a Augustus y cuando el hombre se presentó le dijo en suajili que trajera una botella de vino.

— Ésta es una ocasión especial — dijo Terry, sonriendo a Deborah—. Es vino de papaya elaborado en Kenia y dudo que pueda compararse con vuestros famosos vinos californianos, pero es lo mejor que tenemos.

— Ibas a decirme algo sobre Richard.

— En este momento estudia en un internado de Naivasha. Pero ya tiene catorce años y ha llegado el momento de que pase a un nivel superior. El problema está en que la escuela a la que quiero que vaya ha sido totalmente africanizada. La Rey Jorge de Nairobi, ¿la recuerdas? Ahora es la Academia Uhuru. Hay un director nuevo, un africano que se niega rotundamente a aceptar alumnos blancos. Lo que me fastidia es que se trata de la escuela a la que iba mi padre cuando era niño. De hecho, mi padre fue de la primera promoción, cuando se inauguró la escuela en 1926. En la fachada hay una placa con los nombres de los alumnos fundadores. Geoffrey Donald es el primero de la lista. Y yo también estudié en ella, desde luego, en 1967. Pero ahora la escuela está cerrada para los blancos. Y lo que es peor, no hay ninguna otra escuela secundaria en Kenia que acepte alumnos blancos.

— ¿Qué harás?

— No me queda más remedio que mandarlo a un internado de Inglaterra. Puedo permitírmelo, por supuesto, pero se trata de una cuestión de principio. Richard nunca ha puesto los pies en Inglaterra. Maldita sea, Deb. ¡Su bisabuelo nació en Kenia!

Augustus trajo el vino y lo dejó en la mesita junto con dos copas, luego se llevó el servicio de té. Terry escancié el vino y le entregó una copa a Deborah, que bebió un sorbo. El vino tenía un sabor áspero, amargo.



—¿Qué haces ahora, Terry? —preguntó Deborah, para desviarlo de un tema de conversación que le estaba poniendo visiblemente furioso—. ¿Sigues acompañando a los turistas o te ocupas estrictamente de la parte administrativa?

Terry rió, encendió otro cigarrillo y volvió a sentarse con la copa en la mano.

—Acompaño a los clientes en los safaris de caza.

—Creía que cazar era ilegal aquí.

—En Tanzania. Allí es legal. La mayoría de los clientes son norteamericanos.

Deborah habló con reserva.

—¿Da beneficios?

—¡No puedes imaginarte hasta qué punto! Estoy comprometido hasta bien entrado 1991. Cuando la caza fue prohibida aquí, hace ahora diez años, los cazadores nos fuimos a otros países en busca de trabajo. Estuve mucho tiempo controlando rebaños en el Sudán. Principalmente reduciendo el número de animales, en el norte de Juba, a orillas del Nilo. La población de elefantes había crecido demasiado y estaba destruyendo las cosechas. Aquellos colmillos —señaló un par de colmillos más altos que un hombre colocado; a uno y otro lado de una puerta— son de un viejo bribón al que habían herido con un fusil anticuado, tipo mosquete. Estaba absolutamente enloquecido. Mató a unos treinta miembros de la tribu dinka. Acabé con él de un solo disparo y pedí que me pagasen con los colmillos en lugar de con libras sudanesas, que no valen nada.

Terry probó su vino.

—Bueno, el caso es que ahora me va muy bien en Tanzania. ¡Y me pagan con dólares norteamericanos!

—Pero, ¿no es ilegal importar trofeos de caza a los Estados Unidos?

—Era ilegal. Jimmy Carter prohibió la importación de leopardo, jaguar y marfil. Pero la administración Reagan permite los trofeos que se hayan cobrado en países donde la caza esté autorizada. Mis clientes tienen garantizados un león, un leopardo, dos búfalos y dos gacelas. Me los llevo durante veintiún días, les proporciono campamentos y rastreadores y me pagan treinta mil dólares.

Deborah no dijo nada.

—Sé que no apruebas la caza —dijo Terry con voz queda—. Nunca te pareció bien. Pero los cazadores cumplíamos una misión útil. Impedíamos que los furtivos actuasen en Kenia. Éramos el cuerpo de policía extraoficial. Al prohibirse la caza en 1977, los cazadores nos fuimos y los furtivos ocuparon nuestro lugar. A los furtivos no les importa cuántos animales matan ni de qué manera los matan. El resultado son sufrimientos terribles y una verdadera carnicería. ¿Sabes que sólo quedan unos quinientos rinocerontes en Kenia?

Deborah tenía los ojos clavados en las fotos de los hijos de Terry.



—Me alegro de que te vaya bien —dijo en voz baja—. Me he preguntado tan a menudo si...

—Sí, me va bien —dijo Terry, llenando de nuevo su copa y encendiendo otro cigarrillo—. Pero, ¿cuánto tiempo durará? Kenia es un país muy inestable, Deb. Tú no eres ciega. Has visto las condiciones en que nos encontramos. Al parecer, los africanos no saben llevar las cosas. O todo les da lo mismo. No sé cuál de las dos es la causa. Arriba hay un puñado de cochinos elitistas ricos que piensan: «Que se jodan los veinte millones que poco a poco van muriendo de hambre». Ya ves lo que le están haciendo al monte Kenia. Cortan todos los árboles sin planificar absolutamente nada. No estudian la ecología; no replantan; no piensan en las consecuencias de eliminar selvas enteras. Los ríos de estos alrededores empiezan a secarse porque las montañas se están convirtiendo en yermos.

Terry meneó la cabeza.

—Los africanos no piensan en el futuro. Nunca han pensado en el futuro, ni siquiera en tiempos de mi abuelo. Agotan todos los recursos y no paran de tener hijos. No se les ocurre hacer nada con vistas al mañana. Ahí tienes el ejemplo de Kilima Simba, el antiguo rancho de mi padre. Mi abuelo había creado un sistema de surcos que servía para traer agua de los pozos. Pero los africanos que viven ahora allí, en cientos de *shambas* pequeñas, no han conservado los surcos, y ahora no tienen agua para regar y sus cultivos se están convirtiendo en polvo.

Terry miró a Deborah con sus intensos ojos azules.

—Kenia es un barril de pólvora, Deb. Una bomba de relojería que va haciendo tictac, tictac. Con su tasa de natalidad desenfrenada, el hambre empeorará.

—Creía que otras naciones estaban ayudando.

Terry apagó su Embassy King a medio fumar y se sirvió un poco más de vino.

—¿Te refieres a «Estados Unidos por África»? ¿Cuánto dinero de esa procedencia crees que llegó a manos del pueblo, Deb? Sé de buena tinta que de los millones de dólares donados generosamente por norteamericanos, menos del diez por ciento se destinó a alimentar al pueblo. ¿Que qué fue del resto? Pues, no tienes más que contar los Mercedes-Benz que hay en los aparcamientos del gobierno. Algún día habrá otra revolución, Deb. Te lo digo yo. ¡Y a su lado el mau-mau parecerá una merienda campestre!

—Entonces, ¿por qué sigues aquí, Terry?

—¿Y adonde voy a ir? Éste es mi país, mi hogar. ¡El viejo Moi está muy equivocado si cree que conseguirá echarnos a fuerza de meternos miedo!

De pronto Terry calló, miró por encima del hombro en dirección a la cocina y en voz baja dijo:



—Te lo digo yo, Deb. Cuando venga la próxima revolución, me considerarán un maldito colonialista... un chivo expiatorio. Aunque he hecho todo lo que he podido, me he casado con una mujer kikuyu, he cambiado de apellido, estoy preparado para irme en un abrir y cerrar de ojos.

Y toda persona blanca con un poco de sensatez está preparada para hacer lo mismo. He estado enviando dinero a Inglaterra, discretamente. Compré una casa en los Cotswolds. Cuando las cosas se pongan feas de verdad, sacaré a los chicos de aquí, si hace falta sólo con lo puesto, y me instalaré en Inglaterra. Lo que ser keniana me ha enseñado, Deb, es a sobrevivir. Y si eres inteligente, te quitarás de la cabeza toda idea de volver y quedarte a vivir aquí.

Los perros del patio empezaron a ladrar de repente. Al mirar por la ventana, Deborah se sorprendió: ya era de noche y empezaba a llover.

—Ésa debe de ser Miriam —dijo Terry, levantándose—. Quédate a cenar, por favor, Deb. Prometo no seguir aguándote la fiesta. ¡Tenemos que ponernos al corriente de tantas cosas!

* * *

Terry la acompañó al Outspan al cabo de unas horas.

Y como en San Francisco eran las tres de la tarde, Deborah decidió llamar a Jonathan.

Primero probó llamando al piso.

Mientras esperaba que el telefonista del hotel le pasara la llamada, Deborah se dio un baño caliente y se puso a reflexionar sobre la velada con Terry, que había resultado a la vez ilustrativa y aterradora. Pero en vez de asustarla, como al parecer pretendía Terry, sus palabras pesimistas estaban surtiendo curiosamente un efecto contrario. Cuanto más oía hablar de los problemas de Kenia, más responsable se sentía Deborah, mayor era su deseo de hacer algo para resolverlos.

Se estaba poniendo el albornoz cuando se presentó un empleado para encenderle la chimenea. Mientras el hombre hacía su trabajo, Deborah se acercó a la puerta ventana que daba a la galería de la casita y contempló la llovizna que caía como polvo de plata bajo la luz de las ventanas. La llovizna le recordó otra noche fría y húmeda en la que también ardía el fuego en la chimenea y el mundo y sus problemas quedaban al otro lado de la ventana. Era la noche en que ella y Jonathan habían hecho el amor por primera vez.

—He evitado las relaciones serias hasta ahora —había dicho Jonathan con su voz sosegada.

Deborah, que yacía entre sus brazos y contemplaba las llamas que se movían, sintiéndose por primera vez completamente relajada y a gusto con un hombre, había escuchado a Jonathan mientras él iba contándole su vida, cosa que no había hecho nunca en el año que llevaban juntos.



—¿Por qué no te casaste con ella? —preguntó Deborah, refiriéndose a la mujer que había hecho daño a Jonathan años antes—. ¿Qué ocurrió?

A Jonathan no le resultaba fácil hablar de ello. Deborah notó las vacilaciones, la incomodidad, las palabras escogidas cuidadosamente por un hombre que confesaba un dolor secreto quizá por primera vez. Deborah comprendió sus sentimientos. Su propio pasado se encontraba oculto detrás de confesiones jamás hechas. Ni siquiera el hombre del que se estaba enamorando sabía del crimen cometido en la choza de Christopher; tampoco Deborah le había hablado de la mezcla racial de su sangre. Pensaba que de nada servía exponer sus demonios en público. Había trabajado con ahínco para enterrar el pasado; incluso había inventado mentiras para explicar ciertas situaciones. Tales como el problema de los hijos. Nunca iba a tenerlos debido a su ascendencia. La asustaba pensar lo que podía producir un agrupamiento imprevisible de sus genes. ¿Cómo podía arriesgarse a tener un bebé que fuera menos blanco que su padre? La parte africana que llevaba escondida, ¿cuándo se revelaría de pronto y en circunstancias inoportunas? De modo que se había inventado un historial clínico.

—No puedo tener hijos. Endometriosis —había dicho más de una vez, también a Jonathan, por lo que casi ella misma lo creía.

Ahora, después de meses de trabajar juntos en el quirófano, de sonreírse por encima de las mascarillas verdes, de compartir chistes privados, de luchar por salvar vidas, de hablar de las ventajas mutuas de asociarse para ejercer la medicina, ahora, después de perderse una velada de ballet y de pasar dos horas gloriosas ante la chimenea de Jonathan, los dos habían dado el siguiente paso determinante. Tras comprometerse recíprocamente con sus cuerpos, Jonathan empezaba a preparar el camino que llevaba al compromiso espiritual: por medio de la confesión de secretos y pasados ocultos.

—¿Por qué no te casaste con ella? —había preguntado Deborah aquella noche lluviosa en San Francisco—. Estabais tan unidos. Sólo faltaba una semana para la boda. ¿Qué sucedió?

Y él había contestado con voz tan tensa, que Deborah aún oía el dolor después de tantos años.

—Porque averigüé que ella había hecho una cosa imperdonable. Había hecho algo que no puedo tolerar en una mujer que supuestamente ama a un hombre. Me había mentido.

El timbre del teléfono la sobresaltó. Deborah se apartó de la puerta ventana y vio que estaba sola. El empleado se había ido discretamente tras encender la chimenea. Y el teléfono estaba sonando.

¡Jonathan!



Descolgó el aparato, sintiendo de repente la necesidad de oír su voz, pero la única voz que oyó fue la del telefonista del hotel diciendo:

—Lo siento, señora. Pero en este número no contesta nadie. ¿Quiere que lo intente más tarde?

Deborah reflexionó un momento. El consultorio estaba cerrado los miércoles por la tarde, pero tal vez estaría en cirugía. Así que dio al hombre el número de su servicio de contestación de llamadas. Se encargarían de localizarle y decirle que la llamase.

No valía la pena quedarse junto al teléfono, puesto que se necesitaba media hora para conectar con California; así que se sentó en el sofá, con las piernas debajo del cuerpo, y se puso a contemplar el fuego.

Aquella otra noche de lluvia, hacía un año, había contemplado fijamente el fuego en la chimenea de Jonathan, sintiéndose como aturdida por lo que Jonathan acababa de decir.

—Es una manía que tengo —había añadido él, explicándose, tranquilizándose a medida que hablaba y se sentía cómodo y seguro con ella—. Toda mi vida, desde que tengo uso de memoria, he detestado las mentiras. Quizá se deba a mi estricta educación católica. Puedo perdonarlo casi todo siempre y cuando una persona sea sincera. Pero decirme que me amaba y dejar que me creyese una mentira, una mentira que más adelante reconoció que no tenía intención de corregir jamás, me puso furioso y me hizo mucho daño.

—¿Qué mentira te dijo? —había preguntado Deborah.

—No tiene importancia. Lo que importa es que a sabiendas de que yo creía lo que en realidad era mentira, pensaba ir al altar conmigo. Y a sabiendas de que nos cubriría el manto de la insinceridad, estaba dispuesta a llevar vida de casada conmigo. La mentira en sí no importa, Debbie; lo único que importa es que me mintió y que lo averigüé por otra fuente.

Deborah había cerrado los ojos y le había abrazado con fuerza.

«Sí, sí importa la mentira propiamente dicha —pensó—. Tengo que saber si fue tan grande como la mía».

En lo sucesivo le habían asustado sus propias mentiras. Aquella misma noche Deborah había estado a punto de contárselo todo a Jonathan. Pero su relación, que acababa de dejar el mundo despreocupado de la amistad para pasar al plano, tan frágil e importante, del amor, era demasiado nueva, podía romperse con demasiada facilidad.

«Esperaré —se había dicho a sí misma—. Se lo diré cuando no represente ningún peligro».

Pero nunca dejó de representar un peligro. Deborah descubrió con desánimo que a medida que su relación se hacía más fuerte, que el amor que se tenían se hacía más



profundo y Jonathan se convertía para ella en lo más importante de su vida, la oportunidad se le había ido escapando. Hasta que finalmente habían fijado fecha para la boda y ella se presentaría ante el altar con mentiras.

Cuando el teléfono volvió a sonar, Deborah miró su reloj. Había tardado únicamente cinco minutos.

—Soy la doctora Treverton —dijo al servicio de contestación—. ¿Pueden localizarme al doctor Hayes?

—Lo lamento, doctora Treverton. No puedo ponerla con el doctor Hayes. El doctor Simonson se está haciendo cargo de sus llamadas.

—Pero, ¿saben dónde está el doctor Hayes?

—Lo lamento. No lo sé. ¿Quiere que le localice al doctor Simonson?

—No. No, gracias —dijo Deborah tras reflexionar un momento. Colgó el teléfono y decidió que volvería a intentarlo por la mañana, cuando en San Francisco sería de noche y con toda seguridad Jonathan se encontraría en el piso. Encargó a los de recepción que la despertasen temprano y se sumió en un sueño agitado.



CAPÍTULO 65

—Me pregunto si se acuerda usted de mí, doctora Treverton —dijo la madre superiora a Deborah mientras caminaban por la senda que llevaba a la Casa Grace—. En aquel tiempo yo era la hermana Perpetua. Y creo que fui la última persona que vio viva a su tía.

—Sí, la recuerdo —dijo Deborah, maravillándose al ver los recuerdos que acudían a su cerebro desde que entrara en la misión. La Misión Grace había sido su primer hogar, el único que había conocido en la infancia. Y le parecía, sin saber por qué, que en la conocida veranda debiera haber una mujer de cabellos blancos y bata también blanca, con el consabido estetoscopio colgado del cuello, en lugar de una monja vestida de azul.

En la pared, junto a la puerta principal, una placa de bronce decía: CASA GRACE. FUNDADA EN 1919.

Deborah se sorprendió al comprobar que en la casa ya no vivía nadie.

—Aquí tenemos las oficinas administrativas —dijo la madre superiora— y un pequeño centro para visitantes. Se sorprendería si viera cuántas personas vienen de todo el mundo para visitar el hogar de la doctora Grace Treverton.

La sala de estar aparecía convertida en un pequeño museo, con vitrinas y cartas y fotografías con marco en las paredes. Guardada bajo llave en una vitrina se exhibía la medalla de guerra de Grace; junto a ella estaban las insignias de la orden del Imperio Británico, que la reina Isabel había dado a Grace en 1960, al ennoblecerla. Incluso había un botiquín antiguo lleno de instrumentos médicos viejos, botellas de medicinas y notas de diagnóstico ilegibles.

Deborah se detuvo ante una foto de la tía Grace de pie en la base de Treetops con la princesa Isabel en 1952 y los ojos se le empañaron. Era como si Grace no hubiese muerto, como si aún estuviese viva.

—En realidad todo esto le pertenece a usted, doctora Treverton —dijo la madre superiora—. Después de que usted se marchara a Norteamérica, encontré cajas llenas de recuerdos. Había pensado que usted volvería a recogerlos. Incluso le escribí a California. ¿No recibió mis cartas?

Deborah dijo que no con la cabeza, sin hablar. Había tirado todas las cartas -todo lo que llevase sello de Kenia- sin abrirlas.



—Y entonces decidimos compartir estas cosas con el mundo. Desde luego, si desea llevarse alguna cosa, está en su derecho, doctora Treverton.

Quince años atrás Deborah se había ido de Kenia llevándose los únicos recuerdos que quería, entre ellos el broche con una turquesa de su tía. Por desgracia, le habían robado aquella piedra durante su primer año en la facultad de medicina. Una compañera, otra de las pocas muchachas que estudiaban allí, una persona desgraciada, había admirado la piedra hasta el extremo de preguntarle a Deborah si quería vendérsela. Al notar su desaparición, Deborah adivinó quién se la había robado, pero no tenía ninguna prueba. La misma chica dejó la facultad a las pocas semanas y volvió a su casa en el norte de Washington. La pérdida de la piedra había disgustado a Deborah en aquel momento, pero con el paso de los años había aprendido a aceptar que nada era permanente -los bienes materiales, las relaciones- y había decidido que la turquesa estaba destinada a pasar a otras manos.

Deborah se volvió hacia la amable monja, cuyo rostro negro contrastaba vivamente con el blanco de su toca, y dijo:

—En efecto, estas cosas pertenecen al mundo, como dice usted. Yo no las necesito. ¿Puedo ver a mamá Wachera ahora?

Mientras cruzaban el césped, Deborah dijo:

— ¿Sabe usted por qué pregunta por mí, madre?

La monja frunció levemente el ceño.

—No me resultó fácil tomar esa decisión, la de avisarla, doctora Treverton. Porque, verá usted, no estoy segura de que pregunte por usted. La pobre mujer está terriblemente confundida. Vino aquí ella sola, ¿sabe usted? Se presentó cierto día, muy cansada y enferma (calculamos que ya pasa de los noventa) diciendo que los antepasados le habían ordenado que viniera a morir aquí. Tiene algunos momentos de lucidez, pero la mayor parte del tiempo parece estar confundida. Su cerebro se mueve entre épocas diferentes. ¡A veces hasta se despierta y pregunta por Kabiru Mathenge, su esposo! Pero ha pronunciado el apellido Treverton tantas veces, y en esas ocasiones se muestra tan insistente, y tan agitada que hay que medicarla, que pensé que tal vez convenía mandarle a usted una carta. Espero que descanse más fácilmente una vez la haya visto a usted.

Dentro del bungalow las recibió una joven hermana enfermera que llevaba un uniforme azul y un velo del mismo color y las acompañó hasta una cama situada en un extremo de la sala bañada por el sol. Wachera dormía, la cabeza oscura reposando apaciblemente sobre la almohada blanca.

Deborah la miró fijamente, dispuesta a sentir ira y rencor contra aquella mujer que tan cruel había sido con ella. Pero, extrañamente, lo único que vio fue una mujer vieja y frágil, en modo alguno amenazadora. Deborah no recordaba que Wachera fuese tan pequeña...



—Suele despertarse ya entrado el día —dijo la joven enfermera africana—. ¿Podemos telefonarle?

—Desde luego. Estaré en el Outspan.

—Permítame ofrecerle un poco de té, doctora Treverton —dijo la madre superiora—. Nos sentimos tan honradas por su visita.

Deborah pasó un rato conversando con la madre superiora, bebiendo té Condesa Treverton y hablando de mamá Wachera.

—Su nieto la visita con mucha frecuencia —dijo la superiora—. El doctor Mathenge es un hombre bueno. Su esposa murió hace unos años. ¿Lo sabía usted?

—Sí. Pero no sé de qué murió.

—De malaria. Justo cuando creíamos haberla vencido, ahora ha aparecido una variedad nueva que es inmune a la cloroquina. El doctor Mathenge prosigue la labor que antes llevaba a cabo junto con su esposa. Rezamos por él todos los días. El doctor Mathenge lleva la medicina y el Señor al pueblo de Kenia.

Después, Deborah visitó el claro de los eucaliptos, donde un anciano vigilante seguía cuidando del Sacratio Duca d'Alessandro y donde la luz seguía ardiendo en el interior. A Deborah le gustaba pensar que su abuela y el duque italiano moraban en una especie de galanteo espiritual, eterno.

Llovía con fuerza cuando Deborah volvió al hotel Outspan. Se encaminó directamente a su casita, evitando el comedor, donde estaban sirviendo el almuerzo. Al cerrar la puerta, dejando fuera el viento y la lluvia, y empezar a quitarse el suéter mojado, Deborah recibió una fuerte sorpresa.

—¡Jonathan!

Jonathan se levantó del sofá.

—Hola, Debbie. Espero que no te importe. Les he dicho que era tu marido. Y a cambio de un soborno me han dado la llave de tu habitación.

—Jonathan —volvió a decir Deborah—. ¿Qué haces aquí?

—Te noté tan extraña la última vez que hablamos por teléfono, que empecé a preocuparme y decidí venir a averiguar lo que pasaba.



CAPÍTULO 66

Jonathan abrió los brazos para recibirla.

Pero Deborah se quedó titubeando junto a la puerta. No tenía intención de decírselo tan pronto. Quería tiempo para pensar, para prepararse. Así que se acercó al teléfono y llamó al servicio de habitaciones. Mientras encargaba ensalada, fruta, emparedados y té, estuvo observando a Jonathan. Se le veía cansado.

Cuando colgó el aparato y se quitó el suéter, Jonathan ya estaba arrodillado y encendiendo la chimenea.

Era una escena conocida, una escena que habían interpretado muchas veces en su piso de Nob Hill. Al llegar de la niebla o la lluvia de la calle y quitarse la ropa mojada, Jonathan encendía el fuego, Deborah preparaba el té y luego pasaban varias horas agradables en el ambiente cálido y acogedor del piso, los dos solos, hablando tranquilamente, pasando revista al día: pacientes, operaciones, planes para su nuevo consultorio. Era dentro de semejantes círculos dorados de luz donde su amor mutuo había crecido y se había hecho más fuerte, uniéndolos.

Pero ahora el fuego olía de otra forma porque la leña era extranjera y Jonathan no se había quitado la chaqueta de cuero; el té lo trajo un camarero africano que lo sirvió sin decir nada, mientras Deborah permanecía de pie con los cinco chelines de propina preparados; y luego, cuando volvió a quedar sola con Jonathan, no fue a sentarse a su lado en el sofá, apoyándose en él. Se quedó de pie junto a la chimenea, mirándole, presa de un temor repentino.

—¿Qué ha pasado, Debbie? —preguntó él por fin.

Deborah se esforzó en dominar su nerviosismo.

—Jonathan, te mentí.

La expresión de Jonathan no cambió.

—Me preguntaste qué tenía que ver conmigo una hechicera africana vieja y moribunda. Te dije que no lo sabía. Fue una mentira. Es mi abuela.

Jonathan permaneció completamente quieto, mirándola con fijeza.

—Al menos —agregó ella—, eso creía yo en aquel momento.



El fuego crepitaba ruidosamente y una cascada de chispas al rojo subía por la chimenea. En el exterior, la lluvia torrencial había hecho que el día fuese tan negro como la noche. El agua azotaba el tejado de la galería y empapaba la selva que crecía al borde de la pendiente cubierta de césped. Deborah se acercó a la mesita baja que había delante del sofá y sirvió dos tazas de té. Pero ni ella ni Jonathan las tocaron.

— ¿Tu abuela? — dijo Jonathan—. ¿Una mujer africana?

Deborah evitó sus ojos. Resultaba más fácil mirar fijamente el fuego. Se sentó en el otro extremo del sofá, manteniendo una distancia entre los dos, y dijo:

— Bueno, yo creía que era mi abuela. Era lo que ella quería que yo creyese. Ella fue la razón de que me marchase de Kenia.

La voz queda de Deborah se unía a los susurros del fuego y la lluvia. Hablaba en voz baja, sin emoción, sin omitir nada. Jonathan la escuchaba sin moverse, observando su perfil tenso, el pelo negro que le caía sobre la espalda, revuelto a causa del viento y la lluvia. Oyó un relato increíble de guerrilleros del mau-mau y de amor racial prohibido, de enamoramientos infantiles, africanos y blancos, de una choza de soltero, de un entierro, del hallazgo de cartas de amor y de la maldición de una anciana. Jonathan estaba hechizado.

— Durante todos estos años he tenido en mi poder el diario de mi tía — dijo Deborah al llegar al final de la historia —, pero nunca lo leía. Lo abrí después de instalarme en el Hilton de Nairobi. Y fue entonces cuando descubrí — finalmente se volvió hacia Jonathan, con los ojos insólitamente sombríos, las pupilas dilatadas reflejando el resplandor del fuego — que, después de todo, Christopher no es hermano mío.

Los ojos de Jonathan se cruzaron con los suyos, luego fueron ellos los que se desviaron hacia otro lado.

Durante el relato de Deborah un leño se había separado de los demás y ahora yacía al borde de las llamas. Jonathan se levantó, tomó el atizador y volvió a colocar el leño en su sitio sobre el fuego. Luego se irguió y miró el retrato colocado en la repisa, un hombre anciano de bigote blanco y uniforme de Boy Scout. Lord Baden-Powen, que había renunciado a su cómoda vida en Inglaterra para vivir en la selva de Kenia.

Jonathan estaba perplejo. Se preguntó qué tendría aquel país que, al parecer, trastornaba el juicio de las personas: qué magia especial había en él que inducía a los hombres a abandonar la vida cómoda.

Se volvió para mirar a Deborah. Estaba sentada en el borde del sofá, tensa, como a punto de echar a correr. Tenía las manos apretadas sobre el regazo, el rostro ojeroso. Jonathan ya la había visto así cuando se encontraba al lado de un paciente en la unidad de cuidados intensivos. Observaba los monitores con una pasión singular.

— ¿Por qué no me hablaste nunca de todo esto, Debbie?



Deborah lo miró con ojos llenos de dolor.

—No pude, Jonathan. Me sentía tan avergonzada. Tan... sucia. Lo único que quería era olvidar mi pasado y empezar de nuevo. No veía qué utilidad tenía sacarlo todo a relucir. No pensaba volver a Kenia jamás.

—No fue una mentira lo que me dijiste —dijo Jonathan quedamente—. Lo único que hiciste fue mantener en secreto un recuerdo desagradable.

—Pero hay más. Creía que en parte era negra, Jonathan. Y eso nunca te lo dije. Te dije que no podía tener hijos. No es verdad. No quería tenerlos. Me aterrorizaba la posibilidad de que mi ascendencia aflorase a la superficie.

—Podrías habérmelo contado todo, Debbie. Ya sabes que me importan un comino la raza y el color.

—Sí, ahora lo sé. Pero no estaba segura al principio, cuando empezamos a salir juntos. Así que te conté la misma mentira que a otras personas. Que había sufrido endometriosis.

—¡Pero más adelante, Debbie! Cuando nos dimos cuenta de que estábamos enamorados, cuando decidimos casarnos. Podrías habérmelo dicho entonces.

Deborah inclinó la cabeza.

—Iba a decírtelo. Y entonces me hablaste de Sharon, la mujer con la que estuviste a punto de casarte. Me dijiste que te había mentado.

Jonathan quedó estupefacto.

—¿Me echas la culpa a mí? ¿Me estás diciendo que yo tuve la culpa de que perpetuases tus mentiras?

—¡No, Jonathan!

—¡Dios mío, Debbie! —se apartó de la chimenea y anduvo hasta la puerta ventana. Con las manos hundidas en los bolsillos, se quedó mirando fijamente la lluvia gris.

—Tenía miedo —dijo Deborah—. Tenía miedo de perderte si te decía que te había mentado.

—¿Tan tenue creías que era nuestra relación? —preguntó él, mirando el reflejo de Deborah en el cristal de la ventana—. ¿Tan mal concepto tenías de mí? ¿Tan superficial me creías?

—Pero Sharon...

Jonathan se volvió rápidamente.

—¡Debbie, lo de Sharon ocurrió hace diecisiete años! ¡Yo tenía veinte en aquel momento! ¡Era joven, intolerante y un hijo de perra arrogante! ¡Santo Dios, quiero pensar que he cambiado desde entonces! Al menos eso creía. Creía ser un hombre razonable y que tú te dabas cuenta de que lo era.



—Pero cuando me hablaste de ella...

—Debbie —dijo Jonathan, cruzando la habitación y sentándose a su lado—. Sharon y yo éramos dos personas jóvenes, egoístas. Las mentiras que me contó eran escandalosas. Me las contó para engañarme, hasta para hacerme daño. Pero tu mentira, Debbie, fue sólo para protegerte a ti misma y para protegerme a mí. ¿No ves la diferencia?

Deborah meneó la cabeza sin decir nada.

—Por Dios —dijo él con voz queda—, tienes que conocerme mejor, Debbie. Tienes que saber que te quiero demasiado para juzgarte por tu pasado. Ojala me lo hubieses contado hace mucho tiempo. Podría haberte ayudado a aceptarlo.

—Es lo que trato de hacer ahora, Jonathan. Más que para ver a mamá Wachera, he vuelto a Kenia para averiguar quién soy. Leer el diario de la tía Grace me ha ayudado un poco. Al menos ahora conozco la historia de mi familia. Pero todavía tengo esta... sensación de desarraigo. No sé cuál es mi sitio.

Jonathan le escudriñó la cara, vio la sinceridad en sus ojos. Le tomó las manos y dijo:

—Dios mío, te quiero, Debbie. Quiero ayudarte. Me di cuenta por teléfono. Estabas rara y me dejaste preocupado. Así que cancelé mis compromisos y le pedí a Simonson que atendiera los casos urgentes. Durante todo el viaje, en el condenado reactor, traté de pensar qué sería lo que iba mal. Sabe Dios que no es esto lo que esperaba. Pero al menos no es tan malo como me imaginaba.

Al ver que Deborah permanecía callada, dijo:

—¿Hay más?

Ella asintió con la cabeza.

—¿Qué es?

—Es Kenia, Jonathan. Tengo esta fuerte sensación de que debo quedarme y ayudar. Durante los últimos cinco días he visto tanta miseria, tanta enfermedad, tanta gente que vive en condiciones inhumanas. Exceptuando unas pocas personas abnegadas, como las monjas de la misión —«y Christopher», pensó, recordando lo fútil que le había parecido con su bolsa de medicinas y todos aquellos desesperados—, a nadie parece importarles un bledo todo el sufrimiento que hay en este país. Siento una atracción inexplicable, Jonathan. Algo me dice que me quede, que aplique aquí mis conocimientos médicos, igual que la tía Grace.

—Nuestra ayuda es necesaria en todo el mundo, Debbie. No sólo en Kenia. ¿Qué me dices de nuestros pacientes de San Francisco? ¿Te necesitan menos porque son blancos y viven en los Estados Unidos?

—Sí —contestó ella con sinceridad—. Porque tienen más médicos y mejores medios.



— ¿Y qué me dices de Bobby Delaney?

Deborah miró hacia otro lado.

Bobby Delaney tenía nueve años y luchaba por su vida en la unidad de quemados del hospital. Su madre, que estaba loca, le había pegado fuego a propósito, y Deborah formaba parte del equipo de médicos que lo atendían. Habiendo sufrido quemaduras de tercer grado en el noventa por ciento de su cuerpo, Bobby soportaba atroces dolores y sufrimientos, un serio trauma mental además de físico, y vivía en una burbuja esterilizada donde su único contacto humano era por medio de guantes de caucho y sólo veía caras cubiertas con mascarillas. Por razones que nadie sabía, Bobby había escogido a la doctora Debbie como su única amiga. La forma en que los ojos se movían en aquel pobre rostro desfigurado cada vez que ella entraba a verle...

—Sabes que no quiere hablar con nadie más —dijo Jonathan—. Sabes que vive para tus visitas. Pero hay otros también. Todos tus pacientes se merecen tus cuidados, Debbie.

—No lo sé —dijo ella lentamente—. Me siento tan extraña, tan indecisa. ¿Dónde está mi sitio?

—Conmigo.

—Te creo, Jonathan. Pero al mismo tiempo... —miró la lluvia de Kenia—. Nací aquí. ¿No crees que le debo algo a este país?

—Escúchame, Debbie. Todos tenemos dos vidas: la vida en la que nacemos y la que nos buscamos y nos forjamos nosotros mismos. Creo que te encuentras atrapada entre las dos. Necesitas encontrar la salida.

—Ojala la tía Grace estuviese aquí. Podría hablar con ella. Me ayudaría.

—Déjame que te ayude yo, Debbie. Podemos encontrar una salida juntos.

—¿Cómo?

—Para empezar, puedes dejarme leer el diario.

Se instalaron cómodamente en el sofá, Jonathan en un extremo, leyendo a la luz de una lámpara de mesa, y Deborah acurrucada en el otro extremo, con cojines en la espalda. Al ver que Jonathan abría el viejo libro y empezaba a leer la primera página amarillenta, Deborah notó que la invadía una extraña sensación de complacencia. Había algo vagamente consolador en el hecho de que Jonathan leyera las palabras de su tía. Deborah escuchó la lluvia y cerró los ojos.

* * *

El timbre del teléfono la despertó con brusquedad cuando dormía profundamente, sin soñar.

Jonathan se levantó el primero para contestar. Luego colgó y dijo:

—Era la misión. Mamá Wachera está despierta y pregunta por ti, Debbie.



Deborah se desperezó y se frotó el cuello rígido.

—¿Qué hora es?

—Es tarde. Ya he leído más de la mitad del libro —Jonathan levantó el diario en alto—. Acaban de encontrar al conde muerto en su coche. ¡Menuda familia la tuya, Debbie!

Deborah alargó la mano para coger el suéter, que se había secado junto al fuego, y dijo:

—Lamento muchísimo tener que dejarte, Jonathan.

—No te preocupes. Vete tranquilamente y aclara las cosas con la vieja. Seguiré aquí cuando vuelvas.

—No sé cuánto tardaré.

—Tengo compañía de sobras —Jonathan sonrió y volvió a levantar el libro. En la puerta la abrazó y le dijo—: Quiero que vengas a casa conmigo, Debbie. Quiero que encuentres lo que estés buscando aquí, que lo aceptes y que luego te olvides del pasado. El futuro nos pertenece, Debbie.

—Sí —susurró Deborah, y lo besó.

* * *

Deborah se dio cuenta de que súbitamente se había puesto muy nerviosa. Mientras seguía a la enfermera de noche por la sala tenuemente iluminada, sintió que el pulso se le aceleraba, que su ansiedad iba en aumento.

Wachera descansaba apoyada en almohadas colocadas de forma que pudiera estar cómodamente semiacostada. Deborah observó que le costaba respirar. Los ojos color castaño oscuro se clavaron en ella mientras se acercaba a los pies de la cama y siguieron observándola cuando se sentó en una silla junto a la cabecera.

—Tú... —dijo Wachera con voz débil—. La memsaab. Has venido.

Deborah se llevó una sorpresa. Hacía años que no oía la palabra «memsaab»; la habían prohibido cuando la independencia. Pero también cayó en la cuenta de que la hechicera no la usaba para dirigirse a ella respetuosamente.

«¿Qué memsaab? —se preguntó Deborah—. ¿Creerá que soy mi madre?»

—Viniste —prosiguió la anciana voz—. Hace tantas cosechas. Con tus carretas y tus extrañas costumbres.

«¡Mi abuela!»

—Entre los *wazungu*, eras la única persona que comprendía a los Hijos de Mumbi. Trajiste medicina.

Y entonces Deborah lo comprendió:

«Me toma por la tía Grace».



—Me mandaste llamar, mamá Wachera —dijo Deborah con voz queda, acercándose a ella—. ¿Por qué?

—Los antepasados...

Wachera hablaba en kikuyu y Deborah quedó asombrada al ver con qué facilidad entendía las palabras y luego con qué facilidad ella misma hablaba aquella lengua.

—¿Qué les pasa a los antepasados, mamá?

—Estaré con ellos muy pronto. Volveré al seno de la primera madre. Pero me marchó llevando mentiras y *thahu* en el alma.

Deborah se puso tensa. Observó el rostro negro y envejecido, todavía lleno de dignidad después de casi un siglo; parecía extrañamente desnudo y vulnerable sin las cintas con cuentas y los grandes pendientes que Wachera había llevado siempre. Ahora yacía entre sábanas blancas, vestida con un sencillo camisón del hospital, los brazos largos y nervudos apoyados en la manta color azul claro. Deborah se preguntó si la hechicera se percataría de lo desnuda que se la veía, despojada de autoridad y poder.

—La última muchacha... —dijo Wachera, respirando trabajosamente—. Le hice creer que mi nieto era su hermano. Era mentira.

—Lo sé —dijo Deborah con dulzura.

—Tantos pecados... —dijo la anciana de un modo tan vago, que Deborah se preguntó si era siquiera consciente de su presencia junto a la cama—. La hija de mi esposo mató al bwana. La hice jurar que guardaría silencio mientras la esposa del bwana comparecía ante un consejo que debía decidir si tenía que vivir o morir.

Al principio Deborah no entendió a qué se refería; luego se dio cuenta de que Wachera hablaba del asesinato del conde.

Recordó lo que había leído sobre ello en el diario de su tía. Njeri. La doncella personal de Rose.

—¿Cómo? —preguntó Deborah—. Mamá Wachera, ¿cómo mató Njeri al bwana?

—Lo oyó salir de la casa grande. Njeri salió de la habitación donde dormía la memsaab y lo siguió. El bwana iba en la bestia que corre sobre ruedas. Fue a la casa de vidrio en la selva y Njeri vio lo que le hacía al forastero que estaba allí. Njeri se agarró a la bestia y cabalgó en ella a través de la noche. La ventanilla del bwana estaba abierta. Njeri lo apuñaló. Fue un castigo justo. Pero le entró miedo. Disparó contra él con su propia arma.

Deborah se imaginó la escena. La joven africana agarrada al automóvil de Valentine, tal vez agazapada en el estribo, aguardando una oportunidad. Matándole porque temía por la vida de su memsaab.



—Es muy malo que una mujer muera con pecados en su alma —dijo Wachera—. Su espíritu está inquieto y la mujer nunca duerme. Y vaga por las selvas y mora con las bestias salvajes. Yo, Wachera, deseo paz.

Se sumió en un largo silencio y su respiración fue haciéndose cada vez más dificultosa, el pulso en el cuello apenas era visible. Luego dijo:

—Las voces de los antepasados se vuelven débiles. Con la llegada del hombre blanco, los antepasados empezaron a irse de la tierra de los kikuyu. Para apaciguarlos, luché contra el hombre blanco. Pero ahora que la tierra de los kikuyu les ha sido devuelta a los Hijos de Mumbi, los antepasados volverán.

Wachera aspiró una larga y trabajosa bocanada de aire. Al expulsarlo, Deborah reconoció el estertor de la muerte.

—La *thahu* ha terminado —dijo la hechicera— tal como prometí. La tierra vuelve a pertenecer al africano; el hombre blanco se ha ido.

Wachera miró a Deborah y pareció verla realmente por primera vez. De repente los ojos viejos y sabios se volvieron penetrantes y la boca de Wachera dibujó una sonrisa breve, triunfal.

—Memsaab Daktari —dijo—, he vencido.

Y entonces murió.

Deborah permaneció un rato junto al lecho. Había llegado a Kenia llena de odio contra aquella mujer que la había obligado a irse del país; ahora sólo veía el rostro reposado de una anciana cuya muerte simbolizaba la muerte de una historia.

Cuando finalmente se levantó, sus ojos se posaron en un crucifijo que había en la pared sobre la cama de Wachera. Era Jesús colgado de su cruz. Pero la figura era africana. Deborah se quedó mirándola fijamente. Era la primera vez que veía una. Cuando su tía aún vivía, todas las imágenes religiosas que había en la misión se importaban de Europa y eran blancas. A Deborah el Jesús negro le pareció un error, casi blasfemo.

Pero luego, cuando volvió a mirar la cara negra apoyada en la almohada del hospital y las hileras de caras negras que iban de un extremo a otro de la sala dormida, y al pensar en las hermanas africanas vestidas con sus hábitos azules, se dio cuenta de que durante el breve rato que llevaba en la misión no había visto ningún rostro blanco.

Y de repente Deborah comprendió que, después de todo, el Jesús negro era apropiado.

* * *

La lluvia ya había cesado cuando Deborah volvió a su habitación del Outspan. Vio con sorpresa que Jonathan se estaba preparando para irse.



—Ha llamado Simonson —dijo Jonathan—. Tengo que irme. El cuerpo de Bobby Delaney está rechazando los últimos injertos de piel. Tiene una infección tremenda y su estado es crítico. Me voy a Nairobi y reservaré plazas en el primer avión que salga. Quiero que vengas conmigo, Debbie. Te esperaré en el aeropuerto.

La besó y luego dijo:

—Dijiste que ojala pudieras hablar con tu tía. Abre el diario por donde puse una señal. Quizá te ayude. Te quiero, Debbie. Y te estaré esperando.

Cuando Jonathan se hubo ido, se sentó en el sofá y tomó el diario. Jonathan había señalado un pasaje que a Deborah le pareció más bien insignificante. Estaba fechado en 1920 y en él Grace hablaba de una carta que había recibido de su hermano Harold, que estaba en Bella Hill. Pero ahora, al leer el pasaje con más atención que la primera vez, empezó a ver lo que Jonathan quería decir. La letra elegante de Grace decía:

Otra carta de Harold. Sigue aferrado a la idea de que no es posible que seamos felices aquí, en el África Oriental británica, y de que pronto tendremos que regresar a Suffolk. Su argumento es el mismo de siempre, el que utilizó al intentar disuadirme de mi propósito de marcharme al principio. «Suffolk es tu hogar -repite como un loro-. Éste es tu sitio. Aquí es donde está tu gente, y no entre desconocidos que no harán más que considerarte una intrusa. No conocerán tus costumbres. No te comprenderán».

Deborah alzó los ojos y contempló el amanecer azul y neblinoso que empezaba a apuntar a través de la selva. ¡Las palabras que acababa de leer le resultaban tan conocidas! ¿Dónde las había oído antes?

Y entonces se acordó: Christopher, quince años atrás, de pie en la orilla del río y diciendo:

«...Recuerda siempre que Kenia es tu hogar. Éste es tu sitio. Ahí fuera, en el mundo, serás una curiosidad y te comprenderán mal... Prométeme que volverás».

Volvió a mirar el diario:

Escribí en seguida a Harold y le dije que dejara ese tema de una vez por todas. He elegido el África Oriental británica como mi hogar y aquí me quedaré. Lo tengo bien decidido. Si la historia hubiese estado poblada de gente como Harold, ¿dónde estaríamos hoy? Si uno no siguiera nunca la llamada del espíritu y no se aventurara a explorar mundos nuevos, ¡qué aburrido sería! Forma parte de la naturaleza humana seguir avanzando, experimentar, contemplar el horizonte y preguntarse qué hay más allá. Pido a Dios que, cuando me llegue la hora, no esté tan osificada como mi hermano, que tenga el valor de decirle a un futuro Treverton: Busca tu destino en el lugar al que te lleve tu corazón. Recuerda y



ama siempre el lugar donde naciste, pero luego sigue tu camino, del mismo modo que un niño debe dejar a su madre.

Deborah le dijo a Abdi que la esperase en la entrada. Primero fue al monumento de bronce que se alzaba junto a la iglesia de la misión y a cuyo lado se encontraba la tumba de Grace Treverton. Deborah vio indicios de que alguien cuidaba amorosamente la sepultura: las monjas arrancaban los hierbajos y cuidaban de las flores. La inscripción era sencilla -DOCTORA GRACE TREVERTON, ORDEN DEL IMPERIO BRITÁNICO, 1890-1973-, pero el monumento era un tributo tanto al artista que lo había creado como a la mujer a la que representaba de forma tan viva.

Deborah alzó los ojos hacia la figura que se hallaba sobre el pedestal. Llevaba una falda larga y anticuada, botines y una blusa de manga larga con un broche en el cuello. Extrañamente, la cabeza aparecía descubierta. En una mano tenía el salacot; en la otra, un estetoscopio. Y miraba eternamente hacia el monte Kenia.

Deborah permaneció un momento en la paz del cementerio; luego siguió caminando hasta la Casa Grace.

—Tenía la esperanza de volver a verla —dijo la madre superiora, recibéndola en el pequeño museo—. Quería darle las gracias por estar con Wachera en sus últimos momentos. He informado al doctor Mathenge del fallecimiento de su abuela.

Deborah le explicó el motivo de su visita.

—He decidido aprovechar su generoso ofrecimiento, madre, y llevarme alguna de las cosas de mi tía.

—No faltaba más. ¿Qué le gustaría llevarse?

Deborah se acercó a una vitrina.

—Este collar. Verá, no pertenecía a mi tía. Era de mi madre. Alguien a quien ella quería mucho se lo dio hace muchos años.

—Es muy bonito —dijo la monja mientras abría la vitrina y sacaba el collar—. Es etíope, ¿verdad?

—Ugandés. Voy a escribirle a mi madre para decirle que lo tengo en mi poder.

Al despedirse en la puerta, la monja titubeó, como si quisiera decirle algo.

—¿Puedo preguntarle algo, doctora Treverton?

—Desde luego, pregunte lo que quiera.

—Verá, tenía muchas dudas sobre si hice bien al escribirle, apartándola de su trabajo y obligándola a hacer un viaje tan largo. ¿Era usted a quien quería ver Wachera?

Deborah reflexionó un poco; luego sonrió y con voz queda dijo:

—Sí, era a mí.



* * *

Deborah había pedido a Abdi que la llevase a Ongata Rongai, y ahora se encontraban aparcados en el mismo lugar que la otra vez, a una distancia prudencial de la estructura de madera de la Clínica Wangari. Una nutrida multitud esperaba pacientemente mientras el médico atendía a los enfermos de uno en uno, con la ayuda de una enfermera y del joven que tocaba la guitarra y cantaba en suajili a Dios.

Deborah se apeó del coche, pero se quedó junto a él, observando a Christopher mientras trabajaba.

El aire era fresco, vivo. *Rangas* multicolores, colgados en una cuerda en el pequeño mercado, ondeaban como banderolas. El olor a humo se mezclaba con los olores de las cabras, la comida y los excrementos de animales. Deborah pensó que era el olor de Kenia.

Vio que Christopher tomaba bebés en brazos, los examinaba y los devolvía a sus madres mientras les daba instrucciones con voz severa. Le vio examinar el interior de las bocas y los oídos de ancianos y escuchar las dolencias que las mujeres le describían pudorosamente. Le vio utilizar instrumentos, aplicar vendajes, poner inyecciones y apoyar el estetoscopio en pechos descarnados. A veces sonreía, otras veces fruncía el ceño, pero en todo momento conservaba el aire digno y autoritario del médico, el aire que inspiraba un temor reverencial en sus pacientes. Y observó también que la bonita enfermera que estaba a su lado desempeñaba su tarea con gran competencia, anticipándose a sus necesidades, riendo a veces con Christopher y los niños. Rezaban junto con la gente y con frecuencia cruzaban una mirada especial.

Pensó en las palabras pesimistas de Terry Donald sobre el fin de los blancos en Kenia; recordó lo que mamá Wachera había dicho segundos antes de morir; vio mentalmente el Jesús negro en la cruz. Pero Deborah sabía que las huellas de los pioneros coloniales como su abuela jamás serían borradas por completo del África Oriental; la mano del hombre blanco había dejado una señal indeleble.

Porque estaba allí, en medio de aquella multitud que buscaba esperanza, en la persona del doctor Christopher Mathenge. ¡Él, Christopher, era el legado auténtico y duradero de Grace Treverton!

—*Kwa heri* —dijeron los labios de Deborah, expresando un adiós mudo.

Luego volvió a subir al coche y dijo a Abdi:

—Llévame al aeropuerto Jomo Kenyatta, por favor. Me voy a casa.

Fin